

# SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.—ENCICLOPEDIA POPULAR.

12  
M  
121



(La paz del campo.)

1.º DE ENERO DE 1831.



## LA PAZ DEL CAMPO.

Mas de una vez hemos presentado en el SEMANARIO escenas sencillas de la vida de las campos y de las aldeas, cuadros poéticos que retratan el sosiego y la calma dichosa de que se hallan rodeadas aquellas comarcas donde no llega el hálito envenenado de las ciudades y de las grandes poblaciones. El grabado que damos al frente de este número, destinado á formar en cabeza del tomo de 1834, pertenece á la coleccion indicada: es una de esas imágenes que nos hacen envidiar la existencia de aquellos que no respiran la atmósfera de las capitales que seca el corazon y ahoga el pensamiento. El grabado á que nos referimos no necesita explicacion; no la tiene tampoco que iguale siquiera á la impresion que produce contemplarle. Bajo un cielo puro, en un sereno dia del estío, recostada sobre una alfombra de verde yerba, y resguardada de los rayos del sol por dos corpulentos árboles, descansa una familia de campesinos de las faenas de la mañana: ¡qué espresion de dulce bienestar en todas las fisonomías! ¡qué naturalidad en todas las figuras! Los niños que aparecen en primer término rodeados á la caldera en que se cuece el almuerzo; la madre que cuida del mas tierno de ellos mientras juguetea con el leal mastín que acaricia á la criatura; la vieja que desempeña las veces de cocinera; el mancebo que apaga la sed; el anciano que parte el pan; las jóvenes que llegan conduciendo las frutas destinadas á servir de pasto al desayuno, forman un grupo lleno de interés y de encanto, hasta el punto de que no se acierta á apartar la vista de él.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

## RECUERDOS HISTÓRICOS.

*Pliego 29*  
*20*  
 Siglo XIX  
 RECONSTRUCCION.

Hemos recorrido, aunque ligeramente, y segun lo ha permitido la índole y forma de estos artículos, las diversas fases materiales de nuestra villa de Madrid desde los tiempos mas remotos hasta nuestros dias: la hemos contemplado en su humilde origen, y creciendo después en importancia, hasta el punto de merecer el insigne honor de ser escogida para corte real y capital de la monarquía española; deteniendo mas particularmente nuestra consideracion en aquellos siglos XVI y XVII, en que bajo este concepto representó tan importante papel en Europa, como centro del poder y grandeza de los monarcas de la dinastía austriaca.—Hemos visto tambien, que á pesar de que estos quisieron enaltecerla con el pomposo título de *capital de dos mundos*, no acertaron sin embargo á darle apenas ninguna de las condiciones necesarias á un pueblo tan principal; y que los tesoros del nuevo mundo, y el inmenso poderío de los Carlos y Felipes y sus arrogantes validos los Lermas y Calderones, Olivares y Oropesas, Nardos y Valenzuelas, apenas dejaron mas señales de su paso por Madrid, que la inmensa multitud de iglesias y monasterios, todos medianos y nada mas, con que cubrieron la tercera parte de su suelo; y aun en este punto ni una idea grande y correspondiente á su ostentosa piedad; ni una catedral digna de la corte y que pudiera competir, si no exceder, á las de otras ciudades del reino; y en punto á otros edificios públicos y obras de necesidad y de decoro para una gran poblacion, únicamente la de la *Plaza Mayor*, la de la *Puente Segoviana* y la del sitio del *Buen Retiro*, que sin embargo estan muy lejos de competir en grandiosidad con las del Alcázar de Toledo, el templo y monasterio del Escorial y la Lonja de Sevilla, y otras muchas obras de aquella época y reinados.—Vimos en fin, que solo al empezar con el siglo XVIII la nueva dinastía de Borbon, acertó á comprenderse la importancia y la necesidad de dotar á la corte de grandiosos edificios, de establecimientos públicos, de decoroso ornato y de cómoda administracion. El nieto de Luis XIV, aquel joven animoso, nacido y criado en la esplendente corte de Versalles, pudo y debió echar de menos su magnificencia y halagos, cuando atravesando yermas campiñas, miserables aldeas y escabrosos caminos, llegara á verse encerrado en el vetusto y desmantelado alcázar de Madrid, ó recorriese sus calles tortuosas, costaneras y sin empedrar, su mezquino caserío, sus débiles cercas y puertas, sus paseos, fuentes, y ausencia total de ornato y policia, de alumbrado y de comodidad; y no podria menos de reir al leer los hiperbólicos encomios de los Pinelos y Dávilas, Quintanas y Nuñez de Castro, y otros historiadores matritenses sobre las grandezas de esta villa, que entusiasmaban á los unos, extasiaban á los otros, y hacian prorrumpir al último en su donoso libro titulado *Solo Madrid es corte*.

El hecho es, que considerada bajo el aspecto material, solo llegó á serlo desde el advenimiento de la augusta casa de Borbon. Felipe V,

que pagó la decidida afeccion de este pueblo hácia su persona, por lo menos con otra igual, dió el grandioso impulso de su regeneracion ulterior. A su voz enérgica y poderosa se elevaron el Real Palacio, el puente de Toledo, el cuartel de Guardias, el Seminario, el Hospicio, el grandioso templo de Santo Tomás, las fuentes públicas, los teatros de la villa y otros cien edificios de utilidad y grandeza; y si bien no fué del todo segundado en sus ideas regeneradoras, por el mal gusto que reinaba á la sazón, tambien supo acometer la grandiosa empresa de reformarle de raiz con la formacion de academias y cuerpos científicos, digno plantel de los hombres distinguidos que habian de brillar despues.—Alguna cosa, aunque poco, añadió tambien al esplendor de la villa capital el piadoso monarca Fernando VI, y aun dejando hoy á la critica histórica el apreciar el uso que hizo de sus tesoros, y si los *ochenta millones* que gastó en el monasterio de las Salesas Reales, pudieron emplearse con mas utilidad en dotar á Madrid de aguas, de caminos y de paseos, de establecimientos y edificios útiles, todavía tiene que agradecer esta villa á aquel monarca la magnífica via del puerto vecino, Guadarrama, la creacion de la Academia de Nobles Artes y la puerta de Recoletos.

Hé aqui todo lo que en punto á edificios públicos habia ganado Madrid en el trascurso de un siglo: hé aqui todo lo que habia alcanzado la capital del reino de la munificencia de sus monarcas y de la autoridad y valimiento de los Grimaldos y Riperdás, Patiños, Ursinos, Alberonis, Ensenadas y Farinelis.—Por fortuna valió mas para el arte que reserváran á otra época posterior y mas ilustrada, y á otro monarca magnánimo, la importante obra de la verdadera restauracion, ó mas bien formacion de la villa capital; porque guiados ellos por ideas apocadas, y pervertidos por el mal gusto artístico, no hubieran podido ni sabido convertir, por ejemplo, el escabroso y miserable *Prado de San Hierónimo* en uno de los mas bellos paseos de Europa; no hubieran imaginado sus bellas fuentes, sus magnificas calles y avenidas, el arco triunfal de la calle de Alcalá, el magnífico Museo, el Jardin Botánico, el observatorio Astronómico, la Real Plateria y el Hospital general; no hubieran realizado la construccion de templos como San Francisco el Grande, San Cayetano, San Marcos, San Justo, Mostenses y Caballero de Gracia, ni restaurado convenientemente los de San Isidro el Real, Encarnacion, Descalzas y otros; ni abierto el canal de Manzanares, ni hecho la magnífica bajada, paseo y puerta de San Vicente y de la Florida, la casa de los ministerios, el cuartel de San Gil y las Reales Caballerizas, etc.; ni los edificios de la Aduana, Correos, Buena-Vista, Fábrica de Tabacos, Salladero, Gremios y otros muchos. Para esto era menester que á la elevacion de ideas del gran Carlos III hubieran podido contar con la ilustrada energia de los *Arandas* y *Campomanes*, con los conocimientos y buen gusto de los *Sabatini*, *Rodríguez* y *Villanuevas*.

El caserío siguió en aquella época el deplorable rumbo que desde un principio habia tomado, y gracias por un lado á las poderosas causas anteriormente indicadas, y al sordido egoismo de los dueños; y merced tambien á la ignorancia ó mal gusto de los arquitectos, las calles de Madrid continuaron presentando el agrupamiento mas lastimoso de mezquinas habitaciones, ridiculas fachadas, cuevas, estrechez y discordancia. Nada de desmontes ó rellenos oportunos para disimular los desniveles; nada de alineacion ni de proporciones de alturas; nada de ensanche de la via pública ni de disminucion ó remedio de sus tortuosidades; ni de conveniente formacion de anchas plazas y avenidas de elegante perspectiva; nada, en fin, de ornato exterior ni de comodidad para el público.

Si de la revista topográfica de la villa de Madrid á mediados del siglo anterior, pasamos ahora á la de su administracion y policia en aquella época, aun habremos de reconocer que, sean cualesquiera los errores de la actual generacion, sabe mejor que las anteriores procurar aquellas comodidades y halagos que embellecen algun tanto la existencia del hombre en sociedad, y á que tiene derecho, á cambio de las penalidades á que la civilizacion por otra parte le sujeta.

Todavía hemos alcanzado á ver en algunas de nuestras ciudades y villas, especialmente de Castilla la Vieja, Extremadura y Galicia, el espectáculo que podria ofrecer un pueblo de los tiempos primitivos, ó por lo menos de la edad media, abandonado absolutamente al instinto individual de sus moradores, desnudo de todas las condiciones materiales de comodidad y halago, y desprovisto en fin de todo cuidado y auxilio de parte de la pública administracion: á no ser así, no podriamos formar una idea siquiera aproximada del aspecto miserable de la *villa imperial y coronada de Madrid*, no solo al tiempo del establecimiento en ella á mediados del siglo XVI, sino dos centurias despues, en el periodo de 1750 á que hoy alcanza nuestra revista retrospectiva.

Hemos observado en las líneas anteriores la incorrecta disposicion de sus calles, la discordante y mezquina disposicion de su caserío, interrumpido únicamente de vez en cuando por tal cual mediano tem-



plo, por tal cual estenso monasterio, que con las cercas de sus huertas contiguas y el privilegio de impedir levantar á las casas fronterizas pisos dominantes, acababan de hacer solitario, triste y peligroso el tránsito; la escasez ó absoluta carencia de plazas y paseos interiores, de fuentes y monumentos públicos, de toda idea en fin grandiosa y de utilidad general.—Vamos ahora á ver si todas estas ausencias estaban en algún modo neutralizadas por el celo de la administración, por el esmero del vecindario, por el orden, comodidad y aseo de una buena policía urbana.—Abramos para ello todos los libros de la época (1), y mas especialmente un precioso Manuscrito que poseemos y lleva por título *Discurso sobre la importancia y las ventajas que puede producir la erección del gobierno político y militar de Madrid nuevamente creado*, el cual tiene la fecha de 26 de noviembre de 1746, forma un tomo en 4.º de regulares dimensiones, y parece estar dispuesto para la imprenta, aunque nos es desconocido el autor; y muy pronto hallaremos la verdad en toda su lamentable desnudez.

Aquellas calles estrechas, tortuosas y costaneras, apenas podían decirse empedradas, si hemos de atender á los términos en que hablan de ello las ordenanzas é instrucciones de 1745 al 47; y hasta el reinado de Carlos III que adoptó y llevó á cabo en 1761 el proyecto del ingeniero Sabatini para el empedrado y limpieza de Madrid, que mal ó bien llegó á establecerse en los términos, bien mezquinos por cierto, en que aun le hemos conocido á principios del siglo actual.—La numeración de las casas tampoco se verificó hasta 1751, y aun entonces lo fué por el mal sistema de dar vuelta á la manzana, que ha durado hasta nuestros días, y ocasionaba tan considerable embrollo por la coincidencia muy frecuente de los mismos números en una calle.—No existían apenas sumideros ni alcantarillas subterráneas para la necesaria limpieza; las inmundicias que arrojaban de las casas por las ventanas, y las basuras amontonadas en las calles, convertían á estas en un perpetuo y sucio albañal.—No había mas alumbrado que el de algunas luces que se encendían á las imágenes que solía haber en algunas esquinas, ó tal cual farolillo que se colgaba de los cuartos principales de las pocas casas que los tenían y cumplían con los bandos que lo mandaban.—Las fuentes públicas, pocas y escasas; los mercados reducidos á los miserables tinglados y cajones de la Plaza Mayor y algunas plazuelas, y á tiendas ambulantes en las esquinas, apellidadas *bodegonas de puntapié*, desprovistos todos hasta de lo mas preciso, y sujeto el vecindario á los *abastos* y *tasas*, y á acudir á los sitios privilegiados donde se despachaba el pan, la carne y los demás alimentos en limitadas proporciones y á los precios del abasto.—Por consecuencia de todo aquel desorden y abandono, las calles, inundadas de mendigos de día, de rateros por la noche, sin verse el transeúnte protegido por la vigilancia de serenos (que aun no existían) ni ninguna otra precaución de parte de la autoridad.—Todo aquel que por necesidad ó por recreo había de echarse á las calles después de cerrada la noche, tenía que hacerlo bien armado, y dispuesto además con el auxilio de alguna linterna, y las señoras que iban en silla de manos á las tertulias, debían hacerlo precedidas de lacayos con hachas de viento, para apagar las cuales solía haber en las puertas y escaleras de los grandes señores cañones ó tubos de fábrica en forma de apagador, de que aun puede verse una muestra en la casa del señor marqués de Santiago, Carrera de San Gerónimo.

(Concluirá.)

R. DE MESONERO ROMANOS.

## EL DIA DEL AÑO.

Es una época esta del año nuevo extraordinariamente alegre en todos los países, como si por enterrar un año en el panteón de la historia, pensasen las humanas criaturas ser mas jóvenes, en vez de pensar que son mas viejas. Yo creo que nadie piensa en lo uno ni en lo otro; porque harto tiene que hacer el que piensa en divertirse, y sobre todo cuando el pensamiento de la diversion es lo que pudiéramos llamar vizco, puesto que vizco llamamos al que tiene torcidas miras ó torcidas miradas. Y no se me negará que la alegría general, en esta parte del año, hija mimada del interés, tiene malas miras en todas partes, porque esto equivaldría á sostener que en el orden moral es posible aquello que, en el orden físico, llamamos pedir peras al olmo. Vamos á probarlo.

Sabido es que en la China, que está como quien dice ahí, á la puerta de la calle, la celebracion de la fiesta dura cerca de un mes, en

cuyo tiempo quedan los ciudadanos facultados para arreglar sus negocios como mejor les parezca: verdadera época de anarquía administrativa, que viene de perilla á los que, confiados en la fuerza de su astucia ó en la lógica de sus puños, quieren allí, como en todas partes, la práctica del socialismo bien entendido; esto es, para que los modernos reformistas vean que estoy iniciado en los misterios de su religion,

Tomar sin restituir,  
dormirse sin cavilar,  
prometer y no cumplir,  
ó vivir sin trabajar.

En algunos pueblos de la India la época de año nuevo es todavía mas favorable á la secta cuyas doctrinas acabo de resumir en cuatro versos. Parece que dos meses antes de concluir el año andan los acreedores acechando á los deudores y ostigándolos hasta el punto de no dejarles de noche ni de día un momento de reposo, por la sencilla razon de que, en llegando el día de año nuevo, el acreedor que no haya sido bastante hábil para cobrar, es condenado por la ley á pagar á sus deudores doble cantidad de la que aquellos le eran en deber. Figúrense Vds., por consiguiente, cuántos escondrijos no recorrerán los que deben algo para burlar la persecucion de sus acreedores, hasta ver el sol en el suspirado día de año nuevo! Lo cierto es que en semejante día el *brahmanismo* está en su apogeo, porque el que no bendice la ley de *Brahama* por lo que favorece la mala fé, *brama* contra la ley que protege la injusticia. Y el caso no es para menos si bien se mira; porque á trueque de no ver tan escandalosos atropellos, apuesto que hay muchos indios ricos que preferirían á su fortuna la desgracia de vivir pobres en Europa. En cambio hay muchos europeos que se harían millonarios en la India, y váyase lo uno por lo otro.

Ahora bien: siendo, como es de creer, en los mencionados países infinitamente mayor el número de los pícaros que el de sus víctimas, claro es que la festividad de año nuevo ha de ser en ellos recibida con regocijo casi universal; lo que, si se atiende á la causa ú origen, demuestra la verdad de mi proposición. Pero desgraciadamente no necesitamos ir al Asia para convencernos de que la alegría de año nuevo, hija del interés, tiene tan malas mañas como su padre.

Me acuerdo perfectamente de lo que pasa en Madrid el día de San Silvestre, en cuya noche tiene lugar la ceremonia de los años nuevos, que consiste en sortear cedulillas con nombres de *damas* y *galanes* y verseitos adecuados al objeto. Cualquiera pensará que este cuadro de nuestras antiguas costumbres es en el fondo, como en la forma, la sencilla espresion de esos afectos de amistad y de familia que buscan un inocente recreo en pasatiempos dignos de la infancia; pero no es así: este, como otros muchos cuadros, tiene su parte de caricatura y de brocha gorda, semejante á esas decoraciones de teatro que seducen desde lejos y quitan todas las ilusiones, vistas de cerca. Así juzga de semejante costumbre el que sabe por esperiencia los resortes que en tal noche ponen en juego las jóvenes que desean separarse de sus madres, y las madres que anhelan colocar á sus hijas, y las señoras que sin haber tenido tíos buscan primos, y los galanes que enamorados de la bolsa de una dama ó de otras prendas que sería pesado referir, van tras de un dote ó tras de otras cosas que sería prolijo enumerar.

Es magnífico ver á Doña Sinforosa Carrasco y á su hija Matilde celebrar lo que se llama el ensayo general, en compañía de D. Agapito el cesante y D. Periquito el meritorio. Allí se discute y aprueba el programa de la funcion, que sobre poco mas ó menos se reduce á los artículos siguientes:

1.º Se acuerda que la señora Doña Sinforosa designará á dichos D. Periquito el meritorio y D. Agapito el cesante para extraer las cédulas de los versos, y que éstos señores aceptarán con la condicion de que Doña Sinforosa y Matilde saquen las de los nombres.—Aprobado.

2.º Se conviene en que Matilde sacará y leerá los nombres de las damas, procurando no equivocarse.—Aprobado.

3.º Se decide que Doña Sinforosa, mujer de mas esperiencia y mas práctica en los juegos de manos que su hija, sacará y leerá los nombres de los caballeros, procurando sacar de la manga, con todo el disimulo posible, las cédulas que á continuacion se espresan:—D. Agapito el cesante, correspondiendo á Doña Jacoba, viuda de un comisionado de amortizacion que á los pocos meses de ejercer su destino lo abandonó para administrar sus haciendas.—D. Periquito el meritorio con Inesita Cermeno, hija de un antiguo subsecretario que está en candidatura para ministro.—Guardará para su hija al escribano D. Tomás Uñate, de mote Manos Puercas, que tiene fama de ser el primero de la nacion para dar fé de lo que nunca ha visto, y abricar testamentos falsos.—Y se reservará para sí á D. Liberio Rompe-Lanzas, comandante que fué de carabineros en el llamado *año de los alijos*—Aprobado.

4.º y último. D. Agapito el cesante y D. Periquito el meritorio sacarán y leerán las cédulas de los versos, procurando cada uno esca-

(1) Véanse entre otros los siguientes:

1.º Solo Madrid es Corte, por Alonso Nuñez de Haro, 1698.

2.º Ordenanzas de Madrid, por D. Teodoro Ardemans, 1725.

3.º Dificultades vencidas y curso natural de las aguas, etc., por José de Arce, 1754.

4.º Tridente escéptico en España, etc., por D. Joaquín de Cassis y Xalo, 1758.



motear aquellas que mas convengan á los fines de los interesados en los momentos oportunos.—Aprobado.

Con esta intriga tan hábilmente preparada, llega la noche, y todos se solazan con la idea de recoger el fruto de sus maquinaciones; pero ocurre la desgracia de que una jóven de la reunion propone anticipada y caprichosamente á otras personas para la extraccion de las cédulas; la reunion vota por aclamacion, y nuestros cuatro intrigan-tes braman como los acreedores de la India en año nuevo.—No queda mas que una esperanza, y es la de que tal vez pueda hacer la casualidad lo que habia ordenado la intriga. Todo puede suceder: pero aunque así sea, la mayor parte de las cédulas contienen versos insolentes que parecen espresamente trabajados para inspirar aversion y desprecio y... ¡lástima grande que la fatalidad haya dado al traste con aquellos planes tan sábiamente combinados!

Así sucede en efecto; llegada la hora en que cada cual se solazaba con la esperanza de satisfacer sus deseos, empieza la operacion de los años nuevos, siendo otras y otros los que merecen la dicha de obtener aquellos cuatro nombres que alimentaban mas de cuatro ilusiones. No contenta con esto la mala estrella, hace que D. Agapito el cesante salga de pareja con la abuela de Matilde; D. Periquito el meritorio con la cocinera de Doña Sinforosa; Matilde con el aguador de la casa, y Doña Sinforosa con el leon del Retiro, lo que produce mucha algazara en la reunion y una merecida leccion á los que quisieron convertir las fiestas de los años nuevos en juegos de loteria ó de bolsa, que son los que hoy dominan con grave perjuicio de sus dignos rivales el Monte y el Cané.

Afortunadamente estos ataques á la bolsa ajena, aunque encarnados en una antigua costumbre, son poco frecuentes en Madrid, y no tienen lugar mas que dos veces al año, que son el dia de los moles y el de los estrechos, esto es, la víspera de año nuevo y la víspera de los Reyes, lo que proporciona á nuestros prójimos un descanso de 364 dias en el año bisiesto, y de 365 en el año comun. En Paris, donde escribo estas líneas, las asechanzas de la estacion son mucho mas terribles por lo mismo que se disfrazan bajo las mas seductoras apariencias; pues para que mis lectores juzguen hasta qué punto la urbanidad ó *politesse* francesa es sospechosa para mí, creo que un descendiente de José María, armado de trabuco y pidiéndome la bolsa ó la vida en un camino, no me haria tanto miedo como un parisien que venga á mi casa saludándome con la mas refinada galanteria, y diciéndome que está muy enfadado (*bien faché*) de que á mí me duela la cabeza, ó que le es muy cómodo verme en buena salud (*il est bien aise de me voir en bonne santé*.)

La temporada de año nuevo, sobre todo, es fatal en este país; porque en ella la *politesse* llueve á chaparrón, y esta era de cumplimientos, que en mi tierra solo es fastidiosa por lo que trasciende á etiqueta cortesana ó por los lugares comunes de que se resiente, aquí es calamitosa para el que sabe que la palabra *bonjour* cuesta lo menos cincuenta céntimos; *merci* dos francos, y *tres obligé* dos napoleones.

Parece broma, pero es cosa muy grave lo que en tales dias sucede. Figúrese el extranjero que quiera pasar en Paris la temporada de año nuevo los peligros que tiene que correr; y si no puede figurárselos, lea este folletín para que no le cojan desprevenido. Si el desventurado vive en un *hôtel*, como generalmente acontece, verá que desde por la mañana empieza á recibir memorias y felicitaciones, que son otros tantos anzuelos dirigidos al bolsillo, por este orden:

- 1.º *Mr. le concierge*, con una tarjetita en que dice que da las Pascuas, aunque mas bien que las da las pide.
- 2.º *Madame la concierge* que imita la *politesse* de su marido.
- 3.º *Maitre Jean*, el cocinero, que imita la *politesse* de la concierge.
- 4.º *El garzon*, que imita la *politesse* del cocinero.
- 5.º *El barrendero*, que imita la *politesse* del garzon.
- 6.º *El sacristan de la parroquia*, que imita la *politesse* del barrendero.
- 7.º *El carbonero*, que regala dos libras de carbon con el objeto de hacer pagar una arroba por cada libra, ó lo que es lo mismo, dos arrobas.
- 8.º *El epicier*, que hace el obsequio de un cuarteron de ciruelas esperando que esto le valga mas que un cajon de dátiles.
- 9.º 10.º 11.º 12.º 13.º.....  $\infty$ , signo con que matemáticamente se representa en el infinito.

Después de esta serie continúa otra, que es como sigue:

- Infinito mas uno*,  $\infty + 1$ , la dama del *comptoir* que remite un *petit verre d'eau de vie* (alias, una copita de aguardiente teñido).  
*Infinito mas dos*,  $\infty + 2$ , el vecino ó vecina del número tantos que regala un par de guantes viejos.  
*Infinito mas tres*,  $\infty + 3$ , el dueño del hotel que convida á comer gratis aquel dia.  
*Infinito mas cuatro*,  $\infty + 4$ , el mozo del café que en tal dia

despacha los dulces, los cigarros y las pipas con lazos de cintas coloradas.

$\infty + 5$ ,  $\infty + 6$ ,  $\infty + 7$ ...  $\infty + \infty$ ...  $\infty + \infty$ ... etc., etc.

Por de contado que todos estos agasajos son tan desinteresados como los primeros: todos se dirigen á un fin, y son tanto mas temibles para los hombres imparciales, cuanto que tienen de comun con el sistema restrictivo de los absolutistas la circunstancia de ser contribuciones indirectas, y con el sistema económico de los socialistas, la de sustituir el impuesto progresivo al proporcional. Por consiguiente, el extranjero que se dirige á Paris en la estacion de los aguilaldos, puede decirse que toma el camino mas corto para ir á San Bernardino; y desgraciadamente esta estacion es tan larga en Francia para los extranjeros, que dura 363 dias en el año comun, y 366 en los bisiestos.

J. M. VILLERGA.

## FEDERICO II DESPUES DE LA BATALLA DE COLLIN.

Federico II es una de las figuras mas gigantescas que aparecen en la galeria que los siglos han ido formando de los grandes capitanes de todos los países: nada de cuanto á él se refiere puede leerse sin interés: nada que nos le represente puede ser mirado con indiferencia; el cuadro cuya copia damos, es de los mejores, si no el mejor, que se han consagrado á este grande hombre: desnudo de figuras y de accesorios que distraigan al espectador, permite contemplar la venerable figura de Federico II; pero no en una situacion normal, sino en un momento solemne, después de haber sufrido una derrota, después de haber perdido una batalla; él, tan afortunado en ese juego de azar que se llama la guerra. Dejando aparte la correccion del dibujo, la exactitud del parecido, es de admirar la expresion de esa cabeza, no abatida por el desaliento que se apodera de las almas vulgares después de un descalabro, sino preocupada por la meditacion del genio, que reconcentrándose en sí mismo, saca de un golpe de fortuna una leccion provechosa para el porvenir.

## OCHENTA Y TRES ESCALONES.

### CUENTO

#### I.

Una casa de Madrid es un mundo abreviado: cada piso es una zona, cada cuarto una nacion con sus leyes particulares, sus costumbres que en nada se parecen á las de los demás, su fisonomía peculiar, en fin, que lo caracteriza. ¿En qué se parece el grande de España ó el opulento banquero del principal, al jefe de la oficina ó modesto propietario del segundo, ni este al humilde empleado de ocho mil abajo del tercero, ni todos ellos á la modista, al estudiante ó al menestral de la buhardilla? Como los extremos se tocan, y los dos polos de la tierra son semejantes, así el bajo suele ser igual ó muy parecido al departamento mas encumbrado. El pobre sastre de puntada larga y el humilde remendon se hallan lo mismo en el portal que en el cuño cuarto.

No debemos pues buscar las diferencias entre los puntos mas apartados. En la casa en que vamos á penetrar solo queremos ver el principal y la buhardilla. ¿No os parece que deben hallarse en ellos contraposiciones dignas de ser notadas?

#### II.

### CUARTO PRINCIPAL.

Eran las doce de la noche, y las calles de Madrid se hallaban completamente desiertas, merced al temporal, que deshaciéndose en viento y lluvia, habia obligado á todos sus habitantes sin escepcion los mas trasnochadores á buscar en sus casas un abrigo. ¡Cuánta celosa casada daba gracias al cielo pidiéndole allá en lo íntimo de su corazón que enviase una tempestad semejante cada noche, en tanto que unia sus maldiciones contra el mal tiempo á las de su poco casero marido!

En una suntuosa habitacion del primer piso de una de las mas elegantes y magníficas casas que la arquitectura moderna ha regalado á la coronada villa, se hallaban reunidos en derredor de una mesa sobre la que se veian los restos de una opipara cena y un asombroso número de botellas, ocho jóvenes cuyos trajes y maneras hacian conocer que pertenecian á las mas distinguidas clases de la sociedad. —¡Vaya si es linda! decia uno pasándose las manos por sus largas melenas rubias. No pienso hacer en mi vida una conquista semejante.



—Esta noche estás adorablemente modesto, conde; exclamó otro ofreciéndole una copa. ¿Querrás hacernos creer que esa muchacha se te resiste aun?

—Daría un año de mi vida por poder decir lo contrario, contestó el que primero había hablado.

—Segun eso es una virtud salvaje.

—Una Lucrecia.

—Yo no creo en las Lucrecias de aguja, dijeron á la vez varios en quienes el Champagne iba haciendo su efecto.

—Y sin embargo nada hay mas cierto, amigo mio, contestó aquel á quien uno de sus compañeros había llamado conde. Desde que teen

*Los misterios de Paris*, cada una de ellas quiere pasar por una *Rigolette*.

—¿Y te das por vencido?

—En cuanto á eso...

—¿No?

—Fieras mas temibles he domado.

—Te aseguro, Julio, que á esta no la domarás. Cuando no la has rendido ya, es que la plaza cuenta con grandes recursos para defenderse.

—Plaza sitiada, plaza tomada: es axioma en la guerra desde la invencion de la artillería.



(Federico II después de la batalla de Collin. Cuadro del museo de Leipzig.—Pág. 4.)

—¿Piensas bombardearla? preguntó uno que hasta entonces no había hecho mas que beber.

—Tengo dinero.

—A propósito. ¿Cuántas onzas creéis que vale la virtud?

—Lo que no existe no puede valer nada.

—Yo doy un centenar de hallazgo al que presente á esa pobre criatura hace tanto tiempo perdida.

—Cuenta con que algun anticuario no la tropiece revolviendo pergaminos.

—Es verdad. Yo no dudo de la virtud de las viejas, sobre todo si son pobres.

—¿Pero y la Lucrecia de Julio?

—Apostaría doble contra sencillo á que lo derrota. La tal Juanita sigue la escuela antigua.

—¿Y si este hiciese una tarquinada con ella?

—No se atreve.

—¿Cómo que no me atrevo! dijo el conde, cuyas ideas se iban enturbiando por instantes.



—Tú no harás nunca nada de provecho. Eres un aprendiz de calavera, y pretendes plaza de D. Juan.

—Esta noche os he dado una cena sin motivo ninguno. Dentro de dos días os convido á otra, y á una partida de campo para el día siguiente, con objeto de celebrar mi triunfo

*Ilusiones engañosas  
licianas como el placer.*

Balbuocé uno, cuya cabeza no estaba muy segura.

—Ya te lo probaré dentro de poco, Federico.

—Del dicho al hecho...

—Irás poco trecho.

—¿Qué apuestas, Julio, á que dentro del término que has fijado no consigues nada? dijo el que ya conocemos por Federico.

—Lo que quieras.

—Mi caballo *Djir* contra tu yegua *Clary*.

—Sea.

—Pues no hablemos mas del asunto.

Algunos instantes después la bacanal llegó al último extremo, siendo imposible comprender una palabra entre la confusa algarabía que formaban todos hablando á la vez y el agudo *chischás* de vasos y botellas.

### III.

#### BUHARDILLA.

Ochenta y tres escalones mas arriba, en una mezquina estancia, cuyo techo tocaba al suelo por un extremo, se hallaban dos jóvenes de la misma edad que los que hemos dejado emborrachándose en el piso primero, pobremente vestidos y ocupados al parecer de algun tristísimo pensamiento.

Nada recuerda aquí la opulencia del cuarto principal. Cuatro sillitas viejas, un mezuquino lecho y una mesa coja cargada de libros y papeles, sobre la que arde una vela de sebo, hé aquí todo el menaje de la casa en que acabamos de introducir á nuestros lectores.

Largo rato hacia que los dos jóvenes guardaban el mas profundo silencio. Las cabezas apoyadas en las manos en actitud de meditar; nada de lo que en derredor habia les ocupaba.

—¿Te has resuelto, Félix? preguntó el uno mirando con ansiedad á su compañero.

El interrogado no oyó, ó aparentó no oír estas palabras.

—¿Qué piensas hacer? volvió á decir el otro dándole una palmada en el hombro para sacarlo de su distracción.

Félix levantó la cabeza, y fijó en su compañero sus grandes ojos negros preñados de lágrimas.

—¿Por qué no he nacido rico! exclamó con desesperación.

—¿Ricos! ¿Son los ricos mas felices que nosotros?

—¿Bella teoría, Antonio! Por desgracia no es mas que una teoría. ¿Para poder casarme con Isabel qué me falta sino dinero?

Convencido Antonio de la amarga verdad que encerraban las palabras de su amigo, no supo qué contestar.

—¡Maldito becerro de oro! ¡Ese idolo del siglo da la felicidad en la tierra!...

—Y es preciso resolver algo! murmuró Félix volviendo á entregarse á los pensamientos que antes le ocupaban. El tiempo vuela, y esto no puede quedar así.

Un golpecito dado tímidamente á la puerta de la buhardilla atrajo su atención hacia aquel lado.

—¡Adelante! dijeron los dos.

Una pobre vieja modestamente vestida alzó el picaporte, y se presentó en la puerta.

—En la portería me han dejado al anochecer este billete para usted. No he podido subirlo hasta ahora.

—¡Gracias! exclamó Félix tomando la carta con ansiedad.

La portera se retiró.

—¿De quién es? preguntó Antonio.

—¿De ella!

—¿Qué te dice?

—Oye.

«Félix: Soy mas desgraciada de lo que crees. Mi tío se empeña en que te olvide y me case con D. Vicente. Me saca mañana para Toledo, donde nos aguarda con sus sesenta años y sus riquezas. Tal vez no te veré mas.

«Los dos somos pobres, los dos somos infelices. Esta noche á las dos, cuando todos duermen, estaré á la puerta de mi casa. No sé si obro bien ó mal; pero conozco que no puedo proceder de otra manera. ¡Maldito dinero!

«Hasta las dos ó hasta el otro mundo.

TU ISABEL.»

La carta que Félix acababa de leer estaba casi borrada con lágrimas de la que la escribió.

—¿Me acompañas? dijo el joven después de un momento de duda con una tranquilidad que asombró á su compañero.

—¿Vas á despedirte de ella?

—No sé á lo que voy. Yo no puedo perderla: no puedo dejar que la sacrifiquen.

—Acude á la justicia, depositala, y cástate con ella.

—Sí; pero para todo eso es menester dinero, dijo Félix con amarga sonrisa.

—¡Es verdad! exclamó dolorosamente Antonio ¿Qué resuelves?

—No sé. Salgamos á la calle. ¡Este aire me aboga!

Ambos tomaron los sombreros.

—Si tuviera concluida mi carrera! exclamó Félix echando una triste ojeada á sus libros. ¿Qué felices son los que no pierden año por falta de algunos duros para pagar la matrícula!

—¿Vamos?

—Sí; debe ser cerca de la una, y vive lejos.

—¿Has pensado lo que vas á hacer?

—Tal vez una locura. Pero que no me culpen á mí de ella, dijo con tono solemne: cúlpese á los que han hecho al oro dueño del mundo.

Un momento después salían los dos de la casa, sin advertir que tras ellos bajaban la escalera una multitud de jóvenes elegantes, que reían á carcajada suelta.

¡Llanto y risa! ¿Qué mas da? Todo tiene su efecto dramático en el teatro del mundo, y

*Per troppo variar natura é bella.*

### IV.

La tempestad arreciaba por momentos, y el sepulcral silencio de la villa solo era turbado por el ruido del agua, y por la voz de tal cual soñoliento y mal humorado sereno que cantaba la hora.

En el extremo de una estrecha y retirada calle, á la luz de un mortecino farol, se veían dos hombres envueltos en sus capas, que calados de agua y sin hacer caso de los torrentes que sobre ellos caían, miraban con ansiedad hacia la puerta de una casa de no mala apariencia, que en la acera de enfrente habia.

En la otra punta de la calleuela se columbraba apenas, envuelta en la oscuridad, una berlina tirada por poderosas yeguas normandas, parada delante de una mezquina casa cuyo portal estaba abierto aun.

El reló de Palacio dió las dos.

Los hombres de las capas se acercaron á la puerta de enfrente, que se abrió en este momento, dando paso á una mujer envuelta en una capa de pieles, y después de conversar algunos instantes con ella en voz imperceptible, se alejaron los tres de la casa.

Mientras esto sucedía, en el otro extremo de la calle se representaba una escena terrible, digna de un melodrama de Bouchardy. Dos hombres salieron con una mujer en brazos de la casa cuyo portal estaba abierto aun, siguiéndoles otros tres á corta distancia.

De repente, entre el desquicio de los elementos, se oyó un alarido sordo y sofocado, como si la boca que lo lanzaba estuviese tapada.

El sereno, que sentado en un umbral dormia profundamente soñando con los pintorescos bosques de su país, despertó sobresaltado y se lanzó chuzo en ristre hacia el lugar de donde el grito partía.

Entre tanto la mujer fué metida violentamente en el carruaje, á pesar de los desesperados esfuerzos que hizo para evitarlo; uno de aquellos hombres subió con ella, y el coche iba á partir, cuando el sereno parándose en medio de la calle gritó con voz de trueno:

—¡Alto ahí!

Cuatro hombres se precipitaron sobre él, y antes que pudiese lanzar un grito ni hacer un movimiento, se hallaba derribado en tierra, sujeto por ocho brazos de hierro, y con un pañuelo en la boca que le imposibilitaba de pedir socorro.

La berlina partió al galope.

Al día siguiente todos los periódicos decían que los vecinos de la calle de... habian encontrado al salir de sus casas el cadáver de un sereno que maniatado y con un pañuelo en la boca yacia en medio del arroyo. En todo su cuerpo se hallaba la menor herida ni contusión: el infeliz habia muerto de frio. Dos casas inmediatas se encontraron abiertas por la mañana. En cada una de ellas faltaba una joven. Se habia verificado un doble rapto.

¿Qué Mongiabele podrá apreciar los pliegos de papel que en aquella hora comenzaron á emborronar los escribanos?

¿Escribanos dijimos? Pues cuenta que no hemos dicho nada: nosotros los juzgamos las personas mas honradas que pueden hallarse. Con perdon sea dicho del autor de *El novio pasado por agua*.



## V.

## PILLOS Y CALAVERAS.

Han pasado dos días. En el mismo cuarto principal donde al principio de esta historia introdujimos á nuestros lectores, se representa ahora una escena, que no deja de tener alguna semejanza con la que entonces presenciaron.

Julio había ofrecido una cena á sus amigos si salía triunfante en cierta apuesta; pero como por aquellos días debía contraer matrimonio con una de las mas ricas y nobles señoritas de España, su madre había convertido la cena en un baile con que pensaba celebrar el mútuo acuerdo de las dos familias.

El condecito no tenía padre, y en cuanto á su madre... ¡era una bendita de Dios la buena señora! Quería á su hijo hasta la ceguera, y era la primera á celebrar sus *calaveradas*.

¡Bien es verdad que las calaveradas de Julio eran tan graciosas! Los salones de la condesa estaban completamente llenos, y en todas partes no se hablaba de otra cosa que de una nueva gracia del condecito.

—Me ha derrotado, decía Federico á una multitud de jóvenes que le rodeaban. ¡Es lo mas atrevido eso, chico!

—La aventura es original si la hay!

—¡Já, já!

—¡Maniatar al sereno!

—Ha sido una donjuanada.

—Pero de muy buen género.

—¿Y la muchacha? preguntaron muchos á la vez.

—¿Es guapa?

—Es deliciosa.

—Y me han dicho que iba á casarse con un zapatero.

—¡Já, já!

—Pues por evitarle hacer semejante disparate la robé, dijo Julio con gravedad acercándose á sus amigos, por pura filantropía.

Todos celebraron el chiste del conde, que corriendo de boca en boca, á los cinco minutos había llegado á oídos de todo el mundo, sin exceptuar á su madre y á su futura, que no pudieron menos de reírse á carcajada tendida.

—Vas á ser muy feliz con él, dijo la condesa. Es el muchacho de mas talento y mas gracia que hay en la corte.

—Así lo creo, contestó la niña bajando los ojos ruborizada.

La futura del conde llevaba por supuesto un vestido blanco como la nieve. ¡Qué buenas cosas dice Alphonse Kaarr sobre los vestidos blancos y el rubor de las doncellas!

—¿Y qué has hecho de ella? preguntó Federico al conde.

—¿Sé yo nunca lo que hago de las queridas que dejan de gustarme? contestó con desenfado. Pregúntalo á mi ayuda de cámara, que puede que él te dé razón.

—¡Já, já, já!

(Continuará.)

DIEGO LUQUE.

## PASAGE DE LA «FANTASMAGORIA»

## EPISODIO DE

## EL VERDE GABAN Ó EL REY EN BERLINA.

POEMA JOCO-SERIO CON ESTE EPIGRAFE.

## INÉDITO.

«E così avvien, che una servil genia,  
Coi propri vizii, e con l'altui sciocchezza,  
Si sgombri ognor del dominar la via.»  
VITTORIO ALFIERI.

Pero ¿qué enjendro es este informe y fosco, de bestia y hombre mescolanza fiera? fecundo Goya, confusion del Bosco, préstame, si he de imaginar siquiera la estampa á tan ridículo bamboche, tu gorro de dormir por una noche.

Érase un aborton, griego diftongo trabado de animal y hominicoaco, raso el tocho cacúmen como un hongo, salvo un círculo á modo de zodiaco; y en un medroso y áspero capuz talada la moronda hasta el testuz.

Tiene por vientre un flatulento zaque, la piel hispida, escuálida y cerdosa, y la color zurrada de zumaque; de sátiro los piés (y aun otra cosa) dos hendidas pezuñas por zapatos, por dedos retorcidos garabatos.

Diré al lector cuál era este animal, porque no se devane allá el cerebro, revolviendo la historia natural de nuestro Animalista Valdecebro, de Plinio, de Aldovandro, ni Buffon: era un solicitante en confesion.

A sus inmundos piés yace de hinojos una devota jóven penitente, fijos en tierra con rubor los ojos, confesando de amor la llama ardiente en que mas su albo pecho se encendia, cuanto mas con cilicios se oprimia.

Toda de gracia y de inocencia llena, su mirar de divina compostura, blanca como la cándida azucena, respirando de rosa el aura pura, son sus cabellos de oro hebras sutiles, y su edad no cumplidos quince abriles.

Como á boca de lóbrega caverna está de acecha hambriento lobo fijo, esperando á cebar la rabia interna con que el hambre le roe el entresijo; y se relame ya y aguza el diente, al ver al ojo la ovejuela enfrente:

No de otra suerte el monstruo á la rejilla, ojo á la presa, y afilando de uña, estaba si la pilla ó no la pilla. Ya se enflauta, ya arrastra la pezuña, de erótico furor el alma llena, y... á este tiempo Zaulon mudó la escena.

Y hé aquí el confesonario (¡raro encanto!) hecho un altar, y en este altar un nicho, y en este nicho colocado un Santo; y este Santo del nicho érase el bicho que ya en vez de la bella pecadora, tiene á sus piés un pueblo que le adora!!!

BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO.

## AL SEÑOR DOCTOR D. FRANCISCO ESTEBAN DE INGUNZA.

El destino es invariable.

Parte: yo no te doy mi despedida. La tierra es un inmenso laberinto Cuyo centro es la tumba; cada vida Por diferente senda su recinto Cruza, mas todas en la tumba acaban, Y en su lóbrego umbral depositamos El fardo del dolor con que nos gravan Los designios de Dios, y descansamos.

No te aflijas, doctor: parte, y no flores Si al otro lado de la mar no encuentras A tu buen padre ya; no flores si entras En su hogar solitario, si las flores Del jardín que él cuidó marchitas hallas, Y desquiciada la mohosa puerta, Y ruinosos sus muros y sus vallas Y la paterna cámara desierta.

Partió ante tí: la senda de la vida Recorrió hasta su fin, y entró su alma, De esta cárcel de penas desprendida, En las regiones de la eterna calma. Tú por la vida que te dió quisiste La flor de tus trabajos ofrecerle, Y la mitad del mundo recorriste Pensando en su vejez entretenerle Con el cuento gentil de lo que viste;



Mas ¡oh inútil afán! ya no has de verle  
Sobre la tierra mas, y sus miradas  
No podrán recorriendo tus escritos  
El insomnio apreciar de tus veladas,  
Ni de tus aventuras ya pasadas  
Recompensar los riesgos inauditos.

Mas no te desespere; no le llores;  
En mas feliz y luminosa esfera,  
Libre ya de amarguras nos espera,  
Y en los jardines del eden benditos  
Duermes en un fresco pabellon de flores.

Parte, caro doctor: no me despido;  
Pronto, pájaro errante, alzando el vuelo,  
Dejando á Europa y el paterno nido,  
Me lanzaré en los aires, y en el suelo  
Te América pasando, en tus hogares  
Ensayaré el poder de mis cantares.

Parte, doctor, y cumple tu destino:  
Fuerza es que llene cada cual el suyo;  
Si no nos lanza por igual camino,  
Llevas mi corazon; guárdame el tuyo.

JOSÉ ZORRILLA.



(La plegaria.)

### LA PLEGARIA.

¿Por quién dirige sus preces al cielo esa bella aldeana, tan absorta en su oración, que parece la figura de un ángel fijando sus miradas en la región de los elegidos? ¿Ruega por el descanso de su madre? ¿pide á Dios amparo para su hermano? ¿O implora la protección del cielo para que permita llegar sin contratiempo el bien amado de su corazón, á quien espera á través de los mares, tras largos años de ausencia, para

presentarle el ramo de flores que la dió al estrecharla en sus brazos y darla en la frente el beso de despedida? Nadie sabe el misterio que se encierra en la plegaria de la pobre niña; pero todo el mundo descubre la pureza de su rostro y la fé que revelan sus ojos, penetrando á través del espacio en otra mansión mas dichosa.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.





LA FAMILIA INDIGENTE.

¿Quién, en los crueles días del corazón del invierno, no tiene un recuerdo para los infelices sumidos en la miseria y en la desgracia? ¿Quién no oye aquí ó allá la triste historia de una familia indigente, llena de privaciones, sin alimento, sin vestido, sin salud, encerrada en el triste recinto de un oscuro desván azotado por vientos, calado por la lluvia, sin algunos carbones que templen la crudeza de aquella mansión de la desgracia y del dolor? Uno de estos desconsoladores cuadros es el que representa la lámina que va á la cabeza de los presentes renglones. El padre, postrado en la cama, no puede siquiera hacer diligencias para proporcionar pan á su familia; la madre, casi desnuda, busca en el seno de su esposo un lugar para depositar su dolor y sus lágrimas, y sostiene al menor de los niños, que consuela á su padre con infantiles caricias; otros tres hijos se agrupan para prestarse recíprocamente calor; uno de ellos recuesta la cabeza en la cama; la niña mayor acoge á su hermano y procura resguardarle del frío: ¡qué tinte de tristeza en todas las fisonomías! Pero también ¡qué resignación en todos los semblantes! Y estas escenas tienen lugar en las grandes ciudades, tal vez en las casas opulentas, sobre la habitación del magnate, que nadando en la abundancia, apenas halla medio de gastar sus rentas, ni se acuerda de que los restos de la comida de sus criados bastarían para alimentar á una familia entera, que sin

que él lo sepa siquiera, muere de miseria veinte varas mas arriba de donde él vive en la abundancia. No hay indigencia mas horrible que la que se halla al lado de la opulencia; no hay soledad mas completa para el pobre que la de las ciudades populosas: la caridad de las aldeas con sus mezquinas ofrendas, con sus mínimos auxilios, es mil veces preferible á la filantropía de los pueblos grandes con sus pomposos establecimientos de beneficencia: allí donde hay mas, hay mas harapos; allí donde hay mas estruendo, mas alegría, hay mas abandono, hay mas lágrimas!

### LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

#### RECUERDOS HISTÓRICOS.

#### RECAPITULACION.

(Conclusion.)

Pero nada nos hará formar una idea mas cabal del estado lamentable de la policía urbana de Madrid en aquella época que el escuchar al anónimo autor del manuscrito ya citado, el cual con fecha 19 de 8 DE ENERO DE 1834.



noviembre de 1746 (el mismo en que entró á reinar Fernando VI) la reseñaba completamente en su estenso informe al gobernador, y de que extractamos los siguientes párrafos:

«Dicen los que han viajado por las cortes estrangeras que en algunas  
»nunca hay noche, porque jamás oscurece; tanto es el cuidado de suplir  
»con luz artificial la falta de la del sol. El pensamiento es muy racional y muy cristiano, porque la noche es capa de facinerosos...  
»Esta providencia, que en todas las cortes es muy justa, en la nuestra  
»es sumamente necesaria, porque en esta, mas que en otra alguna,  
»son frecuentes los robos y los insultos, y la lobrete ayuda mucho  
»para ellos: tambien favorece á la lascivia, y nuestra corte está en  
»este vicio lastimoso. En atencion á esto se tomaron algunos años há  
»distintas disposiciones; mas todas fueron inútiles; se echaron varios  
»bandos; mas siempre sin efecto, porque se burló de las disposiciones  
»la inobediencia, ó fué un remedio insuficiente. *Mandóse poner faro-*  
»*les en los balcones* de los cuartos principales, y solia haber tanto  
»claro entre uno y otro farol, que en poco se remediaba la oscuridad.  
»Los pobres que no pueden costear esta luz estan por su pobreza  
»exentos de la ley; y sea por esto ó por aquello, ó que se procedia  
»con descuido, no tenia Madrid mas luz que la del dia, y por la noche  
»apenas se distinguia de una aldea. Para ocurrir á una fealdad tan  
»perniciosa á las costumbres y seguridad de la república, pudiera imi-  
»tarse la práctica de Paris, donde cuelgan los faroles en distancias  
»proporcionadas, y queda la villa, no solamente lucida, sino segura.  
»Esto puede verificarse por asiento, etc.

»La limpieza de la corte se ha hallado hasta aquí como imposible,  
»porque aunque se han presentado varios proyectos para su logro,  
»no han tenido efecto alguno, y por esto no solamente es Madrid la  
»corte mas sucia que se conoce en Europa, sino la villa mas desaten-  
»dida en este punto de cuantas tiene nuestro rey en sus dominios, y  
»es hasta vergüenza que por descuido nuestro habite el soberano el  
»pueblo menos limpio de los suyos.—(Aquí se estiende el autor en  
»consideraciones sobre las malas consecuencias de tal desaseo para  
»la salubridad pública, y otros perjuicios, entre los cuales enumera el  
»de que el aire inficionado toma y tiñe la plata de las vajillas, los ga-  
»lones y los bordados de los trajes, diciendo con mucha candidez:) «Un  
»vestido de tisú que en otro pueblo pasará siempre de padres á hijos,  
»en Madrid debe arrimarse antes del año y hacerse otro, porque con  
»la mayor brevedad deja de ser tisú y es un tizon.

»Hace sucio á Madrid lo que se vierte por las *ventanas* (continúa  
»nuestro discreto y anónimo escritor de 1746); y dices que es muy  
»difícil remediarlo; pero no confundamos lo difícil con lo imposi-  
»ble, y tengamos presente que si se quiere de veras se puede reme-  
»diar: la prueba evidente es que en otros pueblos no hay esta sucie-  
»dad. Sin embargo, haciéndome cargo de lo árduo de esta empresa,  
»diré que aunque ninguno hay que no desee la limpieza de Madrid y  
»vitupere su piso y empedrado, estos mismos si se les incomoda con  
»el gasto ó con la obra, serán los mayores impugnadores de su reme-  
»dio. Muchas cosas sin embargo se pierden, no porque no las poda-  
»mos alcanzar, sino porque no las osamos emprender; y todo lo puede  
»vencer el espíritu y la perseverancia de un ministro sostenido por la  
»voluntad de su rey; y á la verdad, el que consiguiese el fin, seria  
»digno de inmortal alabanza, porque seria hacer corte á Madrid...  
»Comprendiendo esta importancia, Sevilla, Toledo, Valencia y otras  
»ciudades han tomado tales providencias, *que solo por noticias de*  
»*Madrid conocen* la inmundicia; ¿pues por qué no imitaremos su  
»buen gusto teniendo tan cerca de nosotros mismos el ejemplo?—  
»El autor se estiende luego en tratar de este ramo de policía de las  
»ciudades, recordando y describiendo las cloacas máximas de Roma, los  
»comunes públicos y sumideros de Sevilla, las alcantarillas de To-  
»ledo y las grandes obras subterráneas de Valencia; y propone en su  
»vista los remedios convenientes para imitar respectivamente á los  
»diversos sitios en Madrid obras análogas, con lo que podria prohibirse  
»en adelante verter á las calles, y si solo por los comunes y pozos de  
»las casas, poniéndose en comunicacion con aquellas; concluyendo sus  
»juiciosas observaciones con estas palabras: «Bien conozco que para  
»todo esto es menester mucho; pero lo que no se emprende no se logra;  
»lo que no se empieza no se acaba.»

Trata después de los caminos del término y de los paseos estramuros de Madrid, y de todas sus indicaciones se deduce la absoluta carencia que habia de ellos, y que el acceso á la capital del reino por todos lados era obra verdaderamente de ánimos heroicos. Las escarpadas cuestas sobre que asienta el Real Palacio, la de la Vega, las de las Vistillas y del puente de Toledo, estaban á lo que se infiere del autor poco menos que inaccesibles á seres humanos; no existia ninguna de las cómodas bajadas, caminos y paseos que hoy las facilitan y trasforman. Tampoco las que dan vuelta á Madrid por toda la Ronda; á la salida de la puerta de Atocha no habia tampoco el paseo llamado de las Delicias, y solo si el asqueroso arroyo ó manantial que venia descubierto por todo el Prado viejo; y además se queja el autor de

que á dicha salida hacia los hospitales se arrojaban ó depositaban los escombros de las obras, formando tales alturas que estrechaban y reducian á un callejon el camino real. Tampoco existia el canal de Manzanares, ni habia sobre el rio mas que los dos puentes de Segovia y de Toledo.—Desde el Retiro á la montaña del Principe Pio no habia tampoco paseo alguno ni mas camino que el de Alcalá y el de Francia. Tampoco la bajada al rio por la cuesta de Areneros, ni los paseos de la Florida, Nuestra Señora del Puerto y bajada de San Vicente. Por todo recreo y desahogo quedaba á los tristes habitantes de Madrid el paseo del *Prado viejo* en los términos en que ya le hemos descrito refiriéndonos al siglo anterior, y los jardines del Buen Retiro, aunque estos mas que paseos públicos tenian entonces el carácter de parques y dependencias del Real Sitio, en que casi constantemente residió durante su reinado Fernando VI.

Siguiendo luego nuestro autor su apreciable revista, trata del empedrado diciendo: «Tambien el empedrado de la corte está tenido por una de las grandes dificultades; pocas ó ninguna habrá que tenga para ello situado tan crecido, y sin que nada la baste *está una mitad mal empedrada y la otra sin empedrar*. Pónense las piedras con las puntas hacia arriba porque suponen que se quebrantarian las piedras si las pusieran en otra forma; pero siendo esta forma tan ofensiva á los cascos de las bestias, vienen á causar su estrago. Aun esto se pudiera tolerar si no padeciese tambien la gente de á pié; pero se lamentan á todas horas de tener los piés mortificados por caminar por suelos puntiagudos, de que se originan molestias que si no matan atormentan. Lo peor es que ni aun á este coste se logra el intento, porque siempre tiene el suelo muchos claros. De todo esto tiene la culpa la mala piedra que se gasta y el abuso que he observado algunas veces de componer las calles con las piedras que se encuentran, sin traer otra alguna y supliendo con tierra la falta de ellas; pero si en esto se imitase la moda de Paris, nos fuera mas útil y acomodado que imitarla en la moda del vestido. Úsanse allí y en algunas calzadas, caminos de Francia, una piedra de figura cuadrada, del tamaño de un pié, y las colocan tan perfectamente unidas que parecen solo una, pero con una aspereza tan apropiado en su superficie, que siendo muy suave para la gente de á pié, es bastante detencion para que los caballos no puedan resbalar. No sucede con aquellas piedras lo que con las que usamos en España. Con estas se ve que en quitándose una de su lugar se lleva otras muchas tras si por falta de trabazon: con aquellas sucede que en quebrándose una se pone otra sin que padezcan las compañeras; y tiene otra utilidad mas en este modo de empedrado, y es que gastada una piedra por un lado se pone por el otro, y vuelve á servir de nuevo; de forma que en la conveniencia y en la duracion lleva muchas ventajas al nuestro este modo de empedrar. Si esto pareciese de excesivo coste para Madrid, háganse á lo menos los empedrados por cajones, con piedras mas grandes que las que hoy se usan, las puntas hacia abajo y los anchos arriba, bien unidas y de la aspereza que se ha dicho, y puestas así en buena forma las calles, dese en arriendo la contribucion (1) de ellas, etc.»

Tras de todos estos radicales defectos de que adolecían las calles de Madrid en el pasado siglo, y como si ellos no bastasen para hacerla indigna morada de los monarcas, corte y gobierno de sus dilatados reinos, todavia describe el autor otros abusos escandalosos que acababan por darla el aspecto de una aldea miserable, ó mas bien de una burgada del interior del Africa. Sirva de muestra el siguiente, que escogemos entre otros por no cansar la atencion del lector:

«Para que sea una corte embarazosa le basta su numerosa gente, sus carrozas, sillas de mano y coches, y este es un embarazo tolerable; pero Madrid tiene otros muchos que por ningun caso toleraria la policía de otros pueblos.—Los *cerdos* que llaman de *San Anton* se han hecho famosos por la atencion que han merecido, no solamente á la corte, sino aun á la Real Cámara por via de patronato. *Ellos se pasean en crecidísimo número por el lugar*, sin limite conocido de la jurisdiccion, y sin que sus dueños (que son los padres de San Antonio Abad) tengan para ello mas que un privilegio mal entendido, segun dice la sala de Alcaldes, porque solo se estiende su facultad á pastar en las dehesas de Madrid. Los inconvenientes de este abuso son tan abultados que no es menester decirlos; porque todos vemos que con ellos no hay empedrado seguro; porque revolcándose en la hediondez hacen todavia peor el olor de Madrid; porque acosados y huyendo de los perros hacen caer á muchos; porque introducidos entre las mulas de los coches hacen muchas veces que aquellas se disparen; y en fin, otras perjudiciales resultas que seria

(1) Otro siglo entero ha trascurrido desde que el autor que trascribimos hacia estas preciosas observaciones respecto al empedrado de Madrid, para que sus autoridades se convenciesen de la necesidad de seguirle al pié de la letra, adoptando el empedrado de adoquines de barroquena, ó por lo menos de pedernal recortado y sentado sobre lecho apisonado. Mas á pesar de las preocupaciones y vulgaridades de los criticos de todo lo bueno, Madrid disfruta hoy en su mayor parte de esta comodidad.



razon evitar. Los tales cerdos privilegiados acuerdan (acarrear) los «chirrones» que sin duda se conservan por esta razon: estos, destruyendo los empedrados, producen un ruido insoportable, y parece estar reducidos á trasportar solo hasta 30 arrobas, acaso por lo mucho que pesa el carro. ¿Pues para qué se ha de conservar esta «antigualla», y no se ha de examinar, oyendo á los peritos, cómo se podrá remediar esto y sustituir en su lugar lo que sea mas útil?... Buena prueba son los carros catalanes que pocos años há se introdujeron en la corte y hoy los usan todos; porque con sus tres mulas «puestas una detrás de otra, y con el auxilio que facilita su construccion, traen de 80 á 100 arrobas cada uno de Barcelona á Madrid, etc.»

Entrando al fin el autor en mas amplias y trascendentales reformas, discurre luego sobre la que cree posible, la traida de las aguas del Jarama á los altos de Santa Bárbara; sobre la apertura del canal de navegacion desde Madrid á Aranjuez; sobre la ereccion de algunos edificios públicos de absoluta necesidad en una corte; sobre el levantamiento (por cierto bien escusado) de una cerca ó muralla bastante fuerte; sobre el del puente que atravesando la calle de Segovia una los barrios de Palacio y de San Francisco; sobre la rotura de los paseos alrededor de la villa, y otras obras; y en punto á buena policía propone, entre otras cosas, la prohibicion de la capa y chambergo que entonces parece era de uso casi general; la de llevar mas de dos mulas en cada coche ó carroza; el planteamiento del servicio de *fiacres* ó coches de plaza como ya existia en París; la reforma del ramo de abastos de comestibles como la entendian en su tiempo; la ampliacion y conclusion del pósito y alhóndiga, y la formacion de otros depósitos de aceite y carbon; y para atender á todo ello acude á las sisas de la villa de Madrid. Propone además la reforma completa del ramo de hospitales, hospicios y demás casas de beneficencia; y por cierto con muy preciosas observaciones, que han quedado sin aplicacion hasta estos últimos tiempos; y termina con ellos la luminosa *memoria* ó discurso que nos ha guiado principalmente en la rápida reseña que dejamos hecha de la villa de Madrid á mediados del siglo último.

Tal era (según el testimonio fehaciente de un testigo presencial y sin duda autorizado) el estado material de la capital de dos mundos, de la que además de sus poderosos dominios peninsulares, daba reyes á Nápoles y á Sicilia, vireyes á Méjico y á Lima, gobernadores y leyes á otros muchos pueblos en las cuatro partes de mundo conocido. Solo remontando nuestra consideracion al lamentable atraso é imperfecta cultura de la época que nos ocupa, á sus escasas y mal propuestas necesidades, á la ignorancia ú olvido de los principios de una buena administracion, puede concebirse semejante abandono, tan miserable existencia en un pueblo principal en tiempos normales y abundantes, en que estaban apuntaladas las henchidas tesoreras, en que la paz interior y exterior no fué interrumpida por medio siglo.

Por fortuna de Madrid, al arribar á sus puertas el día 9 de noviembre de 1759 el gran Carlos III para sentarse en el trono español, hubo sin duda de llamar su ilustrada y soberana atencion el ignominioso cuadro de una corte tan descuidada y poco conveniente; y á la mágica voz con que en su anterior reino de Nápoles supo imprimir su nombre y su grandeza á aquella hermosa capital, supo elevar á Caserta y desenterrar á Herculano, hizo como á este salir á Madrid, si no de sus ruinas, por lo menos de su letargo; y no solo le engrandeció materialmente con casi todos los edificios públicos de importancia, sino que creó sus establecimientos importantes de pública instruccion, correccion y beneficencia; estableció academias y museos, colegios y cátedras públicas, fundó las diputaciones de los barrios y sus escuelas, y puede decirse que también los pósitos, los hospitales generales y hospicios, y protegió en fin de todos modos las artes, las ciencias y la laboriosidad.

R. DE MESONERO ROMANOS.

## TEATROS.

### LA EMPRESA NUEVA.—REFORMAS TEATRALES.

#### DISCURSO DRAMÁTICO-POLÍTICO.

La nueva empresa, compuesta de actores de cuya idoneidad para dirigir no tenemos todavía motivos para dudar, parece no ser en su sistema mera continuadora de la cesante. No será desde luego la rutina el mal que la detenga en las mejoras que de sus luces tiene derecho á esperar el público de la capital: seguramente que va á seguir otro camino, y que para ella estaba reservada esta peligrosa aventura de enderezar los muchos entuertos que tanto tiempo há reclaman en el teatro un caballero andante. Deseosa de innovacion y de poner en planta novedades, ha comenzado las reformas en el arte dando en-

trada indistintamente en las tres tertulias á los dos sexos. Por aqui se puede deducir que no será ciertamente el apego á los rancieros usos el que la detenga en la atrevida senda del progreso; y esta profunda combinacion que tanta parte va á tener en la suerte de las comedias, y en la resurreccion del gusto amortiguado por el teatro, nos es una excelente garantia de que no será en lo sucesivo la separacion de los sexos de las altas regiones del teatro, un obstáculo, como lo ha sido hasta ahora, al desarrollo de las facultades de los excelentes actores que pisan las tablas en el día. Ha presidido además á esta importante innovacion el gran pensamiento que en política nos está llevando hace poco tiempo á la felicidad; habiendo comenzado las reformas por la parte mas elevada del teatro, cualquiera puede conocer que así en teatro como en política nos vienen las reformas de arriba abajo, y no de abajo arriba. Luminosa concepcion que preside á nuestra época y que aleja la posibilidad de todo esceso revolucionario. La revolucion se anuncia así en la escena como en la península poco menos que llovida, y baja cual benéfico rocío desde el trono hasta el pueblo, desde las bambalinas hasta las lunetas.

En el interin que van saliendo las demás reformas que el teatro exige, no nos cansaremos de alabar este que por el presente podemos considerar como el bautista y precursor de los demás. Confusion de poderes y de atribuciones en el sistema político, confusion de géneros en un mismo teatro, confusion de primeras partes y de coristas en la ópera, confusion de sexos en la tertulia! Admirable armonia que rige en nuestra regeneracion social! Perdonennos nuestros lectores, si redactores cual somos del *Español*, no nos es posible prescindir del tono y del colorido general de redaccion, que en esta perfectibilidad nos fuerza á adoptar el progreso; y no vayan á creer que criticamos la medida de la admision de los dos sexos en la tertulia: buena nos parece hablando en conciencia, y en este artículo solo la consideramos relativamente á las demás reformas teatrales á que abre la marcha.

La empresa nueva, al entrar en el poder, y al encontrar el arte en un estado muy semejante al que presentaba la España en setiembre, no ha querido sin embargo dar su programa, apartándose en esto del uso adoptado en los países mas cultos, dejando á un lado el ejemplo vivo de la Inglaterra y la Francia, países que no nos cansaremos nunca de imitar y citar por lo mucho que se parecen al nuestro, y barrenando la práctica de toda tierra constitucional, ha asido con mano fuerte el gobernalle, ó sea timon del teatro, y ha comenzado por desarraigar abusos, cogiendo osadamente y lanzando con brazo vigoroso las bandas de los hombres entre las filas apiñadas del sexo hermoso, llevando de esta suerte á cabo la única fusion posible en el estado actual de las cosas, y la única que el pueblo conservará eternamente grabada en su corazon con caracteres de fuego, ó de cualquiera otro elemento que sirve para escribir. Ha comenzado por obrar, dejando el hablar para luego: no ha dado su programa; no ha querido prometernos que en habiendo un poco de orden y tranquilidad daria fin del teatro en seis meses, como el gobierno de la faccion, acaso porque quiere hacerlo sin decirlo, así como otros lo dicen sin hacerlo.

Pero la empresa, conociendo cuán arriesgado es desterrar abusos envejecidos, ha respetado también derechos adquiridos, intereses sociales anteriores á su existencia: en este sentido ha sido respetada y conservada la pintura de los coliseos, vieja, es verdad, emanacion de otra época, pero útil todavía por no haber otra que sustituirla. No basta derribar; es preciso saber qué se pone en lugar de lo que se derriba: borrada la pintura del teatro, ¿qué otra se le sustituye? Apagada la actual araña, ¿qué otra mezuquina que dé menos luz se pudiera poner de pronto? Es fuerza, señores, meditar mucho estas consideraciones antes de llegar con mano imprudente á las arañas de los coliseos. ¿A qué nos conduciría, por otra parte, el aumentar las luces en el teatro? ¿A ver mas claro el teatro, á vernos mas claros nosotros mismos? ¡Bueno está el teatro, señores, buenos estamos nosotros para vistos!

Con respecto al personal de las compañías, la oposicion con su virulenta costumbre hace á la empresa multitud de cargos, acaso no bastante meditados. Y seguramente que entrara de lleno en la cuestion, si la urgencia de las circunstancias me lo permitiera. Verdad es que las compañías estan tan lejos de completarse como el ministerio. Pero, señores, olvidamos que cuando la empresa entró en el poder, sus mas tiernos amigos la abandonaron; su tierna amiga la señora Díez se fué á Barcelona; su tierna primera dama la señora Rodriguez se negó á formar parte de la compañía so pretexto de jubilarse; el mismo tiernísimo director de escena, invitado á tomar la presidencia, se negó á partir con la empresa la responsabilidad que tomara sobre sus hombros!!! ¿Quién habia de querer, señores, entrar en unos cargos de que es imposible salir con lucimiento? La empresa de los teatros se vió pues en la imposibilidad de completar las compañías. No se arredró por eso sin embargo, y echó mano de un corista para tenor, lo digo señores con las lágrimas en los ojos, y de una segunda dama para pri-



mera, y de todo lo que encuentro en fin para todo lo que necesitaba.

Se dice que la empresa sigue los pasos de la empresa anterior, y trata de llenarnos las funciones con piececillas de Scribe, y se dice bien: pero ¡qué injusticia al mismo tiempo! se cita lo malo y se calla lo bueno: mas de una semana lleva ya la empresa de existencia; ¿y qué beneficios puede echarle en cara el público, como á la empresa anterior que nos procuraba uno cada día, cuando no nos daba uno en cada teatro cada día? Téngase presente pues la ausencia de todo beneficio para el público que presenta la actual empresa; y téngase en consideración sobre todo el estado del país, la ninguna cooperación que en el público encuentra la empresa de los teatros, la escasez de recursos: téngase presente que las piezas que se echan son de Scribe, así como las campanas de que se hizo cargo el ministerio eran de los conventos, y que al disponer de ellas la empresa está tan en sus facultades como el otro cuando disponía de las citadas campanas: y séase indulgente sobre todo con la empresa: considérese que la empresa es otro de los hombres de bien que tanto abundan en nuestra época, y que si no mejora, no es seguramente por mala fé, sino por no alcanzársele más. Ella, como el ministerio, compromete su fortuna propia en la causa del teatro; y si una y otra se arruinan al arruinarse el teatro y el país, mal se les puede acusar de mala fé, ni de no ser el uno bastante patriota, la otra bastante dramática!! Agréguese á esto que cuando el público encuentra, amen del teatro de la guerra, otro teatro mas barato á que concurrir, cual es el Estamento, de mucha mejor compañía, donde se oye mucho menos el apuntador, y muy mas rico de luces que las del Príncipe y de la Cruz, y donde está viendo representarse hace unos dias la funcion nueva que tanto llama la atención de la capital, titulada *Los amigos íntimos*, es imposible que la empresa de los teatros trate de hacer esfuerzos inútiles para luchar con tan poderoso rival, esfuerzos que solo servirían para poner en claro su impotencia.

La empresa ha empezado su administración dramática con *La Reina de quince años*, con *Las gracias de la vejez*, con *Luis XI*.

Nótese bien, señores; la empresa se apoyaba en la bizarra joven la señora Perez, que le acaba de llegar de las provincias, y que debía de estrenarse en esas piezas, joven precedida de una reputación brillante, joven ajustada para hacer papeles de joven vieja, joven, en una palabra, y perteneciente á la nueva generacion. ¿Qué mas podia hacer la empresa? ¿Podia ella adivinar... podia... La empresa, señores, no ha tratado de emplear á ningun amigo, á ningun pariente suyo: la empresa cifraba toda su ventura en poseer el corazon del público; la empresa ha puesto los medios; y si los resultados no corresponden á sus deseos, á su desprendimiento, á su generosidad, ¿suya será tambien la culpa?

¿Y qué tiene en fin, señores, *La reina de quince años*? ¿Qué tiene *Luis XI*? ¿Tambien son malas *Las gracias en la vejez*? ¿Qué le falta á la señora Perez? Examinemos esos tres cargos; pero ya veo los periódicos, señores; ya leo... y confieso que me hace derramar lágrimas, y enternecido tal cual estoy suplico solo á mis tiernos lectores que me dispensen si no puedo continuar, y si me veo forzado á dejar para mañana el exámen de esas tres dramáticas novedades.

FIGARO.

### NAPOLEON.

En el número anterior consagramos una lámina al gran Federico de Prusia; en el presente dedicamos otra á Napoleon: hay no pocos puntos de analogía entre estos dos hombres privilegiados. Federico II, sin embargo, todavia necesita una biografía; la tradicion no trasmite hasta el vulgo mas que su nombre; pero ¿la necesita Napoleon para que todo el mundo sepa su historia?

## OCHENTA Y TRES ESCALONES.

CUENTO.

(Conclusion.)

En esto se presentó en la puerta del salon principal una anciana pobremente vestida, cuyas facciones desencajadas revelaban un dolor profundo, luchando con dos criados que querian detenerla.

—Necesito ver al punto á la excelentísima señora condesa. Me va en ello mas que la vida, gritó, logrando desasirse de ellos y corriendo hácia la señora de la casa.

La condesa, que era bondadosa en sumo grado, no se enfadó como debiera al ver semejante atrevimiento; pero todos sus convidados miraron con extrañeza aquella mujer, que tan bruscamente se introducía en las reuniones de una clase que tan distante estaba de la suya.

—¡Señora condesa! ¡señora condesa! dijo la anciana cayendo de rodillas delante de ella. ¡Salve V. E. á mi hijo Félix! sálvelo V. E.!

—¿Qué es esto, Luisa? exclamó la madre de Julio reconociendo en la mujer que estaba á sus plantas la esposa de uno de sus arrendatarios.

—Que la justicia lo anda persiguiendo, dijo la pobre madre con angustia.

—¡Jesús! ¿Qué ha hecho?

—Ha sacado de su casa una joven de quien estaba enamorado, y á quien su tutor queria casar contra su gusto.

—¡Dios mio! ¡qué infamia! exclamó la buena señora indignada. ¡Un rapto!

—Un rapto. ¡Jesús! ¡Jesús!

—¡Un rapto! exclamaron todos indignados.

—¡Yo no puedo apadrinar semejante infamia! continuó la condesa. ¡Pobres padres! en qué situacion se hallarán sin su hija!

Y la concurrencia entera, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, solteros y casados, repitió condolida y horrorizada:

—¡Qué pilló! ¡Qué pilló! ¡Pobres padres!

Luisa, muerta de vergüenza y desesperacion, no acertaba á hablar.

—¡Por Dios, señora! exclamó al fin, ¡salve V. E. á mi hijo, á mi hijo! Somos pobres, no podemos nada... Solo en V. E. esperamos.

La condesa, sin contestar, hizo una seña á un criado, é indicándole con el dedo á la angustiada madre, le dijo con frialdad:

—Acompaña á esta buena mujer.

La desventurada Luisa, presa del mas horrible dolor, salió de la estancia sin desplegar los labios.

—¡Qué picaro mas redomado ha salido ese Félix! exclamó la condesa cuando la vió desaparecer, mientras en un grupo de jóvenes decia Federico recordando la aventura de su amigo:

—¡Qué calavera tan gracioso es este Julio!

### VI.

#### JUSTICIA DE LOS HOMBRES.

La primera parte de la promesa de Julio estaba cumplida. Restábase ofrecer á sus amigos la campestre diversion que les habia prometido.

Las almas sensibles y tiernas, los corazones cándidos y puros, gustan de los sencillos placeres que brinda la naturaleza, del suave murmullo de las fuentes, de la sombra de los árboles, del blando aroma de las flores, de los cantos de los pájaros. Por eso Julio habia reunido en su quinta todas estas cosas, y se complacia en contemplarlas con sus amigos, jóvenes llenos de nobleza y de pensamientos elevados.

Nada mas suntuoso ni de mejor gusto que aquella casa de recreo y los jardines que la cercaban. A la izquierda de estos se veia un pequeño trozo de tierra de pan llevar. Allí ganaba el suyo y el de su familia, regándolo con el sudor de su frente, el honrado padre de Félix, el mas pobre de los arrendadores de la condesa, que vivia con su mujer y sus hijos en una casilla que en medio del campo se elevaba, y allí veia pasar los dias, privándose hasta de lo mas necesario para proporcionar á su hijo una mezquina pension con que atender en la corte á los gastos de su carrera.

¿Cuál seria la desesperacion del pobre viejo al ver entrar en su casa á Félix é Isabel, y al saber de su boca que la justicia les perseguía de cerca?

Desde el amanecer habian llegado á la quinta el conde y sus amigos, y la orgia comenzada entonces, estaba en su punto culminante al sonar las tres de la tarde en el reloj de la inmediata aldea.

Julio era el héroe de la fiesta. Todos los brindis se dirigian á él; todos celebraban sus chistes, y hasta uno de entre sus compañeros que se picaba de poeta, le ofreció poner en octavas reales la historia de sus amores con Juanita.

—¡Sabes que es una lástima haber dejado tan pronto á esa chica! dijo Federico. La vi por vez primera en casa de una modista, que le habia encargado la construcción de algunas camisas, y á no saber que era cosa de Julio, os aseguro que hubiera emprendido su conquista al día siguiente.

—Que necios sois! ¿Creeis que se puede querer á una misma dos dias seguidos? Eso es exigir á la naturaleza humana mas de lo que puede dar; es pedir peras al olmo, y nieve á este vaso de Jerez, dijo gravemente el conde bebiéndoselo de un solo trago.

—¡Pero qué has hecho de ella?

—¿Dónde la has metido?

—La dejé en libertad de tomar el camino que mejor le pareciera.

¿Quién es ha dicho que trato de tiranizar á nadie?

—¿Es decir qué habrá vuelto á su casa?



—¿Sabes lo que noto, Federico?  
 —¿Qué?  
 —Que te ocupas demasiado de Juanita.  
 —¡Pura filantropía! dijo otro de los comensales de Julio. A la salud de Juanita!  
 —¡A la de su novio el zapatero! gritaron todos los demás en coro.  
 —¡Callad! exclamó el conde consiguiendo dominar la vocería de sus amigos. ¿No veis que se nos va á escapar Federico del interrogatorio comenzado?

—¡Que se le interroge!  
 —¡Que se le acuse!  
 —¡Que se defienda!  
 Los chillidos cesaron por un instante.  
 —Vamos á ver, Federico. ¿Por qué deseas tanto saber el paradero de esa muchacha?  
 Aquel á quien iba dirigida esta pregunta solo contestó echándose al colete un vaso de Madera.  
 —Te comprendo. ¿Quiéres que te presente á ella? dijo el conde



(Napoleon.)

riendo á carcajadas. Siempre te recibirá mejor si vas recomendado por un amigo.

—Como quieras, contestó Federico encogiéndose de hombros.

—Sed testigos de su desagradecimiento y de mi generosidad. Te regalo á Juanita.

Los aplausos y los bravos con que fueron acogidas estas palabras atronaron por un momento la quinta.

—Mañana te llevaré á su casa si lo deseas.

—Bueno.

En este instante aparecia en la puerta de la estancia un celador y algunos agentes de policía.

—¿Qué buscáis aquí? dijo el conde tranquilamente sin levantarse de su asiento. ¿Cómo os han dejado pasar esos imbéciles criados?

—Ellos no tienen la culpa; han tenido que obedecer á la fuerza contestó el celador.

—¿Y qué quereis?

—Vengo encargado de la prision de un criminal que debe estar oculto por aquí, y necesito registrar la casa.



—Aquí no hay nadie oculto.  
 —¿No es esta la quinta del conde de...  
 —Esta es mi quinta en efecto.  
 —Perdone V. E. si no le he hablado con todo el respeto que se merece, dijo el celador descubriéndose con humildad.  
 —Su ignorancia lo disculpa. ¿Y quién es ese criminal?  
 —El hijo de un arrendatario de V. E. que ha robado una muchacha de casa de su tutor.  
 —¡Ah! Félix. Buena pieza es! Venid acá todos, añadió acercándose a una ventana que daba al campo. ¿Veis aquella casita que se descubre allá abajo?  
 —Sí, señor excelentísimo.  
 —Allí debe estar. Es la casa de su padre.  
 —Voy volando allá.  
 —¿Para qué? Haga Vd. que vayan cuatro ó cinco de esos muchachos, y quédese aquí hasta que lo traigan bebiendo un vaso de vino.  
 —Agradezco mucho la atención de V. E. ¿Pero y si se escapa?  
 —¿Qué ha de escaparse? exclamó Julio casi beodo. Con cuatro lacayos menos fuertes que esos chicos sujeté instantáneamente al sereno la noche que robé á Juanita.  
 —¿Fué V. E.?  
 —Sí. El lance fué de lo mas chistoso que puede darse.  
 —¡Mucho! ¡Mucho! dijo el celador aplaudiendo con toda su alma.  
 —¡Amanecer helado el pobre diablo! exclamó uno.  
 —Abandonar á la muchacha á los dos días de sacarla por fuerza de su casa!

—Vamos, vamos, señores. Dispénsense V. E.; pero no quiero detenerme hasta prender á ese tunante de Félix. ¡Cuánto siento perder la ocasión de oír contar al mismo señor conde ese chistosisimo lance!  
 Y después de saludar humildemente, salió con sus polizontes en dirección de la casa del pobre estudiante.  
 —¿Por qué has hablado con tanta afabilidad con ese *policiazo*? dijo Federico.

—Porque tuve cierto miedo cuando entró.  
 —¿Miedo? ¿de qué?  
 —De que me buscarán por el lance de Juanita y el sereno.  
 —¡Bah! ¡bah! ¿Qué tiene eso de malo?  
 —¡Una modistilla!  
 —¡Un tío cualquiera!  
 —¿Por qué no cerró mejor su habitación y no hubieras penetrado en ella?  
 —¿Por qué no iba provisto de un brasero para no helarse, si por acaso alguno lo arrojaba atado de piés y manos en el arroyo? . . .

Un cuarto de hora después, Félix pasó maniatado por delante de las ventanas del comedor, rodeado de agentes de policía, y seguido á lo lejos de sus padres y hermanos que regaban la tierra con lágrimas.  
 En cuanto á Isabel, había conseguido ocultarse.  
 El conde y sus amigos no pudieron ver á Félix. La borrachera había llegado al último período, y los que no estaban debajo de la mesa, yacían sin conocimiento en las butacas que la rodeaban.  
 ¡Hurra por las costumbres inglesas!

## VII.

## AL DIA SIGUIENTE.

Al día siguiente Federico y Julio llamaban á la puerta del cuarto de Juanita.

—¿A quién buscan Vds., caballeros? preguntó la vecina de la buhardilla de enfrente.

—A Juanita la modista.

—Se la han llevado ayer al hospital.

—¿Está enferma?

—Se ha vuelto loca.

—¿Está Vd. cierta?

Así me lo ha dicho el zapatero de la buhardilla del núm. 8, que vino á despedirse porque ha sentado plaza.

—Gracias, señora.

—Vayan Vds. con Dios, caballeros.

Los dos amigos comenzaron á bajar la escalera.

—¡Vaya un lance! No merecía la pena de haber subido noventa y siete escalones.

—¡Es particular! murmuró Federico preocupado. Yo creía que estas locuras repentinas eran invención de los dramaturgos modernos. ¿Vienes á comer conmigo?

—No: tengo que hacer una visita á mi futura. ¿No es verdad que es muy linda y muy bien educada?

—Todos lo creen así.

—Dentro de ocho días me caso. Voy á ser el hombre mas feliz de la

tierra. A propósito: de hoy en un mes es mi cumpleaños, y quiero que tengamos una sonada. Espero que no faltarás con la Clara si te dura para entonces: yo no he pensado todavía si llevaré á Pepita ó á Adela. . . . .

Entre tanto Félix estaba en la cárcel. Isabel, sus padres y sus hermanos lloraban sin consuelo.

## VIII.

## JUSTICIA DE DIOS.

La estancia está oscura; el sacerdote acaba de retirarse, terminados los deberes de su ministerio; el moribundo está tranquilo y resignado; espera en Dios. Su tierna esposa, sus hijos y sus hermanos menores lloran hincados de rodillas en derredor de la cama cubriendo de besos sus heladas manos.

¡Cuadro terrible y desconsolador!

Han pasado algunos años. Ese anciano de blancos cabellos que bendice á sus hijos antes de volar á la presencia del Eterno, es Félix. Va á morir; y aguarda sonriendo la muerte: va á separarse de sus hijos; pero sabe que hay un cielo donde se reunirán todos los justos. Su conciencia está tranquila.

Isabel y sus hijos esperan tambien. Lloran solo porque van á pasar algunos días separados del que tanto quieren.

El moribundo hizo una señal á los que lo rodeaban, y todos ahogaron los sollozos para escuchar sus últimas palabras.

—Muero... pero tranquilo... He trabajado mucho, y vuestra suerte está asegurada... Sed honrados... y... Adios... Isabel... hijos míos... ¡Qué feliz soy!

Y su vida se extinguió blanda y dulcemente, sin dolores, sin convulsiones.

Era una luz que se apagaba.

¡Qué feliz!

Casi al mismo tiempo, en una magnífica alcoba, donde parecían haberse agotado todos los inventos del mas afinado lujo, otro anciano, en cuyo rostro lívido se descubrían las señales del vicio y de la intemperancia, moría presa de los mas horribles tormentos, asistido por multitud de criados de rica librea, que le presentaban los medicamentos en vasos de oro, primorosamente cincelados.

Este anciano era el conde Julio.

Ni una mano que estrechase su mano, ni una boca que pidiese á Dios su misericordia, ni unos ojos que vertiesen lágrimas por él.

Solo! y solo en medio de su casa, en medio de sus riquezas, en medio de su familia!

Su esposa, aquella cándida virgen que conocimos en el baile de la condesa, debía muchas visitas y no podía prescindir de pagarlas. Volvió cansada de la calle, y no se encontró con fuerzas para cuidar á un enfermo. Por otra parte, ¿ella no era suficientemente rica para comprar cuidados? Segura estaba de que sus sirvientes no dejarían de cumplir una de las órdenes del médico.

Es una dicha ser rico. Dinero! dinero! dinero!

Julio tenía tambien una hija, un ángel de humanidad y de candidez, el vivo retrato de su madre cuando jóven; pero desgraciadamente padecía de los nervios, y estaba tan *impresionable*, que no se atrevía á entrar en la alcoba de su papá por temor de ponerse mala.

Tenía además dos hijos. ¡Gallardos mancebos! ¡Retratos de su padre cuando jóven! Calaveras como él; pero mas graciosos, al decir de su mamá. Se habían recogido á las seis de la mañana, y dormían profundamente.

Si no, ¿cómo dejarían morir, solo y abandonado, al que les dió el ser, la educación, y un digno modelo que imitar?

Una horrible convulsión se apoderó del moribundo, que miraba á todas partes con ojos desesperados, ansioso de ver unos ojos que llorasen, un rostro que espresase algun sentimiento por su muerte.

En vano.

Y sin embargo todo lo puede el dinero.

Todo, sí, menos dar la felicidad.

Julio preguntó por su mujer y sus hijos; dijo que quería verlos y despedirse de ellos en su última hora.

Un criado le hizo observar que la señora estaba cansada, la señorita *impresionable*, y los señoritos dormidos, siendo sus órdenes por lo tanto imposible de cumplir.

Entonces la rabia y la cólera se apoderaron de él, y haciendo un esfuerzo para levantarse, espiró en medio de los mas atroces martirios murmurando una blasfemia horrible y repugnante.

Qué desdichado!

## CUADRO DRAMÁTICO.

UN CRIADO. El señor conde ha muerto.



LA VIUDA Y LOS HIJOS. (*aparte, enjugando una lágrima que no piensa salir.*) ¿Dónde estará el testamento?

LA HIJA. (*aparte con candidez.*) A Eduardo le gusta lo negro. Voy á parecerle muy bien de luto.

## CONCLUSION.

Así terminaron su vida Félix y Julio. La distancia que entre ellos medió al principio fueron ochenta y tres escalones. ¡Cuánto se aumentó al fin!

DIEGO LUQUE.

LAS FIJAS DE MIO CID. <sup>(1)</sup>

## I.

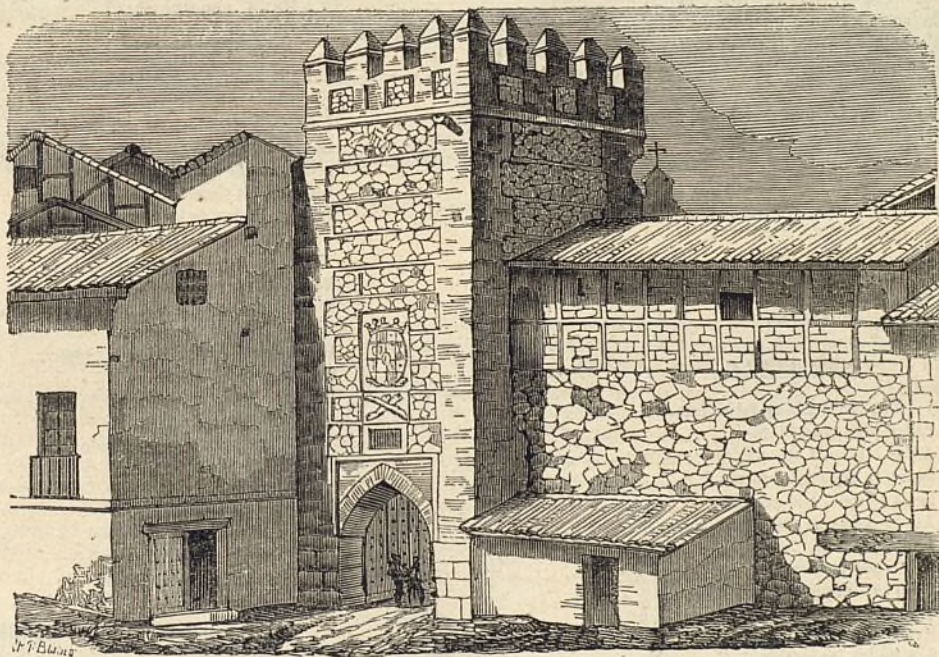
Mio Cid el quen buen hora náscio, conquirió á Valencia e las tier-  
ras que y son e priso grandes ganancias de oro e de plata e de pieles  
e de mantos, á tal que non habie cuenta. Esora fuese conseiar con  
Minaya Alvar Fanez, un caballero de prestar quel mucho querie, e  
fablale desta guisa:

—Grado á Dios, Minaya, ondra e haberes hemos ganado en Valen-  
cia la casa! Enviar vos quiero a Castiella la gentil con nuevas desta  
ricad, ca mi mugier e mis fijas habran sabor deste mensaie. Airome  
el rey Alfonso e echome de la tierra a grant fonta e por conseio de  
mios enemigos malos; mas non he rencura por ende, quel es mi señor  
natural. Liebelde en don cien caballos corredores e fuertes, todos con  
siellas e frenos e sennas espadas colgando de los arzones, e la mano  
le besad por mi, ca so buen vasallo e non precio un figo los haberes  
sin la ondra. Decilde que la mi mugier Doña Ximena e las mis fijas  
Doña Sol e Don' Elvira quiera soltarme, ca lorando de los sos oios  
fincan luengos annos en Sant Pero de Cardena e non es ley que mu-  
gier e fijas me tuelle con la hacienda e la ondra. E si oviese merced  
de soltarmelas, aduxildas convusco e trataldas como a duenas de pró.  
Vedes aqui de oro e de plata una bolsa lena: en sancta Maria de  
Burgos quitedes mill misas e lo que remaneciende dalgelo al Abbat Don  
Sancho porque ruegue por mi las noches e los dias.

—Esto faré yo de buena voluntad, respondió Minaya sonriendo  
fermoso, ca habie grant placer de servir al que en buen hora cinxo  
espada.

Adelinó Minaya pora Castiella liebando en su compana cien ho-  
mes que Mio Cid le dio, e en legando á Burgos, demandó por Alfonso  
do le podrie fallar, e dixeronle quel rey era en Sanctfagunt.

De misa era exido el buen rey e esora legaba Minaya Alvar Fanez



Puerta de Malacuera (Torrelaguna).

e fincando á sos pies los hinoios ante tod' el pueblo, besabale la mano  
e fabló cuemo oldredes:

(1) Creemos no desagradará á los lectores del SEMANARIO el escrito que hoy les  
ofrecemos. Viene á ser un extracto de la parte mas interesante del *Poema del Cid*,  
en el que no hay una voz ni una locucion que no esten justificadas en el original.  
Para llevar á cabo este, cuando menos curioso trabajo, hemos tenido que aprender,  
digámoslo así, el lenguaje del *Poema del Cid*, es decir, el idioma del siglo XI, la  
lengua castellana en sus primeros albores. Ciertamente bien merece tareas de esta es-  
pecie el *Poema del Cid*, ese venerable decano de nuestra literatura, donde, como  
dice uno de sus comentadores, aparecen el Cid y los personajes mas famosos de su  
época en toda su sencillez, con sus férreas armaduras, sin ricas cimbras ni costosas  
sobrevestas, con la cabeza erguida á fuer de valientes hasta en la adversidad, con la  
confianza en el cielo siempre viva, con la fé y el amor en el corazon, siempre gene-  
rosos, caballeros siempre, y dispuestos á morir por su Dios, por su rey y por su  
dama. El autor del *Poema del Cid*, ese poeta cuyo nombre se ha perdido al atra-  
vesar las tinieblas de los siglos que entre él y nosotros median, el poeta que acaso  
dobló la rodilla ante el glorioso caudillo castellano, viéndole partir al destierro, no  
cubierto de ignominia, sino coronado de gloria; ese poeta, rudo sí, como los hombres  
de su tiempo, pero ingenioso y entusiasta y buen cristiano como los héroes de la *be-  
llida barba* y la *furdida lanza*, bien merece ser leído y estudiado con detencion,  
porque nadie como él nos da á conocer las costumbres, el carácter y el idioma de la  
edad de hierro en que le cupo vivir. Quizá el trabajo que hoy publicamos, en el que  
aparece el doloroso episodio de las hijas del Cid despojado de las redundancias y la  
inconexión que hacen poco menos que imposible la lectura seguida del citado poema,  
contribuya á despertar la afición al estudio de la rústica pero venerable lliada caste-  
llana. De todos modos, le ofrecemos sin ningún género de pretensiones literarias, con-  
cesando que en él hemos ejercitado la paciencia mas bien que la inteligencia.

—Merced, señor Alfonso, por amor del Criador! Mio Cid vos besa  
las manos e los pies mager le echastes de la tierra e ondra e haberes  
le quitastes! Ganado ha, sabet, a Xerica, e a Almenar, e a Peña-  
Cadiella, e a Murviedro e a Valencia la maior, e arrancó cinco lides  
campales e fizo grandes ganancias. Verdad vos digo, rey Alfonso, é  
afebos aqui las señas: cien caballos gruesos son con siellas e frenos to-  
dos bien guarnidos. Prendelos vos e habet por vasallo a Mio Cid el  
lidiador famoso, quel vos los endona.

Esora alzó el rey la mano diestra sanctiguandose de tan fieras ga-  
nancias cuemo ficiera el Campeador e dixo al bueno de Minaya:

—Así me vala Sant Esidro, plazme de corazon esta presentaia, e  
aun mas las buenas faciencias quel Campeador face en la tierra de  
moros. Prendo estos caballos quem' embia de don, e amor e heredades  
le daré cuando torne a Castiella.

¡Dios que alegre fué Minaya en oyendo fablar desta guisa al  
buen rey!

—Por merced vos pide el Cid, dixo, que le soltedes la su mugier  
Doña Ximena e sus fijas amas quen el monesterio de Cardena dexó,  
porque vayan á Valencia do las espera.

—Eso faré yo de grado, dixo el rey, e las mandaré dar conducho  
mientras que por mis tierras fuesen, e catad cuemo las sirvades. Oidme,  
escuellas e toda la mi cort. Non quiero que nada pierda Mio Cid el de



Bibar nin los que son con él. Sueltos todo lo que les quitó, e a mas, libroles los cuerpos e de mi seran quitos todos los que quieran ir a servirle.

E el rey sonrisaba tan belidamiente fablando, e otro si el bueno de Minaya e muchos fijosdalgo que y eran.

Esora fablaron en poridad los infantes de Carrion Diego e Ferrando que eran en la compana del buen rey, e catad cuemo dexian:

—Mucho crecen las haciendas de Mio Cid. Bien casaríamos con sus fijas e él non osarie nos las negar si por nos le ruega Don Alfonso, ca de natura somos de los condes de Carrion.

Minaya Alvar Fanez espidios' del buen rey e los infantes dandole iban compana fata sant Pero de Cardena, e amos le dexian:

—Saludalnos á Mio Cid, ca nos somos en so pró cuanto lo podemos far.

Quien podrie contar el gozo que ovieron las duenas cuando vieron asomar al bueno de Minaya e cuemo le demandaban nuevas del Campeador!

—Omíllome á vos Doña Ximena e a vuestras fijas belidas, dixo el buen Minaya. Saludavos Mio Cid alla en Valencia do bueno le dexé. Sabet que Don Alfonso soldado vos ha por merced e el Campeador membra por liebaros a Valencia do mucho querie tornar a veros.

Grandes gozos facien Dona Ximena e las sus fijas amas cuando ovieron tan buenas nuevas.

Quinientos marcos de plata dio Minaya al abbat Don Sancho e fuese pora Burgos e quito mill misas en Santa Maria, e aduxo palafrés e mulas con los meiores guarnimientos que y habie.

Hyas' espiden de san Pero e piensan de cabalgar Minaya e las duenas. Veriedes caballeros venir de todas partes por darles compana e cuemo mugieres e homes exien á las finiestras e lorando de los oios dexian una razon:

—Hyas' van la mugier e las fijas de Mio Cid! Dios e los sos sanctos las curien de mal!

(Continuará.)

ANTONIO DE TRUEBA.

A la Excmo. señora Doña Maria Encarnacion de Cueto, Duquesa de Rivas, en la amena tertulia literaria del señor Duque, su esposo.

### LETRILLA.

¡Tú, tan ingénua y tan franca,  
Entre tales embusteros!  
Antes tomando una tranca  
Debieras vengar los fueros  
De la verdad, que suspira  
Atada codo con codo  
Aquí donde todo, todo,

*Todo es mentira.*

Yo sé, Duquesa, y tú sabes  
Que estas mentiras rimadas,  
Menos que pecados graves  
Son lindas inocentadas.  
Miente mas el que conspira  
Contra el mismo á quien halaga;  
Bien que este no le va en zaga...

*¡Todo es mentira!*

Que en el mundo de la prosa  
¡Hay tanto Bellido Dolfó!...  
Mas en la mar borrascosa  
De ese mundo no me engolfo.  
De ella el tédio me retira,  
¡Y dicha fuera al dejarla  
Poder decir: todo es charla!

*Todo es mentira!*

Torno á tus lares indemnes  
Mientras averigua Vargas  
Tantas mentiras solemnes;  
Tantas verdades amargas;  
Pero, aunque lance la vira  
Contra el gremio á que me afilio,  
Ello es que en este concilio

*Todo es mentira.*

Y gracias que los poetas  
No son, como antes, paganos;  
Mienten sus trovas discretas,  
Pero son buenos cristianos.

Hércules y Deyanira,  
Lo decimos ya á una voz;  
Vénus, Jove, Marte atroz;

*Todo es mentira.*

Mas Belardo, que á su huerto  
Dedica tan bella estrofa,  
En distinguir no está cierto  
De una col una alcachofa;  
Esotro brama... sin ira;  
Aquel, que de amor se inflama,

Forja en su mente la dama:

*¡Todo es mentira!*

¿Y dónde la trompa está,  
La flauta de los idilios,  
El arpa, ¡búscala ya!  
Y los demás utensilios?  
¿Qué es del plectro y de la lira,  
O si quier gaita y zambomba,  
Y el cimbalo que rimbomba...

*¡Todo es mentira!*

¿Y cómo á los que oro y perlas  
Derraman en sus vocablos  
No les ocurre venderlas  
Y salir de pobres diábolos?  
¿Y aquel que viaja á Palmira  
Y á Menfis... en su butaca?  
¡Ya quisiera á Carra traca!

*Todo es mentira!*

De la ambrosia celeste  
¿Dónde dejásteis el jarro?  
La habeis reemplazado ¡oh peste!  
Con el humo del cigarro.  
¿No veis que una dama aspira  
Esos hálitos siniestros?  
Solo ese humo de los vuestros

*¡Ay! no es mentira.*

Mas ¡alto! que aunque embusteros,  
Por lo que teneis de vates,  
Blasonais de caballeros,  
Y á porfia en los quilates.  
Bondad es solo de Amira  
Lo que parece desman.  
La ama y respeta el Divan.

*¡Oh! no es mentira.*

Ella imprevisa os sorprende  
En el torpe chupeteo;  
Mas el humo no la ofende;  
Que, como el astro febeo,  
Purifica cuanto mira  
Y lo ilustra y lo embelesa;  
Porque es ¡toda una duquesa!

*Y no es mentira.*

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Madrid 12 de noviembre de 1835.

### AL ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE NAPOLEON I.

SONETO.

El águila caudal dejando el Sena  
Bate sus alas al rayar el día,  
Y de los aires la region vacía  
Mide veloz con majestad serena:

Baja y tiende la garra en Santa Elena  
Con que la Europa un tiempo estremecía,  
Pugnando por alzar la losa fria  
Que yerta cubre al vencedor de Jena.

Suspende al fin el mármol atrevida  
Mirando absorta con turbada frente  
¡Tanta grandeza en polvo convertida!  
Y aunque el estrago de sus triunfos siente,  
De BONAPARTE el nombre al sol levanta,  
su muerte llora y sus victorias canta.

GABRIEL DE LA CONCEPCION VALDÉS.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



12



(Interior del patio del antiguo Alcázar de Madrid.)

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

## RECUERDOS HISTÓRICOS.

Hasta mediados del siglo X, y con motivo de una acometida del rey D. Ramiro II de León contra los moros que la ocupaban, no suena ni figura en la historia nacional la villa de *Madrid*, que andando los tiempos había de llegar á ser imperial y coronada capital del reino, bajo el estendido cetro de los monarcas de la austriaca dinastía, emporio central de donde partían las órdenes que debían obedecer y acatar en las cuatro partes del mundo conocido, Nápoles y Lisboa, Génova y Milán, Bruselas y Amberes, Méjico y Lima, la India Oriental, las costas africanas, y los archipiélagos de las Antillas, Canarias, Azores y Filipinas.

Cuál fuera el origen verdadero, la humilde cuna de esta importantísima población, es cosa que no está ciertamente averiguada, á pesar de los entusiastas alegatos é indigestos mamotretos con que multitud de apasionados coronistas y aduladores heráldicos pretendieron, como es costumbre con todos los poderosos, entroncar la alcurnia de la ya magnífica corte de los Carlos y Felipes, con los héroes mitológicos y con los conquistadores y fundadores griegos y romanos.—Dejémosles pues delirar á su sabor con su pretendida *Mántua de los Carpetanos*, fundada (según ellos, y según todavía viene afirmando muy seriamente nuestro calendario), hace cuarenta siglos y pico, por un cierto príncipe hijo de Tiberio rey de Toscana y de la adivina Mantu, llamado *Ocno Bianor*.—Dejémosles estasiarse con el dragón alado, que al decir de los mismos recibió Mantua de los griegos como blason, y con los muchos y galanos comentarios sobre el *sino* influyente en esta villa; sobre la constelación *Bootes*, el carro celeste y las siete cabrillas; sobre el *oso* y el *madroño*, y sobre las infinitas variantes del nombre de Mántua, que pretenden convertido después en *Ursaria*, *Majoritum*, etc.

No pretendamos tampoco por ahora seguir en sus más concienzudas y eruditas investigaciones á otros historiadores y críticos modernos que, con mas copia de observación y mejor criterio, pretenden demostrar la fundación y existencia, siempre remotísima después de la dominación romana y en tiempo de la monarquía goda, Madrid, aunque reducido á los estrechos límites comprendidos entre el Alcázar, hoy Palacio Real, la puerta de la Vega y el Arco de Santa María, á la entrada de la calle del Factor. Estos primitivos límites de Madrid tampoco están suficientemente conocidos, aunque parecen demostrados con la existencia de dicho arco demolido en 1572.

## PRIMERA AMPLIACION.

Pero la segunda cerca de Madrid, ó sea su fuerte y elevada muralla que ostentaba aun en tiempo del emperador Carlos 128 torres y cubos en sus lienzos de doce piés de espesor y de sólida cantería y argamasa, es cosa de cuya existencia no cabe la menor duda, tanto por el testimonio de todos los autores y documentos contemporáneos, cuanto por los mismos trozos de dicha muralla que sucesivamente han ido descubriéndose hasta nuestros mismos dias con ocasion de los derribos y reconstrucción de los edificios que descansaban sobre aquellos venerables restos.

De todos estos testimonios fehacientes, y principalmente de la vista material y el estudio del gran *Plano general de Madrid* publicado en Amberes en 1656, en que está representado todo el caserio, calles, plazas y jardines de la villa en escala bastante estensa para poderse apreciar sus detalles, y con los alzados de los edificios en perspectiva caballera á la parte del Mediodía, se viene á adquirir el conocimiento perfecto de la forma y dirección de dicha muralla, por los trozos de ella, que con ligeros intervalos se conservaban aun al descubierto en aquella época, y están representados en el plano.

En otros artículos en que nos hemos ocupado del Madrid del siglo XVII, hicimos una descripción minuciosa de aquel precioso documento (1), de que quedan hoy rarísimos ejemplares, y al que habremos de referirnos necesariamente en mas de una ocasión en el presente. Por hoy, nos proponemos limitar nuestra investigación al recinto comprendido dentro de la muralla primitiva ó mas averiguada, que, ya fuese obra romana, como pretenden muchos, ó ya de los árabes durante su larga dominación en esta villa, como es mas probable, sirvió de límites y de defensa á la misma, no solamente hasta los últi-

(1) Consta este plano de veinte hojas de gran marca, las cuales unidas y pegadas sobre un lienzo (como están en el ejemplar que posee el Excmo. ayuntamiento) ocupan una extensión de unos 12 piés por 10 de altura, ó sea 120 superficiales.

En la parte superior de dicho plano se lee esta inscripción: *MANTUA CARPENTANORUM SIVE MATA TEM UNUS REGIA*.—Al lado derecho están las armas reales sobre trofeos, y se lee: *Philipo IV rege católico. Forti et Pio. Urbem hanc suam et in ea orbis sibi subjecti compendium exhibet MDCIV*; y debajo en una tarjeta sostenida por figuras alegóricas y trofeos se encuentra la siguiente inscripción: *Topografía de la villa de Madrid; descrita por D. Pedro Teixeira, año de 1656, en la que se demuestran todas sus calles, el largo y ancho de cada una de ellas, las rincónadas, y lo que tuercen, las plazas, fuentes, jardines y huertas, con la disposición que tienen; las parroquias, monasterios y hospitales están señalados sus nombres con letras y números que se hallarán en la tabla; y los edificios, torres y delanteras de las casas de parte que mira al Mediodía están sacadas al natural que se podrán contar las puertas y ventanas de cada una de ellas. A la izquierda está la tabla y la escala de 1/1870 y debajo dice: *Salmon Sauri fecit, cura et solitudine Joannis et Jacobi Panwerle, Antuerpiæ.**

12 DE JUNIO DE 1853.



mos del siglo XI en que se verificó su conquista por las armas del rey D. Alfonso el VI, sino dos siglos después, hasta que á consecuencia de la mayor importancia y poblacion, adquiridas por ella con el andar de los tiempos y el favor y asistencia de los monarcas en Madrid, fué necesario extender sus límites, encerrando dentro de una nueva cerca los ya populosos arrabales de san Martin, san Ginés y san Francisco.

En este supuesto, pues, diremos, que segun claramente se observa en el ya citado plano, dicha muralla primitiva arrancando por detrás del Alcázar (que como es sabido estaba en el mismo sitio que hoy el Real Palacio), seguia recta hasta la puerta de la Vega, y penetrando luego por entre las casas del marqués de Povar, hoy de Malpica, y de la conocida actualmente por la chica de Osuna, bajaba á las huertas del Pozacho que se hallaban en lo que hoy es calle de Segovia, hacia las casas de la Moneda, dirigiéndose luego á ganar la altura frontera de las Vistillas por el terreno que ahora es conocido con el nombre de Cuesta de los Ciegos; desde dicha altura penetraba por detrás de la casa del duque del Infantado hasta salir por delante de san Andrés, al sitio donde estaba la Puerta de Moros, que hoy conserva este nombre; de aquí tocando en los límites de lo que despues se llamó la Caba Baja y Calle del Almendro (de que podemos dar fé por un trozo descubierto el año pasado con el derribo de la casa última de esta), seguia casi la direccion que actualmente dichas calles saliendo á la Puerta Cerrada, la cual debia estar situada hacia el sitio mismo en que hoy la cruz de piedra. Aquí desaparece en el plano la continuidad de la muralla con las nuevas construcciones; pero se sabe que subiendo por la Caba de san Miguel hacia el sitio y trozo de la calle Mayor, conocido despues por las Platerias, alzabase en él la Puerta de Guadalajara enfrente de la embocadura de la actual calle de Milanese, y continuaba luego la muralla por entre las calles del Espejo y de los Tintes, hoy de la Escalinata, á subir los Caños del Peral, torciendo por último hacia el frente de la subida de Santo Domingo el Real (donde habia otra puerta llamada de *Balnadú*) á cerrar con el Alcázar.

Dentro pues de este limitado recinto es donde por ahora nos cumple recorrer y examinar la topografía de Madrid. No se crea por esto que sea nuestro intento emprender una historia individual y detallada de las calles y casas de nuestra capital. Obra seria esta muy superior á nuestras débiles fuerzas, y sobre todo muy estemporánea tratándose de unos breves artículos destinados á amenizar las columnas de una publicacion periódica: tratamos solo de consignar en ellos, sin pretension de ninguna especie, las observaciones y noticias que hayamos podido reunir relativas á la vida histórica de las principales localidades y edificios de la villa, á los sucesos ó personajes que los ocuparon ó hicieron figurar, y otras curiosas particularidades que creemos del mayor interés, y que con auxilio de todas las obras impresas y manuscritas que trataron de las cosas de Madrid y con nuestro propio estudio y diligencia, hemos procurado indagar con algun fundamento.

Empezaremos pues nuestro paseo mental en el antiguo y estrecho recinto del *Magerit* morisco, por la parte mas occidental de esta villa, donde sobre una eminencia, que domina la campiña regada por el Manzanares, y en el sitio mismo que ocupa hoy el Real Palacio, se elevaba en lo antiguo el

la concedió nuevos fueros y ordenanzas; el X, llamado justamente el Sabio; D. Sancho el Bravo, que enfermó gravemente en esta villa en 1293; D. Fernando el IV, que reunió en ella las primeras Cortes, y D. Alfonso XI, que varió la forma de gobierno de Madrid, estableciendo doce regidores, dos alcaldes y un alguacil mayor, y espidió á favor de la villa nuevos fueros y privilegios. — Pero lo que no consta de ninguna manera es si dichos monarcas hicieron su residencia en el Alcázar, ni se trata de él como palacio Real, sino mas bien como defensa formidable en todas ocasiones, desde la acometida que á los pocos años de la reconquista hizo contra Madrid en 1109 el rey de los Almoravides Tejuin, y que resistieron victoriosamente los habitantes encerrados en el Alcázar rechazando al ejército marroquí, que habia llegado á sentar sus reales en el sitio que aun conserva por esta razon el nombre de *El campo del moro*, hasta las ya indicadas revueltas y guerra fratricida de D. Pedro y D. Enrique. — Lo mas probable es suponer que solo en tiempo de estos y á consecuencia de las notables obras verificadas por el primero, pudo servir de mansion de los reyes de Castilla. — Posteriormente, reinando en ella D. Juan I, espidió privilegio en 1389 concediendo á D. Leon V, rey de Armenia, el señorío de Madrid y de otros pueblos, en consideracion á haberle quitado el suyo el soldan de Babilonia; y dicho señor ó rey de Madrid residió en ella durante dos años, recibió el pleito homenaje de sus vecinos, confirmó sus fueros y privilegios, y reedificó las torres y el Alcázar. — D. Enrique III se hallaba en esta villa en 1390 á la sazón que murió en Alcalá su padre D. Juan, y es el primer monarca proclamado en Madrid antes que en ninguna otra villa del reino. El mismo espidió una real cédula alzando el pleito homenaje hecho por los madrileños á D. Leon de Armenia, é incorporando de nuevo y para siempre jamás á Madrid á la corona de Castilla; pero durante su minoria tuvieron principio en ella las largas turbulencias que agitaron el reino desde que reunidos los regentes y tutores del rey niño en la iglesia de S. Martin, fueron cercados por los condes de Trastámara y de Benavente que aspiraban á apoderarse del gobierno, hasta que en 1394, y contando ya Enrique once años, las Cortes del reino, reunidas en esta villa, le declararon mayor de edad y tomó las riendas del gobierno. — De este monarca que residió en Madrid la mayor parte de su reinado, celebró en él sus bodas, y recibió á los embajadores del Papa y de los reyes de Francia, de Aragon y de Navarra, se sabe ya espresamente que tuvo su asiento en el Alcázar, en el que hizo grandes obras y nuevas torres para depositar sus tesoros, así como su hijo D. Juan II que empezó su reinado en 1417, celebró en él varias Cortes, recibió solemnes embajadas, y las famosas del rey de Francia á que dió audiencia en un salon del Alcázar sentado en el trono, con un leon domesticado á los pies. — Sin embargo, Quintana afirma que los reyes Juan II y Enrique IV pararon algunas veces en las casas de Luis Nuñez, señor de Villafranca (á la calle de Santiago) y en las de Pedro Fernandez Lorca (Santa Catalina de los Donados). En tiempo de este monarca se consagró la capilla del Alcázar en 1.º de enero de 1454. — Enrique IV, tambien proclamado en Madrid en 1450, residió ordinariamente en el Alcázar, y en el mismo debió nacer la desdichada princesa Doña Juana, apellidada la Beltraneja. Un terremoto ocurrido en 1466 le arruinó en parte; pero fué restaurado á poco tiempo por la esplendidez del monarca. Este Alcázar jugó todavia un gran papel como fortaleza durante el turbulento reinado de Enrique, y la disputada sucesion de él. En 1463 fué preso de orden de aquel rey el alcaide del Alcázar Pedro Munzarés como partidario del infante D. Alfonso, que intentaba usurparle la corona, y en el mismo Alcázar fué custodiada de su orden la reina Doña Juana en castigo de su liviandad: habiendo logrado fugarse á Buitrago, fué presa de nuevo y conducida otra vez al Alcázar con su hija la Beltraneja, bajo la custodia del maestre de Santiago. Muerto en Madrid D. Enrique en 1473, se posesionaron del Alcázar los partidarios de la Beltraneja hasta el número de 400; pero fueron sitiados por el duque del Infantado, que mandaba las tropas fieles á Doña Isabel, y logró al fin de una obstinada resistencia de dos meses apoderarse de aquella fortaleza. — Los Reyes Católicos hicieron su entrada solemne en Madrid en 1477; pero consta que residieron en la casa de D. Pedro Laso de Castilla, en la plazuela de San Andrés, y no en el Alcázar, en donde tampoco pararon mas adelante su hija Doña Juana y el archiduque. En las turbulencias ocasionadas á la muerte de la reina Doña Isabel sobre el gobierno del reino, tambien figura el Alcázar como fortaleza, hasta que quedaron terminadas aquellas en las Cortes reunidas en San Gerónimo en 1509, con el juramento del rey D. Fernando, de gobernar como administrador de su hija y como tutor de su nieto D. Carlos.

Este, el emperador, proclamado en Madrid por los regentes del reino, no halló sin embargo en un principio grande adhesion entre los madrileños, que abrazaron en su mayoría la causa de las comunidades, y ofrecieron una formidable resistencia á las huestes imperiales en el Alcázar de esta villa, defendido por la esposa de Francisco de Vargas, su alcaide, á la sazón ausente. Vencidos al fin los comuneros, vino á Madrid el emperador en 1524, y habiendo tenido la suerte de

#### EL ALCÁZAR DE MADRID.

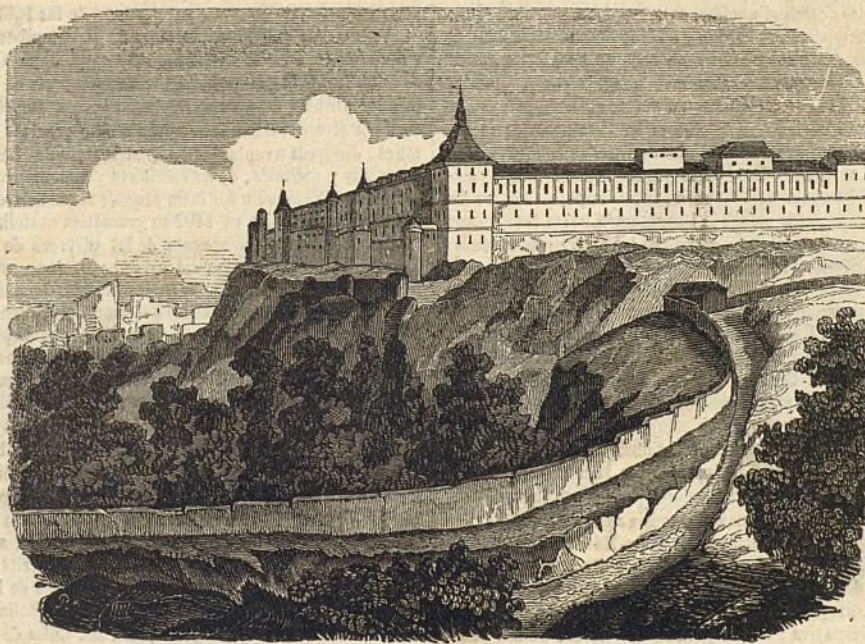
Lo mas probable á nuestro entender sobre el origen y primera forma de aquella vetusta fábrica, causa principal de la importancia histórica y política de esta villa, pudo ser una de tantas fortalezas comunes de que poblaron los moros las crestas de nuestras montañas con el objeto de atender á la defensa y dominacion de las poblaciones vecinas. Estos indican claramente su situacion elevada, su destino primitivo, y hasta su nombre mismo, genérico entre los árabes, de esta clase de fortalezas. Muchos de los autores apreciables de Madrid atribuyen sin embargo su fundacion á época mas cercana, despues de la reconquista de esta villa por las armas de Alfonso VI; y de todos modos parece indudable que el rey D. Pedro verificó en el Alcázar una completa reedificacion y ampliacion, dándole una gran importancia y fortaleza, de que muy luego pudo hacer alarde en defensa suya y contra las huestes de su competidor D. Enrique de Trastámara, que cercaron á Madrid en 1369 y le ocuparon solo por la traicion de un paisano que tenia dos torres á su cargo, á pesar de la heroica defensa del Alcázar, hecha por los Vargas y Luzones, caballeros principales de esta villa. — Consta que en ella residió algun tiempo, no solo dicho D. Pedro y su hermano y sucesor D. Enrique, sino todos ó casi todos los monarcas anteriores de Castilla y Leon; D. Fernando el Magno que la conquistó primitivamente en 1047, para abandonarla despues, y que recibió en ella la visita de Almenon, rey moro de Toledo; Alfonso VI, su verdadero restaurador; el VII, llamado el emperador, que espidió á su favor notables privilegios; el VIII, ó de las Navas, que



curarse en él de unas pertinaces cuartanas que padecía, cobró grande afición á esta villa, residió siempre que pudo en ella, la libertó de pechos, la concedió privilegios, acreció considerablemente su importancia, reedificó completa y suntuosamente el Alcázar, convirtiéndolo, de fortaleza que antes era, en verdadero Palacio Real, y añadió á los títulos de *Muy noble y Muy Leal* que había merecido Madrid á su antecesor Enrique IV, los de *Imperial y Coronada Villa*, y casi todo el carácter de Corte Real.—No consta sin embargo que Carlos V residiese siempre en el Alcázar; antes bien se afirma que moraba en el palacio que ocupó la misma área que hoy el monasterio de Señoras Descalzas Reales, fundado después por su hija Doña Juana, madre de Don Sebastian de Portugal; y Quintana asegura que antes de partir á la toma de Túnez, se aposentó en las casas del secretario Juan de Bozmediano (hoy del marqués de Malpica), y que luego que marchó el emperador se pasó la emperatriz con el príncipe Felipe II á las que fueron de Alonso Gutierrez (hoy Monte de Piedad). Lo que sí consta referente al Alcázar, es que fué trasladado á él el prisionero de Pavía, el rey de Francia Francisco I, encerrado primeramente en la casa de los Lujanes de la plazuela de San Salvador, hoy de la Villa, que recibió en el mismo Alcázar la visita del Emperador, y que conservó tal recuerdo de este edificio, que al recobro de su libertad y regreso á su corte hizo construir inmediato á la misma en el bosque de Boalogue un trasunto del mismo Alcázar, que se conservó hasta los tiempos de

la revolución, conocido siempre con el nombre de *Chateau de Madrid*.

La importancia que había dado Carlos V á la villa de Madrid, y especialmente á su Alcázar, ya verdadero palacio régio, bajo la acertada dirección de los arquitectos Covarrubias y Luis de Vega, creció de todo punto en vida de su sucesor Felipe II, fijando la corte en esta villa por los años 61 al 63, atrayendo á ella numerosa población, extendiendo extraordinariamente su recinto, y dotándola de notables y numerosas construcciones, grandes fueros y regalías. El Alcázar régio, obra en su parte principal como queda dicho de Carlos V, recibió de su hijo y sucesor su complemento y mejoría con notabilísimas torres y una magnífica galería que miraba al parque en que hizo plantar suntuosos jardines. En él residió constantemente, durante su permanencia en esta villa, el poderoso y austero monarca que extendía su dominación y su política á las mas apartadas regiones del globo. En él tuvo lugar el misterioso y terrible drama de la prision y muerte del desdichado príncipe D. Carlos, y el fallecimiento inmediato de la reina Doña Isabel de Valois; en él recibió las solemnes embajadas de todos los monarcas de Europa, las visitas de muchos príncipes, las armas y banderas ganadas á los enemigos por sus generales vencedores D. Juan de Austria, los duques de Alba y de Osuna; en él contrajo matrimonio con su cuarta y última esposa Doña Ana de Austria; y en él nació, en fin, en 1578, su hijo y sucesor Felipe III, primer monarca madrileño de los que ocuparon el trono castellano.



(Exterior del Alcázar de Madrid).

Durante el reinado de este monarca, el real Alcázar, que fué su cuna, le sirvió tambien de residencia, excepto los cinco años de 1601 á 1606, en que por un capricho régio, harto inmotivado, trasladó la corte á Valladolid, hasta que habiendo fallecido en el mismo Alcázar Real en 1621, subió al trono su hijo Felipe IV.—En el largo reinado de este, y como emblema de su esplendorosa y poética corte, es cuando el Alcázar de Madrid llegó al apogeo de su brillante existencia; cuando la fábrica material del edificio, obra de los arquitectos Covarrubias y Vega, Toledo, Herrera y Mora, recibió nuevo esplendor en manos de Crescenti y otros célebres artistas; cuando sus régios salones, pintados por Lucas Jordan, y decorados con los magníficos lienzos de Velazquez y Murillo, de Rubens y del Ticiano, reflejaban la grandeza de los monarcas españoles, á quien tales artistas servían; cuando sus altas bóvedas resonaban la voz de los Lopes y Calderones, Tirsos y Moretos, Quedados y Saavedras; cuando sus régias escaleras y suntuosas estancias sentían la planta del príncipe de Gales, después el desgraciado Carlos II, y otros potentados que venían á visitar al monarca español ó á solicitar su alianza.

En aquella época no conservaba ya el Alcázar mas recuerdo de su primitivo destino y condicion que algunos torreones y cubos en las fachadas al Norte y Poniente. La principal, situada á Mediodía como la del actual palacio, era obra de los reinados de Carlos V y Felipe II y del gusto de su época, así como toda la distribución interior del

edificio, donde no solamente había espléndidas habitaciones reales, sino tambien estensas dependencias donde celebraban sus reuniones los Consejos de Castilla, de Aragon, de Portugal, de Italia, de Flandes y de las Indias; por cierto que algunas de ellas daban á la régia cámara de Felipe, que en los primeros años de su reinado mandó abrir unos ventanillos llamados *escuchas*, desde donde asistía sin ser visto á las deliberaciones de aquellos supremos tribunales. Además en los aposentos bajos del palacio, conocidos por *las cobachuelas*, se hallaban las secretarías del despacho, que recibieron por antonomasia aquel nombre, así como el de *cobachuelistas* los oficiales ó empleados.

La importancia histórica de este palacio empezó sin embargo á decaer en el mismo reinado, teniendo que luchar con la del nuevo del Retiro, levantado por el conde-duque de Olivares para adular al monarca, y que acabó en fin por imprimir al gabinete su nombre, y al de la corte de Madrid, sustituyó el de corte del Buen-Retiro.

Lo mismo puede decirse durante la larga minoría y reinado del hechizado Carlos II, último vástago de la austriaca dinastía, que residía alternativamente en ambos palacios, y que al fin vino á extinguir su azarosa vida en el Alcázar en el primer año del siglo XVIII.

Sabido es que aquel régio edificio, página material de la historia madrileña, archivo viviente de las glorias de su corte, desapareció completamente á impulsos de un horroroso incendio en la noche buena de 1734, y notorio es tambien que Felipe de Borbon,



que ocupaba á la sazón el trono español, emprendió la obra verdaderamente colosal de levantar de nueva planta y sobre el sitio mismo que ocupaba el antiguo Alcázar, el nuevo y magnífico Palacio Real, que hoy es el primer ornamento de Madrid. Pero ni este monarca, ni su hijo y sucesor Fernando VI pudieron llegar á habitarle, hasta que, en disposición ya de poderlo ser, le ocupó Carlos III en 1764. En él falleció en 1788 aquel augusto monarca; en él residió durante su largo reinado Carlos IV; en él instaló Napoleón al intruso rey, su hermano José Bonaparte, á su paso por Madrid en los primeros días de diciembre de 1808, siendo fama que al subir ambos la escalera de este magnífico palacio, dijo aquel poniendo las manos sobre uno de los leones de mármol que la decoran: «*Je la tiens en fin cette Espagne si désirée*»—y volviéndose luego al intruso José añadió «*Mon frere, vous serez mieux logé que moi.*»—D. Fernando VII, de vuelta de su cautiverio en 1814, ocupó esta real casa hasta 29 de setiembre de 1833 en que falleció, y en ella, en fin, nació en 10 de octubre de 1850 la augusta princesa que hoy ocupa felizmente el trono español.

R. DE M. R.

### LA DOCTORA GUZMAN Y LA CERDA.

Achaque comun de las gentes es cerrar á las damas las puertas de las aulas y academias, como si naciesen condenadas á ser testigos indiferentes de nuestros primeros hábitos, ó compañeras impasibles de nuestros postrimeros desengaños. Corre de boca en boca, con irónico reproche, el principio de que se aviene mal la aguja con la pluma y el libro con el costurero, como si una reina magnánima, española, no hubiese corregido con la rueca en la cintura los desafueros de la nobleza, y no suspendiese la oración religiosa para dar comienzo á la traducción latina. Las labores domésticas pueden alternar con las lecciones filosóficas. El trabajo de manos no interrumpe el laboreo del entendimiento. Bien se puede elevar la imaginación hasta las regiones australes de la poesía, ó sazonar el ingenio con las prescripciones de las bellas letras, sin olvidar las privaciones de la virtud y los deberes de la familia. Respetemos á la naturaleza sin violentar sus obras. Algunas mugeres santas escribieron, y muchas excelentes madres publicaron sus pensamientos. Recordemos que el politeísmo romano ha dado los contornos de la muger á la espresión de las bellas artes. Las *Musas* pertenecen al sexo de las *Gracias*. El cristianismo también empieza en las tribulaciones de una madre predestinada.

La inteligencia no escoge sexos. La república literaria no se fija en el autor, sino en la obra. Desde que se ha observado cómo la historia establece entre los escritores de ambos sexos la mútua participación de gloria á la que se hicieron acreedores por sus escritos, el ánimo mas indiferente y la voluntad menos propicia se han visto obligados á deponer sus antiguas preocupaciones. A Aime-Martin, mentor filosófico de la madre, ha precedido Josefa Amar y Borbon, pedagogo fisiológico y moral de la muger. En el desarrollo contemporáneo de los estudios históricos, un pundonoroso diplomático y una palaciega popular han dado la iniciativa; ambos grandes escritores, ambos celebridades europeas: Chateaubriand y Mad. Staël. No se puede seguir á Chateaubriand por la antigua Francia sin distinguir á Mad. Staël en la moderna Alemania. En las creaciones de la imaginación y del sentimiento, la muger se adelanta al hombre, porque la misión de la muger es fecundar y sentir, entre tanto que el destino del hombre es pensar y examinar. La imaginación es el tesoro de la muger: toma del análisis, de la experiencia, de la historia, hemos querido decir, del hombre, el raciocinio. En la revelación ascética y en la creación fantástica lleva siempre la delantera. Santa Teresa es superior en el fondo, aunque inferior en la forma, á fray Luis de Granada y Malon de Chalde. Mad. Seigne se acerca mas al corazón humano que Fenelon y Montaigne. Ana Raceliff ofrece al romanticismo, que se enjendra en la sombra, la novela terrorista. Mad. Dudevant (Georges Sand) escribe la novela escéptica: tal vez hace mas que escribirla; tal vez la siente. Mad. Lebasu improvisa la novela de secta. Enriqueta Beecher Stowe populariza la novela humanitaria.

De esta suerte, donde quiera que se levante un talento reflexivo, una imaginación vigorosa y un ingenio precoz, los hombres deben hacer lugar á aquella brillante aparición. Viene de esa mitad del género humano que nos hace poetas en la niñez y oradores en la adolescencia. Viene de ese sexo que serena nuestro fatigado espíritu durante el cansancio mundano, y reanima nuestra inspiración con la brisa suave y aromática de su aliento. Viene, en fin, de ese sexo que vela nuestros sepulcros en los aniversarios de familia después de calentar instantáneamente nuestros párpados moribundos con las lágrimas del dolor. Viene de donde venimos nosotros; del hombre, de la imagen de Dios, de esa prolongación eterna del favor divino. ¿A qué rechazarla, cuando

representa una ambición legítima? Nosotros abatiremos siempre las falsas y ridículas pretensiones de las eruditas, artificiosas y poetisas amaneradas que hacen de la *gloria literaria* la primera de sus *coquetterías*; en cambio recibiremos con aplauso á las damas españolas que se han conquistado un honroso y elevado lugar en la república de las letras. La patria de Doña Isabel la Católica y Beatriz Galindo ya sabe lo que valen sus hijas de esforzado ánimo y distinguido ingenio. Las puertas de las aulas y de las academias ya se han abierto á su paso mas de una vez. La historia literaria de España viene en nuestro auxilio, y nos ofrece el abundante catálogo de las escritoras y poetisas que alcanzaron justo y merecido renombre, desde las *almeths* de Granada hasta las catedráticas de Salamanca y Alcalá de Henares.

Asistamos á la lectura de las *suras* y *divanes* en los salones alicatados de la Alhambra, y á la esposición de las doctrinas de los *alimes* en las Academias de Córdoba y Sevilla. Allí encontraremos las bellas y discretas hijas del Darro y del Guadalquivir. El rey Hixcem colma de favores á Lobua, docta en aritmética, gramática y poesía. Maryem, hija de Abu-Facub el Faisoli de Xallias, abre en tiempo de Alhakem una escuela para las familias principales de Sevilla, donde se hace célebre como historiadora y poetisa Radhia, liberta de Abderahman Anasir. Las poetisas Labana, Aischa y Safia, recitan *divanes* en la Academia imperial de Córdoba. Maryein, hija del caballero Abraham Ben-Albophayel, que comparte sus estudios entre la poesía y la música (1), Mogia, de ilustre cuna y claro ingenio, Mosada (2), el Al-Kattib de las moriscas (3), y Lelia, rimadora sentida y amorosa, son perlas grandiosas que caen en el vergel de las bellas letras.

Vistamos la crugidora armadura de los conquistadores de Granada, y divisemos el atezado lienzo de una tienda de campaña, cámara real de Doña Isabel la Católica, ó el calado minarete de una torre señorial, tocador austero de alguna dama cortesana que olvida el azor de la caza por el vocabulario latino del Estudio general. Doña Isabel la Católica, discípula aventajada de Beatriz Galindo, hace de la lengua de los sabios y prelados, de los escritores y diplomáticos, la lengua de los cortesanos. El estudio del latín precede al análisis del romance. Antonio de Nebrija dedica en 1492 su gramática castellana á las damas de la corte. La escuela compuesta de los vástagos de los principales caballeros para la educación del príncipe D. Juan establece una emulación científica y literaria entre los gentiles-hombres. El palacio real se asemeja á una universidad. Las damas sostienen con los caballeros disertaciones académicas, y dirigen á los sabios epístolas cicerónicas. Las aulas reciben respetuosas maestras eruditas, así como habían admitido alborozadas á los profesores cortesanos. Francisca de Nebrija sustituye á su padre en la cátedra de retórica y poética. Lucía Medrano esplica los clásicos latinos en la universidad de Salamanca. La infanta Doña Catalina, después reina de Inglaterra, escribe en latín *Las lágrimas del pecador* y *Meditación sobre los salmos*. Juana Contreras sostiene correspondencia latina con Marinero Sículo. Ana Cerbaton es maestra de lengua latina en Cataluña, y escribe una obra sobre los males ocasionados por los árabes á los españoles. Luisa Sigea, autora del poema *Sintra*, dirige á Paulo III una carta escrita en griego, árabe, hebreo, latín y siríaco. Angela Sigea, hermana de la anterior, es perita en idiomas y sobresaliente en música. Gerónima Ribot se cuenta entre los discípulos del célebre Palmerino. Luisa de Padilla escribe las obras *Lágrimas de nobleza* y *Nobleza virtuosa*. Oliva Sabuco de Nant-Barrera, que el erudito padre Feijoo celebra como una muger discretísima, aunque no ha faltado quien creyese que era el seudónimo de un nombre varonil, publica en 1587 su célebre *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre*, cuya primera edición, para el mas cumplido elogio de su autor, se agota en un año. El amor y la gloria, agitadores perennes de la fantasía, obligan á cubrir con la sotana escolástica el cotillo mugeril. Feliciano Enriquez de Guzman, autora de la tragicomedia *Jardines y campos sabeos*, estudia en la universidad de Sevilla disfrazada de hombre para perseguir á su amante D. Félix. Hortensia de Castro, natural de Villaviciosa, pasa á Coimbra disfrazada de hombre, y en compañía de sus hermanos estudia la latinidad, retórica, filosofía y teología. Santa Teresa deposita su corazón en sus cartas, lo que equivale á decir un dulcísimo manjar para la meditación cristiana. El mundo científico admira la inspiración divina, y la universidad de Salamanca nombra doctora académica de este estudio general á la que ya era doctora mística de Avila. Cecilia Morillas prefiere la enseñanza de sus hijos á la de los infantes de España, con cuyo cargo le brinda Felipe II: pedagogo femenino de gramática latina, retórica, filosofía, teología y música, muere en Valladolid en 1581. Feliciano Morell es graduada de doctora en leyes en Avignon, después de un examen riguroso. Juana Morella, natural de Barcelona, es teóloga y jurista á los diez y siete años. Isabel Joya, natural de Lérida,

(1) Año 1159 de J. C.

(2) Año 1190 de J. C.

(3) Autor de una excelente historia de Granada.



explica públicamente en Roma algunos puntos de filosofía y teología. La poetisa Florencia Pinar lleva sus inspiraciones al romancero general. Isabel de Rosales, colocada en el número de los sutiles escolásticos, sostiene en Roma públicos certámenes. Ana de Castro Egas, Bernarda Ferreira de la Cerda, Cristobalina de Alarcón (1), y Mencía de Mendoza, alcanzan glorioso nombre en el estudio de las letras humanas. María de Zayas y Sotomayor, autora de novelas y comedias, alcanza una popularidad que justifica las diversas reimpresiones de sus obras desde 1634 hasta 1716. Luisa Manrique de Lara, condesa de Paredes, imprime en 1638 el *Año Cristiano*. De los claustros monásticos llegan á las mercaderías de libros los nombres de la venerable Sor M. María de Jesús de Agreda y de Sor Juana de la Cruz.

En el siglo XVIII, los estudios filosóficos de las literatas españolas corresponden á la severa ilustración que se generaliza entre las diversas clases de la sociedad. Es la segunda crisis del renacimiento; el exámen se aprovechará de las comparaciones que evoca la antigüedad sentada en el peristilo de las instituciones modernas. Catalina de Castro traduce la celebrada obra de Mr. Rollin sobre *El método de los estudios*. María Antonia Fernandez de Tordesilla traduce la *Instrucción de una señora cristiana*, y Josefa Amar y Borbon publica en 1740 el *Discurso sobre la educación física y moral de las mugeres* (2). La poesía no puede ser alejada de la imaginación de la mujer: desterrada de las sociedades económicas y de las fábricas de salazon, vuelve á los monasterios. La *Décima musa*, la monja de Méjico, Juana Inés de la Cruz, y Rosa Galvez, publican sus inspiraciones poéticas. Las aulas y las academias vuelven á ser el estudio general y el palacio real del siglo XV. Reciben con honrosa consideración á las damas de elevado renombre por su talento é ingenio. Nosotros vamos á presentar á nuestros lectores los detalles biográficos de una ilustre joven, cuyo retrato estampamos al frente de este artículo, que ha sido nombrada á últimos del siglo pasado catedrática honoraria de la universidad de Alcalá, y socia de la Real Academia española.

Doña María Isidra Quintina de Guzman y la Cerda, hija de D. Diego Guzman Ladron de Guevara, conde de Oñate, y Doña María Isidra de la Cerda, condesa de Paredes, nació en 31 de octubre de 1768. Desde sus primeros años descubrió un claro y privilegiado talento cultivado con inteligente pulso por su maestro D. Antonio de Almarza. Su aplicación corrió parejas con su ingenio. Las lenguas vivas y muertas, las bellas artes, la filosofía y la teología son el caudal científico con que se presenta á los diez y siete años á sostener los ejercicios de un grado académico. Sus padres, respetuosos guardianes del abolengo literario que se conserva en su distinguida familia desde el siglo XV, que ha visto á un antepasado del condado de Paredes desempeñar el magisterio en la universidad de Salamanca, hasta el siglo XVIII, en el cual se ha retirado del mundo. Luisa Manrique de Lara, monja y escritora piadosa, solicitan de Carlos III una autorización para que Doña María Isidra Quintina de Guzman sea laureada, como Arias Montano y otros célebres ingenios, en la universidad de Alcalá. Por una real orden dada en Aranjuez en 20 de abril de 1783 se ordena que se le confieran por este estudio general los grados de filosofía y letras humanas, precediendo los ejercicios correspondientes, y por otra real orden de 7 de mayo se autoriza al claustro de la universidad para que varíe el ceremonial todo lo que exija el decoro de la ilustre descendiente de la condesa de Paredes.

Una numerosa muchedumbre de vecinos y estudiantes salen á re-

(1) Creemos que esta será la misma Doña Cristobalina Fernandez de Alarcón, autora de una excelente poesía presentada en el certamen de Córdoba (1615) para celebrar la beatificación de Santa Teresa. No podemos resistir la tentación de copiar los siguientes versos que describen á un serafín.

Engastada en rizos de oro  
la bella nevada frente  
descubriendo mas tesoro  
que cuando sale de Oriente  
Febo con mayor decoro;  
en su rostro celestial  
mezclando el carmin de Tiro  
con alabastro y cristal,  
en sus ojos de zafiro  
y en sus labios de coral;  
el cuerpo de nieve pura  
que escede toda blancura  
vestido del sol los rayos  
vertiendo abríles y mayos  
de la blanca vestidura;  
en la diestra refulgente  
que mil aromas derrama  
un dardo resplandeciente  
que lo remata la llama  
de un globo de fuego ardiente;  
batiendo en ligero vuelo  
la pluma que al oro afrenta  
bajo un serafín del cielo.

(2) Fuera de España también se han distinguido en esta época Sofia, Isabel Weber de Stoccolmo, y Cayetana Agnesi, catedrática de matemáticas en la universidad de Bolonia, previa la autorización de Benedicto XIV.

cibir la en las afueras de Alcalá. El palacio arzobispal es el suntuoso hospedaje de su persona. En la noche del 3 de junio, día de su llegada, el claustro de la universidad la visita en corporación, y el señor Lopez del Salazar, consiliario del establecimiento, pronuncia el mensaje oficial «donde se hace mención del agradecimiento que tienen en su corazón—se refiere á los habitantes de la ciudad—á la piedad de nuestro Soberano, y á la alta distinción que ha de merecer en la república literaria una sabia Excmá., primera maestra complutense, y en toda España.» Doña María Isidra Quintina de Guzman contesta en nombre de sus padres con respetuoso decoro.

En la mañana del 4 vuelve la universidad en corporación, y el secretario le da los puntos de Aristóteles para el ejercicio académico, entre los que escoge la conclusión de que *anima hominis est spiritualis* (cap III del lib. 2 de *Anima*). A las veinticuatro horas, acompañada de sus padres y del cancelario, rector y bedeles, se dirige en coche á la iglesia de la universidad, donde los doctores y maestros la esperan entre seiscientas personas citadas por la solemne novedad de la recepción. Los acentos melodiosos de la música son interrumpidos por la discusión académica. La ilustre dama prueba en castellano la conclusión de Aristóteles, y responde á los tres argumentos de los catedráticos de prima Martinez Alonso, fray Tomás de S. Vicente y fray Rodriguez del Cerro. El exámen de preguntas recorre los estudios graves y profundos de la filosofía: la lingüística, la retórica, la metafísica, la historia de animales y plantas, la ética, la teología, la mitología, la geografía, la astronomía y la física general y particular, ocupan durante hora y media el razonamiento científico del ejercicio. Los examinadores fray Gaspar, fray Lopez, doctor Pastor, fray Velasco, doctor Valverde, doctor Peñuelas de Zamora y doctor Cañavate, reconocen la sólida instrucción y claro ingenio de la joven erudita. El claustro



(La doctora Guzman y la Cerda).

y la concurrencia la aclaman como doctora entre los vitores de la multitud y los ecos de la música.

A las diez de la mañana del 6 tiene lugar la solemne investidura del doctorado. La universidad se presenta con la mayor pompa y magnificencia. Un concurso numeroso entorpece el paso de la brillante comitiva que acompaña á la distinguida heredera de los condes de Oñate. El doctor Lopez del Salazar pronuncia el discurso paraninico, en el cual celebra las ascendencias y mérito personal de la ilustre doctora. Los vivos y los plácemes señalan el momento de cubrir sus sienes el bonete académico. El cancelario del estudio le propone una tesis deducida del concilio IV cartaginense sobre si la mujer aunque virtuosa y docta podía enseñar en las universidades las ciencias profanas y sagradas, y subiendo á la cátedra sostiene la afirmativa y hace público su reconocimiento á la universidad complutense. El rector, en nombre del estudio general, la nombra catedrática honoraria de filosofía moderna y consiliaria perpétua de su claustro, así como los maestros le adjudican el título de Examinadora de cursantes filósofos, ejerciendo inmediatamente este cargo universitario en el exámen de algunos discípulos de las antiguas sùmulas.

Las felicitaciones se cruzan; los elogios se multiplican. El repique de campanas es acompañado de la música de las serenatas. Los estudiantes siguen alborozados á la distinguida doctora. La universidad coloca entre tarjetones y vitores el retrato de Doña María Isidra Quintina de Guzman y la Cerda.



tina de Guzman, dibujado por Inza, y acuña una moneda de plata para celebrar su doctorado (1). Durante la noche, se ilumina la fachada del estudio general, y los condes de Oñate ofrecen un suntuoso refresco, al cual asiste la universidad, el ayuntamiento y el colegio. A la despedida de la esclarecida doctora precede otro abundante refresco dado por su familia á los estudiantes que han festejado su grado con serenatas y aplausos. La celebrada recepcion de Doña Maria Isidra Quintina de la Cerda se consigna en el archivo de la universidad como un título de gloria para el establecimiento, y el conde de Campomanes en la contestacion que envia al cancelario del estudio, después de una minuciosa relacion de todo lo ocurrido, asegura que la solemnidad del acto ha merecido el agrado y aprobacion de S. M.

No es esta la primera ovacion consagrada á la ilustre dama. Tambien la Real Academia española la ha nombrado su socia por unanimidad en 2 de noviembre de 1784. Llama á su seno á una laboriosa y profunda literata que ha dedicado sus vigilias al estudio de las lenguas vivas y muertas. Alberga á una popular reputacion para enriquecer el catálogo de sus celebridades. Asocia su gloria al renombre de una esperanza legitima. Para algo mas que para autorizar y corregir han nacido las academias: sirven para alentar por medio del aplauso, para enaltecer por medio de la fama colectiva, y para fomentar por medio del estímulo honoroso. «¿No ha sido necesario, pregunta la docta jóven con ingenua sorpresa (1), apurar toda la liberalidad de la Real Academia española para elevar á un honor que es el mas distinguido empleo y encumbrado premio de los mas esclarecidos literatos, á una jóven de diez y siete años que no ha conocido sino por los nombres los Gimnasios, las Academias, los Seminarios, ni ha tocado los umbrales del famoso templo de Minerva, ni aun oído otra voz que la de un solo maestro?»

En nuestros dias la prensa es la cátedra y la academia de las escritoras españolas. El teatro y el liceo ofrecen su foro y su tribuna á las inspiraciones de las poetisas. No recibirán la investidura universitaria de los catedráticos ó el diploma de los académicos, porque cada siglo dispone del talento como exigen sus ideas, sus tendencias, sus desengaños y hasta sus preocupaciones: empero la ovacion popular y el aplauso público no se hacen esperar mucho tiempo, después de que caen en el prosenio las coronas del entusiasmo y se multiplican las ediciones de las obras del ingenio. La actual generacion literaria ya escribió los nombres de Gertudris Gomez de Avellaneda, Carolina Coronado y otras celebradas poetisas en el catálogo de los escritores contemporáneos. El nombre que una vez se escribe con justicia en el libro de las reputaciones literarias, ya no se borra jamás. El tiempo no destruye el libro: el hombre erudito siempre se encamina hácia la biblioteca pública. Si es una gloria nacional, la nacion se encargará de repetir su nombre, aunque no sea mas que por orgullo: si es una laboriosa aspiracion á la gloria personal, no faltará un rebuscador de antiguallas que analice sus pensamientos dentro de dos siglos. A falta de cátedra y academia, desde al teatro y el liceo los nombres de las poetisas contemporáneas han pasado al registro de los escritores nacionales. Nosotros tambien somos justos á nuestra manera con las literatas y poetisas españolas.

1835.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

## EL ULTIMO REMEDIO.

### I.

Si conforme se compran cristales para aclarar los objetos en el prosenio del teatro, se vendieran microscopios para acercar á nuestros ojos el mundo en que vivimos, y al que no miramos mas que por

(1) En su anverso se veia un bonete con borla: encima una corona de laurel, y abajo este letrero:

ASSIDUO. PARTA.  
LABORE.

En el reverso se leia la siguiente inscripcion:

A  
EXC. D. D. MARIA  
ISIDRA DE GUZMAN.  
ET. LA CERDA.  
HUM. LIT. ET PHILOS.  
DOCT.  
COMPLUM. ANNO.  
MDCCCLIII.

(2) En su oracion de gracias publicada en el *Memorial literario* de mayo de 1785. El *Diccionario enciclopédico de Buillon* (tom. I de 1758, part. II, pag. 553) alaba la presente recepcion en la Real Academia española.

el postigo de la puerta falsa, ...; cuánto mejores seríamos, y cuánto mas felices! Esto decia Andrés.

La invencion de los sobabancos fué sin duda de algun arquitecto que habia vivido largo tiempo en bohardilla, y sin otros méritos, bien merecia por este solo que su nombre estuviera esculpido en mármoles y grabado en todos los corazones de los abohardillados individuos; esto decia Diego.

Y yo estoy cansado de oiros desbarrar, murmuró con enfado un hombre de treinta años escasos, que estaba en el fondo de la habitacion lavando pinceles, y al que llamaremos Antonio.

—¿Lo dices por mí? preguntó Andrés.

—¿No te referirás de fijo á mí? repuso Diego.

—Lo digo por los dos, si, por los dos; el uno con sus continuos lloregos, el otro con su interminable sarcasmo; ni con resignaciones ni con iras hemos de adelantar un paso, y harto tiempo hemos perdido ya con desesperarnos; á buscar un remedio pronto, á pensar por un momento la imaginacion de cada uno, porque nuestro ingenio tiene precisamente que cotizarse.

—No será porque no se lo ofreci ayer al pícaro del usurero, contestó Andrés; pero ni por esas: la virtud, la vergüenza, el deshonor, todo tiene su valor intrínseco ó relativo, menos el talento y el genio; serán condiciones ideales de mas valer que el mundo; pero á fé que oyendo decir todos los dias que fulano tiene tal capital en fincas, ó tal otro en papel, jamás oimos, aquel tiene dos reales de talento. ¿Pero á qué perdernos en vanas exclamaciones? Cuando una cosa no tiene remedio, lo mejor que puede hacerse es no esperar ninguno. Desengáñate, Antonio, desengáñate, Diego.

—Se compuso lo de Caparota y lo ahorcaron en viernes, exclamó Diego: suceda lo que quiera; pero durmamos entre tanto.

—Siempre con tu imperturbable sangre fria, siempre con tu cándida confianza, murmuró Antonio con aquella dulzura de la desesperacion crónica: lo necesario, lo preciso es encontrar un remedio.

—Yo no veo mas que uno, repuso Andrés.

—¿Cual?

—Sálvanos, Andres.

—¿Encuentras un medio?

—Si: único, poderoso, fácil, pronto, eficaz, y que acaba con todas nuestras desgracias. Cuando un valiente general ha perdido las esperanzas de la victoria, y solo puede salvarse merced á una retirada vergonzosa, cuando un marido infeliz ha apurado todas las amarguras del ridículo, solo le resta un medio, la muerte. A nosotros nos ha vencido la fortuna; unidos á ella con los lazos de nuestros méritos, nos ha ultrajado, infame adúltera, para prodigar sus favores á otros que tan lejos de merecerlos se encuentran; estamos pues en el caso de salvar nuestro honor como el general y el marido. Formemos una sociedad suicidatoria, cuya base principal sea el hambre, arma homicida que sobre nuestras cabezas descansa con la fuerza de cuarenta trabucos, ya que no tenemos la mas inocente herramienta que pueda abrirnos las puertas de esa malhadada felicidad que los sepulcros guardan.

—No, contestó Antonio, la misma desgracia nos proporciona una muerte fácil á todas horas; las ventanas de este nido de desdichas son el portazgo de la eternidad mas espacioso y económico; y ciertamente que el puerto de arriba no deja de prestarse tampoco á nuestros intentos, porque el empedrado de la calle de la Cabeza es todo lo que se puede apetecer para el caso.

—Pues pensemos en ello, repuso Diego, siquiera por discurrir en algo.

—Sí, dijo Antonio, formaremos una sociedad anónima que tendrá la ventaja de no parecerse á ninguna otra.

—Empecemos por bautizarla, repuso Diego: en mi concepto se debe titular por la analogia del medio práctico, *La Safo*.

—Hombre, yo creo que para que tenga algo de sabor de la época, se la debe llamar *la aereostática*, indicó con aire grave Andrés.

—Y yo por el contrario, dijo Antonio, creo que se la debe nombrar *El último remedio*.

—Aprobado.

—Pues queda aprobado.

En el reloj de la torre inmediata sonaron las doce, y este incidente interrumpió el diálogo; aquella hora tenia algo de fatal para estas tres almas fundidas en una por la desgracia y la desesperacion, única seda que pueda hilvanar dos voluntades, único lazo que liga á los hombres, y de tal manera para eso, que al mas ligero vaiven de la fortuna, al mas insignificante desnivel se rompe y se deshace.

Las doce de la noche era una hora fatal para Diego, y por consecuencia para sus dos compañeros de infortunio. No siendo hermanos, ni siquiera pariente, ni lo que es mas aun compatriotas, pues Antonio habia nacido en América, Diego en Aragon, y Andrés en Andalucía, ¿por qué y cómo tres hombres de carácter diverso, de distinto país y de edad diferente reian y lloraban de consuno como movidos por un



resorte, se entendían sin explicarse, y hacían causa común del pasado, del presente y del porvenir? Eso es un poder secreto que bajo el nombre de la amistad hace que dos hombres se profesen mutuamente el cariño del padre al hijo; ¿y por qué dos hermanos no alcanzan entre sí esa reciprocidad de ternura? Fácil es de comprender. Dos hermanos no tienen nunca que revelarse ni las amargas historias de la cuna, ni los deliciosos recuerdos de la infancia, ni los atrevidos pensamientos de la adolescencia, ni los torpes ó vergonzosos pasos de la juventud: dos hermanos no pueden tener nunca entre sí cosa que no haya sido común, como no sean esa clase de secretos que pertenecen exclusivamente al individuo, de esos secretos que el hombre no revela nunca ni á sí mismo. El amigo nos hace su historia y nosotros le hacemos la nuestra; el amigo nos confía sus penas, y nosotros le hacemos partícipe de las nuestras; el amigo nos cuenta sus esperanzas y sus desengaños, y nosotros le enseñamos sin disfraz todas nuestras flaquezas, todos nuestros defectos, todos nuestros vicios. Por eso es la amistad una cadena difícil de hacer, porque hay que soldarla al calor de dos corazones.

Dieron las doce y cuarto, y seguían silenciosos é inmóviles: únicamente Diego, el satírico, el que de los tres parecía antes menos dominado por el dolor, había cambiado su sarcástica faz por la lívida cara de un muerto, y lloraba sin que á sus lágrimas precediera un gemido como al trueno el relámpago: los ayes del dolor intenso son sobradamente puros para que se atrevan á salir del pecho. Hacía tres años que á aquella misma hora, por la última vez, una infeliz anciana había pronunciado en sus brazos la deliciosa frase *¡Hijo mío!* que solo apreciaba el que no puede escucharla ya.

La vela de sebo que daba luz á la estancia tocaba á su fin; con su chisporroteo interrumpió el silencio horrible que allí reinaba, y como si fuera la campanilla de un presidente que abre la sesión, allí sirvió para arrancar de la boca de Antonio estas aterradoras palabras: *es preciso morir.*

Tienes razón, contestó Diego; tú enfermo é incurable, á Andrés por prófugo le espera un presidio y á mí la cárcel si no entrego mañana mismo el dinero que tomé para satisfacer jaropes que no han servido mas que para empeorar nuestra aniquilada salud; sin parientes, sin nadie en el mundo que conozca nuestro nombre mas que la justicia, nada podemos esperar; pero para morir necesitamos hacer un esfuerzo. Es preciso que nos vengamos del mundo que nos vilipendió tirándole á la cara la última queja. Antonio, tienes que pintar un cuadro; Andrés, mañana vas á llevar tu libro á casa del primer ministro; yo por mi parte haré la postrer visita á la Academia, se me ha ocurrido esta noche hacer una enmienda en el proyecto de mi obra.

No tenemos cama en qué dormir; pero tampoco tenemos esperanzas ni deseos que nos desvelan, y estoy seguro de que dormiremos bien.

La luz se apagó, y todo quedó en silencio.

## II.

En esas deliciosas mañanas de mayo, cuando Febo no ha desplegado aun toda la fuerza de sus rigores, los jardines del Retiro constituyen el mas delicioso paseo imaginable.

En una de aquellas calles de árboles en que al mediodía apenas penetran los rayos del sol, se deja ver un joven de pálido semblante; su larga cabellera negra, abandonada al viento, le azota de vez en cuando el rostro, y en su traje está retratada la enemistad de la fortuna como en el charco de una fuente se retratan de noche la luna y las estrellas. Traza líneas y círculos en la arena, y tan abstraído en su trabajo parece estar, que apenas fija la atención en las gentes que pasan.

Cuando un hombre está dominado por una idea y este hombre es joven y poeta ó artista, aquella idea absorbe todas sus fuerzas morales, y mientras no la desenvuelve ó no la abandona, está tan cerca de la demencia, como el que pretenda encontrar el fin de las aspiraciones humanas.

Diego, que era el joven aquel, cursaba el último año en la escuela de arquitectura, y había presentado ya sus trabajos de exámen.

(Continuad.)

EDUARDO GASSET.

## LA PRIMERA VERBENA.

*La primera verbena  
que Dios envía  
es la de san Antonio  
de la Florida.*

### I.

Entre flores y ramas  
tienes tu ermita,  
glorioso san Antonio

de la Florida;  
ramas y flores  
te dan, santo bendito,  
tu dulce nombre.

Bien haya el arquitecto  
que edificara  
tu templo entre las flores  
y entre las ramas;  
hermoso emblema  
del patron de los niños  
y las doncellas!—

Tras las floridas lomas  
de Somos-aguas  
se hunde el sol entre nubes  
de oro y de nácar;  
su luz postrera  
brilla en el santo muro  
de la Almudena.

Siempre que el sol se esconde,  
Virgen María,  
melancólica y triste  
queda tu villa...  
Santa patrona!  
que el sol para tu villa  
nunca se esconda!

Sobre el dorado alcázar  
que el cerro ocupa,  
vertiendo resplandores  
sale la luna,  
y en las tranquilas  
ondas del Manzanares  
sus rayos brillan.

Repican las campanas  
de san Antonio,  
todos los corazones  
laten de gozo,  
todos los labios  
publican de las almas  
el entusiasmo.

Ya bajan por la cuesta  
de san Vicente  
doncellas y mancebos  
cantando alegres;  
ya el pueblo invade  
la florida ribera  
del Manzanares.

Virgen de la Almudena,  
santa patrona!  
que la luna esta noche  
su luz no esconda,  
pues ilumina  
la primera verbena  
que Dios envía!

### II.

¡Oh qué azul es el cielo  
de nuestra patria!  
Azul como tus ojos,  
niña del alma,  
virgen hermosa,  
débil enredadera  
que en mí te apoyas!

¡Oh qué serenas brillan  
luna y estrellas!  
¡Qué bien huelen las flores  
de la pradera!  
¡Qué perfumadas  
á refrescar mi frente  
vienen las auras!

Gloria al Señor que puso  
mi pobre cuna



donde hay estas estrellas  
y hay esta luna,  
y hay estas flores,  
y hay estas dulces auras,  
y hay estas noches!

Todos se regocijan  
en la verbena;  
todos, mozos y ancianos,  
varones y hembras,  
cantan y bailan,  
comen, beben y rien  
ó de amor tratan.

Para tratar de amores  
unos anhelan  
las misteriosas sombras  
de la arboleda,  
los otros buscan  
las praderas en donde  
brilla la luna.

Y en el prado florido  
ó en la arboleda,  
á la luz de la luna  
ó en las tinieblas,  
¡qué bien, Dios santo,  
se comprenden los pechos  
enamorados!—

El oriente se inunda  
de resplandores,  
estrellas y luceros  
su luz esconden,  
las aves cantan,  
aquí suenan clarines,  
allí campanas.

Y por ver los encantos  
de la ribera,  
y escuchar los cantares  
que en ella suenan,  
los moradores  
del alcázar se asoman  
á los balcones.

¡Oh que hermosa es la vida  
pues la engalana  
cada veinticuatro horas  
una alborada!  
¡Oh si tuviera  
cada veinticuatro horas  
una verbena!

### III.

Repican las campanas  
de san Antonio,  
el templo abre sus puertas  
á los devotos....  
¡Bendito sea  
el patron de los niños  
y las doncellas!

De agradecidas madres  
son donativo  
esas flores que adornan  
el santo niño,  
el niño hermoso  
que sonríe en los brazos  
de san Antonio.

Y en el altar pusieron  
esas guirnaldas  
las tiernas doncellitas  
enamoradas  
que al santo deben  
el ver correspondido  
su amor ardiente.

¡Veis esa hermosa joven

que llega al templo  
conduciendo en sus brazos  
un angel bello?  
Pues es la madre  
con quien todas las noches  
sueña ese ángel.

Y á cumplir con un voto  
que al santo hizo  
estando moribundo  
su dulce hijo...  
¡sin esperanza  
viendo al fruto bendito  
de sus entrañas!

¿Veis esa hermosa virgen  
cuya mejilla  
se pone colorada  
cuando la miran?  
¿que al altar llega  
cargadita de rosas  
y de azucenas?

Pues sabed que en la villa  
cuentan que un voto  
hizo al Santo bendito  
si hallaba novio,  
y desde entonces  
va un mancebo á su reja  
muerto de amores.

Hijos de la armonía,  
nobles hermanos,  
ofrerdá de cantares  
traed al Santo,  
que hoy es la fiesta  
del patron de los niños  
y las doncellas.

15 de Junio de 1832.

ANTONIO DE TRUEBA.

### BESOS A CUPIDO.

Pues al ver de Diana  
los ojos bellos  
en vivísima llama  
se ardió mi pecho,  
toma, Cupido hermoso,  
mil y cien besos,  
cien millones y miles  
y mil y ciento.

Busca, niño amoroso,  
mi dulce dueño,  
y enciende en igual llama  
su blando pecho;  
mas antes toma en pago  
cincuenta besos,  
y otros mil y millones  
y mil y ciento.

Por si del labio mio  
un solo beso  
en tu tierna mejilla  
echas de menos,  
toma, niño del alma,  
mil y cien besos,  
cien millones y miles  
y mil y ciento.

Cádiz, 1844.

ADOLFO DE CASTRO.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.





IGLESIA DE SAN SULPICIO.

La iglesia de San Sulpicio, que trae su origen del año de 1633, es un majestuoso y elegante edificio, en el que la reina Ana de Austria puso la primera piedra: por falta de dinero se paralizaron los trabajos, y su continuacion no tuvo lugar hasta el año de 1733, terminando el pórtico el arquitecto Servadoni, en el año de 1745. Las torres fueron construidas por Maclaurin y Chalgrin; la del Sud por el primero, en el año 1749, y la del Norte por el segundo, en 1777. El coro y los costados habian sido concluidos en 1678; el pórtico se empezó el año de 1733 y se concluyó en 1745, y las dos torres en las dos épocas dichas ya. La una de estas torres, la del Norte, es mas alta que la del Mediodia, que tiene una figura cuadrangular. Estas dos torres, en un todo semejantes hasta el primer piso, se diferencian bastante en la parte superior. Pero no debe acusarse á los arquitectos, por esta desigualdad, sino al arzobispo de París, que quiso en un parasismo de aristocracia que solo la metrópoli tuviese dos torres idénticas y acabadas. De aquí proviene la conocida frase de Victor Hugo, que compara el panteon á una torta de Saboya, las torres de Nuestra Señora á dos estuches, y las de San Sulpicio á dos modestas flautas.

El pórtico de San Sulpicio se cita como una maravilla en su género; tiene de largo 128 metros, y se compone del orden dórico y jónico. Las dos estremidades son dos cuerpos cuadrados, que sirven de base á las dos torres; tienen 70 metros de elevacion, 2 mas que las de Nuestra Señora. Al estremo del pórtico y frente á las torres se

hallan, al pié de la calzada, dos capillas adornadas con estatuas alegóricas, habiendo en la una un bautisterio y en la otra un santuario del Viático.

La estension de la iglesia desde la primera grada de la fachada principal hasta la capilla de la Virgen es de 144 metros, y su altura de 35, contando desde el empedrado hasta la estremidad de la bóveda. A derecha é izquierda de las puertas laterales, por la parte exterior, hay nichos con estatuas de santos que tienen 5 metros de proporcion. El coro cuenta 27 metros y medio de largo, y se halla rodeado por siete arcos que sostienen columnas corintias. A los lados de la nave se hallan doce estatuas de piedra que representan los doce apóstoles. El altar mayor, colocado enfrente del coro, es de muy buen efecto, y la capilla de la Virgen, situada al lado de la iglesia, tiene su cúpula pintada al fresco por Lemoine, representando esta pintura la Virgen de la Asuncion. En el fondo de la capilla hay un nicho que contiene un grupo representando á la Virgen con el niño Jesus en los brazos. A la derecha está la capilla de San Mauricio, con dos cuadros al fresco, dignos de la atencion de los inteligentes. Este San Mauricio era un tribuno militar, jefe de una compañía que habiendo rehusado marchar contra los cristianos genoveses, fué muerto alevosamente con parte de sus soldados. Las pilas de la iglesia son de concha, y muy notables su volumen y mérito; es un presente que la república de Venecia hizo á Francisco I. Dos columnas de orden compuesto sostienen la tribuna de la caja de los órganos, instrumentos que fueron fabricados por el célebre Cliquot.

La iglesia, que ocupa una línea meridional, tiene de estension 58 metros y 50 centímetros, y á su estremidad, que linda al

19 DE JUNIO DE 1855.



Norte de esta línea, se prolonga y se eleva verticalmente un obelisco de mármol blanco, de 8 metros y 55 centímetros de altura. La ventana meridional se halla enteramente cerrada, excepto una abertura por donde penetra un rayo de sol, que forma una imagen sobre la línea vertical de un obelisco. Esta línea meridiana y el obelisco datan del año de 1745, y tienen por objeto fijar el equinoccio de primavera y el domingo de pascua.

Se han colocado dos telégrafos en la torre de San Sulpicio, que se corresponden con el de San Eustaquio y el del ministerio del Interior, y al costado de la iglesia se halla el seminario de San Sulpicio, que es un vasto edificio construido en el reinado de Carlos X, y que cómodamente puede contener 150 colegiales: tiene una ayuda de parroquia en Issy, cerca de París.

Por último, no debemos omitir que en San Sulpicio, dió la ciudad de París un espléndido banquete al general Bonaparte á su vuelta de Egipto, y que fué acaso una de las fiestas nacionales mas brillantes que se dieron durante la República.

LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.  
RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

DESDE EL ALCÁZAR Á LA PUERTA DE LA VEGA.

Las cercanías del antiguo Alcázar, y aun las del moderno Palacio, hasta nuestros mismos días, presentaban por todas partes un aspecto muy indigno ciertamente de la grandeza y decoro propios de la mansion real. Barrancos y despeñaderos á los lados Norte y Poniente; mezquinas iglesias, tapias de huertos y conventos, y apiñado y pobre caserio, que le hacian poco menos que inaccesible por los lados de Oriente y del Sur.—En vano Carlos V y Felipe II, á costa de crecidos sacrificios, habian adquirido considerable estension de terreno á la parte setentrional y de Occidente, desde la montaña que hoy se llama del Principe Pio hasta el rio y Cuesta de la Vega, y mas allá la inmensa posesion de la Casa del Campo, comprada á los herederos del licenciado Francisco de Vargas; en vano emprendieron obras considerables, desmontes y plantios en toda aquella estension, y muy especialmente en el trozo que media entre palacio y el rio, convertido en un ameno parque, que luego fué destruido injustamente, hasta que le hemos visto reaparecer de nuevo mas brillante en el reinado actual. En vano hicieron desaparecer algunos huertos y casuchos, así como tambien el convento de San Gil y la parroquia de San Miguel de la Sagra que estaba junto á la puerta principal del Alcázar, y que se derribó y trasladó á otro sitio con el objeto de dejar desembarazada aquella y formar la esplanada que hoy es plaza principal de palacio; todo lo que conseguiron fué hacerle algo mas accesible por este lado, y formar aquella plaza cuadrada con un cuartelillo para la tropa y el edificio de las Caballerias Reales (hoy la Armeria) quedando abierta por la banda occidental, hasta que en tiempo de José Napoleon se hizo la balaustrada de piedra que la cierra y decora. Por lo que hace á los demás frentes del Alcázar, permanecieron poco mas ó menos ahogados que en un principio, con los barrancos, precipicios, huertos, conventos y callejuelas de que nos ocuparemos á su tiempo.

Siguiendo por ahora nuestro paseo mental en dirección de la antigua muralla hasta la puerta de la Vega, tropezamos en primer lugar con el ya citado edificio, aun existente, de la Armería, mandado construir por Felipe II con destino á caballerizas reales, sobre cuya obra le escribía el mismo Felipe á su arquitecto Gaspar de Vega desde Bruselas con fecha 13 de febrero de 1539, diciéndole entre otras cosas lo siguiente: «El tejado de las caballerizas de Madrid queremos »sea tambien de pizarra y de la faccion de los de por acá; hareis se »prevenga la madera para ello... Y porque en el dicho cuarto ha de ha- »ber mucha gente y paja y otras cosas peligrosas para el fuego, será »bien que el primero y segundo suelo sean todos de bóveda, sin que en »ambos suelos haya otra cosa de madera sino puertas y ventanas, y »asi lo ordenareis...» Y efectivamente se verificó de este modo y se cubrió con su alto caballete apuntado, empizarrado y rematando en forma de piñón á los costados al gusto flamenco. De este edificio, que ocupaba además por una prolongacion y figura bastante irregular, gran parte de lo que hoy es plazuela de la Armería, solo se conserva el lienzo que da frente al palacio, y que en su piso principal encierra el inmenso salon de 227 piés de largo por 52 de ancho, que ocupa el magnífico museo de la Armería, mandado trasladar á él desde Valladolid por el mismo monarca Felipe II al año siguiente de su terminacion (1565).

En cuanto al grandioso arco <sup>de la</sup> ~~abrirlo~~ <sup>en el</sup> mismo edificio y que sirve de ingreso á la plaza de palacio, aunque parece que ~~debía~~ <sup>debe</sup> formar parte de la primitiva construcción, no ~~creemos fué así, pues por un lado no~~ <sup>creemos fué así, pues por un lado no</sup> le hallamos señalado en el minucioso plano de 1636, ~~antes solo la con-~~ <sup>antes solo la con-</sup> tinuación del edificio en dirección á la puerta de la Vega; y ~~por otro~~ <sup>por otro</sup> se nos asegura con documentos, que no hemos visto, que dicho arco fué obra del tiempo de la minoría de Carlos II, y mientras la privanza de D. Fernando Valenzuela con la Reina Gobernadora. Durante la dominación francesa, se derribó muy oportunamente la parte del edificio destinado en lo antiguo ~~á~~ <sup>de</sup> caballerías que ocupaba, como queda dicho, un ~~buen trozo~~ <sup>buen trozo</sup> de lo que es hoy plazuela de la Armería, juntamente con las manzanas de casas números 444 y 46, que se levantaban entre dicho arco y la cuesta de la Vega; formando las callejuelas de Pumar, de Santa Ana la Vieja y del Postigo. Solo quedó en pie enfrente á la Armería la antigua casa llamada de Pages de S. M. por haber sido destinada á este colegio real, pero que en lo antiguo perteneció á la familia y mayorazgo de los Guevaras, habiendo sido labrada en el siglo XVI por D. Felipe de Guevara, señor de la casa de este apellido, gentil-hombre del emperador, muy valiente capitán, y erudito anticuario, autor de los Comentarios de la pintura y de otras obras (1) <sup>moderna</sup>

La casa que ocupa toda la manzana 445, es llamada del Platero por haber sido construida á principios del siglo pasado por un rico comerciante de joyería, que aun solia decir «que después de haber levantado aquel palacio le quedaba todavía una onza para poner debajo de cada teja.» Posteriormente parece que perteneció al colegio de plateros bajo la advocacion de San Eloy, de quien sin duda hubo de adquirirla el gobierno para colocar en él sucesivamente diversas oficinas, el Crédito público, Caja de amortizacion, Museo naval, y actualmente el Tribunal de cuentas.—Estrecha con este edificio la mezquina callejuela llamada de *Malpica*, la antiquísima casa de los marqueses de este titulo y de Povar, que en lo antiguo perteneció á la familia de los Bozmedianos, que desempeñaron los elevados cargos de secretarios ó ministros del emperador y de su hijo Felipe II, siendo tradicion que el primero de aquellos monarcas paró mas de una vez en Madrid en ~~esta~~ casa del secretario Juan de Bozmediano. En ella nació tambien la heroica y desgraciada Doña Juana Coello Bozmediano, esposa del secretario de Felipe II, Antonio Perez, que no contenta con facilitar la evasion de su marido de la rigorosa prision en que estaba, y atraerse por esta causa las mas inhumanas persecuciones, hizo grandes viajes por mar y por tierra en su seguimiento y defensa, fué modelo de amor conyugal, de valor y fortaleza.—Esta casa debió ser la última de Madrid por aquel lado, y estaba arrimada á la antigua muralla, que bajaba por detrás de ella y de la huerta llamada de *Ramon* á las *del Pozacho*, que venian á estar hácia donde hoy las casas de la Moneda en la calle de Segovia. La casa de los duques de Osuna y de Benavente, que se ve despues á la bajada, debió construirse sin duda sobre las ruinas de la antigua muralla, aunque pensamos que la otra casa mas baja, conocida tambien por la *chica de Osuna*, existiera ya anteriormente, y sea en el todo ó en parte la misma fábrica en que estuvo colocado el hospital llamado de San Lázaro, destinado á la cura de leprosos, y da al callejon que hoy conserva su nombre.

La puerta única de Madrid por aquel lado era la de *la Vega*, pues no existía todavía la de *Segovia*, ni el trozo de calle baja que va al puente, ni este tampoco, que fueron obras todas del siglo XVI. Dicha puerta de la Vega interrumpía la fortísima muralla que arrancaba en las cercanías del Alcázar: era de entrada angosta, y estaba debajo de una fuerte torre caballero; tenía dos estancias; en el hueco de la de adentro había dos escaleras, á cada lado la suya, por donde se subía á lo alto; en la de afuera había en el punto del alto un agujero donde tenían oculta una gran pesa de hierro que en tiempo de guerra dejaban caer con violencia sobre el enemigo que intentase penetrar; en medio de las dos estancias aparecían las puertas guarnecidas por una grande hoja de hierro y muy fuerte clavazon. Pero este edificio y trozo de muralla desapareció hace tres siglos por lo menos, y ni siquiera el portillo que le substituyó, y renovó en el último, existe ya, aunque sí le hemos alcanzado á ver todavía con su esfigie de piedra en lo alto de ella representando la imagen de Nuestra Señora de la Almodena, patrona de Madrid, que fué hallada segun la tradición en un cubo de la muralla á que arrimaba la casa del *Almodin* ó Alhóndiga de los moros, habiendo sido ~~en su día~~ oculta por los fieles en aquel sitio al tiempo de la invasion, y permaneció en él durante trescientos setenta y tres años, que al decir de los autores duró en Madrid la dominación sarracénica ~~hasta el 9 de Noviembre de 1~~ *agosto* ~~de 1085~~ *de 1085*.

El recuerdo de esta milagrosa imagen y su inmediación nos lleva naturalmente a la vecina iglesia parroquial de Santa María, matriz de la villa, donde se conserva y venera todavía. La fundación de esta iglesia es tan remota, que está envuelta en la mayor oscuridad; hay quien la supone nada menos que del tiempo de los romanos, asegurando ser en ella donde se predicó por primera vez el evangelio en Ma-

(4) Véase el número anterior.  
Ayuntamiento de  
Cataluña y plaza de la posta,

Madrid  
Como tal de hijo de genitor franc. Abel Illegit. 1709. el colbre Victor



drid, y añadiendo lo que después fué colegiata de canónigos reglares; otros la señalan origen en tiempo de los monarcas godos, aunque no fijan precisamente la época; pero unos y otros convienen en que sirvió de mezquita á los moros, y fué purificada y consagrada después de la restauración por el rey D. Alfonso el VI. Posteriormente, en varias ocasiones se trató de sustituir este templo, venerable por su antigüedad é historia, aunque mezquino en su forma y dimensiones, por una catedral ó colegiata digna de la capital del reino, y aun obtenidas las bulas al efecto en el reinado de Felipe IV, se sentó solemnemente la primera piedra para esta nueva construcción en la plazuela que se forma detrás del templo actual. Pero el respeto y veneración que este inspiraba, fué siempre causa de que no se llevase á cabo el pensamiento, contentándose solo con reparar y adornar el antiguo en su parte exterior, aunque de una manera bien pobre por cierto. Su interior tampoco ofrece grandes objetos de alabanza, aunque fué restaurado en lo posible á fines del siglo último por el célebre arquitecto D. Ventura Rodríguez, siendo lo mas notable la capilla de los Bozmedianos, que da frente á la entrada principal, y fué construida por aquella ilustre familia que ya hemos dicho que tenían casas allí enfrente, á mediados del siglo XVI. Detrás de esta iglesia, formando escuadra y parte de la manzana 440, se mira aun en pie la casa que fué propia de Rui-Gomez de Silva, duque de Pastrana, mayordomo y favorito de Felipe II y de su muger la célebre Doña Ana de Mendoza, princesa de Eboli, que tanto influjo ejerció en el ánimo de aquel austero monarca, y que fué sin duda causa de su rivalidad y de la horrible persecución suscitada por él contra el célebre secretario Antonio Perez. Aun se ve tambien en dicha Iglesia la pequeña puerta en cuyo quicio es fama que el engañado y vengativo monarca asistió embozado á ver tomar el coche al objeto de su cariño, la noche misma que partía para ser conducida, por orden suya, á la torre de Pinto, que hoy miran indiferentes á su paso los viajeros por el ferro-carril de Aranjuez.—La casa pertenece hoy al Colegio de niñas de Leganés, y es la señalada con el número 4 nuevo. (C)

El elegante edificio que da frente á los Consejos y que ha renovado su actual dueño el señor duque de Abrantes, y antes perteneció á los marqueses de Palomares, forma en el dia por uno de sus costados, y formaba ya en aquella época, la estrecha callejuela del camarín de Santa Maria (hoy de la Almudena), y en ella tuvo lugar el alevoso asesinato del secretario de D. Juan de Austria, Juan de Escobedo, mandado ejecutar por orden de Felipe, y por el intermedio de su citado ministro Antonio Perez, cuya terrible catástrofe tuvo acaso la causa principal el feroz amor que aquella hermosa (a pesar de ser tuerta ó biza) suplen á todos sus defectos. Por el costado izquierdo de dicha casa corre la calle que tomó su nombre del Factor Fernan Lopez de Ocampo, que tuvo en ella sus casas á principio del siglo XVI, las mismas que estaban situadas sobre el pretil de palacio, al extremo de dicha calle, y fueron después de la ilustre familia de los Borjas. En ellas vivió algun tiempo el marqués de Lombay, duque de Gandia (San Francisco de Borja), y nació después el famoso poeta D. Francisco de Borja y Aragon, principe de Esquilache. En el siglo último fué conocido este palacio por la casa de Rebeque (del embajador de Holanda, Mr. Robek, que habitó largo tiempo en ella); hoy no existe ya, ni la calle y plazuela, ambas del mismo nombre, que se formaban á su inmediación.

Como al frente del principio de la misma calle del Factor, en la Real de la Almudena, hoy plazuela de los Consejos, é interrumpiendo sin duda la muralla primitiva que se supone haber existido en Madrid, y que desde la Cuesta de la Vega y Puerta del Pozacho subia otra vez por detrás de donde hoy están los Consejos hasta el pretil y antiguo Alcazar, se alzaba con el nombre del Arco de Santa Maria, la otra de las dos únicas puertas que debió contar el primitivo Madrid. Este famoso arco, (único testimonio de aquel estrechísimo recinto) fué derribado en 1572 con ocasion de la entrada de la reina Doña Ana de Austria, esposa de Felipe II, y para ensanchar el paso. Era, segun el maestro Juan Lopez de Hoyos, docto madrileño que escribió una obra muy curiosa para describir aquella solemnidad. Una torre caballero fortísima de pedernal, en cuyos cimientos, al decir del mismo bonachon y entusiasta escritor, se hallaron unas láminas de metal, en las cuales estaba escrito (presumimos que en caldeo) que aquella muralla y puerta se habian hecho en tiempo de Nabucodonosor rey de Babilonia, de lo cual los cronistas madrileños dedujeron el paso de aquel famoso guerrero por esta villa, aunque es de suponer que no haya tenido el honor de de albergarle en sus muros hasta estos últimos años que le ha aplaudido bajo la forma de Ferri ó de Ronconi.—Sobre el derribo de esta torre ó castillo se construyó por entonces otro arco mas grande, que se llamó de la Almudena, y fué tambien derribado posteriormente.

Frente de la iglesia de Santa Maria, y donde se eleva hoy el hermoso palacio conocido por los Consejos, mandado construir por D. Cristóbal Gomez de Sandoval, duque de Uceda é hijo del famoso duque de Lerma, favorito de Felipe III, se alzaban antes varias casas princi-

pales de los Porres y Bozmedianos y otras familias. Cuyos edificios fueron derribados para la construcción del ya dicho palacio de los duques de Uceda, encomendado al arquitecto Juan Gomez de Mora, quien dejó en ella consignado su buen gusto artístico. En este palacio residió después la reina gobernadora Doña Mariana de Austria, y en el mismo falleció el 16 de mayo de 1696; adquirido después por el Estado en el reinado de Felipe V, pasaron á ocuparle los Consejos supremos de Castilla é Indias, de Órdenes y de Hacienda, la Contaduría mayor y Tesorería general, y hoy, estinguidos aquellos, se hallan establecidos en él el Consejo Real, el Tribunal de Órdenes, las Direcciones del Tesoro, de Loterías y otras varias oficinas.

## EL SALON DE DILIGENCIAS.

¡Pícaro mundo! ¡mundo pícaro! Nada hay en él que sea constante; y estoy inclinado á sostener que el mundo no es mundo, sino munda, esto es, hembra, ó lo que viene á ser lo mismo, la encarnación de la inconstancia. Por eso se quejan con razon los hombres de afecciones firmes. Un apasionado de la fresa se lamenta justamente de que apenas dura mes y medio una fruta que debia durar todo el año, y lo mismo dirán los amantes de los albaricoques, las guindas y los melocotones de Aragon, que apenas saludamos las ferias. Felices mil veces los borrachos, que todo el año tienen vino, pues no pueden llamarse tan felices los aficionados al agua si son vecinos de Madrid, porque no la encontrarán pura como no la compren por vino en alguna honrada taberna. Pero no es lo peor que pasen, como pasa la gloria mundana, los albaricoques y las fresas; lo insoportable, lo verdaderamente atroz es, que siga al invierno la primavera, á la primavera el estío, al estío el otoño, y al otoño otro nuevo invierno; cambio periódico de estaciones que cambia las costumbres de muchas familias, en grave perjuicio de los seres mas inofensivos de la tierra; seres que no ha clasificado Buffon, aunque todo el mundo los conoce con el dulce nombre de amantes.

Estas u otras observaciones, que en sustancia decian lo mismo, hacia yo una noche de julio; y las hacia porque me encontraba en el parador de diligencias para despedir á un amigo, que no queria morir en Madrid como murió en Roma San Lorenzo.

Terminadas mis reflexiones, creí prudente matar el tiempo dando vueltas por el saloncito y entablado conversacion con las viajeras y viajeros, que iban á darnos un próximo vale, y con el centenar de amigos que acudian á darles un espresivo apretón de mano ó un tierno y espresivo abrazo.

Como el linaje humano está dividido en dos grandes mitades, y seria demasiada ambicion y demasiado engorro querer monopolizar las dos mitades, yo me decidí por la hermosa, y antes de saber cuántos hombres embarazaban el saloncito, procuré averiguar cuántas mugeres le perfumaban y embellecian. Tambien me pareció prudente clasificarlas en viajeras y acompañamiento, como se clasifican los personajes de los dramas en actores y meros comparsas. Ocho eran las damas viajeras, y no bajaban de cuarenta las comparsas ó acompañantas. Casi es redundante decir que las reinas de la funcion eran las que iban á mudar de aires; y como que hacian papeles de reina, será justo ocuparse de ellas con antelación á las demás.

La emperatriz de todas estas reinas era la adorable Cristina. Cristina... ¡Qué hermosa es Cristina! Ya la conocen ustedes todos, y por lo tanto no es necesario que yo me entretenga en dibujar sus ojos negros y rasgados, su frente tersa como el mármol, su cabello negro y lustroso, como el ébano bien bruñado, su boquita de labios delgados y rojos como una cereza, su nariz recta y proporcionada como las de las mejores estatuas griegas, sus cejas valientemente dibujadas sin que den rudeza á su rostro, su talle esbelto como el tallo de una azucena, su mano breve y torneada, su pié pequeño y primorosamente calzado, su... Yo no queria hacer su retrato, y lo he sacado al daguerreotipo. Perdonen ustedes, señoras, y ya que me he tomado el trabajo de bosquejar á tan bella criatura, tengan ustedes la bondad de darme patente de consumado retratista. A la derecha de Cristina estaba su madre, señora, como todos saben, que ha sido muy bella, que se conserva perfectamente, y que se distingue por su finura y esquisita amabilidad. A corta distancia de hija y madre estaban unos cincuenta pollos, todos con los lentes calados, como si quisieran impedir, devorándola con sus miradas, la marcha de esta interesante criatura.

Poco distante de Cristina estaba en traje de camino la señora marquesa del Berro, acompañada de su correspondiente doncella. La señora marquesa llevaba muchas cintas, muchísimos lazos, y remuchísimo colorete: en una palabra, la marquesa era una verdadera pintura



vestida en traje de arlequin. Bien que la señora marquesa se enja-belgue todos los días, de alguna manera ha de cubrir los profundos círculos que la despiadada mano del tiempo ha ido cavando en sus mejillas

*Lindas y frescas cuando Dios quería;*

pero encargue y mande á su modista que no abigarre sus adornos; por-que, con perdon sea dicho de tan ilustísima dama, parecía su cõfia la moña de un toro de plaza en corrida de competencia. La doncella de la marquesa era otra cosa muy distinta. La picaruela habia nacido des-pués de la muerte del rey, de manera que andaba á raya con sus diez y siete primaveras. Tenía unos ojillos mas pícaros que un escribano de la corte, y unos colores naturales mucho mas vivos que los postizos de su ama. Estoy seguro de que la gente de la rotonda no la habia de echar en saco roto. Conversaban con la marquesa media docena de cotorrones ya pasados, y otras tantas viejas horribles.

Formando grupo aparte estaba una muger de treinta años, ni muy gorda ni nada flaca, ni baja ni de alta estatura, ni muy hermosa ni muy fea, una completa medianía y una perfecta vulgaridad. Los padres de esta buena señora tuvieron el maldito gusto de darla por nombre de pila Gerónima y por apellido Pimenton; pero tuvieron la feliz ocurrencia de hacerse ricos y de casarla con un hombre acaparador de peluconas; de manera que Doña Gerónima Pimenton era toda una capitalista por babor y estribor, como diria un capitan de barco. Doña Gerónima llevaba un sombrero de inmensas alas y de tafetan de Florencia; un vestido de seda *guate*, y una manteleta idem per idem: de modo que la buena señora sudaba el quilo, y prometia quedarse ahogada de calor antes de llegar á Buitrago. A corta distancia, y de pié, se encontraba una Maritornes, doncella de la capitalista, fea como el pecado, y cargada con dos fiambresas y tres cestos, arsenal de provisiones de boca, que debían consumir ama y criada antes de llegar á Vitoria. La mala facha de esta Maritornes me hizo recordar que para nada se necesita tan buen ojo como para elegir una doncella. Al lado de Doña Gerónima estaba sentado un hombrequito de maneras un tanto encojidas y de mirada un mucho hipócrita. A legua se oía que este hombre era un capitalista por menor; es decir, uno de esos hombres que hacen su fortuna á fuerza de tiempo y astucia, para guardarla, pues los capitalistas improvisados ó de grandes golpes son ampulosos y arrogantes, como la yegua de un tal Arnaldo, que se murió de buena moza. El capitalista tenia sobre sus rodillas una empanada, dos pasteles y un enorme cucurucho de dulces, que completaban las provisiones de su esposa. Media docena de dependientes es-coltaban al matrimonio.

Sentada en medio de una banqueta, con la apostura de una sul-tana, estaba una dama bastante gruesa, bastante alta, bastante en-carnada, con muchos anillos en los dedos, una gran cadena de reló, y una cõfia mas historiada que la de la ilustre marquesa. A dos pasos de ella, y de pié, como ministro que espera órdenes, estaba un hom-bre regordete, con una carita de pascua, ó de tonto que da lo mismo, que segun la máxima de Quevedo, no dejaba la menor duda de su es-túpida beatitud. El hombrequito regordete tenia en la mano una cotor-rita enjaulada, y estaba esperando el momento de ponerla sobre la vaca. Todo el mundo estará persuadido de que el buen señor era es-poso de la despótica sultana, porque al lado de una muger altiva se encuentra siempre un esposo tímido y pacato; pero lo que sospecha-rán muy pocos es, que este mansísimo cordero fuese todo un gober-nador de provincia. Pues lo era de segunda clase, y estaba muy resuelto á meter en un brete á los carlistas, á los progresistas, á los conservadores, á los puritanos, á los demócratas, á los polacos, á los moderados disidentes: en una palabra, á todo bicho que no fuera un ministerial puro y neto.

Sola, absolutamente sola, estaba la octava muger, número que cerraba el cupo de las que debían encajonarse dentro de un momento en la góndola. Esta muger tan solitaria era jóven, bastante bella, y estaba vestida con poco lujo, pero con perfecta elegancia. Me llamó la atencion su aislamiento, y aprovechándome de la confusion y fran-queza que media en momentos de despedida, me senté á su lado y la dije:

—Perdone V. mi impertinencia, pero me ha llamado tanto la aten-cion su aislamiento de V., que me he tomado la libertad de dirigirla la palabra.

—No soy de Madrid, me respondió, ni dejo en él ningun amigo.

—¿De modo que se marcha V. para siempre?

—Así lo creo.

—¿Habrá V. venido á negocios?

—Sí señor. Estoy casada con un cesante, y he pasado seis meses en Madrid solicitando su reposicion.

—¿La habrá V. conseguido al fin?

—No señor.

—Pues si yo hubiera sido ministro...

—Nunca falta quien venda destinos al precio que V., caballero.

Esta respuesta me dejó cortado; tartamudeé algunas excusas, y me levanté diciendo para mí: «El marido de esta muger merece de seguro un gobierno de provincia mucho mejor que aquel marido ma-marracho casado con aquella fatal fantasma; y esta pobre habrá solicitado quizás una plaza de oficial tercero.»

La mayor parte de mi tarea estaba concluida, y si no hubiera te-nido que esperar al amigo de mis pecados, así hubiera pensado yo en pasar mas tiempo en el salon como en hacerme filisteo; pero mi suso-dicho amigo lo habia dispuesto de otro modo, y después de haber exa-minado las damas y criadas de aquella variada comedia, me dediqué á pasar revista á los galanes, que eran diez, incluso el gobernador de provincia, á quien habia examinado á mi sabor, y mi amigo, á quien no necesitaba examinar porque lo conocia de sobra.

El segundo personaje macho que llamó mi atencion, pues ya queda dicho que el gobernador fué el primero, fué un hombrequito muy pe-queño, muy flaco, muy chupado de cara, y como de cincuenta á cincuenta y cinco años de edad. Este personaje iba vestido de mahon de color de ceniza, la mas económica de todas las telas y el mas en-cubridor de los colores; llevaba un sombrero hongo tan mugriento, que debia haberle servido tres veranos, y unos zapatos recios, sin chispa de charol ni barniz. Pero la prenda culminante de este diminuto per-sonaje eran unas enormes gafas verdes de cuatro cristales, que no solamente le cubrian los ojos, sino una gran parte de la cara. Parecia que estaba azogado segun la extraordinaria rapidez con que corria de un extremo á otro, y preguntaba continuamente si era ya la hora de marchar. Movido de curiosidad, le cerré el paso y le dije:

—¿Parece, amigo, que tiene V. mucha prisa?

—Cierito. Tengo muchos deseos de salir de Madrid, y muchísimos mas de llegar adonde me dirijo: me respondió inmediatamente.

—¿Y de qué procede esa extraordinaria impaciencia?

—He sido empleado.

—Eso no es malo.

—Soy empleado.

—Eso es mucho mejor.

—He sido cesante.

—Eso no es bueno.

—Me dejaron cesante tres años hace, y los he pasado en Madrid solicitando mi reposicion y comiéndome los codos de hambre. He lo-grado que me repongan, y voy á tomar posesion, no sea que cuando llegue me encuentre con la plaza ocupada.

—¿Qué destino desempeñaba V.?

—Una plaza de vista de aduana.

—¿Y va V. con el mismo destino?

—Sí señor.

—Por eso va V. pertrechado de esas enormes gafas verdes, para que la vista no padezca durante el camino.

—Voy á hacer á V. una confianza.

—Guardaré fielmente el secreto.

—Yo he comprado estas gafas para no quitármelas jamás.

—¡Hombrel!

—Cuando fui vista la otra vez no usé gafas; contaba escrupulosa-mente los hilos, y me separaron. Ahora pienso no quitarme las gafas y ver las telas como al comerciante acomode. La vez pasada viví con mi sueldo, y después he tenido hambre; ahora pienso ahorrar algunos cuartos por si vuelve la cesantía.

El vista con gafas me dejó y fué á informarse de la hora.

—¿Qué hace V. por aquí, amigo mio? me preguntó, dándome la mano otro viajero, en quien yo no habia reparado, y que si no era amigo mio era bastante conocido.

—Aquí estoy esperando á un amigo que va á tomar aires. ¿Y V. adón-de se dirige?

—A París, á estudiar concienzudamente la gran cuestion social. A Londres, á examinar del mismo modo la cuestion industrial. A Ale-mania, á desentrañar perfectamente la cuestion filosófica. Y si me queda tiempo pasaré á informarme del estado militar de la Rusia.

—¡Larga tarea!

—¿Qué quiere V.! Hay tan pocos hombres en este país capaces de apreciar las grandes cuestiones europeas, que tiene que hacer uno solo lo que debieran hacer entre ciento.

—Tiene V. razon; los hombres grandes escasean.

—Ahí tiene V. un majadero que va á Londres sin mas objeto que darse tono de hombre rico con los banqueros de aquella ciudad; y un marqués calavera, que irá á hacer locuras con los malas cabezas de aquella sesuda aristocracia: me dijo cambiando de tono y señalán-dome dos viajeros, título el uno y banquero el otro, muy conocidos en la corte.

Dí un espresivo apretón de manos al profundo estadista, que debia traer al Mediodía de Europa todas las tinieblas del Norte, y pasé á



examinar los cuatro viajeros, pequeñas cuestiones, comparadas con las cuatro capitalisimas que iba á examinar el estadista.

¡Inútil tarea! Solo encuentro un estudiante, como todos los de esta época, sin fisonomía particular, sin olor, color ni sabor; y tres criados, pertenecientes á la encantadora Cristina, al capitalista y al marqués. El estadista viajaba solo.

—Vamos, señores, á la góndola, gritó un dependiente de las diligencias, y al mismo tiempo gritó mi amigo:

—Este saco de noche á la vaca.

—Por poco te quedas en Madrid, le dije acercándome al coche.

—Soy muy exacto, me respondió. Ni cuarto de hora antes ni minuto después.

—Exactitud inglesa.

—Cuando no estan recién comidos.

El marqués, su criado y el estudiante subieron al cupé. Cristina, su madre y mi amigo, á quien envidié tanta dicha, se encajonaron en la berlina. La marquesa del Berro, la capitalista al por menor, la gobernadora y su esposo, el estadista y el banquero, llenaron el coche. La modesta muger del cesante, el vista de las gafas verdes, las dos doncellas de labor y los dos criados, se acomodaron en la rotonda. El acompañamiento se abalanzó á las portezuelas, pero el mayor crujó el látigo, y todos se apresuraron á abrir paso á la góndola. Un confuso adios se oyó un momento, y todos se quedaron fijos en el pesado carruaje.

¿Cuántos volverán de los que iban? ¿Cuántos realizarán sus proyectos? ¿Cuántos volverán á reunirse? Estas y otras muchas preguntas me hacía yo, en tanto que se disolvían los pequeños grupos, formados por los que habían tenido la obligación, el pasatiempo ó el capricho de asistir á aquella despedida, y como acabé por quedarme solo, creí lo mas prudente encerrarme á escribir las reflexiones que había hecho en EL SALON DE DILIGENCIAS.

JUAN DE ARIZA.

## ECKEUSUND.

Eckeusund es una aldea compuesta en su mayor parte de tejares, situada en la parte mas saliente de la punta de Broaker, en el golfo de Heusburgo, perteneciente al ducado de Schleswig.

El golfo de Heusburgo forma en Eckeusund otro pequeño golfo que une el estrecho entre Eckeusund y Alluöz con el golfo principal. Esta parte aislada del lago de Hausburgo se llama el Pübelssor, y se extiende hasta las aldeas de Atzbüll y Pübal. Toda esta parte es en general bastante pintoresca, viéndose además de trecho en trecho multitud de pueblecillos, entre los que hay algunos notables por su posición y por algunos edificios feudales.



(Eckeusund.)

## EL ULTIMO REMEDIO.

(Conclusion.)

El hijo ó heredero de algun potentado hubiera concebido una magnífica idea para hacer un palacio. Diego era pobre, y los pobres tambien son egoistas; tambien saben dar oportuna dirección á su talento: había concebido una magnífica idea para hacer un hospital.

Agitado como su pensamiento andaba de un lado á otro, y ya indeciso confundía aquí una línea para volverla después á formar; ya se cruzaba de brazos en acción de discurrir en el extremo opuesto, cuando acertó á pasar un caballero de edad ya proveya y de elevado aunque modesto porte, el cual, atraído por el aspecto de aquella fisonomía de genio, ó por deseo de ver en qué paraba aquella estravagante ocupación, tomó asiento en una piedra que á pocos pasos había. Al principio acaso lo creyó demente; pero es lo cierto que á los pocos momentos se le acercó, y observando aquella especie de plano le dijo en tono cortés: ¿Es V. arquitecto?

—Aspiro á serlo, contestó Diego.

—Y estos estudios son acaso el plan completo de alguna obra.

—Si señor, de un hospital.

—Son ensayos los que aquí traza V., ¿es verdad?

—No señor, es el plano completo.

—Hombre, me gusta la pizarra; y si no temiera ser indiscreto, le agradecería que me explicara en extracto su proyecto. Y á todo esto no separaba los ojos de aquellos medios círculos tan bien estampados en la arena, que parecían un correcto dibujo.

—Por lo que veo tiene V. amor á la arquitectura.

—Mucho. Le he consagrado los mejores dias de mi juventud.

—Y acaso tengo la suerte de estar hablando con algun maestro en el arte.

—Maestro no, soy únicamente uno de sus mayores apasionados.

—Pues entonces con mucho mas placer explicaré á V. mi plan, con la única exigencia de que me diga sin escrúpulo los defectos que en él encuentre.

—No espero encontrarlos; pero si así fuese, crea V. firmemente en mi franqueza, puesto que me autoriza V. á usarla.

—Empezaré por decir á V. que mi plan es descabellado para el actual sistema de beneficencia. Hasta aquí los hospitales, lejos de ser un asilo que recordase el pobre con gratitud, han sido el horrible cuadro en el que su memoria ve pintada la miseria, el abandono, la desespe-



racion y las angustias del padre y del hermano y del compañero y del amigo como fantasmas aterradores que le enseñan el epílogo de su porvenir. Solo ve escarnio, solo ve profanación del hombre por el hombre.

—Os dejais acaso llevar de vuestra imaginación de joven: la caridad no es como creéis una palabra vana.

—Bien se conoce que no le ha llevado á V. la desgracia hasta un hospital. Si hubiera V. pasado cinco noches entre la vida y la muerte, rodeado de moribundos, aspirando el aliento de las agonías, sin escuchar mas que el estremecimiento de la cama vecina producido por el estertor del infeliz que venia en sus convulsiones á morir á los pies de la vuestra! Si á las puertas de la muerte no hubiérais tenido un amigo que pronunciara vuestro nombre, y que recibiera vuestro adiós al mundo!...

—Pero V. vive y recobró sin duda la salud con los auxilios de uno de esos humanitarios establecimientos.

—Sí; cuando la fiebre me devoraba, y la debilidad apenas me concedía aliento, pedía con la humildad del enfermo abandonado un refresco que calmase mi sed, y si alguna vez se escuchaban estas súplicas, era para contestarme una blasfemia. Cuando la fiebre había cesado y solo quedaba de la enfermedad el decaimiento consiguiente, un aprendiz de sangrador se instruía en su oficio dividiéndome una vena, ó se probaba la fuerza de una cántida en mi descarnado pecho.

—Me horroriza vuestra historia. Y con aire investigador dijo: ¿Ha pasado V. por todo eso?

—Y tanto mas, contestó Diego con amargo acento, pero que no es del caso. Mi plan de hospitales, digo mal, el plan de un compañero mio, está basado en lo que deben ser segun todos los filósofos mas célebres del mundo.

—¿Querrá V. decirme cuál es?

—Positivamente no, porque yo no he hecho mas que circunscribirme á lo que él me ha dicho, y por el proyecto del edificio poco se puede deducir.

—Si tuviera V. la bondad de explicármelo; acaso dé alguna luz sobre las teorías de su amigo de V.

Aquí ya todo fueron razones y proporciones algebraicas y geométricas.

Después de una larga relación, que escuchó el desconocido con sumo interés, preguntó á Diego:

—¿Tendrá V. inconveniente en darme su nombre?

—Diego Alvarez me llamo, y en cuanto soy y valgo servidor de V.

El desconocido le miró atentamente, y como para disimular el efecto de aquella contestación repuso:

—Y ese su compañero ¿qué profesion tiene?

—Escritor.

—¿Y cuál es su nombre?

—Andrés García.

—No le conozco: ¿hace mucho tiempo que escribe?

—Tres años próximamente.

—¿Y ha publicado alguna obra?

—Diferentes artículos sobre economía política que no ha firmado; tiene además inédito un tratado sobre administración y estadística, y no encuentra un editor que se lo imprima ni de balde.

—Pobre mozo! exclamó el desconocido; acaso tendrá un gran mérito.

A todo esto ya había avanzado el sol y empezaba á hacerse sentir el calor, por lo que tomaron la calzada que conduce al Prado, departiendo de cosas indiferentes.

Ya en la Carrera de San Gerónimo, le preguntó el desconocido á Diego las señas de su casa, y se internó en una de magnífica apariencia, despidiéndose cortésmente.

Al regresar Diego á su bohardilla se encontró en la escalera á Antonio que volvía muy contento porque había logrado vender uno de sus cuadros, espuesto hacia mas de dos meses al público en el almacén de Bellas artes de la calle del Príncipe.

### III.

Subía Andrés por la desnivelada calle de la Cabeza, cabizbajo y pensativo con su envoltorio de papeles debajo del brazo y un desengaño mas en el corazón. Apareció en las esquinas aquella mañana un cartel que decía:

«Economía política. Colección escogida de todos los mejores libros que sobre esta ciencia se han publicado en Europa. La empresa cuenta con diferentes obras originales de reconocido mérito, etc., etc.»

Andrés, que había visto el cielo abierto, acudió presuroso á presentar su manuscrito al director de aquella publicación, en el que esperaba encontrar un hombre de conocimientos científicos; pero bien pronto renunció á esta idea, porque al proponerle la impresión de su original, después de leer el título repetidas veces, le contestó con des-

preciativo gesto; Administración y estadística, Administración y estadística. ¿Qué tiene que ver esto con mi biblioteca? V. viene equivocado; esta no es la biblioteca de Autores Católicos; aquí no se imprimen libracos que nadie lee; aquí únicamente de ciencia política y económica, y nada mas.

—Se servirá V. decirme, repuso Andrés, qué ramos son los que abraza esa colección de libros que V. anuncia.

—Lea V. el prospecto y déjeme en paz, que los hombres como yo no pueden perder el tiempo inútilmente.

Corrido de sí mismo salió sin duda Andrés, porque hasta su casa no levantó los ojos al cielo, y esta vez parecía que brotaban sangre.

Al mismo tiempo que él llegó á la puerta, estaba preguntando al portero por el cuarto de D. Diego Alvarez un caballero que pronunciaba el español con alguna dificultad; al que, al descubrir á Andrés, contestó el portero:—ese joven le acompañará á V.

Subieron los noventa y un escalones con precipitación, porque el español, que había olvidado casi su lengua nativa, cuando de un paso no ganaba dos, era porque ganaba tres.

### IV.

Oficial de graduación en el ejército carlista, tratamos del que subía la escalera con Andrés; hombre pundonoroso y de una fibra y voluntad de hierro, no había querido aceptar el cambio de colores que imponía á su casaca el titulado Convenio de Vergara. Se internó en Francia con los que creyendo buena ó mala su causa no querían abandonarla, y ya enseñando matemáticas, y ya traduciendo algunas obras del español al francés, no solo adquiría lo suficiente para vivir con holgura, sino que ayudaba un tanto con sus ahorros á los compañeros de espatriación. Al año y medio, obligados por el gobierno francés á pasar á una plaza del Norte, por temores de una nueva invasión en España, se fugó á Inglaterra, donde con los reducidos recursos que le quedaban se embarcó para las Indias. Hablaba con soltura el francés y el inglés, y conocía algo de alemán, á cuyo estudio se había dedicado en el infortunio: además, habiendo recibido una esmerada educación, y militado largos años, reunía un caudal de conocimientos y de experiencia con el que en cualquier parte del mundo un hombre laborioso puede aspirar á conseguir. Ya en las Indias, su actividad é inteligencia conquistaron pronto un buen crédito, que es la base por donde se empieza á ser rico en aquellos países, como en todos los que existe el verdadero comercio. Los negocios á que se dedicó le pusieron en contacto con las personas de mas importancia, y era admitido con extraordinaria distinción por su ameno carácter en todas las principales sociedades. Es preciso tener en cuenta que era franco como un aragonés, valiente como un catalán, decididor como un andaluz, y apuesto y gallardo como el mejor mozo de Vizcaya. De aquí el que enamorándose de una hermosa joven poseedora de un inmenso caudal, y esta á su vez del ilustrado coronel español, se estableciera una nueva *razon comercial* en la que entraba el apellido del que sin mas elementos que su ingenio había aparecido en aquel país dos años antes, donde residía algunos mas hasta que la familia de su esposa dispuso regresar á Europa. Su presencia en Madrid es bien fácil de explicar: ¿qué golondrina no vuelve á su nido en cuanto los vientos del Norte, con abril, echan de menos sus glaciales cavernas!

### V.

Al sentir pasos en la escalera salió corriendo Antonio, y al divisar á Andrés, como si su fortuna se redujera al placer que había de causar á su amigo, empezó á gritarle: *ya tenemos dinero, ya tenemos dinero*; he vendido la *Batalla de Otumba*, he vendido la... y se quedó la otra mitad de la frase cosida al deseo de decirlo, porque descubrió al que subía los escalones de dos en dos y de tres en tres. Cuando llegó este al descanso inmediato á la bohardilla, con voz casi ahogada le repitió la pregunta que había hecho al portero, á la que contestó Antonio:

—Si señor, aquí vive, y dirigiéndose al interior, le dijo á Diego: un caballero te busca.

Pero el caballero no dió tiempo á la contestación, porque entró sin mas ni mas, y se abrazó á Diego zarandeándolo como si fuera un maniquí.

Es el caso, que como se estaba preparando para marchar á la Academia, y los zapatos habían dado en la manía de reirse á mas y mejor de las agudezas de su poseedor y de las amenazas de su dueño el artista Mr. Fiel ó Mr. el Andaluz, Diego se entretenía en describir con tinta algunas paralelas horizontales en el ventilado cargamento de los susodichos, y por consecuencia estaba descalzo del pié derecho, y tenía ambas manos ocupadas, una con la prueba del delito y otra con el código y la sentencia.



—Hermano mío! dijo por fin después de repetidos abrazos el desconocido. —Hermano mío! ¿no me conoces?

Diego, sin saber qué contestar, miraba á su cariñoso interlocutor todo asombrado.

—Soy Carlos, soy tu hermano.

—Carlos... Decís que sois Carlos, que sois mi hermano, le preguntó Diego, cuyos ojos parece que querían saltar de sus órbitas.

—Sí, Diego, soy tu hermano.

—Caballero, dispensadme; mi único hermano murió en la guerra el año 59.

—Te engañas, hermano mío, sí, soy yo mismo que, dado por muerto en Morella, salí á campaña nuevamente días antes de la disolución de nuestro ejército.

Pero estas palabras parece por la celeridad y la fuerza que tenían, que las pronunciaba un relámpago.

—Carlos!

—Diego!

—Hermano mío!

Y se abrazaron, permaneciendo así un instante sin voz y sin movimiento. Las lágrimas de Diego se escondían entre los largos cabellos de Carlos, y las de este caían en el desnudo pié de su hermano.

Antonio y Andrés, á la puerta el uno y junto á la ventana el otro, contemplaban esta escena mirando al cielo.

Al mismo tiempo paraba un carruaje á la puerta de la casa.

Carlos fué el primero que rompió el silencio, y mirando á su alrededor exclamó con sentida voz:

—¿Cómo te encuentras!

—La última noticia que tuve tuya fué con la de la muerte de mi pobre madre; desde entonces desapareciste de Calatayud, y cuantas diligencias practiqué en tu busca mi amigo el conde de la Vega, fueron en balde hasta hoy que la casualidad se las ha proporcionado.

—¿Y qué eres? ¿de qué vives? ¿cómo lo has pasado hasta ahora?

—Hermano, tan triste y tan larga de contar sería la historia nuestra en estos últimos años, que puedes evitártela, y con ella muchas aflicciones.

—¿Pero en qué te ocupas?

—Voy á concluir la carrera de arquitecto dentro de breves días.

Entonces se apercibió Carlos de que no estaban solos, y saludó cortésmente á los compañeros de su hermano, al mismo tiempo que asomaba el portero su vetusta faz, anunciando al señor conde de la Vega.

Salieron á recibirlo todos menos Carlos, que miraba sorprendido el aspecto de aquella vivienda.

Diego, al descubrir al desconocido con quien había paseado en el Retiro, exclamó sorprendido:

—Es V. el señor conde?

—Y en cuanto soy y valgo, servidor de V., amigo mío.

Carlos cogió de la mano al conde de la Vega, y paseándolo por aquella desordenada habitación le dijo al oído:

—Cuanta miseria! Mira la situación en que encuentro á mi infeliz hermano, que sin recursos de ninguna especie ha sabido hacerse una carrera distinguida.

Y le contestó el conde también al oído:

—Pues aquí reside el genio: mira esas paredes, repara en esos manuscritos, y en esos dibujos que conozco casi por incidencia.

## VI.

Estamos en el mes de mayo. Hace dos años que ocurrieron los sucesos precedentes.

Andrés tiene una reputación literaria de importancia; es redactor del periódico oficial del gobierno, y el producto de sus obras constituye un lucido patrimonio.

Antonio ha presentado un cuadro en la esposición que ha mandado adquirir el gobierno para colocar en la Academia. La embajada inglesa ha comprado á elevado precio todos los que encerraba la bohardilla de la calle de la Cabeza, y los que después ha pintado en su magnífico estudio de Carabanchel. Por el que hoy ocupa la atención de los inteligentes se le ofrece una respetable suma que él no acepta, porque está decidido á regalarlo á la nación.

Diego construye en la actualidad diferentes casas, algunas de su hermano, que resuelto á establecerse en Madrid, ha querido afincar una parte de su caudal.

El marqués de la Vega, viudo sin hijos, se pasa la mañana en el estudio de Antonio. Andrés, que vive con él, hace la delicia de su mesa con su buen humor y gracejo, y Diego le acompaña á paseo regularmente por el Retiro, donde suelen alguna vez disputar, haciendo rayas en la arena, sobre si la manzana de casas de tal parte debía seguir recta ó hacer esta esquina y formar aquella curva. El marqués de la Vega es feliz, porque dice que tiene tres hijos, un pintor de rele-

vante mérito, un economista aventajado, al que pretende en la legislatura próxima hacer padre de la patria, y un arquitecto que es á la vez su tesorero y su secretario.

La esposa del ex-coronel vive cada vez mas contenta y feliz en España, y en su casa se reúnen todas las noches el conde de la Vega, Antonio, Andrés y su cuñado Diego, á quien llama siempre *mon frere*, que es como cuando no conocía el idioma español le titulaba.

Andrés acompaña al piano á Serafina, la niña de la casa, que no está contenta cuando tarda su amigo; sus padres se sonríen siempre que pregunta inocentemente por él.

A las doce de la noche de aquel día se reunieron Diego, Andrés y Antonio en el estudio de este; todos lloraban; pero en vez de maldecir su desgracia, decían á una voz:

La providencia ayuda siempre á los buenos; cuanto mas tarda en conceder su protección, tanto mayor es el premio que les aguarda.

El último remedio era un remordimiento para todos, que ninguno sin embargo recordó.

EDUARDO GASSET.

## UN DRAMA EN EL TEATRO DEL BALON DE CADIZ.

Era la época de los dramas, y lo que es mas, de los dramas horripilantes; época en que los periódicos de Madrid ridiculizaban en sangrientas caricaturas al *pastor clasiquino* pintándole con su zampoña y su viejo casacon, sentado en una silla á la sombra de la espesa haya de Titiro, y dejando pacer sus ovejuelas mientras él, con sus setenta navidades debajo de la peluca, cantaba los desdenes de su Tirsi. Entonces se hubiera tenido por una completa *cursería* el asistir á una representación de *El sí de las niñas*, si es que algun empresario estaba tan mal con su dinero que la pusiese en escena, y entonces *La Angela* y *La Teresa* de Dumas, *Lucrecia* y *El Tirano de Padua*, de Victor Hugo, eran las mas interesantes como las mas morales de cuantas obras habia producido el ingenio humano en los malamente llamados buenos siglos de la literatura dramática. En este tiempo pues el teatro del Balon anunció en sus cartelones con cada letra tamaño como una hogaza de pan de Alcalá un dramote titulado *Treinta años ó la vida de un jugador*, cuidando de colgar en las esquinas primorosos transparentes bien cargados de almagra, los cuales, con tres noches de anticipación anunciaban á las apiñadas turbas el magnífico espectáculo que iba á tener lugar junto al rancho de gallos; y como para darles una muestra de lo espasmódico de las situaciones y de lo patético de los lances, hizo la empresa fijar en todas las esquinas cuadros que representaban, ora un hombre que andaba á pistoletazos con diez gendarmes, ora otro que á puñalada limpia machacaba las liendres á un desventurado prójimo, y ora en fin, un reo agarrado sobre el patíbulo, haciendo su último visaje en medio de un lucido acompañamiento de sacerdotes, de soldados y de hermanos de la Caridad.

Preciso era ser de estuco para no caer en la tentación, y entonces me dije á mi propio: «Marchemos con el siglo, y si no con el siglo, con la época. Esta es de emociones... pues voy tambien á buscar emociones. Dicen que al hombre fuerte, comida fuerte, y es menester que la posteridad vea nuestra fortaleza, en lo crudo, en lo indigesto del manjar con que alimentamos nuestras almas, así como calculamos la austeridad de los lacedemonios por el horrendo brevaje de su salsa negra.» Esto dije, y esto me propuse hacer, comenzando mi educación moral en el teatro del Balon de allí á dos días, los cuales esperé impaciente, como todo aquel á quien aguarda un verdadero acontecimiento de aquellos que deben cambiar la faz de su vida entera.

Llegó pues el día, y lo que es mas, llegó la hora, que era, por mas señas, la del anochecer de una tarde de las crudas de diciembre. Un norte largo soplabá sin tropezar en rama desde las heladas regiones del polo hasta tropezar con la modesta fachada del teatro del Balon, cuyo interior ha sufrido posteriormente notables reformas; pero que era en la época á que nos vamos refiriendo tal como lo describimos á continuación.

Cuando circunstancias muy gloriosamente molestas hicieron forzosa la creación de un teatro adonde no alcanzasen las bombas del ejército francés, los que tomaron á su cargo la obra se pusieron completamente al nivel de los sucesos. Los mas de los vecinos de Cádiz habitaban en improvisadas tiendas de campaña, ó alquilaban á peso de oro seis piés de terreno en alguna accesoria de las adyacencias del Hospicio, único lugar donde no existía la probabilidad de ser aplastado. El teatro del Balon debía estar en consonancia con semejante género de vida, y en efecto se hizo estrecho, molesto, ahogado; se le pusieron palcos como jaulas, y en el patio descarnados bancos, en comparación de los cuales fuera cómodo sofá el banco del herrador de



la esquina. Dejose larga porcion para la gente de á pié, y en vez de plateas se establecieron unas especies de cobachas con gradas, llamadas por mal nombre galerías, cuya primera fila, única de donde podía verse el escenario, se pagaba mas cara que las otras, segun estaba muy puesto en el orden. Esta distribucion no habia variado esencialmente muchos años después, y era la propia que conservaba en el día á que me refiero, con la sola y esclusiva mejora (si tal podia llamarse) de haber sustituido con reverberos de nueva especie, situados alrededor de la sala, las luces de la suprimida araña que pendia en lo antiguo de su techo.

Era la hora, como decia, y desembocaba yo por aquel desapacible páramo, soplándome los dedos de puro gris que corria, y presentando la popa al viento al emparejar con alguna esquina de las dos ó tres calles que hay que atravesar en el tránsito del campo; pero no habia tenido la precaucion de proveerme de asiento, y con dolor de mi alma supe al llegar al botiquin que estaba vendida hasta la última localidad. La infantería estaba rellena á pison, y no me atrevi siquiera á probar fortuna en ella: por fin, un chico me revendió un asiento trasero de galería, donde después de sudores de muerte pude colocarme, si es que merecia el nombre de colocacion la que yo disfrutaba en aquella mala grada; porque siendo el último de los ocupantes, claro es que no me habian de guardar el mejor sitio: así era que solo podia ver una pequeña parte del escenario, y eso cuando me alzaba sobre las puntas de los piés, posicion hartó difícil para mí que no he sido nunca aficionado á bailar el bolero. Resignéme con mi suerte como el ahorcado con la suya, y á poco comenzó el drama.

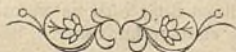
Ya se colige que poco pude enterarme de él por mas que estiré el pescuezo, el cual hubiera yo querido tenerle aquella tarde del largo del de cierto avestruz que no ha mucho ostentaba en los espectáculos de Cádiz su feísima estampa. Sin embargo, logré á duras penas ver que uno de los actores llevaba botas de campana, y al momento dije para mi capote: «ya te conozco: tú eres el hombre malo»; porque en efecto, tengo observado que no hay pícaro alguno en esos dramas, donde nunca deja de haberlos, que no use botas de campana como distintivo dramático de su maldad. No me engaño. Aquel era el jugador, el que hace morir á su papá de un berrenchin que le hace tomar, que se casa, que juega hasta la cama de su muger y de sus hijos, que anda á palos y á pistoletazos con sus compañeros de vicio, que quiere quemar á su hijo mayor porque husmea que trae algunos cuartos, y que termina su carrera al cabo de treinta años de hambres y de crímenes, cayendo en manos de la justicia. Todo esto me lo anunciaban ya sus pícaras botas; y véase cómo el calzado puede tener una poderosísima influencia en la moralidad de los hombres.

No hay que decir que el público aplaudia á rabiar y que se estasiaba al considerar todo el esfuerzo de ingenio que emplearia el autor para poder presentar reunidas tantas atrocidades y tantos horribles lances en el corto espacio de treinta años, que es lo que se supone durar el drama. Mucho dura por lo visto el pellejo de un pícaro: de seguro no duraron tanto las campanas de sus botas.

Entre los extraños acontecimientos del drama, es el uno, y el mas venial acaso, que el protagonista mata á otro de un pistoletazo. Aconteció pues aquella noche, que al sonar el tiro nos quedamos todos á oscuras, porque la explosion apagó las luces del teatro. Por fortuna terminaba el acto, y en el intermedio se remedió la avería; pero fué necesario que se nos hiciese saber estra-oficialmente la muerte de aquel hombre, puesto que no la habíamos visto. Aquello fué, en efecto, morir sin sol, sin luz y sin moscas.

Concluido que fué el drama, el público, sin duda por quitarse el amargor de la boca, comenzó á pedir á gritos el ole, no anunciado. Resistióse la autoridad; hubo tole tole; rompieronse algunos bancos; la fuerza armada se puso sobre las armas; la policía llevó presos á algunos; repartió sendos estacazos á los mas contumaces, y el auditorio en masa abandonó el teatro, dejándose allí mas de cincuenta mugeres los zapatos, que es lo primero que ellas sueltan cuando corren. Yo fui arrastrado por la marea, y antes de mucho tuve que pasar del insufrible calor del coliseo á la helada temperatura de aquel descampado sitio. Por dicha, en vez de la pulmonía para la que tantos méritos tenía contraídos aquella noche, solo tuve un par de dias de calentura, durante los cuales mi imaginacion me ofrecia sin cesar la mala estampa de aquel hombre con sus botas, los aullidos de aquellas mugeres sin sus zapatos, y las descompasadas voces de los que pedian el ole. Calmóse al cabo mi fiebre y dejé de ver visiones; pero de allí en adelante no volví á fiarme de los pomposos transparentes del Balon.

FRANCISCO FLORES ARENAS.



## EL VIAJANTE Y EL MESONERO.

Cierto viajante  
llega á un meson,  
hambriento,  
sediento,  
grita: patron,  
¿hay que comer?  
Y el martagon:  
de todo hay, dice,  
gran provision.—  
Vengan perdices.—

Nadie las caza;  
no hay en la plaza  
un perdigon.—

Arroz con pollo.—  
Ni una gallina  
con esa indina  
faccion quedó.

De arroz no tengo  
ni un solo grano,  
que un valenciano  
me lo acabó.—

Magras con huevos.—  
¿Qué desgraciado!  
hoy se ha acabado  
todo el jamon.

Si á usted le gusta  
macho cabrio,  
hay, señor mio,  
buena racion.

Parte el viajero  
sin despedirse,  
gritando al irse:  
¿qué picaron!

Guárdate el diablo,  
negra posada,  
donde no hay nada  
sino cabron.

EUGENIO DE TAPIA.

## CANCION.

Como en la noche cálida  
del aromoso estío,  
al susurrar del céfiro  
se aduerme el mar bravio;  
del mundo así las lágrimas,  
las penas y dolores,  
trueca en celeste júbilo  
el soplo del amor.

En vano al hombre, trético  
cerca el feroz quebranto,  
en vano ruge indómita  
la tempestad del llanto,  
y el hado agolpa turbidos  
sus odios y rencores;  
que hasta la muerte es plácida  
al soplo del amor.

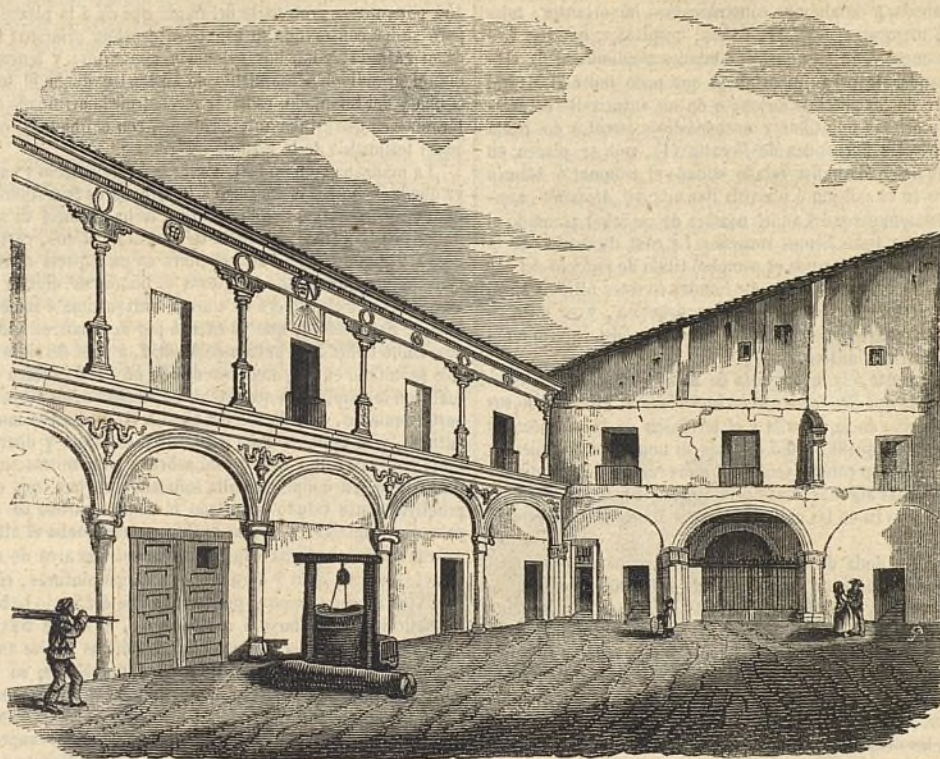
Desde su trono fúlgido  
el dictador eterno,  
contra el traidor espíritu  
monarca del Averno,  
en este valle misero  
de crímenes y errores,  
dióle al mortal el bálsamo  
divino del amor.

J. H. GARCIA DE QUEVEDO.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.





(Patio de la casa de San Vicente.)

LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

DESDE LA PUERTA DE LA VEGA Á PUERTA DE MOROS.

Por los costados de dicho palacio de los Consejos descienden una costanilla y un pretil á la estrecha callejuela del *Estudio*, hoy de la *Villa*, plazuela de la *Cruz Verde* y á los derrumbaderos mas que calles de la *Ventanilla* y de *Ramon*, que desembocan en la calle de Segovia.—En dicha callejuela del Estudio y su número 2 nuevo de la manzana 189, con fachada tambien á la calle de Segovia (número 24 nuevo), existe aun la casa á que debe su nombre, que fué *Estudio público*, pagado por la villa de Madrid, el mismo que regentó á mediados del siglo XVI el arriba citado maestro *Juan Lopez de Hoyos*, y á que asistió el inmortal *Cervantes*, ~~quien el mismo Hoyos~~ *quien en alguna de sus obras su caro y amado discípulo*. Esta casa, propiedad entonces de Madrid, pertenece hoy á los condes de la Vega del Pozo.—La que hace esquina y vuelve á la plazuela de la *Cruz Verde* y calle de Segovia, perteneció en el siglo XVII al maestro Bernardo Clavijo; y posteriormente y á principios del XVIII fué de Sebastian de Flores, maestro herrero de la real casa, con cuya hija Doña Josefa estuvo casado el célebre arquitecto *D. Ventura Rodríguez*, que poseyó por mitad esta casa y habitó en ella.—La plazoleta que se forma delante, tomó el nombre de la *Cruz Verde* por una muy grande de madera pintada de este color, que sirvió en el último auto general de fé de la suprema Inquisicion, y se hallaba colocada en el testero de dicha plazuela, en el murallon de la huerta del Sacramento, adonde ha permanecido hasta nuestros dias en que ha caído á pedazos por el trascurso del tiempo. En el mismo sitio se ve hoy una fuente erigida en 1850 cuando se suprimió la general de Puerta Cerrada.

El trozo de calle de Segovia comprendido entre dicha plazoleta de la Cruz Verde hasta la muralla antigua (que como hemos dicho cruzaba ~~la plaza~~ <sup>la calle de</sup> ~~la plaza~~ <sup>la plaza</sup> las casas de Moneda) estaba ocupado por las huertas del *Pozacho*, y se cree tambien que hubo allí baños públicos en tiempo de los árabes; pero no tomó forma de calle hasta que destruida la muralla, continuaron en su direccion, y las de la nueva salida al campo las construcciones de casas á uno y otro lado; siendo

acaso las primeras las dos, una enfrente de otra, destinadas á la fábrica de la moneda (que entonces, como es sabido, era un privilegio afecto al oficio de Tesorero, enajenado de la corona, y recuperado por esta en el siglo pasado) ha continuado el mismo destino á ambos edificios, por cierto bien impropios, mezquinos é indignos de tan importantísima fabricación.—Los demás edificios de este trozo de calle (que por largos años se tituló *Nueva de la Puente* por dirigir á la célebre obra de Juan de Herrera, construida sobre el río Manzanares en el reinado de Felipe II) son mas modernos y carecen de títulos ó recuerdos históricos, á escepcion del antes indicado número 24, que sirvió de Estudio de la Villa y tiene como dijimos su entrada principal por la callejuela de este nombre.—En la manzana frontera señalada con el número 136 entre la costanilla de S. Andrés y la plazoleta y cuesta llamada de los *Caños viejos*, hay varias casas de sólida y moderna construcción. La última, algo mas antigua y conocida (acaso por su primitivo dueño) con el nombre de *la casa del Pastor*, tiene la particularidad de que estando colocada entre la calle baja de Segovia y el final del callejón ó plazuela del Alamillo, en lo alto de la Morería; da salida á esta como piso bajo por el que es segundo en aquella. En el costado de dicha casa que mira á la plazoleta está la fuentecilla que se llamó de los *Caños viejos* de San Pedro, y sobre ella un escudo con las armas de Madrid.

Trepando, mas bien que subiendo, por aquella escabrosa cuesta ó la contigua de los *Ciegos*, se penetra en el tortuoso laberinto de callejuelas, hoy en gran parte convertidas en ruinas, conocido por el barrio de la *Morería*.—Este distrito puede dividirse en dos trozos: el primero, comprendido desde la muralla antigua, entre las del duque del Infantado y de la calle llamada hoy de Don Pedro, hasta puerta de Moros y plazuela y costanilla de San Andrés. Y el segundo, entre dicho San Andrés y Puerta de Moros, hasta donde estaba la Puerta Cerrada, entre las cavas de San Francisco y San Miguel. Quizás sea esta la misma division que antes se designaba con los nombres de *Morería vieja y nueva*. Nos ocuparemos por hoy del primero de dichos trozos.

Lo estrecho, tortuoso y laberíntico de aquellas callejuelas *real de la Morería, del Granado, de Yeseros, de los Mancebos, del Aguardiente, del Toro, de la Redondilla*, etc.; los rápidos desniveles del suelo, la caprichosa y estudiada falta de alineación en las casas, y los restos que aun quedan de algunas de ellas que han resistido al poder del tiempo hasta nuestros mismos días, están evidentemente demostrando su origen árabe, como las calles de Toledo. Granada. Sevilla

26 DE JUNIO DE 1855.

para de la mo-  
neda

Caños viejos

Casa del Pardo.

Tabaco

Moravia

~~(4) Véanse los números anteriores.~~

26 DE JUNIO DE 1855.

Don Juan de Hoya, El doctor Juan Lopez de Hoya, celebrada esta ocurrencia en el año 1800  
sacando por la villa de Madrid en el día 14 de mayo de 1800, sacerdote, y asimismo de  
la misma donde nace y se cría. 1800.



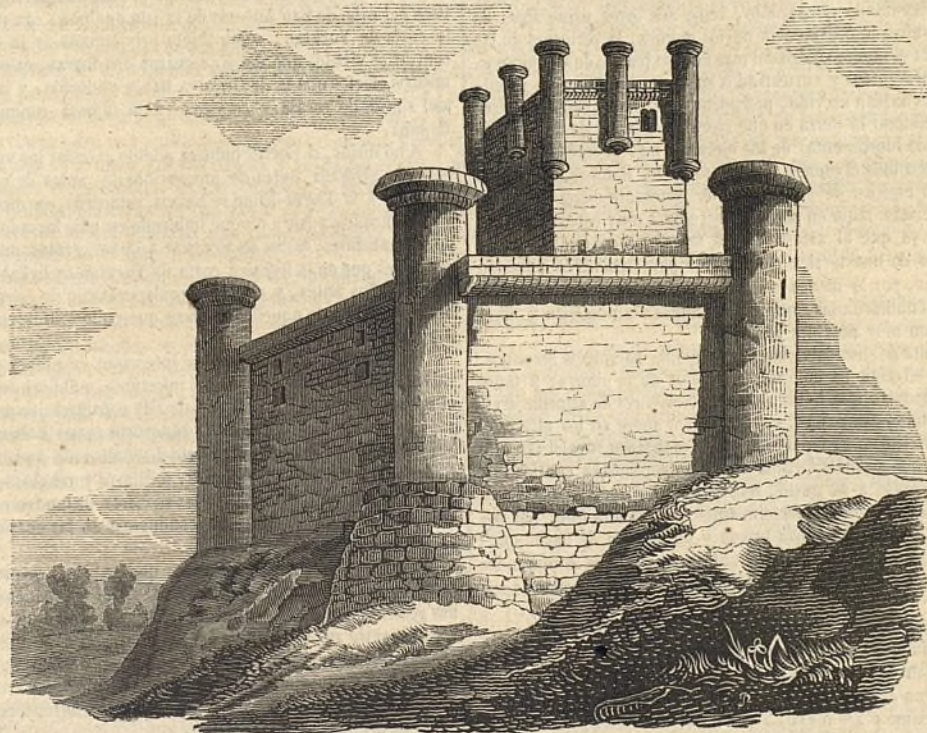




portancia que no le consultasen, respondiendo con la fórmula de *Averiguelo Vargas*, que quedó después como dicho popular y aun como título de comedias de Tirso y otros.—La parte conocida hoy mas propiamente con el nombre de *Casa de San Isidro*, que recajó por alianzas con los Vargas en la familia de los Lujanes, es la que cae á los pies de la iglesia de San Andrés y tiene su entrada por la plazoleta. En ella es donde se supone vivió Ivan de Vargas en el siglo XI, en tiempo en que le servia para la labranza de sus propiedades el piadoso Isidro Labrador, y en el patio de la misma casa se ve hoy el pozo milagroso de donde sacó el santo al hijo de Ivan que habia caído en él, y la estancia, hoy convertida en capilla, donde segun la tradicion espiró aquel bienaventurado. Esta casa pertenece en el dia al señor conde de Oñate, como conde de Paredes, descendiente de Ivan de Vargas, por una de sus nietas Doña Catalina Lujan, condesa de Paredes, á cuyo título debe tambien el privilegio de guardar una de las llaves del arca en que se conserva el cuerpo del Santo patrono de Madrid.—Los otros edificios contiguos á la capilla del obispo por la plazuela de San Andrés, fueron de los mayorazgos fundados por Francisco de Vargas, que recayeron en su hijo D. Francisco, primer marqués de San Vicente, y hoy pertenecen como tal al señor duque de Híjar, que conserva el patronato de la capilla. En uno de ellos (en el que está el

pasadizo á San Pedro y pretil de Santisteban) existe aun un curioso patio cuadrado, circundado de galerías con columnas y escudos de armas, de cuyo gusto puede inferirse su construccion en los principios del siglo XVI. Todas estas casas, habitadas por el mismo licenciado Vargas en tiempo de los disturbios de los comuneros, fueron saqueadas y maltratadas por estos en ocasion de hallarse aquel ausente al lado del emperador, y encomendada la defensa del Alcázar de Madrid, de que era alcaide, á su heroica esposa Doña Maria de Lago y Coalla: posteriormente sufrieron un terrible incendio en 1541, hallándose habitadas por el cardenal arzobispo de Sevilla, y en ellas nació en 1609 el octavo condestable de Castilla D. Bernardino Fernandez de Velasco, siendo notables las fiestas celebradas para celebrar su nacimiento, entre las cuales merece mencion especial la mascarada que salió de la casa del duque del Infantado en la misma plazuela de la Paja, por donde tiene tambien la casa de San Vicente su entrada principal por dos arcos iguales.—Esta plazuela, aunque costanera é irregular, era la mas espaciosa en el recinto interior de la antigua villa, y podia ser considerada como la principal de ella, pues sabido es que la que hoy tiene esta categoría no existió hasta el tiempo de D. Juan el II, y eso estramuros de la puerta de Guadalajara, en el arrabal de San Ginés.

Aquel barrio, en fin, tan importante en el Madrid morisco, y si-



(Castillo de Torrelobaton.)

glos después, con la sucesiva construccion de los palacios ó casas principales de los Vargas y Castillas, Coallas, Aguileras, Sandovales, Lujanes y Mendozas, perdió notablemente en su celebridad cuando establecida la corte en Madrid á mediados del siglo XVI, fué estendiéndose rápidamente el recinto de la villa buscando terreno mas llano en las direcciones de Norte, Levante y Mediodia, fueron abandonadas aquellas tortuosas calles, aquellos desniveles y derrumbaderos de la parte occidental, en la cual apenas queda solo hoy mas que el recuerdo de su grandeza primitiva.

Delante de la iglesia de San Andrés y hácia el sitio que hoy lleva el nombre de *plazuela de los Carros*, venia á salir como queda dicho por detrás de la casa palacio de Lasso de Castilla, el lienzo de muralla que terminaba en la *Puerta de Moros*, al sitio mismo donde hoy está la fuente con el propio nombre. Esta puerta, que era tambien fuerte, estrecha y con varias révueltas en su entrada segun la usanza de los musulmanes, y conforme aun se observan en la principal del palacio de la Alhambra de Granada y en otras de igual origen, estaba mirando á Mediodia y servia para la comunicacion con Toledo y otras ciudades principales, hasta que estendiéndose tambien el arrabal de la villa por aquel lado, desaparecieron puerta y muralla (1).

R. DE M. R.

(1) En el número próximo publicaremos la vista de la casa de Lasso de Castilla, que no ha podido grabarse para antes.

## FUNCION NAVAL Y BATALLA DE TABASCO.

La conquista de Méjico, con todos sus episodios y accidentes, es uno de los acontecimientos mas grandes del mundo en el terreno de la politica, de la civilizacion y de la guerra. Por esto las elocuentes plumas de Bernal Diaz y Pedro Mártir; de los Oviedo, Gomara y Herrera; del inspirado Solís, y de los cultisimos, bien que apasionados Robertson y Prescott, se han ocupado de ella para dar fama á sublimados nombres, mas que con la elegancia del estilo, con la aureola de gloria que circunda tan portentosos sucesos: y por esto tambien, aunque otras razones no militaran en abono de la conveniente economía que nos imponemos al tratar dicha conquista, nos veriamos precisados á callar, porque contrario proceder no acudiera forzado del asunto en descrédito de nuestros trabajos. El insigne Cortés, hasta allí considerado nada mas que como un aventurero atrevido ó afortunado, sale de la esfera comun del vulgo tan pronto como sienta la planta en las fronteras del imperio mejicano, y se remonta lleno de gloria al templo de los héroes. No eran ya incultas masas de seres degradados sin politica ni disciplina, sin fuerza ni organizacion, sin razon ni intelligen-



cia, las que en adelante habían de oponerse á los soberbios planes de una fabulosa conquista. El país de las aztecas, lleno de una cultura superior á la de todas las naciones del nuevo continente, estaba organizado sobre los fundamentos de las antiguas repúblicas en algunas partes, y en otras con arreglo á las mas recientes monarquías. En lo político tenía sus emperadores y reyes, tribunales de justicia, jueces de categorías variadas, y todo aquello que constituye una administración recta y sólida, cimentada sobre las leyes del mas escrupuloso derecho.

En lo religioso, rindiendo culto al mas antiguo paganismo, hacia alarde de sus templos, con distintas divinidades simbolizadas por ídolos repugnantes y monstruosos, que por serlo no eran menos reverenciados de aquellos pueblos de gentiles: y en esta parte acaso era donde mas se advertía flaca la civilización de los mejicanos; los cuales tributando el mas profundo respeto á ciertas reminiscencias de la primitiva sociedad de los egipcios, de los que tal vez eran oriundos (1), así perfumaban sus dioses con la mirra y el incienso de Jerusalén, como con las abluciones humanas de sangre inocente, sacrificada en los altares impuros de tan falsas divinidades.

Por lo demás, el sacerdocio también estaba considerado como el brazo mas poderoso de la sociedad, saliendo de su seno en las ocasiones algunos monarcas, entre otros el mismo Motezuma, y á sus reglas y preceptos subordinado el conjunto, tenía sus leyes especiales, de las que se derivaba la continencia de los monjes, la reclusión de las vírgenes, y hasta el sagrado fuego del mas famoso templo de los paganos.

No menos prevenidos y amaestrados en la guerra, su arte primitivo, del que se habían servido, procedentes del Norte como nuestros Scitas, para señorear la tierra en que moraban, la ley de la subordinación, principio fundamental de los ejércitos mas poderosos, estaba allí cultivada con todo el esmero que se usa en los tiempos que vamos alcanzando. Su espíritu de conquista, en constante ejercicio contra las tribus fronterizas, tenía en perpétua escuela á muy experimentados caudillos, que ya que al atraso de sus armas no debieran las mas ligeras nociones de una táctica conveniente para resistir la agresión de los españoles, por lo menos estaban con las leyes de la natural estrategia tan familiarizados, que en ocasiones á su espíritu y marcialidad debieron muy notables ventajas.

Dados al culto de sus idolatrías por medio de sacrificios humanos, los cautivos se ofrecían en holocausto al dios de la guerra; y tanto mas crecidos suponían que habían de ser los favores de aquella divinidad en las futuras campañas, cuanto mayor fuese en los altares el número de las víctimas. El fanatismo de los mejicanos rayaba tan alto en esto, que cuando su mala fortuna no les proporcionaba cantidad de prisioneros suficiente á su gusto, tenían á dicha hacerse matar en compensación de sus escasos merecimientos: de manera que, por semejante desprecio de la existencia propia y por el afán de hacer cautivos que no muertos en el campo de batalla, ya se deja comprender el valor con que se entrarían en la lucha por los escuadrones de sus contrarios.

Todavía, para mayor dificultad de la conquista, el grande imperio de Motezuma abundaba en otros medios de defensa no menos poderosos que la religión y la guerra. Las ciencias, las artes y la agricultura cultivadas allí con esmero por todas las clases de la sociedad, hacían del pueblo, próximo á ser invadido por nuestras gentes, no una raza de idiotas que á la superioridad sucumbe de la inteligencia, después de la primera defensa, sino un todo compacto y animoso, que á una derrota contesta amontonando los mayores esfuerzos aunados del pensamiento y de la materia: al *ultimatum* de una conquista inevitable, con el sacrificio espontáneo de los mas caros objetos, inclusa la vida en el altar santo de la patria y en las aras de su moribunda independencia.

En grandes almanaques de piedra tenían escrita, por mano de entendidos astrónomos, la revolución de los tiempos, el acompasado trascurso de las edades, y la revelación de un misterioso futuro. En los *arcitos* ó cantares, compuestos por los mas hábiles poetas, estaban consignadas las glorias de sus guerreros, la historia de sus mayores y la alacurnia de sus reyes; y no faltaban á la vez diestros pintores que daban al lienzo, con suficiente verdad, aquellos hechos que de la frágil memoria pudieran borrarse (2).

En los templos de sus dioses se descubrían algunas nociones de la arquitectura piramidal de los egipcios, y en la permanente lumbre de su culto no se echaba de menos el sagrado fuego que las vírgenes alimentaban en el famoso templo de Vesta.

Los palacios de sus reyes, grandes y faustuosos, ricamente tapi-

zados con primorosos tejidos de algodón y plumas preciosas, y sembrados de oro y pedrería, daban á la majestad real toda la importancia que tiene en las naciones civilizadas del viejo continente: y en suma, cuanto constituía la vida moral, material y recreativa de aquellas naciones en los tiempos de su conquista, harto daba á conocer que, para conseguir las, mayores aprestos eran necesarios que aquellos con que Hernán Cortés podía contar en los momentos de arrojarse á ella.

Los que constituían su poder antes de dar al viento las lonas de su armada, cuando ya se disponía á abandonar la isla de Cuba desde el cabo de San Antonio, eran once naves; una de cien toneladas de porte, tres de á ochenta, y el resto carabelas y bergantines de mas moderado buque; y por lo respectivo á fuerza personal, al pasar muestra en dicho cabo, halló que tenía á sus órdenes ciento y diez hombres de mar y quinientos cincuenta soldados en la forma siguiente: treinta y dos ballesteros, trece arcabuceros, diez y ocho hombres de armas, que eran soldados de á caballo, y el resto gente de picas y espadas. Llevaba también diez lombardas ó piezas de grueso calibre, y cuatro falcónes (1), y por complemento de su poder, le acompañaron hasta doscientos indígenas de la isla y algunas mugeres, los cuales voluntariamente se ofrecieron, y Cortés aceptó como prendas de seguridad y quietud para las nuevas poblaciones donde iba á sentar la planta.

El día 18 de febrero de 1519 fué el señalado para que la flota partiese del cabo de San Antonio de la isla de Cuba, con rumbo directo á la costa de Yucatan, como objeto privilegiado de la empresa; pero contrarios vientos que del N. soplaron con fuerza, causaron á esta los mismos efectos que la de Grijalva había padecido, y la isla de Cozumel sirvió de escala y comienzo á la famosa conquista de Nueva España.

A no dudar, si Cortés hubiera podido calcular las ventajas que semejante arribada, había de proporcionarle, antes de pensar en poner las proas á la Tierra-firme se habría esmerado en dirigir sus naves á la mencionada isla; porque habiendo en ella logrado la conversión de sus naturales, hubo de alcanzar á la vez gratas nuevas de ciertos españoles que en la frontera costa de Yucatan se hallaban perdidos de algunos años antes, y el mas singular regocijo de estrechar entre sus brazos al único de aquellos infelices que pudo sobrevivir á sus penas y desventuras.

Por mas que la humanidad se interesara en primer término por la salvación de aquella víctima del infortunio, públicamente considerado el suceso, tuvo una importancia de alta consideración para los adelantos que debían alcanzarse en la conquista; pues hallándose enterado el reciénvenido, que era un cierto Gerónimo de Aguilar, natural de Ecija, de todos los usos civiles, militares y religiosos de las gentes de la Nueva España, sus nociones sirvieron de fundamento á la esquisita prudencia de Cortés para conducirse en las ocasiones de mayor riesgo y empeño.

No tardaron en llegar estas mas tiempo que el que la expedición se entretuvo en la isla de Cozumel, fortificando las semillas de las doctrinas recientemente allí sembradas, y dando vigor á las amistades convenidas entre sus naturales y los españoles. Al cabo el día 4 de marzo abandonó Hernán Cortés con su flota aquella tierra hospitalaria, y costeando la de Yucatan con rumbo al N. E., consiguió en breve montar al cabo Catoche, é internarse con próspera fortuna por la boca del Seno-Mejicano.

El famoso caudillo iba animado de muy lisonjeras esperanzas respecto á la cordialidad y franco recibimiento que anhelaba obtener de los habitantes de aquellas tierras en que ya Grijalva había comerciado; pues aunque á este y á su antecesor Hernández de Córdoba no escasearan las ocasiones de la guerra, todavía las inteligencias llegaron á asentarse con señales ciertas de reciproca armonía, y los cambios y rescates se habían hecho con beneplácito de forasteros y naturales.

En tal concepto, al llegar á la confluencia de cierto río dicho de Tabasco, sobre cuyas márgenes, á corta distancia de la mar, existía una poderosa ciudad de indios, y al cual Grijalva había puesto su nombre, el capitán general de la empresa, ansioso de sentar la planta en las tierras de sus bélicas ilusiones, mandó dar fondo en la boca del río, y echando al agua los botes, se disponía á ir de paz, cuando una multitud de indios, con gestos y alaridos amenazadores, y en guerra mejor armados que cuantos hasta allí habían peleado con nuestras gentes, hubieron de advertirle el peligro que corría de ir á tierra, si con fuerza bastante y bien apercibida no lo practicaba.

Entonces Cortés hizo guarnecer de soldados sus botes hasta que mas no cabían, y en estos, bogando hácia tierra, tuvo que sostener sobre la mar un terrible combate contra infinidad de canoas bien tripuladas de indios guerreros; de suerte que llegó á padecer hartos trabajos hasta conseguir la victoria, merced á los arcabuces, matando

(1) Sobre esto he amontonado algunos datos en el capítulo que trata del origen de los indios.

(2) Cuando la expedición se internó por la costa y hubo de sentar la planta sobre las partes de Villa Rica, varios indios de los mas diestros en la noble arte de la pintura, llevaron á Motezuma lienzos trasladados de nuestras gentes con las armas, trajes y demás atributos, sin olvidarse de las naves y otros buques de la escuadra.

(1) Los autores varían en el número y calidad de las gentes y aprestos que Hernán Cortés llevaba; pero yo, comparando, me he ceñido á lo mas probable, con arreglo á las noticias de aquellos que, como Bernal Díaz, fueron testigos de vista, ó bebieron en mejores fuentes el caudal que derramaron en sus obras.



á varios enemigos, echando á pique gran porcion de sus frágiles buques, y dispersando á todos tras de algunas horas de muy reñido combate.

Aunque la táctica en aquella ocasion desplegada por los indigenas no alcanzaba un grado tal de perfeccion que pudiera hacerse temible á los españoles, ni sus armas eran bastantes á competir siquiera pareadas con las de nuestras gentes, con la mayor cultura, destreza y regular ordenanza que allí se manifestó de la parte enemiga, tambien se mostraron al claro entendimiento de Cortés los mayores peligros que habia de atravesar antes de que mas convenientes progresos le facilitasen una absoluta seguridad para el éxito de su empresa. En efecto, los indios que á la mar se habian lanzado sobre débiles canoas para rechazar la invasion de su territorio, lo hicieron, ante todo, con una decision imponente; y su obstinacion en la pelea acreditó bastante que el amor á la independencia y la conservacion íntegra de su territorio tenian en sus corazones levantada influencia para no ceder, ni siquiera á los estragos, nunca vistos allí, de las armas de fuego.

Las canoas, no como en otros parajes y ocasiones, acometieron á nuestros bajeles confundidas y apoltonadas, sino alineadas cuanto el cauce del rio permitia, y tendidas en buena ordenanza. El aspecto de aquellos feroces combatientes tampoco daba á los nuestros la anticipada seguridad de la victoria con que en otras empresas habian contado; porque vestidos sus cuerpos de pintadas mantas, y defendidos sus pechos y espaldas por algonados arneses, ostentando en sus cabezas levantados penachos de brillante plumaje, blandiendo en sus manos terribles mazas de recios troncos con pedernales incrustados, y arrojando dardos y flechas con una agilidad portentosa, la misma que desplegaron constantes en el manejo de sus canoas y en los abordajes que á veces intentaron sobre nuestros barcos, aunque á mas no se atendiera que á la infinita muchedumbre con que á cada momento se reforzaba de su parte la lucha, hubieran sido causas bastantes para que los ánimos vacilaran y la victoria fuera indecisa.

La que por mar alcanzó la singular armada de los españoles no fué parte para evitar que nuevos gritos y mas feroces alaridos anunciaran á Hernán Cortés que todavía quedaba mucho por hacer antes que pudieran considerarse echados en parte segura los fundamentos de aquella conquista. Quizá porque las tendencias de su política se oponian al rudo choque de las armas, mejor hubiera querido separarse de aquel distrito, para ir á otro cuyos habitantes le recibieran menos belicosos, pues la prudente economia de la sangre era el predilecto cuidado de nuestro héroe, siquiera no fuese mas que en virtud de las instrucciones recibidas en la isla de Cuba, y de la poca gente que llevaba (1). Pero contra su retirada de aquel punto, donde una reciente ventaja podia mejorar la segunda acometida, gritaba la reputacion de nuestras armas, y acaso tambien el éxito definitivo de la empresa. *Si se ha de pelear* (hubo de decir Hernán Cortés), *sea donde ya nos conocen, que el suceso Dios cuidará de que se incline venturoso á nuestra banda. Luego, que bien podemos contar con semejante recibimiento donde quiera que vayamos; y para no escandalizar, bien será seguir la empresa por do la habemos comenzado con una victoria.*

Hecha tan prudente resolucion, al dia siguiente dispuso Cortés el desembarco de su ejército; pero aunque los indios no se arrojaron á las canoas como en el anterior combate, defendieron á palmas su terreno desde las márgenes del rio hasta la próxima ciudad, la cual abandonada totalmente por los indigenas, fué señoreada por nuestras gentes, la primera de cuantas, por su traza y edificios, atestiguaron en el Nuevo Mundo la pasada existencia de mas superiores y cultos habitantes. En efecto, no lejos de allí el investigador espíritu de muy recientes tiempos ha descubierto los restos grandiosos de la maravillosa ciudad de Palenque, cuyas ruinas monumentales han servido de estudio á infinitas corporaciones, abriendo vasto campo á la mas alta filosofía de la historia, para cuando alguna nueva revelacion, salida como esta de las entrañas de la tierra, ponga de manifiesto la verdad de tan portentosos descubrimientos.

El completo silencio que reinaba en torno de la ciudad de Tabasco,

luego que los españoles estuvieron de ella posesionados, hizo sospechar al caudillo que alguna empresa estratégica estaban combinando los naturales para alcanzar la ruina de sus molestos huéspedes: y á fin de despejar en lo posible tan oscura situacion, mandó salir bien aparejado en armas y cuidado varios destacamentos exploradores, los cuales tras de alguna escaramuza volvieron á informarle de como todas las gentes de aquella provincia se hallaban en son de guerra, resueltas á dar batalla decisiva á nuestros soldados hasta conseguir su reembarco ó exterminio.

La gravedad de semejante noticia hizo discurrir á Cortés los mejores medios de afrontar el suceso con éxito venturoso; y por lo que á su prudente consejo, mas que á su esperiencia, debia calculando razonablemente que siempre en los asuntos de la guerra el agresor reúne de su parte toda la influencia moral, que no se puede conseguir sin poderosas ventajas á la defensiva, se determinó á salir al campo con su pequeño ejército, é ir á dar impetuoso sobre las robustas haces de sus infinitos enemigos.

Para mejor disponer en favor de sus armas el resultado de la batalla, ordenó en tres porciones las diversas de que sus fuerzas se componian; pues para que nada faltase á la funcion, hiciera desembarcar la artilleria de sus naves; y dando encargo de esta á un soldado que en Italia la habia servido con aprovechamiento, por nombre Francisco de Mesa, y la infanteria, en once compañías ordenada con sus respectivos capitanes, al mando en jefe de Diego de Ordaz, reservó para si la direccion de la caballeria, teniendo cuidado en el comienzo de la batalla de ir á cojer por retaguardia los escuadrones contrarios.

Terrible fué el empuje de los indios en sus repetidos ataques sobre la linea de los españoles. Ordenada su muchedumbre en cinco imponentes masas de ocho mil hombres cada una, su arrojó apenas cedia ante los terribles estragos que en ella causaban los cañones; antes por el contrario, llegó el caso de que se confundieran en la pelea indigenas y españoles, en tal disposicion que ni las lombardas ni los arcabuces podian tener uso sin manifiesto peligro de los mismos que los manejaban.

Hallándose en tal estado la pelea, fácil es considerar el extremo á que estaban espuestos los españoles, pues al menor desman que en cualquier flanco hubiera por desmayo ó inevitable rotura, aquellas terribles imponentes masas habrian rematado en muy cortos momentos á tan pequeño ejército. Mas de pronto una griteria atronadora y una nube de polvo que ocultaba los rayos del sol, se hicieron sentir por la espalda de los indios, y á través de algunos claros que á la luz daban paso, las relucientes corazas de los caballeros y sus largas espadas, derribando cuanto á su paso se oponia, brillaron como un meteoro de esperanza en las tinieblas de la duda.

Desde este momento varió por completo el aspecto de la batalla: los indios, que creyeron ver un ser compacto é indivisible en cada ginele con su caballo respectivo, no pudieron sufrir ni el ímpetu ni la vista de semejantes monstruos: de suerte que, dándose á la fuga en todas direcciones, facilitaron de nuevo su interrumpido fuego á las lombardas, y á la infanteria dieron lugar para que volviera á hacer uso conveniente de los arcabuces, no quedando mas ociosas de su parte las picas ni las ballestas.

La caballeria, absteniéndose de herir al ver la completa dispersion de tanta muchedumbre, corrió en todas direcciones dando á los peones infinidad de prisioneros, los cuales, mas heridos en la imaginacion que en sus cuerpos, escondian los rostros horrorizados, y como á espíritus sobrenaturales que á su arbitrio manejaban los truenos, relámpagos y rayos de la tempestad, vinieron á rendirse sin mas oposicion á nuestras gentes.

Esta fué, dice el padre Las Casas, la primera predicacion del Evangelio por Cortés en Nueva España: y tan impio sarcasmo, dando pié á los enemigos del nombre español para aumentar los cargos y reeriminaciones con que se afanan por empañar nuestra gloria, fué causa primitiva de cuantos hasta el dia no han cesado de dirigirse á nuestra administracion en el hemisferio de Occidente.

Insensato, el fraile suponía que las mansas doctrinas de la religion podian bastar sin oportunos escarmientos para sembrar las dulzuras del Evangelio entre aquellas naciones ateas ó paganas; y mal curado de su extranjero origen, siempre agresivo á los españoles, condenaba todos nuestros hechos de armas, como si entre las naciones civilizadas no se conocieran ya los oficios de la guerra, ó como si los indios, que siempre fueron agresores en aquellas partes, se entretuvieran en disparar á nuestras gentes flechas de cera derretida (1).

(1) Tenemos á la vista copia autorizada de las tales instrucciones dadas en la ciudad de Santiago á 25 de octubre de 1518, en las que Diego Velázquez prevenia á Hernán Cortés que usara con los indios el mas humano trato, cuidando en especial de su conversion á la iglesia católica por las vias de los halagos y los argumentos del raciocinio, acomodados á su inteligencia por conducto de los intérpretes. Tratabase en las mismas de los cambios y rescates, y envuelto en muy suaves espresiones, algo se traslucía de la obediencia que los indigenas deberian ofrecer á los reyes de España. Pero ni una sola palabra se consignó en aquellas relativa á esclavitud, ni mucho menos se dijo nada que á la crueldad de las armas conviniera: el uso de estas habia de ser una consecuencia legítima de los procedimientos de los indios en el recibimiento y trato que hicieran á los españoles; y esto no pudiera condenarse en buena lógica, mucho menos tratándose de aquella época, porque seria querer cegar los ojos de la inteligencia con las declamaciones de una moderna civilizacion, que nuestros detractores no han sabido respetar de su parte, siquiera en los cultos tiempos que vamos atravesando.

(1) La mal entendida piedad que se concede en lo general al padre Las Casas, pudiera muy bien atribuirse por una critica sana é imparcial á no muy puros antecedentes. En primer lugar, es harto sabido que los ascendientes del citado obispo, pues llegó á serlo de Chiapa, eran franceses; y como durante toda la primera mitad del siglo XVI, por las cuestiones de Nápoles primero, y luego por la corona de Alemania, se entretuvieron nuestras armas en guerra constante con sus compatriotas, bien seria parar la consideracion en este asunto, por si alguna luz nos facilita su constante aversion hasta á los mas moderados de nuestros descubridores. En segundo



¿Ignoraba por ventura que allí donde al tráfico se abrían las puertas á los españoles sin alardes guerreros, callaban siempre los argumentos de las armas; ó pretendía condenar á la perpétua ignorancia de su estado salvaje é irreligioso, el ascético ministro á tantos millares de almas, cuya conversión estaba reclamando el Dios de las misericordias, únicamente invocado por el buen padre para acriminar nuestra conducta?

Hernán Cortés, cuya sábia política y rectos procederes han proclamado todos, hasta los enemigos de su nombre, antes de entrar en formal campaña había requerido de paz á los indios de Tabasco, como en Cozumel hiciera. Sus pacíficas y repetidas intimaciones fueron contestadas con una nube de flechas; de suerte que, siguiendo el principio mas conveniente para no herir la susceptibilidad del padre Las Casas y de sus apologistas continuadores, debiera haberse alejado de aquellas tierras donde la presencia de los españoles era un obstáculo á la continuacion de la idolatría, de los sacrificios humanos y de los mas sangrientos procederes.

No hizo tal el heroico caudillo: retado en campo abierto en una época esencialmente guerrera y religiosa, admitió el desafío; porque otra cosa hubiera sido manchar los blasones de la corona, entonces la mas poderosa que en el mundo ceñía monarca; y ordenando su pequeño ejército de quinientos hombres contra cuarenta mil, es decir, teniendo cada español ochenta indios en su contra, según los datos de aquellos autores que mas rebajan el número de los indígenas combatientes, se arrojó á la empresa mas aventurada que hombre alguno había acometido. La buena combinacion de sus dotes marciales, mejor que el influjo de nuestras armas, pues ya se sabe que muy pocas eran de fuego, puso en sus manos la victoria cuando el éxito era mas dudoso; pero así que el derramamiento de sangre no fué indispensable, dejó de verterla; y cuando la retencion de los prisioneros no pudiera servir mas que como alarde de lujo, tambien dió á todos libertad para dejar de ser conquistador y hacerse su director y su amigo.

(Continuará.)

J. FERRER DE COUTO.

#### SATIRA CONTRA LOS ESTAFADORES.

Pues voy tus cuentas á ajustar despacio,  
Empieza, sin mirar las musarañas,  
Tu exámen de conciencia, Bonifacio;

Porque conozco bien tus malas mañas;  
Estoy de tus ardidés prevenido,  
Y no me has de ofuscar con tus patrañas.

lugar, es necesario que se aprenda por los que no lo saben, y se tenga en cuenta por los que afectan ignorarlo, que al padre Las Casas, hallándose en España antes de que en su mente se desarrollara con tanta violencia su esquisita piedad por el bienestar de los indios, le fueron estraidos y puestos en libertad por una orden de la reina católica que á todos alcanzaba, varios de aquellos infelices que tenía por esclaves á su servicio; y como si no pudiera tolerar mas adelante la práctica de los repartimientos porque á él oportunamente no le había aprovechado, se dió á la declamacion y á la injuria contra los españoles con toda la virulencia que se advierte en sus escritos. A la vista tengo ese libelo que el buen padre tituló *La destruccion de las Indias*, y presentes tambien de su general historia algunos capitulos copiados del original en la Academia de la nuestra; y en verdad que si muy veridicos comprobantes y la sancion de los siglos no afirmaran la procedencia, difícilmente podría convencerme de que el celo de la religion mansísima de un Dios de paz pudiera haber dictado tan sanguinarios argumentos. Los daños y perjuicios y aun muertes injustas que con ellos causó el padre Las Casas, hubo de conocer sin duda para salvacion del alma antes de dar á Dios la suya; de manera que horrorizado de sus propios escritos cuando se iba á despojar de los afectos mundanos, los quiso purificar en el crisol del tiempo, estampando en los dos primeros volúmenes una nota de su puño y letra, por la que hacía depositarios de ellos á los religiosos de la orden de San Gregorio de Valladolid, encargando que no los diesen á la estampa á lo menos sin que hubieran pasado cuarenta años después de su muerte, ni siquiera los permitiesen ver á los colegiales que en el mencionado convento se educaban en las prácticas religiosas. El primer extremo de esta nota lo afirman, con otros eruditos, el padre fray Antonio de Remesal en su *Historia de Chiapa y Guatemala*; el sabio señor D. Martín Fernández de Navarrete en su coleccion de *Viajes y descubrimientos*, etc., tomo I, y mi respetable amigo el señor D. José Amador de los Ríos en su elegante *Discurso sobre la vida y escritos de Gonzalo Fernández de Oviedo*, edicion de la Academia de la Historia. El segundo dato es mas general, puesto que sobre los fundamentos del propio Las Casas lo revelan sus historiadores y lo aceptan, bien que en agradable sentido, sus apologistas hasta nuestros tiempos, suponiendo que el despojo que le hicieron despertó su celo religioso y no sus rencores, lo cual podría pasar si el carácter áspero y ajeno del traje sacerdotal que sus escritos revelan no nos manifestara lo contrario. Por lo que hace á la parte de su arrepentimiento, hablen por mí las notas autógrafas en los dos primeros tomos de la *Historia general de las Indias*, que originales estan en la Academia de la Historia. Por lo demás, de su carácter violento han hecho lenguas hasta sus propios continuadores y afectos. El doctor Robertson en su *Historia de América*, libro V, califica sus opiniones de manifestamente exageradas; el padre Charlevoix, que lo elogia por sus virtudes y erudicion, dice que tenía una imaginacion demasiado exaltada y se dejaba dominar de ella con exceso (libro II, pág. 263), y en general los que no han llevado una siniestra intencion en ensalzarlo, han comprendido iguales ó muy parecidos y aun peores defectos.

Eres un trapalón, siempre lo has sido,  
Llenar quieres la panza á costa ajena;  
Eres lo que llamamos un perdido.

La mas infame accion ha sido buena  
Para tí, si á llenar era bastante...  
De vinos y jamones tu alacena.

Con tal de parecer hombre importante,  
Supliendo alguna vez lo que en tu pecho  
Falta de corazon, con un diamante,

Te han visto tributar culto al cohecho,  
Y sin que el miedo ó el rubor te venza  
Después de tantas farsas como has hecho,

Nuevamente tu ingenio á hacer comienza  
Cosas... dignas de tí, si se repara  
Que son dignas de un hombre sin vergüenza.

Así, por corregirte, ¡empresa rara!  
De tu senda mostrando los escollos,  
Consejos voy á darle cara á cara,

Que no te han de saber por cierto á bollos;  
Mas ya ha llegado, Bonifacio, el día  
De sacudir un tajo á tus embrollos.

Cansado estoy de ver, por vida mía,  
Que mientras un honrado ciudadano  
No queriendo imitar tu villanía,

Teniendo buen deseo y juicio sano,  
Y trabajando el triste día y noche,  
Ganar para vivir pretende en vano;

Haya gente que gaste á troche y moche;  
Gaban ó frac cada domingo estrene;  
Lleve ricas sortijas, ande en coche;

De vino de Jerez la tripa llene,  
Y aturda con dinero á los que saben...  
Que no pueden saber de dónde viene.

Difícil me parece que se acaben  
Estos y otros abusos que no ignoras,  
Mientras haya bribones que se alaben ..

Como tú, Bonifacio, á todas horas  
Te alabas de encontrar sobre la tierra  
Mas oro del que dices que atesoras.

No es luciendo en las artes ó en la guerra,  
Ni rindiendo á las letras homenaje,  
Ni amando la virtud que el orbe encierra,

Como un hombre cual tú saca el bagaje  
Para llegar un día á ese boato  
De que te jactas con ardor salvaje.

Incapaz ni un momento de buen trato;  
Sin mas discernimiento que una trucha  
Ni mas educacion que un ballenato;

Tienes alguna gracia, aunque no mucha,  
Y tienes atractivo, sobre todo,  
Pues dejas sin camisa al que te escucha.

¿No hallaré yo de corregirte modo?  
Si la vil tentacion de tí no alejo,  
Te he de poner Garduña por apodo.

Atiende pues, infame, mi consejo,  
O si quieres seguir trampa adelante  
Mira tu porvenir en este espejo:

Conocía yo un jóven rozagante  
Que paseos y calles frecuentaba  
Con bota de charol y blanco guante:



A todos su riqueza deslumbraba:  
Pues por bien que te encuentres, Bonifacio,  
Nunca has tenido tú lo que él tiraba.

Por un vaso de agraz daba un topacio,  
Disfrutaba en su casa tratamiento,  
Y alojado vivía en un palacio.

Nadie explicar podía este portento,  
Porque nadie el origen conocía  
De jóven tan bizarro y opulento.

¿De dónde su riqueza provenía?  
¿De una ducal herencia?... Se ignoraba.  
¿De alguna profesion?... No se sabía.

Mas sin duda la suerte se cansaba  
De proteger al hombre que imponente  
De uniforme la corte frecuentaba.

Aunque, según afirma mucha gente,  
Hoy el traje de este hombre estrafalario  
Ha cambiado de forma solamente;

Que uniforme es su traje necesario;  
Pero uniforme, para su fastidio,  
Que en vez de palacio es presidario:

Pues harto de aquel fausto, que no envidio,  
Has de saber que el pobre gana el cielo  
Haciendo hoy penitencia... en un presidio.

Para lograr mejor tan santo anhelo  
Pasa el verano sin tomar sorbete,  
Y sin zapatos la estación del hielo.

Siendo un tiempo señor de alto copete  
Gastaba en el reló cadena de oro,  
Y hoy la lleva de hierro en el grillete.

Aquel que antes bramaba como un toro  
Si olvidaban tratarle de Escelencia,  
Consiente ya que le hablen sin decoro.

Para sufrir sus males con paciencia  
Dice que al buen callar le llaman Sancho,  
Pero no acaba aquí su penitencia:

El que antes habitó local tan ancho  
Duerme hoy en un estrecho calabozo,  
Y en lugar de faisanes come rancho.

Diviértese de día haciendo un trozo  
De carretera nueva en las Castillas,  
Sin poder descansar, porque hay un mozo,

Ante el cual se hincan todos de rodillas,  
Que en vez del tratamiento de Escelencia  
Le da con un garrote en las costillas.

¿Quién era el hombre aquel que una sentencia  
Mereció, condenándole iracundo  
El destino á tan dura penitencia?

Voy á decirlo, á ver si te confundo,  
Bonifacio; aquel hombre era el fullero  
Mas parecido á tí que haya en el mundo.

Llegóse á averiguar que era extranjero;  
Que lo mismo al contrario que al amigo  
Sacaba con engaños el dinero,

Hasta que, viendo cerca su castigo,  
Emigró, por no verse avecindado  
En la casa fatal de poco trigo.

Continuó en tierra extraña denodado,  
Pasando, como tú pasas la vida,  
Es decir, á la estafa dedicado.

Hasta que, dando un juez con su guarida,  
Cojió un día infraganti al delincuente,  
Y le impuso la pena merecida.

Creo que he dicho ya lo suficiente:  
Si á atajar, Bonifacio, tu estravío,  
No basta una lección tan elocuente,

Sigue en buen hora tu sendero, impío;  
Pon en juego las fábulas que inventas;  
Gasta en falso papel de tinta un río:

Enreda bien tus cuentos y tus cuentas,  
O al acreedor divierte con la gracia  
De una de tantas quiebras fraudulentas.

Si á descubrirse llega tu falacia,  
Y aquellos que han perdido su dinero  
Te quieren perseguir con eficacia,

Nada el honor te importe, majadero;  
Lo primero es la vida, cruza el Ponto,  
Y roba sin piedad al extranjero.

Cuando uno llegue á conocerte, pronto  
Te dará con la puerta en los hocicos,  
Pero hallarás al cabo mas de un tonto,

(Pues no suelen faltar entre los ricos)  
Que te haga el caldo gordo, alucinado,  
En vez de hacerte la cabeza añicos.

Habla de algun tesoro... imaginado,  
Y sin ver que tus bienes son castillos  
Forjados en la mente de un malvado,

Los hombres inespertos y sencillos  
Te ayudarán á descubrir la estrella  
Que venturosa alumbrá á muchos pillos.

No temas que te aparten de esa huella  
Los que, amantes de zambra y diversiones,  
Gozan contigo de ocasión tan bella.

Mientras haya en tu bolsa dos doblones,  
Borracho bailes, ó salvaje riñas,  
Necios habrá que adulen tus pasiones.

Y no te faltarán las socaliñas  
De algun bribon que aplauda tus maldades  
Por tener una parte en tus rapiñas.

Haz en fin, Bonifacio, atrocidades;  
Mas sufre que la espesa catarata  
Te quite de los ojos; no te enfades.

Como que eres un mulo de reata,  
No podrás mantener siempre el engaño...  
Y tarde ó pronto enseñarás la pata.

Te obligarán á remediar el daño  
Que has hecho con proezas, que no envidio,  
Así en tu patria como en suelo extraño;

Y á fin de disipar ese fastidio  
Que tanta libertad debe causarte,  
Irás á ser esclavo en un presidio.

No vayas, Bonifacio, á figurarte  
Que estando de los tuyos en el foco  
Lucir harás de tu insolencia el arte.

Porque trabajes mucho y duermas poco,  
Te impondrán la sentencia castellana  
Que dice: á burro lerdo, arriero loco.

Quiero decir, que aunque te falte gana  
Para tomar las órdenes de cura,  
Te darán cada día una sotana.



¡Y esta vida, infeliz, tan triste y dura,  
Prolongarse verás por tantos días...  
Que el presidio será tu sepultura!

Pero ¿á qué gasto el tiempo en letanias?  
Tú no crees que el cotarro se alborote,  
Ni realizadas ver mis profecías.

Haz, pues, lo que tú quieras, monigote;  
Prosigue tus infamias olvidando  
Que hay un juez... un grillete... y un garrote,  
Y que te estan de cerca amenazando.

J. M. VILLERGAS.

### ERNESTO FEDERICO AUGUSTO RIETSCHEL,

PROFESOR DE ESCULTURA EN LA ACADEMIA DE ARTES EN DRESDE.

Este excelente discípulo de Rauch nació en Pulsitz, en Sajonia, el año 1804. Su primera educación artística la recibió en las escuelas de dibujo de la Academia de Dresde, desde donde pasó á Berlin con los rudimentos necesarios á fin de continuar sus estudios en el obrador de Rauch, cuya fama llegaba entonces á su punto culminante. No le fué aquí adversa la suerte, pues el maestro, que al primer golpe de vista reconoció en aquel joven entusiasta y despejado una verdadera vocación para el arte, le manifestó un interés extraordinario, no omitiendo



(Relieve de Rietschel.)

medio alguno, ya con sus lecciones ó con su ejemplo, para hacer de él un artista consumado. Así es, que bien podemos decir que la manifestación é incesante preferencia que Rauch dió á nuestro artista sobre todos sus demás discípulos, es un testimonio irrecusable de su gran talento. Cuando el año 1828 se propuso como tema para obtener el premio de la Academia un grupo que representara á Penelope cuando, á pesar de los consejos y oposición de su padre Icario, seguía enamorada del errante Ulises, también Rietschel se presentó entre los concurrentes, y tuvo la satisfacción de que su obra se declarase la más perfecta, aunque como extranjero no se le pudiera adjudicar el premio. En esta misma exposición presentó también un modelo de una estatua de David que mereció igual aprobación. Pero lo más admirable es el singular y rápido desarrollo de este joven artista, que á los 23 años de edad manifestaba ya una independencia y aplomo extraordinarios. En el año de 1829 hizo en compañía de Rauch un viaje á Munich, donde se detuvo algún tiempo, y tres años después, en 1832, fué nombrado profesor de escultura en la Academia de Dresde, adonde se dirigió tanto más contento, cuanto que al fin le era permitido ocupar ahora en su patria una posición digna y correspondiente á su mérito artístico.

Desde esta época empezó el talento de Rietschel á desplegarse con gran riqueza en varias obras del arte, como lo demuestran Dresde, Leipzig y Berlin, donde se admiran multitud de producciones de este artista, entre las que debemos notar la estatua colosal del rey Federico Augusto en el trono en traje de la época, la de San Bonifacio, las de Schiller y Goethe en el teatro de Dresde, los bustos del rey de Sajonia, del duque Juan, de Shakespeare, Mozart, Beethoven y de otras muchas personas célebres, con gran variedad de relieves de gran mérito, de uno de los cuales damos un grabado en este número.

Todas las obras de Rietschel se distinguen por la limpieza de las líneas, la delicadeza de las formas, la claridad y lijereza de los ropajes, y últimamente por el vigor, originalidad y armonía en la composición; de modo que podemos asegurar que Rietschel es uno de los mejores escultores de nuestros tiempos, tanto por lo arriba dicho, cuanto porque ha logrado libertar este arte de la tiranía del clasicismo griego á que por tanto tiempo ha estado sujeto.

Director y propietario D. Angel Fernandez delos Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.





EL PUENTE NUEVO EN PARÍS.

El puente nuevo se extiende desde los muelles de la Escuela y las Tenerías hasta el de los Agustinos, y de estos al de plateros y relojeros, que se hallan en la Cité: fué comenzado por el arquitecto Ducerceau, bajo el reinado de Enrique III, cuyo monarca puso la primera piedra. Pero se suspendieron los trabajos por los alborotos de la Liga, y no se continuaron hasta el tiempo de Enrique IV, que costeó los gastos de su bolsillo particular, encargando la dirección de los trabajos al arquitecto Marchand, y concluyendo el puente el año de 1604. Se compone de dos partes desiguales que se reúnen al extremo occidental de la isla de la Cité, donde vienen á confundirse los dos brazos del Sena. La parte que cae sobre el brazo derecho consta de siete arcos circulares, y la del brazo izquierdo de cinco, siendo su longitud de 540 metros y 26 de latitud. Los arcos son esbeltos y elegantes y sostienen una cornisa esculpida en mármol. Sobre los pretilos que sobresalen semicircularmente se hallan locales para tiendas, y al extremo de la isla, á la parte central del puente de las Artes, la estátua en bronce de Enrique IV, que fué erigida por su viuda María de Médicis. El puente nuevo tenía una bomba ó máquina hidráulica que enviaba el agua al Louvre y á las Tullerías; pero fué destruida en 1815. Este monumento era en otro tiempo el punto de reunión de los embaucadores, saltimbancuís, rateros, mercaderes ambulantes y de toda la polilla del pueblo de París. Sus andenes están aun hoy día ocupados por los esquiladores de perros y por los limpia-botas; pero es de bella ejecución, y sus alrededores han sido hermoseados después de 1830.

## FUNCION NAVAL Y BATALLA DE TABASCO.

(Conclusion.)

Quien semejante conducta tachó de cruel con inaudito sarcasmo, lo fué digno del manto de religioso que vestía, ni del nombre de español que por acaso llevaba; y los publicistas extraños que, dando importancia á las irónicas declamaciones del obispo de Chiapa, siguen las vías de su recriminación, ó son embozados enemigos que á siniestros fines conspiran, ó escritores ignorantes que en un libro nada mas han bebido toda su ciencia (1).

Cuando por la superioridad moral de nuestros soldados y la generosa conducta del capitán que los gobernaba, los principales caudillos enemigos tuvieron rendida la voluntad, tanto como conquistada su

(1) Bien sé yo con cuántas preocupaciones y aun opiniones bien cimentadas ha de chocar cuanto va dicho relativo al padre Las Casas; que al cabo muchos autores han levantado su crédito y equivocada piedad, algunos deslumbrados, los mas por meditada especulación, y no pocos entre los modernos por falta de examen. Los argumentos que, á manera de aviso, aparecen en la precedente relación, han de apoyarse en mas sólidas razones ó irrecusables testimonios sacados en su mayor parte de los propios escritos del padre Las Casas; mas no sin unir á ellos otros comprobantes de autores coetáneos y varias escrituras, á fin de que el discurso entre en la razón imparcial por los ojos del entendimiento. Y como semejante trabajo no ha de tardar en ver la luz pública, formando cuerpo de cierta obra que, con auencia de algunos minis-

5 DE JULIO DE 1855.



fortaleza, enviaron al genio sobrenatural de las armas invasoras ciertos mensajeros vestidos de negro, que era señal de sumisión ó vencimiento. Cortés recibió la embajada, y contestó á su espíritu por conducto de los intérpretes, despidiendo á aquellos con grandes presentes, bien que con cierta dignidad que obligaba, por su especial mandato, á que los mas altos caciques vinieran á su presencia. No tardaron estos en llegar con excelente comitiva á los reales del héroe vencedor; y después de cruzados de una y otra banda los cumplimientos mas extraordinarios, acabaron por manifestar los caciques que deseaban la paz por su culpa desechada, y en prueba de ella se verificaron, con la mayor armonia, públicos cambios y general mercado de toda clase de producciones indígenas.

Para asegurar las amistades allí cimentadas, recibió Hernan Cortés de los caudillos vencidos hasta veinte doncellas, tributo codiciado por moros y gentiles, pero contrario entre las naciones cultas á los vinculos de la naturaleza. Con todo, por lo que la influencia de la mujer suaviza las costumbres de los pueblos mas feroces, aquel presente fué aceptado por el jefe de la expedicion con tan buena fortuna, que una de aquellas, bautizada inmediatamente con el nombre de Doña Marina, fué de mucha parte después para llevar adelante nuestras armas la toma de posesion que verificaron del grande imperio de Méjico.

Así que nada quedó por hacer en las mútuas manifestaciones de sincera amistad, Hernan Cortés, atento siempre al principal objeto de la mision impuesta por la época á los españoles, y ansioso de pasar adelante en sus investigaciones, porque deseaba conocer aquella poderosa nacion de los aztecas de que Grijalva habia hablado, se esmeró, ayudado de los capellanes de la empresa, en alumbrar con los divinos rayos de la religion cristiana los entendimientos ofuscados de aquellos pueblos infelices.

No era la ocasion oportuna para que los indígenas dejaran de vencerse con los argumentos de sus conquistadores; pues si alguna vez la duda ó la supersticion se oponian á la completa estincion del paganismo, nuestro héroe se encargaba de llevar á cabo su cometido, derribando intrépido los ídolos á la espantada vista de sus adoradores. Por este medio trataba de probar á la ruda inteligencia de los tabascanos cuán poco valian divinidades que así permitian su destruccion, sin desatar todas las furias de los elementos que representaban contra sus profanadores; pero si tal prueba se aceptase constantemente como buena, la religion de los católicos, herida igualmente en sus imágenes y en sus mas altos misterios medio siglo después, sobre las márgenes del Rin y en las costas de Holanda, al impulso desolador de los sectarios de Lutero, ¿cuánto detrimento no hubiera padecido, con escándalo de la fé y descrédito visible de sus mas reconocidas verdades?

Por suerte de las piadosas doctrinas, esta vez en Tabasco fué completa la impresion que hubo de causar la indolente conformidad de aquellos ídolos extravagantes: de manera, que viendo Cortés así dispuestos los ánimos para entrar por la senda de la verdadera religion, erigió altares á la Virgen en los propios templos del paganismo, como en nuestras conquistas peninsulares se acostumbraba durante las guerras contra moros: practicó algunas grandes ceremonias, tales como misas cantadas y procesiones, con asistencia de los indios, que arrobados y enternecidos, escuchaban con pasmosa veneracion los cánticos de la Iglesia cristiana; y finalmente, confiado en que sus oficios habian triunfado ya en pro del Evangelio, se despidió de aquella nacion con las mas sentidas protestas de eterna amistad, y vuelto á sus naves, se dispuso para dar la vela con rumbo á las costas que se divisaban mas remotas al Occidente.

Por poco que se dilate la consideracion á vista de los sucesos que quedan referidos, no puede menos de crear en la mente las mas lisonjeras esperanzas para los ulteriores resultados, en virtud de las brillantes prendas con que Hernan Cortés comenzaba á manifestarse en la grande empresa que iba acometiendo.

Sus prudentes manifestaciones á los indios de Tabasco, antes de romper en franca guerra con aquellos por sus tendencias agresivas; la firmeza de su carácter cuando hubo de sustituir á los sentimientos de la generosidad los aprestos del combate; su valor en las ocasiones de la sangrienta pelea, que al cabo no se pudo evitar entre españoles y tabascanos; y sobre todo, su clemencia en la victoria, y sus inmediatos oficios para aprovecharla en pro de los intereses de España, tomando por base la propaganda de la religion, como lazo indisoluble que identifica y atrae unas á otras las naciones mas distantes y opues-

tros de S. M., bien que de propia inspiracion, preparo á la estampa, todavía vuelvo á suplicar que el fallo de mis lectores se suspenda, en tanto que no pueda recaer sobre entero conocimiento de causa. Con todo, aun quiero anticipar aqui para que mi humilde opinion no se encuentre desahuciada en la discusion que se comienza, que ella toma por escudo y defensa su causa propia, las observaciones y pareceres de dos escritores de gran reputacion y aventajadas partes, á saber: el Excmo. señor D. Martin Fernandez de Navarrete, cuya sabiduria han sancionado todas las academias científicas del mundo, y el señor D. José Amador de los Rios, de quien tan justísimo aprecio está haciendo la Real Academia de la Historia.

tas en carácter y costumbres, hubieran en todos tiempos y sin mejores pruebas descubierto al genio donde la administracion gubernativa únicamente habia puesto al hombre.

Hernan Cortés acababa de echar los cimientos al gran pedestal de su gloria; pero tan robustos, que ni el anatema con que hoy amenaza la humanidad á guerreros y conquistadores será capaz de destruirlos, por lo que aquellas circunstancias que en él sobresalian, fueron unidas al gran principio de cultura y universal civilizacion que aquellas partes estaban reclamando, para entrar de lleno en la comunión de la gran familia humana.

J. FERRER DE COUTO.

## EL CASTILLO DE TORRELOBATON. (1)

El elemento municipal fué desde muy antiguo el fundamento y garantía de la nacion española, la base de su libertad política, el baluarte de su independencia. Por eso el feudalismo teutónico echó tan pocas raíces entre nosotros. Y por eso tambien la monarquía tuvo que asirse á tan fuerte áncora de salvacion en la deshecha tormenta de la irrupcion mahometana. Bajo la denominacion de *estado llano* tuvo representacion en las instituciones nacionales; y así en los primitivos concilios de Toledo, como en las Cortes del reino y en los concejos y merindades populares, tomó parte del poder público y ejerció autoridad. Con esa organizacion prestó grandes y continuos servicios al Estado, y fué el escudo indestructible de la nacionalidad. No buscaremos las pruebas de ello en las antiquísimas campañas contra Aníbal y Escipion. Hay páginas mas frescas, recuerdos de menor oscuridad. Cuando perdido todo en las orillas del Guadalete, el pueblo se halló sin rey, sin patria y sin altar, alzóse, cual un gigante mal herido, y clavando el estandarte de Recaredo sobre las breñas de Cantabria y de Sobrarbe, y agrupados los valientes á su sombra, levantan la nueva monarquía sobre el pavés de la victoria. Y ¡qué mas!... el prodigio se ha renovado en nuestros dias. No há mucho que la nacion de Viriato y de Favila se salvó por su solo poder y heroica voluntad. Hubo un tiempo de amargura y pruebas, en que entregada España á sí propia, cautivo el rey, disuelto el gobierno y abandonada de todos, hizo frente al capitan del siglo, le hundi6 en el polvo, y proclamó triunfante desde las columnas de Hércules salud y su libertad. La Europa, ya batida, despertó á su grito, y el vencedor de cien batallas fué lanzado á las soledades del Océano. ¡Ese fué siempre y donde quiera el pueblo español! El sistema interior ofrece mas pruebas. La representacion nacional formada por los *brazos* del reino; la significacion en ella de los procuradores de las ciudades y villas con *voto en Cortes*, los concejos y behetrías, los diputados del comun en los ayuntamientos y cabildos, el justicia de Aragon, los fueros provinciales y locales, los juramentos de Sobrarbe y Santa Gadea, tomados por los súbditos á los monarcas como garantía de honor y de conciencia en favor de la inmunidad del país, son otros tantos monumentos insignes de la índole popular y bien entendida de la cosa pública y de la fuerza del principio nacional. Con otros muchos datos históricos pudiera ampliarse la demostracion. Bastan sin embargo las indicaciones precedentes para justificar la radical y decisiva y constante influencia que el principio latino tuvo en los destinos de la patria.

Llegó al cabo un dia en que hubiera de sufrir el peso de incontrastables circunstancias. Desde que el pendon de Castilla tremoló en la torre de la Vela, y las colinas del Darro repitieron con eco dolorido el último suspiro del infiel, se abrió una nueva época para la nacion vencedora de Almanzor y de Boabdil. Reducida toda la monarquía bajo el cetro de Doña Isabel y D. Fernando, libres ya de los afanes de una guerra secular, y enaltecidos con el triunfo de Granada, pensaron en la organizacion interna de sus reinos. Uno de los pensamientos culminantes de su administracion, el principal acaso, fué la concentracion del poder. Hallaron aquellos monarcas débil el trono y desmembrada la autoridad; efecto natural de una guerra de ochocientos años, en la cual los diversos elementos de aquella sociedad habian adquirido preponderancia y significacion. Pues siendo necesario el concurso de todos en el trance comun, los servicios de cada cual le conquistaron importancia y engrandecimiento. El pueblo, núcleo y nervio de la empresa, adquiria franquicia y fueros en compensacion de sus heroicos sacrificios. Los Ricos-homes alcanzaban señorios y privilegios; el clero riquezas y supremacia en cambio de sus merecimientos. El poder público pues se hallaba despedazado en heterogéneas porciones, que reunidas por un acaso pudieran dictar al trono la ley. No faltaron por ventura monarcas y estadistas que comprendieran tan falsa situacion. Pero la necesidad del brazo de la inteligencia de todas las clases, para derrocar al conquistador sarraceno, hacia contemperar y sufrir tan

(1) Véase el grabado en el número anterior.



grave contingencia. Por otra parte, absorba la imaginación pública en la demanda santa; no quedaba espacio para pensar en otras aspiraciones. Merced á tan honda preocupación, el riesgo ni era inminente ni produjo la menor eventualidad.

Terminada dichosamente aquella lucha gigantesca, las cosas variaron completamente de aspecto. No podía ocultarse á la suspicaz y cautelosa política de Fernando V el cambio de situaciones y las consecuencias para el presente y el porvenir. De aquí nació el pensamiento de concentración del poder, que fué acaso el mas importante de aquel fecundo reinado, y el mas desastroso en resultados por su exageración. Este sistema absorbente y exclusivista se inauguró con la incorporación de los maestrazgos militares á la corona. Golpe fortísimo descargado sobre la potencia teocrático-feudal, que hirió lo mas íntimo y robusto de su organización. Los sucesores de aquellos reyes adoptaron la base de su gobernanación, pero llevándola á los últimos términos de abuso y demasia. Así una idea, que en su origen y límites racionales pudo ser de alta conveniencia, se convirtió en arma de opresión y ruina, cuyos postreros estragos no hemos acabado de borrar aun con la sangre y las lágrimas de cuatro generaciones. Caminando siempre por la senda de la omnipotencia real, Carlos I privó de sus libertades á Castilla, Felipe II acabó con la soberanía de Aragón, y Felipe de Anjou puso el dogal á la altiva Cataluña. Y las Cortes del reino fueron abolidas de hecho: y esa institución sagrada que España poseyó antes que ningún pueblo de Europa, cayó en olvido; y los estamentos nacionales perdieron su representación, vieron menospreciado su voto, y sofocada su voz. El monstruo del despotismo con sus cien bocas iba devorando sucesivamente las formas tutelares del municipio, y al fin el rey pudo decir como el afortunado francés: *el Estado soy yo*. ¡Ya se ve! el plan era vastísimo y complicado. Necesitaba mucho tiempo y muchas contingencias para su desarrollo y éxito. No se derroca en un día el edificio de los siglos. Ni un hombre puede contratar el curso de la humanidad. Por eso la dinastía austríaca marchó paso á paso en la inmensa operación, con la tenacidad y astucia que distinguieron á aquella raza de hipócritas y tiranos. El cardenal Cisneros fué quien quitó la máscara y arrojó el guante del despotismo á los pueblos castellanos, cuando desde el balcón histórico de la casa prelaclal dijo á la irritada muchedumbre mostrando los cañones del Tudesco: *con estos poderes gobernaré á España durante la ausencia de S. M.* Esta frase tristemente célebre fué la sentencia de la fuerza contra la razón, del hecho contra el derecho. ¡Qué lección!... Hay además motivos para sospechar que se provocaban intencionalmente las insurrecciones populares por los corruptores del poder para tomar pretexto de oprimir y esclavizar. ¡Política impía que ha juzgado la posteridad con el estigma de todos los hombres de bien!

Entre los trágicos episodios que produjo el sistema desaforado de la concentración de autoridad, entre las páginas sangrientas que dejó tras de sí aquella táctica odiosa y desleal, LA GUERRA DE LAS COMUNIDADES forma un recuerdo inmarcesible para los alentados hijos de Castilla. Provocados por un poder antinacional y atentatorio, alzaron la bandera sin mácula, y al estallido de la indignación cívica, y al animado eco del popular rebato, abrieron palenque en defensa de la mas santa de las causas, clamando en son de guerra: *Santiago y libertad!* Cada aldea, cada rincón de esta leal tierra ofrece una memoria venerable de aquella gloriosa cuanto infortunada demanda. Los Campos Góticos conservan sobre sí las huellas enrojecidas y profundas de los días sin ventura. Los lugares abrasados, las fortalezas deruidas, las campiñas despobladas por la ominosa dominación de los flamencos y sus espúrios satélites, son un padron de anatema contra los fautores de tanto mal. Pero tambien hay en ese mapa sangriento vestigios de victoria y de perenne luz. TORRELOBATON es una corona de triunfo para el valor inclito de la Comunidad. El nombre inmortal de PADILLA se halla inscripto con caracteres eternos por la mano de la guerra sobre esos arrogantes torreones, y su colosal sombra llena el ámbito de esos muros, teatro de su aliento y de su fortuna. Aquí ciñó el lauro vencedor. Pero como Anibal en Cápua, el sueño de la dicha fué ocasión de su ruina y malandanza.

Encastillados los imperiales en la murada villa y su torreado baluarte, esperaron la llegada del intrépido caudillo, con justificada confianza y ánimo sereno. Decidido por su parte Padilla á establecer su cuartel general en Toro y en Zamora, como puntos mas estratégicos después de la pérdida de Tordesillas, venían desde Zaratan por los páramos de Torozos, con un cuerpo de fuertes y denodadas tropas de todas armas. Encontróse en su ruta con la plaza enemiga que le presentaba un obstáculo y un peligro; pues si no la arrollaba de frente, quedaba á su retaguardia, cortándole la comunicación con su base de operaciones, que era Valladolid, y pudiéndole ocasionar otras importantes contingencias en el caso fatal de una retirada. El honor de las armas, además, no quedaba bien puesto, y exigía la humillación del enemigo. Decidió pues el brioso jefe no pasar adelante sin debelar aquel importante real. Puso cerco sobre él, estableciéndose en el ar-

bal y montando sus baterías en las colinas inmediatas. Catorce días duró el asedio, á contar desde el 21 de febrero hasta el 6 de marzo siguiente, en el año 1522 en que se rindió á discreción la fortaleza. Este hecho de armas, notable por mas de un concepto, cubrió de gloria á los comuneros, y de espanto y oprobio á los realistas. En vano querían salvar á los sitiados. La bizarria del sitiador desbarató á lanzadas los socorros exteriores. El conde de Haro, que vino al efecto desde Tordesillas con un cuerpo de mil lanzas, no sacó de su empresa mas que vergüenza y estrago; teniendo que volver la espalda á los arcabuces y ginetes de Padilla, que á su sabor asendeban á las gentes del malandante capitán general. Tambien las guarniciones de Simancas y Portillo quisieron hacer un alarde contra Padilla; pero tal era el miedo de que los mercenarios imperiales estaban poseídos, que ni aun se atrevieron á presentarse ante el campo, al ver que sus corredores tornaban rotos y desbandados á tajos y mandobles. Pero no solo esto. Los sitiadores recibían á cuerpo descubierto los disparos de la tropa encastillada, que ascendía á varios centenares de soldados y hombres de armas. Y al fin entraron la villa por asalto, con bandera alzada á escala vista y á la luz del sol, sin que nada pudiera contrariar su ardimiento y su osadía. ¡Qué contraste de noble valor y militar esfuerzo con el bárbaro y cobarde vandalismo de los incendiarios de Medina del Campo y con las inicuas crueldades del feroz Ronquillo!... Tampoco le fué mejor al Condestable, que marchando desde Burgos á recuperar la villa, dió en manos de Juan de Mendoza, con las gentes de Becerril y de Palencia, que le atajaron el paso, haciéndole volver pié atrás con baldon y descalabro.

¡Y sin embargo, la toma de TORRELOBATON, que debió ser el fallo de victoria para los comuneros, fué la ocasión de su caída y desventura!... Si en lugar de permanecer Padilla en la plaza perdiendo un tiempo precioso, se arroja sobre Tordesillas con sus diez mil peones y un millar de ginetes, á mas de los refuerzos aprestados por Toro y Zamora, y se apodera de aquel importante cuartel, y revolviendo sobre Medina de Rioseco con algunos tercios, arranca á los imperiales este único punto de salvación, hubiera quedado por dueño de toda Castilla, y hecho invencible la insurrección. Pero mientras se entretenía en su victorioso cuartel, los realistas negociaban una tregua con el solo objeto de reponerse y ganar tiempo. La junta tuvo la ciega generosidad de otorgársela. Siempre los buenos son víctimas de su corazón. Tregua cobardemente pedida y villanamente rota por los titulados caballeros, cuando vieron conseguido su siniestro y desleal fin. Padilla conoció, tarde ya, su error y funesta confianza. Y cuando quiso remediar el daño, no era tiempo. El Condestable habia logrado ganar la tierra de campos y entrar en la real del almirante con respetables fuerzas. Moviése para Tordesillas, cayó sobre Peñafiel amagando la retaguardia de los comuneros, mientras los capitanes aposentados en aquella villa ponían en jaque el frente, y otras fuerzas bordeaban el flanco izquierdo. No le quedó á Padilla mas recurso que levantar el campo de Torrelobaton, y corriéndose por el flanco derecho, tomar la vuelta de Toro para guarecerse en la bien reparada ciudad, y por el escalon de Zamora darse la mano con Galicia y ponerse en contacto con Portugal, proporcionando á la campaña una base amplia y segura. ¡Así cambiaron su situación dos meses mal perdidos! Lanzóse en pos de los comuneros el ejército real en tres cuerpos; y picándoles la retirada, dió sobre ellos en los campos de Villalar. ¡Allí sucumbió la causa de los pueblos! ¡Loor á los mártires de la libertad!!! Padilla pudo decir al opresor en aquella inmortal tragedia con un poeta español:

*El triunfo es vuestro, mas la gloria es mía.*

En esas áridas llanuras se inmolaron el valor, el patriotismo y la santidad del derecho; en ese triste campo se alzó el cadalso del caudillo y sus inclitos hermanos:

Gloria de las ciudades castellanas  
Que alzaron por sus leyes soberanas  
Nuestro pendon morado  
En las antiguas torres segovianas,  
Y en los sombríos muros  
Que baña el Turenas con cristales puros,  
Al grito dado en la Imperial Toledo  
Por los nietos de Wamba y Recaredo!... (1)

TORRELOBATON guarda recuerdos de aquellos lúgubres días. Es una página de piedra que lee absorba la posteridad. Aun refieren las gentes sencillas algunas tradicionales consejas que pasan misteriosamente conservadas de generación en generación. ¡Poéticas fantasías del vulgo, que nacen de la impresionabilidad de su sentimiento en tan

(1) Recuerdos de Villalar.—El autor.



grandes catástrofes! Aparte de estas imaginaciones, esta fortaleza fué en suma donde se resolvió la suerte de Castilla, y es un monumento de histórica y terrible celebridad.

Su posición y condiciones militares lo daban también inmensa importancia. Y sin más que verle, se comprende su formidable castamentación en aquella guerra primitiva de brazo á brazo, en que para nada entraban los modernos agentes de espugnación. Situado el castillo á la estremidad septentrional de la villa y sobre cierta prominencia, su planta hace un cuadrado de cuatrocientos piés de perímetro, cerrado por soberbias murallas de mampostería concertadas y fortalecidas en los ángulos con imponentes defensas. Fuertes por sus dimensiones, que alcanzan cuarenta y dos hiladas de altura con doce piés de espesor, están coronadas de cauces y parapetos que se levantan sobre el terraplen y tienen ladroneras para ballestería y otros proyectiles de mano. Descuellan sobre los muros en tres de los esquinzos arrogantes cubos salientes, con sesenta y cuatro hiladas de elevación y ochenta piés de circunferencia en la plataforma, guarnecida como el murallaje de modillones y antepechos. En el ángulo restante al S. se eleva la torre colosal del homenaje, cuadrangular en su forma, con ciento cincuenta piés de alzado, cincuenta de diámetro en el glacis (que dan un cuadrado de doscientos cúbicos) y quince de codal en sus paredes. Cifien su cúspide líneas de canes y barandas del sistema

general, y vuelan sobre el todo de la potente mole ocho baluartes circulares de diez hiladas de altura, veintiocho piés de círculo los angulares, y diez y seis los restantes del centro, rematados todos con un coronamiento elegantísimo de modillones y almenas cerradas que resguardan sus altísimas plataformas. Súbese á esta formidable altura por una hermosa escalera de anillo en sillería; y desde allí se domina el melancólico valle que se extiende á su pié, sembrado de aldeas y guarnecido de blanquíssimos collados.

El sistema militar del castillo consta de dos recintos dobles. Constituye el primero el cuadrilátero amurallado y retrincherado con los baluartes angulares, precedido de ancho foso, ya inútil y ciego. Tiene su entrada al lado de la torre de banderas por un arco de menor punto, tras del cual caía el férreo rastrillo, defendido por troneras verticales, abiertas entre los canes, y da ingreso á la plaza de armas, donde se hallaban los cuarteles para la guarnición, vivienda del alcaide y demás piezas de servicio, dejando en el centro un espacioso patio. Desde aquí se sube á los andenes de las murallas por escaleras de cuarenta y seis peldaños, abiertos en el centro de los cubos, á cuyas plataformas se arriba desde allí por otra de veinticinco escalones, con objeto de desalojar el atrio de los enemigos que hubiesen ganado el rastrillo. En el fondo de cada bastión, á su parte superior, y cubierto con la bóveda de la plataforma, hay un cuerpo de guardia capaz para una docena



(Cellorigo.—Pag. 215.)

de mesnaderos. Perdido enteramente el primer órden de la fortificación, podían sus defensores guarecerse en el segundo, que es la torre de vijía, por cierta puertecita que da sobre los terraplenes, y á la cual desde ellos se pasaba por un puente volante. Dividida en tres pisos perfectamente abovedados con cascarones hemisféricos de sillarejo, guarnecidos de aristas, era casi imposible de tomar á viva fuerza. Porque la escalera espiral, que da subida al terrado por una línea de ciento cuarenta y tres banzos, es tan estrecha y oscura, que no permite dos hombres de frente; y debiera estar cortada con multitud de portones, según los arcos del trayecto. Y aun apoderados los sitiadores de ellas, todavía los defensores últimos, cerrados en los ocho baluartes del glacis, que tienen ámbito para un número no despreciable de combatientes, podían arrojar al enemigo de aquel postrer asilo, é impedir la rendición absoluta y á merced del vencedor. La mina ó falsa puerta del castillo salía desde una galería subterránea, fabricada bajo la cortina del Norte, y destinada á hospital ó almacén (con otras que debía haber en comunicación con esta, según lo indica un silo ó boca de cueva existente bajo el baluarte occidental), desembocaba sobre los fosos, y hubo de estar defendida por un cuerpo de obra avanzado, conforme demuestran los arranques allí permanentes. Para nivelar el asiento de la fortaleza construyóse en su ángulo Norte una robustísima barbacana de enormes pedruscos, que servía al propio tiempo de con-

tra-escarpa á la honda cava que en torno ceñía sus estensos fuertes.

Este castillo es muy notable, no solo por su elegancia, amplitud y construcción, que le hacían inespugnable al arma blanca, sino también por estar perfectamente conservado, y sobre todo, por su celebridad histórica y militar. Se ignora su fundación; pero por la forma de la obra y sistema castramentario, es indudablemente del siglo XII. Las ojivas rudas y poco esbeltas de su subterráneo, y el poco uso que se hizo de la elipse germánica en su fábrica, donde domina el antiguo hemisférico lombardo, hacen creer que se empezó á construir recién introducido el gusto gótico, y que aun dominaban las tradiciones de la decadencia latina. Las troneras abiertas en los parapetos son para el uso de la ballesta y armas arrojadas. Así es que no tiene almenas abiertas, ni aspilleraje para mosquetería, ni tiros menores. En los torreoncillos del homenaje resaltan los blasones de la casa señorial de los almirantes, á quien perteneció la fortaleza, pero que fueron incrustados en la fábrica muchos años después de su origen.

Allí se ven las armas de León y de Castilla, las barras aragonesas, y otros timbres que formaban cuarteles en el escudo del poderoso señorío. El nombre de la fortaleza y de la villa procede de sus armas, constituidas por un castillo roquero, á cuyas puertas hay dos lobos encadenados á la cerradura.

El tiempo ha respetado este monumento venerable. Los hombres



no osan poner la mano sobre él. Le defiende el recuerdo de los héroes que entonaron bajo sus sombrías bóvedas el último canto por la libertad y por la gloria de Castilla.

V. GARCIA ESCOBAR.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

### III

DESDE PUERTA DE MOROS Á PUERTA CERRADA.

La muralla antigua, después de abrir la entrada meridional de la villa en *Puerta de Moros*, continuaba luego en dirección al Norte por entre lo que después fué y es todavía calle de la *Cava baja* y la del *Almendo*, hasta salir por detrás de la embocadura de la del *Nuncio* al sitio que hoy conserva el nombre de *Puerta Cerrada*, en el que se ve hoy colocada la Cruz de Piedra, sin duda en conmemoración de haber sido este el límite de Madrid por aquel lado, y el punto mismo

que ocupó la antigua puerta. Esta *Cava de San Francisco* y la de *San Miguel* que la continúa, han conservado aun, bajo la forma de calles, su nombre de origen morisco, y no eran otra cosa que el foso que venía corriendo al pie de la muralla desde los barrancos que rodeaban al Alcázar y los del *Pozacho* en la calle de *Segovia*, la *Alcantarilla* de las *Vistillas* (que dió su nombre primitivo á la calle hoy llamada de *Don Pedro*), y las *Cavas* ya dichas de *San Francisco* y *San Miguel*, y luego continuaba por la hondonada que después fué calle de los *Tintes* y de la *Escalinata*, hasta los Caños del Peral y puerta de *Balnadu*.—Delante de todas estas puertas muradas, y especialmente de la que ahora nos ocupa, habia sus puentes levadizos para salvar el foso.

La entrada de Madrid por este lado (según el maestro Juan Lopez de Hoyos, que la conoció, pues no fué derribada hasta 1569) era angosta y recta al principio, haciendo luego dos revueltas, de suerte que ni los que salían podían ver á los que entraban, ni estos á los de afuera. Llamáronla en lo antiguo la *Puerta de la Culebra*, por tener esculpida encima de ella aquella célebre culebra ó *dragon* que á tantos comentarios ha dado lugar sobre su origen, atribuyéndolo algunos de los analistas madrileños nada menos que á los griegos, fundadores, según ellos, de la villa, á quien dejaron como blason este emblema



(Casas de Lasso de Castilla, contiguas á San Andrés.)

que solian llevar en sus banderas. Así lo afirma con la mayor seriedad el mismo honrado madrileño maestro Lopez de Hoyos, en cuya casa de los Estudios de la Villa (de que ya anteriormente hicimos mencion) se conservó, al derribo de la puerta, la piedra en que estaba esculpida dicha culebra, que copió después en su obra del *Recibimiento de Doña Ana de Austria*, y aun hoy (respetando la tradicion) se mira pintada en el techo de la sala del archivo del ayuntamiento. Después del de la *Culebra*, el nombre principal con que fue designada esta puerta, era el de *Puerta Cerrada*, por haberlo estado largo tiempo para evitar las fechorias de la gente facinerosa, que según Quintana «escondianse allí y robaban y capeaban á los que entraban y salían por ella, sucediendo muchas desgracias con ocasion de un peligroso paso que habia á la salida de ella en una puentecilla para pasar la cava, que era muy honda;» pero poblándose después el arrabal hácia lo que es hoy calles de Toledo y de Atocha, hubo necesidad de volver á abrir la puerta para la mas fácil comunicacion, hasta que como ya queda dicho fué demolida en 1569.

Emprendiendo ahora nuestro paseo por el interior del trozo com-

(1) Véanse los números anteriores.

prendido entre ambas puertas, de Moros y Cerrada, hasta la calle del Sacramento inclusive, estamparemos los datos y noticias que aun se conservan y hayamos podido allegar relativos á esta parte de la poblacion, empezando por decir que para fijar el rumbo que llevaba el lienzo de muralla entre las casas de la *Cava baja* y calle del *Almendo*, hemos tenido en estos últimos años dos tan positivos, como es haber visto al descubierto uno de los cubos antiguos de dicha muralla, con motivo del derribo y reconstruccion de la casa número 28 de la primera, y posteriormente otro mas allá en el número 31, última casa de la segunda. Además, notoriamente está sostenido en el murallo antiguo el vetusto edificio llamado *posada de la Villa* ó del *Dragon* que da á una de las rinconadas de la inconcebible calle del *Almendo*, cuyas tortuosidades culebrinas debian desaparecer en gran parte, rompiendo fácilmente salida á la *Cava Baja* por la parte mas estrecha de la irregularísima manzana 150, una de las mas estensas de Madrid.

Todavía continuaban en este distrito las muchas propiedades de la ilustre familia de los Vargas, de quien y de las de Lujan, Mendoza, Lasso, Sandóval y demás conexonadas con ella, llegó á ser casi todo aquel caserio, además de las propiedades rurales del término de Madrid, y la misma Casa de Campo que compró Felipe II á sus herede-

Observen la contradicción en que incurrían estos mismos caudillos analistas, y que que antes dijeron que la muralla delo griego no existía mas que de un estrecho recinto que terminaba en el Arco de San Andrés. Desde pretenden haberse hallado la misma muralla que nadie vio, y después aseguran

Ayuntamiento de Madrid



ros.—En dicha calle del *Almendo*, y bajo su número 6 moderno, está la casa propia de los marqueses de Villa-nueva de la Sagra, que en lo antiguo fué casa de labor, perteneciente á Juan de Vargas, rico hacendado madrileño del siglo XI, cuyas propiedades contiguas labraba San Isidro, y en ella se ve convertida en capilla una estancia baja, donde según tradición acostumbraba encerrar el ganado de la labranza. La casa que hace esquina y vuelve á la calle del Nuncio, hoy palacio y tribunal de la *Nunciatura apostólica*, perteneció también á la familia de Vargas, y por casamiento de una señora de esta familia (Doña Inés de Vargas Carvajal y Trejo, bisnieta del licenciado Francisco de Vargas) con el célebre ministro D. Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias, llegaron ambas á ser propiedades de aquel desdichado valido.—En la manzana inmediata, entre dichas calles del Almendo y del Nuncio y la antigua de la Parra, hoy *Costanilla de San Pedro*, dando frente á la puerta de la antiquísima parroquia de esta advocación, se ve otra casa principal de sólida construcción y regular forma, conocida por la casa de *Santisteban*, y apoyada por uno de sus costados en el pretil á que da su nombre. Este importante edificio, que lleva uno de los títulos del célebre condestable D. Alvaro de Luna, y de su hijo D. Juan, nacido en Madrid en 1453, y hoy posee el señor duque de Medinaceli y de *Santisteban*, debe también tener su historia, que no nos ha sido posible averiguar. Anteriormente tuvo, según dice Quintana, una torre muy grande que hoy no existe.

La parroquia de San Pedro, matriz de aquella feligresía, cuya fundación en este sitio se atribuye al rey D. Alfonso XI á principios del siglo XIV, debió de estar anteriormente, al decir de los autores, algo más arriba en dirección de Puerta Cerrada, y en efecto, en algunos documentos se habla de *San Pedro el Viejo* para distinguirlo sin duda de la posterior. El templo es pequeño, pobre y mezquino en su forma y decoración, y ofrece muy pocos objetos de curiosidad, si no es su misma sencillez, y antigüedad en que sin duda alguna lleva ventaja á los demás existentes en Madrid, pues las otras parroquias y casas antiguas, ó desaparecieron ya, ó han sido renovadas en su mayor parte. Hay también algunos enterramientos notables de varios individuos de la familia madrileña de los Lujanes en su capilla propia al lado del evangelio. Esta iglesia forma independientemente la manzana 152. La contigua 153, entre la calle llamada Sin Puertas y la alta de Segovia, la forma también absolutamente la casa que hoy pertenece al marqués de Javalquinto, príncipe de Anglona, y anteriormente fué de los condes de Benavente y también de las familias de Vargas y Sandoval; considerable edificio, notable también por el jardín que tiene contiguo, fundado sobre fuertes murallones entre la plazuela de la Paja y la calle de Segovia y resultando por el desnivel del terreno á la altura del piso principal por esta.

Atravesando dicha calle de Segovia, y enfrente del pequeño distrito que acabamos de recorrer, hay entre la plazoleta de la Cruz Verde á la de Puerta Cerrada otro pequeño laberinto de callejuelas y placetas, del Rollo, del Conde, de San Javier, del Cordon y Costanilla de San Justo (antes de *Tentetieso* con alusión sin duda á su rápido desnivel), las cuales, siguiendo el caprichoso rumbo de las manzanas de casas, y ascendiendo con trabajoso pavimento convertido tal cual vez en escalones, van á ganar la altura en que está fundada la calle del Sacramento, que corre desde la plazuela de los Consejos á la de Puerta Cerrada.

Esta calle, la primera y tal vez única del Madrid antiguo que iba por terreno llano en una regular extensión, debió estar formada en sus principios por un caserío insignificante ó de escasa importancia, que desapareció sin dejar rastro alguno de su existencia para dar lugar á otras construcciones más importantes hechas en los siglos XVI y XVII con destino á casas principales de algunas familias de la nobleza matritense, y de ellas quedan aun en pie las de los *Coellas*, después de los marqueses de San Juan, que hoy posee el señor marqués de Bélgica) con frentes á Puerta Cerrada, de Segovia y del Sacramento. La de Alfaro, manzana 178, número 1 al frente de la Plazuela del Cordon con los costados á la calle del mismo nombre y á la costanilla de San Justo. La que habita el señor marqués de Revillagigedo, esquina á la misma plazoleta, y alguna otra. Descuella sobre todas ellas por su importancia material é histórica la construida á principios del siglo XVI por el cardenal fray Francisco Ximénez de Cisneros, arzobispo de Toledo y regente que fué del reino, que está situada á la acera derecha de dicha calle y entre las del Cordon (antes de los Azotados) con vuelta á la plazuela de la Villa, formando independiente la manzana 180.—A la predilección y cariño que siempre tuvo y se plació en demostrar á la villa de Madrid aquel grande hombre de estado, debió esta, no solo el distinguido honor de servirle de residencia casi todo el tiempo que tuvo á su cargo la gobernación del reino, dándole cierto carácter de corte que después adoptó el emperador y de que la revistió por último su hijo Felipe II, sino que quiso vincular en ella su casa y familia, fundando aquel suntuoso palacio y amayorazgán-

dolo en cabeza de su sobrino D. Benito de Cisneros, hijo de su hermano D. Juan, cuyos sucesores, enlazados después con las familias de Guzman y Ladrón de Guevara, pasaron á esta la propiedad de dichos mayorazgos, que hoy representa el señor marqués de Montealegre, conde de Oñate, aunque en el siglo pasado compró á censo esta casa la Real Hacienda para colocar en ella el Supremo Consejo de la Guerra. Vendida después por el Estado, es hoy propiedad particular. La circunstancia de tener un largo balcon corrido por toda su fachada á la calle del Sacramento, ha dado origen sin duda á la creencia vulgar de ser aquel en que el cardenal regente hizo asomar á los grandes para enseñarles la artillería; pero esta asercion no tiene fundamento alguno, pues ni dicho balcon daba vista al campo, y si á la parte mas central y poblada entonces de la villa, ni acaso existia todavía aquel palacio, ni en fin, aunque existiese, se aposentó en él el regente del reino, y si, como ya dijimos, en el de D. Pedro Lasso de Castilla contiguo á la parroquia de San Andrés, adonde es de presumir que tuvo lugar aquella heroica escena. La casa de Cisneros es muy ciertamente célebre por haber servido de prisión al famoso secretario de Felipe II Antonio Perez, quien con auxilio de su esposa Doña Juana Coello y Bozmediano logró escaparse de ella en la noche del miércoles santo 18 de marzo de 1590, logrando sublevar en su favor al reino de Aragón y ocasionando la famosa guerra que acabó con los fueros de aquel reino. Este desdichado ministro no sufrió sin embargo toda su larga prision de mas de once años en aquella casa, sino que anteriormente estuvo detenido en la de su propia habitación, que era la contigua llamada de *Cordon*, propiedad de la familia *Arias Dávila*, condes de Puñonrostro la misma que ha sido demolida en el año anterior por su estado ruinoso, y que en su tiempo era suntuosa. De ella también intentó escaparse, descolgándose al efecto por la tribuna que daba á la iglesia inmediata de San Justo, de donde fué estraido en el acto por la justicia y conducido á la fortaleza de Turégano, hasta que mas adelante le trajeron á la casa de Cisneros, donde sufrió la tortura y estuvo punto de espirar, hasta que le salvó su heroica muger como queda dicho. En esta casa de Cisneros vivió también en el siglo XVII el cardenal arzobispo de Toledo, Rojas y Sandoval, que fué su propietario, y en el XVIII el último duque de Arcos y el célebre jurisconsulto y gobernador del consejo D. Pedro Rodríguez de Campomanes, conde de Campomanes.

La iglesia parroquial de *San Justo*, situada en la misma calle (á la que se incorporó la de San Miguel demolida en los principios de este siglo) es de antiquísima fundación, pero el templo actual es moderno, fué construido sobre el mismo sitio que ocupaba el antiguo en el pasado siglo y á espensas del infante D. Luis, siendo lástima que la estrechez de la calle en que está situado quite la vista á su elegante fachada convexa con dos torres laterales y de una considerable elevación.

El otro templo que engrandece esta calle á su arranque por la plazuela de los Consejos, es el del convento de las monjas del Sacramento fundado en los principios del siglo XVII por la piedad y grandeza de duque de Uceda D. Cristóbal Gomez Sandoval, el mismo que construyó el suntuoso palacio de los Consejos, si bien el templo actual es moderno, de mediados del siglo anterior, y de buena forma y proporciones. También pertenecen al mismo convento y formaron parte de la donación del duque de Uceda las casas contiguas llamadas del Sacramento, hasta la esquina de la calle del Rollo.—Por último, el palacio arzobispal, sito en la misma calle á su salida á Puerta Cerrada, es un edificio también moderno construido en el siglo pasado durante los arzobispados de los señores infante D. Luis y Lorenzana, que no ofrece por lo tanto mas recuerdos históricos que los de haber espirado en él los últimos arzobispos cardenales Borbon *Arguano*.

Se ve por lo dicho que la espresada calle está compuesta exclusivamente de templos, palacios y casas principales de la nobleza madrileña, y que ha llegado hasta nosotros con su aspecto severo y sus pretensiones heráldicas, sin que ni una sola tienda de comercio, simbolo de la animación y movimiento de la moderna villa, haya llegado todavía á interrumpir aquel grave continente de sus fachadas austeras y monótonas. Su inmediación á la casa de los Consejos y tribunales supremos, su apartamiento del bullicio mercantil y cortesano, y la escasez y clásica distribución de aquellos vetustos casarones, les hicieron muy propios para albergar después de la nobleza del siglo XVII, á la alta magistratura del siguiente y del actual, y muchos nombres célebres en aquella y señalados en los fastos nacionales figuraron en la calle del Sacramento, como los de los Macanaces, Tovares, Jovellanos, y otros muchos, hasta los últimos gobernadores de Castilla, Vilela y Puig Samper.

R. de M. R.

(1) No insertamos el grabado de esta celebre casa, por haberla hecho ya el MA'ARIO (Véase el año 1854).



## CELLORIGO.

La antigüedad de la villa de *Cellorigo* es remotísima, y las monedas, los fragmentos de barro saguntino y otros objetos de bronce y cobre que se suelen encontrar en sus inmediaciones al remover la tierra para las labores agrícolas, atestiguan que por lo menos ya existía en tiempo de los romanos; y así debió de suceder, porque su posición es singular é inespugnable, pareciendo que la naturaleza se ha complacido en presentar un fenómeno digno de ser estudiado y admirado por todos.

Nosotros creemos con otros que *Cellorigo* se halla en uno de los puntos mas elevados de Castilla, y lo positivo es que desde cualquiera de sus calles y casas se descubre un horizonte de muchas leguas, inclusa toda la Rioja, las montañas de Santander, la costa de Cantabria, la renombrada sierra de San Lorenzo y otras de la provincia de Burgos.

El aspecto de la villa es muy pintoresco, y vista de lejos parece suspendida de las nubes, contribuyendo á hermosearla los erizados peñascos que la sirven como de escudo, y que á la par se figura uno que van á desgajarse al menor impulso y á arrollarla y destruirla por completo.

Como no hay caminos ni puede haberlos, sino sendas y muy malas, y se tarda bastante en subir á la cima del gran peñasco aislado, llamado *Mata-asnos*, donde se halla edificada la población, los vecinos de esta viven sin trato ni relaciones con casi todos, gozan de una paz envidiable, pasan para ellos desapercibidos los acontecimientos que conmueven la Europa y aun el mundo entero, y se conceptúan felicísimos el año que sus medianas tierras les dan el trigo suficiente para alimentarse hasta la otra cosecha.

El famoso castillo de *Cellorigo* abatió por dos veces á fines del siglo IX el orgullo y el inmenso poder de los reyes de Córdoba cuando aspiraban á la conquista de la Europa. Oigamos al monge Albelda en la era 920, año 882, reinando D. Alonso III: dice «que Almudar, enviado por su padre Mahomat, rey de Córdoba, con ochenta mil hombres, mandados por Abualit, después de haber combatido las fortalezas de Zaragoza y Tudela, sin rendirlas, poseídas por los Zimaelles, hijos de Muza, enemigos del rey de Córdoba, talando el ejército cordobés todo el país, llegó reforzado con Ababdella, anteriormente amigo nuestro, á los términos de nuestro reino de Asturias; primeramente acometió al castillo de *Cellorigo*, defendido por Vela Gimenez, conde de Alava; pero fué rechazado con pérdida de mucha gente: de allí pasó con su ejército al extremo de Castilla á combatir el castillo de Pontecurbo, hoy Pancorbo, que atacó por tres días; pero solamente consiguió perder mucha gente al filo de los vengadores aceros: era conde de Castilla Diego, hijo de Rodrigo. En la era siguiente de 921, año 883, hizo la misma expedición, sigue el Albeldense; corrió desde Zaragoza talando los campos y saqueando cuanto encontraba, pero sin poder rendir castillo alguno: volvió á combatir el castillo de *Cellorigo*, defendido por el conde de Alava, Vela, viéndose obligado á renunciar su empresa con no corta pérdida, sucediéndole lo mismo con el castillo de Pontecurbo, defendido por su conde Diego.»

Del referido castillo de *Cellorigo*, que estaba situado sobre una de las puntas de los peñascos escarpadísimos que se ven á la derecha del grabado que ofrecemos á nuestros lectores, apenas queda rastro, como tuvimos ocasión de cerciorarnos por nosotros mismos, asociados de otros dos amigos, el día siete de noviembre último, en cuya tarde, á fuerza de un trabajo impropio, logramos, aunque con esposición inmensa, trepar hasta la cima de aquellos.

A la manera que el castillo de Pancorbo defendía la entrada por la hoz de su nombre, el de *Cellorigo*, distante dos leguas, verificaba lo propio con respecto á la garganta de Foncea y á la hoz de la Morquera, quedando así preservados los países de Alava y Castilla, que después se llamó Vieja, de las correrías y talas que hacían frecuentemente los ejércitos en las tierras de sus contrarios; y así se ve que en la relación del Albeldense, Pancorbo era el extremo de Castilla, y *Cellorigo* de los condes de Alava, cuya villa hace bastantes años se ha considerado Castilla.

Posteriormente á tan grandes acontecimientos tenemos noticias de aquella. En el voto del conde Fernán Gonzalez, en el fuero de Miranda de Ebro de últimos del siglo XI, y en el de Cerezo del XII se nombra á *Cellorigo*.

También se menciona á esta villa en la petición que los embajadores del rey de Navarra D. Sancho el VII, llamado el Sabio, presentaron ante el rey de Inglaterra Enrique II contra el de Castilla D. Alonso VIII en la cuaresma del año 1177, á consecuencia del compromiso hecho en agosto de 1176; advirtiéndole que el citado rey de Navarra pretendía que el de Castilla le entregase Nájera, Grañón, Pancorbo, Belforado, Cerezo, Monasterio, *Cellorigo*, Bilibio, Méntrida, Veguera, Clavijo, Berbio y Lanteron.

*Cellorigo* es hoy una pequeña villa que se compone de unas sesenta medianas casas, distribuidas en varias calles, y una pequeña plazuela, pendientes todas por lo que hemos dicho arriba, y que pertenece á la provincia de Logroño y al partido judicial de Haro, de cuyo primer punto dista diez leguas, tres del segundo y dos cortas de Miranda de Ebro. Tiene una antiquísima iglesia dedicada á San Millán; pero de ningún mérito artístico, y menos desde que con un malhadado revoque de cal que acaban de darla interiormente, han desaparecido algunas pinturas, adornos é inscripciones.

La situación elevada de esta villa ha hecho que se la denomine vulgarmente, pero con propiedad suma, el Púlpito de la Rioja.

REMIGIO SALOMON.

## ANGELO.

En fines de 1852 me dirigí á una de las ciudades de Italia con motivo de ciertos asuntos de familia: mi cicerone me condujo á una de las fondas que en ella habia entonces, la que por lo módico del hospedaje se hallaba mas en consonancia con mi bolsillo y fortuna. El aposento que me destinaron era una pequeña sala cuadrada, con dos reducidas alcobas; me dijeron que una de ellas se hallaba ocupada ya por otro viajero, que habia salido á dar un paseo por la campiña, y que seríamos compañeros de mesa. Como no pensaba poner en ejercicio mis piernas hasta el día siguiente, me limpié el polvo del camino, arreglé un poco mi traje y cabellera, y abriendo una de las persianas del balcón procuré indagar la clase de vecinas que tenia. Cansado de no columbrar ninguna, me puse á mirar los cuadros de mi habitación, que representaban escenas de la vida del Tasso y del Petrarca. Oí pasos cercanos y supuse que seria mi compañero de aposento. En efecto, un segundo después se abrieron las puertas de la sala, dando paso á un caballero como de cuarenta años de edad.

Era de una estatura regular, bellas facciones, color pálido, de cabellos negros y rizados, aunque salpicados de algunas canas, ojos negros, pero velados con una sombra de tristeza, que se hallaba en perfecta consonancia con la dulce y melancólica sonrisa que contraía sus labios; vestía un sencillo traje negro, y su voz era lenta y armoniosa.

Después de los saludos de costumbre, hablamos largo rato sobre la belleza del clima de Italia, sobre su historia, sus monumentos, los genios que produjo en todos los ramos del saber humano, y yo, como aficionado al bello sexo, hablé de las hermosuras italianas, y le pregunté si existía alguna de ellas en las casas inmediatas.—Me dijo que no habia observado nada; que como enfermo que se hallaba no se habia detenido en casa ni en la ciudad mas que lo necesario á ciertos negocios que tenia pendientes, y que la mayor parte del tiempo lo pasaba visitando y recorriendo la campiña. Era su acento tan dulce, se habia mostrado en la conversacion tan profundamente instruido en historia y literatura, y especialmente en la pintura y escultura, que al punto le creí ó algun literato ansioso de conocer países y costumbres, ó algun artista de mérito, ávido de contemplar las obras de los Rafaeles y Miguel-Angelos.

Cenamos; y luego, confesándose cansado de su escursión del día, me deseó buena noche y se retiró á su alcoba. Poco después hice yo lo mismo, y mientras me desnudaba formé mil conjeturas sobre mi misterioso compañero.

Al día siguiente cuando me levanté se hallaba ya bastante adelantado el día; mi viajero habia salido muy temprano. Hice sobre él varias preguntas á los criados, y saqué en consecuencia que todos sabían de él tanto como yo.—Hacia tres días que habia llegado; salía por la mañana después del desayuno, y volvía á la hora de comer, volvía á salir, y regresaba al toque de oraciones.

Fui yo entonces á evacuar mis asuntos; hice algunas visitas á las principales maravillas de la ciudad, volví á la hora de mediodía, y hallé ya á mi melancólico compañero. La misma finura, el mismo aire triste, y la misma erudición en cualquier asunto sobre que la conversacion girase. Volvió á salir él, yo hice lo mismo, y finalmente por espacio de cinco días seguimos el mismo método de misterio.

Habia terminado ya mis asuntos, y me propuse detenerme algunos días mas para recorrer las pintorescas inmediaciones de la ciudad, gustar de los vinos esquisitos que los campesinos recojen, y dare un' ocheíta á sus bellas vagazzas.

Recorría una tarde las orillas de uno de los rios que forman los Apeninos, gozaba en contemplar sus limpidas aguas y en respirar el perfume que exhalaban los naranjos silvestres y las higueras chumbas de que se hallaban sembradas sus riberas, cuando de repente un agudo y lejano grito, y luego dos ayes como demandando socorro, hirieron mis oídos: me encaminé apresuradamente al punto de donde me parecia provenian, y veo con espanto una persona que la corriente del rio procuraba arrastrar, y con la que la infeliz luchaba en vano. Me desuando rápidamente, me arrojé al agua, y logro con dificultad atraerla



á las orillas. ¿Cuál no fué mi asombro al reconocer en la persona á quien habia salvado á mi compañero de fonda? Me vesti, limpié y enjugué su rostro; procuré hacerle volver en sí, pero en vano. Entonces le cogí en mis brazos y lo llevé á la casa de un pescador que se hallaba inmediata. Este pobre anciano, sin muger y sin familia, me ayudó á desnudarlo y acostarlo en su pobre, aunque aseado lecho.

Con el calor al momento recobró el sentido, abrió sus ojos, dirigió sus miradas sobre el pescador y sobre mí, que nos hallábamos contemplándole silenciosamente, y conocí que procuraba indagar el sitio en que se hallaba: observé tambien que no me habia reconocido. Nos dió á entender que desearia un médico, y habiendo yo rogado al viejo barquero lo fuese á buscar á la ciudad, quedé á solas con él; observé sus fuertes pulsaciones, toqué su frente enardecida, y noté su respiracion fatigosa, sintomas todos que me convencieron de que una fuerte fiebre comenzaba á desarrollarse en mi pobre compañero.

Trascurrieron algunos minutos en silencio: el enfermo, que no separaba sus ojos de mi rostro, dió al fin muestras de reconocermé y de notar la ansiedad con que yo le miraba. Me alargó su mano, que yo me apresuré á estrechar entre las mías, y me pareció que una lágrima se habia asomado á sus ojos medio cerrados. El fuego de la calentura desató en aquel instante su lengua, y comenzó á hablar, á repetir palabras inconexas y sin sentido, pronunciando los nombres de Eleonora y Beatrice con un tono triste y lastimero.

Media hora habia trascurrido de esta manera, cuando entró en la casa el barquero, jadeante, seguido á poco tiempo del médico. Este observó al enfermo, recetó algunos calmantes, alguna estraccion de sangre, y me dijo que no podria trasportársele á la ciudad sin grave peligro de su vida, por lo cual seria conveniente dejarlo allí y mandar á ella por lo que se necesitase. El buen pescador se ofreció á ir á avisar á nuestra fonda para que nos trajesen ropas y alimentos, pues yo no pensaba separarme de su lado hasta que se hallase algo restablecido.

Os diré, para acortar la narracion, que al cabo de once dias la fiebre, que habia llegado al punto mas fuerte de escitacion, comenzó á calmarse conocidamente. El médico permitió á mi compañero tomar algunos alimentos, y luego fué desapareciendo poco á poco la calentura. Yo no me habia separado de su lado. Pasaba el tiempo que mi viajero dormia, leyendo ó contemplando desde la ventana de la pobre casa el aspecto de los campos y las bandadas de aves que venian á posarse sobre las ramas de los árboles inmediatos. El enfermo habia abandonado ya conmigo, en vista de mi solicitud por su vida, aquel aire de recojimiento que en él habia observado: por su conversacion llegué á conocer que su corazon se hallaba herido por dolores profundos.

En fin, una noche en la que el médico al marcharse nos dijo que el enfermo podria ya levantarse un poco al dia siguiente, prolongamos mas de lo regular nuestra conversacion, y escitado por mí me contó la historia de su vida en los mismos términos en que os la voy á referir.

Yo me llamo Ángelo; nací en esta ciudad; soy el fruto de un amor desgraciado; mi madre, que murió cuando yo tenia apenas siete años, me recomendó al morir á una hermana suya casada en una de las ciudades de Alemania con un viejo abogado: aun se me figura sentir sobre mis mejillas los besos que en ellas imprimió mi madre moribunda; aun se me figura sentir sobre mi cuello sus brazos estrechados en convulsivo lazo; aun se me figura ver brillar sobre su rostro descarnado las lágrimas que la muerte vino pronto á helar con su soplo, y que la infeliz vertia por nuestra pronta separacion y el abandono en que me dejaba sumido.

Mi tia era una muger pequeña, gruesa, cotho de treinta años de edad, genio adusto y regañón, severa en el castigo, y que cuando acostumbrado á este me mostraba invencible, empleaba alternativamente las injurias, las lágrimas y sollozos para obligarme á seguir el camino que deseaba. Su marido, hombre ya de unos setenta años, no dejaba de mirarme con algun cariño, pero muy distante, como yo pronto conocí, del que tenia á sus tres pequeños hijos.

(Continuará.)

AURELIANO VALDÉS.

### A DIANA.

#### LOS OJOS DE CIERVA HERIDA.

Oye, amante ruiseñor,  
que el viento sutil escalas,  
deten un poco tus alas:  
no tengas miedo al amor.  
Vuela y dí de flor en flor  
que hieren ya corazones,  
no sus temibles arpones,

sino del bien de mi vida  
los ojos de cierva herida.

En un bello rosicler  
baña los campos y dora  
desde el oriente la aurora,  
mensajera del placer.  
Las flores á agradecer  
empiezan á la mañana  
la luz que les rinde ufana,  
y á los campos venturosos;  
pero rayos mas hermosos  
me rinde el amor tambien  
en los ojos de mi bien,  
que para bien de mi vida  
son ojos de cierva herida.

Perlas el alba gentil  
derrama en las blandas flores  
cuyos pintados colores  
son gala y pompa de abril.  
Risueña el aura sutil,  
del verde campo alegría,  
las perlas que el alba envia  
bebe en jazmines y rosas;  
pero perlas mas preciosas  
me rinde el amor tambien  
en los ojos de mi bien,  
que para bien de mi vida  
son ojos de cierva herida.

Celos al campo darán  
y á las mas pintadas flores  
mis venturosos amores  
que al mismo amor celos dan;  
y de celos morirán  
las aves, pompa del viento.  
Cesen ya vuestro contento  
y vuestros cantos suaves,  
ligeras y hermosas aves.  
Perdió el campo su beldad,  
vosotras la libertad,  
su aroma la flor temprana,  
sus albores la mañana,  
y su curso el manso rio;  
que esclavos de mi albedrio  
son del dueño de mi vida  
los ojos de cierva herida.

Canta, hermoso ruiseñor,  
mis dichas de flor en flor,  
no de las aves y flores  
la envidia de mis amores.  
Nada me importa ese llanto  
sino mi gloria y mi encanto;  
que son del bien de mi vida  
los ojos de cierva herida.

Cádiz, abril de 1845.

ADOLFO DE CASTRO.

### SONETO.

Yo ví en medio del mar tempestuoso  
Que una roca terrible se elevaba,  
Y un náufrago infeliz, que reluchaba  
Por evitar la muerte congajoso:

Vile en continuo afán tender ansioso  
Sus manos al peñon que ya tocaba;  
Pero que este de sí lo rechazaba  
Lanzándole en el piélago espumoso.

¡Lloras? ¿Te compadeces, Laura bella?...  
Que salga una palabra de tu boca  
Y su desgracia evitarás con ella.

Porque es el mar cruel mi pasión loca  
Que en tu insensible corazon se estrella;  
Yo el náufrago infeliz, y tú la roca.

ANÓNIMO.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra,  
Jacometrezo 26.





PAISAJE INDIO.

El suelo de la India, con sus numerosos accidentes y su desigualdad ofrece casi todas las variedades de las producciones terrestres. Se cojen dos cosechas generalmente; pero la principal es la de arroz, que es el pan de los indios, y de la que se cuentan hasta veinticinco especies. Los demás artículos harinosos peculiares al país son el moung, el murrhus, cuyos granos son parecidos á los de la mostaza, el tanna, grano que produce mucho y que crece casi sin cultivo; el toll, que produce un alimento muy sabroso y favorito de los marinos; katchil, negro por el lado exterior pero interiormente blanco, que reemplaza á nuestra patata; el monghponly, la batata en fin que comunmente pesa muchas libras.

Respecto á flores, el suelo indio produce la coleccion mas rica y mas variada del globo. Entre las mas notables sobresalen las rosas de Delhi y de Gazipour, de la cual se estrae el attar ó acucia, célebre por haberla trasmitido hasta nosotros las poesias de los orientales.

Entre las plantas útiles á la industria deben mencionarse el añil, el tabaco, el cáñamo, el lino, la zarzaparrilla, el algodón, el betel, el ópio y muchas especies tintoriales. Las provincias de Gates y de Aond producen pimienta en abundancia.

La India contiene bosques de mambúes y palmeras de toda clase. Entre los árboles frutales es preciso distinguir la higuera ó árbol de los Banianos, llamado todavía árbol de Boudha ó higuera de las pagodas, el cual es sagrado en la India, y cada establecimiento religioso, templo ó chandería tiene ordinariamente su árbol de banianos. Las hojas de este árbol son elípticas, tersas y lustrosas. Su fruto, insipido y grueso como una avellana, carece de pedúnculo. Teofrasto, Estrabon y Plinio han hecho mencion de este árbol, que es conocido bajo distintos títulos.

En los numerosos bosques que cubren las montañas se encuentran árboles desconocidos en nuestras latitudes, y algunos de una altura tan

elevada, que un arquero del país no puede alcanzar la copa con su flecha.

La India encierra infinitas riquezas y preciosidades, y los atrevidos viajeros jamás se cansan de admirar tanta belleza.

La lámina que encabeza este artículo representa una choza india, en cuyas inmediaciones se ve una vejetación fértil, variada y llena de vida y de hermosura.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

### RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

#### IV

#### DESDE PUERTA CERRADA Á PUERTA DE GUADALAJARA.

El trozo comprendido entre dicha calle del Sacramento y la anti-gua de la Almudena ó sea Mayor hasta las Platerías y Puerta de Guadalajara, aunque limitado en espacio, es sumamente interesante bajo el aspecto histórico. Verdaderamente ampliacion del Madrid primitivo, siempre en la inclinacion al Oriente como las posteriores ya efectua-das, y probablemente como las que tendrán lugar después, el trozo de calle Real de la Almudena, que partia desde la iglesia, ó mas bien desde el arco del mismo nombre de que antes hicimos mencion, era desde un principio por su situacion central, su piso llano y su direc-cion la principal arteria de comunicacion entre los barrios mas apartados de la villa, creciendo aun mas y más en importancia á medida que estendiéndose considerablemente el caserio por ambos lados Norte y Sur, fué preciso prolongar aquella, primero hasta la puerta del Sol, y después hasta la de Alcalá.

(1) Véanse los números anteriores.

10 DE JULIO DE 1853.



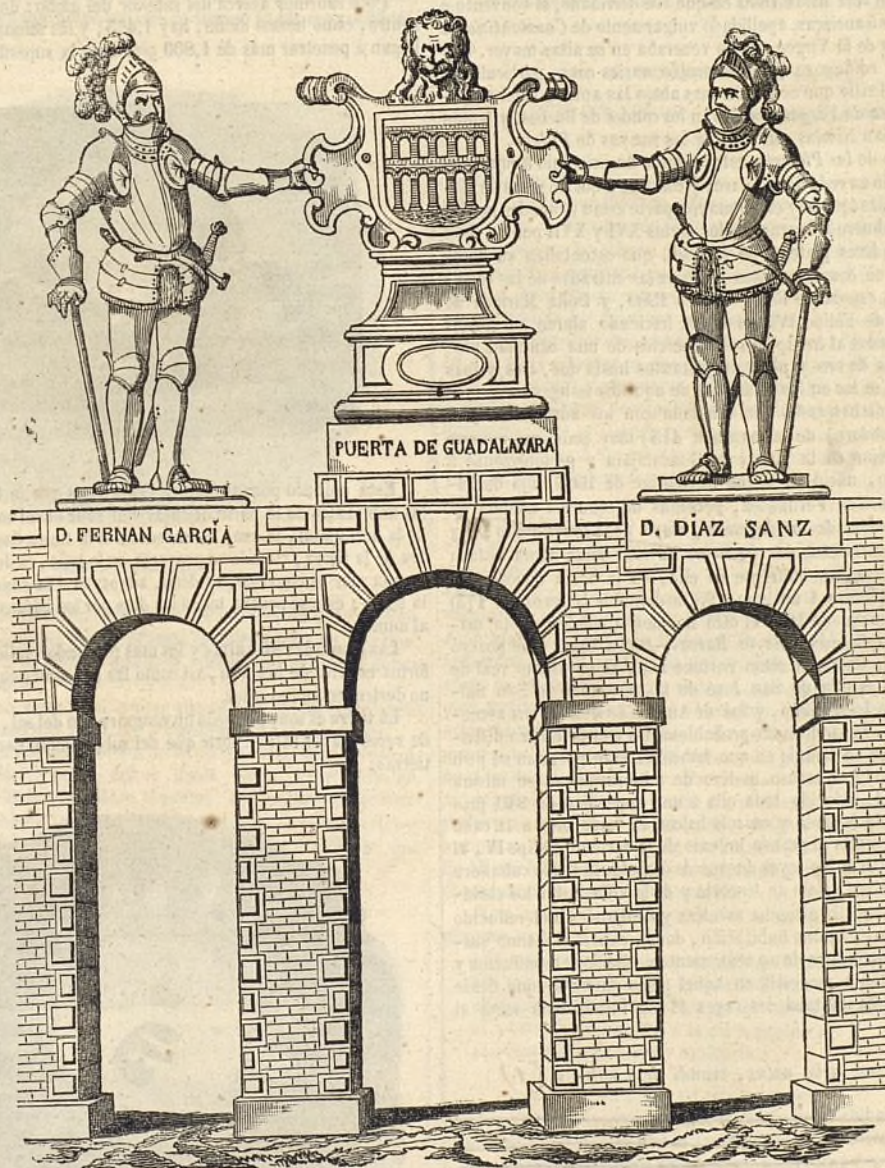




sionero en la batalla de Pavia por el soldado Juan de Urbieto. —Aun se conserva, aunque muy deteriorado, el torreón en que <sup>según la tradición</sup> ~~rociada~~ <sup>fué</sup> custodiado dicho monarca el poco tiempo que permaneció en ella hasta ser trasladado al Alcázar, y la puerta lateral en forma de arco apuntado que da entrada á dicho torreón y fué tapiada, según se dice desde entonces con este motivo. —En medio de la plazuela se alzaba hasta hace pocos años una fuente pública de la estravagante construcción que estuvo en moda á principios del siglo pasado, y ha sido demolida en estos últimos años, debiendo sin embargo á nuestro entender ser sustituida por un monumento público, y ninguno mas

oportuno que la estatua del triunfador de Pavia, que estuvo colocada anteriormente en el Retiro y en la plazuela de Santa Ana, y en la actualidad (aunque de bronce y revestida con pesadas armaduras), se halla á cubierto de la intemperie en la galería de escultura del Real Museo.

Dando frente y hasta nombre á esta plazuela, se alzaba también en la calle Mayor, hasta 1842 en que fué derribada por ruinosa, la antiquísima iglesia parroquial de San Salvador, una de las primitivas de Madrid, y notable en su historia por mas de un concepto, pues consta que el ayuntamiento de Madrid, respetuoso observador de una anti-



(Puerta de Guadalajara, según Colmenares.)

gua costumbre, celebraba sus reuniones en la pequeña sala capitular, situada encima del pórtico de la iglesia, como se ve en todos los documentos del siglo XVI y anteriores, y hasta se afirma que en la lonja formada delante de la iglesia se reunían anteriormente dicho concejo y aun las antiguas cortes del reino. La torre de la misma iglesia, apellidada la *atalaya de la villa*, era bastante elevada, y así ella como las campanas y el relój, pertenecían á Madrid. En las bóvedas de esta parroquia estuvieron enterrados el gran poeta D. Pedro Calderón de la Barca, trasladado al derribo de dicha iglesia en 1840 al cementerio de San Nicolás, estramuros de la puerta de Atocha; el célebre magistrado conde de Campomanes; el duque de Arcos, D. Antonio Ponce de León, y otras personas notables; hoy la ha sustituido una casa particular, así como á las antiguas solares de la ilustre familia madrileña del apellido de Gato (que estaban contiguas á dicha torre

de San Salvador), familia rica en sujetos notables por su travesura su valor, con alusión á los cuales quieren algunos hallar el origen del proverbio de llamar á los madrileños despiertos los *fatos de Madrid*.

El trozo de calle Mayor comprendido desde la plazuela de los Consejos, ó sea donde estuvo el Arco de Santa María, hasta la plazuela de la Villa, conserva aun vulgar y hasta oficialmente el título de *calle Real de la Almudena*, así como el siguiente desde dicha plazuela hasta la puerta de Guadalajara, ha sido designado hasta el día con el nombre de *las Platerías*. —En el primero de dichos trozos apenas se encuentra edificio alguno que merezca parir la atención por su antigüedad ó grandeza, á escepción del ya citado *Casas Consistoriales*, cuya fachada septentrional, que da á dicho trozo de calle Mayor, está adornada con un elegante balcón de columnas, obra del siglo pasado, bajo los planes del célebre arquitecto D. Juan Villanueva. —La inmediata que

los al  
pro  
mient  
D. Pedro  
Calderón  
de la Barca  
en 1840  
al cementerio  
de San Nicolás  
estr  
amuros de la  
puerta de Atocha  
el célebre  
magistrado  
conde de  
Campomanes  
el duque de  
Arcos, D.  
Antonio  
Ponce de  
León, y  
otras  
personas  
notables  
hoy la ha  
sustituido  
una casa  
particular  
así como  
á las  
antiguas  
solares de  
la ilustre  
familia  
madrileña  
del apellido  
de Gato  
(que  
estaban  
contiguas  
á dicha  
torre

la plaza  
que de esta  
parroquia  
estuvieron  
enterrados  
el gran poeta  
D. Pedro  
Calderón de  
la Barca,  
trasladado  
al derribo  
de dicha  
iglesia en  
1840 al  
cementerio  
de San  
Nicolás,  
estr  
amuros  
de la  
puerta  
de Atocha  
el célebre  
magistrado  
conde de  
Campomanes  
el duque  
de Arcos,  
D. Antonio  
Ponce de  
León, y  
otras  
personas  
notables  
hoy la ha  
sustituido  
una casa  
particular  
así como  
á las  
antiguas  
solares de  
la ilustre  
familia  
madrileña  
del apellido  
de Gato  
(que  
estaban  
contiguas  
á dicha  
torre

la plaza  
que de esta  
parroquia  
estuvieron  
enterrados  
el gran poeta  
D. Pedro  
Calderón de  
la Barca,  
trasladado  
al derribo  
de dicha  
iglesia en  
1840 al  
cementerio  
de San  
Nicolás,  
estr  
amuros  
de la  
puerta  
de Atocha  
el célebre  
magistrado  
conde de  
Campomanes  
el duque  
de Arcos,  
D. Antonio  
Ponce de  
León, y  
otras  
personas  
notables  
hoy la ha  
sustituido  
una casa  
particular  
así como  
á las  
antiguas  
solares de  
la ilustre  
familia  
madrileña  
del apellido  
de Gato  
(que  
estaban  
contiguas  
á dicha  
torre

la plaza  
que de esta  
parroquia  
estuvieron  
enterrados  
el gran poeta  
D. Pedro  
Calderón de  
la Barca,  
trasladado  
al derribo  
de dicha  
iglesia en  
1840 al  
cementerio  
de San  
Nicolás,  
estr  
amuros  
de la  
puerta  
de Atocha  
el célebre  
magistrado  
conde de  
Campomanes  
el duque  
de Arcos,  
D. Antonio  
Ponce de  
León, y  
otras  
personas  
notables  
hoy la ha  
sustituido  
una casa  
particular  
así como  
á las  
antiguas  
solares de  
la ilustre  
familia  
madrileña  
del apellido  
de Gato  
(que  
estaban  
contiguas  
á dicha  
torre

15

Ala

la plaza  
que de esta  
parroquia  
estuvieron  
enterrados  
el gran poeta  
D. Pedro  
Calderón de  
la Barca,  
trasladado  
al derribo  
de dicha  
iglesia en  
1840 al  
cementerio  
de San  
Nicolás,  
estr  
amuros  
de la  
puerta  
de Atocha  
el célebre  
magistrado  
conde de  
Campomanes  
el duque  
de Arcos,  
D. Antonio  
Ponce de  
León, y  
otras  
personas  
notables  
hoy la ha  
sustituido  
una casa  
particular  
así como  
á las  
antiguas  
solares de  
la ilustre  
familia  
madrileña  
del apellido  
de Gato  
(que  
estaban  
contiguas  
á dicha  
torre



forma independiente la manzana 184, y perteneció hasta el año último a los marqueses de Camarasa, hasta que la ha adquirido el Estado para colocar en ella el Gobierno político de la provincia, es de buena forma, con dos torrecillas laterales; fué antes de los marqueses de Cañete.—La que da frente al balcón grande de la del ayuntamiento y hace esquina á la calle de Luzon (antes de San Salvador) y á la nueva de Calderon de la Barca, es acaso la mas antigua de toda la calle Mayor; perteneció á la familia de Acuña, y después á los duques de Alburquerque y del Parque. En ella vivió á mediados del siglo XVII el virey de Sicilia que llevó el primero de aquellos títulos, y en la misma falleció su ayudante ó capitán de armas el distinguido poeta cómico D. Agustín de Salazar y Torres.—Contiguo á esta casa, y formando parte de la misma manzana, se veía hasta 1840 en que fué derribado, el convento é iglesia de monjas franciscas, apellidado vulgarmente de *Constantinopla* por una imagen de la Virgen que se veneraba en su altar mayor. Hoy en vez de aquel edificio se han construido varias casas particulares, así como sobre el sitio que ocuparon mas abajo las antiguas del mayorazgo de *Ramírez de Vargas* que llevan los condes de Bornos, y tenían su entrada por San Nicolás, se ven hoy las nuevas de *Pulgar*.

El otro trozo de las *Platerías* estuvo desde un principio formado de casas de comercio en reducidos solares y con tres ó cuatro pisos de elevación. Las tiendas (que hoy en su mayor parte están ocupadas por las escribanías de número), lo eran en los siglos XVI y XVII por los ricos artifices y mercaderes plateros de Madrid, que ostentaban su floreciente comercio en ocasiones tales como en las entradas de las reinas Doña Margarita, esposa de Felipe III, en 1599, y Doña Mariana de Austria, esposa de Felipe IV, en 1649; haciendo alarde en sendos aparadores colocados al frente de sus comercios de una cantidad prodigiosa de alhajas de oro y plata importantes hasta dos, tres y mas millones, segun se lee en las relaciones de aquellos festejos.

En una de dichas casas (la señalada con los números 7 y 8 antiguos y 82 moderno de la manzana 415) muy próxima, aunque á la puerta exterior de la puerta de Guadalajara y perteneciente á Gerónimo de Soto, nació en 25 de noviembre de 1563, hijo de Félix Vega y Francisca Fernandez, personas de conocida nobleza en esta villa, el *Fénix de los ingenios*, *Lope de Vega Carpio*. Por una coincidencia singular (que no ha sido hasta ahora notada por nadie), en otra casi enfrente de ella, en la acera opuesta (la señalada con el número 4 antiguo y 93 moderno de la manzana 175) murió en 25 de mayo de 1681 el otro no menos célebre poeta madrileño D. Pedro Calderon de la Barca.—Dicha casa, que poseyó en vida el mismo Calderon como perteneciente al patronato real de legos que en la capilla de San José de la parroquia de San Salvador fundó Doña Inés Riaño, y fué de Andrés de Henao, sus ascendientes maternos, existe todavía probablemente con la misma distribución interior que en tiempo en que habitó el gran poeta en su piso principal, ofreciendo no escaso motivo de admiración en su misma modesta exigüidad, reducida toda ella á una superficie de 849 pies con 17 y medio de fachada y un solo balcón en cada piso á la calle Mayor; y al contemplar al grande ingenio de la corte de Felipe IV, al octogenario capellan de los reyes nuevos de Toledo, al noble caballero del hábito de Santiago, idolo de la corte y de la villa, subir los elevados peldaños de aquella estrecha escalera y cobijarse en el reducido espacio de aquella mezquina habitación, donde exhaló el último suspiro, no puede prescindirse de un sentimiento profundo de admiración y de respeto hácia tanta modestia en aquel genio inmortal que desde tan humilde morada lanzaba los rayos de su inteligencia sobre el mundo civilizado.

«Mantua urbe natus, mundi orbe notus.» (1)

Esta casa, vendida á principios de este siglo cuando otras muchas pertenecientes á memorias y patronatos, es hoy de propiedad particular.—La casa en que nació Lope de Vega un siglo antes, es mas moderna y está reunida con otros dos sitios que pertenecieron á Juan Lopez Cortés, Felipe Montes y á los herederos de Gerónimo de Soto, con acceso al callejón sin salida de la Costanilla de Santiago, formando un conjunto de 3540 pies superficiales; fué después de las memorias que fundó D. Pedro Ortiz Salazar, y vendida tambien en los primeros años de este siglo, es hoy de propiedad particular.—Sobre ambas casas llamamos por primera vez la atención del público y del Ayuntamiento de Madrid, atreviéndonos á indicar para ellas un recuerdo por el estilo del que tuvimos la fortuna de proponer y ver adoptado por el ilustre monarca D. Fernando VII en 1835, para la casa donde murió Miguel de Cervantes en la calle que hoy lleva su nombre.

R. DE MESONERO ROMANOS.

## GEOGRAFIA UNIVERSAL.

### Introducción.

La tierra en que vivimos es un globo de 9,000 leguas de circunferencia, resultando de 2,865 leguas su diámetro, y de 1,453 su radio.

Las tres cuartas partes de superficie están cubiertas de agua, quedando en seco únicamente la cuarta parte restante. Pero el agua y la tierra están pobladas por millones de criaturas vivientes.

Poco sabemos acerca del interior del globo: desde la superficie al centro, como hemos dicho, hay 1,453; y las minas mas profundas no llegan á penetrar mas de 1,800 pies bajo la superficie.



Está probado por muchas observaciones que la tierra es redonda: los habitantes de la parte oriental ven salir el sol mas pronto que los de la occidental, lo cual no sucedería si la tierra fuera plana: la sombra de la tierra, cuando se proyecta en la luna, es de forma semicircular: la mar es convexa, es decir, adaptada á la superficie convexa de la tierra; esto se prueba todos los días por los barcos que dan la vuelta al mundo.

Las montañas mas altas y los mas profundos valles no destruyen la forma esférica de la tierra, así como las imperfecciones de una naranja no destruyen su redondez.

La tierra es muy pequeña en comparación del sol, pues es un millón de veces mayor (1); es decir que del sol pudieran hacerse un millón de tierras.



El Sol.

El sol, á quien debemos lumbre, luz, calor, vegetación y vida, y sin el cual la tierra no sería mas que una oscura masa de hielo, tiene el diámetro de 320,000 leguas: su distancia de la tierra es de cerca de 34 millones de leguas.

El sol es el centro del vasto sistema de planetas ó globos semejantes á la tierra, que dan vueltas en rededor suyo, en el espacio, á desiguales distancias y en períodos que forman las diversas estaciones de que consta el año.

(1) 1 397,000 veces, segun los cálculos astronómicos.

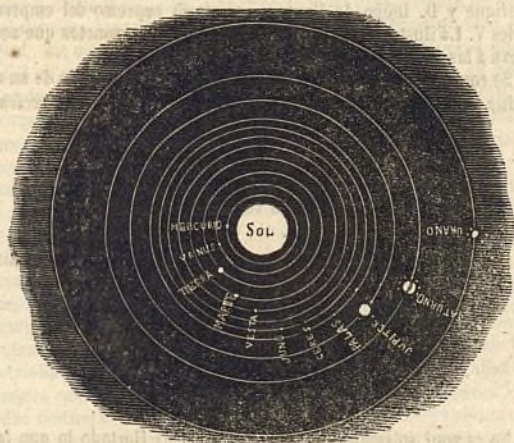
«Aquí la nota de la vida y la vida de la vida»

Ayuntamiento de Madrid



El sol ha estado considerado por largo tiempo como un globo de fuego. Esta opinion cedió á la que le determina cuerpo opaco, rodeado de un gas candente, ó atmósfera luminosa; lo que se prueba por medio del telescopio, con el cual se descubren al centro de la superficie del sol cierto número de manchas ó puntos oscuros, siendo visto que el sol da vueltas sobre sí mismo, en razon á que, por el telescopio, se ve cambiar de faz á estas manchas, y desaparecer ó aparecer en tiempos determinados.

El sol está mas cerca de nosotros en el invierno que en el estío; sin embargo en la primera época sentimos menos su calor porque sus rayos nos llegan oblicuamente. Cuando este astro se halla á distancia media de nosotros, su lumbré llega á la tierra en ocho minutos, trece segundos; es decir, que en tan breve espacio de tiempo su luz recorre 54 millones de leguas.

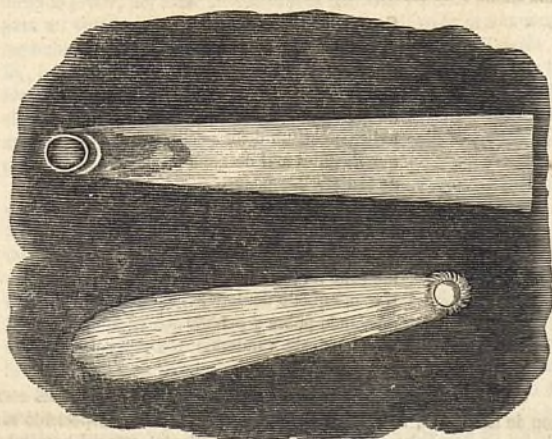


Sistema planetario.

Los planetas describen en rededor del sol círculos un poco prolongados ó de figura elíptica. Tienen además un movimiento de rotacion, semejantes en esto á un trompo que da la vuelta á un gabinete, dando vueltas sobre sí mismo.

Los planetas son trece, sin contar con el que se ha descubierto en 1847. Son los unos mas pequeños y otros mayores que la tierra.

Hé aquí sus nombres por el orden de su distancia del sol. Mercurio, Venus, Tierra, Marte, Vesta, Astrea, Juno, Ceres, Palas, Júpiter, Saturno, Urano, llamado tambien Herschel, del nombre del astrónomo que le ha descubierto, y Neptuno. Algunos de estos planetas sirven de centro á otros globos mas pequeños, llamados lunas ó satélites, que



Los Cometas.

acompañan el planeta en su viaje alrededor del sol, y le envían durante la noche la luz que reciben del astro, pues no son luminosos por sí mismos.

La Tierra tiene un satélite, que es la Luna.

Júpiter cuatro

Saturno siete. Este planeta tiene además un anillo y doble anillo que le rodea sin tocarle.

Urano tiene seis satélites ó lunas.

Mercurio, Venus, Marte, Vesta, Juno, Ceres, Palas, Astrea y Neptuno carecen de lunas.

Los cometas son unos planetas que describen *elipses* inmensos en su revolucion alrededor del sol. Llámase *cometas* de una palabra griega que significa *cabellera*, porque estos astros son precedidos ó seguidos ordinariamente por largas ráfagas de fuego, semejantes á una *cola*, *barba* ó *cabellera*.

(Continuará.)

## POESIAS INÉDITAS DE LUIS HURTADO.

### El Hospital de necios,

HECHO POR UNO DELLOS QUE SANÓ POR MILAGRO.

Entre las diversas invenciones poéticas que contiene el volúmen manuscrito de Luis Hurtado, correspondiente á la escogida coleccion de libros que el Excmo. Sr. Parga y Puga ha regalado á la universidad de Santiago, merece particular mencion el *Hospital de necios*, cuya fábula se distingue por su donaire y originalidad, á pesar de resentirse de la hinchazon gongórica y del rebuscamiento amanerado de que usaban los escritores españoles á mediados del siglo XVI. Es una sátira filosófica que se ha acomodado á las costumbres de la época en que vivía el autor, y que puede servir para nuestros días, despojando sus descripciones de los colores recogidos en la sociedad de capa y espada. Antes de acompañar á Luis Hurtado en su reposada y escurtadora visita al *Hospital de necios*, conducido por la *necesidad*, vamos á presentar á nuestros lectores los apuntamientos bibliográficos y necrológicos que hemos podido recoger en las poesías del ingenio toledano.

El manuscrito lleva el siguiente título: «Las trecientas de Luis Hurtado, poeta castellano en defensa de Illustres mugeres, llamado Triunpho de virtudes. Dirigidas á la muy illustre señora Doña Anna Manrique, señora de las villas de la Torre y el Prado (*Escudo de armas de esta familia con el timbre á los lados*.—CONFIDIT IN EA COR VIRI SVI, Sap. 31.) Donde se dan por ejemplo algunas illustres mugeres que ha auido notables en cada virtud.»—(BIBLIOT. DE LA UNIV. DE SANTIAGO. PARTE ORIENT., EST. 101, TABLA V.) Este volúmen escrito en letra clara é inteligible, aunque plagado de erratas ortográficas, contiene CC folios. La portada y las tres octavas correspondientes al principio de la *invocacion*, estan impresas. Segun una nota manuscrita del Excmo. Sr. Parga y Puga, en la que se cita la autoridad de Sedano al hablar en el *Parnaso español* del *Ejemplar poético* de Juan de la Cueva, era costumbre entre algunos escritores antiguos, imprimir la portada é introduccion de sus obras. Al folio IX vuelto, se encuentra el siguiente índice de sus poesías:—Las obras que se contiene en este tratado:

«Las trecientas del Triunpho de virtudes en defensa de illustres mugeres.»

«El teatro pastoril á la pastora Ismenia dedicado.»

«El templo de amor á la misma señora.»

«El hospital de necios, hecho por uno dellos que sanó por milagro.»

«La escuela de auisados á la clara Sophia.»

«La Sponsalia de amor y sabiduria.»

«Porque mi sentido cuadre

»con la fé y toda razon,

»escribo con correccion

»de la iglesia nuestra madre.»

Las *Trecientas* de Luis Hurtado es una fábula escrita á imitacion del *Laberinto* de Juan de Mena. El poeta reconoce los *aposenos* de las virtudes ocupadas por las mugeres de los hombres célebres, á cada una de las que dedica una octava con su nombre escrito al margen en letra encarnada, y presencia una porfiada y decisiva lucha entre los vicios que aprovechan la oportuna casualidad de quedar *entreabierto la puerta* de las virtudes que llevan la *defensa* hasta los limites del heroismo. No le acompaña Virgilio como al Dante en la *Divina Comedia*, sino la *sabiduria*, creacion ideal y fantástica que corresponde al paisaje del cuadro. La *fama* le despide para que recuerde su mágica influencia al consagrar su ingenio á la *defensa de mugeres illustres*. Esta invencion es lánguida y amanerada. Su autor ha aglomerado citas sagradas y profanas, autoridades antiguas y modernas, y ha amortiguado el gracejo que se echa de ver en las siguientes composiciones, y ha endurecido la forma rítmica que ofrece mas adelante fragmentos de fácil y espontánea versificacion á trueque de presentarse



razonador y erudito. Mejor nos atreveríamos á llamar en la presente ocasion poeta-pedante á Luis Hurtado, que poeta-sabio.

En el *Templo pastoril*, en la *ribera del Tajo*, edificado por Lusardo, anciano pastor, escrito en prosa y en el cual los pastores recitan como los cómicos de una gangarilla, octavas y sonetos, y en el *Templo de amor* por Lusardo, sacerdote, en cuya alegoría se defiende el amor de las debilidades y torpezas de sus adoradores, se echan de ver las condiciones de la égloga pastoril en el giro dramático de la novela cortesana. Con desigual fortuna y diversa invencion han cultivado este género ambiguo de literatura los prosistas y poetas de los siglos XVI y XVII. Aun no habian llegado los pastores-académicos, los pastores-palaciegos de Luis XIV; sin embargo, ya se presentaban los pastores cultos y eruditos, los pastores conceptuosos y amanerados, los pastores que se olvidaban de sus prosáicos rebaños para evocar los símiles poéticos de la mitología. Desde Galvez de Montalvo hasta el conde de Villamediana, en cuya travesía de ingenios españoles debemos hacer particular mencion de Cervantes y Lope de Vega, la novela que se ha visto obligada á aceptar las condiciones de la égloga, así como la comedia, se habia presentado bajo la forma de la novela en la *Celestina*, representaba el maridaje de las dos revelaciones escritas del pensamiento humano. Si hemos de juzgar por las creaciones de este género que han llegado hasta nuestros dias, la pluma del prosista se fatiga aprisionada en los límites de la cadencia, y la pluma del poeta se debilita en la estensa llanura de la prosa, donde se pierden los ecos de la invencion como un valle cerrado por apartadas cumbres. Cervantes, prosista, es infinitamente superior á Cervantes versificador. No caemos en la vulgaridad de establecer la diferencia de prosista y poeta. Lope de Vega, prosista, no sirve para amanuense de Lope de Vega, rimador.

Luis Hurtado, dominado, segun sus versos, por uno de esos amores sin amor, de esas pasiones convencionales que necesitaba el escritor ó el artista, mas sociales que intimas, mas gloriosas que verdaderas, ideales y fantásticas, que se apasionaban de lo no visto, imposibles algunas veces por las condiciones privadas del hombre ó de la muger, devaneos entre un libro y una dama, que se permitian el escándalo de la publicidad sin disfrutar de las intimidades del sentimiento; el poeta toledano que frisaba en la edad de los consejos, después de haber contado la fecha de los desengaños, se hacia á la vez pastor y arquitecto por... amor. Relegamos los trasportes artificiosos de su corazon á la agostada comarca de las pasiones simples. Lusardo no desea presentarse en esta ocasion como erudito: aspira á ser el poeta de la escuela italiana, el poeta de los dulces y melancólicos suspiros. Luis Hurtado se fatiga en vano porque el Olimpo de la mitología y la arcadia del género pastoril son mas pequeños y reducidos que el corazon humano. Luis Hurtado, de débil y fatigado espíritu, á juzgar por las revelaciones de sus versos, ya es casi anciano, y con razon un poeta de nuestros dias ha puesto en boca de un caballero los siguientes versos:

Yo, señor, ya peino canas  
y las muías piden mozos  
como los piden las damas.

El *Hospital de necios*, hecho por uno dellos que sanó por milagro, dirigido á la hermosa pastora Ismenia, octava Sophia, deste hospital enemiga que comprende desde el folio cxlij hasta el cxlj del MS., es á nuestro modo de ver la composicion mas escogida del volumen. Regularizada en el plan, salpicada de picantes y epigramáticas sales, y llevada á cabo por medio de una fábula entretenida, ofrece la espontaneidad vigorosa de los pensamientos madurados por la experiencia y la observacion. El *Hospital de necios* es una creacion debida al irónico reproche—el poeta que habria devorado en silencio por largos años las amarguras de la desgracia y las tribulaciones del sufrimiento, arroja al vulgo sus propias entrañas, recogidas en el inmundo suelo de un hospital. Luis Hurtado es á los vicios morales lo que Saavedra Fajardo á los abusos literarios. El *Hospital de necios* condena los espíritus hipócritas y frívolos: la *República literaria* rechaza los empíricos y pedantes. Bien se echa de ver la escasa aceptacion que merecia el cultivo de las bellas letras entre la gente iliterata de esta época, por las siguientes palabras del mismo Luis Hurtado en la dedicatoria de la *Scuela de avisados para ejemplo de virtudes y correccion de vicios*.—«Las coplas y uso de trobar—dice el poeta—de que ahora se burlan los que quieren parecer cuerdos, ya tuvieron buen lugar en España y en himnos y alabanzas las frecuente la santa Iglesia y fuéron acepto título á los reyes, que además de usarlo y frecuentarlo mucho, tenían por falta al cortesano sin ello.»—Y mas adelante—«pero si todavía el hacer coplas es delito, yo doy por descargo las ocasiones que á los faltos de exercicio y sobrados de congojas y melancolias ofresce el tiempo»

El último tratado de Luis Hurtado se titula *Sponsalia de amor y*

*sabiduria de quien nacieron agradecimiento y nobleza*, dirigido á D. Luis de Vargas y Manrique, señor de las villas de la Torre y el Prado. Venus propone á Cupido diversas compañeras para sus devaneos amorosos, y por consejo de Marte, el hijo de Citheres elige á Minerva. Este asunto carece de novedad: la union del amor y de la inteligencia antes de ser celebrada en la mitología y en la poesia, se ha encontrado en las tradiciones del orgullo humano.

Luis Hurtado, segun propia confesion estampada en la dedicatoria de las *Trecientas*, era de Toledo y residia en esta ciudad al escribir esta invencion poética. Su estado eclesiástico es descubierto al llamarse *perpetuo siervo y cierto capellan* de Doña Ana Manrique, cuando le presenta el MS. por si era digno de dar en público su traslado con lo que mas escribiere. Segun declaracion del ingenio toledano, la pastora Ismenia y Clara Sophia de que hace mencion en los diversos tratados de este volumen, era Doña Isabel Manrique, hija única de Doña Ana Manrique y D. Diego de Vargas, secretario supremo del emperador Carlos V. La ilustre dama ha dedicado al poeta dos sonetos que acompañan á las *Trecientas* y al *Hospital de necios*.

Se confirma el año en que ha escrito el primer tratado de su obra inédita, por los siguientes versos que se encuentran en las *Trecientas*:

Después de la culpa de Adán remediada  
Mil y quinientos sin cuenta notada  
Y dos con ochenta vueltas iguales.

Su edad se descubre, segun espontánea declaracion del ingenio.

Al tiempo que cuento, el orbe en que vivo  
Me habie trabajado diez lustros de años  
Después de apartados de muchos rebaños  
De aquellos en cuya defensa os escribo.

No es aqui solamente donde recuerda Luis Hurtado lo que le ha trabajado el tiempo, lo que equivale á revelar una vida azarosa y desgraciada, sino que interrogando por su nombre á la hospitalera de los necios, pone en su boca los siguientes versos, con la ingenua sencillez de la resignacion ó el templado alarde del orgullo.

—Yo soy la necesidad,  
bien me debes conocer  
desde tu primera edad.

A pesar de que no aceptamos como revelaciones intimas del hombre, las declaraciones públicas del poeta, tambien recordamos que algunas veces se deslizan involuntariamente de la pluma del escritor la negra tinta de sombríos recuerdos y amargas soledades. Ignoramos si Luis Hurtado, al empezar la descripcion del *Hospital de necios*, ha creado una fábula ó ha descrito una situacion. Hé aqui sus versos:

Cuando al medio de mis años  
llegó la rueda mundana  
libre de la gente vana,  
que fué causa de los daños  
de mi voluntad insana,  
hálleme con un dolor  
que dicen es mal de amor  
de tan terrible poder,  
que agora con libre ser  
su acuerdo me da temor.  
Que de lo q' he enriquecido  
me tubo mi primavera,  
solo me quedó dentera,  
quedando pobre y perdido  
de seguir esta vandera.

Cuando á la conclusion de este tratado rechaza el amor del corazon de los necios, se distingue confusamente algo de despechado sarcasmo en su sonrisa. Guiado por el pensamiento, sale del hospital de necios por

que ya estaba fatigado  
de ser de sabios ausente.

Tambien al medio de sus años—escribia á la edad de cincuenta navidades—se habia librado de la gente vana para sufrir en la soledad del mundo—la mas negra de las soledades humanas—los devaneos de la imaginacion mortificados por los deberes del sacerdocio.

(Continuará.)

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.



## ANGELO.

(Continuación.)

Como de mi madre me había quedado una herencia no despreciable, con sus réditos me enviaron, después de pasados los primeros estudios, á la universidad á cursar la carrera de las leyes.

Triste por naturaleza, tratado por mis tíos con rigor, y continuamente sintiendo sobre mi rostro mil expresiones injuriosas sobre mi nacimiento, que vulneraban terriblemente el sagrado recuerdo de mi madre, me encontraba ávido de amor y de ternura. Era de un carácter versátil como René, frío y serio con mis compañeros unas veces, y otras amable y aturdido, poco aplicado al estudio porque la aridez del derecho me estremecía. En algunos momentos me gustaba gozar de la alegría y del bullicio, pero mas generalmente gustaba de la oscuridad y del silencio; buscaba como un buho los sitios solitarios; salía de la ciudad, me dirigía al campo, y allí me parecía que recobraba una felicidad no contrariada. A la vista de las montañas lejanas, ya teñidas de azules y delicadas tintas, ya sonrosadas por un sol poniente, ya con sus cumbres veladas por cenicientas nubes, ó ya cubiertas de abundante nieve, las cuales, heridas por el sol, las hacía semejar á inmensas moles de plata salpicadas de brilladores diamantes; á la vista de los árboles cubiertos con sus verdes follajes ó con sus desnudas ramas sobre las que formaban los pájaros sus armoniosas reuniones; al escuchar el murmullo que formaban los torrentes; al contemplar sus espumosas cascadas, y al escuchar los lejanos cantos de las lavanderas, mi corazón se estremecía de contento; concebía entonces pensamientos sublimes de amor, de caridad y aun de talento, y llegaba á comprender algunas veces que había un Dios, y que la naturaleza, su obra, y en la que él depositó los tesoros de su divino amor hacía las criaturas que la pueblan, siempre recibe con los brazos abiertos y el rostro sonriendo de alegría los seres desdichados á quienes la sociedad destierra de su seno. Sí, en la naturaleza veía yo siempre una virgen divina que continuamente se engalanaba por parecerme hermosa, y cuyo intenso cariño nunca se entibiaba, sino que mas bien crecía cuanto yo era mas desgraciado. Porque ¿no habíais notado, amigo mío, que en algunos momentos de tristeza, entonces es cuando la naturaleza se nos muestra mas seductora?

Yo, pobre insecto ignorante, que creía que todo el mundo me aborrecía y detestaba, llegué á dudar de la existencia de Dios; á despreciar la religión cristiana, en cuyo seno solo podría encontrar el amor que el mundo me negaba; despreciaba la mas santa y la mas benéfica de las religiones, y con la risa en el rostro insultaba á los que mas felices que yo encerraban en su corazón un tesoro de fé, que creían en la protección divina, que besaban con transporte las reliquias sagradas, y que en un peligro inminente acorrían á ellas como su único refugio. ¡Oh contradicción humana! pues si con los labios las despreciaba, con mi alma y mi corazón, cuánto ambicionaba poseer felicidad tan grande! El gozar en aquellos momentos, yo, pobre y desdichado joven, del amor de una mujer hermosa y pura, hubiera sido para mí anticipar las delicias del Paraíso. Por el amor de una mujer me hubiera transformado en un héroe, en un santo, en un genio, en fin, me hubiera remontado á las estrellas y al fondo de la nube, y hubiera arrancado á la naturaleza entera el misterio de su creación. Por el amor de una mujer recobraría el mundo su belleza y animación á mis ojos, y solo ambicionaría vivir eternamente para gozar por siempre sus delicias.

Pero ¡ay! ninguna fijaba en mí sus miradas; y si por casualidad alguna me encontraba en su camino, mis ojos no podían decirla todo lo que hacía ella sentir, pues tal era mi temor y encojimiento delante de una mujer, que prefería á estar á solas con ella, el oír continuamente el delicioso susurro de las reconvenções de mis tutores. Después que se alejaban de mí vista, mi corazón las llamaba á gritos; las llamaba con los nombres mas dulces que podía inventar el cariño; me sentía con un tesoro de elocuencia para comunicarlas el fuego de mi amor; pero gritaba en vano, ¡ay! porque ninguna venía.

¿Dónde se hallaban entonces esas mujeres á quien el mundo despreciaba, porque en las espansiones de su amor se abandonaron en brazos del que pensaban llamar pronto su esposo? ¿Por qué no corrían á mí todas las que sentían sus corazones heridos, y con mis lágrimas y mis besos haría revivir en su alma la juventud, la vida, la llama intensa de un amor tan puro como el que sienten los querubines delante de su Dios?

Una vez, mi buena estrella colocó á mi lado bajo la figura de una joven, uno de esos ángeles que el Señor permite descender á la tierra para compartir las desdichas con los mortales; consolálos en sus desgracias y animarlos en sus acciones heroicas.

Entre las gentes que llevaban relación con mi familia se contaba

la viuda del general B.—Su hija Wilna era de unos trece años de edad; toda su fisonomía revelaba una verdadera alemana, alta, pálida, de blonda cabellera, de ojos grandes y de un hermoso azul, y de una voz tan dulce que parecía escucharse el trino de un pájaro. Era una niña de cabeza loca, juguetona, y de un corazón tan tierno y compasivo, que la menor injusticia que mi tía cometiese conmigo en su presencia la hacía responderla agriamente, y cuando el pudor la daba á conocer que no debía interesarse por mí con tanta franqueza, entonces convertía toda su elocuencia en dulces miradas y en copioso llanto.

Ella, mis primos y yo jugábamos por lo regular á diversiones inocentes en un rincón de la gran sala que servía para la reunión de la familia. Una noche, en uno de estos juegos acercó tanto su rostro al mío, me oprimió tan suavemente entre mi silla y su pecho, que creí morir de gozo; no pude contenerme, é imprimí en su mejilla un fuerte beso. Wilna se retiró á su asiento como si no lo hubiese advertido; pero el encendido carmin que coloreó sus mejillas, me hizo comprender toda la verdad.

Pero ¡ay! aquel ángel de candor y de pudor y de pureza remontó pronto su vuelo hacía las mansiones celestes.—Una mañana la atacó una fiebre horrorosa, y por la noche los ángeles festejaban con armonías divinas la llegada de un nuevo compañero.

Se acercaba una época memorable para las universidades de Alemania; mis compañeros se convinieron todos en festejarla con músicas, disfraces y banquetes. En la pequeña habitación de uno de nuestros colegas, entre la orquesta de los violines y de las guitarras, entre el humo azulado de las pipas y el choque de los vasos, era en donde celebrábamos nuestras deliberaciones.

En uno de estos días, uno de mis compañeros propuso que tocando los instrumentos el himno de Schiller al placer, y que formando todos un coro, y empuñando nuestros vasos, cantásemos sus hermosos versos. Aceptaron todos la proposición y se comenzó á cantar:

—«Placer, fulgor divino, hijo del Eliseo, penetramos en tu santuario con ardiente embriaguez.—Tu encanto atrae lo que el mundo separa.—Allí donde agitas tus alas todos los hombres son hermanos.»—Compañeros, abracémonos. Un beso al universo.—Hermanos, allá sobre las estrellas se halla el trono de un Dios paternal.

—«Que aquel que es el amigo de un amigo, que aquel que tenga la dulce dicha de ser correspondido por una bella joven, una su alegría á la nuestra.—Que aquel que no posea estas riquezas se aleje llorando de nuestra reunión.»

—«Que todo aquel que habita aquí abajo rinda homenaje á la simpatía; ella nos eleva hasta las estrellas, donde habita el desconocido.—En el seno de la naturaleza todos los seres gustan del placer.»—Los buenos, los perversos, todos siguen sus rosadas huellas.—Él nos dió á conocer los besos, el jugo de las viñas y un amigo fiel hasta la muerte.—El gusano mismo experimenta el placer, y el querubín lo siente delante de su Dios.

—«Que aquel que es el amigo de un amigo, que aquel que tenga la dulce dicha de ser correspondido por una bella joven, una su alegría á la nuestra.—Que aquel que no posea estas riquezas se aleje llorando de nuestra reunión.»

Las lágrimas saltaron á mis ojos; el corazón se me oprimió fuertemente, y á favor del bullicio y de las voces pude salir de la habitación sin ser notado.—Entonces, entre las lágrimas y los sollozos que se exhalaban de mi pecho, me dije tristemente:

—Si, tiene razón ese himno; un ser desdichado no debe turbar la felicidad que otros gozan; los desgraciados ni aun deben respirar en los sitios en que habita la alegría. Adios, continué, felices compañeros; vosotros pasáis bailando vuestros días, vestidos de rosas, llenos de juventud y de contento; el porvenir os hace señas con amor y con encanto. ¡Ay! el paraíso de la vida se os muestra dorado (1).

Y el coro y los violines entonaban, como las repeticiones del anatema lanzado por un sacerdote:

«Que aquel que sea el amigo de un amigo, que aquel que tenga la dulce dicha de ser correspondido por una bella joven, una su alegría á la nuestra.—Que aquel que no posea estas riquezas se aleje llorando de nuestra reunión. . . . .»

Tal fué mi juventud, amigo mío.

Por fin, en 1827 concluí mi carrera; me encargué de la administración de mis bienes, y me propuse alejarme para siempre de aquella ciudad como de una mansion maldita. ¡Solo tu recuerdo, oh Wilna, mitigaba el odio y la aversión que sentía hacía aquellos sitios donde no había conocido mas amor que el tuyo!

Algunas horas antes de marchar me encaminé al cementerio donde ella descansaba. Algunos lirios silvestres y rosas blancas crecían sobre su sepultura. Cerca de ella había un sauce en el que un ruiseñor can-

(1) Schiller.—En la muerte de un joven.



taba alegremente encaramado sobre una de sus ramas. ¡Acaso aquella criatura celestial dormía en su lecho de tierra dulcemente arrullada por sus gorgoros! Me arrodillé, y con las lágrimas próximas á saltarse de mis ojos la dije:

—Adios, angel mio; dirige desde el cielo donde moras una mirada amorosa sobre mí. Que tus recuerdos vengan siempre á mezclarse en mis desgracias como un bálsamo consolador. Que cuando el sudor y las fatigas cubran mi frente, el soplo de tus alas la vuelvan el vigor perdido y la comuniquen valor y sufrimiento. ¡Oh Wilna! tú que fuiste tan pura, ruega á Dios por este desgraciado, que te amó tanto en este valle del dolor; ruega á Dios que le conceda una sola hora de dicha que borre sus continuos padeceres. Adios, adios, amor mio, duermeme en paz. . . . .

Besé su sepultura y me alejé. . . . .

Algunas horas después, encajonado en el fondo de un carruaje, dejé para siempre aquella ciudad maldecida. Desde lo alto de una montaña que la domina por la parte del Norte, eché sobre ella mi última mirada. Pero aquella mirada podría compararse á la que arrojaría el arcángel rebelde sobre las tinieblas del averno, si el Señor le permitiera abandonarlas para gozar eternamente de los cielos.

Recorri casi toda la Alemania; penetré en el fondo de los inmensos bosques que la cubren, y en los que la imaginación fantástica de sus habitantes supone que forman las hadas sus voluptuosas danzas á la claridad de la luna; trepé á sus colinas, coronadas por los robles, las hayas y los fresnos; admiré las encantadoras orillas del Rhin y del Danubio; estos ancianos monarcas de los ríos, cuyas frentes se hallan ceñidas con las verdes coronas de la viña, y en fin, admiré igualmente las obras ejecutadas por la mano de los hombres.

En Saint-Pöten (archiducado de Austria) se me unió por compañera de viaje una hermosa joven que iba á reunirse á su familia residente en Bruck. Por las noches corrimos las ventanillas del carruaje para admirar los sitios que cruzábamos, respirar la dulce brisa, y entablar conversacion con nuestro conductor.

En una de ellas y al pasar frente á un delicioso pueblo situado á la falda de una montaña, oímos una voz dulce y argentina, que cantaba así á la primavera:

«Vamos, querido mes de mayo, deja caer tu velo y adórnate con la túnica de la esperanza.—La primavera viene, y algunas canciones se oirán á lo largo del camino.

»La primavera envía sus mensajeros por todos los países.—Ella viene también á engalanar á sus queridos muertos. Ella les trae un bello vestido verde.

»Mas ¿qué me traerá á mí? ¡Oh! ¿acaso no se habrá acordado de mí? Pero entonces yo me quejaré: yo cantaré que ella no me ha traído nada.

»La esperanza reverdece sobre todos los senderos y te presenta alegremente su corona.—Que me regale una de sus hojas, y entonces habrá venido también para mí la primavera.»

La voz repitió dos veces esta última estrofa; y entonces, sin poderme contener, repetí también con ella:

»La esperanza reverdece sobre todos los senderos y te presenta alegremente su corona.—Que me regale una de sus hojas, y entonces habrá venido también para mí la primavera.»

¿Por qué la joven viajera me acompañó también en el canto? ¿Acaso la obligó á ella como á mí un secreto impulso? ¿Acaso la vida no la había sido siempre amable? ¿Sentía como yo su corazón hambriento de amor y de esperanza?—Pero no; las rosas de sus mejillas eran puras; y cuando el viento tempestuoso azota las flores, deja estampadas sus huellas sobre sus hojas, porque las arrebata los colores mas bellos.—En Bruck nos separamos: no la he vuelto á ver desde entonces.

Por fin, habiendo visitado la Alemania, emprendí mi viaje á Italia; ¡Italia! mi país natal. ¡Italia! donde se deslizaron los únicos dias felices de mi vida hasta entonces. ¡Italia! donde descansaban las idolatradas cenizas de mi madre!

¿Cuántos recuerdos se agolpaban á mi imaginación al imprimir mis huellas en tan bello país! Se me figuraba que volvía para mí el tiempo en que mi madre, teniéndome sobre sus rodillas, entre mil gritos amorosos me enseñaba á pronunciar el nombre de Dios con una expresión sublime de infantil respeto; me enseñaba á rezar á la Madonna del Rosario, rogándola por mi felicidad futura, para que me acogiese siempre bajo su protección, para que fortaleciese en su fatiga al caminante extraviado, y para decirlo en conjunto, me enseñaba á rogar por todo el que padece en este mundo.—¿Cuántas veces al rogar por los que quedan sumidos en la horfandad y el abandono, ciñéndome sus brazos al cuello y dejando correr libremente las lágrimas que asomaban á sus ojos, me decía:

—¡Oh Ángel mio! si la muerte viniese á separarme de tí pronto, desearía llevarte conmigo al fondo del sepulcro, para que no gustases sin mi apoyo las amarguras y desdichas de este mundo. Si, entonces moriría contenta.

¡Ay madre mia! ¿por qué no se cumplieron tus votos? ¿Por qué no se cumplieron, y jamás me hubiera separado de tu lado, y desde un muelle regazo entre tus abrazos y tus besos hubiera pasado al seno y á las delicias de los cielos?—Pero olvidemos, amigo mio, olvidemos; ¿á qué es recordar tiempos que jamás volverán ya?

(Continuará.)

AURELIANO VALDÉS.

#### A LA TIERNA MEMORIA

DEL EXCMO. SR. D. JUAN DONOSO CORTÉS,

Marqués de Valdegamas.

#### SONETO.

Guarda en su márgen el dichoso Sena  
Al que Europa admiró génio eminente,  
Y por quien dobla la abatida frente  
España en el dolor que la enajena.

Yace agotada allí la inmensa vena  
Del escritor, del místico elocuente,  
Que era el orgullo de la ibera gente,  
Y aun en la tumba contra el siglo truena.

Cedióle Tulio sus brillantes galas,  
Demóstenes su fuego y energía,  
Job su ternura, Ezequiel su vuelo:

Prestóle al fin la Religión sus alas,  
Y cual ciervo sediento en su agonía  
Voló á la eterna fuente del consuelo.

FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA

#### A la señorita Doña Dolores Villavicencio.

Ni el lindo talle, ni las trenzas de oro,  
Ni los albos jazmines de tu frente,  
Ni del labio la púrpura riente,  
Son, Dolorisa, tu mayor tesoro.

No lo son esos ojos el desdoro,  
Con su lumbre de záfiro fulgente,  
Ni la meliflua voz que el alma siente,  
Cual dulces ecos del laud sonoro.

Guarda tu seno y mueve el canto mio  
Mas alto don, mas celestial belleza,  
Que siempre amé con ciego desvario.

Sonrojo de la altiva gentileza,  
De hermoso aspecto y como el mármol frio,  
Un corazón de mágica terneza!

JUAN JOSÉ BUENO.

#### ESTE ES EL MUNDO.

##### LOLA.

Ay! qué ligeros corren  
los verdes años,  
qué pronto veinticinco  
se van pasando.  
Sin un mal novio  
para tender las redes  
del matrimonio.

##### MARIA.

¿De qué te quejas, Lola,  
de qué te quejas?—  
No hay mas dichoso estado  
que el de soltera.—  
Casada y viuda  
he contado las horas  
por amarguras.

La madre que escuchaba  
los dos suspiros,  
aseguró la ruca,  
retorció el lino,  
dió vuelta al huso  
y murmuró entre dientes:  
«este es el mundo.»

EDUARDO GASSET.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.





EL PALACIO DE LAS TULLERIAS.

En el sitio que ocupa este palacio habia hace cuatrocientos años una fábrica de tejas, *tuiles* en francés, y de aquí procede el nombre de Tullerías. En 1548 Francisco I compró una casa que habia allí, y se la regaló á su madre Luisa de Saboya para que fijara en ella su residencia, porque creia que le era perjudicial el aire del palacio de Tournelle. En 1525 la princesa se lo regaló á Juan Tieralin, que le vendió á Catalina de Médicis, esposa de Enrique II. Esta reina le engrandeció mucho; sus dos arquitectos, Delorme y Bullant, hicieron el pabellon de en medio, los de las dos alas contiguas, y otros dos cuerpos de edificio; pero el palacio no llegó á ser verdaderamente régio hasta el tiempo de Enrique IV. Su arquitecto Ducerceau le terminó por los dos grandes pabellones de Flora y de Martau. También mandó este rey empezar la larga galería que une el Louvre con este palacio; y suspendidos los trabajos á causa de su muerte, concluyeron en tiempo de Luis XIII. Al advenimiento de Luis XIV se dió orden á Sevean y Orbay para que corrigieran los defectos mas notables de las fachadas, y lo pusieran todo en armonía, y desde entonces hasta Napoleon ha habido pocas adiciones notables, á pesar de los cambios de gobierno ocurridos desde 1789 á 1800. En 1808 el emperador mandó que se construyera la galería septentrional, que corre por la calle de Rivoli, y que debe unirse al Louvre. Después de la revolucion de 1830, Luis Felipe hizo mejoras considerables. Mandó construir una nueva escalera, y con este motivo hubo que avanzar la fachada de en medio al jardin. También se practicó en este una sepa-

ración por medio de una reja, dejando solo para la familia real una parte contigua al edificio, bajo cuyas ventanas pasaba antes la gente. Esta parte es el encantador parterre que agrada á los que le ven. Ahora se continúa la obra proyectada por Napoleon I.

A las habitaciones públicas del rey, situadas en el primer piso, se entra por el pabellon del reloj ó por el de Flora; la entrada á las habitaciones privadas, que se hallan situadas en el patio de en medio, es por el pabellon de Flora: con estas habitaciones comunican las que ocupan las señoras. Al Norte, en la calle de Rivoli, está el pabellon Marsan; y saliendo del pabellon de Flora se encuentra la sala de bailes, después la del trono, la del consejo y la de los mariscales. Esta última tiene un balcon al jardin y otro al patio; en ella se ven los retratos de cuerpo entero de los mariscales vivos, y los bustos de la mayor parte de los generales que se han distinguido en la guerra.

El jardin de las Tullerías, que ocupa unas treinta y cinco hectáreas, y que en tiempo de Luis XIII estaba separado del palacio por una calle, se debe al plan de Lenostre, arquitecto de Luis XIV. Presenta grandes calles paralelas, con filas de árboles cortados, unos formando caprichosas figuras, y creciendo otros á toda su altura, adornado con bonitos saltos de agua. Allí se ven varias estatuas, salidas del cincel de los primeros artistas. Entre otras se distingue un Phidias de Pradier, un Spartaco de Joyatier, un Pericles de Debay, un Temistocles de Lemaire.

El patio del palacio está cerrado por una reja de hierro, que se apoya sobre un muro de sostenimiento, y el centro presenta un arco de triunfo, que da á la plaza de Carroussel, erigido en 1806 por el emperador á semejanza del de Septimio Severo en Roma, con caballos corintios, semejantes á los de la plaza de San Marcos en Venecia. Este

17 DE JULIO DE 1835.



monumento, debido á los dibujos de Fontaine y Percier, tiene 15 metros de altura, 20 de ancho y seis de espesor. Se compone de tres arca- das, con una trasversal. Como fué elevado á la gloria de los ejércitos franceses, tiene muchas estatuas representando militares de diferen- tes armas. El carro de cuatro caballos, colocado en el remate, es de bronce, obra de Bosio, y es de un grande efecto.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

### RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

#### V

DESDE LA PUERTA DE GUADALAJARA Á LA PUERTA DE BARNADU Y AL ALCÁZAR.

El último trozo de los en que hemos subdividido nuestro paseo men- tal por el antiguo Madrid, estaba comprendido dentro del lienzo de muralla que, partiendo de la puerta de Guadalajara en direccion al Norte, ~~seguía por donde hoy es calle de Milanese~~, y mas adelante, por el sitio que ocupan las casas entre las calles del Espejo y la del Meson de Paños y de los Tintes (hoy de la Escalinata) (2), á salir ~~por~~ las fuentes ó Caños del Peral ó de Peraylo, donde abría otra entrada por la puerta llamada de Barnadu ~~como al frente de la cabida de Santo Domingo~~, y por donde después estuvo la calle y casa del Tesoro (que ya no existen) cerraba en fin con el ángulo meridional del Alcázar.

De todo el caserío contenido en este recinto, no solo en tiempos remotos, sino aun de las construcciones de los siglos XVI y XVII, ape- nas queda ya uno ú otro edificio, habiéndose renovado completamente en nuestros días, y desaparecido hasta las memorias que formaban las páginas de su historia; procuraremos sin embargo traer á nuestro re- cuerdo aquellas que aun hayamos podido ~~alcanzar~~ reunir.

Sobre las ruinas sin duda de la muralla, y como á la embocadura de la calle del Espejo, dando frente á la misma calle de Milanese, existe aun, aunque renovada, la casa número 4 antiguo y 2 nuevo en que nació en 8 de diciembre de 1564 la Beata Mariana de Jesús, cé- lebre por su santidad y virtudes, hija de Luis Navarro, ~~pellejero an- dante en corte~~, que vivía en dicha casa. Esta humilde sierva de Dios murió en 17 de abril de 1624 en una casilla aislada que ~~ya no existe~~, y fué construida para ella, inmediata al convento de Santa Bárbara, mereciendo ser beatificada por la Santidad de Pio VI en 1785, y hoy se conserva su cuerpo incorrupto en la iglesia de monjas de D. Juan de Alarcón, calle de Valverde.

La calle de Santiago, que va á Palacio, compuesta hasta bien en- trado el siglo actual de un antiquísimo, elevado y apiñado caserío, se ha renovado casi por completo, quedando solo del antiguo, á la en- trada de dicha calle por la de Milanese, una casa grande que creemos fué de los Victorias, familia muy estimada en Madrid; y hasta la pri- mitiva iglesia parroquial de Santiago Apóstol (cuyo origen pretenden los historiadores remontar á los tiempos de la monarquía goda), y por lo menos consta ya desde el siglo XII inmediato á la conquista de la villa, arruinada á impulso de los tiempos, en este mismo siglo ~~ya~~ sido reedificada de nueva planta en 1811, bajo los planes del arquitecto D. Juan Antonio Conde. ~~Por la misma época desapareció tambien el inmediato convento de monjas franciscanas de Santa Clara, fundado en 1460 por Doña Catalina Nuñez, muger de Alonso Alvarez de Tole- do, tesorero del rey D. Enrique IV, que tenía sus casas contiguas y con tribuna á ambas iglesias de Santa Clara y Santiago, y formaba con la misma parroquia la manzana 429 en el sitio que hoy está la casa de baños de la Estrella (3). Hoy no existen tampoco dichas ca- sas de Alvarez de Toledo, señor de Villafranca, que debieron ser tan suntuosas, como que en ocasiones sirvieron de aposentamiento á los reyes Juan II y Enrique IV. En 1433 vivía en ellas el famoso condes- table y maestro de la orden de Santiago D. Alvaro de Luna, y en las mismas nació su hijo D. Juan, conde de Santisteban y de Alburquerque, y señor del Infantado, siendo sus padrinos el rey y la reina, que regalaron á la parida Doña Juana Pimentel, muger del condestable, un rubí de valor de mil doblas, é hicieron celebrar grandes festejos con este motivo. Estas casas pertenecieron después á los condes de~~

(1) Véase los nombres anteriores.

(2) En comprobación de que la direccion de la antigua muralla iba por donde hoy la calle del Espejo, y no por la de las Fuentes, como algunos opinaban, cita Alvarez Basa en su Compendio de las grandezas de Madrid, el hecho de haberse arruinado en 1640 un trozo de dicha muralla sobre las casas del relator Llanos, donde vivía un médico, de cuya familia perecieron cinco individuos; y ultimamente, en 1835, con motivo de la reconstrucción de las casas números 3 y 5 de la calle del Meson de Paños, vimos nosotros mismos al descubierto otro cubo ó trozo de muralla, que se- guramente nos convenció de su direccion entre ambas calles.

(3) En el piso segundo de esta casa, número 5 nuevo de la calle de Santa Clara, se suicidó el día 15 de febrero de 1837 el malogrado ingenio D. Mariano José de Larra, conocido por Figaro.

Lemus, hasta que fueron derribadas por los franceses como otras ~~man- chas~~ de la antigua nobleza madrileña, tales como la del marqués de Auñón, y de los Herreras, Borjas, Pimenteles, Noblejas y otras vá- rias que formaban de distinta manera las manzanas 420 y contiguas entre dicha calle de Santiago, la del Espejo y los Caños del Peral y pretil de Palacio. ~~Segun expresamos anteriormente~~

En este terreno, y por donde ahora, con las nuevas manzanas de casas que han sustituido á aquellas, se forman las calles alineadas y regulares de la Amnistia, la Union, la Independencia, Santa Clara, Vergara, Velazquez (1), Ranales, El Lazo y Lemus, corrian otras informes, estrechas y costaneras, tituladas plazuela de Garay, Que- brantapiernas, del Gallo, del Recodo, de Santa Catalina, del Car- nero, del Buey, de la Parra, del Tiso, plazuelas y calles de Santa Clara, de Rebeque, de Noblejas y de San Juan, en donde estaban todas aquellas casas principales de las familias ya citadas, cons- trucción las mas de ellas de los siglos XV y XVI, y que si no gran mérito artístico, tenían por lo menos el recuerdo histórico de los per- sonajes que las habitaron. Todas ellas, hasta el número de cincuenta ó sesenta edificios, desaparecieron á impulso de la piqueta, y por con- secuencia de los planes de reforma que para las avenidas del Real Pa- lacio ideó el intruso rey José Bonaparte en los primeros años del si- glo actual. Con ellas cayeron además de las ya dichas iglesias de Santiago y Santa Clara ~~la~~ parroquia de San Juan, que formaba la manzana 450 al desembocar de las calles de Santiago y de Cruzada, y era tan antigua, que los autores matritenses la suponen fabricada en tiempo de los emperadores romanos, y fué consagrada á mediados del siglo XIII. A esta parroquia estaba agregada desde 1606 la de San Gil el Real y San Miguel de Sagra, antiguas de Palacio que es- taban en el convento de franciscos descalzos de San Gil, situado algo ~~mas abajo en la manzana 451~~, que tambien sucumbió en la demolición general. En la bóveda de dicha parroquia de San Juan fué sepultado el insigne pintor de cámara D. Diego Velazquez de Silva, y en nues- tros tiempos se han hecho, aunque sin fruto, á costa de los apasiona- dos de aquel gran genio, algunas escavaciones para tropezar con dicha bóveda que encierra sus restos. La feligresia de esta parroquia se in- corporó á la de Santiago, que hoy se titula ~~de Santiago y San Juan~~.

Algo mas conservado, aunque con notables y recientes modifica- ciones, existe el otro trozo de caserío entre las calles de Santiago y la Mayor, formando las tituladas de Luzon (antes de San Salvador), de Cruzada, del Biombo, de San Nicolás, del Viento y de los Autores, hasta salir adonde estuvo el antiguo pretil y al arco de palacio.—En la primera de ellas existe señalada con el número 4 nuevo la antigua casa solar de los Luzones de Madrid, de cuyo ilustre apellido ya se hace mencion en tiempos de Juan II, de quien fué tesorero y maestresala Pedro Luzon, alcaide de los Alcázares de esta villa y su alguacil ma- yor, y cuyos sucesores vienen figurando siglos después en la historia de esta villa, siendo todos sepultados en la capilla propia que tenían en el antiguo convento de San Francisco. Después, y creemos que á principios del siglo XVII, pasó esta casa y apellido á incorporarse á los del conde del Montijo, y posteriormente á los de Aranda, ~~que hoy posee el duque de Híjar~~. Formando la esquina de dicha calle, frente á la iglesia de Santiago, existe otra casa notable que fué de la ilustre fa- milia de los Lodeñas, y labró de nuevo, á principios del siglo XVII, D. Sancho de la Cerda, marqués de la Laguna, cuyos escudos de armas se ven en la fachada, y á la esquina de ella se alza una torrecilla co- mo las que solian tener todas estas casas principales de la nobleza madrileña, y un ancho zaguan de dos puertas. ~~Hoy habita en ella el señor duque de Alameda, inspector de la Guardia civil, y creemos per- tenece á las monjas trinitarias.~~—La inmediata, que forma con ella la manzana 428 y tiene su entrada por la calle de la Cruzada con vuelta á la de Santiago, perteneció á la familia de los Guzmanes, y hoy al señor D. José Caballero del Mazo.—La familia de los Herreras, fundada en Madrid por Alonso Gomez de Herrera á principios del siglo XV, y en la que su nieto D. Melchor tuvo el título de primer marqués de Auñón, regidor y alférez de Madrid en 1585, poseía varias casas en esta de- marcación y capilla propia en esta parroquia; las principales de aquellas eran las que estaban á la esquina frente de la iglesia de San Juan, por la puerta que miraba á Palacio, y otras en la plazuela de Santiago y detrás de Santa Clara: ninguna de ellas existe, y si solo las que fueron de Pedro de Herrera el viejo, del marqués de Auñón y conde de Oliva- res, que reedificó después el Consejo de la Santa Cruzada, para estable- cerse en ella, y hoy poseen los condes de Campo Alange por el ma- yorazgo de Negrete. Dichas casas son muy suntuosas y de buena fá- brica, con frentes á las calles de la Cruzada y de San Nicolás.

(1) Esta calle, que spellidamos aquí con el nombre del célebre pintor D. Diego Velazquez por haberlo así acordado en 1848 el Excmo. Ayuntamiento, publica- dolo ~~de oficio~~ en el Diario y consignándolo en el plano oficial de la villa, se ha rotulado después como continuación de la calle de Vergara, no siendo recla- mamente, y sobre todo, olvidándose el Ayuntamiento de su propio acuerdo y mandato, al tiempo que fijó el nombre de todas las calles nuevas de la plaza de Oriente.



~~R. DE MESONERO ROMANOS.~~

## HISTORIA DE UNOS AMORES.

Y0.

Ayuntamiento de Madrid



tico que lo es en realidad; veía á mi bella desconocida sonriéndome de amor, jugar con mi cabello, jurarme mucha, mucha constancia, darme pelo suyo, flores besadas con sus divinos labios, cartas por el balcón sin permiso de la mamá, en las que me llamaba su vida, su ídolo, su sueño de oro y todas las frases que me había enseñado Alfonso Karr; me veía á sus pies abrazándola, sorprendido por su madre, en la precisión de pedir su mano; que la suegra me la concedía; que me casaba, y al año tenía un parvulito que sería la mitad de su alma confundida con la mitad de la mía.

Todo esto y mucho mas que no te cito, porque lo habrás leído en los novelistas modernos, me ocupó la imaginación durante el domingo y el lunes; llegó el martes, ¡oh gran día! feliz como ninguno, en el cual empecé por llamar estúpidos é ineptos á los que le han llamado aciago.

Me vestí temprano, y á las nueve ya estaba yo en la Carrera de San Gerónimo: se me figuraba que el reloj del Buen Suceso atrasaba, que los cuartos de hora los daba con lentitud, que el mio padecía de la misma enfermedad: dieron las diez, y me empezó el corazón á palpar; dentro de una hora iba á ver á la que había sido mi único pensamiento un día y una noche y otro día y otra noche; con la que había soñado, á la que había visto aun mas hermosa en sueños que en realidad.

Me deshacía en inquietud porque no daba la media; sacaba mi reloj creyendo que iba ya á faltar poco, y había andado dos ó tres minutos. Hubiera querido en aquel momento haber sido el tiempo para haber arreado á los caballos del sol y haber adelantado una hora el cuadrante de la vida; hubiera querido ser el monaguillo del Buen Suceso para haber tocado á misa de once; por fin dió el reloj los tres cuartos, y el monaguillo el primer toque: entonces el corazón se me saltaba del pecho; dieron el segundo, y empezaron á venir los fieles, y ella no venía; empecé á creer que había hecho castillos en el aire, que no la iba á volver á ver; y vi cruzar ante mi mente el canal, mis pistolas, la cuerda de tender la ropa, los fósforos de Cascante. Dieron el tercero... nada... nada... ella no venía... pero ¡ah! qué veo!... ella, ella! mas hermosa, mas bella! parecía que mi sueño la había dado todo lo que á mi imaginación! qué bonita estaba!... Entró; entré; oyó misa; la oí; salió; salí; la vi irse, entrar en la calle de la Victoria, meterse en el número 5, y palpité mi corazón ébrio, como palpitara el de Colón al ver tierra; como el de Arquímedes al descubrir el peso de los sólidos en los líquidos; como el de Chactas al ver á Atala; como no ha palpitado corazón alguno. Con que vive en el número 5, me dije: eres feliz; sabes donde mora tu beldad desconocida.

Vine cien y cien veces, y una sola la vi: ¡qué bonita!... Se disponía sin duda á salir porque estaba con mantilla puesta; me esperé; pero llegó la prosaica hora de comer, y tuve que abandonar á la amada de mi corazón por ir á caza del paternal y antipático garbanzo.

Estuve yendo toda la semana; la vi varias veces, y no hacia alto en mí: yo entonces me determiné á esperar á la criada, al criado, al aguador, á su madre, á su madre no, pero á cualquiera, y me vine á escribirla una epístola de declaración.

Era sábado, y por consiguiente al otro día domingo: así que, me sería muy fácil dársela al ir á entrar en misa ó en su casa; en ella le pintaría el fuego que me devoraba, todo lo que había sentido, cómo me había impresionado; los juramentos mudos que había hecho de amarla eternamente; me decidí pues á escribir.

Busqué papel fino para que este mensaje empezara á dar una buena idea de mi persona; deseché uno con orla de Cupidos; no quise otro con festones dorados; por fin me fijé en uno muy blanco, muy suave, muy terso, que tiene mis iniciales arriba; coji una pluma, que probé cien y cien veces poniendo *Madrid* y rasgueando arriba y abajo, puse falsilla, y empecé. Ahora los tormentos. ¿Cómo empezar? ¿por apóstrofe?... ¿por admiración? ¿por interrogación? Invoqué al Dios de los amantes y al de los retóricos, ni mas ni menos que D. Quijote á Dulcinea cuando iba á entrar en descomunal batalla, y me propuse hacer un borrador; pero no fué uno, fueron varios: hé aquí los principales: lector, léelos, y verás cuántas ideas se agolpaban á mi enamorada fantasía.

«Señorita (decía el primero), ¿no habeis visto el pájaro herido por el águila, y el águila herida por el cazador?... pues así me ha herido de amor vuestra linda cara.

«¿No habeis visto cuánto simpatiza el arroyo con su florida ribera?... pues así ha simpatizado vuestro amor con mi corazón. ¿No habeis visto cuánto dura la siempreviva? pues así durará mi amor. Amadme, amadme, y me hareis feliz.

»ENRIQUE DE S...

Me pareció muy prosaica, á pesar de que hablaba de pájaros, de arroyos y de flores, y recordé que las declaraciones de Amaurs no eran así, que las de Stephen en la novela de A. Karr no eran de ese

género, y que Lamartine, el primer poeta de la Francia, no cita en sus obras declaraciones de esta especie; rasgué el primer borrador, é hice el siguiente:

«¡Ay señorita! cómo os amo, y no os he visto mas que dos veces! pero no he necesitado mas para que mi corazón me lo diga palpitando; conozco que si no me amais desfallezco; yo os haré feliz con un cariño sin límites, lleno de ternura y de dulzura; correspondedme, y será feliz vuestro apasionado amante

»ENRIQUE DE S...

Esta me parecía mas en armonía con el siglo; no era ya el arroyo de las anacreónticas con peluca empolvada, ni las águilas de los poetas inspirados por la revolución; era lo que yo necesitaba; la poesía moderna inspirada, como Zorrilla, como Arsene Houssaye, como el conde de Vigny, mezclado con algun tinte alemán; hago referencia al decir esto á la melancólica frase: *conozco que si no me amais desfallezco*: parecíame esta oración un *Wergiss mein nicht* de orillas del Rhin; la copié en limpio, la guardé, soné otra vez con mi desconocida, y el domingo al levantarme leí la carta; no era bastante melancólica; no tenía mas que la frase citada que fuera capaz de hacer impresion; no era bastante *poitrinaire*, como dicen algunos críticos modernos; en fin, me determiné á hacer otra, y esta fué la decisiva; la necesitaba yo triste como el canto de *Antonia de Hoffman*, como las *poesías de Millevoje*; que respirara mas dulzura que una *balada de Goethe* ó de *Unland*; que impresionara agradable, pero tristemente, como el *Jeremías de Beudemann*; que fuera poética como las páginas de *Arolas*; concisa como *Tácito*, y enérgica, pero suave, como un aforismo de *Henry Murger*.

Leí algunos trozos de mis autores favoritos para inspirarme, y escribí definitivamente la siguiente:

«Amadme, señorita, porque desfallezco de amor... vuestra mirada ha penetrado en mi corazón, y he soñado; he sido feliz en estos sueños; no los rasgueis con una realidad horrible.

«¡Cuánto he pensado en vos desde que he tenido la dicha de veros, de admiraros, de amaros, de quereros, de adoraros! y hace días que no os veo; quisiera borrar de mi vida este tiempo porque estoy lejos de vos.

«Hacedme feliz con vuestra respuesta; decidme ese monosílabo ambicionado; será la palabra mas dulce que habré oído en mi vida, la cual consagraré á adoraros con mucho, mucho amor.

»Haced feliz á vuestro apasionado amante

»ENRIQUE DE S...

Doblé convenientemente la carta y salí á la calle: eran las diez dadas; fui al Buen Suceso; estuve un rato á la puerta; dieron el primer toque; cada campanada me llegaba al corazón: entonces comprendí la poesía del bronce; entonces noté que el badajo debía estar enamorado porque hablaba; el *tan, tan, tan* de la campana me significaba *amor, amor, amor*; estuve por hacer una oda al badajo de la campana del Buen Suceso; pero llegó ella, lector, ella, mi desconocida, mi sueño que había de convertirse en realidad mas agradable que el sueño; mi ilusión que no concebía yo fuera desengañable. ¡Ay lector! creí que al entrar me había mirado con cierta sonrisa; pero y si no hubiera sido á mí, y si un rival... me cegó la cólera: miré; no había nadie; á un lado una vieja beata, al otro un ama de cría; me tranquilicé; había sido á mí; estuve acariciando la epístola todo el tiempo que duró la misa, forjándome sueños de oro. Dios me perdonará esta falta de devoción causada por la admiración á una obra suya. Yo la miraba y la remiraba, me complacía en su cara, en sus ojos que se alzaban lánguidos para mirarme.

Sacó el pañuelo, fijé en él mi atención; tenía letras; me puse los lentes, miré, le estendí al ir á sonarse, y vi admirablemente su nombre... ¡ELENA!... ay! *Elena* de mi vida! Bendito sea quien inventó el bordado, quien inventó los pañuelos y las narices; ya se me figuró el acto humano de sonarse el mas poético de todos: con que se llama *Elena*, y yo no lo sabía!... Ay! ahora lo sé... comprendí entonces que si la otra Elena había sido así, no era extraño el atrevido proceder de Páris y las lágrimas del abandonado Menelao. Con que *Elena!* cuán grata noticia! cuán agradable! cuán grande! Apenas si cabía en mi corazón.

Se acabó la misa, y no quise darle la carta; ya que sabía su nombre, era mas prueba de cariño poderle poner en la epístola; vería cuán grande no sería mi amor cuando había averiguado hasta su nombre...

(Continuad.)

A. BONNAT.



## GEOGRAFIA UNIVERSAL.

## Introducción.

(Continuación.)

*Mercurio* es el menos considerable de los planetas, esceptuando los cuatro pequeños llamados *Palas*, *Ceres*, *Juno* y *Vesta*. Su diámetro no es mas que de las dos quintas partes de la tierra. Dista del sol 15.500,000 leguas, calculándose que su calor es igual al de un hierro enrojecido.

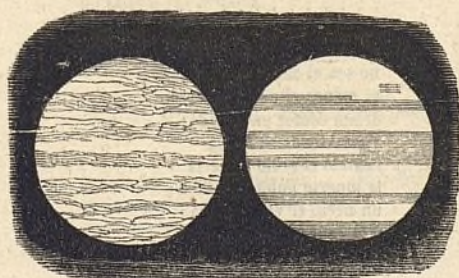
*Venus*, que le sigue, es ese brillante planeta llamado *Véspero*, ó tambien *lucero del alba*, porque aparece poco después de ponerse el sol ó un poco antes de levantarse. Tiene este planeta diferentes fases como la luna, pues aparece lleno ó creciente. Su distancia del sol es de 24.840,000 leguas. Su diámetro es poco mas ó menos como el de la tierra.

La *Tierra* dista del sol unos 54.000,000 de leguas; su diámetro es de 2,865.



Marte.

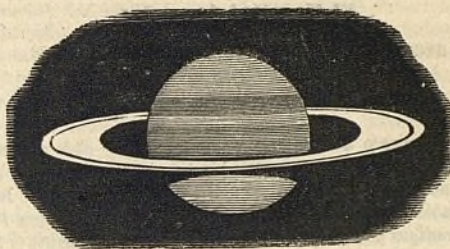
*Marte* dista 52.530,000 leguas del sol.



Júpiter.

*Júpiter*, el mayor de los planetas, es 1,281 veces mas grande que la tierra: su distancia del sol asciende á 479.000,000.

*Saturno* dista del sol 528 000,000 de leguas, y es mil veces mayor que la tierra.

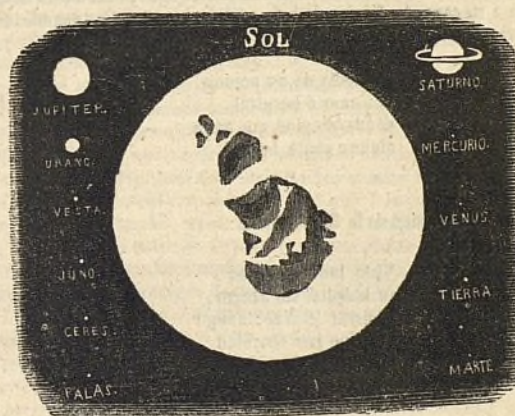


Saturno.

*Urano* ó *Herschel*, que á escepcion de *Neptuno* es el mas lejano de todos los planetas, dista del sol 660.000,000 de leguas.

Para la comprension de este interesante estudio ayudarán mucho las láminas.

Se pueden ver las diversas figuras de estos planetas, tales cuales aparecen en el telescopio, y comparar en la siguiente lámina su magnitud respectiva. A la simple vista no se diferencia entre las estrellas.



Magnitud de los planetas.

En su órbita, los planetas no se mueven con arreglo al mismo plan: ellos tienen, poco mas ó menos, sus ejes perpendiculares al plano de su órbita, pero diferentemente inclinados, lo cual produce la diferencia de sus estaciones, y los diversos espacios de sus días y de sus noches.

Hé aquí un cuadro comparativo de estos planetas en sus distancias, etc., etc.

NOMBRES.	Distancia media del sol en millones de leguas.	Tiempo en que anda su órbita en años y días.	Tiempo en que giran sobre su eje en horas y minutos.	Inclinacion de la órbita sobre la ecliptica en grados y minutos.	Inclinacion del eje sobre la órbita en grados y minutos.	Diámetro de los planetas en leguas.
Mercurio.....	10	0 á 88 d.	24 h. 5 m.	7° 0'	13° 0'	894
Venus.....	15	0 224 1/2	25 21	5 24	15 52	2.205
Tierra.....	27	0 265 1/4	25 56	» »	66 52	2.865
Marte.....	42	1 522	24 59	1 51	61 18	1.284
Vesta.....	65	5 240	» »	7 8	» »	80
Astrea.....	66	4 75 3/8	» »	5 19	» »	»
Juno.....	75	4 151	» »	15 4	» »	592
Ceres.....	76	4 221 1/2	» »	10 57	» »	464
Palas.....	77	4 221 3/8	» »	54 38	» »	708
Júpiter.....	145	11 515 1/5	9 55	1 19	86 48	26.500
Saturno.....	226	29 167	10 16	2 50	64 48	22.050
Urano.....	525	84 7 3/4	» »	0 46	» »	10.567
Neptuno.....	972	121 121 2/5	» »	4 8	» »	»



## POESIAS INÉDITAS DE LUIS HURTADO.

## El Hospital de necios,

HECHO POR UNO DELLOS QUE SANÓ POR MILAGRO.

(Continuación.)

Un pensamiento humanitario y filantrópico ha dado origen á un pensamiento poético y moralizador: no ha podido escoger un raudal de agua mas pura y cristalina. En 1543, el benedictino Fr. Juan de Medina habia combatido la mendicidad por medio de su obra *Policia de los mendigos y ociosos*. En Toledo, Zamora, Salamanca y Valladolid, se establecieron hospicios. No fué un dignatario del Estado, un comisario régio, un ministro previsor el panegirista de las casas de reclusion para los pobres, desautorizando la vagabunda limosna de las calles; fué un monje español del siglo XVI que ha aplicado un epíteto gubernativo á una virtud cristiana publicando su segunda obra titulada *La caridad discreta*. Felipe III, segun se lee en el argumento del *Hospital de necios*, habia enviado «á las cibdades y provincias de sus reinos su provision para curar de los pobres y recoger en los hospitales los enfermos y llagados,» y esta renovacion de las cédulas reales del Consejo en tiempo de Felipe II, proporciona á Luis Hurtado el pretexto, digámoslo así, de su invencion. Los necios no encuentran «casa ni hospital donde se acoger, y ansi con la mayor brevedad que darse pudo, un hijo desta patria les hizo un hospital de pluma donde se pudiesen recojer,» para olvidarse el autor á las pocas lineas de que corria á su cargo la fábrica de este edificio imaginario, cuando dice que vio

en medio de un predejal  
una casa ó hospital  
donde imaginé que mora  
alguna gente bestial

En la conclusion de la fábula añade:

Vista tanta necesidad  
en hospital sin abrigo,  
al fiscal le dixé: amigo  
sacádme por charidad  
no me vea algun testigo.

Este hospital no era obra de Luis Hurtado: no podia ser—la alegoría era insostenible porque el hospital de necios es el mundo. Por de pronto, aunque hubiese fabricado este asilo no sería de pluma—metáfora gongórica que equivale á decir, un libro—sino de piedra sillar.

El ingenio, enfermo y dolorido de amor, comienza á caminar por un peguajar desconocido, y un nub'ado lo lleva á las riberas de amar, donde la necesidad, como hospitalera, apresta un batel para conducirle á la isla de la voluntad donde se levanta un hospital. El poeta se encuentra en el patio de ignorancia, y al revelarle á su guía los deseos que tiene de ver el interior de esta caja de reclusion, este le confía el báculo de la discrecion, sin el cual se veria en inminente peligro. Encara con el médico silencio, y comparecen á su vista el sufrimiento rector, el propio parecer confesor, el melindre limosnero, el discreto lenguaje fiscal, el no faltará dispensero, y el tiempo mal cocinero á quienes permiten el paso los porteros, descuido y poco saber.

Luis Hurtado recorre el *Hospital de necios*, y observa las salas de varones, de casados, de cortesanos, de letrados y eclesiásticos, de oficiales y de villanos, así como la sala de mugeres donde se encuentran doncellas, casadas, viudas, beatas, monjas, terceras y mundanas. Sus descripciones, á pesar de abundar en incorrecciones y redundancias, no se apartan de la sátira filosófica que emplea el poeta contra las frívolas vanidades de su época. Ya sea entre los varones ó entre las hembras, en la sala de casados ó de mundanas, presenta como incurable y contagiosa la enfermedad de los necios. Nuestros lectores reconocerán en los siguientes fragmentos de este tratado la verdad y exactitud de nuestros juicios.

Que aunque aquesta enfermedad (la de los necios)  
no es posible sanar della

es necesario ponella  
donde su peste y maldad  
no enjendre mas mal con ella.

(DIVISION.)

Con cauterios encendidos  
en los ojos y en la boca  
el cirujano les toca, (se refiere á los necios.)  
y tambien en los oídos;  
mas dábales salud poca,  
porque su mal de cualquiera  
era de suerte y manera  
que en la lengua se veia  
y á la boca les salia  
como enfermedad lijera.

(IDEM.)

Que al necio no ha de hazer  
el alma mas bien ni mal  
que hace al puerco la sal  
para no se corromper.

(SALA DE VARONES.)

Cuando el necio habla, yerra,  
por lo cual torna á enfermar,  
y aun descubre con callar  
sus faltas, pues hace guerra  
con malicias y pesar,  
y es malicioso sin freno,  
como el vaso de agua lleno  
que de ceniza henchido  
el agua no se ha vertido;  
ni el necio vacia su seno.

(IDEM.)

De la escriptura me acuerdo  
que dice que en un arado  
no sea el asno y buey atado,  
ni menos el necio y cuerdo  
deben comer un bocado;  
y en Atenas se temia  
cuando el sabio merecia  
la muerte pública y fiera:  
un necio el verdugo era  
y la espada su porfia.

(SALA DE CASADOS.)

Que el necio no puede ser  
remediado con saber,  
porque pensando es sciente  
no procura de aprender;  
que si estudia es comparado  
al que al sol mucho ha mirado  
teniendo alguna ceguera  
que le queda muy entera,  
y ansi es el necio letrado.

Si en alguna fantasia  
se funda, queda tan tieso  
que no habrá discreto seso  
que le ponga en otra via  
y ansi sigue su proceso:  
porq' es á la piedra igual  
que parece pedernal  
y es de otra generacion  
que aunque toque el eslabon  
no da de lumbre señal.

Y si al necio amenazais  
es lijero de forzar



y malo de porfiar,  
que piensa si le rogaís  
que le quereis engañar:  
conviene ser respondido,  
castigado y corregido,  
porque no piense q' sabe  
y de necio no se alabe  
que quedastes dél vencido.

(SALA DE LETRADOS Y ECLESIASTICOS.)

Que mas puede preguntar  
un necio sin acertar  
que cient sabios responder,  
porq' el necio dice luego  
lo que sabe, tuerto ó ciego,  
y el cuerdo á su tiempo muestra  
lo que experiencia maestra  
ha guisado con su fuego.

(SALA DE OFICIALES.)

Un mote vi que decia:  
en piedra yerba no nace,  
ni en el hombre necio yace  
sciencia ni filosofia,  
antes como bestia padece:  
que si se pierde el prudente  
su caída no se siente,  
que desciende y sube luego  
como cuando baja el fuego,  
y el necio cae de repente.

Es peligro descubrir  
á ningún necio el secreto,  
porque le será sujeto  
hasta el fin de su vivir,  
el cuerdo, yo le prometo;  
y mas que el necio fundado  
no sanará por letrado,  
ni por rico ni contento,  
que viene de nacimiento  
este mal desesperado.

(SALA DE VILLANOS.)

Porq' el q' una vez enferma  
yo le aconsejo que duerma,  
que tarde podrá sanar  
de tal llaga en tierra yerma.

Que el necio no puede amar  
si es necio naturalmente,  
que es para amar impotente.

(MUNDANAS.)

(Continuará.)

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

## ANGELO.

(Continuacion)

Yo habia salido de Italia, niño, inocente, corazon puro y crédulo, figurándome que el mundo todo era una mansion de ángeles buenos: pensaba que no tendria que decir mas que, tengo sed, y mil brazos se estenderian para acercar á mis labios la bebida que los refrescase; tengo hambre, y otros mil se disputarian el proporcionarme el alimento; quiero amor, y entonces al escuchar esta palabra mágica, en cada muger encontraria el cariño de la madre que la muerte me habia arrebatado, y en cada hombre un padre afectuoso, un tierno hermano, un cariñoso amigo... ¿Y ahora?—Ahora volvia con el escepticismo y el dolor en el corazon, despreciando la religion que mi madre me habia enseñado á venerar.

Penetré en Italia en la estacion del verano. Al contemplar el puro brillo de su cielo, los bosques de naranjos y palmeras, que cubren las risueñas costas de su mar; al escuchar los cantos de los labradores; al ver las voluptuosas danzas de la siega acompañadas de los roncós golpes del pandero, y á las que la robustez de las jóvenes, la indescriptible ligereza de las Hitellas, con sus airosos y elegantes trajes dan un carácter tan fantástico; al admirar todo esto me dije:—Aquí, aquí es el paraíso de las buenas almas; es imposible que bajo un cielo tan puro, y en donde la naturaleza se muestra tan seductora, existan corazones perversos.

—Suelo, exclamé, suelo que oiste mi primer vagido y que sorprendiste mi primer sonrisa; suelo en donde yacen los restos de la que fué mi madre, recibe á tu hijo benigneamente; que en tu seno encuentre la felicidad tan ansiada; que en tu seno halle un corazon que me comprenda, una mano de amigo que estrechar, y al fin de mi vida una tumba ignorada cubierta con el azulado manto de los cielos, y regada tan solo por lágrimas queridas. En lo alto de una colina, descendiendo de los Alpes, hay un pequeño pueblecillo alfombrado de risueñas campiñas, sombreado por limoneros y palmeras, y cuyos bordes lamen suavemente las olas de un mar siempre tranquilo.—Se compone de una veintena de casas; una pequeña iglesia, cuyo campanario coronado por una cruz de hierro descubre á lo lejos los pescadores desde el fondo de sus barcas; á esta iglesia se halla pegado por la parte que domina al mar el presbiterio, y á este un cementerio reducido, oculto á las miradas de los profanos por una blanca tapia.

En este pueblecillo me detuve algunos días porque me sentia algo enfermo. Por las tardes venia á visitarme á la casa en que me habia hospedado el sacerdote que lo regia.—Era un anciano de un semblante en que la gravedad y la dulzura se hallaban confundidas; su mirada era profunda, y con ella parecia leer en los corazones humanos; sus blancos cabellos formaban alrededor de su frente como una de esas aureolas de plata que rodean la cabeza de algunas imágenes. Este médico de las almas curaba tambien las enfermedades del cuerpo. Me preparó por sí mismo algunos medicamentos y refrescos; pero habiendo notado que una verdadera y peligrosa enfermedad residia en mi alma, procuró que nuestra conversacion versase sobre la religion cristiana, y habiéndole respondido yo con una franqueza expansiva, aquel anciano venerable comenzó á exhalar gemidos de dolor, cojió una de mis manos entre las suyas, y estrechándolas amorosamente, me rogó con copiosas lágrimas le contase la historia de mi vida, empleando la misma franqueza de que habia usado antes.

Le conté como á vos el abandono en que me habia dejado la muerte de mi madre; la frialdad y el rigor con que me acogieron mis tutores; las expresiones injuriosas que continuamente oia sobre mi nacimiento; mi genio veleidoso, la ninguna simpatía que habia encontrado en todas las personas que habia conocido: le conté tambien mi inocente amor á Wilna, su pronta muerte, mis viajes, las impresiones que en ellos habian recibido, mi desprecio hácia la religion cristiana, mis dudas sobre la existencia de Dios, y en fin le manifesté claramente todos los secretos de mi alma.

Concluida mi narracion, el anciano se levantó gravemente, y sin dejar de estrechar mi mano, me arrastró hasta el hueco de una ventana desde donde se descubria el mar y la campiña, el mas bello panorama que hayan contemplado los ojos de los mortales. Era ese momento misterioso la hora del crepúsculo, en que el sol acaba de ocultarse á nuestra vista, para ir á alumbrar otras regiones; aun á lo lejos se percibian algunas nubes doradas por sus reflejos, que coronaban los bosques de palmeras, que mecian armoniosamente sus enlazadas ramas. La luna con su acompañamiento de estrellas, saliendo del seno de las ondas, remontaba por el azul del cielo su curso majestuoso: las velas de las barcas teñidas de plata por sus rayos y balanceadas por el soplo de la brisa nocturna, parecian una tropa de blancos pájaros marinos; las gotas de agua que se escapaban de los remos, brillaban como diamantes suspendidos por un hilo invisible. Los cantos monótonos de los pescadores, los trinos de los pájaros que despedian al día, los quejidos de las olas al morir en las riberas, el mugido de los bueyes, el valido de las ovejas y los vibrantes y pausados golpes de la campana de la iglesia que señalaba la hora de las ánimas, formaban la orquesta de tan majestuoso teatro.

El rostro de aquel venerable sacerdote se revistió en aquel momento de una gravedad imponente; su frente, sobre la que venia á morir un rayo de la luna, parecia brillar con el fuego de la inspiracion divina; y con una voz pausada y vigorosa exclamó así:

—Decidme, joven desgraciado, á la vista de ese globo de fuego que se oculta á nuestras miradas para regocijarse con su lumbré á otros países; á la vista de ese astro de apacibles destellos y de las innumerables estrellas de que se halla tachonado ese inmenso dosel de la naturaleza, ese cielo azulado, pequeño pliegue del manto con que el Señor oculta su morada; al escuchar el armonioso y universal concierto con que ese mar, esos bosques, esas aves y esos ganados proclaman



su eterna omnipotencia; al contemplar todo esto, repito, ¿vuestro corazón podrá dudar de la existencia de un Dios? ¡Ah joven infeliz! no es en los libros dictados por las pasiones de los hombres donde se aprende á conocer la grandeza y existencia del Eterno, sino en las páginas elocuentes de esa obra llamada naturaleza. Sí, joven; preguntad á la mas humilde flor de las praderas á quién envía los deliciosos aromas que exhala; preguntad al fogoso toro á quién saluda con sus mugidos; preguntad á la reina de las aves que remonta su vuelo hasta el fondo de las nubes, y contempla al sol en todo su esplendor, á quién admira en los espacios que recorre, y todos, todos os responderán conformes que al Dios omnipotente que rige el universo. En cuanto á vuestro desprecio á la religion cristiana, ¡cuán insensato fuisteis! ¡cuán infortunado os habeis hecho con no haber venerado sus máximas divinas! ¿Por qué, hijo mio, no habeis confiado en esa religion celestial, que hace que todos nos consideremos como hijos predilectos de un padre siempre cariñoso, y que nos enseña á sufrir con nobleza nuestros infortunios? Vos, hambriento de amor y de ternura, ¿por qué no habeis confiado en esa religion que es la religion de todos los que padecen? ¿por qué no habeis encerrado en vuestra alma la esperanza que ella proclama como una virtud divina, y con la que fortalecen su corazón los desdichados? ¿Por qué, hijo mio, abandonasteis esa religion que fué tambien la religion de vuestra madre? ¡Ah! vos que recordais con tanto placer los momentos en que ella os enseñaba á rogar por todos los que lloran sumidos en el infortunio, por todos los que padecen persecuciones injustas, por los caminantes extraviados, por los que se hallan entregados á la terrible furia de los mares, considerad que en este mismo instante esa religion divina abre los labios de millones de seres que ruegan al Señor por que se aplaquen todas vuestras desdichas. Sí; la religion que inspira estos sentimientos solo puede venir de lo alto de los cielos. Volved, joven desdichado, volved al seno de la religion de Cristo, y no desesperareis creyendo en sus palabras de encontrar corazones compasivos que os amen, que floren cuando vos lloreis, y que se regocijen con vuestras alegrías. Volved á la religion de vuestra madre, cuyas cenizas se conmovieron de gozo en el fondo de la tumba, y os persuadiréis de que es imposible que lo mas puro que depositó el Señor en nuestros corazones, el amor á nuestros semejantes, se evapore y apague bajo el hielo de la inercia.

Estas y otras mil palabras pronunciadas por aquel respetable sacerdote, resonaron en mi corazón despertando un mundo entero de ideas apagadas, como las majestuosas armonías del órgano resuenan en los templos despertando los ecos adormidos en sus bóvedas. Verti copiosas lágrimas, y tal cúmulo de emociones sentía, que enmudecieron mis labios, y me faltaron palabras para responderle. — ¡Ah! ¿qué nuevos sentimientos se despertaron en mi alma! ¿Cómo habian estado tanto tiempo mis ojos cerrados á la luz? Ahora iba á nadar en un inmenso mar de amor, de delicias, de alegría. Todos los desgraciados iban á ser mis hermanos, y vertiendo en sus almas el bálsamo del consuelo, me lo retribuían ellos igualmente; penetraría en las chozas de los pobres, y derramando en ellas la abundancia de que yo gozaba, sus habitantes me pagarían con escaso tan leve favor con un tesoro de agradecimiento y de cariño; allí encontraría jóvenes hermosas y puras y tiernos compañeros... ¡Dios mio, Dios mio! ¿Cómo habian estado tanto tiempo mis ojos cerrados á la luz?

Me arrojé á las plantas de aquel anciano sacerdote y le rogué implorase del que le habia concedido la facultad de atar y desatar el perdón de mis culpas, y me concediese la gracia de perseverar hasta el sepulcro en aquella religion celestial, que él habia venido á sellar con su divina sangre.

Desde entonces dejé de ser tan desgraciado; y la esperanza, precursora de la felicidad, penetró en mi corazón. Me propuse pues pasar la estación del verano en aquel delicioso pueblo. Habia contraído relaciones con casi todos sus habitantes; acompañaba á la pesca á los viejos pescadores; asistía con los labradores á la recolección de las cosechas y á las alegres fiestas que siguen á la vendimia; ó recorría los sitios mas pintorescos acompañado del viejo sacerdote y de su hija adoptiva.

Figuraos una joven, de quince años de edad, alta y de un talle tan esbeto y flexible como un junco, de un rostro verdaderamente italiano, tostado por el sol abrasador del país, de ojos grandes, negros y rasgados, á través de los cuales podría leerse en el fondo de su alma, como se observa en el fondo de un lago, á través de sus ondas cristalinas; de cabellos tan negros como las alas del cuervo, los cuales cubiertos con la airosa toca italiana, se hallaban rizados y vueltos hacia ambos lados; de una frente espaciosa, como los peinados de las estatuas griegas. Si á todo esto añadís una voz lenta y melodiosa que sonaba en mis oídos como las gotas de agua que se filtran una á una en el hueco de una roca, tendréis el verdadero retrato de la hija adoptiva de aquel buen sacerdote. — Eleonora era el ángel bueno de todos los desdichados del país. Cuando habia en él algun enfermo pobre, Eleonora introducia la alegría en el seno de su familia, proporcionándole los ali-

mentos de que su miseria no le hubiera permitido gozar. — Ella velaba á la cabecera de sus lechos con el cariño de una hija tierna ó de una buena hermana: ella enseñaba á coser y á bordar á sus jóvenes compañeras; ella les enseñaba á tejer hermosas guirnalda para adornarse en los bailes y en las danzas; en fin, donde Eleonora penetraba, ninguna persona quedaba sin consuelo. La primera vez que mis ojos vieron tan hermosa criatura, sentada en el hueco saliente de un pequeño balcon, sombreado por las ramas de un laurel, cosía unas pequeñas mantillas para cubrir al hijo que una pobre muger traía en su seno.

Desde entonces no fué sola Eleonora á derramar el consuelo y la abundancia en las familias: yo la acompañaba ordinariamente en todas sus caritativas faenas; enseñaba á leer y á escribir á una porción de pobres niños; cuando á algun necesitado labrador se le morían ó extraviaban sus ganados, mis ahorros pronto le proporcionaban el placer de poseer otros; regalaba á los viejos pescadores gruesos gabanes para abrigarse en tiempo de la lluvia, y cuando las mareas destrozaban sus barcas, yo era el que sufragaba los gastos de la composicion. En fin, aquellas pobres gentes me adoraban ya como á su Dios, como pudieran adorar á Eleonora.

¡Cuántas veces la ayudé á formar hermosos ramos de flores cogidas en el jardín del presbiterio para adornar con ellas los altares! ¡Cuántas veces mientras que ella bordaba, sentada en el balcon de que ya os hablé y acompañada de la vieja Beatrice, su ama de gobierno, la leía yo obras religiosas é inocentes que embelesaban nuestras almas! — Allí pasaron las horas mas felices de mi vida; allí las páginas de aquellos libros haciendo salir el rubor á nuestros rostros, nos revelaron el secreto de nuestra mútua pasión. ¡Ah! ¡con cuánta franqueza me confesó su amor, y yo con cuánto fuego la dije que sin duda era el ángel que los cielos me enviaban para labrar la ventura de mis días!...

Pero ¡ay amigo mio! en los decretos del destino estaba sin duda escrito que todas las personas que me fuesen queridas, debiera arrebatárselas la muerte de mi lado. Cuando su anciano padre habia ya consentido en nuestra union, una enfermedad dolorosa vino á desbaratar para siempre nuestra dicha. Como una cándida tórtola que sintiéndose mortalmente herida modula sus últimos arrullos á su amante inconsolable, así ella en el colmo de sus padecimientos, por no entristecerme con sus ayes, se ponía á entonar algunas canciones alegres, á las que en vano intentaba prestar animación, pues sus sonos solo me revelaban mas hondamente su dolor.

Los habitantes del pueblo, y especialmente los mas necesitados, lloraron amargamente al saber los progresos que la enfermedad hacia en su ángel tutelar: las jóvenes encendieron lámparas delante de la *Madonna* para que no las arrebatase su hermosa compañera, y prometieron despojarse de sus mejores adornos y abandonar por un año sus danzas y sus bailes, si la *Madonna* escuchaba sus súplicas; pero todo fué en vano, todo.

Una noche por fin se aumentaron horriblemente sus padecimientos: el brillo de sus ojos se apagó, y el fresco tinte de rosa huyó de sus mejillas y sus labios. Los ángeles se hallaban ya á la cabecera de su lecho para conducir su alma al cielo. Su padre adoptivo mandó tocar la campana para anunciar á la poblacion que rogase al Eterno por aquella hermosa criatura que iba á abandonar este mundo. Todos, hombres y mugeres, niños y ancianos, corrieron á la iglesia á arrojarle á los pies de los altares.

Angelo suspendió algunos momentos su narracion para enjugar las copiosas lágrimas que inundaban su rostro, y luego continuó:

(Concluirá.)

AURELIANO VALDÉS.

## DE MADRID AL CIELO.

Ante el trono de Dios llegó un cuitado  
Con mas faltas encima que pelota,  
Y el alma por mil partes sucia y rota  
Con el continuo roce del pecado.

El Soberano Juez miróle airado,  
Y el pecador, sintiendo su derrota,  
Echó á temblar, sudando cada gota  
Como un piñon, y dijo atribulado:

«¡Señor, pequé! Mi culpa es conocida;  
Pero viví en Madrid sin una blanca  
Los tres últimos años de mi vida.

—Cesa!... repuso Dios: del cielo franca  
La puerta tienes; que en mi juicio eterno,  
Nadie del purgatorio va al infierno.

F. J. ORELLANA.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO é ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.





PALACIO DE LA BOLSA EN PARIS.

París reclamaba un edificio digno para las reuniones de los negociantes, que se verificaban antes de la revolución de 1789 en el Hôtel-Mazarino, y que pasaron luego á formarse en la iglesia de los padres menores (1) y después al palacio real. Napoleon fué quien proyectó la construcción de un edificio para la Bolsa, tal cual lo exigía la grandeza de la Francia entonces, y el objeto á que se destinaba. Empezóse en 1808, y se concluyó en 1826.

Este monumento, que sirve á un tiempo para los negocios de la Bolsa y para tribunal de comercio, es un paralelogramo de 138 metros (2) de largo por 82 de ancho, rodeado de sesenta y seis columnas del orden corintio, colocadas sobre un basamento de tres metros de altura. La de las columnas es de 10 por uno de diámetro.

La gran sala de la Bolsa se halla al nivel del suelo en el centro del edificio: tiene de largo 58 metros por 23 de ancho, con mucha claridad y capacidad bastante para contener con desahogo hasta unas dos mil personas. Su pavimento es de mármol y está adornado de bajos relieves, representando la clase de negocios á que se halla destinado el edificio. A una de las estremidades de dicho salon se encuentra el estrado ó lunetas para los agentes de bolsa y corredores de comercio. Tiene otras salas á la derecha, y á la izquierda la escalera que conduce al tribunal de comercio. Son de admirar sobre todo las pinturas que adornan los arcos de la sala grande, debidas en su mayor parte á los pinceles de Abel de Pujol y Meynier. En el fondo de la sala, que sirve para tribunal de comercio, hay también hermosas pinturas, representando alegorías muy ingeniosas.

(1) Petit-Peres.

(2) Sabido es que el metro tiene algo mas de tres pies castellanos.

Se considera á este edificio como á uno de los monumentos mas preciosos de la capital, llegando á rivalizar, segun algunos, con el de la Magdalena.

Las horas destinadas á los negocios son de una á cinco en lo general, aunque la galeria está abierta al público desde las nueve de la mañana. Las señoras no entran en el salon de la Bolsa durante los negocios, pero acostumbran á pasear en las galerías por las mañanas hasta cosa de las doce.

Ultimamente, la inspección del edificio está á cargo de un comisario nombrado por el ministro de Hacienda.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID. (4)

### SEGUNDA AMPLIACION. Siglo XVII

#### LOS ARRABALES.

*Disipar en la introducción el poder de un pueblo.*  
Los historiadores de Madrid que escribieron á principios del siglo XVII, y mas principalmente el licenciado Gerónimo Quintana, que no dudó un momento en acoger y consignar todas las suposiciones mas ó menos fundadas acerca de las antigüedades de esta villa, afirman terminantemente la existencia de sus arrabales desde el tiempo de la dominación de los moros, y hablando de ellos con motivo de la

(1) Véanse los artículos anteriores.







mayor veneración. En esta santa casa, en la que vivieron y profesaron algunas personas de sangre real, y en la que yacen los restos del rey D. Pedro de Castilla, su hijo el infante D. Juan, y su nieta Doña Constanza, priora del mismo convento, y estuvieron también los del desgraciado príncipe D. Carlos, hijo de Felipe II, antes de ser trasladados al Escorial, se ofrecen como objetos del mayor interés histórico dichos sepulcros, su elegante coro, obra del insigne Juan de Herrera, la espaciosa iglesia de dos naves, sus buenos cuadros y la antiquísima pila en que fué bautizado Santo Domingo, que se halla metida en otra de plata y sirve para bautizar á las personas reales, á cuyo efecto es conducida á la Capilla Real. Antiguamente la portada de la iglesia formaba rinconada mirando á Palacio; pero hoy está cubierta esta portada y fachada del convento con una casa, y la entrada á la iglesia es lateral formada por un pórtico, obra de fines del siglo pasado.—En el portal de dicha casa contigua, que hoy se reconstruye de nueva planta y en el de la portería del convento se veían hasta el día dos lápidas muy antiguas y que debieron estar en otro sitio anteriormenete, en las que se leen las palabras que según la tradición pronunció al morir el clérigo asesinado por el rey D. Pedro en Sevilla, y aparecido al mismo en las sombras de la noche al pasar por delante de este convento.—En esta santa casa fueron recogidas por las religiosas las principales señoras de la villa durante los encarnizados disturbios ocasionados por la guerra de las comunidades, cuyos partidarios vencedores pegaron fuego al convento, que estuvo á punto de desaparecer.—Otros muchos recuerdos históricos, religiosos y artísticos, podríamos repetir relativos á este notabilísimo monasterio; pero preferimos remitir al lector á la interesante memoria histórica y descriptiva de él, que ha publicado en 1830 D. J. M. de Eguren.

Contiguo á este monasterio, en la misma manzana 404, se hallaba el otro de religiosas franciscas de Santa María de los Angeles, y tanto lo estaba, que con motivo de un grande incendio ocurrido en 1617 se salvaron en el de Santo Domingo las religiosas de aquel con solo romper una tapia medianera. Dicho convento, que habia sido fundado en 1564 por Doña Leonor Mascareñas, que vino á Castilla con la emperatriz Doña Isabel, y fué aya del rey D. Felipe II y del príncipe D. Carlos, era poco notable, y fué demolido hacia los años de 1838, alzándose hoy en su solar y en el de la inmediata huerta de Santo Domingo varias casas particulares que han transformado en espaciosas y elegantes las antiguas bajadas de los Angeles y calle de los Caños.

Enfrente del convento de Santo Domingo el Real, y en la cuesta del mismo título, existen aun dos casas principales de alguna importancia histórica. Las primeras, con el número 1 antiguo y 7 moderno, fueron propias del mayorazgo que fundó el contador Francisco de Garnica á fines del siglo XVI, y posee hoy el señor duque de Granada, vizconde de Zolina. Una parte de dichas casas (donde se alzaba un torreón en que según tradición, no sabemos hasta qué punto fundada, estuvo tambien preso algun tiempo el famoso secretario de Felipe II Antonio Perez), ha sido derribada y reconstruida de nueva planta en este mismo año. En la que aun queda en pie nació en 1681 el famoso cardenal Portocarrero, arzobispo de Toledo, que tanta influencia tuvo en la política del gabinete español en el último reinado de los monarcas austriacos y en el famoso testamento de Carlos II, que llamó al trono español á la familia de los Borbones; fué hijo del conde de Palma, y murió en Roma en 1760.—La otra casa es la señalada con el número 1 antiguo y moderno 2, con su entrada por la antigua calle de la Puebla (hoy del Fomento), y que poseen y habitan los señores duques de Frias como marqueses de Villena y condes de Oropeza. En ella creemos que vivió el de este último título, presidente de Castilla y ministro en tiempos del mismo monarca Carlos el Hechizado, y fué asaltada y saqueada por el populacho en la famosa asonada de 1699, conocida por el *motin del pan*, que ocasionó la caída y fuga de aquel magnate.

A espaldas de dicho monasterio de Santo Domingo, y entre él y el de San Martin, se forman varias callejuelas y plazoletas, algun tanto regularizadas y ensanchadas hoy con las nuevas construcciones, si bien por la mayor parte conservan sus antiguos nombres de *Costanilla de los Angeles*, calle de la *Priora*, plazuela de *Santa Catalina de los Donados*, de los *Trujillos*, calle de las *Conchas*, de la *Sarten*, de las *Veneras*, de la *Ternera*, del *Postigo* y de la *Bodega de San Martin*, de la *Flora* y plazuela de *Navalon*.—Poco es lo que ofrecen de notable estas escondidas calles; sin embargo alguna cosa queda todavía del antiguo caserio, por ejemplo las casas que forman la plazoleta de Santa Catalina; la señalada con el número 1 nuevo, que tiene su entrada por dicha plazuela y Costanilla de los Angeles, con vueltas tambien á la calle de la Priora y de los Caños, es la que fundó y vivió el famoso licenciado D. Garcia de Barrionuevo y Peralta, del Consejo del Emperador, y tronco de la familia de los Barrionuevos, tan considerada en esta villa, así como él lo fué por su estrema grandeza, liberalidad y virtudes. Llevó el título de primer marqués de Cusano, y aun hoy la poseen sus descendientes en este título, y fundó para sus hijos otros

mayorazgos, labrando para ellos no solo estas casas, sino otras dos de que mas adelante haremos mencion; instituyó varias memorias y obras pias, y la capilla propia de su apellido en la parroquia de San Ginés, donde yace enterrado.—Enfrente de esta casa, en la misma plazuela y calle de Santa Catalina, estan las otras que fueron de Pedro Fernandez Lorca, secretario y tesorero de los reyes D. Juan el II y D. Enrique IV, y convertidas por él en 1460 en albergue ó hospicio para doce hombres honrados á quien la demasiada edad quitó la fuerza para ganar el sustento. Vestían unas becas ó caperuzas de paño pardo y llamábanlos los *Donados*; pero en el día creemos que no existan ya en comunidad, ni bajo la regla que les prescribió el fundador. Estas casas debieron ser tan notables, que hay quien asegura que en ellas se hospedaron varias personas reales, y aun el mismo emperador Carlos V.—La manzana 411, entre Santa Catalina y la casa de Barrionuevo, estaba formada hasta el año presente, en que ha sido derribada para construirla de nueva planta, por la propia del apellido de Olivares, familia de esclarecida nobleza en Madrid, fundada por D. Gabriel de Olivares.—La de enfrente, que hoy ocupa el señor duque de San Carlos, pertenecía á principios del siglo XVII á las familias de Espinola y Pedrosa, y luego al marqués de la Vega.

Al principio de la inmediata calle de la *Flora*, esquina y con vuelta á la de la *Bodega de San Martin*, hay otra casa antigua, señalada hoy con el número 1 moderno, que según los registros de sus títulos perteneció nada menos que á D. Alvaro de Luna; pero aunque bastante vieja no creemos que sea del siglo XV, contemporánea de aquel célebre valido de D. Juan II.—En el trozo de calle de la *Sarten*, comprendido entre la Costanilla de los Angeles y la calle de las *Veneras*, existió hasta hace muy pocos años, que ha sido reedificada, señalada con los números 10 antiguo y 7 moderno, la casa conocida por de las *Conchas*, que ha dado nombre á este trozo de calle. Dicha casa fué de Diego de Alfaro, á fines del siglo XVI, y no sabemos si él mismo ó alguno de sus sucesores fué el que hizo construir en ella, y con ocasion de haber hecho una peregrinacion á Tierra Santa, una capilla ú oratorio, y decoró ó revistió su fachada con multitud de conchas, de que hoy se ha conservado en la renovacion de la casa una sola sobre cada balcon.

El callejon de la *Ternera*, que desde la de la *Sarten* sale á la de los Preciados, solo nos recuerda la gloriosa muerte del héroe D. Luis Daoiz, ocurrida en 2 de mayo de 1808 en la casa en que habitaba, y adonde fué trasladado herido mortalmente en defensa del parque de artillería.

A la entrada de la calle del *Postigo de San Martin* por la plazuela de las Descalzas está aun perfectamente conservada la casa que fué del secretario Alonso Muriel y Valdivieso, y es la señalada con el número 1 antiguo y 8 moderno de la manzana 393. Dicese que fué obra del famoso arquitecto del Escorial Juan de Herrera, y cuando no lo dijera la tradicion lo declararia la severidad y correccion de su estilo y gusto propio, que se revela hasta en las obras menos importantes de aquel insigne arquitecto. La iglesia parroquial de *San Martin*, que estaba frente á esta calle del *Postigo* y formaba parte de la manzana 392, ocupada toda ella por el célebre monasterio de monjes benitos, avanzaba bastante hasta dicha calle del *Postigo*, cuadrando y regularizando la plazuela de las Descalzas. La obra de los primeros años del siglo XVII, y su capilla mayor fué dotada y labrada á expensas del ya dicho Alonso Muriel, secretario de cámara de Felipe III, en cuyo presbiterio yacia en un suntuoso panteon, juntamente con su esposa Doña Catalina Medina. Tambien existian en dicha iglesia otros sepulcros notables del contador y tesorero de Carlos V, Alonso Gutierrez, dueño que fué de la casa donde hoy está el Monte de Piedad; el patriarca de las Indias y gobernador del Consejo, señor Figuerola, y el célebre general de marina don Jorge Juan (1). Era además notable este templo por sus suntuosas capillas, sus milagrosas imágenes y sus ricas alhajas y pinturas; pero fué demolido por los franceses, y no ha vuelto á ser construido, viéndose todavia desamparado el solar que ocupaba. En cuanto al convento contiguo, que aun existe en pie, y que después de la esclaustracion de los monjes ha sido destinado á las oficinas de gobierno político, diputacion provincial, bolsa y tribunal de comercio, junta de sanidad y otras varias, y hoy se halla ocupado por la Guardia civil, nada podemos decir sino que trastocado en sus fachadas, mutilado en sus torrecillas y portadas, dividido y subdividido en sus patios, escaleras, galerías y habitaciones interiores, según los diversos usos á que se le ha aplicado, ha habido momentos en que se le ha declarado ruinoso y mandado su demolicion de real orden, y otros en que se han gastado considerables sumas en pintar y decorar sus fachadas y en reformar su interior.

La plazuela de las Descalzas, centro del antiguo arrabal de San Martin, era aun en los primeros años de este siglo un reflejo fiel, una

(1) Hemos oido decir que cuando los franceses hicieron derribar di. ha iglesia, extrajeron de su suntuoso sepulcro los restos de este célebre marino, y los hicieron trasladar al Ayuntamiento, tributándole los honores de capitán general. Ignoramos en qué sitio fueron depositados, si bien tenemos que yacían ignorados en algun rincón ó sótano de la Casa Consistorial.



página intacta de la corte de la dinastía austriaca, del Madrid del siglo XVII.—Formada por uno de sus costados por la dicha iglesia y convento, y que tenía su pórtico y entrada principal frente al Postigo, y de la casa ya citada del secretario Muriel, obra de Juan de Herrera, ocupaba como en el día su frente meridional la severa fachada del monasterio de señoras Descalzas Reales, y la linda portada de su iglesia, construida según el estilo clásico por el no menos célebre artista Juan Bautista de Toledo, y continuada en el mismo estilo por el moderno D. Diego de Villanueva.—Un arco ó pasadizo de comunicación unía esta fachada con la casa que forma el otro frente de la plazuela, y que hoy ocupa el Monte de Piedad y Caja de ahorros; severo y notable edificio que fué del tesorero Alonso de Gutierrez, y mereció el honor de ser habitado por el emperador Carlos V, y en el que dejó á la emperatriz y á su hijo Felipe II al partir para la jornada de Túnez.—Al frente de este arco se alcanzaba á divisar, y existe todavía, otro notable edificio, obra del arquitecto Monegro, destinado á habitación de los capellanes y á casa de Misericordia, para doce sacerdotes pobres; y cerraba por último la plazuela al lienzo Norte con las casas del marqués de Mejorada, del duque de Lerma y otras, sustituidas mas tarde por la grandiosa y sólida del marqués de Villena, que hace esquina y vuelve á la bajada de San Martín.—Todos aquellos edificios, no solo por su gusto especial y el orden de su construcción y ornato, sino tambien por su severo aspecto y tostado colorido, revelaban su fecha y trasladaban fielmente la imaginación del espectador á la época gloriosa de su fundación. Pero vinieron los franceses y echaron abajo (sin pretexto alguno) la iglesia parroquial de San Martín, y no sabemos si tambien el arco de comunicación entre el convento de las Descalzas y la casa del Monte; si bien pudo ser suprimido anteriormente con motivo de haber recibido esta su nuevo destino. Vino después la revolución y la esclaustración de los monjes de San Martín, y se apoderó el gobierno de este monasterio; colocó en él sus oficinas y dependencias, y á pretexto de mejorar su aspecto, desmochó sus torrecillas, varió el orden de sus ventanas, y envolvió sus lienzo en el obligado colorete *beurre fraîche*, que tan en moda está en las modernas casas de Madrid. Las contiguas á las Descalzas, y que formaban parte del mismo monasterio, vendidas después y destinadas á oficinas de la hacienda, fueron tambien recompuertas y revocadas; hasta el secular Monte de piedad tuvo precision de seguir el movimiento regenerador, impreso por la opinion pública de los gaceteros, y los apremios y multas de las autoridades; así como igualmente la casa de Misericordia, que habia dado en manos de particulares, y convirtiéndose en compañía mercantil, imprenta, teatro y salones de baile, tuvo que colocarse á la altura del siglo, á vestirse de moda y encubrir sus arrugas con el consabido colorete; con lo cual y la graciosa fuente colocada en el centro de la plazuela, y adonde vino á refugiarse la estatua de la mitológica deidad que con el prosaico nombre de la Mariblanca reinaba sobre los aguadores de la Puerta del Sol, y fué lanzada de aquel sitio por el progreso de las luces y del asfalto, quedó completamente civilizada y secularizada aquella levitica plazuela; salvando empero hasta el día su clásico y religioso frente meridional con la fachada de la iglesia y monasterio; si bien es de temer que no dure por mucho tiempo en aquel traje discordante, habiéndose encargado ya las gacetas de escitar el celo de la autoridad para que les pase una buena mano de ocre y almagre, ó por lo menos que lave sus sillares con ceniza ó porcelana, y haga pintar en sus lienzo los agraciados juegos, cuadros, círculos y flores de agramillado con que acaba de embellecerse en estos días la antes citada casa frontera que labró el célebre arquitecto del Escorial.

De este celeberrimo monasterio de religiosas franciscas, apellidado de las Descalzas Reales por ser fundación de la princesa Doña Juana, hija del emperador Carlos V y madre del desgraciado rey D. Sebastian de Portugal, nada podemos decir aquí que no sea harto conocido, y solo nos limitaremos (contrayéndonos á *curiosos* recuerdo histórico) á expresar que fué construido en 1559 por el arquitecto Antonio Sillero sobre la misma área que ocupaba el palacio de Carlos V, y no sabemos si aprovechó en el murallon que mira al Postigo alguna parte de la construcción del antiguo palacio; este, del que no tenemos mas noticia, se hace remontar por algunos al reinado de Juan II, y por otros nada menos que al de Alfonso VI el Conquistador, diciendo que en él se celebraron las primeras cortes del reino en Madrid en 1539 y 40. Puede acaso presumirse la existencia de *este* palacio en el siglo XII de las propias palabras del fuero de Madrid, que menciona y hace distinción entre el *Castiello* y el *Palacio*. Pero sea de ello lo que quiera, es lo cierto que dicha serenísima princesa Doña Juana de Austria, siendo viuda del príncipe D. Juan de Portugal y Gobernadora de estos reinos de España, que habia nacido en este mismo palacio, del que era propietaria, le trasformó en convento para las religiosas de Santa Clara que trajo de Gandia S. Francisco de Borja, é ingresaron en este monasterio en 1559. En su preciosa iglesia, renovada completamente á mediados del siglo pasado por el arquitecto D. Diego Villanueva, se conserva el célebre alta mayor, obra del famoso arqui-

tecto, escultor y pintor Gaspar Becerra. En una preciosa capilla de mármol al lado de la epístola, está el sepulcro de la piadosa fundadora, sobre el cual se ve su estatua de rodillas, obra de Pompeo Leoni. En el coro está enterrada tambien su hermana la emperatriz de Alemania Doña María, que vivió y murió en esta santa casa, en la que la acompañó como religiosa profesa su hija Doña Margarita y otras varias personas reales. La fundación de este monasterio fué hecha con una magnificencia verdaderamente régia, pues no solo fué dotado con el mismo y su huerta contigua, sino con el resto de la manzana que ocupa y da vuelta á las calles de Capellanes, de Preciados y del Postigo, en un espacio de mas de 133,000 piés de terreno, con mas la casa de Misericordia para habitaciones de capellanes y dependientes con 57,000 piés, y las que hoy son del Monte de piedad con unos 12,000. Su abadesa era y es considerada como grande de España: su clerecía se componia de un capellán mayor, quince titulares, seis de altar, un maestro de ceremonias y tres sacristanes presbiteros; tenia su capilla de música y celebraba el culto con suma pompa y aparato. Hoy, con las reformas políticas, ha perdido gran parte de aquellos bienes y ha decaído mucho de su antigua magnificencia; y ya hemos dicho que las casas contiguas, vendidas después, las ocupan las oficinas provinciales de la hacienda y la tercera de tabacos, la de Misericordia dos imprentas, un teatro y diferentes sociedades mercantiles ó danzómanas. La del Monte de piedad, adquirida por la villa de Madrid á principios del siglo XVII para hacer de ella servicio á S. M., fué donada por D. Felipe V, en los primeros años del siglo XVIII, al piadoso establecimiento del Monte, fundado en 1700 por el capellán Don Francisco Piquer.

El resto de las calles de este distrito ó arrabal ofrece poco interés. La plazuela que se forma al fin de dicha calle de Capellanes lleva el título de Zelenque, y anteriormente de Juan de Córdoba, por estar en ella en lo antiguo las casas del mayorazgo que poseyó y habitó en tiempo del rey D. Enrique IV y de los reyes Católicos D. Juan de Córdoba y Zelenque, alcaide de la casa real del Pardo. Contiguas á ellas, y en el número 1 antiguo, en el sitio que ocupan hoy las modernas del señor Alvaro Benito, de la manzana 595, estuvieron las del duque de Arcos y de Maqueda, que fueron antes de la duquesa de Nágera, y enfrente de ella, donde hoy la de los Aguirres, moderna tambien, estaba la del mayorazgo de Espinosa.—La calle de Peregrinos tomó este nombre del hospital de Caballeros de San Ginés, trasladado á ella desde el otro lado del arrenal.—Del estrechísimo y tortuoso callejon que comunica entre la de la Zarza y la Puerta del Sol, y lleva el título del Cofre ó de Cofreros (*des Bahutiers*), ya se hace espresa mencion en la historia ó novela de Gil Blas de Santillana, por vivir en ella el señor Mateo Melendez, mercader de paños de Segovia, á quien vino recomendado el mismo Gil Blas.—La calle de los Preciados, en fin, que suponemos limitaba este arrabal desde las inmediaciones de la Puerta de Santo Domingo á la del Sol, no sabemos por qué razon lleva este título, aunque creemos sea el apellido de una familia habitante en ella. Pocos son los recuerdos ni objetos históricos que nos ofrece, pues casi todo el caserío es nuevo; solo existe ya algun otro edificio antiguo, como la casa número 1 antiguo y 27 moderno, que hoy ocupa la compañía de libreros é impresores y fué del conde de Mora y del secretario Ibarra; la tapia y mezquinas casas contiguas de la huerta de las Descalzas y alguna otra. En una casa moderna, señalada con el número 74, se ve una lápida, sobre la que en relieve de medio cuerpo está representado el ilustre y desgraciado general D. José María Torrijos (que nació en ella y fué arcabuceado en Málaga en 1831 por haber intentado restablecer la Constitución. Ultimamente la casa que termina esta calle, con vuelta á la Puerta del Sol y calle del Carmen, fué hasta el siglo pasado casa real de expósitos, hospital é iglesia de la Inclusa, fundada por la cofradía de la Soledad en 1567, hasta que se trasladó á la calle del Meson de Paredes. Esta casa parece renovada en el siglo último, aunque fué labrada anteriormente por la cofradía, en el sitio en que habia otras varias, y hoy está reducida á habitaciones particulares y tiendas de comercio, fue *decidida* *con* *como* *las* *manas* *R. DE MESONERO ROMANOS.*

## GEOGRAFIA UNIVERSAL.

(Continuación.)

Todas esas estrellas brillantes que veis en los cielos cada noche, no pertenecen á nuestro sistema solar; y se cree que ellas mismas son soles de que dependen otros planetas como el nuestro.

Así pues cada estrella será el centro de un nuevo sistema que tendrá aparte sus planetas, sus lunas y sus cometas. Su distancia es tan prodigiosa que no es posible medirla; solo se sabe que tienen determinados limites. Su luz parece emplea tres años en llegar á nosotros: así, si cualquiera de ellas aparece en setiembre, nosotros no lo



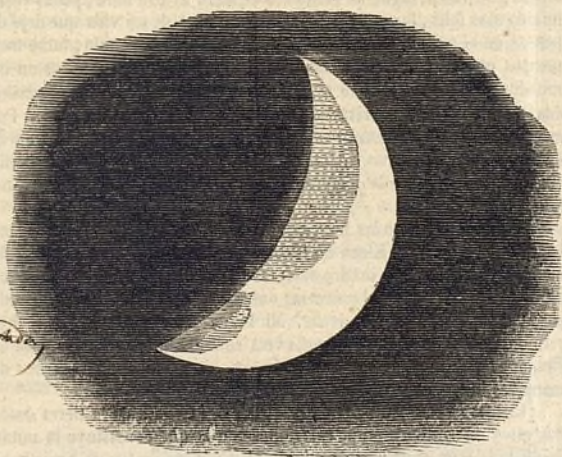
sabremos sino tres años después. La luz del sol, que dista de nosotros 54 millones de leguas, nos llega en 8 minutos y 13 segundos: esto puede servir de término de comparación.

Llámanse *estrellas fijas* porque no parecen moverse, permaneciendo á la misma distancia de nosotros, como las unas de las otras. Pueblan el infinito espacio por grupos ó *sistemas* de estrellas; y nuestro sol no será mas que una de esas innumerables lumbreras que constituyen en conjunto esa luminosa faja que habreis podido observar en el cielo durante las hermosas noches del estío, y que se llama *Vía Láctea* ó *Camino de Leche*.

Cuando se miran por telescopio las estrellas, aparecen en número infinito, pasando seguramente de cien mil; pero á la simple vista, aunque sea en la noche mas clara, solo aparecen de 6,000 á 8,000.

Forman entre si diversos grupos, llamados *constelaciones*, á quienes los antiguos, por clasificar y describir mas fácilmente las estrellas, han dado nombres de hombres y de animales. Los modernos siguen este uso, reconociendo muchas constelaciones, de modo que el globo celeste está lleno de figuras imaginarias.

En el Zodiaco, ó ruta que el sol parece seguir en el cielo, aun



La Luna.

cuando es la tierra la que se mueve, hay doce de estas constelaciones, cuyos nombres son: Aries, Tauro, Géminis, Cáncer, Leo, Virgo, Libra, Escorpio, Sagitario, Capricornio, Acuario y Piscis; comprendiendo la primavera las tres primeras, las segundas el estío, y así sucesivamente hasta las últimas que pertenecen al invierno.

## EL DOCTOR AZPILCUETA.

En el siglo XVI, tan extraordinario por la multitud de hombres esclarecidos que produjo, por el vuelo que tomaron en él todos los ramos del saber humano, y por haber sido el verdadero siglo de oro de las ciencias en España, hé aquí que un varón, nacido en Navarra, educado en Castilla la Nueva, ilustrado en Francia, ensalzado en Castilla la Vieja, buscado y premiado en Portugal, y coronado, por decirlo así, en Roma, resplandeció é iluminó, cual astro de primera magnitud, durante seis décadas de dicho siglo, y mereció ser llamado por antonomasia el DOCTOR NAVARRO, y enumerado con este renombre por la posteridad entre los hombres célebres.

Martin de Azpilcueta vino al mundo el día de Santa Lucía, 13 de diciembre de 1495, en Barasuain, villa á cuatro leguas de Pamplona, habiendo recibido el ser de dos familias ilustres y antiquísimas, de una de las cuales, la paterna, brotó trece años mas tarde otro insigne vástago, el Apostol de las Indias San Francisco Javier. Siendo todavía de tierna edad tomó Azpilcueta el hábito de canónigo reglar de la real iglesia colegial de Roncesvalles, y después de estudiar las artes liberales, filosofía y teología en Alcalá de Henares, trasladóse á Francia, acaso (y sin acaso) emigrado, siguiendo la desgraciada suerte del último rey de Navarra, D. Juan de Labrit, que fué destronado por el Rey Católico. Después de estudiar entrambos derechos en la universidad de Tolosa, donde se ordenó de mayores, con dos beneficios de Falces y de Barasuain, su parroquia madre, tanto en dicha universidad como en la de Cahors enseñó y esplicó aquellas facultades, con tal aplauso y fama, que no obstante su cualidad de extranjero, se le ofreció

una plaza de consejero en el parlamento de París; pero rehusóla el jóven doctor, porque sus vehementes deseos eran regresar á su patria.

Llevó á cabo esta diligencia después que á exhortación suya lo realizaron sus deudos, descendientes de sangre real, el mariscal de Navarra, D. Pedro, y su hermano D. Francisco de Navarra, quien tuvo por compañero y guía á Azpilcueta por espacio de catorce años en Francia y Salamanca, y fué sucesor de Santo Tomás de Villanueva en el arzobispado de Valencia. En virtud de oposición alcanzó el doctor Navarro, en la celeberrima universidad Salamanquina, la cátedra de prima de cánones; habiendo causado una revolucion, digámoslo así, en su enseñanza con los especiales conocimientos traídos de Tolosa, así como con los adquiridos en París mejoraron á la sazón Francisco Victoria y Martin Siliceo en la misma universidad el estudio de la teología, filosofía y artes liberales. Dedicóse por espacio de catorce años con tal celo y constancia el doctor Navarro al desempeño de su magisterio, que ni en invierno ni en verano dejó un solo día de verter durante dos y tres horas los raudales de su mucha doctrina, y por otra parte, lo que es muy de notar, cuando todavía estaba humeante en los campos de Villalar la sangre de los *Comuneros*, dió tan relevantes testimonios de la



firmeza de su carácter y de lo atrevido y alto de sus opiniones en materias de derecho político (era la conciencia ilustrada y leal del hombre de la Escritura que aprendió sin ficción y comunica sin envidia), que canonizó el principio, al parecer enterrado en dichos campos, y resucitado y debatido tanto en nuestros días acerca de la *Soberanía nacional*, sustentando en pública palestra, entre otras de diferente índole, la conclusion siguiente: *Regnum non est regis, sed communitatis; et ipsa regia potestas jure naturali est ipsius communitatis, et non regis; ob idque non potest communitas ab se penitus illam abdicare*. Para inteligencia de todos la reasumiremos en castellano: *El reino no es del rey sino de la comunidad, y el mismo poder real es por derecho natural de la comunidad y no del rey; y por tanto no puede la comunidad absolutamente abdicar este poder*. Trascorridos veinte años, todavía se gloria Azpilcueta de este combate literario, llamando sublime su conclusion, *præalta*, y feliz el día en que se efectuó aquel, con aplauso de todo el concurso y de los sábios, y citando y elogiando á los principales antagonistas argumentantes, con los altos puestos á que fueron elevados de cardenales, prelados y consejeros. En Coimbra era donde se esplicaba así el político doctor, rodeado de su nueva y no menos ilustre, aunque naciente clientela: plantel frondoso lusitano de Azpilcueta por voluntad de dos reyes, según se va á indicar.

Aunque con gran sentimiento de su universidad de Salamanca, tuvo Azpilcueta que despedirse de ella y de la ciudad, porque el emperador Carlos V, accediendo á los ruegos del rey de Portugal, quiso que el doctor Navarro se trasladase á Coimbra, á fin de que su universidad, recientemente fundada por el mismo rey, adquiriera crédito y renombre con la direccion de tan gran maestro. En efecto, planteó de una manera sólida y fundamental el estudio de la jurisprudencia canónica, y después de sembrar los tesoros de su saber con el mayor



aplausos y asiduidad, cosechó en Coimbra el buscado catedrático tan opimos frutos como en Salamanca, donde fué discípulo suyo D. Diego Cobarrubias de Leiva, una de las primeras lumbreras de nuestro derecho político, civil y canónico, presidente del Consejo Real de Castilla, obispo de Ciudad-Rodrigo y Segovia, y padre tan eminente en el concilio de Trento, como por decirlo así, el grande Osio de Córdoba en el de Nicea. Este personaje (Covarrubias) escribió y sostuvo en el intróito de sus excelentes obras la soberanía nacional de Castilla y de todo pueblo, imitando á su digno maestro.

Al cabo de diez y seis años de incesante enseñanza fué jubilado Azpilcueta con la renta de 1000 ducados anuales, galardón que sufragó completamente sus deseos, habiendo por lo mismo procurado impedir que el monarca fidelísimo consumara el intento de remunerar sus importantísimos servicios con una mitra.

Por aquel tiempo, hallándose en Lisboa para navegar al Asia su pariente San Francisco Javier, escribióle dos veces de Coimbra el doctor haciéndole algunas preguntas acerca del instituto de su vida y de su Compañía de Jesús, naciente, sobre el cual y contra el cual tanto, decía, se hablaba. Respondióle el santo que no pudiendo contestarlas cómodamente por escrito, en razón de su varia y característica índole, aplazábalas para cuando se vieran siquiera una vez en esta vida, y despacio, como así lo esperaba en Dios, antes de partir para las Indias, recomendándole al mismo tiempo al portador de la carta, estudiante de su especial cariño, y aspirante con ansia al discipulado del doctor por la fama de su doctrina y disciplina escolar. No consta que se vieran los dos Azpilcuetas, pues Azpilcueta se llamaba también el Santo por su madre, yéndose el P. Javier con su reserva á las lejanas regiones de su glorioso apostolado, y quedándose el sabio y curioso preguntante con sus deseos de saber.

Tratando el benemérito jubilado de restituírse á España, solo vino en ello el soberano portugués á condición de que regresaría á su reino, donde le creía hombre necesario; y en efecto, habría tornado allá el requerido, á no habérselo estorbado en su patria, donde eran tan ansiados como en Portugal su presencia y consejos. Fué confesor de varios príncipes, y entre ellos de Doña Juana de Austria, quien siendo gobernadora de España, durante la ausencia de Felipe II, le propuso para el arzobispado de Santiago; pero rehusólo Azpilcueta, que á la sazón estaba muy enfermo en Navarra, respondiendo que «estaba mas cerca para ir al cielo que para obispar en este mundo:» ingeniosa excusa para encubrir el verdadero motivo de la negativa, que estribaba en su ardiente amor á la sabiduría, prefiriéndola, á ejemplo de su maestro Santo Tomás de Aquino, á todas las dignidades y rentas del mundo. Con igual humildad y espíritu rehusó plazas en el consejo del Rey y en el supremo de la Inquisición, ofrecidas por Felipe II. Ya cuando principió á florecer como sabio había renunciado destinos del mismo orden en el parlamento de París, como mas antes se dijo, y en el consejo de Navarra, su patria.

Durante su mansion por enfermo y jubilado académico en su amada iglesia de Roncesvalles, por los años que corrian de 1557, dió el celebrado parecer en la tierra, que luego lo homologaron é insertaron en su sentencia arbitral los diputados por el cabildo y el noble valle de Aezcoa sobre pastos y límites, imponiéndoles pagar para sí los jueces, por razón de sportulas *cada sendos pares de guantes*, de qué se abstuvo el consultor Azpilcueta por su admirable sistema de abnegación en materia de honorarios, de consultas y otros servicios, como se verá mas adelante: era hombre hecho todo para todo. El parecer comenzaba así, como en forma autoritativa: Nos el doctor D. Martin de Azpilcueta, comendador del Villar de esta santa orden de Roncesvalles, catedrático de prima jubilado, decimos, etc.

(Continuará.)

## YO, ELLA, NOSOTROS.

HISTORIA DE UNOS AMORES.

(Conclusion.)

ELLA.

En política mi Elena ódia la república, cree que el pueblo siempre es pueblo, y que por consiguiente la turba es de suyo grosera y no se civiliza; no comprende la igualdad socialista, no le cabe en su cabeza que sus tipos ideales han de ser iguales á los palurdos, y no se puede figurar que hay igualdad entre ella y la Atanasia que la sirve.

Así es mi Elena: ¿y quién no ha de amar con delirio á una muger tan idealizada, tan poética, tan sublime? Por eso yo la adoro, y eso me disculpa si he sido prolijo en enumerar sus buenas cualidades.

Varias veces hemos salido juntos á paseo; siempre hemos ido al

Retiro, al delicioso Retiro, al resumen de lo poético, porque es únicamente donde hay en Madrid arboleda, arroyos, ruiseñores, flores, patos y peces. ¡Qué hechicera iba un día que subíamos hacia la casa de fieras! Yo iba en medio, llevaba del brazo á la mamá, gruesa señora que sopla mucho cuando anda, que se mueve con dificultad y que es muy corta de resuello. Elena iba entusiasmada de oír la brisa que mueve los árboles y que parece los hace pronunciar sonidos inarticulados, pero espresivos y sublimes, porque estan llenos de melódica vaga.

De vez en cuando se percibía el monótono graznido del pato, y mi Elena me miraba llena de amor; yo me sonreía á cada una de sus miradas, y era mas feliz que Crespo y me ponía mas orgulloso que debió ponerse Luis XIV al decir: *l'etat c'est moi*. El que no ha amado en medio del campo, ante la naturaleza muda, bajo un cielo sereno y azul, entre los diversos murmullos que forma la creación,

Ni sabe lo que es amar  
Ni tiene idea del cielo.

No igualan el lujo oriental con sus perfumes y sus surtidores, ni la régia cámara, ni el aristocrático *boudoir* francés, ni la confortable alcoba, no valen, digo, un momento de amor al aire libre; pocas veces he sido mas feliz, lo confieso; es la primera vez de mi vida que dejé de pensar en el mundo para vagar por las nubes de la ilusión; hubo momentos en que me creí elevado de la tierra y me figuré estar en un mundo desconocido en que todo me sonreía. ¡Es tan bello el paisaje cuando se retrata en el cristal de los ojos de una muger adorada!... Por eso desde aquel día comprendí que los verdaderos amantes huyan de las locas y antipoéticas ciudades para enterrar su amor entre las delicias del campo: así lo hicieron Tasso, Petrarca, Rousseau y otros muchos.

Al volver de paseo las hice entrar en el café; me costó mucho trabajo: ¡oh desinterés! Elena no hubiera entrado nunca, á no habérselo mandado su madre: la madre deseaba entrar; es claro; la suegra nace glotona, como nace cruel y severa; entramos, y tomaron leche amerenzada; deliciosa bebida la leche! Mi Elena era aficionada á la leche: esto me entusiasmaba, porque me veía con ella habitando una casa de campo manteniéndonos de leche y frutas, sin tener que atracarnos de manjares vulgares y odiosos.

¡Cuántas veces me he creído el hombre mas feliz de la tierra desde que estoy en santas y puras relaciones con la que constituye la mitad de mi vida, con el pedazo de mi alma! ¡Cuántas frases de amor la he dicho! ¡Cuántas cartas llenas de ilusión la he escrito! ¡A cuántas me ha contestado! Y aquí es ocasión de decirte que Elena escribe bien, que redondea los períodos, que es muy poética, que sus frases parecen frases del conde de Vigny, y sus elevados conceptos son dignos de los de Juan Jacobo. Pero baste de elogios: aquí tienes una carta suya, elegida á la casualidad entré las 75 que tengo suyas: héla aquí, fecha 26 de Julio:

«Enrique de mi vida, de mi alma y de mi corazón! porque mi vida es muerte sin tí, mi alma es cuerpo inerte y frío si tú no le embalsamas con tu amor, y mi corazón es peña dura si tú no le ablandas con tus miradas; vuelvo á repetirte que te adoro y no podré olvidarte, porque siempre que pienso en tí, se alzan de mi corazón unos murmullos vagos que elevan mi alma á tu amor. ¡Qué felicidad es amarse como nosotros! ¡qué gran cosa es el amor! esa santa semilla que se espárcese con las miradas de dos que se aman, y que echando raíces en el corazón, dan flores y frutos bellos y poéticos como ninguna flor del mundo: así es el amor que yo te profeso: las flores que el amor ha producido en mi corazón son tuyas, Enrique mio; á tí pues mi vida entera por los siglos de los siglos.»

»ELENA.»

Esa es la muger á quien adoro, poética como un lucero, encantadora como una vibración de una lira que se percibe á lo lejos, mas melodiosa que el suspiro del fabuloso Memnon, como diría Victor Hugo. El eco del amor de Elena me confirma mas en mi idea de que el amor es la mas completa de las melodías, y todos los días me retiraba á mi casa ébrio de felicidad y de gozo.

Llegó el día en que la hablé de mi proyecto de enlazar su suerte incógnita á mi porvenir magnífico, puesto que me habían empleado en el Monte de Piedad con 6,000 reales, y efectivamente la propuse nuestra unión legítima con permiso de su madre, consentimiento suyo y anuencia del párroco. Apenas lo oyó se desmayó. ¡Cielos!... ¿tenía horror al santo vínculo? ¿sería una de esas mugeres que no ven en el matrimonio mas que el acto brutal de entregarse en brazos del hombre que la suerte les depara?... Pero no fué eso; fué un desmayo de felicidad, como se desmayan los ángeles del cielo, como se inclinan las flores sobre sus tallos.

Apenas volvió de su poético desmayo, desmayo que á haber sido yo egoísta hubiera deseado que durara una eternidad, ¡tan hermosa esta-



ba!... me echó los brazos al cuello diciéndome: ¡qué felices vamos a ser! ¡cómo te voy a adorar! ¡qué embriagada va a correr nuestra existencia! Va a pasar silenciosa y feliz como pasa el murmullo del arroyo, como las columnas aeriformes de un perfume!

Yo la miré, y en un rato no hablamos mas; pero qué lenguaje humano espresa lo que dicen unos ojos queridos que se animan ó se apagan segun las sensaciones que experimenta el alma! ¡qué poesía hay mas grande que la respiración lenta ó agitada de la muger á quien amamos!... Por eso nos embriagamos en nuestras miradas, y hubiéramos permanecido mucho tiempo en esa ilusión, si no hubiera entrado la madre á decirnos que hacia muy buena tarde y que era preciso salir á tomar el aire.

—¡Calla! me dijo Elena, no digas nada de nuestro proyecto.

Yo enmudecí, y salimos.

Tanto como dias atrás amé el Retiro, aquella tarde me pareció monótono y anti-poético; el ruido del aire me disgustaba; los arroyos me parecían llenos de cieno; todo se presentaba á mi imaginación prosaico menos ella, menos mi idolo; yo andaba sin saber por dónde; tanto que dos veces pisé los callos de mi futura suegra y una vez medio atropellé á un perrito de lanas. Esto le hizo á Elena esplanar sus ideas acerca del perro: odio el perro, me dijo; su ladrido me molesta, su carño me ofende; no concibo cómo se puede poner tanto cariño en un perro: veo siempre en el perro un animal sin gracias que come, duerme, gruñe y ladra; y además porque siempre que el diablo entra en alguna casa es bajo la apariencia del perro.

Este final me entusiasmó. Elena sabia la aventura de Misistófeles; habia leído el Fausto de Goethe; desde entonces he cobrado doble cariño al autor de Werther.

Pasaron los dias felices y entusiasmados: cada vez que nos veíamos nos amábamos mas; ella me dió pelo, me envió flores, me dió su retrato, cubrió de besos todos sus regalos, me hice una caja con tapa de cristal para ponerlos, y me pasaba las horas muertas contemplándolos. ¡Hay tanta poesia en todo lo que pertenece á la que amamos! Llegó por fin un dia en que Elena me permitió comunicar á su madre nuestro proyecto; fijamos un dia y hora, y convinimos en que seria el domingo próximo á las tres de la tarde; estábamos en vienes.

Amaneció el domingo 3 de setiembre sereno y despejado: no pude menos al asomarme al balcon de esclamar como Beranger de Napoleon:

*¡Le ciel toujours me protegel...*

Me vestí, me aicalé en regla; Pelaez se encargó de mi cabellera: ¡qué bien me puso! Hecho un querubín de Murillo. Me puse frac negro y guante blanco, y me hice charolar las botas. Es necesario, me dije á mí mismo, que el hombre sea elegante; es condición *sine qua non*, para ser enamorado; iba hecho un figurín. A la hora fijada me encaminé á casa de las que dentro de algunos instantes iban á ser mi familia; Elena me esperaba al balcon. Subí y pregunté por la madre: me recibió; me quiso hacer pasar al gabinete donde se hallaba su hija; le dije que la visita era á ella, puesto que con ella venia á tratar un asunto de sumo interés: debió comprenderme, porque se sonrió. (La madre es siempre perspicaz.) Nos sentamos y entablamos el siguiente diálogo:

—Señora, le dije, V. habrá conocido que tengo una pasión vehementemente por Elena; por ella daría cuanto soy, cuanto tengo, cuanto valgo, lo que seré, lo que tendré y lo que valdré: ella me anima á trabajar; ella me hace feliz, me ama; yo he adquirido una posición independiente: concédame V. su mano, porque si no moriré, y muy pronto.

—Enrique, me dijo, ya he conocido hace tiempo su pasión de V.; madre celosa, he velado por mi hija: V. la conviene; ella le quiere; yo le aprecio; no hay inconveniente; desde ahora puede V. considerarme como su madre; y me abrazó.

Aquí terminó mi misión: llamé á Elena, y salió ruborizada como debió estarlo el dia que por el balcon de la calle del Pozo me mandó la contestación á mi atrevida declaración. ¡Qué bonita estaba! Poco vale una rosa al lado de mi Elena ruborizada.

Le refirió su madre el objeto de mi visita en un discurso breve, conciso, enérgico y convincente: nunca abogado alguno se ha elevado como mi suegra al explicarle las ventajas del matrimonio. Ella consintió á todo con un murmullo vago, con un movimiento de cabeza significativo: abrazó á su madre, lloraron las dos; yo me enternecí, y lloré.

*que tanto puede una muger que llora.*

Ébrios de felicidad, se determinó que la boda fuera pronto: se fijó dia, y la madre me permitió que la besara en la frente. ¡Oh beso! el primero que la he dado, el mas halagüeño de los buenos momentos de mi vida! Nunca se me olvidará la impresión casta que ha producido en mí el contacto de su perfumada y suave epidermis: duró tres segundos, puedo decirlo por las palpitaciones de mi corazón; ella me apretó la mano. Fuimos felices.

Entonces hubiera yo querido habérmelas con los estúpidos detractores del platonismo: ¡qué valen los goces sensuales en comparación del ligero roce de mis labios sobre su adorable cutis!... Fijado ya todo, sali de su casa, y al verme en mi cuarto lloré; perlas de felicidad, lágrimas del corazón, verdadero holocausto de delicia y ventura.

## NOSOTROS.

Hace once meses y medio que estoy casado, queridísimo é infatigable lector, y hoy puedo decir con mas razón que ninguno los conocidos versos de nuestro gran poeta:

Aprended flores de mí  
lo que va de ayer á hoy;  
que ayer maravilla fui  
y hoy sombra mía no soy.

Vivo con mi suegra, con mi muger y con la prole: situación difícil: mi Elena ha cambiado: ahora come mucho, pasea mucho; pero cose poco, porque coser es vulgar y de mal género; me quiere, me adora; pero no es el amor antiguo; no es la ilusión de cuando íbamos juntos al Retiro; no la veo tan poética como antes; es muy distinta mi óptica; la he visto tantas veces vestirse y desnudarse! Lector, si eres joven y te casas, cuando tu muger se desnude delante de tí no la mires: cree en la experiencia; la muger sin sus atavíos es como el amazon de un coche.

La he visto comer, y no come; devora. Es tan anti-poético comer, hace tan mal efecto ver mascar garbanzos y tocino á la muger amada!

La he visto por la mañana temprano, con los ojos medio cerrados, el pelo descompuesto, la cara pálida y ojerosa, sin lavar, que me ha quitado la ilusión: lector, si te casas, duerme lo menos posible con tu muger.

Pero no es esto lo peor: por todo pasa, todo lo concibe el que quiere; aun se puede hacer ilusiones el que ama; aun puede bendecir el matrimonio el que ha llevado una muger ante los altares; aun se puede ser feliz en medio de tanta prosa; pero lo que es el colmo de lo terrible; lo que es prosaico como nada en el mundo; lo que agosta el corazón; lo que borra la ilusión para siempre; lo que acobarda y fatiga; lo que hace sudar, es lo que á mí me ha sucedido á los once meses de casado; lo terrible es verse á ese tiempo con dos hijos gemelos como yo me veo, con una Elenita y un Enriquecito, muy llorones.

¡Qué principio! ¡qué porvenir!... Callemos. Mi lengua enmudece cuando tengo que hablarte de *nosotros*, y no puedo decirte mas que estos dos grandes axiomas:

1.º El matrimonio es un gran paréntesis y solo como tal debe aceptarse; el que no le considere como un paréntesis entre esta vida y la otra, que se tire al canal.

2.º La mejor quina para la fiebre romántica es el matrimonio; la cura radicalmente.

Marzo á junio, 1835.

A. BONNAT.

## POESIAS INÉDITAS DE LUIS HURTADO.

### El Hospital de necios,

HECHO POR UNO DELLOS QUE SANÓ POR MILAGRO.

(Continuacion.)

La diversidad de los necios es asunto sobre el cual escribiría un volumen de prosa, picarescamente filosófica, el desventurado Quevedo, amigo de decir verdades—segun su propia confesion—en lo roto y poco medrado (1): Luis Hurtado ha aglomerado los modismos habituales de la gente vulgar de su tiempo, dada á la vanidad del ocio y al regodeo de la ignorancia, para revelar la insustancialidad social de los necios. Hé aqui las palabras testuales del *arancel*, fijado en las paredes del hospital:

.....  
El que con agua menuda  
por ser poca caminaré;  
el q' en seso preguntare  
por palabra tosca y ruda  
las cosas que no acertare:  
—vuestra merced es venido.  
—como señor no es partido.  
—Oh! como llueve á deshora.  
—Que frio que hace agora.  
—A donde se le ha partido.

(1) En *El mundo por dentro*.



Si algo se le cayó,  
al caer no dió en el pié  
el que dixere—Pensé.  
—Como el diablo corrió.  
—Acá está vuesa mercé.  
Quien dice—el día de marras;  
el que se pusiere en jarras  
al tiempo de pasear;  
el que está mucho en templar  
arpas, vihuelas, guitarras.

Quien se masca los cordones  
y las uñas va royendo;  
quien el mal olor oliendo  
abre mucho los cañones,  
ó—¡cómo hiede!—diciendo;  
el que dice—no pensaba.  
—No sabía.—No miraba.  
—Tiempo hay.—y—Bien está.  
—Que mañana se hará.  
—Veremos en qué parará.

—Bueno está que me dirán.  
—Descuideme en buena fé.  
—Aqueso yo me lo sé.  
—Dineros no faltarán  
porque Dios hará mercé.  
—Salir tengo con la mia.  
—Voluntad es alegría.  
—Hasta ahí puede llegar.  
—Dineros lo han de pagar  
que á la fin se acabaría.

—Esto me parece á mí.  
—El consejo es escusado.  
—A una muerte está obligado.  
—Oh! qué desdichado fui!  
la fortuna lo ha causado.  
—Ora mas no me digais  
q' aquesto aunq' no querais  
y aunque pese á San Babel  
en esto que le va á él  
dexais deso; ¿no mirais?

—Tijeretas han de ser.  
—Marido tened paciencia.  
—Si el raso no es de Valencia.  
—Mirad que negra dolencia.  
—Hostigar ni arrebozar.  
—Arrendar y arremeter.  
—Arredrar y á revolver.  
—Regazar y arreboliar.

Y todo vocablo que es  
malo al principio y al fin  
en romance y en latin,  
y el que es torpe de través  
dende la toca al chapin;  
todos estos condenamos  
y por insertos los damos  
en este nuestro arancel,  
y el que fuera contra él  
le traigan á donde estamos.

El poeta, acorde con las condiciones de su fábula, pregunta á los directores del hospital por los recursos de sus enfermerías, y aprovecha esta ocasion para presentar al público la general participacion que ofrecen todas las clases de la sociedad en el socorro y mantenimiento de los necios.

Nosotros copiamos con el mayor gusto la siguiente enumeracion.

A silencio, su doctor  
y á melindre, limosnero  
y á tiempo hay, cocinero  
y á sufrimiento, rector  
con el otro dispensero  
y al fiscal y hospitalera  
y al confesor que allí era;  
á todos ocho juntados  
pregunté á estos cuitados:  
¿hay quien dalles algo quiera?

El fiscal me respondió:  
—Tienen muchas dotaciones,  
muchos juros y raciones  
que aqui te mostraré yo  
de quien hizo donaciones;  
mira aquesta tabla llena  
de renta tanta y tan buena  
y aun dejan mas cada dia,  
q' aunque crezcan á porfia  
los enfermos, no he yo pena.

Juros, casas y dehesas,  
tierras, viñas y heredades,  
dejaron legos y abades  
con que se hincen las mesas  
de muy gordas necedades.  
Fueron ricos, lujuriosos,  
hijos de padres viciosos,  
caballeros, bandoleros,  
mozos livianos, solteros,  
viejos simples, enfadosos.

Los clérigos cazadores,  
mercaderes entonados,  
oficiales estimados,  
cofrades competidores  
y viejos enamorados,  
muchos padres descuidados,  
perezosos herederos,  
temerarios capitanes,  
señores con sus truhanes  
y mil cobardes armados.

Los que edificios labrahan  
mayormente en casa ajena  
y fundaban sobre arena;  
labradores que sembraban  
en la tierra menos buena,  
y de viudas melindrosas,  
monjas pobres y curiosas,  
de beatas trotaderas,  
mozas estimadas, fieras,  
y de viejas milagrosas.

De mil jentes que pudieran  
en los pleitos y cuestiones  
dar medios en sus pasiones  
contino pleitos tuvieran  
por seguir sus opiniones:  
de casados descontentos,  
de mezquinos y avarientos,  
de pródigos sin provecho,  
de los que á tuerto y derecho  
os juzgan los mandamientos.

De estos son las dotaciones  
que van contino dejando  
y á sí mesmos esplicando  
que con tales ocasiones  
presto vendrán á este bando.

Luis Hurtado, guiado por la *necesidad* y apoyado en la *discrecion*, reconoce que el *Hospital de necios* no es asilo conveniente para los enfermos de amor, y el *discreto lenguaje* le proporciona la salida, que viene á ser la conclusion de la obra.

Segun hemos prometido á nuestros lectores, acompañamos al poeta en su festivo y satírico reconocimiento del *Hospital de los necios*. Así pues cerramos nuestro exámen crítico sobre la invencion del ingenio, al paso que el ingenio cierra tambien la invencion de su fantasía. La cronología dispensará á la critica literaria que el prosista del siglo XIX se haya remontado á parecer contemporáneo del poeta del siglo XVI. Bien se podría cegar el profundo foso que separa ambas edades con los necios que se habrán alojado en las galerías de su hospital, desde 1582 hasta 1855.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.





PUERTA Y ARRABAL DE SAN DIONISIO.

El arco de triunfo de la puerta de San Dionisio fué erigido por la ciudad de París en 1672, según los diseños de Blondel, como recuerdo de las primeras victorias de Luis XIV, príncipe que en el corto espacio de dos meses había tomado 33 ciudades y tres provincias, que reunió á la corona de Francia. Este monumento tiene 24 metros de altura; el arco principal tiene ocho metros de anchura, 14 de altura, y en cada lado hay dos arcos de dos metros de ancho sobre tres de elevación, y sobre los arcos laterales hay pirámides en relieves, coronadas de globos adornados de flores de lis y coronas. Las facies esculpidas representan trofeos militares, la Holanda, el Rin, etc. Encima del arco y en un bajo relieve se representa Luis XIV á caballo atravesando el río. En el friso está grabada la inscripción á *Ludovico Magno*. Otro bajo relieve representa la toma de Maëstrich y otras victorias. Este monumento, que se arruinaba, fué reparado en 1807 por Cellerier, según las órdenes de Napoleón. El pueblo, en julio de 1850, subió á la puerta de San Dionisio, y desde allí disparaba contra las tropas realistas. Desde entonces ha sido uno de los puntos de reuniones populares.

### EL DOCTOR AZPILCUETA.

(Conclusion.)

Por este tiempo fué encausado y encarcelado por la Inquisición el célebre arzobispo de Toledo D. Bartolomé de Carranza á título de errores en sus escritos, y queriendo Felipe II que el primado de las

Españas fuera patrocinado por quien obtenía entre sus súbditos la primacía en saber y experiencia, obligó con repetidas órdenes al doctor Navarro á encargarse de la defensa del arzobispo. Aunque patrono y cliente eran paisanos, jamás se habían visto ni tratado, y entrambos dieron una prueba la mas inequívoca de la rectitud y pureza de sus intenciones y sentimientos, cuando diciendo el primero al segundo que si en examinando el proceso le creían reo, se convertiría de abogado en juez suyo, aceptó de plano tal proposición el prelado. Lejos estuvo Azpilcueta de reputarle culpado, y en fuerza de su convencimiento de que defendía los fueros de la inocencia, desplegó tal celo y decisión en su empresa, que habiendo sido llevado á Roma el arzobispo con la causa por orden del papa San Pío V, ni la edad septuagenaria ni los inconvenientes de tan largo camino fueron parte para que dejara de aventurarse á ir allá montado en la mula de que se servía.

En Roma, donde todavía alcanzó diez y nueve años de vida el doctor Navarro, fué muy estimado de los tres papas, que sucesivamente fueron el mencionado San Pío V, Gregorio XIII y Sisto V. Desde luego fué nombrado penitenciario apostólico al lado del cardenal San Carlos Borromeo, cuyo sucesor, el cardenal Alciato, solía decir: «siempre que falta aquí el doctor Navarro, parece este oficio un cuerpo acéfalo y sin cabeza.» En una obra manuscrita de principios del siglo XVII, existente en la biblioteca de Roncesvalles y titulada *Apología de Roncesvalles y su cabildo*, léense las interesantes noticias siguientes acerca del célebre doctor, que las confirma en parte ó las amplía D. Nicolás Antonio en su biblioteca, escrita é impresa en Roma. «Muchas veces (dice) fué llamado por la congregación de los cardenales á consultarle dubios; allí mismo sin salir y sin mas dilación los decidía, y viendo los cardenales una esciencia tan profunda y

7 DE AGOSTO DE 1835.



clara, decían de él, que como se dice del papa que tiene todo el derecho en el *scrinio* ó cerca de su pecho, así Navarro en la memoria y entendimiento.—Estimóle tanto el papa Gregorio XIII, que un día de propósito le fué á visitar á su posada, sin decir á nadie adonde iba; mas de que mandó encaminar la litera en que iba á la calle donde el doctor vivía, y en habiendo emparejado con la casa, mandó parar y salió de la litera: las gentes entendieron que salió para *tirar aguas*; mas el papa luego subió la escalera y cogió al doctor en descuido, que estaba estudiando: como le vió turbóse y echó á los piés y le adoró: las palabras que se dijeron no se sabe mas de que se sentó el papa en una silla y el doctor estuvo descubierta no queriendo sentar, y al fin le mandó sentarse por la vez en un escabelo, porque le quería hablar largo: duró la plática poco menos de dos horas: fué un favor nunca visto ni oído del papa á persona particular. El mismo papa se resolvió en darle la púrpura de cardenal y la tuvo aparejada, si no se le estorbaba...» Antes también había pensado dársela San Pío V.

Es de presumir fuese consecuencia de aquella sorprendente y prolongada plática, ó de otras, pues también las hubo, consecuencia verdaderamente satisfactoria para el *patrono* sobreviviente del ya difunto arzobispo Carranza, el que el mismo juzgador suyo, Gregorio XIII, mandase ponerle aquel honorífico y elocuente epitafio, ante el cual el viador para, admira y fluctua si el pacientísimo primado fué mas infortunado en el tribunal ó es mas glorioso en el sepulcro. ¡Conquista piadosa monumental, solo reservada al defensor Azpilcueta! Ya en el novenario solemne que celebró inmediatamente después de la tumulosa del arzobispo la comunidad de padres dominicos del convento de la Minerva, celebrando la misa cantada el vicario general, prior y otros religiosos graves, coronó los actos fúnebres el noveno día oficiando el piadoso Azpilcueta, alternando de esta manera su anterior carácter de abogado defensor en los estrados con el de sacerdote mediador en el altar.

La piedad del doctor Navarro fué tan eminente como su saber. No solo era exacto observador de los preceptos evangélicos, sino que perfeccionaba su cumplimiento con obras de supererogación, entre las que resplandecieron la beneficencia y misericordia. Mientras fué catedrático, en terminando las tareas académicas trasladábase á los hospitales y asilos de caridad, donde desempeñaba los ministerios mas humildes en beneficio de la humanidad doliente y desvalida. En cuanto á su conducta á este propósito en Roma, hé aquí cómo se explica la citada *Apología de Roncesvalles*: «Cuando le llegaba el dinero de sus rentas computaba cuanto había menester para el sustento de la casa y mesa hasta el otro plazo: aquello retenía; todo lo demás distribuía en limosnas, tanto que cuando salía de su casa á negocios precisos de la junta de la sacra penitenciaria, ó á visitas de pobres y hospitales (que á menudo lo hacía), ó cuando era llamado por el papa ó por la Sacra Congregación ó Rota, ó por algun cardenal ó por otra cualquiera ocasion, siempre iba á caballo en una mula vieja, que la llevó de España, y llevaba dos escarcelas llenas de moneda para dar limosna á cuantos pobres topase; y en viéndole de lejos luego llegaban á él como enjambrados, y daba á todos limosna, y siempre que le veían en la calle gritaban los pobres, *el santo hispanoli*, y le rodeaban y les repartía lo que tenía: hizo tanto hábito la mula en pararse cuando llegaban los pobres, que llegando uno de ellos luego paraba y el doctor decía: «algun pobre llega cuando la mula para.» Inspirado de tales sentimientos de amor al prójimo fundó en su pueblo nativo un hospital dedicado á Santa Lucía, el cual ha subsistido hasta el presente siglo.

La liberalidad y el desprendimiento de Azpilcueta fueron tales, que nunca tomó ni pidió honorario alguno por las consultas particulares que constantemente se le hacían como á un oráculo; y antes bien solía suceder que á veces tenía que añadir socorros materiales á sus dictámenes y respuestas, por presentarse personas tan menesterosas de limosna corporal como espiritual. Su austeridad no le permitía aceptar jamás convite alguno ni aun de cardenal; le hacía ayunar aun siendo octogenario toda la Cuaresma, sin alimentarse hasta puesto el sol, y mientras residía en el Paular, según se dirá al final de esta reseña, dióle fuerzas para sujetarse en todo á la severa regla de los cartujos. Su modestia nunca quiso acceder á ser retratado, á pesar de las instancias de dos cardenales; pero un diestro pintor hurló tal repugnancia trazando furtivamente su imagen mientras decía misa; imagen que luego se estampó con apropiados disticos en su vida, publicada en 1573 á *espaldas suyas*, por su discípulo belga el doctor Simon Magno, canónigo de Lieja. Su laboriosidad era tan infatigable, que solo dormía cinco horas, y fuera del tiempo que invertía en actos de religion, constantemente estaba ocupado en estudiar, dictar y despachar los infinitos asuntos que se le confiaban: método de vida que observó hasta cinco días antes de su fallecimiento, á los noventa y tres años y seis meses de edad.

La fervorosa devoción del respetabilísimo doctor fué la ocasión de su muerte. En la octava del *Corpus* acostumbra conducir procesionalmente el Santísimo Sacramento en la parroquia de que era feligrés.

En tan avanzada edad advirtióle un amigo cuán conveniente seria el abstenerse de tal diligencia que era muy cansada; pero el venerable nonagenario le contestó que lo mas apetecible y glorioso para él seria exhalar el alma y restituirla á quien se la dió, al llevarle en sus manos. Realizóse el triste presentimiento de dicho amigo, pues aquel ejercicio piadoso causó tal fatiga y desconcierto al renombrado sabio, que cayó gravemente enfermo. Al conocer que se le acercaba la última hora hizo que le leyese la pasión de San Juan, y después de repetir clara y distintamente las palabras de Jesucristo «Yo he hablado á las claras al mundo y nada he hablado á escondidas,» este Nestor del siglo XIV, este *grande hombre* según el Broense, conocido por an'onomasia con referencia á su saber y á su patria por el Doctor Navarro, llamado por su piedad y semejanza en el tener en sus manos á Jesus en la custodia, canoso y añoso, el *Viejo Simeon* en Roma, y calificado por los criticos de *teólogo entre los juristas, y jurista entre los teólogos*, espiró en paz el 21 de junio de 1586, día de San Paulino, á quien tanto imitó Azpilcueta en ser benigno, liberal y hasta pródigo con sus semejantes. Enterrósele con la mayor pompa por orden de Sixto V en el templo de San Antonio de los Portugueses, donde se le dedicó un epitafio adecuado á sus virtudes y méritos, y se le tributaron solemnisimas honras con oración fúnebre pronunciada en latin por el portugués Tomás Correa, célebre profesor de elocuencia.

Alonso Villegas, que á la sazón estaba escribiendo é imprimiendo en Toledo su *Flos Sanctorum* ó Vida de los Santos, coronó el *Apéndice* con la del Doctor Navarro, en el cual habló de cuantos fallecieron en olor de santidad. Hé aquí cómo se espresa sobre lo ocurrido en dicho templo durante la esposición del cadáver, y en Roma después de sepultado: «Llegaban todos á besar su cuerpo; algunos le despedazaban los vestidos; otros le quitaban los cabellos: trocáronle el bonete llevándolo por reliquias, de modo que fué necesario con fuerza quitarle de allí y ponerle dentro del coro porque no le dejases desnudo, hasta que le sepultaron. Luego corrían por Roma sus cuentas, sus cilicios y otros aderezos de su persona, teniéndolos en reverencia como de santo, y á su sepulcro llevaban ramos y flores, y se encomendaban á él.»

Segun D. Nicolás Antonio, que también habla de estas demostraciones piadosas, aunque no según la ciencia del sencillo pueblo, era tan delgado y enjuto de carnes cual Basilio de Capadocia, que parecia imagen de un hombre espirante mas bien que de un hombre que tuviera cabales las potencias y sentidos. La estampa que encabeza estos renglones y cuantos aparecen en las colecciones de hombres célebres, representan al doctor con el hábito y la cruz que llevó toda su vida de canónigo regular de Roncesvalles; regularidad que constituye y afianza fundamentalmente y de hecho la unidad y la estabilidad personal de aquella iglesia pirenaica é histórica, al través de los siglos y de secularizaciones voluntarias de otras iglesias. De aquella manera, en aquel religioso traje exterior daba Azpilcueta á entender al mundo con edificación, no solo en España sino en Francia, Portugal y Roma, cuán presente tenía á su iglesia, cuánto amaba la regularidad, y cuán constante é inequívoca era su adhesión. Su cabildo correspondió á la par condecorándole con las encomiendas que poseía en Castilla y Portugal; y de aqui provino el título de comendador del Villar de que usó siempre. Consérvale también aquella corporación en memoria perenne su retrato de notable antigüedad, en el que se lee con el año de su defunción: «Murió en Roma coronado de gloria por sus obras y virtudes.»

Sus obras principiaron á ver la luz en 1542, y consisten principalmente en Comentarios al derecho canónico, muy celebrados de los sabios. No se imprimieron reunidas hasta después de su fallecimiento, y entonces las prensas de Lion, Roma y Venecia las publicaron en tres tomos en folio. La obra predilecta del doctor fué su *Manual de confesores y penitentes*, puesto que afirmó el mismo haber estampado en este libro cuanto supo y escribió en otros, el cual salió á luz en castellano en Portugal y España. Corregido y aumentado púsole después en latin el mismo autor, quien vió entonces reproducirse ediciones del *Manual* en Amberes, Roma, Colonia, París, Venecia y Witzburgo: es decir, en casi todos los países católicos de Europa.

El M. Gil Gonzalez Dávila, hablando en el cap. IX de la *Historia de Enrique III* de la fundación de la Cartuja del Paular, dice: «Y tengo por una de sus grandezas el haber acabado en este real convento aquel libro de oro que escribió el santo varon digno de inmortal memoria, Martin Navarro Azpilcueta, *De Redditiibus ecclesiasticis*, que dedicó al prudentísimo rey D. Felipe II: dice que la acabó en el Paular, donde estuvo tres meses, y en él hay tradicion que salía cada mañana con un jumentillo cargado de libros, y se iba á una de las muchas fuentes que alegran aquel desierto, donde estaba hasta muy tarde, y en el tiempo que estuvo en este convento, conformándose con el estilo de la vida religiosa, no comió carne.» Publicóse este libro en España con el título de *Tratado de las rentas de los beneficios eclesiásticos*, y tradujo al latin en Roma, lo dedicó el aplaudido doctor á San Pío V. El objeto de esta obra es inculcar á los eclesiásticos que á escepcion de lo necesario



para su subsistencia, deben por ley y precepto de justicia invertir los bienes de la iglesia en socorrer pobres.

Suscite Dios en ella sacerdotes que por su piedad y doctrina sean tan ejemplares como el venerando doctor Navarro Martin de Azpilcueta.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

### RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

#### VII EL ARRABAL DE SAN GINÉS.

El caserío estramuros, no solo iba creciendo en dirección al Norte y en la barriada ó burgo de San Martín, sino también, y muy principalmente, hacia el lado oriental, desde la puerta de Guadalajara á la del Sol, y entre Oriente y Mediodía, desde la plaza Mayor á la plazuela de Anton Martín, y luego á la de la Cebada; de cuyos grupos de caserío, reunidos como ya hemos dicho en el artículo anterior, al otro de San Martín, vino á resultar la segunda ampliación de este pueblo y su incorporación á la parte murada de él por medio de la nueva cerca de los siglos XIII ó XIV de que ya queda hecha mención y detallada hasta la puerta del Sol. Desde aquí, según parece, internándose bastante trecho por el camino de *San Gerónimo*, torcia luego, formando escuadra, á buscar la recta de la plazuela de Anton Martín, donde se abrió otra puerta de entrada, y revolviendo en dirección de Poniente seguía hasta la esquina de la calle de Toledo, entre San Millán y la Latina, atando por fin con la antigua muralla de Puerta de Moros.

Son, como vemos, tres los trozos principales de caserío que después de formarse independientemente como arrabales, vinieron á ingresar de consuno en la antigua población principal, á saber, el de *San Martín*, el de *San Ginés* y *Santa Cruz*, y el que llamaremos de *San Millán*. Pero el primero, dividido como lo estaba naturalmente de los otros por los barrancos de los Caños del Peral y el terreno arenoso y erial que mediaba entre la antigua muralla y el monasterio de *San Martín* hasta la puerta del Sol, venía á formar una burgada completamente separada de la central, comprendida entre la parroquia de San Ginés y la plaza Mayor, y que se extendía en longitud desde la puerta de Guadalajara hasta la de Anton Martín. Esta parte central y mas importante del nuevo caserío es la que por espacio de tres á cuatro siglos (hasta mediados del XVI en que se trasladó la corte á esta villa) es la designada por autonomías en los documentos y en el lenguaje vulgar de la época con el nombre de *el arrabal de Madrid*, añadiéndose únicamente en algunos de aquellos las palabras á *San Ginés* ó á *Santa Cruz*, según la inmediación á aquellas dos antiguas parroquias. Siguiendo pues aquella natural subdivisión, le consideraremos parcialmente en ambos trozos; el primero, comprendido entre la calle del Arenal, puerta del Sol y subida de Santa Cruz á la Plaza; y el segundo, desde esta y calle de Atocha hasta Anton Martín, terminando en la Carrera de San Gerónimo y puerta del Sol.

Ya queda dicho en los artículos anteriores los desniveles y barrancos que mediaban entre la calle de las Fuentes y los Caños del Peral. Estos profundos desniveles (de que aun queda notable muestra en la antigua calle de los Tintes, hoy de la *Escalinata*) servían de cava ó foso exterior á la antigua muralla, y fueron desapareciendo con el tiempo para formar la esplanada donde hoy se alza el Teatro Real y la nueva plaza de Isabel II; sin embargo, aun han podido nuestros padres saborear una buena parte de aquellos despeñaderos en las calles (que no existen ya) de *San Bartolomé*, plazuela de *Garay* y de *Quebrantapiernas*, que desde la tortuosa del *Espejo* los conducía ó mas bien les precipitaba en los *Caños del Peral*; y á la espalda de este edificio, en la subida á la plazuela llamada del *Barranco*, que estaba frente de la calle de las Fuentes, y con un saliente irregular que hacia la casa del marqués de Legarda, cerraba el paso á la calle del Arenal; hasta que con el zerrillo de dicha casa, en tiempo de los franceses, y la nueva alineación de la manzana 402 continuó rectamente dicha calle del Arenal en su primer trozo desde el teatro de los Caños á San Martín. No llegó sin embargo José Napoleon á realizar su pensamiento de seguir la ampliación de dicha calle, hasta poder ver la puerta del Sol desde los balcones de Palacio, y fué ciertamente lástima, pues cada día se hace sentir mas la necesidad del ensanche y regularización de tan importante vía. Esta, según se asegura, no tomó forma de calle regular hasta los principios del siglo XVI en que fué terraplenada con los desmontes hechos para formar las calles altas de *Jacometrezo* y *Desengañó*, si bien á uno y otro lado del Arenal, de

que le quedó el nombre, se fueron levantando anteriormente algunos edificios, siendo sin duda alguna el primero y mas importante el de la iglesia parroquial de *San Ginés*.

Sobre la fundación de esta parroquia tambien han discurrido largamente, y con su consabido entusiasmo, los cronistas de Madrid *Dávila*, *Quintana* y *Pinelo*, suponiéndola muy anterior á la dominación de los árabes, y añadiendo que fué parroquia muzárabe y que en sus principios estuvo dedicada á un *San Ginés* mártir de Madrid en tiempo de Juliano Apóstata, por los años de 372; pero todas estas suposiciones corren parejas por lo gratuitas con lo del dragon de los griegos, en *Puerta Cerrada*, y las inscripciones caldeas del *arco de Santa María*, y fueron ya contradichas con mucha copia de argumentos por el erudito Pellicer y otros críticos modernos. Lo único que se sabe de cierto es que ya existía esta parroquia por los años de 1538, y que estaba dedicada como hoy á *San Ginés de Arlés*; infiriéndose que pudo ser fundada á poco tiempo de la conquista de Madrid y con motivo del crecimiento de sus arrabales; pero arruinada su capilla mayor á mediados del siglo XVII, en 1642, porque su mucha antigüedad no permitía ya mas duración, fué menester derribar todo el resto, levantando de nueva planta el templo, lo que se verificó á costa de Diego de San Juan, devoto y rico parroquiano que gastó en la obra 60,000 ducados, celebrándose la inauguración con una procesión y fiesta solemne á 25 de julio de 1645. Esta iglesia es clara y espaciosa, con tres naves y varias capillas laterales, entre las que es muy notable la del *Santisimo Cristo*, que es de crucero y con cúpula, y cuya antigüedad es tanta, que ya fué renovada en el siglo XIV y reedificada á mediados del XVII. Tiene muy buenas esculturas y retablo, y debajo de ella está la *Santa Bóveda* en donde las noches de la Cuaresma se celebran ejercicios espirituales de oración y disciplina. La torre de esta parroquia remata en una aguja con su cruz que viene á ser un verdadero para-rayos, pues sirviéndole luego de conductores las aristas del chapitel, representa en algunas ocasiones el fenómeno de aparecer iluminadas con no poca sorpresa y alarma de los vecinos y transeúntes. Este fenómeno fué observado ya á principios de este siglo por un monje de San Martín; y sobre él publicó en 1816 un folleto el señor cura de dicha parroquia. El 16 de agosto de 1824 sufrió esta iglesia un horroroso incendio, en el que pereció el gran cuadro del altar mayor, obra de Francisco de Rizzi.

De las casas de la nobleza madrileña que fueron cubriendo ambos lados de la nueva calle del Arenal en el siglo XVI, apenas queda ninguna ya, habiendo desaparecido para dar lugar á modernas construcciones la de *Olivares*, que hoy se ve de planta con el número 30; la de la *duquesa de Nájera* que daba vuelta á la plazuela de *Zelenque*; la del conde de *Fuente Ventura* á la otra esquina; la del *duque de Arcos* y de *Maqueda*, sustituida hoy por la elegante y magnífica del marqués de *Casa Gaviria*; la del conde de *Fuentes*, que formaba la esquina de la puerta del Sol y calle Mayor; y quedando solo en pie (aunque muy renovada), la del conde de *Torrubia*, que fué del duque de *Lerma*, número 22 nuevo, frente á San Ginés; las del conde *Juan Sarmiento*, que hace esquina al callejón nuevamente abierto á la calle Mayor, y las que fueron de la *marquesa de Torresoto*; y hoy sirven de cocheras y dependencias de la frontera del señor conde de *Oñate*; pero estas dos últimas están amenazadas de inmediata demolición, y probablemente no terminará el año actual sin que ambas desaparecen.

Ningun recuerdo ni objeto particular de interés histórico ó artístico nos ofrecen las calles que median entre la del Arenal y la Mayor, y llevan los nombres de *las Fuentes*, de *las Hileras*, plazuela de *Herradores*, de *Coloreros*, *Arco de San Ginés*, y de *Bordadores*. El callejón llamado de la *Duda*, ocupado actualmente con los comunes públicos, sospechamos que pudo tomar su nombre misterioso del objeto pudiendo á que estuvo destinado el edificio que le ocupó hasta mediado el siglo XVI. En el archivo del ayuntamiento se encuentra original una real cédula de D. Carlos I y la reina Doña Juana, con fecha 28 de julio de 1541, cometida al corregidor de Madrid, en la cual se le previene que las casas de la *mancebia pública*, que estaban cerca de la puerta del Sol (en el sitio mismo que ahora ocupa dicho callejón y el palacio del señor conde de Oñate), se trasladasen á otro punto mas distante y apartado del camino que iba á los monasterios de San Gerónimo y de Atocha, á cuya solicitud se mandaba dicha traslación para evitar los escándalos que presenciaban los fieles que concurrían á dichos monasterios. Después de una recia oposición de los dueños, se llevó á cabo dicha traslación, comprándose para ello por la villa un sitio que tenia Juan de Madrid, mercader, y estaba á la *cava de la puerta del Sol* (en el mismo donde después se fundó el convento del *Carmen calzado*), cuyo sitio fué cedido al licenciado de la *Cadena*, *Maria de Peralla* y *Francisco Jimenez*, dueños de la *mancebia*, por indemnización de la que se les mandaba cerrar en la calle Mayor, y para poder construir la otra nueva. Dos de los once sitios que forman la superficie de los 54,503 pies que ocupa el dicho palacio de los condes de

(1) Véanse los artículos anteriores.



Cardinal Oñate

Oñate, pertenecieron (según los registros originales de sus títulos) á los herederos de dichos *Jimenez y Peralta*.

Esta casa-palacio, una de las mas espaciales é importantes de la grandeza, debió ser construida á fines del siglo XVI, si bien la portada y balcon principal es obra del XVII ó principios del pasado, al estilo apellidado *churrigueresco*, tan encomiado y seguido entonces como acaso injustamente censurado después. A dicho balcon principal solian asistir las personas reales en ocasiones solemnes, y desde él presenció Carlos II y su madre Doña Mariana de Austria la entrada de su primera esposa Doña Maria Luisa de Orleans, el dia 13 de enero de 1680, cuya ceremonia describe la *marquesa d'Aunoi* en sus preciosas *Memorias*, en los términos siguientes:

«Luego que S. M. estuvo adornada con los diamantes de ambos mundos, y cuando se hubo puesto un rico sombrerillo adornado con plumas blancas y realzado con la preciosa perla llamada *la Peregrina*, la mas bella de las perlas célebres, montó en un brioso alazán andaluz que el marqués de Villamayna, su caballero mayor, llevaba de la brida. La riqueza del traje añadía nuevos encantos á la belleza y majestad de la reina, y toda ponderacion es poca para pintar la grandeza y lujo de su comitiva: S. M. hizo un ligero saludo al pasar por delante de la casa del conde de Oñate para saludar al rey y á su madre que estaban en sus balcones. En seguida se dirigió á Santa Maria, donde el cardenal Portocarrero entonó un solemne *Té-Deum*.

»Al salir de la iglesia la reina pasó por bajo de varios arcos triunfales, y entró en la plaza de Palacio en medio de las aclamaciones de un inmenso pueblo. Pomposos carros y graderías, con muchos personajes alegóricos, fábulas y emblemas le enviaban las felicitaciones mas cordiales. Los magistrados y autoridades, ricamente vestidos, la arengaron en español y en francés; el Ayuntamiento la ofreció las llaves de la villa, y los grandes de España acudieron á cumplimentarla con todo su magnífico séquito. Llegada á palacio, el rey y su madre bajaron á recibirla al pié de la escalera, y después de haberla abrazado tiernamente la condujeron al salón real, donde toda la corte se postró á sus piés y besó respetuosamente su mano.»

A las puertas mismas de esta casa palacio tuvo lugar tambien, en la noche del 21 de agosto de 1622, la terrible catástrofe del asesinato cometido ~~de~~ un pistoletazo en su propio coche, en la persona del mordaz aunque ingenioso poeta D. Juan de Tarsis y Peralta, conde de Villamediana, y de la misma casa de Oñate, atribuido generalmente á celos de Felipe IV contra aquel arrogante y presuntuoso ingenio; terrible suceso que por lo misterioso y audaz dió motivo á tantos comentarios, versos y leyendas contemporáneas.

«Mentidero de Madrid (1),  
decidme ¿quién mató al conde?  
Ni se dice ni se esconde,  
sin discurso discurrid.  
Unos dicen que fué el Cid,  
por ser el conde Lozano;  
disparate chavacano;  
pues lo cierto de ello ha sido  
que el matador fué Bellido  
y el impulso soberano.»

«Aquí una mano violenta,  
mas segura que atrevida,  
atajó el paso á una vida  
y abrió el camino á una afrenta;  
que el poder que osado intenta  
juzgar la espada desnuda,  
el nombre de humano muda  
en inhumano, y advierta  
que pide venganza cierta  
esta salvacion en duda.»

(Continúa.)

R. DE MESSNERO ROMANOS.



## PALABRAS DE UNA MADRE Á SU HIJA.

Justo es, hija mia, que estando pronta á aparecer en el mundo, te enseñe algunos principios que te fortifiquen contra un elemento tan desconocido y peligroso.

Ante todo lleva por delante de tus pasos la religion, y nutre tu corazón de los sentimientos que ella te inspire, sosteniéndolos por reflexiones y lecturas convenientes.

Nada hay mas preciso que conservar ese sentimiento que nos hace amar y esperar, que nos da un porvenir agradable, que hace iguales todos los tiempos, que asegura todos los deberes, que nos responde de nosotros mismos, y que nos garantiza respecto á los demás.

¿De qué recursos no te proveerá la religion contra las desgracias que te amenacen? Porque cierto número de desgracias te está destinado, pobre niña!... Un anciano decia que se envolvía en el manto de la virtud; envuélvete pues en el manto de la religion, y te servirá de arma poderosa contra las debilidades juveniles, así como de seguro puerto en edad mas avanzada.

Las mugeres que no han nutrido su espíritu sino de las máximas del siglo, caen en una sima insondable, avanzando en edad: el mundo las rechaza, y la razon las manda vivir oscurecidas: ¿á qué apoyo se armarán? Lo pasado nos llena de recuerdos, el presente de pesares, y el porvenir de temerosas dudas. Solo la religion lo calma todo y nos consuela de todo. Únete pues á Dios, hija mia, pues él te reconciliará con el mundo y contigo misma.

(1) Las gradas de San Felipe. *allí enfrente*



Una joven que entra en el mundo se forma la mas alta idea de la felicidad que le prepara; ella quiere llenarla y satisfacerla, y tal es el manantial de sus inquietudes. Corre en pos de la realizacion de su idea, esperando llegar á una dicha perfecta; y semejante trabajo la hace ligera, versátil é inconstante.

Muy vanos son los placeres del mundo: prometen mas que dan: con su recuerdo nos inquietan: su posesion no nos satisface: su pérdida nos desespera.

Para fijar tus deseos piensa en que no gozarás muchas horas de una felicidad sólida y durable. Los honores y las riquezas no pueden disfrutarse largo tiempo: basta el hábito de los placeres para hacerlos desaparecer. Antes de haberlos gustado tú puedes pasarte sin ellos, en tanto que la posesion te hará necesario lo supérfluo. Es doloroso en verdad pasar de un estado bueno á otro peor; y sin embargo cuando el hábito es hecho, desvanece el sentimiento del placer!...

No nos creamos dichosos, hija mia, sino cuando sentimos que los placeres nacen del fondo de nuestra alma; *porque la verdadera felicidad consiste en la paz del alma, en la razon y en el cumplimiento de nuestros deberes.*

No son propias de las mugeres las virtudes que brillan; por el contrario lo son aquellas virtudes simples y apacibles. Decia un anciano *que las grandes virtudes son para los hombres*, no dando á las mugeres mejor mérito que el de vivir desconocidas. En efecto, creo que es bien, hija mia, que evites el mundo y sus pompas, porque atacan siempre al pudor, y que te contentes con ser la sola espectadora de tus hechos.

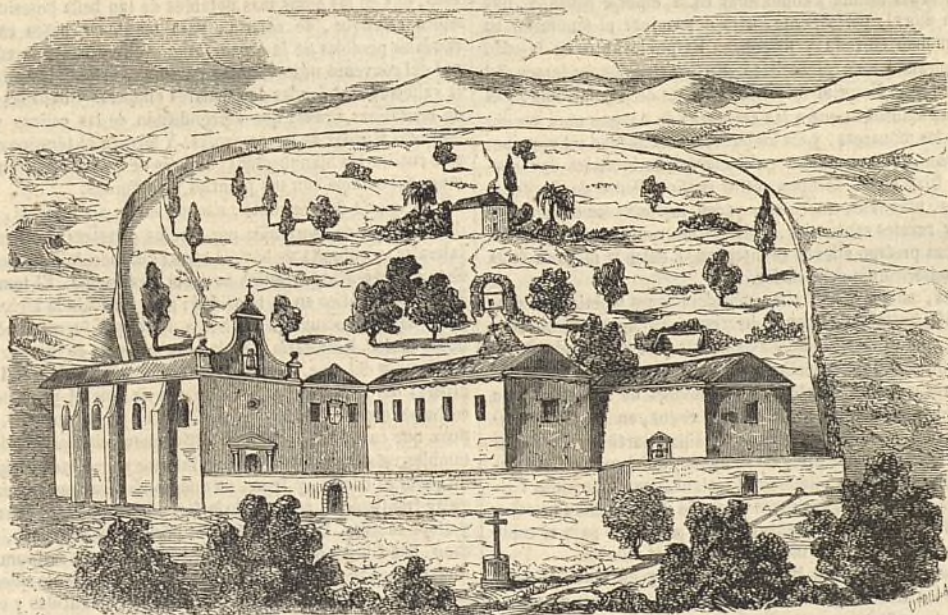
Las virtudes de las mugeres son enteramente meritorias, en razon á que la gloria no se las ayuda á practicar. Vivir en su casa, no ar-

reglar otro negocio que el de su familia, ser simple, justa y modesta, son virtudes penosas porque permanecen ocultas. Es necesario tener un verdadero mérito para consentir en no buscar el brillo, y un valor inmenso para ser virtuosa tan solo á los propios ojos. La grandeza y la reputacion son los dos apoyos con que la debilidad se fortalece: todo afan tiende á distinguir y elevar á su autor; pero si el alma se reposa en la aprobacion pública, la verdadera gloria consiste en saber pasar sin ella. Así pues, no sea la gloria el motivo de tus acciones: haz bien sin que esperes la gloria ó el brillo por recompensa.

El fastidio molesta casi siempre á las jóvenes: como lo ignoran todo, corren con inquietud hácia los objetos sensibles: el fastidio es sin embargo el menor de los males que deben temer. Los goces excesivos no son compañeros de la virtud: todo vivo placer es peligroso.

Cuando contamos con un corazon sano tenemos parte en todo lo bueno, y todo se vuelve felicidad en rededor nuestro: libre el alma de los sentimientos que seducen la imaginacion, ó que la exaltan con pasiones ardientes, la alegría é plácida y tranquila; y la virtud y la inocencia son las fuentes de que esa plácida alegría se nutre: pero desde que uno se acostumbra á los placeres vivos, se hace insensible á los placeres moderados, y la práctica de la virtud es muy penosa.

Preciso es temer esas grandes contracciones y terribles agitaciones del ánimo que preparan el fastidio y el disgusto. La *templanza*, decia un antiguo, *es el mejor mantenedor del deleite*: con la templanza, que da salud al alma y al cuerpo, se disfruta siempre una alegría dulce é igual, sin necesidad de espectáculos ni gastos: la lectura, el trabajo, ó una conversacion, producen alegrías mas puras que el aparato de los grandes placeres. Finalmente, los inocentes gustos pueden



El ex-convento de Valdescopezo.

adaptarse mejor al uso, siendo bienhechores y fáciles de disfrutar. Los otros placen, pero fastidian; alteran y gastan el temperamento humano, así como acaban por destruir su cuerpo.

Sé arreglada en todas tus acciones: algunos hay tan dichosos, que no tienen que temer jamás que les falte la fortuna, enteramente asegurada con fincas y propiedades inmensas. Pero tú, hija mia, solo puedes contar con una fortuna limitada, que te obliga á sugetarte á justos límites. Gasta pues con moderacion y economia: gasta con orden y cuenta: si así no lo hicieres, tiembla, porque el desorden de tus gastos te producirá la miseria.

El fausto es hermano de la ruina; y la ruina es inmediatamente seguida de la corrupcion de las costumbres; mas no por ser arreglada en tus gastos es menester que peques de avara: piensa que la avaricia da poco provecho, y deshonor mucha.

No seas económica sino con el pensamiento de no decaer, y de hacer con lo que te sobra el bien de tus semejantes que la amistad ó la caridad te inspiren.

Es el buen orden y no el celo por las riquezas lo que produce los grandes provechos. Plinio, remitiendo á su amigo la obligacion de una suma considerable que databa del tiempo, de su padre, acompañándole un finiquito general le decia: *Yo no soy rico y he menester seguramente de grandes economías; pero yo sé formarme un capital*

*de mi frugalidad, que me permite hacer en favor de mis amigos sacrificios como el que hoy te dispense.*

No escuches las necesidades de la vanidad. *Es necesario ser como los demás*: tal es lo que dicen los necios. Que tu emulacion sea mas noble. No sufras que persona alguna sea mas honrada que tú: no permitas que te sobrepuje nadie en probidad y rectitud.

Siente pues la necesidad de la virtud: la pobreza de alma es mucho mas penosa que la pobreza de la fortuna.

## EL EX-CONVENTO DE VALDESCOPEZO.

### PANTEON DE LOS ALMIRANTES.

Costumbre añeja fué entre los señores de tierras y vasallos erigir en lugares solitarios y melancólicos la mansion del eterno sueño para sí y sus ilustres razas. Ya es un valle silencioso, donde resuenan durante la noche los rezos pausados del coro sacerdotal; ya sobre las fragosidades del sombrío monte se eleva la cúpula del santuario; ya en la rústica soledad vibra el son tristísimo del metal sagrado, per-



diéndose en misteriosos ecos por los lejanos límites del horizonte. Parece que por un instinto profundo busca el espíritu los parajes desiertos y tranquilos para ocuparse de la eternidad. El tumulto de las ciudades, la inquietud de las gentes, no se avienen con la paz de los sepulcros ni con la imagen del no ser. Consiste esto en que para penetrarse el alma de las hondas impresiones y para elevarse á los sublimes pensamientos que produce la sombra de Dios, es preciso desprenderse del contacto con el mundo material y perecedero, aislarse en las regiones de lo moral é infinito, y purificar los vuelos de la imaginación en los espacios de la inmortalidad. Y no solo hay esto. El viajero, fatigado por larga y azarosa jornada, busca un albergue retirado é inalterable para el necesario reposo. Y así también, el hombre que cruza el sendero de la vida, sembrado de tropiezos y de afanes, desea tener al cabo de su camino una morada de silencio y soledad, como descanso y compensación de las virtudes laboriosas de la tierra.—El dolor, por otra parte, tiene sus misterios, y si tal puede decirse, su pudor. El ruido le comprime, la luz le mancha, la sociedad le mata. Necesita para su expansión íntima el retiro, las sombras, el éxtasis. Es una flor que vive en regiones ignoradas; es una especie de culto sentimental, en cuyos misterios de lágrimas causa el mundo torpe y sacrilega profanación. El estrépito de las poblaciones ahoga los gemidos, la mirada de las gentes detiene el llanto, la risa de los demás es un dardo para el corazón lastimado. Por eso al dolor le pintó velado el genio latino, como el cincel griego idealizó la estatua de la virginidad.

En todos tiempos y religiones se ha observado esa tendencia fija, esa inclinación constante á los túmulos campestres, á los panteones rodeados de silencio y soledad. Y esa observación comprueba la existencia de una causa íntima y connatural en la especie humana, una predisposición moral, permanente, para determinar el fenómeno en su apreciación más elevada y filosófica. Egipto levantó en la edad antigua sus pirámides en el desierto. En los tiempos modernos del cristianismo surge el Escorial de entre las rocas de Guadarrama, y el Poblet abre sus mausoleos entre las asperezas de Aragón para recibir las cenizas de los monarcas, y oír los lamentos de la piedad religiosa por su eterno perdón. Pelayo reposa en los silvestres breñales de Covadonga; Ruiz Díaz en el ascético retiro de San Pedro de Cardena. Reyes, héroes, magnates sin cuento yacen diseminados en sombríos monasterios y rurales santuarios, lejos de los rumores mundanales, para que ningún profano aliento se interponga entre la plegaria de la criatura y la misericordia del Criador.

Esta usanza, nacida de tan altas consideraciones morales, se propagó y consolidó hasta el extremo de hacerse punto de grandeza entre los potentados, por el ejemplo de los monarcas y de los grandes hombres. Y fué al fin necesidad indeclinable para la aristocracia feudal labrar las fúnebres moradas en abadías y panteones de su creación en el fondo de los bosques, en la cumbre de los riscos, en los yerros estériles y desolados. Los Almirantes de Castilla, participando de las ideas y conveniencias de su clase y de su época, quisieron poseer también un panteón familiar, y eligieron al melancólico y silencioso Valdescopezo para dormir con los suyos el sueño de la noche funeral y sempiterna. El lugar era ciertamente muy á propósito para el triste objeto. Para estas cosas no hay mejor artista que el corazón.

A una legua de Medina de Rioseco (S.-E.), y en las vertientes occidentales de los alcores que dominan la llanura, fórmanse un vallecito á manera de anfiteatro, retirado y silencioso. Hace allí la cordillera cierto recodo, y en la concavidad de esta quebradura se estableció, allá por el siglo XV, un piadoso varón, llamado Eray Pedro de Santoyo, con algunos hermanos de religión.

«Este convento de Valdescopezo (dice el manuscrito de la fundación), que es dicho Santa Maria de Esperanza, por tener.....  
»de la Virgen sin mancilla, Nuestra Señora, fué comenzado por el bienaventurado padre de buena memoria, F. Pedro de Santoyo, en una pequeña casa ó ermita encima de esta huerta, donde los frayes estuvieron por algunos dias, é esta fué la cuarta casa de la provincia, é esto fué por el año de Nuestro Señor Jesucristo, de 1429, año poco más ó menos, é tan poco era el número de frayes en aquellos tiempos, que non tenían mas de un sacerdote, é aquel se iba y venia á confesarse á Valladolid, para decir misa, é después que algunos años en aquella casilla moraron el muy noble señor Don Fadrique, Almirante de Castilla, muy devoto de nuestra religión, en especial de esta nuestra provincia, mandó hacer esta iglesia é casi toda la casa por la mayor parte.—Fué este señor almirante padre de la señora reina Doña Jhoanna, que fué reina de Navarra é después reina de Aragón, madre del muy esclarecido y victorioso señor el señor rey Don Fernando, que agora reina. Fué este dicho señor almirante de tanta devoción é la señora Doña Teresa, su muger, que si los frayes quisieran no solamente todas las cosas que eran menester para edificación, mas ainda para el mantenimiento de cada dia querian dar si los frayes lo quisieran recibir.»

Otras particularidades contiene el curioso documento, que por su prolijidad omitimos. El convento fué constituido para la orden de franciscanos recoletos, á cuyo patriarca tuvo aquella poderosa familia tan singular, tan asombrosa devoción, que llegó á erigirle, según parece, veintitres conventos de ambos sexos. Y aquellos señores se retiraron á pasar el último periodo de sus dias en ascético aislamiento, dentro de los muros alzados por su pródiga piedad. Falleció primero el almirante, y su viuda permaneció en aquella clausura hasta el postrimerio de su vida: habiendo sido después de su defunción colocada en la iglesia, bajo sepulcro nada ostentoso, ni análogo á su profusión y poderío, y en el cual yacía de antemano su perdido esposo, por concesión del papa Sixto IV.

Constaba la obra de Valdescopezo, perfeccionada y acrecida por algunos sucesores de los patronos, del edificio conventual, la iglesia y otros departamentos menores. A su espalda se extendía una gran huerta, guarnecida de cipreses, pinos y otros árboles de sombra, que servían de paseo á los solitarios. En ella existía una famosa fuente, conocida con el poético nombre de la *Samaritana*, cuya fábrica consistía en una larga galería subterránea, horizontal por las entrañas del cerro, construida de sillería, y que contiene delicadas cuanto abundantes aguas. Se halla rodeada por una vistosa glorieta de arbustos y floridos ramajes, y se llega á ella por bajo de frondosos y aéreos emparrados. También hay en cierto sitio sombrío y apartado una capillita humilde y austera, con advocación de San Antonio, destinada sin duda á penitencia ó votos particulares. Circuye la huerta un muro de mampostería, y formaba el conjunto un sitio de melancólica y grata perspectiva, muy en consonancia con su objeto y con las impresiones propias del espíritu á estos místicos asilos. Aparte de esto, una de las cosas más notables de tan bella posesión era el magnífico estanque, de sillería, para mantener pesca en los copiosos raudales perdidos de la *Samaritana*.—Precedían á la entrada principal del convento unas vistosas praderas, extendidas sobre el fondo de la vallejada, salpicadas de seculares choperas y bañadas por un arroyo de cristalinas aguas, que descendiendo de las colinas va á perderse entre los viñedos de las cercanías. Y forman el término culminante de este cuadro las blanquecinas cumbres de los collados, que señorean la masa del edificio con sus plantas y campiñas.

La iglesia del convento, situada en su ala oriental, era una nave de orden dórico, sostenida por medias pilastras, con cuatro capillas laterales, y cubierta de bóveda ojival guarnecida de filetes y rosetones. Este contrasentido artístico necesita explicación. El templo fué indudablemente gótico en su totalidad; pues siéndolo la techumbre, última parte de la construcción, lo había de ser por fuerza el alzado anterior de los muros. Resultaría si no la extravagancia de invertir los órdenes y los tiempos del arte. El gusto germánico fué del siglo XII, las escuelas griegas del XVI; y raro y absurdo sería que el principio de la obra correspondiese al periodo posterior y el fin al anterior. Entendemos pues que cuando se construyó últimamente la portada del templo fué también reformada su decoración interior y arreglada al tipo de aquella. Su gusto es dórico, y forma un cuerpo de pilastras coronado de triangular frontispicio, rematando la fachada en una espadaña con cartelas y arcos calados. Estas obras, y el pórtico del convento, de estilo toscano, son fábrica del siglo pasado, después de la restauración del arte. Ambas estaban perfectamente ejecutadas en excelente sillería, haciendo cada cual, con sus medias cañas, pilastras embutidas y exactos adornos, una vista de buen efecto. Parécenos fuéron construcción de la casa fundadora; pues sobre la portería estaba en una lápida colosal abierto el blason de la familia ducal de Osuna, sucesora de los primeros patronos.

El templo de Valdescopezo fué efectivamente el panteón de la casa titular del almirantazgo. En él consta que fuéron depositados los restos de muchos personajes de ella, entre los cuales se cuentan principalmente: Los fundadores, en el bulto y reja de la capilla mayor; los almirantes D. Luis, D. Fernando y D. J. Alfonso, cuyos féretros, con otros de su familia, hasta el número de once, fuéron traídos á este lugar, en 8 de mayo de 1664, por el conde de Melgar y disposición de D. J. Gaspar Enriquez. Yacían aquí además varias esposas, hijos y deudos de los almirantes; ascendiendo á treinta y tres la totalidad de los que en este enterramiento fuéron colocados desde el año 1500 hasta el de 1613 solamente.

Todo ha desaparecido; y nunca mejor que sobre estas derruidas tumbas pueden aplicarse aquellas tremendas palabras del profeta del dolor:

*et si mane me quæsieris non subsistam.*

Hoy Valdescopezo, sin arboledas, sin frescas corrientes, sin los encantos pintorescos de la naturaleza, es un árido y despoblado erial, y no sorprende, cual oasis frondoso é inesperado, los ojos del pasajero fatigados y enardecidos por la monótona aridez de los páramos campestres. En otro país hubieran convertido el buen gusto y la laborio-



sidad á Valdescopezo en una deliciosa quinta, en un lugar bellissimo de amenidad y de recreo. Entre nosotros se han talado los árboles, destruido las fuentes y abarbecado las praderas, para sembrar patatas y algarrobas. Reflexiones poco gratas se nos vienen á la imaginación. Ese mal es muy viejo, y su curación es obra del tiempo y de la sociedad.

V. GARCÍA ESCOBAR.

## LA SILLA DEL MARQUÉS.

NOVELA ORIGINAL.

### PARTE PRIMERA.

#### I.

Una de tantas.

A corta distancia de T..., bonito pueblo, situado en los alrededores de Carmona, trasponiendo una colina á cuyo pié está fundado, y dejando á la derecha su cementerio que eleva solitario sus ruinosas tapias, sobre las que asoman algunos cipreses, comienza un bosque ó plantío, como le llaman los naturales del pueblo, á causa de los muchos árboles nuevos que contiene, y prolongándose como hasta un cuarto de legua, termina junto á una preciosa quinta perteneciente á un grande de España, que tiene la mayor parte de sus estados en Andalucía.

A un lado de este bosque se estiende una vega fértil, aunque de reducida estension, regada y dividida de él por un riachuelo sombreado en su derecha márgen por un vallado de cambrones y espinos blancos, y limitan la perspectiva á derecha é izquierda dos cordilleras de cerros de inmensa elevación, donde vejetan incultos algunos olivos centenarios, entre cuyas raíces lucen su verdor sombrío, el iris salvaje, la silvestre pipirigallo y la rastrera yerbamora.

Durante el invierno, si puede decirse que existe el invierno en Andalucía, este bosque es triste y solitario, y no se escucha en él otro ruido que el del viento cimbreado los ramos deshojados, ó el del monótono canto de las ranas que asoman por entre los juncos de sus lagunas; mas no bien llega la primavera, todo muda de aspecto, todo reverdece, todo se anima, y el silencioso bosque se transforma en un ameno valle lleno de aves, de brisas y de flores; oasis delicioso, desconocido de los viajeros que pasan por el camino de Sevilla, y solo alcanzan á ver los elevados cerros que le rodean.

En el comedio de este bosque, aunque algo mas cercano al pueblo que á la quinta, se eleva un edificio cuya heterogénea apariencia pone en duda el verdadero nombre que le conviene. Sus paredes, pintadas de un color que en otro tiempo habria sido amarillo, las ventanas del piso alto cerradas con persianas verdes, y la estensa calle de tilos que conduce hasta la puerta, sombreada por una parra, le hacen semejante á una quinta ó casa de recreo; pero después, observando esta misma puerta, formada de tablas mal unidas, su techo de paja donde florecen diversas especies de yedras y de parietarias, la cerca de su corral, hecha de tierra y coronada de cambrones, y su aspecto ruinoso por algunos lados, se cree ver una granja ó alquería no de las mejores; y en resolución, ofrece en su conjunto un contraste tan marcado de gusto y abandono, de elegancia y de rusticidad, que hace presumir ha tenido por dueños personas de distintos caracteres é inclinaciones.

En 185..., época en que da principio nuestra historia, la casa estaba en el mismo estado, salva una corta diferencia, y entonces pertenecía á un labrador llamado Justo, que la habitaba en compañía de un hijo único, de una antigua criada, y de un pastor, guarda de un rebaño de ovejas, que junto con algunas tierras en la vega de que hemos hecho mención, constituían su fortuna; pues aunque habia heredado de su padre, además de esta casa, muchas y muy productivas posesiones, numerosos rebaños, y algunos miles de reales, su carácter descuidado y desdioso, y sus frecuentes viajes á varias ciudades cercanas, en donde se habia entregado á una vida disipada y á los ruinosos atractivos del juego, destruyeron en pocos años su patrimonio, por el que era considerado como el labrador mas rico de la comarca, reduciéndole á una medianía que rayaba casi en la pobreza.

En una de las largas temporadas que pasó en Sevilla, y merced á los considerables bienes que aun conservaba, contrajo matrimonio con la hija menor de un notario de dicha ciudad; y como se acercase la primavera, los jóvenes esposos, mandando hacer antes algunos reparos indispensables en la casa del bosque, fueron á pasar en ella su luna de miel.

Mas ¡ay! esta, que en lo general es muy breve, lo fué mucho mas,

ó mejor dicho, no existió para ellos, y pronto conocieron estos dos seres, unidos por la casualidad, cuán profundamente estaban separados por la naturaleza. Luisa fué una de tantas jóvenes sacrificadas al interés, que espían con una vida de amargura su falta de resolución para huir del precipicio al que tal vez involuntariamente se las impele. Timida, apasionada, reflexiva, no solo no halló en su enlace con Justo la dicha que en sus ensueños juveniles habia deseado, sino que tampoco las consideraciones debidas á la muger cuando cumple resignada, ya que no feliz, con sus deberes; y aquel por su parte, hombre de carácter grosero y de gustos vulgares y rutinarios, solamente vió en Luisa, pasados los primeros dias, una muger triste, caprichosa, incomprensible é inútil para los mezquinos quehaceres á que la destinaba, haciéndola sufrir á poco tiempo los tormentos de la tiranía doméstica, que como ha dicho muy bien un escritor célebre, es la mas insuportable de todas.

En el primer año de su matrimonio tuvieron un hijo, á quien Justo miró con la misma aversión que á Luisa, y en quien esta puso todo el cariño y ternura que atesoraba en su pecho, sufriendo desde entonces con mas resignación la cruz bajo cuyo peso su triste juventud se doblegaba. Este acontecimiento, unido á los frecuentes viajes de su marido, le proporcionaron algunos dias serenos, pues en su ausencia, especialmente en el buen tiempo, gozaba de los tristes pero agradables encantos de la soledad del bosque; sonreía con su hijo, y charlando con una antigua criada que la habia visto nacer y nunca quiso separarse de ella, recordaba los hermosos dias de su infancia: mas ¡ay! esta alegría era muy breve: á un corazón joven todavía, y virgen de los gozos del amor, á una imaginación poética que concibe todos los prodigios del sentimiento, no bastan ni aun los inefables placeres de la maternidad: le son necesarias otras sensaciones mas íntimas, mas delicadas, mas ardientes, y que la pasión, solamente la pasión puede dar.

Además, en sus mismas alegrías maternas sentía aquella pobre muger un tormento continuo, viendo á su hijo tímido y delicado, á quien á su muerte dejaria sin amparo y sin protección, y considerando que los pocos dias tranquilos de que gozaba, contribuían á arruinar los escasos bienes que debían pertenecer á aquel niño: así es, que á pesar de haber luchado largo tiempo con la muerte, después de intentar en vano acercarse á su marido, y queriendo inútilmente apagar el fuego de su imaginación que la devoraba, sucumbió por último, víctima de esa tristeza que se apodera del corazón humano cuando llora sus ilusiones perdidas, y cuando se estingue en él para siempre la mágica luz de la esperanza.

Momentos antes de morir, apoyando los labios sobre la pálida frente de su hijo, y estrechando entre las suyas la mano de Marciana (este era el nombre de la fiel criada), la pidió con voz desfallecida y suplicante que cuidase de aquel pobre niño, que no le abandonara nunca y le amase con la misma ternura que á ella; y no bien la anciana la juró entre sollozos servirle de madre hasta su muerte, aquella pobre criatura, engañada en sus afecciones y esperanzas, se abandonó á los cuidados espirituales del cura párroco de T... que la asistió hasta su hora postrera, y exhaló el último suspiro murmurando palabras de perdon para el que tan cruelmente habia marchitado su juventud.

Su muerte fué tan ignorada como su vida; pues Luisa, en las pocas veces que tuvo ocasión de ver á su padre, el cual murió á los dos meses de su matrimonio, no pronunció jamás ni una queja contra su marido: queja que en cierto modo hubiera sido un reproche para aquel anciano enfermo que tocaba ya al borde del sepulcro; de manera que solamente después de mucho tiempo supo su hermana mayor, viuda de un capitán muerto en la guerra de la independencia, única de su familia que la habia sobrevivido y que residía en Madrid, que Luisa, la feliz Luisa, la rica arrendadora, habia sucumbido víctima del cólera que en aquella época infestaba la Andalucía. Marciana, la criada de Luisa, era una de esas sencillas aldeanas cuyo tipo se va perdiendo poco á poco. A pesar de su ignorancia, como todas las personas que han vivido mucho, no carecía de cierta penetración: franca, brusca, alegre, un tanto malficiosa, era notable sobre todo por su labiosidad, economía é inteligencia para las faenas domésticas; y á estas cualidades reunidas á otras causas que vamos á explicar, debia su permanencia en casa de Justo, á quien no inspiraba grandes simpatías.

Marciana heredó de un hermano suyo, sacristan mayor de la catedral de Sevilla, algunos miles de reales, en ocasión en que acosado su amo por sus acreedores iba á vender la mayor parte de las heredades que le quedaban, con objeto de solventar sus deudas, y entonces la fiel criada, por consideraciones á Luisa, que aun vivía, puso á disposición de aquel la referida cantidad; y como Justo nunca habia podido devolvérsela, conservaba en su compañía á la que por otra parte juzgaba una criada inteligente y hacendosa, y aun moderaba para con ella los arrebatos de su genio discolo é insuportable.



Merced pues á esta circunstancia, Marciana pudo cumplir noblemente la promesa que hizo á Luisa en los últimos momentos de su vida, de consagrar sus desvelos al pobre niño que aquella dejaba abandonado; y con efecto puso en él toda la afección profunda con que por espacio de tantos años se había consagrado á su madre: le amó con esa ternura, con esa fuerza de sentimiento y de abnegación que rara vez penetra en las almas vulgares; pero que si llega á introducirse en ellas, echa raíces mas profundas y duraderas que en las inteligencias privilegiadas: extraña, aunque verdadera anomalía, debida acaso á que teniendo estas un círculo mas estenso de ideas en que girar, no pueden como aquellas concretarse en una que absorba todas sus facultades y pensamientos.

Mario era un niño de un físico delicado, pero que gozaba de la mas perfecta salud. Al morir su madre tenia apenas cuatro años, y desde esta edad descubria en su sonrisa y en las inflexiones de su voz una viva semejanza con aquella. Observando esto mismo Justo, y adivinando acaso que á par de sus facciones heredaría tambien el alma y los sentimientos de la infeliz víctima de su rudeza, sintió hácia él una indiferencia despreciativa, y le abandonó enteramente á los cuidados de Marciana, la cual ya hemos dicho que hizo cuanto la fué posible para que aquel huérfano infortunado no echase de menos los cuidados maternales. El niño fué creciendo poco á poco, y no bien salió de entre los brazos de la honrada aldeana, y á la manera que un tierno pichón apenas se siente con fuerzas para volar abandona el calor del nido materno y busca la libertad de los campos, así Mario corrió al bosque y las montañas que rodeaban su casa, comenzando desde entonces la vida solitaria y casi salvaje en que sus breves años trascurrieron.

Los juegos, las risas, los dulces llantos, las alegrías repentinas, la graciosa hilaridad de la infancia, todo le fué desconocido: parecia que aquel niño adivinó desde entonces que había nacido para sufrir, y que solo debía á la suerte una herencia de lágrimas. Además, con un instinto precoz, conoció tambien la aversión que inspiraba á su padre, y participando él mismo de este desvío, que nunca pudo vencer, contribuyó á aumentar la tristeza y taciturnidad de su carácter.

Desde sus primeros años sintió un deseo instintivo de soledad y aislamiento, que con la edad se aumentó en él hasta un grado inesplicable: así es que durante el buen tiempo pasaba los dias enteros ausente de su casa, trepando á la cumbre de los cerros, desde donde veía la salida del sol, ó bien sentado en el sitio mas sombrío del bosque, permanecia muchas horas observando el rastro de un hormiguero sobre la yerba, el vuelo de un ave ó la tortuosa marcha de un reptil. Llegaba la noche, y vuelto á su casa, después de atrancar cuidadosamente la puerta, se sentaba en el patio, esperando la venida de su padre, el cual pasaba la mayor parte del dia en T..., donde se susurraba tenia amorosas é ilícitas relaciones, oyendo al mismo tiempo las añejas canciones de Marciana, que se confundían con los chirridos lejanos del grillo y de la cigarra.

En el invierno, á no ser que las lluvias interceptasen las sendas, Mario variaba muy poco este género de vida; solo que entonces rara vez descendía al valle, y pasaba todo el dia en la cima de las montañas, buscando como un enfermo los vivificantes rayos del sol, y de noche, sentado á la lumbre del hogar, oía con silencioso interés á Marciana, que instruida en parte por su hermano el sorchante, y en parte por las lecturas de Luisa, le narraba con admirable sencillez ya un pasaje de historia sagrada, ya un episodio de novela, ó bien el trozo mas maravilloso de un cuento de hadas; de modo que Mario confundía luego en su imaginación las grandes verdades con las risueñas ficciones, la vara de Moisés con el talismán de la Puerca cenicienta.

Algunas veces se acordaba tambien de su madre, de su buena y santa madre, como decia Marciana; y entrando en el cementerio se sentaba en el sitio en que aquella había sido enterrada, y permanecía allí muchas horas, saliendo después mas triste y taciturno que de costumbre.

## II.

### Primer desengaño.

Un pequeño acontecimiento alteró solamente en el espacio de diez y siete años esta existencia aislada.

Un dia en que Mario entraba en su tercer lustro, y mientras se desayunaban juntos, Marciana le habló en estos términos:

«Hijo mío, has llegado á los quince años, y ya es tiempo de que goces las diversiones propias de tu edad. Hoy se celebra la fiesta de la Santísima Virgen, patrona de T... el dia está hermoso; ve pues al pueblo, procura adquirir amigos y relaciones y divertirte sin ofender á nadie. No siempre has de vivir solitario como un buho, y en verdad, me da grima verte pasar dias y dias en el mismo estado...» Al llegar á este punto detúvose la anciana; pues aunque la restaban otras muchas cosas que decirle, no se determinó á hacerlo en aquella ocasión, por razones que explicaremos mas adelante.

Aunque de carácter áspero é indócil, Mario nunca se había resistido á los consejos de Marciana, conociendo cuánto le amaba esta, y

con qué solicitud procuraba su bienestar: por lo mismo, entonces se apresuró á cumplir sus deseos sin repugnancia, aunque sin alegría. La honrada aldeana sacó al punto el traje de gala de su jóven protegido, y luego que le peinó y arregló sus enredados cabellos y le hubo lavado la cara con agua y aguardiente, con objeto de blanquear un poco su cutis tostado por el aire y sol, le ayudó á vestirse, dándole al mismo tiempo las mas sabias lecciones sobre el modo de llevar cada prenda, y ataviándole en pocos instantes con una complacencia verdaderamente maternal.

Sin embargo, el traje de Mario, como diria un folletinista de modas, era de una *admirable sencillez*.

Un sombrero de paja, una camisa en cuya pechera se ostentaban dos enormes ramos bordados y acabando en un cuello de inconmensurables dimensiones sujeto por una corbata amarilla, un chaleco de color indefinible á causa de tener tantos, una casaca de lienzo azul, cuyas mangas no le tapaban las muñecas, un pantalon de la misma tela, que no le llegaba á los tobillos, y finalmente, unos zapatos de cuatro suelas completaban su atavío, y para que no le faltase ni el mas pequeño toque, trascendía al olor del membrillo que Marciana tenia cuidado de poner en todos sus guarda-ropas, pues esta tambien había comprendido y adoptado el lujo de los perfumes.

(Continuará.)

## ¡POBRE MADRID!

Yo, pobrecito Madrid,  
que me ví por el invierno  
lleno de bailes y lodos,  
de tertulias y de necios,  
de buena gana llorara;  
mas ¡ay! que no puedo hacerlo:  
mis lágrimas son de noria;  
pero todas me las bebo.

A verme vino el verano,  
y al subirse sobre cero  
dejó mis casas vacías  
y mis calles como yermos.

Él apuró de mis fuentes  
los pilones medio llenos,  
y donde antes hubo linfas  
después muchachos corrieron.

Por él robaron mis joyas  
villas, ciudades y pueblos;  
por él los vestí con ellas  
y los dí encima dinero.

Mis doncellas melindrosas,  
seguidas del sexo feo,  
á bañar van en los mares  
su enciclopedia de nervios.

Otros respiran en tanto  
los céfiros del desierto  
en las fértiles llanuras  
de Valdemoro y Pozuelo.

Otros tragan como gloria  
aguas de azufre y de hierro,  
y vuelven, si no curados,  
penitentes á lo menos.

Y todos hallan placeres,  
simpatías y consuelo,  
en copiar la alegre vida  
de los godos y los suevos.

Que hay quien deja el blando coche  
por trepar por vericuetos,  
los banquetes por el hambre,  
las charangas por cencerros.

Volved pues, hijos ingratos,  
habitantes forasteros;  
nuevos goces os preparo:  
volved á alegrar mi seno.

Y tú, sucesor de agosto,  
mes de polvo y trastos viejos,  
derrama por las provincias  
las regaderas del cielo.

Verás cómo empaquetados,  
entre tumbos y entre vuelcos,  
á contarnos muchas cosas  
volverán los que se fueron.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.





PLAZA DE LA CONCORDIA EN PARIS.

Esta plaza, que primero se llamó de Luis XV, después de la Revolución, y por último de la Concordia, es de una magnificencia sin igual, situada entre el jardín de las Tullerías que está al Este, y los Campos Elíseos, y el Arco del Triunfo de la Estrella al Oeste, teniendo al Sud el puente de la Concordia y la fachada del palacio de la Cámara de Diputados, al Norte el templo de la Magdalena, y un poco mas cerca el Guarda-muebles y hôtel de las Marinas; ofrece magníficos puntos de vista, además de que está decorada con un lujo maravilloso. En el centro está el obelisco de Luxor; y á derecha é izquierda, en la línea de la Magdalena y de la Cámara de Diputados, hay dos grandes y elegantes fuentes.

Del lado de los Campos Elíseos estan los caballos de mármol que han decorado por mucho tiempo el abrevadero de Marly. Los ocho pabellones que se ven en los ángulos de la plaza estan coronados con estatuas representando las ciudades de Lyon, Marsella, Burdeos, Rouen, Nantes, Lila, Strasburgo y Brest. Anchas aceras asfaltadas circundan a plaza, que está iluminada por la noche con grandes reverberos de gas, fijos sobre elegantes pedestales. Columnas rostrales y ricos candelabros, igualmente alumbrados por el gas, añaden mil atractivos al adorno de la plaza de la Concordia, que embellecida así por las órdenes de Luis Felipe, y terminada completamente en 1840, no tiene rival en Europa.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

## RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

## EL ARRABAL DE SAN GINÉS.

(Continúa.)

Al estremo de la calle Mayor, en la acera de enfrente de este palacio, se fundó por Felipe II, á mediados del siglo XVI, el convento de padres agustinos calzados de *San Felipe el Real*, que ha existido hasta nuestros dias, en que fué derribado después de la esclaustracion, y sustituido por las suntuosas casas del señor Cordero. En dicho convento era notable, y merecia haber sido conservado, el claustro y patio principal, obra de Francisco de Mora, bajo la traza de Andrés de Nantes; y era tambien célebre por la espaciosa lonja alta que corria delante de su fachada á la calle Mayor, conocida bajo el nombre de *las Gradas de San Felipe*, y tambien por *las Covachuelas*, á causa de las treinta y tantas tiendas de juguetes abiertas debajo de ella. Las Gradas de San Felipe, reunion de noticieros y gente desocupada, como ahora la Puerta del Sol, juegan un papel muy importante en las no-

(1) Véanse artículos anteriores.

14 DE AGOSTO DE 1835.







de sus poseedores, que contando únicamente con lo preciso para su sustento, olvidan las utilidades de la aclimatación y de más estenso cultivo.

La ciudad, ni interior ni esteriormente ofrece suficiente perspectiva para formar de ella un concepto agradable. Situada, como hemos dicho, en la orilla de un río y con una colina á sus espaldas, ha tenido que estenderse por los lados, presentando un frente de un cuarto de hora de estension. Rodéala una muralla casi inútil, con cinco puertas á que conducen los caminos de Barcelona, Zaragoza, Alto Aragón, Balaguer y montaña. Las calles son desiguales, á escepcion de la que corre desde la puerta de San Antonio á la de la Magdalena; las demás son muy penosas y solo dependencias de aquella. Contiene una plaza regular donde se celebran los mercados y las funciones públicas: llámanla Plaza Mayor ó de San Juan, porque está en ella la iglesia parroquial de este nombre. Encierra 22 iglesias, pocas de ellas notables, y algunas de ningun mérito. La catedral moderna es un edificio verdaderamente magnífico. La sacristía, el retablo del descendimiento de la cruz, obra como todas las demás de D. Juan Adán, y uno de los dos órganos construidos por el famoso D. Luis Scherrer, capitán de milicias suizas, llaman particularmente la atención por su distinguido mérito: la fachada principal es majestuosa, y al poner el pié dentro de la iglesia queda uno absorto sin saber qué admirar más, si la magnificencia de las tres naves, la elegancia de la arquitectura, ó el santo respeto que infunden aquellas elevadas bóvedas en que se fijan las miradas del observador.

El palacio episcopal, el seminario conciliar, el hospital civil y militar, el depósito de las aguas, y algunas otras casas particulares son los otros edificios más notables que encierra Lérida. El depósito de las aguas merece atención solo por el objeto á que se halla destinado: consiste en un subterráneo y dilatado espacio embaldosado, con dos filas de columnas que sostienen el llano superior, llamado la Plaza de los Gramáticos. Recibe las aguas por una pequeña acequia, y se distribuyen á las siete fuentes de la ciudad por conductos también grandiosos, pues por ellos puede recorrerse subterráneamente hasta el punto más distante de la población: es obra todo del siglo pasado, de fuerte construcción, y puede contener agua para el abasto por cuatro meses.

El nuevo paseo hecho durante el gobierno del Excmo. Sr. D. Carlos Fabre Dánnoy, ha mejorado en mucho el aspecto de la ciudad, porque lo adornó con jardín, estatuas, surtidores y asientos; y aunque la agradable campiña ofrece paseos por todas partes y en todas direcciones, aquel es el solo que merece verdaderamente el nombre de tal.

La población de Lérida asciende á 20,000 almas con corta diferencia. No se cuentan en su recinto otras fábricas que de jabón, aguardiente, curtidos, vidriado, una de papel de estraza y otra de cuerdas de violín. Labradores todos sus habitantes, á escepcion de los empleados, eclesiásticos y dependientes del tribunal de justicia, no se avienen con otra cosa que con la agricultura. En nada les importa que progresen ó no las artes y ciencias, porque su inclinación no es industrial. Así se ven en Lérida tan pocos artesanos que merezcan nombradía. El comercio se halla reducido á los mercados semanales y al tráfico por menor.

Nada más descuidado hasta ahora en Lérida que la instrucción y diversiones públicas. Ambos ramos se han considerado quizás de poco interés, y esta consideración ha sido indudablemente causa de la falta de moral y de civilización que se advierte en esta parte de España. El que con la instrucción favorece sus luces naturales, ni es tan propenso á saltar la línea de sus deberes, ni se preocupa dejándose arrastrar á la seducción tan fácilmente como los habitantes de este país. ¿En qué consiste sino en esto, que la capital presente un catálogo de criminales mucho menor que el de los pueblos donde ni aun se sabe que pueda mejorarse la educación? Nadie puede formarse una idea exacta del estado en que se encuentra la instrucción pública en la provincia de Lérida sino el que la haya recorrido ó viva en ella. Las diversiones públicas contribuyen no poco á la ilustración de los talentos, y á establecer las virtudes que echamos menos en los corazones de tantos hombres. Mientras en Barcelona, el teatro, los paseos y las fiestas particulares enseñan, civilizan y divierten al artesano y al caballero, en Lérida las tabernas y los juegos prohibidos acaban de corromper los ánimos y desarraigar las semillas de ilustración que el progreso del siglo ha de echar forzosamente doquiera que los hombres formen sociedad.

Inveterada en este país la rusticidad por preocupaciones de centenares de años, y arraigada fuertemente en todos los pechos, el cuidado y esmero se ha de dirigir, no á destruir estas preocupaciones, porque ya es imposible en la generación presente, sino á evitar que prendan con tanta raíz en la que nace, procurando inculcar máximas que por evidencia contrapesen el prestigio de la antigüedad de los reinantes. De ningún modo puede esto conseguirse mejor que estableciendo ampliamente la instrucción popular, planteando escuelas en que se regu-

larice la educación, y proporcionando diversiones que enseñen la virtud y la moral.

Por otra parte, el carácter de estos paisanos es sencillo hasta el extremo, y sus costumbres participan de esta sencillez; costumbres que raramente se alteran, y que no es fácil cambiar porque no se han formado en esta generación ni en la pasada, sino que las dejó en el país la dominación árabe, y conservan aun el carácter de tales.

Célebre Lérida en la antigüedad por el papel que le cupo representar en el drama de las conquistas y usurpaciones de los romanos, en las disensiones de los reyes de España, por sus nobles hechos, por su ilustración, hoy injustamente figura bien poco en el mapa español. La historia no alcanza la época de su fundación. Unos celtiberos la habitaron primeramente, denominándola Illerda, de su apellido Illergetes, constituyéndola capital de sus pueblos, y fijando en ella la residencia de sus jefes ó régulos. Presenció las guerras entre cartagineses y romanos, alternando entre ambas potencias, y haciéndose ora aliado de los primeros, ora partidario de los segundos, hasta que estos la subyugaron haciendo perecer á los últimos régulos Mandonio é Indivil, víctimas de sus esfuerzos para lograr la independencia de su país. Los generales de Pompeyo la quitaron su nombre primitivo, dándole el de *Mout-publica*, que conservó hasta que César, viniendo sobre ella, la llamó otra vez Illerda, concediendo á sus moradores muchos privilegios.

Strabon, Ptolomeo, Plinio, Lucano, César, Tito Livio y otros muchos autores célebres de la antigüedad hacen honorífica mención de Illerda, á la cual nombran también Athanagia: algunos han creído que este es el apellido antiguo de Tárrega ó Manresa; pero nosotros, con Mr. de Marca, preferimos creer que aquel nombre significa lo mismo que el de Illerda, porque ningún autor habla de la destrucción de Athanagia, y es inverosímil que se hubiera ocultado á los historiadores una capital que hubiese sido destruida por un sitio ó otra cualquiera revolución notable.

Las guerras civiles entre César y Pompeyo comenzaron por la sangrienta batalla de Lérida el año 704 de Roma. A la vista de ella, Petronio y Afrania, lugar-tenientes del segundo, contuvieron durante muchos meses al formidable ejército cesariano. En las llanuras á ella inmediatas las tropas de ambos caudillos trabaron reñidísima batalla, que si no tan memorable como la de Munda, que decidió la suerte de sus partidos, es muy célebre en los fastos históricos. El emperador Octavio dió á Lérida el título de Municipio, con el derecho de batir moneda; y ya tenía entonces nombradía, y era considerada como una de las poblaciones de más comercio y literatura, en tanto que los romanos la preferían para vender en ella sus libros. Como la navegación del Segre al Ebro y de este al mar debía producir necesariamente un tráfico continuo, aumentaron de modo los habitantes de esta ciudad, que no cabiendo ya en su recinto se vieron obligados á estenderse por el país circunvecino, fundando varias poblaciones, de que no nos queda noticia individual. No obstante, Ptolomeo cita como fundación de los Illergetes á Bergasia, Subcosa, Gallica Flavia, Orgia, Belgidum, Celsa, Osea, Burtina, Erga y otros, cuya situación particular no fija, y que por lo mismo ignoramos. Los mapas de Mr. d'Auvillie sitúan los pueblos Illergetes después de los vascos, que los limitaban por Occidente, haciéndolos confinar con los montes Pirineos y los pueblos cercanos al Norte, el Ebro y los edetanos al Mediodía, y los lacetanos al Oriente.

No menos célebre se nos presenta Lérida en tiempos menos remotos: dominada por los godos, subyugada por los sarracenos, que la llamaron *Lerda*, en 716; conquistada por Ludovico Pio en 791; reducida segunda vez al poder de los moros, y sitiada en vano en 1125 por el rey D. Alfonso el Batallador, fué restaurada por D. Ramon Berenguer, rey de Aragón y Cataluña, en 1149. En 1410 sufrió no pocas calamidades con motivo de las disensiones entre los bandos de los Cercomes y Navés. Sublevóse á breve tiempo contra su soberano D. Juan II, siguiendo el partido de su hijo el príncipe de Viana; pero un estrecho sitio de sesenta y siete días, en que las tropas reales apuraron todos los medios para rendirla, y en que esta plaza sufrió un hambre cruel de que hay pocos ejemplares, la hizo volver á su deber, y el rey entró en ella el 6 de julio de 1464.

Más valiente se manifestó aun esta orgullosa ciudad, y mayores fueron sus contratiempos, en la guerra insurreccional encendida en Cataluña á mediados del siglo XVII. El brillante ejército del marqués de Leganés desmayó á vista de sus muros cuando se dirigió contra ella en 1642, y á pesar de ventajas conseguidas en una acción parcial, no se resolvió á formalizar su sitio: hizo lo D. Felipe de Silva después de dos años; pero no lo terminó hasta pasados tres meses, y á costa de mucha sangre, grandes sacrificios, y mediante muy honrosa capitulación. El rey Felipe IV, que pasara en persona á dirigir el sitio, entró triunfante en Lérida el 7 de agosto de 1644. Las armas francesas le cercaron en vano para recuperarla en los años 1646 y 1647, dejando eclipsado el crédito que en otras campañas había ganado el conde de Harcourt, que vió durante siete meses ser insuficiente contra Lérida su formidable ejército de franceses y catalanes; y en treinta y nueve días



el héroe de la Francia, Condé, no pudo conseguir mas que dar nueva gloria á la arrogante plaza.

Finalmente, en 1707 padeció otro nuevo sitio por un ejército francés al mando del duque de Orleans, y tan impotentes hubieran sido los esfuerzos de este jefe como lo fueron los de Harcourt y de Condé, si después de dos meses la falta de viveres y de agua no precisara al noble gobernador, Enrique d' Armstad, á rendirse; pero con el permiso para que la guarnicion de dos mil hombres saliese libre con todos los honores de la guerra; bajo cuya condicion, y otras no menos honrosas, el rey Felipe V ocupó á Lérida el 21 de noviembre del mismo año.

No fueron solos hechos de armas los que dieron celebridad á la antigua Lérida. Hemos visto cuánto la apreciaban los romanos por su literatura y comercio. De siglos muy remotos tuvo universidad literaria, que destruida por las guerras de los mismos romanos, y restablecida en 1500 por D. Jaime el II, con prohibicion absoluta de que se estableciera estudio general en otra parte, fué trasladada á Cervera por el señor D. Felipe V. Esta universidad produjo esclarecidos varones y famosos literatos. En ella recibieron sus grados S. Vicente Ferrer y el pontifice Calixto III. Los reyes de Aragon residieron en Lérida algunos años, y aun se conoce una parte del actual castillo principal con el nombre de palacio del rey D. Jaime: en su catedral antigua se conservan muchas apreciables inscripciones y antigüedades, entre ellas los sepulcros del rey D. Alfonso IV, de los condes de Cardona, de D. Luis Requesens, de D. Nicolás Morateli, de un hijo de D. Pedro el Católico, y otros cuyos huesos se trasladaron á la catedral nueva. En Lérida se han celebrado congresos: el mas notable fué el de 1246, tenido para ventilar el derecho que el rey D. Jaime II tenia sobre la corona de Ma-

llorca; Cortes, en las que tiene voto, y finalmente concilios; de los cuales son notables en la historia el celebrado bajo el reinado de Amalarico, en 8 de agosto de 584, en el cual se hicieron diez y seis cánones sobre la disciplina, segun lo refiere Fleuri en su historia eclesiástica; y el otro, de que hace mencion Mariana, tenido en setiembre de 1246, para levantar el entredicho que el papa Inocencio III habia puesto á Aragon, y reconciliar con la Iglesia al rey D. Jaime I, imponiéndole diferentes penitencias.

Las Cortes mas célebres juntadas en Lérida son las de 1214, presididas por el legado del papa, en las que D. Jaime I fué jurado rey de Aragon no contando aun diez años. Las de 1218, en las que este monarca terminó sus diferencias con su tio el conde de Provenza; las de 1274 y 1275, convocadas tambien por D. Jaime I para acallar las pretensiones de los ricos-hombres de la corona; las de 1356, en que con preferencia á Barcelona se prestó juramento de fidelidad al rey Don Pedro IV, y las de 1537, que congregó este para resolver la guerra contra Castilla y las asistencias que debían darse á Cataluña.

Una paz de un siglo habia curado los infortunios que dos guerras encarnizadas y cuatro sitios crueles, en el corto espacio de sesenta años, habian acarreado al valeroso pueblo de Lérida, cuando el levantamiento de 1808 le empeñó en otra lucha mas sangüinaria y desoladora que las antecedentes. La ciudad habia recobrado su antiguo esplendor; sus edificios estaban reparados; habianse construido otros; su agricultura, su comercio, su poblacion, su industria, se hallaba en un estado de prosperidad envidiable; y ahora..... ¡lamentemos los efectos de las guerras!!



## ASTRONOMIA.

### LA LUNA.

La luna crece, mengua y se disipa cada mes, y da vuelta en el espacio en sentido opuesto al movimiento general. Mientras que cada dia parece salir y ponerse como los demás astros, desde Oriente á Occidente, deja adelantarse á las estrellas, ó mas bien retrocede trece grados; y este movimiento particular, por medio del cual la luna se retira poco á poco hácia Oriente, durante el mismo espacio de tiempo que como los demás astros tarda en ponerse, se llama movimiento periódico; movimiento real, peculiar á este planeta. Durante el espacio de veintisiete dias y ocho horas, la luna, que habrá pasado cerca de alguna hermosa estrella, se aparta, se aleja, da la vuelta al cielo, vice-versa del movimiento diurno ó comun, y revuelve al cabo de veintisiete dias, hasta colocarse al lado de la propia estrella.

Cuando la luna da toda su vuelta en el espacio, tornando al lado de la misma estrella, no por eso revuelve del propio lado que el sol, porque durante veintisiete dias el sol avanza en un círculo de veintisiete grados hácia Oriente; volviendo á encontrarse la luna en connexion con el sol, ni mas ni menos que se ha encontrado al principio del mes: esta vuelta hácia el sol se realiza en veintinueve dias, doce horas y cuarenta y cuatro minutos.

La aparicion de las fases ó diferentes figuras de la luna se verifica

durante el mismo intervalo: esto es lo que se llama mes lunar.

La luna aparece llena cuando se muestra con referencia á nosotros con el directo reflejo del sol, que la dirige cuando se halla bajo nosotros.

Si el sol está de costado, se refleja en la luna del mismo modo; y no es posible que veamos mas que la mitad del reflejo: la luna así aparece en cuarto. Si el sol se encuentra mas alto que la luna, alejado de modo que esta se halle en medio, la envia tambien su reflejo; pero entonces nosotros no lo advertimos, porque el reflejo está del lado opuesto á la faz que la luna nos presenta: así la luna es invisible hasta que después de algunos dias aparece con la forma de luna nueva.

Después de haber totalmente desaparecido por espacio de tres ó cuatro dias, la luna reaparece durante el crepúsculo, al Occidente, al terminar la postura del sol, en la forma de cuarto creciente, con las puntas vueltas hácia lo alto, en oposicion al sol. Esta primera aparicion es la Neomenia ó Novilunio, que festejaban los antiguos de todas las naciones. La luna continúa avanzando hácia el Oriente por movimiento propio, y se aumenta en brillo: su creciente es mas considerable: poco á poco forma semicírculo, y aparece en cuarto cuando se aleja 90 grados del sol. Esto se llama el primer cuarto. Siete ó ocho dias después se presenta llena, redonda y luminosa; y brilla durante la noche entera, elevándose desde que se pone el sol; comprendiéndose perfectamente que el sol está opuesto á ella, intermediano la tierra.

Los siguientes dias la luna va perdiendo poco á poco su brillo, su duracion y su disco aparente: levántase mas tarde; solo alumbra la mitad de la noche, y de nuevo presenta un círculo que solo brilla en la mitad: este es el último cuarto. Algunos dias mas tarde, conti-



nuando en su aproximacion al sol, es solo un creciente que aparecè por la mañana hácia el Oriente antes del amanecer, las puntas hácia lo alto, en oposicion al sol; pero desvaneciéndose poco á poco así de brillo como de cuerpo, se pierde entre los rayos del astro soberano, desapareciendo totalmente.

### ANTIGUEDADES DE GALICIA.

#### SEPULCRO DEL ALMIRANTE CHARINO

EN LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO DE PONTEVEDRA.

La conquista de Sevilla en el siglo XIII, así como la prision de Francisco I en la batalla de Pavia, han sido origen de esforzadas polémicas históricas sobre la adjudicacion del triunfo de Galicia ó Vizcaya y Cataluña. El rompimiento del puente de barcas sobre el Gua-

dalquivir es disputado entre Ramón Bonifax, natural de Burgos, y Payo Gomez Charino, natural de Pontevedra. En la batalla de Pavia, gallegos y catalanes custodian al monarca francés, cuya espada pertenece al valeroso Pita da Veiga. Los cronistas y anticuarios buscan los privilegios de los archivos y los monumentos arqueológicos de las ciudades, para justificar el merecido renombre de los héroes. El P. Gándara repara la omision de algunos escritores españoles, publicando en su obra *Armas y triunfos de Galicia*, el privilegio dado por el emperador Carlos V al gallego Pita da Veiga, por la prision de Francisco I de Francia: en vista de este documento copiado literalmente, solo se puede ápelar á la calificación de apócrifo para ofrecer á Cataluña la gloria que le pertenece á Galicia. Por nuestra parte buscamos en la iglesia de San Francisco de Pontevedra el sepulcro de Payo Gomez Charino, para que el dedo de lo pasado guie nuestras miradas en la lectura de la antigua inscripcion que atribuye al quinto almirante de España la atrevida y peligrosa tentativa de romper el puente de barcas que ponía en comunicacion á Sevilla con el barrio de Triana. Esta empresa no menoscaba ni destruye la gloria del jefe de la flota armada en Vizcaya y reforzada en Galicia, así como tambien respeta



el noble y patriótico alarde de Santander que ha llevado al escudo de sus armas la copia de la principal embarcacion construida en su muelle, para formar parte de la escuadra conquistadora. El excesivo celo de algunos cronistas ha imposibilitado el prudente y razonado deslinde histórico en los sucesos de merecida nombradía, porque han creído equivocadamente que establecer las graduaciones naturales de las conquistas, de la inteligencia ó del valor, equivalía á autorizar una viciosa participacion de gloria. Bien habrá podido suceder que Ramon Bonifax, jefe de la flota dirigida contra Sevilla, se haya distinguido por su pericia y arrojo; tambien merecerá un lugar distinguido en esta conquista memorable el astillero donde se ha construido la capitana de la tripulacion; empero la memoria del aguerrido burgalés y el recuerdo del arsenal de Santander no pueden menoscabar el esforzado arrojo de Payo Gomez Charino, jefe de los mareantes de Pontevedra. La esperiencia ha confirmado que los acontecimientos públicos son llevados á cumplido término por diversas circunstancias que el valor ó a inteligencia saben utilizar con arriesgada fortuna. Cada cual ocupa su posicion: todos son dignos del renombre perpetuado

entre las generaciones venideras. Algunas veces el héroe no es mas que el realizador de un sistema debido al oscuro veterano, y la temeridad alcanza el laurel de la victoria, cuyas hojas no tocarian el cálculo y la prevision. Bonifax seria la cabeza que dirigiria con su pensamiento la peligrosa empresa de interrumpir las relaciones de los moros de Sevilla y el barrio de Triana: Gomez Charino seria el nervudo brazo que habrá desatado con resuelto coraje el puente de barcas. Después del triunfo se recordaria el arsenal de Santander por la capitana de la flota, como el símbolo de la victoria que han procurado inmortalizar la Sevilla cristiana y los puertos de Santander y Pontevedra.

Busquemos en las crónicas y nobiliarios la relacion genealógica del almirante Payo Gomez Charino, y recordemos los festejos públicos que han perpetuado entre nosotros su memoria, antes de presentar á nuestros lectores, como una medalla arqueológica, la descripcion de su sepulcro, cuya copia estampamos al frente de este artículo.

Los historiadores españoles estan acordes en la organizacion de la flota y en la participacion que han tenido los mareantes de Ponte-



vedra en la conquista de Sevilla. Ramon Bonifaz, ciudadano de Burgos, organizó en Vizcaya una armada compuesta de trece naves de guerra, por orden de San Fernando, y al doblar el cabo de Finisterre se le reunió Payo Gomez Charino con las embarcaciones que había tripulado en Pontevedra. El rey fijó sus reales en Tablada, y entregó el mando de las tropas, acampadas en la aldea de Alfarache, al maestre de Santiago, D. Pelayo Perez Correa.—Ortiz de Zúñiga (1) asegura que la toma del puente de barcas que unía el barrio de Triana con Alfarache, reforzando sin interrupción las fuerzas de los moros, fué propuesta por San Fernando á Ramon Bonifaz y á otros pláticos de el ministerio náutico. «Tenían los moros de Sevilla, refiere la crónica, una puente de madera fecha sobre barcas amarradas con muy recias cadenas de hierro por do pasaban de Seulla á Triana y á toda aquella parte de el río.» Entonces se armaron dos naves para que favorecidas por el viento, rompiesen el puente con el choque de las proas. Estas dos barcas, segun la tradicion que se conserva en Pontevedra, pertenecian á los mareantes de Galicia. Era el 3 de mayo de 1247. Los bajeles de remo y vela presentaron sus proas revestidas con planchas de hierro, y entre el fuego que los dirigian desde el mismo puente, el arsenal y el castillo de Triana, rompieron la cadena que sujetaba las barcas y facilitaron la gloriosa conquista de Sevilla. Los naturales de Galicia cooperaron por mar y tierra á esta celebrada victoria. Oigamos el mencionado análisis de Sevilla.—«D. Juan Arias, arzobispo de Santiago, á el ejemplo de otros prelados que personalmente asistían á este famoso sitio, vino á él, con una lucida compañía de caballeros gallegos con que se alojó cerca del arroyo Tagarete, azia aquella parte, que anegando sus aguas el prado de Santa Justa, los vapores que levanta el sol en el verano, llenan de humedad nociva el aire, con ofensa de las cercanas habitaciones.»

El rompimiento del puente de barcas fué el precursor de la entrada de los soldados cristianos en la ciudad morisca. Ramon Bonifaz, para quien había instituido S. Fernando en 1246 la nueva dignidad de *Almirante de mar*, que después «los reyes proveyeron siempre... en caballeros de las mas principales casas de sus Reynos y mas experimentados en negocios de Navegacion,» (2) realizó el pensamiento del monarca entre los peligros de la guerra y los temores de la indecision. Su capitana, fabricada en Santander, ocupó desde 1248 uno de los carteles del escudo de esta ciudad (3), y el cabildo de Sevilla copió esta embarcacion en el primer sello con una imágen de la Virgen en la proa y la señal de la cruz en la gavia. En uno de los jeroglíficos que decoraban el monumento levantado en la catedral de Sevilla para solemnizar en 1671 la canonizacion de S. Fernando, se pintó un baje de velas hinchadas, con coronas reales en las gavias, en medio de resplandores, atravesando el Guadalquivir para romper el puente de barcas de Triana, con este mote, alusivo al nombre del rey:

*Fer-nando salutem  
Baxel de curso tan fiel  
Que dió la salud nadando  
Llamariase Fer-nando.*

Después de diez y seis meses de asedio entró S. Fernando en Sevilla el 2 de diciembre de 1248.

Las naos, que desde entonces precedieron anualmente á la procesion del Corpus en Sevilla y Pontevedra, y la supresion de los derechos de anclaje, que fué respetada entre los marineros de ambos puertos, revelan la decisiva parte que los mareantes gallegos han tomado en la conquista realizada por el monarca católico.

(Continuará.)

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

## LA SILLA DEL MARQUÉS.

NOVELA ORIGINAL.

PARTE PRIMERA.

(Continuacion.)

Nuestro héroe, al verse engalanado de este modo, no experimentó la alegría propia en un joven de su edad, comprendiendo acaso la vulgaridad de sus ridículos atavios, y se dirigió hácia T... sin dema-

siada prisa ni curiosidad, vibrando una larga vara que el pastor de su casa había llenado de labores á manera de jeroglíficos. No obstante, cuando llegó á la plaza del pueblo, quedóse sorprendido viendo la multitud que la inundaba; pues debemos advertir que, sea por cordedad de genio ó indolencia, ó por ambas cosas reunidas, Mario jamás había traspuesto la colina á cuyo pié el lugar está fundado, mediante á que los dias de misa de precepto asistia en compañía de Marciana á la que se celebraba en la capilla del cementerio, fundada hacia muchos años por uno de los antepasados del propietario de la quinta de que hemos hablado al principio de esta historia: no se debe pues estrañar su asombro, supuesto que nunca había visto tanta gente reunida.

Sin embargo, se adelantó resueltamente, y después de penetrar en la iglesia á duras penas, y permanecer allí un momento, salió á la plaza y se confundió con la multitud. Unos cuantos mozos y otras tantas aldeanas improvisaron un baile al son de un clarinete y un violín que tocaban dos de esos músicos vagabundos, que desde las márgenes del Rhin se estienden por toda la Europa, y Mario estuvo un rato observando esta danza, notable solo por su monotonía, pues consistie únicamente en alzar los piés á compás, sin moverse casi de un mismo sitio; pero como no hallase en el baile, en el bullicio de la gente, ni en los gritos de los vendedores de rosquillas de azafran, las diversiones de que Marciana le hablara, dejó el pueblo, y volvió á su casa tan triste y cabizbajo como había salido de ella.

Marciana le abrumó con sus preguntas, y sacó en consecuencia que el pobre joven se había fastidiado de muerte; mas no queriendo achacarlo á idiotismo, y no pudiendo persuadirse de que Mario fuese un tonto, como afirmaban las pocas personas que le conocian, le aconsejó volviese por la tarde al lugar y tomase una parte mas activa en las diversiones populares.

El joven, sin comprender demasiado lo que le decia, se encaminó á T... segunda vez, á la hora en que el toque de las campanas anunciaba la salida de la procesion, y llegado que hubo, presencié con la misma indiferencia de por la mañana todas esas ceremonias sencillas y ridiculas á la par de las funciones de aldea. Acabada que fué la funcion de iglesia, comenzó el baile en la plaza del pueblo á la puerta de la casa del alcalde que le presidia sentado gravemente en un banco al lado del cura párroco, y rodeado de las personas mas notables del pueblo; pero esta vez no era un baile parcial como el de por la mañana, sino una diversion general en la que tomaban parte casi todos los mozos y todas las jóvenes del lugar. La orquesta, tambien mas brillante y animada, se componia de un violín, arañado no muy mal por el secretario de ayuntamiento, de una guitarra rascada no muy bien por el barbero, de una flauta que soplabá el sacristán, y de unos platillos que golpeaba el herrero con notable brio y destreza; y al compás de esta música estrepitosa danzaban aquellas gentes con la mayor alegría, olvidando la vida de trabajos y privaciones á que la fortuna los había destinado.

Mario se aproximó al corro del baile, que ocupaba casi toda la plaza, observó los movimientos de la danza, hizo por aprender las palabras con que los mozos sacaban á bailar á sus parejas, y fijando la atencion en una graciosa morena de quien al parecer nadie se acordaba, llamó en su auxilio los consejos de Marciana para vencer su timidez, y se acercó á ella murmurando torpemente las frases de estilo. La aldeana le miró sorprendida; mas luego, observando el ridiculo traje de nuestro héroe, y su rostro turbado y casi estúpido, prorumpió en una estrepitosa carcajada, cuya hilaridad vino á aumentar un robusto moceton, amante de la joven, que por una fatal casualidad conocia á Mario de verle trepar por los cerros, el cual, con voz fuerte y afectando un grotesco respeto, exclamó:

—Buenas tardes, señor Mario el tonto.

Cuyas palabras, hallando eco entre la multitud, fueron repetidas, especialmente por los muchachos, que gritaron muchas veces: «buenas tardes, señor Mario el tonto,» entre las zumbas y chanzas mas groseras.

Imposible seria espresar lo que pasó en el corazon del joven durante aquellos instantes en que se vió objeto de la atencion general. Su genio altanero é impetuoso, única herencia de su padre, se exaltó en él hasta un grado indecible; sus ojos se turbaron; su frente, orejas y mejillas abrasaban como si las aplicasen carbones encendidos; vibró su vara con un movimiento convulsivo, é iba á lanzarse contra aquella muchedumbre para desahogar en ella la rabia que le devoraba, cuando afortunadamente el pastor de su casa, que le había visto desde lejos, y conocia los arrebatos de su genio, se acercó á él, y cogiéndole por el brazo le sacó de entre la gente en un estado de cólera y exaltation inaplicable.

El viento de la noche refrescó su cabeza, y entonces, sin pronunciar una palabra ni detener su marcha un solo instante, se alejó del pueblo, maldiciendo la hora en que puso los piés en él, evocando un recuerdo de odio contra sus habitantes, y aun experimentando cierto

(1) Anales ecles. y secul. de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla.—Libro I. Era 1285. Año de 1247 (Madrid, 1677).

(2) Salazar de Mendoza en su obra «Monarquía de España.»—Tomo I.—Lib. II. Cap. VI. (Madrid—1770.)

(3) Segun Moya (Rasgo heroico, declaracion de las empr. armas y blasones con que se ilustran y conocen los princip. reinos, prov. ciud. y villas de España) esta ciudad tiene un escudo partido: en el primero una nave sobre aguas, y en el segundo un castillo sobre oro.



movimiento de disgusto contra Marciana, causa primordial aunque inocente de su humillación.

De vuelta á su casa sufrió las preguntas de aquella en un obstinado silencio; pero todavía tuvo que pasar por nuevas contrariedades, porque su padre, que había presenciado el lance, y que aquella noche se retiró mas temprano que de ordinario, soltó acerca de él irónicas chanzas, que Mario devoró llamando en su auxilio todo su desdén y desprecio.

Marciana, que supo después por el pastor cuanto había sucedido, nunca, desde entonces, le instó para que volviese al pueblo; de modo que el joven pasó aun otros dos años sin salir del bosque donde naciera, durante los cuales las cosas siguieron en el mismo estado que anteriormente, sin otra diferencia mas que de día en día la anciana, que rayaba ya en su sétimo lustro, se encorvaba hácia la tierra, mientras que el ejercicio y el aire de las montañas desarrollaban poco á poco el físico, ya que no la inteligencia del adolescente. No obstante, en la época en que comienza esta historia, y á pesar de su vida campestre, Mario era pequeño, delgado, nervioso: sus cabellos negros y encrespados caían sobre la frente, ocultando casi sus ojos de color indefinible: el de su rostro, pecho y brazos se ignoraba cual era; tan curtidos estaban por la acción del aire y del sol; y finalmente su aire de abandono y el desaliño de su vestido indicaban la tristeza é indolencia de su carácter.

### III.

#### Un encuentro.

En un hermoso día de primavera, Mario, según su costumbre, se levantó con el alba, y después de desayunarse en compañía de Marciana salió de su casa con objeto de llevar el almuerzo al pastor, que á la sazón hacia sestar su ganado en lo alto de los cerros, y aprovechando el buen tiempo, por evitarse el trabajo de volver todas las noches á la alquería, pernoctaba en el campo, donde había construido un pequeño chozo para sí y un redil para las ovejas.

Corrían los primeros días de junio, y hacia ya mucho tiempo que los prados, valles y montañas habían adquirido todo su verdor y lozanía.

La mañana estaba tan templada, tan pura, tan serena, que aun cuando nuestro héroe gozaba con frecuencia de este espectáculo, no pudo menos de prorumpir en un grito de júbilo y admiración. Imposible sería dar una idea de la transparencia de la atmósfera: había en ella otra cosa mas impalpable, mas ligera que el aire, mas sonora que la brisa y que el susurro de los árboles y corrientes campesinas, mas perfumada que las emanaciones de las plantas y de las flores: una esencia ideal y suave que se identificaba con el éter, con la savia, con el prisma, ó que mas bien era el conjunto de todas estas cosas.

El cielo, ligeramente velado por nubes blancas y de color de rosa, mostraba á través de ellas un azul claro, que junto á la cima de los montes tomaba tintas mas sombrías y menos suaves. El sol inundaba ya con su fuego las cumbres mas elevadas, é iluminando las copas de los olivos, hacíalas parecer de plata, en tanto que las ramas próximas al tronco ostentaban un verde áspero y oscuro. Grandes sombras reinaban todavía en el fondo del valle, que parecían mayores á causa de la viva luz que doraba las alturas. Las golondrinas comenzaban su tortuoso vuelo, los vencejos atravesaban por el espacio con las alas casi recogidas y rápidas como una flecha, los mirlos se posaban sobre los vallados, y las alondras se cernían en el aire ó volaban formando grandes círculos verticales.

Mario se internó en el bosque gozando de este espléndido panorama. Nunca había hallado tantos encantos en las maravillas de la naturaleza: parecía que su alma, adivinando las inmensas sensaciones que habían de agitarla aquel día, se preparaba de antemano á ellas, al modo que los neófitos de las antiguas sectas se purificaban intelectual y materialmente antes de ser iniciados en sus misterios.

El joven marchaba despacio, costeano la margen del riachuelo que atraviesa el valle, cuando se detuvo sorprendido á vista de un objeto inesperado y casi nuevo para él. Una yegua negra, de corta alzada, estampa esbelta, largo cuello y cabeza amantillada y pequeña, atada á las ramas de un olmo por medió de dos cordones de seda que la servían de brida, rumiaba tranquilamente la yerba fina y tierna que verdeaba el prado, tronchando al mismo tiempo con sus descarnados piés las campanillas y margaritas silvestres que la matizaban. Una pequeña silla de tafete con una especie de media luna en su arzon delantero, y un solo estribo al lado derecho, constituían el arreo de aquel noble animal, cuyo origen árabe hubiera conocido otro mas inteligente que Mario, el cual sin embargo notó la diferencia que mediaba entre esta elegante cabalgadura y los rocines de la aldea.

Esta fué la impresion primera, la primera revelación, digámoslo así, de otro orden de cosas mas elevado y perfecto de las que hasta entonces le habían rodeado; la iniciación vaga é indefinible de otros

deseos y otras necesidades distintas de las que hasta entonces constituyeran su existencia; la despedida de la vida material, la entrada en el mágico y peligroso recinto de las ilusiones, de los ensueños y de la vida del alma.

Detúvose largo tiempo admirando las formas finas á par que gallardas, y la mirada inteligente de la hermosa yegua, que alzando la cabeza cuanto le permitían las riendas que la sujetaban, le vió acercarse sin el menor recelo; mas luego, juzgando que el dueño de aquel animal no debía hallarse lejos, miró en derredor suyo, y no viendo persona alguna se dirigió hácia un sitio donde creyó encontrar el objeto que buscaba, por la siguiente circunstancia:

Uno de los marqueses de Guadalupe, abuelo del actual poseedor de este título, á cuya familia pertenecía la quinta, junto á la que termina el bosque por un lado, mandó construir una especie de silla de madera, en un paraje en que aclarando la aspereza forma al modo de un gabinete de verdura, perfectamente situado á la orilla del río, y en donde la naturaleza ostenta toda su riqueza y lozanía; pero como las lluvias del invierno destruyesen en parte aquel asiento, en la siguiente primavera hizo construirla de piedra, con objeto de gozar cómodamente de la amenidad y frescura de aquel sombrero recinto, al cual desde entonces los habitantes de los alrededores dieron el nombre de *silla del marqués*, aludiendo á la que allí había.

Mas como nuestra historia tiene su principio, y en cierto modo su desenlace en este mismo sitio, nos creemos obligados á hacer una ligera descripción de él. Comprendiendo el noble propietario que le dió su nombre, que perdería toda su belleza y poesía en el momento en que le profanasen el arte y la mano del hombre, le dejó en su primitivo estado: así pues solo debía su belleza á la admirable fecundidad de su vegetación. Enormes castaños de Indias, álamos blancos, sedosos abedules, entre los cuales descollaban algunos pinos gigantescos, cruzaban sus ramas, formando una especie de dosel, á través del cual se descubría el cielo. Las purpúreas valerianas, el acoro, semejante al lirio, la flor del sauco, que exhala tan agradable olor, matizaban la yerba fina y suave que alfombraba la tierra, entre la cual lucían también sus vivos colores el aciano azul, los blancos alelles, el laurel salvaje, con sus botones encendidos, y finalmente un sin número de esas flores campestres y desconocidas, que nacen donde hay un poco de agua, de aire y de sol.

En medio de esta naturaleza espléndida y animada destacábase la *silla del marqués*, propiamente dicha, que no era sino un asiento de piedra de sencilla construcción, situado entre la orilla del río y una pomposa acacia, que columpiaba sobre él sus penachos blancos, perfumando al mismo tiempo el ambiente. Un gusto exquisito había presidido á la elección de este paraje; pues desde allí, mirando hácia la izquierda, por entre el vallado que sombreaba el riachuelo, único lado en que los troncos de los árboles no limitaban la vista, descubriase la fértil vega que ya hemos mencionado, como un Océano de verdura, entre el cual asomaban algunas encarnadas amapolas, y en cuya parte opuesta crecían muchos árboles frutales, defendidos del ardor del sol por la sombra de los montes, que desde allí se elevaban en cordillera, y de los cuales descendía saltando de Peña en Peña un manantial, que atravesando la vega y el vallado desagüaba en el río del bosque, precisamente junto al sitio que tratamos de describir, al cual por esta circunstancia prestaba mayor encanto y animación.

La margen de este río solamente bastaría á ocupar la vida toda de un naturalista que se dedicara á analizar la diversidad de plantas acáticas que en ella vejetan, y sobre las cuales zumban millares de insectos, que cuando la luz del sol penetra hasta allí brillan como otras tantas piedras preciosas suspendidas en el aire.

A este sitio pues se dirigió nuestro joven para satisfacer su curiosidad, sin sospechar que aquel instante iba á decidir del destino de toda su vida, aunque sintiendo una extraña agitación que le hizo acercarse muy despacio y detenerse á la entrada de la plazoleta que forma el bosque en aquel paraje. Al pronto no halló en él nada de particular; pero después que adelantando algunos pasos descubrió la *silla del marqués*, oculta hasta entonces por un grueso castaño de Indias, quedóse absorto, fascinado, inmóvil, como un pájaro paralizado por la mirada magnética de una serpiente, ó como un antiguo caballero andante á quien una hada maligna dejara encantado en medio de una floresta.

Mientras permanece en este estado, permítansenos otra corta y última digresión, para mejor inteligencia de los acontecimientos subsiguientes.

### IV.

#### El amor naciente.

Mario, como hemos dicho ya, vivió hasta entonces en un aislamiento casi completo.

Marciana, que no sabía leer, se había concretado á enseñarle ver-



balmente la doctrina cristiana, y el entendimiento del adolescente se resentía como es natural de esta falta de educación: estaba poco menos que en el estado de la infancia, y hubiera podido decirse que le eran desconocidas las pasiones, á no haber comprendido, por sus violentos aunque tardíos accesos de cólera, la fuerza y energía de su organización.

Mas á pesar de que su inteligencia estaba oculta todavía entre las nieblas de la ignorancia, era tan poético y ardiente el corazón que de su madre había heredado, que la áspera corteza, permitásenos esta espresion, con que la soledad y su vida casi salvaje le rodeara; no hizo mas que ocultar y detener por algun tiempo los torrentes de sentimiento y vitalidad que inundaban su alma; al modo que los nublados de un día del estío solo pueden oscurecer un momento el inflamado disco del sol.

Al llegar á la adolescencia sintió vagamente la inquietud de los deseos que se despiertan, los trasportes de los sentidos que se exaltan, aunque sin comprender las nuevas impresiones que turbaban su corazón, expansivo y delicado, que solo esperaba un objeto que fijase y esclareciese estas misteriosas aspiraciones.

(Continuará.)

## AL SOL PONIENTE.

### MEDITACION.

#### A MI AMIGO FLORENCIO DE ORMAECHEA.

¡Con cuán lenta majestad,  
noble luminar del día,  
camina tu claridad,  
de la azul region vacía  
por la vasta inmensidad!

Puebla tu luz bendecida  
tierras y mares y vientos,  
y á tu fuerza enardecida  
tornan de nuevo á la vida  
los dormidos elementos.

Por la region celestial,  
entre relajes de tul  
vas, gigantesco fanal,  
á perderte en el cristal  
de ese inmenso espejo azul.

Y palidecen los rayos  
de tu luz deslumbradora;  
tu rapidez se aminora,  
y entre lánguidos desmayos  
tu disco se descolora.

Y como á perderte vas  
en el remoto Occidente,  
el corazón y la mente  
preguntan si volverás  
por las puertas del Oriente.

Volverás, sí, en tu esplendor  
á animar tierras y mares  
con fuego generador,  
é inmensos himnos de amor  
se alzarán en tus altares...

Mas al ver esa del día  
postrera luz moribunda,  
siento presa el alma mia  
en misteriosa y profunda  
y santa melancolía.

Que eres imagen, oh sol,  
del zénit en la altitud  
de la fuerza y juventud;  
y tu pálido arrebol  
presagio del atahud!

¡Quién sabe, oh sol, si mañana  
cuando torne el mundo á verte,  
por decretos de la suerte  
cuanto es en mi vida humana  
será presa de la muerte!

¡Si este osado corazón  
en que hoy sangre hirviendo late  
y la altanera razón,  
no oirán ya la confusión  
de este revuelto combate!

Y, empero, el alma atrevida  
y el rápido pensamiento  
reluchan con ardimiento,  
sin contemplar que es la vida  
un efímero momento!

Sin ver que aquesa ambición  
que en incesante agonía  
turba el pecho y la razón,  
sueño es de la fantasía,  
delirio es del corazón!

—Miserable humanidad  
á tantas glorias creáda  
por la suma potestad:  
¿nunca serás perdonada  
de tu primera maldad?

Por tu soberbio pecado  
te condena un Dios airado  
á recoger ¡oh dolor!  
en llanto y sangre amasado  
el fruto de tu sudor!

Raza de ángeles caídos,  
del cielo desheredados,  
que naceis entre gemidos,  
y vivis desesperados,  
y morís desprevénidos:

¿Por qué la vida adoráis?  
¿por qué á la muerte teméis?  
—¡Tanto el bien desconocéis,  
que el dolor idolatráis  
y la dicha aborrecéis!

¡Oh padre sol! si mañana  
cuando torne el mundo á verte  
fuera presa de la muerte  
cuanto es en mi vida humana,  
por decretos de la suerte:

¡De cuánto fiero dolor,  
de cuánta amarga inquietud,  
me libertara en su amor  
el SUMO DISPENSADOR  
de la dicha y la virtud!

—Tú, en tanto, oh sol, por igual  
en tu carrera gentil,  
viertes tu puro raudal  
sobre el áspero erial  
y el aromoso pensil:

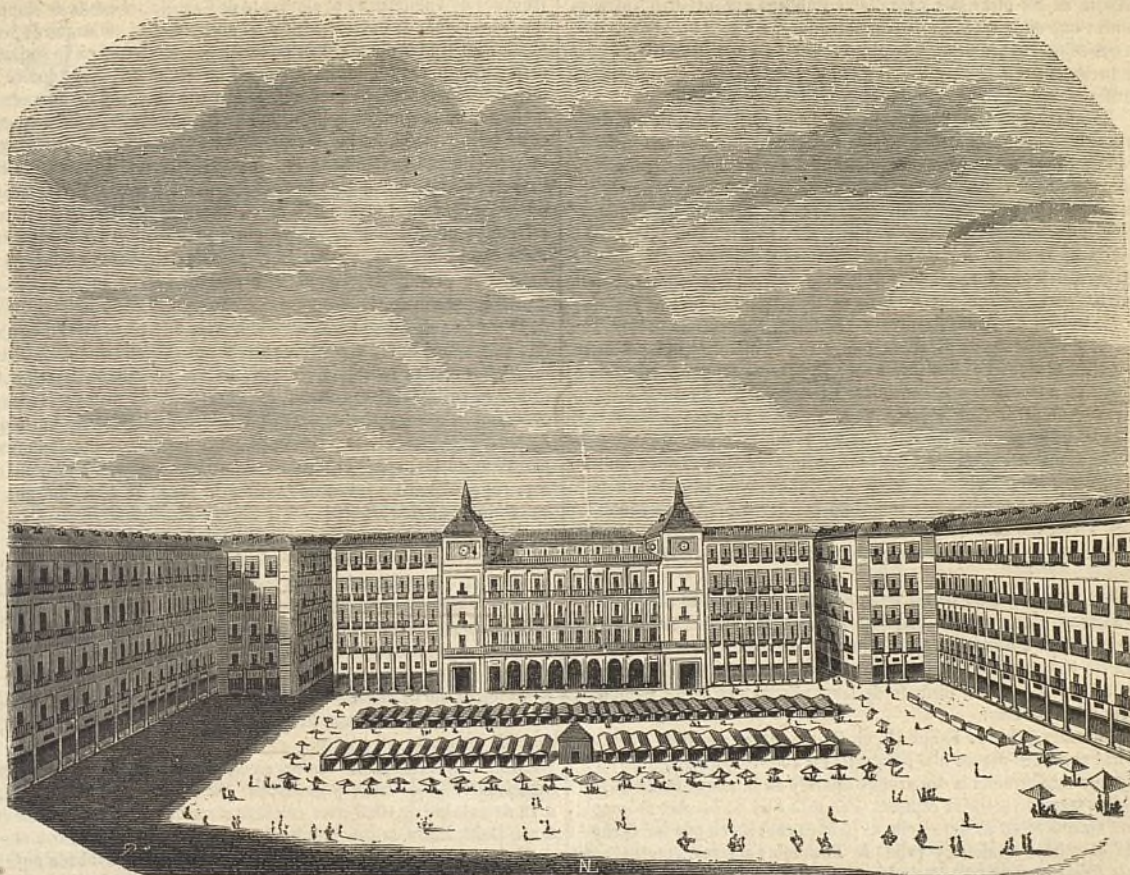
Que eres imagen sensible  
de la SUMA POTESTAD,  
y al bien y al mal impasible,  
sigues tu curso apacible  
con serena majestad!

J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid:—Imp. del SEMANARIO E ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.





(La antigua Plaza Mayor de Madrid.)

## LAS CALLES Y PLAZAS DE MADRID.

RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

VIII

LA PLAZA MAYOR.

Desde los tiempos de Juan II, á principios del siglo XV, viene haciéndose ya mención de la plaza del Arrabal, estramuros de la puerta de Guadalajara, en el sitio mismo que ocupa hoy la Mayor y mas central de la villa; aunque por entonces debió ser de forma irregular y cercada de mezquinas casas propias de un arrabal; pero á medida que este fué creciendo en importancia y dedicándose al comercio la parte inmediata á la antigua entrada principal de la villa, fueron tambien renovándose aquellas, y dando lugar á otras generalmente destinadas á tiendas y almacenes, algunas construidas por cuenta de la villa, como lo fué la carnicería y otras. En una real provision que existe en el Archivo de Madrid, del rey Don Felipe II, fecha en Barcelona á 17 de setiembre de 1595, cometida al Licenciado Cristóbal de Toro para que informase «qué costaria hacer unas tiendas en la plaza del arrabal» y si seguiria utilidad en hacerlas quedando su fábrica para los propios de la villa, advertimos de paso la circunstancia de que, aun tres siglos después de la ampliacion de Madrid con la nueva cerca, y hasta treinta y mas años posterior al establecimiento de la corte en ella, se seguia apellidando el arrabal á la parte de poblacion exterior á la antigua muralla.

El estado de deterioro á que habia venido la plaza á principios del siglo XVII movió al rey D. Felipe III á disponer su completa demolicion y la construccion de una nueva, digna de la corte mas poderosa del mundo. A este fin dictó las órdenes convenientes á su arquitecto Juan Gomez de Mora, uno de los mas aventajados discipulos de Juan de Herrera, el cual la dió terminada en el corto espacio de dos años (en el de 1619), ascendiendo su coste total á 900,000 ducados.

Tiene su asiento en medio de la villa formando un espacioso cua-

(1) Véase los números anteriores.

drilongo de 434 piés de longitud por 334 de latitud y 1536 en la circunferencia; ofrecia una gran simetria en su caserio, que constaba de cinco pisos sin los portales y bóvedas con 73 piés de alto y 30 de ciementos, y con salidas á seis calles descubiertas y tres con arcos; en sus cuatro frentes habia 156 casas (1) con 477 ventanas, con balcón y habitacion para 3,700 vecinos, pudiendo colocarse en ellas con ocasion de fiestas reales hasta 50,000 espectadores. Los frontispicios de las casas eran de ladrillo colorado, y estaba coronada por terrados y azoteas cubiertas de plomo y defendidas por una balaustrada de hierro. Esta y las cuatro hileras de balcones de los distintos pisos estaban tocados de negro y oro, todo lo cual y su rigurosa uniformidad le daba un aspecto verdaderamente magnifico. En medio del lienzo que mira al Sur se construyó al mismo tiempo que la plaza el elegante y suntuoso edificio con destino á servir de casa real y de panaderia en su parte baja, y magníficos salones en la principal para juntas y otros actos públicos, y para recibir á los reyes cuando acudian á las fiestas solemnes que se celebraban en esta plaza.

(1) No acertamos á combinar este número de casas que dan á la antigua plaza todos los escritores de la época, con el que aparece de la Planimetría y registro general para la visita de aposento verificada en mediados del siglo pasado, por la cual se demuestra que el número de dichas casas de la plaza era solo el de 68, la mitad exacta de las 156 de que hablan los escritores; á menos que estos no adoptasen del lenguaje comun de entonces la calificación vulgar de un par de casas que solia darse á los edificios que constaban de mas de un piso, en cuyo caso los 68 pares de la plaza representarían el citado número de 156. Por lo demás, el espacio de estas era tan reducido aun para 68, que las mas de ellas andaban entre 200 y 600 piés de superficie, lo suficiente para una tienda en el piso bajo y otra pieza en cada uno de los superiores, á que se subia por una empinadísima escalera, de que puede verse muestra en la única casa que queda de aquella época, y es la señalada con el número 1 antiguo, 6 nuevo de la manzana 195. — A propósito de esta casa debemos decir que no es cierto, como han asegurado algunos periódicos, que perteneciese en el siglo XVII á la comedianta Maria Calderon, favorita de Felipe IV y madre de D. Juan de Austria, ni por consiguiente sea exacta la suposicion de haberla hecho la reina retirar de sus balcones en una funcion de toros. Esta casa pertenecia segun nuestras noticias en la época á que se alude al mayorazgo de Sebastian Vicente, que poseyó después el marqués de Huerta. — El cuento del balcón se refiere sin duda á otra casa mas hacia la esquina de la calle de Boteros, que no existe ya, en la cual se veia un balconcillo fuera de alineacion, que llamaba el vulgo el balcón de Maritápalo, y al cual se referia la tradicion de haber sido improvisado una noche de orden del rey para que pudiera presenciar la fiesta una de sus favoritas, que no tenia balcón.

21 DE AGOSTO DE 1855.



En el lienzo frontero se elevó también otro suntuoso edificio para *carnicería* de la villa, la cual era común á vecinos y forasteros, á diferencia de las otras dos carnicerías públicas que existían anteriormente; una en la plazuela de San Salvador para solo los hijos dalgos, en que se pesaba sin sisa, y la otra en la colación de San Ginés, para los pecheros, con sisa, y duraron hasta 1585 en que se quitaron los pechos.

La relación de los sucesos, ya trágicos, ya festivos, de que desde su construcción hasta el día ha sido testigo esta plaza, daría materia á un largo volumen; pero limitados hoy á los estrechos términos de este artículo, indicaremos solo los mas principales para excitar la curiosidad y el interés de los investigadores de la historia madrileña.

El primer suceso histórico á que sirvió de teatro esta plaza, tuvo lugar á 15 de mayo de 1620, pocos meses después de concluida la nueva. Celebrábase aquel día por la villa la beatificación del glorioso *Isidro Labrador* con una solemne función, para la cual se juntaron en Madrid los pendones, cruces y cofradías, clerecías, alcaldes, regidores y alguaciles de 47 villas y lugares, formándose una procesion en que se contaban 136 estandartes, 78 cruces, 49 danzas y muchos ministriles, trompetas y chirimías. El cuerpo del Santo se puso en una *avaca* de plata que hicieron y donaron los plateros de Madrid, y costó 16,000 ducados, sin la hechura, y habiendo venido el rey y su familia desde Aranjuez, hubo danzas, máscaras, fuegos y encamisadas por espacio de seis días; en la plaza se armó un castillo con muchos artificios y fuegos, que se quemó por descuido, terminándose la función con un certamen poético para nueve temas que propuso la villa, y de que fué secretario el célebre *Lope de Vega*, que después le publicó.

Por auto acordado de 30 de junio del mismo año se puso *tasa* en los balcones de la misma plaza para las fiestas reales, señalando el precio de doce ducados para los primeros, ocho para los segundos, seis para los terceros y cuatro para los cuartos, lo cual se entendía solo por las tardes, pues el disfrute de las mañanas era de los inquilinos de las mismas casas.

Habiendo fallecido Felipe III en 31 de marzo de 1621, levantó Madrid pendones por su hijo Felipe IV en 2 de mayo siguiente, celebrándose esta ceremonia con grande aparato en la nueva Plaza Mayor.

Mas trágica escena se representó en esta á 21 de octubre del propio año, alzándose en medio de ella el público cadalso en que fué decapitado el célebre ministro y valido *D. Rodrigo Calderón*, *marqués de Siete Iglesias*; y viendo Madrid con asombro rodar á los pies del verdugo la cabeza del mismo magnate que pocos meses antes había visto pasear aquella plaza con gallardía al frente de la guardia tudésca, cuyo capitán era; catástrofe memorable que le pronosticó el también desgraciado conde de Villamediana, con motivo de cierta reyerta que en las fiestas anteriores tuvo *D. Rodrigo* en la plaza con *D. Fernando Verdugo*, capitán de la guardia española, en aquellos versos que decían:

«¿Pendencia con Verdugo y en la plaza?  
Mala señal por cierto te amenaza.»

El domingo 19 de junio de 1622 celebró Madrid la canonización del mismo patron *S. Isidro Labrador*, al propio tiempo que la de los Santos *Ignacio de Loyola*, *Francisco Javier*, *Teresa de Jesús* y *Felipe Neri*, con grande solemnidad de altares en la plaza y calles del tránsito, procesiones, máscaras y luminarias; cuya pomposa relación publicó *Lope de Vega*, autor de las dos comedias representadas en aquella ocasión á los Consejos y ayuntamiento en la misma Plaza Mayor, y cuyo argumento está tomado de la vida de *S. Isidro*.

Con motivo de la venida del príncipe de Gales á la corte de España en 1623, con el objeto de ofrecer su mano á la infanta Doña María, hermana de Felipe IV, puede decirse que los seis meses que estuvo en Madrid, hasta 9 de setiembre en que salió para Inglaterra, fueron una serie no interrumpida de festejos asombrosos, en que desplegó su carácter poético y caballeresco el rey, y su corte la grandeza y riqueza que encerraba en su seno; pero no siendo nuestro intento por ahora detenernos á describir aquella brillante época de Madrid, fijaremos solo la atención un momento en las solemnes fiestas de toros, celebradas para obsequiar al príncipe en la Plaza Mayor el día 1.º de junio. Para ello se puso otro balcón dorado junto al de SS. MM., y habiendo venido la reina en silla, por hallarse preñada, acompañándola á pié el conde duque de Olivares y el de Benavente, el marqués de Almazán y dos alcaldes de corte, ocupó su balcón con los infantes é infanta Doña María; en el otro balcón nuevo, dividido con un cancel ó biombo, se colocó el rey con el príncipe inglés. En esta fiesta dicen los historiadores madrileños que fué la primera en que se introdujo sacar de la plaza los toros muertos por medio de mulas; peregrina invención que atribuyen al corregidor *D. Juan de Castro* y Castilla. Ultimamente, para celebrar el ajuste del próximo casamiento del príncipe con la infanta (que al fin no llegó á verificarse) dispuso el rey una solemne

fiesta real de cañas para el lunes 21 de agosto, arreglándose diez cuadrillas, que regían el corregidor de Madrid, el conde de Oropesa, el marqués de Villafranca, el almirante de Castilla, el conde de Monterrey, el marqués de Castel Rodrigo, el duque de Cea, el duque de Sesa, el marqués del Carpio y el Rey en persona. Merece leerse la suntuosa descripción que hacen los historiadores de esta fiesta, como una de las mas magníficas que ha presenciado la corte de España, pasando de quinientos el número de caballos que entraron en ella, soberbiamente enjaezados y montados por los mas bizarros personajes. La Reina y la Infanta (á quien ya llamaban *Princesa*) asistieron al balcón de la Panadería, y se permitió á dicha infanta usar los colores del príncipe, que era el blanco. Luego entró en el balcón el rey con el príncipe é infante, y por orden de S. M. se quitó el cancel que estaba puesto entre ambos balcones, quedando el príncipe de Gales al lado de la infanta su prometida, con solo la reja de hierro en el medio. Corrieron primero algunos toros, y luego pasó el rey á vestirse á casa de la condesa de Miranda, desde donde vino á la plaza con su cuadrilla, empezando S. M. la primera carrera con el conde duque de Olivares; y así que se avistó la real persona, se levantaron la reina, el príncipe, la infanta, el infante, los consejos, tribunales y la demás concurrencia que llenaba la plaza, y estuvieron descubiertos hasta que S. M. terminó la carrera, siguiendo luego las demás escaramuzas y juegos todas las demás cuadrillas, señalándose en todas ellas la del rey, cuya gallardía y juventud (tenía á la sazón 18 años) dió mucho que admirar al concurso todo.

Espectáculo de muy diverso género presentó la Plaza nueva el día 21 de enero de 1624 en el auto de fe (el primero de que se hace mención en ella) celebrado por la Inquisición para juzgar al reo Benito Ferrer por fingirse sacerdote. A esta ceremonia asistieron los consejos y autoridades con todo el séquito de costumbre, los familiares de la Inquisición y las comunidades religiosas; y el reo fué quemado vivo en el brasero que se formó fuera de la puerta de Alcalá. Otro auto de fe se menciona en 14 de julio del propio año, en que fué condenado Reinaldos de Peralta, buhonero francés: este fué sentenciado á garrote, y después quemado su cadáver.

Entre las varias fiestas reales celebradas en aquella época merece mencionarse la de toros y cañas que hubieron lugar en esta Plaza á 12 de octubre de 1629 para celebrar el casamiento de la misma infanta Doña María (antes prometida del príncipe de Gales) con el rey de Hungría, á cuya fiesta asistió la misma infanta, y acabada aquella salió de Madrid para reunirse con su esposo en Alemania.

El día 7 de julio de 1631 fué bien trágico para la Plaza Mayor; pues habiéndose prendido fuego en unos sótanos cerca de la carnicería, tomó tan íntimemento, que corrió hasta el Arco de Toledo, desapareciendo en breves horas todo aquel lienzo. Duró el fuego tres días: murieron doce ó trece personas y se quemaron mas de cincuenta casas, cuya pérdida se valió en un millón y trescientos mil ducados. No bastando los socorros humanos acudieron á los divinos, llevando á la plaza el Santísimo Sacramento de las parroquias de Santa Cruz, San Ginés y San Miguel, y levantando altares en los balcones, donde se celebraban misas. Colocáronse también las imágenes de Nuestra Señora de los Remedios, de la Novena y otras varias, siendo extraordinaria la agitación y pesadumbre que tan extraordinario suceso ocasionó en el vecindario.

Sin embargo, no dejaron de correrse pocos días después los toros de Santa Ana, en la misma plaza á 16 de agosto siguiente (1): los reyes mudaron de balcón y asistieron á la fiesta en uno de la acera de los Pañeros, porque en la casa Panadería había enfermos de garrotillo; y sucedió que á lo mejor de la fiesta corrió rápidamente la voz de ¡fuego en la Plaza! ocasionada por el humo que veían salir de los terrados, y era á causa de que unos esportilleros se habían colocado á ver la fiesta sobre los cañones de las chimeneas del portal de Mauleros y Zapatería. La confusión que esta voz produjo por el recuerdo de la reciente catástrofe fué tal entre los cincuenta mil y mas espectadores que ocupaban la plaza, que unos se arrojaron de los balcones, otros de los tablados; en las casas de Zapatería reventaron las escaleras, muriendo en todo y estropeándose multitud de personas; y gracias á que el rey conservó la serenidad y permaneció en su balcón, mandando continuar la fiesta para asegurar á los alucinados.

Otro auto de fe celebró en esta plaza la Inquisición de Toledo en 1632, con asistencia de la Suprema y de los Consejos de Castilla, Aragón, Italia, Portugal, Flandes y las Indias. Juzgóse en este auto á treinta y tres reos por diferentes delitos de herejía, cuya relación imprimió el arquitecto Juan Gómez de Mora. El rey y su familia asistieron á esta solemnidad en el balcón sétimo del ángulo de la Cava de San Miguel.

A consecuencia de la causa de conspiración contra el Estado, for-

(1) Las fiestas ordinarias de toros eran tres al año, y se celebraban en la Plaza Mayor en los días de San Isidro, de San Juan y de Santa Ana.



mada al duque de Híjar, D. Rodrigo de Silva, al general D. Carlos de Padilla y al marqués de la Vega; fueron degollados en público cadalso los dos últimos en la Plaza Mayor el viernes 5 de noviembre de 1648 (1).

Muchos otros acontecimientos y fiestas tuvieron lugar en la Plaza durante el largo reinado de Felipe IV; pero el mas señalado sin duda fué ocasionado por la entrada pública de su segunda esposa Doña Mariana de Austria, el 13 de noviembre de 1645. La pomposa descripción de los adornos de la carrera, arcos, templete, teatros, danzas y máscaras puede verse en el analista Pinelo, que la describió con su acostumbrada prolijidad. Baste decir que en la calle de Platerías se formaron dos grandes gradas ó mostradores, donde el gremio de plateros colocó joyas y alhajas riquísimas por valor de mas de dos millones de ducados.

El reinado de Carlos II, el de los hechizos, ni durante su larga minoría, ni después que tomó las riendas del gobierno, prestó ni pudo prestar á la corte de España aquel colorido brillante, poético y caballeresco que el anterior, distando tanto el carácter é inclinaciones del nuevo monarca de las que su padre habia ostentado toda su vida. La austeridad y la tristeza ocasionadas por la enfermiza constitucion de Carlos y por su espíritu apocado, se reflejaron sensiblemente en toda la monarquía, y el público madrileño, ocupado unas veces con las intrigas palácicas del P. Nitard y Valenzuela, otras con los regios disturbios de Doña Mariana y D. Juan de Austria, y posteriormente con las dolencias y escrúpulos del rey, sus conjuros y su impotencia, apenas tuvo lugar de presenciar en la Plaza Mayor aquellos magníficos espectáculos de que tan grata memoria conservaba.

Hubo sin embargo algunos paréntesis halagüeños en aquella época doliente y monacal; y tal fué sin duda el que ocasionó el régio enlace de Carlos con la princesa Maria Luisa de Orleans.

Pero debemos hacer mencion de otro episodio desgraciado en esta Plaza, y fué un segundo incendio ocurrido la noche del 20 de agosto de 1672 que devoró muchas casas y la real de la Panadería, la cual fué levantada de nuevo en el espacio de diez y siete meses, merced al empeño del privado Valenzuela, y bajo los planes y direccion del arquitecto D. José Donoso, uno de los corruptores del buen gusto en aquella época desdichada, si bien en este edificio, conservándose la planta baja (que era de Gomez de Mora), trató el Donoso de imitar en las demás la construccion antigua con los mismos tres órdenes de balcones y uno corrido en el principal y las dos torrecillas en los estremos del edificio. La escalera es ancha y majestuosa, y los salones tienen magníficos artesones pintados á competencia por el mismo Donoso y Claudio Coello. Pero volvamos á Maria Luisa de Orleans.

La solemne entrada de esta desgraciada reina en 15 de enero de 1680 sirvió de ocasion al pueblo madrileño para desplegar su natural alegría, y á la corte de España para ostentar aun las últimas llamaradas de la antigua grandeza. Entre la multitud de festejos celebrados con este motivo, las fiestas reales de toros, que tuvieron lugar en la plaza Mayor, fueron acaso las mas señaladas. Una autora francesa contemporánea describe aquella régia fiesta con las brillantes pinceladas siguientes:

«La Plaza Mayor, circundada por un estenso tablado, y decorada magníficamente con elegantes colgaduras, ofrecia un golpe de vista mágico: al ruido de las músicas, y entre la animada agitacion de la multitud, fueron ocupando los balcones que les estaban señalados las autoridades de la villa, los Consejos de Castilla, de Aragon, de la Inquisicion, de Hacienda, de las Ordenes, de Flandes, y de Italia, las embajadas de todas las cortes, los jefes y servidumbre de la casa real, los grandes y títulos del reino. Ricos tabaques henchidos de dulces, de guantes, de cintas, abanicos, medias, ligas y bolsillos de ámbur llenos de monedas de oro, eran ofrecidos á las damas convidadas por S. M.; y por todas partes reinaba un movimiento, una alegría imposibles de pintar. Al aspecto de aquella plaza que traía á la memoria los antiguos circos del pueblo rey; de aquellas ricas tapicerías; de aquellos balcones llenos de hermosuras; de aquellos caballeros gallardeando sobre bellos caballos andaluces y luciendo á la vez su magnificencia y su destreza, Maria Luisa pudo gloriarse un momento de ser la soberana de un pueblo tan noble y tan galán»

»Luego que el rey y la reina hubieron tomado asiento en su balcon, la guardia de archeros y de la lancilla hizo el despejo de la plaza; entraron en seguida cincuenta toneles de agua, que la regaron, y la guardia se retiró bajo el balcon del rey conservando aquel peligroso puesto durante toda la corrida, sin mas accion de defensa que la de presentar al toro en espesa fila las puntas de sus alabardas, y si el animal moria al impulso de estas, sus despojos eran para los soldados. Seis alguaciles ricamente vestidos y sobre ligeros caballos atravesaron

luego la plaza para traer á los caballeros que debían lidiar. Otros recibieron de las manos del rey las llaves del toril y fueron á desempeñar su comision, no sin visibles señales de pavor á la vista del toro, que abierta la compuerta se lanzaba á la plaza con toda la ferocidad de su instinto.

»Entre los caballeros en plaza se hallaban el duque de Medinaceli, el marqués de Camarasa, el conde de Rivadavia y otros grandes; y un jóven sueco (el conde de Konismarck), hermoso, valiente, y que atraía las miradas de todos por la magnificencia de su comitiva. Componíase de doce caballos soberbios, conducidos por palafreneros, y seis mulas cubiertas de terciopelo bordado de oro, y que llevaban las lanzas y rejoncillos. Cada combatiente tenia igualmente su comitiva, y todos estaban ricamente vestidos con variados colores y plumajes, bandas y divisas. Cada caballero llevaba cuarenta lacayos vestidos de indios, ó de turcos, ó de húngaros ó de moros. Esta comitiva paseó la plaza y se retiró después á la barrera.

»No bien el primer toro se presentó en la plaza, cuando una lluvia de dardos arrojados, llamados *banderillas*, cayeron sobre él escitando el furor de la fiera con sus vivas picaduras. Corria entonces á buscar al caballero, el cual le esperaba con una pequeña lanza en la mano: hincaba su punta en el toro, y quebrando el mango daba una airosa vuelta y burlaba esquivando la furia del animal: un lacayo presentaba entonces al caballero otro *rejoncillo* y volvía á repetirse la misma suerte. El toro entonces, fuera de sí, ciego de cólera, se adelantó una vez rápidamente al conde de Konismarck: un grito general se oyó en toda la plaza: la reina, no pudiendo resistir este espectáculo tan nuevo para ella, se cubrió la vista con las manos; el jóven resistió con la lanza el primer impetu del toro; pero insistiendo este con el caballo, cae revuelto con él, en tanto que un diestro, vestido á la morisca, llama la atencion del animal y le pasa la espada tan felizmente, que la fiera cayó redonda á sus piés. Las músicas resonaron de nuevo, las aclamaciones frenéticas de la multitud poblaron los aires, y el rey arrojó una bolsa de oro al intrépido matador. Seis mulas adornadas de cintas y campanillas arrancaron en seguida al toro muerto fuera de la arena; los lacayos retiraron al conde de Konismarck herido, y el drama volvió á empezar con un segundo toro.»

Contraste formidable con esta fiesta presentó en el mismo año aquella Plaza con el memorable *auto de fe* de 30 de junio. La relacion de esta trágica escena publicada por José del Olmo, es demasiado conocida y anda en manos de todos, para que nos detengamos en renovarla. Diremos solo que en ella, como en el último alarde solemne de su poderio, ostentó la suprema Inquisicion todo aquel aparato terrible á par que magnífico con que solia revestir las decisiones de su tribunal. Desde las siete de la mañana hasta muy cerrada la noche duró la suntuosa ceremonia del juramento, la misa, el sermón, la lectura de las causas y sentencias. El rey y la reina (aunque esta última debe suponerse que á despecho de su voluntad tierna y apasionada) permanecieron en los balcones de la Panadería las doce horas que duró aquel terrible espectáculo, y lo mismo hicieron los consejos, tribunales, grandes, títulos y embajadores.

La descripción minuciosa de las ceremonias y el aspecto soberbio é imponente que presentaba la plaza henchida de espectadores, la noticia de los nombres, cualidades, causas y sentencias de los reos, que ascendieron á mas de ochenta, de los cuales *veintiuno* fueron condenados á *ser quemados vivos*; todo ello puede verse en la ya citada relacion de José del Olmo, testigo de vista y funcionario en la ceremonia. Concluida esta, los veintin reos condenados al último suplicio fueron conducidos al *quemadero* fuera de la puerta de Fuencarral, durante la ejecucion de las sentencias hasta pasada la media noche.

El siglo XVIII comenzó para la monarquía española con un cambio de dinastía, de política, y hasta de usos y costumbres, pues con la muerte de Carlos II sin sucesion directa, acaecida en 1700, entró á ocupar el solio español la augusta casa de Borbon, representada por el duque de Anjou, solemnemente proclamado bajo el nombre de Felipe V.

La famosa guerra que tuvo que sostener catorce años con varias potencias de Europa para hacer valer su derecho, se hizo sentir harto en el pueblo de Madrid, que en medio de sus desgracias le manifestó siempre una fidelidad á toda prueba. La Plaza Mayor vió alzarse tablados para la solemne proclamacion de Felipe; y luego, por los reveles sufridos por sus armas, tuvo que presenciar tambien los que alzaron los austriacos para proclamar á su archiduque, y hasta miró atravesar al mismo, mas como fugitivo que como triunfador, cuando habiendo entrado en Madrid el dia 29 de setiembre de 1710, se volvió al campo desde la plaza quejándose de que *no habia gente que saliese á recibirle*.

Terminada en fin la contienda en favor de Felipe, ya asegurado este en el trono español, dedicó sus cuidados á embellecer la capital, y promovió tambien los regocijos propios de un pueblo ilustrado; pero como sus costumbres é inclinaciones estaban mas en analogia

(1) Hasta que en 1790 se trasladó á la plazuela de la Cebada el sitio de las ejecuciones de los reos, tuvo lugar en esta plaza, levantándose el cadalso frente á la Panadería; cuando era de garrote, delante del portal de Paños; y si era de horca ó para los degollados, en la parte de las farnerías.



con las francesas que había visto en la niñez en la espléndida corte de su abuelo Luis XIV, no fueron tan comunes en su reinado las fiestas de toros, cañas y autos sacramentales, y hasta llegó a prohibir las primeras y mandar aplicar á las necesidades de la guerra los gastos que se hacían en la representación de estos en la Plaza durante la octava del Corpus.

Muyendo instintivamente de todo lo que le recordaba á la casa de Austria su antagonista, edificó nuevo palacio real, desdeñó profundamente el Buen Retiro y Aranjuez, creó un nuevo Versailles en San Ildefonso, y hasta mandó labrar su sepulcro en él por no ir á reposar con sus antecesores en el régio panteón del Escorial.

La Plaza de Madrid, ya destituida de la importancia de aquellos actos de ostentación, se convirtió en mercado público, y cubriéndose de cajones y puestos para la venta de toda clase de comestibles, solo en algunas ocasiones solemnes de entrada de reyes, coronación ó desposorios, solía despejarse y volver á servir de teatro á las fiestas reales. Tal sucedió en el pasado siglo á la coronación de Fernando VI, á la entrada de Carlos III el 13 de julio de 1760; últimamente á la jura del príncipe de Asturias, después D. Carlos IV, su proclamación, y en alguna otra ocasión análoga.

Pero á fines del mismo siglo otra tercer catástrofe vino á destruir gran parte de dicha antigua plaza; tal fué el violentísimo incendio que empezó en la noche del 16 de agosto de 1790, y de que aun conservan algunos ancianos dolorosa memoria. Todo el lienzo que mira á Oriente y parte del Arco de Toledo desaparecieron completamente, y las desgracias y pérdidas fueron imposibles de calcular.

Pero de estas mismas desgracias nació la necesidad de reedificar, bajo una forma mas elegante y sólida, los dos lienzos ya dichos, bajo los planes del arquitecto D. Juan de Villanueva, que levantó el portal llamado de Bringas, á principios de este siglo, y han seguido después los arquitectos municipales en las construcciones posteriores, variando sin embargo muy acertadamente el plan de Villanueva en cuanto á la forma de arcos rebajados, que ideó para la entrada de las calles, construyendo estos de medio punto y suficiente elevación, en cuyos términos ha quedado cerrada la nueva plaza en este mismo año de 1835.

El siglo actual no carece tampoco de episodios brillantes para la plaza, y tal puede llamarse el de las funciones reales celebradas en ella el 19 de julio de 1803 con motivo del casamiento del príncipe de Asturias D. Fernando (después VII) con la infanta Doña Antonia de Nápoles.

Durante la invasión francesa, y algunos años después, continuó sirviendo esta plaza de mercado general, hasta que se trasladó á la Plaza de San Miguel, y tambien de teatro de los suplicios de los patriotas españoles condenados por el gobierno de José.—En 1812 vió levantarse arcos triunfales para recibir las tropas anglo-hispano-portuguesas, al mando de Lord Wellington. A los tres dias de su entrada, el 13 del mismo agosto, se publicó en ella solemnemente la Constitución política de la monarquía española, promulgada en Cádiz á 19 de marzo del mismo año, y se descubrió sobre el balcón de la Panadería la lápida con la inscripción en letras de oro «PLAZA DE LA CONSTITUCION.»—Esta lápida fué arrancada y hecha pedazos el día 11 de mayo de 1814 con gran algazara, y en aquel mismo dia alzaban los vendedores de la plaza tres arcos de verdura para recibir á Fernando VII de regreso de su cautiverio. En marzo de 1820 fué de nuevo restablecida la Constitución, y colocada una nueva lápida con toda solemnidad y una alegría frenética, y en 24 de mayo de 1825 fué vuelta á arrancar con estrépito á la entrada del duque de Angulema y del ejército francés, sustituyendo en su lugar otra que decía: «PLAZA REAL.»

Pero antes de esta última escena había sido teatro la plaza de otra memorable en la mañana del 7 de julio de 1822, en que se trabó una reñida acción entre la Milicia Nacional y la Guardia Real, sosteniendo aquella la Constitución y esta al rey absoluto, de que resultó vencedora la primera en las tres calles de la Amargura, de Boteros y callejon del Infierno, que llevaron después algun tiempo los nombres del *Siete de julio*, del *Triunfo* y de la *Milicia Nacional*.

Por último, habiendo muerto en 29 de setiembre de 1835 el rey Fernando el VII, fué proclamada solemnemente en esta plaza su augusta hija Doña ISABEL II por Reina de España y de las Indias; y publicada luego la Constitución de la Monarquía, volvió á colocarse otra lápida, aplicando por tercera vez á la plaza este nombre, á costa de tanta sangre disputado.

Todavía los hijos de este siglo hemos llegado á tiempo de presentarse en esta plaza, en dos distintas ocasiones, aquellas magníficas fiestas reales de toros, en que ostentaba su grandeza la antigua corte de dos mundos. La primera en 21 de junio de 1835, con motivo de la jura de la princesa de Asturias, hoy reina Doña Isabel II; y las últimas en los dias 16, 17 y 18 de octubre de 1846, en celebración de las bodas de esta misma augusta señora y de la infanta Doña Luisa

Fernanda con los duques de Cádiz y de Montpensier.—Presentes estan en la memoria de todos los habitantes de Madrid el deslumbrador aparato; la animación y la alegría que ostentó esta hermosa plaza en aquellos dias. Suntuosamente decorada con ricas colgaduras de grana y oro, henchidos sus balcones, gradas y tabladros de una inmensa concurrencia, al frente de la cual brillaban en primera línea los augustos novios, la reina madre y señores infantes, los duques de Montpensier y de Aumale, las régias comitivas y todo lo que la corte encierra de mas brillante, además del inmenso número de forasteros, entre los que se contaban muchas notabilidades políticas y literarias de los países extranjeros que consignaron luego pomposas descripciones de la fiesta, reflejaba dignamente el antiguo poderio y grandeza de la corte de dos mundos. Tambien la bazarria y denuedo de los lidiadores y caballeros en plaza, y en especial del héroe de la fiesta, el capitán D. Antonio Romero, que quebrando el rejoncillo dejó varios toros muertos á sus piés, colocaron en muy alto punto la proverbial fama del valor español, dieron á los propios y estraños un espectáculo completamente caballeresco y nacional.

Concluidas aquellas reales funciones, y habiéndose de reponer el empedrado de la Plaza, el ayuntamiento de 1846 determinó arreglar su pavimento en mas elegante forma, dejando en el centro una esplanada elíptica circundada de bancos y faroles, y de una calle adoquinada para el paso de coches, entre ella y las anchas y cómodas aceras al lado de los portales, y nivelando el piso de estos á las entradas de los arcos y bocas calles, lo que proporciona de este modo un cómodo paseo cubierto. Colocóse en fin en el centro de aquella esplanada sobre un elevado pedestal la estatua ecuestre en bronce de Felipe III, que se hallaba en la casa de Campo, y que fué cedida para este objeto por la munificencia de S. M. En dicho pedestal se puso esta inscripción: *La Reina Doña Isabel II, á solicitud del Ayuntamiento de Madrid, mandó colocar en este sitio la estatua del señor Rey D. Felipe III, hijo de esta villa, que restituyó á ella la corte en 1606, y en 1619 hizo construir esta Plaza Mayor. Año de 1848 (1).*

R. DE MESONERO ROMANOS.

## EDUCACION.

### PRINCIPIOS GENERALES.

Triste es la consideración de que en donde quiera que el hombre se encuentre ha de hallar el bien y el mal tan artificialmente combinados, que sin un constante anhelo de su felicidad verdadera cae las mas veces, presa inocente, en los lazos que le tienden el vicio y las pasiones.

Por una tendencia naturalmente ciega, y que suele tener su origen en la frágil condición humana, propende de un modo lento, aunque seguro en resultados, á recibir todas aquellas impresiones que halagan los sentidos ó lisonjean el amor propio, desviándose, sin apercibirlo, muchas veces del áspero camino de la virtud que conduce á la perfección moral, pero cuya práctica exige abnegación y sacrificio de si propio.

La lucha interior que se suscita entre los afectos de un corazón puro con el rudo embate de las pasiones, produce, en los primeros años, comunmente la derrota de las buenas costumbres y el triunfo de la desmoralización.

El grito de la conciencia, reprimido por los fugaces placeres, no alcanza á imprimir en la voluntad espontánea todo el impulso conveniente para separarse del suave declive que ofrece á la vista del joven inesperto una vida desordenada.

Para estos seres desgraciados, las necesidades ficticias que les rodean son otros tantos medios precisos para dulcificar la existencia. El momento presente es su esfera de acción, y no se ocupan ni un solo instante en considerar el abismo que les espera en último término de su precipitada carrera. El joven estudioso y pensador es para ellos un ser adusto é insociable; el amante de la virtud un insensato que por desconocer los verdaderos goces del mundo, merece el abandono y el desprecio de las gentes de buen tono.

De aquí es, que ridiculizando cuanto en el mundo moral y entre las personas eruditas y ejemplares merece un alto aprecio y una admira-

(1) El autor de este artículo se complace en recordar aquí que la reforma de esta hermosa plaza y la colocación en ella de la estatua de Felipe III, que de muchos años atrás venia indicando en sus escritos, fué adoptada en los propios términos por la corporación municipal á propuesta suya, como concejal que era por los años 1846 al 50, y tambien que en representación de la misma corporación solicitó y obtuvo directamente de S. M. la reina la cesión de la estatua propia de su real patrimonio que estaba en la Casa del Campo.



ción sin límite, lo convierte todo en objeto de burla, por mas que los rasgos de heroísmo, de pundonor, de virtud, de beneficencia y de conformidad en las adversidades de la vida, conmuevan siempre el corazón humano, hasta de aquellos seres que abdicando en favor del vicio el influjo poderoso de sus facultades intelectuales, se colocan al nivel de los que solo cuentan con instinto.

La educación es la única reguladora de las acciones del hombre; y por lo tanto consideramos esencialísimo inculcar en los encargados de dirigir los primeros pasos de la juventud, las máximas de sana moral en que consiste la felicidad y el sosiego de los individuos y de las familias.

Es indudable que la repetición de las acciones llega á constituir y formar las costumbres, y estas serán necesariamente conformes con el impulso que las produce, porque de una acción reprobada que se repita con frecuencia, no es posible que resulte una costumbre ni una convicción dignas de elogio.



Así pues es indispensable en los primeros años modificar toda acción que se oponga á la rectitud de los principios religioso-morales, porque una vez convertida en hábito, será muy difícil neutralizar su pernicioso influencia.

Tal vez se nos tache de demasiado oscuros en la esposición de las doctrinas que acabamos de consignar; pero este cargo queda desvanecido con la simple observación de que no hemos hecho otra cosa que establecer principios generales, de los que nos proponemos sacar seguro partido en otros artículos, acomodándolos en sus aplicaciones materiales á la débil é inmadura percepción de los niños, en cuyo obsequio consagramos estos estudios.

M. J. PASCUAL.

## LA SILLA DEL MARQUÉS.

NOVELA ORIGINAL.

PORTE PRIMERA.

(Continuación.)

Fácilmente se comprenderá que Marciana, á pesar de su ternura hacia él, no podía darle la poesía del cariño. El joven la amaba como se puede amar á una persona de quien nos separan los años y la diversidad de carácter. Su rica imaginación, su alma ardiente se exaltó pues en el vacío á impulsos de un deseo de felicidad que él mismo no comprendía, y que aumentó en un grado eminente el silencioso aislamiento de la vida de los campos. El amor, ese Dios de la juventud, le era totalmente desconocido; y sin embargo á los diez y siete años solo el amor puede darnos la felicidad; pero nuestro héroe solo había visto toscas aldeanas, y únicamente el día tan funesto para él en que fué á T... por vez primera, al acercarse á la burlona morena, causante de su bochorno, sintió en su corazón un ligero calor que se desvaneció al punto al ruido de la grosera carcajada de aquella, y á consecuencia de la escena que se siguió. Casto y sin pasiones hasta entonces, no las sintió ni aun después que hubo llegado á la adolescencia; mas no porque careciese de sensibilidad, sino porque su alma poética y delicada tenía necesidad de una emoción asimismo delicada y poética, que

fecundando los gérmenes de pasión y de ternura encerrados en ella, la hiciesen salir de su letargo.

Sentados estos antecedentes, el lector no extrañará la sorpresa de Mario, á quien dejamos inmóvil fijando sus ávidas miradas en la silla del marqués, absorto en la contemplación del objeto que le puso en tal estado: no obstante, este no era sino una joven, casi una niña, que sentada en el banco de piedra leía en un libro con la mayor atención.

Parecía rayar apenas en los diez y seis años, y cuanto pudiera decirse no sería suficiente para espresar la gracia de su semblante angelical.

Castaños y sedosos cabellos coronaban su frente, atenuando con sus tintas sombrías el fuego de sus ojos garzos, rasgados y brillantes, en los que sin embargo notábase la timidez de la infancia y la serena melancolía de la meditación. Su tez, de una blancura morbida y suave, tenía el color terso y mate de la de un niño enfermo, con el cual contrastaba admirablemente la frescura de sus labios húmedos y encendidos como una rosa que comienza á entreabrirse. Un aristócrata, observando las líneas vigorosas á par que correctas de su nariz, la altiva actitud de su cabeza, pecho y hombros, y la palidez de su semblante, reconociera en ella la heredera de una raza histórica: un poeta de la antigüedad, sorprendiendo en su rostro ligeras huellas de tristeza, hubiérala comparado á Venus después de la muerte de Adonis: un artista hallaría admirable semejanza entre su frente ática y severo perfil, y la belleza clásica y espiritual á la vez, de aquella que desde una humilde tahona se elevó á los brazos del príncipe de la pintura italiana; y por último, un escéptico al verla hubiera creído en la segunda naturaleza, en la diversidad de las razas humanas, en los seres intermedios entre los ángeles y los hombres, y finalmente, en todos los ensueños de los filósofos fenicios, reproducidos después por los cabalistas en la creación de sus espíritus elementales.

Llevaba un vestido de muselina color de lila cuyas anchas mangas, ciñéndose al cuerpo, hacían parecer mas esbelta y flexible su cintura y mas pequeñas sus manos blancas, descarnadas y un poco largas como las de las vírgenes de Rafael. Un cuello de batista lisa rodeaba su garganta, y un sombrero de paja fina yacía en el suelo junto á sus diminutos pies que asomaban por entre la falda, y que calzados de blanco y cruzados uno sobre otro, parecían dos azucenas nacidas de una misma mata sobre la yerba de la pradera.

Hay una balada alemana en la que un saboyano errante se encuentra con el ángel de la montaña por donde atraviesa; sola esta poética imagen pudiera dar una idea de la admiración de nuestro joven, que inmóvil, reteniendo la respiración, oprimiendo su pecho para ahogar sus latidos, contemplaba con ardientes ojos aquella aparición celestial... Vagos é inefables pensamientos cruzaron por su mente; una sensación interior y profunda, al modo de una flecha de fuego, abrasó primero sus mejillas, y estreñeciendo su cuerpo fué á refluir en su corazón. Luego, á aquella emoción ardorosa y febril sucedió un delirio inefable que inundó de alegría su alma; alegría nerviosa, enérgica, casi salvaje, que hizo latir sus arterias, crisparse sus manos asidas al tronco de un árbol, y doblarse sus rodillas hasta tocar á la tierra. Pasados estos primeros trasportes del amor naciente, en que puede asegurarse que obraba bajo un impulso involuntario, sus ideas oscurecidas fueron aclarando poco á poco, sus ojos distinguieron los objetos con mas claridad, y pudo gozar realmente del placer de ver y admirar, puesto que hasta entonces solo había experimentado el de sentir.

Pero lo que mas admiraba á Mario, no era la incomparable belleza de la desconocida, sino el conjunto de gracia infantil, gravedad é inocencia que en ella notaba, y sobre todo, otro atractivo del que no podía darse cuenta á sí mismo: y era que aquella niña que hubiera brillado en primer término en el salón mas aristocrático, le fascinaba con el perfume de distinción y exquisita elegancia que exhalaba, y que su instinto de lo hermoso y elevado le hizo comprender.

Además, como si la naturaleza misma se gozara en aumentar el encanto de aquella escena, nunca se ostentó tan bella y animada, nunca reunió en aquel sitio pintoresco tantos prodigios, tanta alegría y esplendor. Todo en su recinto era apacible y silencioso, y solo turbaban su misteriosa quietud el bullir de los insectos bajo la yerba, el murmullo del manantial que desaguaba en el río, y alguna que otra oropéndola que columpiaba su nido agitando el follaje. Las plantas despedían mas dulces aromas, presintiendo la próxima lluvia; un rayo del sol atravesando el vallado y dejando una cinta de fuego sobre el río, tornasoló las hojas de la acacia que se mecía sobre el asiento de piedra, y descendiendo luego sobre la cabeza de la niña que le ocupaba, la ciñó como de una aureola de luz; y por último, una de esas aves conocidas bajo el poético nombre de pajaritas de la nieve, que solo aparecen á principios de invierno, vino por un fenómeno inexplicable á posarse sobre una zarza del vallado, frente á la hermosa lectora, y desde allí pidiendo en intervalos parecía escuchaba su dulce acento respondiéndola en un lenguaje desconocido.



Aun cuando la niña leía en voz alta y Mario prestaba la mayor atención, comprendió muy poco de su lectura, causándole no obstante su suavísimo acento un enternecimiento indecible, parecido al que alguna vez experimentara oyendo el canto lejano de un ave, ó de noche el susurro de una fuente. Había una melodía tan melancólica é inefable en las palabras que escuchaba, que hirió vivamente el delicado oído del joven, que juzgando existía un lenguaje mas elevado y mejor que el que hasta entonces oyera, sintió un ardiente deseo de poseer aquel libro, olvidándose de que no sabía leer.

Una hada sorprendió sin duda este deseo en el fondo de su corazón, y quiso satisfacerla, no sé si digamos para fortuna ó desgracia de nuestro héroe.

Hacia algunos instantes que oculto siempre detrás del tronco de un árbol observaba á la hermosa desconocida, cuando esta suspendió su lectura, dejó el libro sobre el banco de piedra, y apoyando la frente en una mano, quedóse inmóvil y pensativa como si tratara de descifrar un misterio: mas en tanto pasaban estos sucesos, las nubecillas que apenas velaban el cielo al amanecer, fueron tomando cuerpo y condensándose poco á poco. Se levantó un viento pegajoso y húmedo; las plantas exhalaron olores mas penetrantes; oyóse un trueno lejano, y por fin comenzó á caer una violenta lluvia precursora de la tempestad. La niña, que absorba primero en su lectura y luego en su meditación, no había advertido el cambio de la atmósfera, se levantó entonces asustada al ruido del trueno, y con la presteza de una sílfida corrió al sitio donde estaba atada la yegua que ya conocemos; desatola, se colocó sobre la silla, y empuñando las riendas con suma gracia y destreza, salió al galope de su montura, pasando al lado de Mario que apenas tuvo tiempo para ocultarse, y siguiendo una senda bastante ancha y practicable que corría á lo largo del río.

En los primeros momentos nuestro héroe permaneció inmóvil de sorpresa; mas luego, reparando en el libro que quedó olvidado sobre la silla del marqués, le tomó con extraordinaria alegría, corriendo en seguida en pos de la hermosa incógnita, cuyas huellas perdió al principio, hasta que al dar la vuelta á un recodo de la senda por donde marchaba, la vió de nuevo atravesar el bosque siempre al galope, y por último penetrar por la puerta del jardín de la quinta de que varias veces hemos hecho mención, que un criado, que sin duda salía en su busca, abrió de par en par.

V.

Eugenia.

Esta quinta, que ya hemos dicho pertenecía al marqués de Guadalupe, estuvo muchos años abandonada de sus dueños y al cuidado de un antiguo sirviente, hasta que el actual poseedor, hijo del fundador de la silla del marqués, cansado del bullicio de la corte, y deseando acabar sus días tranquilamente, fijó en ella su residencia.

El noble propietario de esta deliciosa mansion pasó algunos años de felicidad y reposo en medio de los ricos y pintorescos campos que la rodean. Unido á una mujer joven y hermosa, que le hizo padre de una encantadora niña, inmensamente rico, bien reputado, y todavía en la flor de su edad, el porvenir se le presentaba bajo el aspecto mas halagüeño, y fué necesario un gran acontecimiento para que se turbase la tranquilidad de tan venturosa existencia.

Este acontecimiento fué la muerte de Fernando VII, y la revolución que se siguió.

El marqués, que desde su infancia mereció al infante D. Carlos los mas señalados favores, y á quien estaba unido por los vínculos de la mas constante adhesión, no quiso declararse en contra suya, cuando este príncipe después de la muerte de su hermano alzó abiertamente el pendón de la guerra civil; y como por otra parte, dudaba de la justicia de los derechos al trono que reclamaba, y además toda la aristocracia española, salvo algunas escepciones, le ofrecía un notable ejemplo que imitar, determinó el pundonoroso caballero para conciliar los deberes de la gratitud con los que le dictaba su conciencia, ausentarse por algunos años de España, esperando tiempos mas bonancibles; y á consecuencia de esta resolución se trasladó con toda su familia á la capital de Inglaterra, en cuyo país tenía tambien algunas propiedades.

Mas ¡ay! la marquesa, flor brillante y delicada, necesitaba las brisas cálidas del Mediodía, donde naciera; y marchita por las nieblas del Támesis, pronto se la vió doblar su tallo y sucumbir. No obstante, los médicos, que en la consunción que la devoraba observaron solamente una pleuresia descuidada, la prescribieron la mudanza de aires, y la traslación pronta á su suelo natal; y su esposo, despreciando todos los riesgos, se apresuró á cumplir esta prescripción, aunque en vano, pues la marquesa murió en el viaje, dejándole sumido en el mayor desconsuelo.

A consecuencia de esta catástrofe volvió á Londres con su hija, que á la sazón contaba tres años, y desde allí se trasladó á Paris con objeto de dar educación á aquella hermosa niña, á cuyo efecto la puso á pension en el convento de religiosas de San Agustín, donde perma-

neció hasta los quince años, saliendo de él para trasladarse con su padre á su quinta de Andalucía, época en la cual la presentamos al lector, pues este habrá ya adivinado que nos referimos á la hermosa lectora que hemos visto aparecer en el capítulo anterior, en el que habiendo bosquejado los rasgos mas notables de su belleza, réstanos ahora solamente dar una idea de su carácter no menos bello y encantador.

Eugenia, así se llamaba la niña, salió de su pension imbuida en todas las preocupaciones de la educación claustral, y llena de falsas teorías que su natural penetración la hizo desear poco tiempo después. Luego, á esta rigidez de los principios monásticos sucedió la necesidad de afección, la inquietud de los deseos que se despiertan, y todas las nuevas impresiones que agitaban el corazón de Mario, quizá menos enérgicas que en este, pero mas delicadas, mas ardientes, mas fijas, por último, mas femeniles, esclarecidas además por la educación, y producidas por causas que trataremos de definir brevemente.

En este siglo material y positivo, en esta edad del oro, y decimos del oro, no porque se asemeja á aquella tan feliz de que nos hablan las tradiciones paganas, sino porque el oro es el único dios ante quien se dobla la rodilla, el amor puro y sublime, tal como lo comprendió Platon, esa pasión origen de grandes virtudes y de grandes vicios, huyendo de la sociedad, demasiado mezquina para comprenderla, bási refugiado en los escritos de los poetas y de los novelistas que la han divinizado hasta en sus mayores extravíos.

En efecto, los adelantos de la civilización, las infinitas necesidades materiales que esta ha producido, han atenuado las grandes pasiones, origen de las sublimes virtudes, de los crímenes espantosos, y de los rasgos de abnegación y heroísmo tan frecuentes en las pasadas edades, y que por lo raros tanto nos admiran en la nuestra; mas no se crea por esto que juzgamos á nuestro siglo exento de pasiones: nada menos que eso; existen en él quizá en mayor número que en los anteriores, pero mas materializadas, y modificadas además por la cultura del entendimiento. Empero, no obstante que por una extraña anomalía esta sociedad decrepita y desilusionada, que solo se conmueve al poderoso estímulo del egoísmo y del interés, al mismo tiempo que reniega de su culto, devora con avidez las páginas llenas de ternura é idealismo en que los modernos novelistas han hecho, digámoslo así, la autopsia del corazón humano, y presentado el amor bajo fases tan diversas, buscando en su peligrosa lectura emociones para el corazón y remedio contra el hastío; repetimos que el amor puro, el amor verdadero, existe sí, pero solamente en algunas almas privilegiadas que le ocultan como un precioso tesoro, ó pretenden desearle por temor al ridículo de que le cubre la sociedad; y aunque nosotros creemos que esas almas privilegiadas, capaces de sentir la pasión en toda su pureza, han sido raras en todos los tiempos, juzgamos tambien que en el nuestro son mas raras y escepcionales todavía. (Continuara.)

F. MORENO Y GODINO.

## ANTIGÜEDADES DE GALICIA.

### SEPULCRO DEL ALMIRANTE CHARINO

EN LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO DE PONTEVEDRA.

(Conclusion.)

Payo Gomez Charino, cuyo último apellido se cambió en *Chirino* con el trascurso de los años, fué el jefe de las embarcaciones tripuladas en Pontevedra. El padre Gándara (1), describiendo el blason de la familia de los Chirinos, cuyo origen se remonta segun él á la hermana de la reina Resimberga, muger de Chindasvinto (año 640 de J. C.), dice que «traian por armas un leon rapante en campo hermejo, hasta que D. Payo Gomez Chirino, quinto Almirante de Castilla y primer Adelantado de Galicia, casó con Doña Maria Nuñez Maldonado, y sus descendientes tomaron las cinco flores de lisas por armas y divisa.» Gomez Charino debió nacer del año 1218 á 1250, porque cuando capitaneaba las embarcaciones de los mareantes gallegos tenía de veinte á veinticinco años. Segun consta en la inscripcion de su sepulcro, falleció en 1304, y D. Sancho IV en 1293; de suerte que sirvió á las órdenes de D. Alonso el Sabio y de su hijo D. Sancho el Bravo. Este rico-home de Galicia estuvo casado con Doña Maria Nuñez Maldonado, cuya familia procedía, segun el doctor Garcia de Novoa (2), de la condesa Doña Elvira Sorred, sobrina de D. Pelayo, y de Sorred natural de Pontevedra. Cuatro fueron las familias que usaron en sus escudos los cinco lirios de plata en campo rojo que se han esculpido en la testera de Gomez Charino:—los Narvæz, los Maldonados, los

(1) Nobiliario, armas y triunfos de Galicia.—Lib. II. Cap. XXII. Pág. 476.

(2) M. S. titulado: «Libro de varios escudos de armas que sacó de varios autores.»



Chirinos y los Aldaos ó Aldanas. Gil Gonzalez Dávila (1) afirma que los Maldonados ganaron blason en Francia con el poder de sus armas. La mencionada inscripción del sepulcro de Gomez Charino le titula *primeiro señor de Rianjo*, apartada villa de Galicia, donde se conservan los escombros de *O pazo* (2) ó *A torre*, que debía proteger por mar la enseña que alcanza hasta Taragoño, dominando por tierra la campiña. Nosotros no hemos encontrado justificada la posesión de este señorío en los documentos públicos y privados. Rioboó y Seijas (3), minucioso rebuscador de genealogías, remonta al siglo XII la jurisdicción de Rianjo, citando á Fernando Sancho García de Caamaño, jefe de la gente de Galicia en tiempo de Alonso VII (de 1123 á 1137), uno de los mas poderosos caballeros de Galicia, señor de las villas de Noya y Rianjo, merindades de Posto-marcos, estado de Rubianes, etc. Una distinguida persona, tan ilustrada como verídica (4), que ha adquirido en nuestros días la propiedad del castillo de Rianjo, nos ha facilitado con la mayor benevolencia el encabezado de la escritura de venta, otorgada por el conde de Oñate, á quien pertenecían las ruinas de la Torre. En este documento público no se consigna el nombre de Payo Gomez Charino como el primitivo señor de la villa, y dueño por consiguiente de su torre de defensa. Hé aquí sus palabras testuales:—«El Excmo. Sr. D. Carlos Luis de Guzman y la Cerda, marqués de Montealegre, conde de Oñate etc.... dijo: Que como poseedor legítimo del mayorazgo fundado por el mariscal Suero Gomez de Sotomayor, por escritura otorgada en la casa de Soverain á 14 de agosto de 1483, ante los escribanos notarios públicos Gomez Dayaso y Lopez Rodriguez, le corresponde en absoluto dominio y propiedad un castillo ó fuerte situado en la ribera mar de la villa de Rianjo, en la provincia de la Coruña, cuyo fuerte en el día se halla abandonado de muchos años á esta parte.... etc.» Antes del siglo XIII la villa de Rianjo reconocía por su señor á Fernando Sancho García de Caamaño: en el siglo XV ejercía igual jurisdicción Suero Gomez de Sotomayor. Por de pronto la historia niega á Gomez Charino la prioridad de señorío en la villa de Rianjo, que le atribuye la inscripción de su sepulcro.

El rompimiento del puente de barcas sobre el Guadalquivir corresponde á los mareantes tripulados por Payo Gomez Charino. De esta manera se explica la altiva concisión de estas palabras: *el que ganó á Sevilla siendo de moros*, esculpidas en su lucillo. Los privilegios de Pontevedra se aumentaron por la parte que han tomado sus habitantes en esta empresa. Antes del siglo XIII solo había recibido fuero de villa por D. Fernando II de Leon, y los reyes de Castilla y Galicia le habían concedido la libre introducción de sus mercaderías y la venta con franquicia de la quinta parte de sus importaciones.

Resta á nuestro propósito presentar á nuestros lectores la descripción del vetusto monumento que conserva las cenizas de Payo Gomez Charino en la ruinoso iglesia de San Francisco de Pontevedra.

Este convento conservaba muchos patronatos, cuyos señores daban el uso de coro é iglesia á la comunidad, con la condición de que conservase y reparase el tejado. Era el panteón de algunas familias ilustres de Galicia; y como si procurase revelar á la actual generación que la aristocracia antigua cambia de troncos por medio de la trasfusión de los intereses materiales y de las desvinculaciones nobiliarias, descubre sus empolvados altares con la vaguedad sombría de esas ruinas vacilantes que no conservan las líneas severas del arte ni el desmoronamiento fantástico de los escombros. Allí se divisan hidalgos arrodillados sobre almohadones de granito, y caballeros recostados sobre sepulcros entreabiertos por la impaciente curiosidad de los arqueólogos ó de los vagamun los. Los siglos no entreabren las losas funerarias por un alarde de potencia, como el mar acostumbra á hacer con las conchas de los bivalvos arrojados sobre el baldoso de las calles. En la destrucción es mas poderoso el hombre que el tiempo.

La iglesia del convento de San Francisco se asemeja á una guardarpía secular de antiguos muebles correspondientes á los funerales de algunas casas solariegas de Galicia: —es el arca de familia que no se puede abrir hasta la lectura del ansiado codicilo. En el altar de la degollación de San Juan reconoce el viajero á D. Juan de Castillo rezando sobre una peana desde 1682. El altar mayor, aunque no merece este dato la autorización histórica, pertenece á los marqueses de Castellar. La capilla del Buen Suceso corresponde á Doña Aldonza; la de San Diego, al marqués de Mos; la de San Antonio, á la familia de Godoy; la de la Aparición de Santa Isabel; á la de Bermudez de Castro, y la de los Santos Reyes á la de Camba. El Maestro de Campo D. Juan Feijó de Sotomayor, vestido con el hábito de Santiago, descansa sobre la losa de un sepulcro. Cerca de las gradas del presbiterio, tocando con el primer peldaño de su escalera, se encuentran dos sepulcros que se levantan sobre el pavimento de la iglesia—el del lado del Evangelio

pertenece á los marqueses de Castellar, y el de la Epístola corresponde á Payo Gomez Charino.

Este monumento tiene cinco piés de elevación, tres de latitud y ocho de longitud. En la parte superior se ha esculpido un caballero recostado sobre dos almohadas y con las piernas cruzadas descansando sobre dos perros. Viste un jubon con solapas cerrado sobre el pecho; calzon de escaso vuelo que se prestaría á las hebillas de pesada armadura, y recoge en ambos brazos un tabardo de cuello vuelto que se estiende hasta las espuelas de sus borceguies. Su cabeza se ha cubierto con una gorra de figura circular, plana en la parte superior y festoneada en su encaje, la cual dejando descubierta la frente y orejas, cae sobre el cuello, abriendo paso á la melena que sale por ambos lados en escasos bucles. Sus manos cubiertas de guanteletes oprimen una espada por debajo de su empuñadura en forma de cruz, entrelazándose en su vaina las correas del tahali. Un bigote recortado á la usanza morisca se estiende sobre sus lábios. A su lado levanta las manos al cielo y cae el cordón monástico sobre el cuerpo de una dama sin rizada toca en la cabeza: es la esposa de Payo Gomez Charino, Doña Maria Nuñez Maldonado, que á juzgar por el traje con que ha sido esculpida sobre su sepulcro, se ha apartado de las vanidades del mundo en las postrimeras horas de la vida, adoptando el sayal de la penitencia. En la parte testera de este monumento se ha esculpido el blason usado por la familia de los Chirinos—las cinco lises sin mote ni casco. En el ángulo izquierdo del fondo, la cabeza de un león sale de entre las gradas del presbiterio y el sepulcro, como el leal y esforzado guardian del panteón—es el conserje de la tumba de Payo Gomez Charino.

La siguiente inscripción, dividida en su centro por un escudo jaquelado, ocupa el frente del lucillo:

Aquí, jace, el muy noble. Cavallero. Payo  
Cuomez. Charino. el primeiro. señor. de Brianjo  
El que. ganó. á Sevilla siendo. de moros y los  
Privilegios desta villa. Año de 1304.

Los caracteres de esta inscripción pertenecen á la letra gótico-alemana, excepto el año, que aparece en guarismos arábigos. En una carta inédita de un sobrino del padre Sarmiento, que hemos tenido á la vista, dirigida á su primo D. Francisco de Paula Cousiño, en 1820, después de asegurar que el sepulcro de Gomez Charino, *sesto* Almirante, según él, de España, levanta cinco piés del suelo, sin insignia ni jeroglífico de su empresa, copia la inscripción, añadiendo á la que nosotros estampamos en este artículo lo siguiente:—*y por haber sido los gallegos que llevaba consigo los que rompieron la cadena del Guadalquivir el que no pudiesen morir afrentosamente, no siendo por delito de traición.* A decir verdad esta cláusula no ha desaparecido, sino que no ha sido esculpida en el sepulcro de Gomez Charino. Hemos examinado con la mayor atención sus diversos lados por si había una oculta correspondencia con las líneas de la inscripción, como acontece algunas veces en los antiguos epitafios, que concluyen en el pectoral de un obispo ó en la espada de un caballero, y no hemos encontrado este dato, que la historia atribuye á D. Fernando III. Por de pronto la inscripción cierra su testo sin las interrupciones del tiempo ó las dudas de la interpretación paleográfica.

Payo Gomez Charino ha salido peor librado del sepulcro que de la conquista de Sevilla. De allí volvió á su patria sereno y valeroso entre los mareantes de Pontevedra: bajo las bóvedas de la iglesia de San Francisco perdió las narices, se le quebró la pierna izquierda y se le rompió la espada por su mitad. Su desgracia alcanzó á sus compañeros en la muerte: de dos perros que tiene á sus piés uno perdió la cabeza y otro el hocico. Los hombres—porque el tiempo destruye con mayores proporciones—solo los hombres no han respetado ni aun las prendas de su equipaje mortuario:—le han mellado una de sus almohadas de granito, como si les fatigase la reposada imagen del sueño. Este pensamiento solo se le ocurriría, viviendo Gomez Charino, á un acreedor ó patrona de huéspedes.

Cerremos el presente artículo con los detalles de un simulacro popular, que ha llegado hasta nuestros días como el testimonio de la esforzada parte que han tomado los mareantes de Pontevedra en la conquista de Sevilla.

En el día del Corpus, en la festividad de la *Peregrina*,—santuario celebrado de Pontevedra—y en los solemnes festejos recorre las calles de la ciudad una pequeña embarcación, conducida en un carro tirado por buyes, á la que se llama *A Nau*, y tambien *A Santa Nao* (1). Según un escritor del siglo pasado (2), en la tarde de la víspera del Corpus el ayuntamiento de Pontevedra recorría las calles de la ciudad por donde la procesion había de pasar al día siguiente. La *Nao*, sostenida sobre cuatro ruedas, era tirada entonces por un farsante, á

(1) Historia de Salamanca. Lib. III. Cap. XIV. Fól. 521.

(2) En dialecto gallego equivale á *palacio*.

(3) En su poema titulado: «La barca mas prodigiosa.»—En la dedicatoria. (Santiago, 1728.)

(4) El señor Muro, magistrado de la Audiencia de la Coruña.

(1) Con este nombre la cita el padre Sarmiento en una carta m. s. que hemos leído. *Nau* y *Nao* significan *nave*.

(2) El padre Gándara en su citada obra, pág. 367.



quien llamaban *Céntulo* ó *Choqueiro* (1), ayudado de algunos muchachos. Dentro de la *Nao* se reconocían los marineros, ricamente vestidos, que arrojaban bayas con profusión á los individuos de la municipalidad. La *Nao* era un navío empavesado y armado de guerra. Los marineros viejos decían que en Sevilla había el mismo carro en la procesion del Corpus, y que en esta procesion los mareantes de Pontevedra llevaban en las manos los fragmentos de las dos naves gallegas tripuladas por Payo Gomez Charino.

La actual generacion, avergonzada de haber agotado sus fuerzas en la demolicion de los monumentos, desea rehabilitarse, constituyéndose en restauradora de las glorias pasadas. Quiere vivir entre sus antepasados por medio de evocaciones familiares. Lleva los nombres de sus sabios y de sus héroes á las plazas y calles de sus ciudades. La Coruña y Pontevedra hicieron mas con sus héroes que Orense y Santiago con sus sabios. Entre tanto que han renovado el bautismo de sus calles con los nombres de *Maria Pita* y *Chirino*, el viajero no repite los de *Feijoo* y *Fonseca* antes de cruzar las puertas de la universidad de Santiago ó del Instituto provincial de Orense.

1855.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

## AL SOL.

## ODA.

Dichoso vos, señor Sol,  
enemigo de la noche,  
madurador de pepinos,  
candil y hogar de los pobres.

Vos, cuyos rayos alumbran  
tantos dedos matadores,  
que entre la ropa y las carnes  
andan á caza de monjes.

Vos que haceis ver tantas calvas  
mas relumbrantes que soles,  
puro jaspe en lo bruñido,  
y en lo pelado melones.

Dichoso vos que estais libre  
de sastres y de doctores,  
de dueñas y de escribanos,  
que son las pestes del hombre.

Porque vos, si teneis frio  
cogeis unos nubarrones,  
y diciendo «hágote capa»  
os tapais el *coram vobis*.

Y luego si hace calor  
os meteis en vuestro coche,  
y nos le mandais al mundo  
porque á vos no os incomode.

Sin duda no os cansarán  
las pulgas y los moscones,  
que aunque hay en la tierra muchos  
por allá no se conocen.

Y como sois moscatel,  
y estais de barbas muy pobre,  
no necesitais barbero  
que os atuse los bigotes.

Pues que suban por allá  
donde diz que no se come  
á daros pasteles tales  
que diciendo «zape» corren.

Que suban las doncellitas  
á sacaros los doblones,  
mas soliman cada una  
que cien moros de este nombre.

Que suban allá las suegras,  
todas ungüentos y botes,  
purgatorios de casados  
y del infierno tizones.

Dichoso mil y mil veces,  
señor don sol, no os asombre,  
vos que no teneis poetas  
que en vuestros oídos lloren.

Bastantes hay por acá,  
pero algunos tan inormes,  
que les ponemos la cruz  
cada vez que se les oye.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.



## EL REY SABIO.

## FABULA.

Cierto monarca, de sabio  
Se preciaba, y con justicia;  
La historia, no la malicia,  
Fama le dió de astrolabio.

El consejo abandonaba  
Por consultar las estrellas,  
Y que había humanas huellas  
En la luna aseguraba.

Sus cortesanos tambien,  
Alentando su afición,  
Por su asombrosa instruccion  
Le daban el parabien.

Entre tanto el desgobierno  
En sus estados crecía,  
Mas el rey no lo veía  
Ni en verano ni en invierno:

Porque en los astros clavada  
La vista, su pensamiento  
Estaba en el firmamento,  
No en su patria desdichada.

Cierto día un pobre entró  
En el régio observatorio,  
Y con voz de purgatorio  
Limosna al sabio pidió.

El rey no dió muestra alguna  
De verle, y dijo entre dientes:  
Ea! esta noche vivientes  
He de encontrar en la luna.

Tiróle al punto el mendigo  
De la ropilla y clamó:  
En la tierra vivo yo  
Sin sustento y sin abrigo.

Dejad el cielo, señor,  
Pues tiene otro soberano,  
Y tended piadosa mano  
De vuestro pueblo al dolor.

Tras un fantasma corremos,  
Y el imposible buscamos:  
Ni vemos lo que miramos,  
Ni miramos lo que vemos.

(1) *Cloca* en latín bajo significa la *choca* ó cencerro. (M. S. del padre Sarmiento.)

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.





### PALACIO DE LUXEMBURGO.

El palacio que representa este grabado ha tenido diversos nombres. Primero se le llamó palacio de Orleans, después de Luxemburgo, luego palacio del Directorio, en 1795; en 1800 palacio del Consulado; palacio del Senado conservador de 1804 á 1814, y después de esta época fué conocido con el nombre de palacio de la Cámara de los Pares, aunque generalmente se le llama palacio de Luxemburgo. Fué construido en 1615 por María de Médicis, regenta de Francia, después del asesinato de Enrique IV. Para su construcción sirvió de modelo el palacio Pitti de Florencia, residencia ordinaria del gran duque de Toscana, y es notable por su elegante arquitectura, su perfecta simetría y su solidez.

El principal cuerpo del edificio y sus otras partes ofrecen tres sistemas arquitectónicos; dórico, toscano y jónico. Cuatro grandes torres señalan los cuatro ángulos del palacio, habiéndose construido otras dos después de 1855, en cuya época se agrandó el edificio hacia la parte del jardín con el objeto de añadir un nuevo salon para las sesiones de la cámara, que la noble asamblea dedicó después á la reunion de los Pares.

El patio de entrada es de 120 metros de largo y 70 de ancho, y tiene la puerta principal por la calle de Tomnon; por las estremidades del costado tiene dos torres coronadas de estatuas y mostrando en cada uno de sus costados dos terraplenes paralelos que sirven de comunicacion entre las dos galerías.

Sobre el jardín se levanta la nueva torre del reloj, estando adornada en su parte superior de diez figuras alegóricas que representan la

Elocuencia, la Justicia, la Paciencia, la Guerra, la Armada y la Fuerza, con dos figuras de genios coronados por el reloj mismo.

La escalera principal se halla en el ala derecha del patio, y la adornan multitud de elegantes columnas que contienen trofeos y estatuas.

Para penetrar en los departamentos de la Cámara de los Pares se pasa por un salon de guardias ó de espera, y por el salon de los diputados para llegar al de las conferencias. A la espalda del sillón del presidente se ven los bustos de Turgot, D' Agnesseau, L' Hospital, Colbert, Mathieu, Molé, Malesherbes y Portalis, y alrededor de las tribunas las de los mariscales Massena, Lannes, Couvion de Saint Cyr y Mortier. El fresco es de Abel de Pujol, y las paredes del salon estan esculpidas sobre madera de encina. Las tribunas se hallan ricamente decoradas, y guardan completa armonía con el resto del salon, á cuyos lados estan la biblioteca de la Cámara y el salon real; este se halla decorado de tapicerías de Gobelins, y presenta un retrato de Luis Felipe, por Gerard.

Por el centro del patio del palacio está la entrada á los departamentos del gran referendario de la Cámara de los Pares. Se penetra por un vasto peristilo, á cuya derecha se ven los salones de recepcion, mientras que la izquierda muestra la capilla del palacio y los espléndidos y magníficos salones, que restaurados se conservan desde el tiempo de María de Médicis. En 1790 se hallaban ocupados por el conde Provenza, hasta que le echó de allí la revolucion. Las diferentes piezas de la Cámara han sido pintadas por Boussin; los cielos rasos por Rubens, y los embutidos son debidos á Felipe de Champagne.—Tambien se ven allí trabajos maestros de célebres pintores de nuestros dias; y Horacio Vernet, la Roche, Guerin, Court, Deveria y Roqueplan tienen en tan elegantes salones obras maestras que llaman la atencion de todo el mundo.

28 DE AGOSTO DE 1855.



## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

## RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

## IX

## EL ARRABAL DE SANTA CRUZ.

La iglesia parroquial de Santa Cruz, de quien tomó nombre aquella parte del arrabal de Madrid, quieren también exponer los historiadores que fué primero ermita y luego beneficio rural con derecho parroquial desde el tiempo de los árabes, en la hipótesis (poco probable á nuestro entender) de estar entonces poblados de caserío aquellos sitios estramuros. Mas lo que se sabe de cierto es que después de la conquista por las armas cristianas, y á medida que la poblacion se iba extendiendo en direccion al antiquísimo y venerando santuario de Atocha, la parroquialidad de Santa Cruz vino á ser la mas estensa de la nueva villa, como que llegaba á las puertas del Sol, de Anton Martin y de la Latina, hasta mediados del siglo XVI en que se fundó la de San Sebastian, y dividió con ella aquella estensa feligresía. El templo antiguo de Santa Cruz puede decirse que apenas existe, pues á consecuencia de dos incendios, padecidos en 1620 y en 1765, fué necesario reedificarle en el de 1767, por cierto con poco gusto y ostentacion. La torre, sin embargo, es anterior, aunque no la primitiva que habia en esta parroquia, y era llamada la *atalaya de la corte*, así como la de San Salvador la *atalaya de la villa*. Aquella fué derribada por ruinosa en 1652, y se emprendió la obra de la nueva á costa del ayuntamiento y de los vecinos de la parroquia, la cual no llegó sin embargo á verse terminada hasta 1680, segun muy por menor se espresa en el artículo Madrid del Dictionario del señor Madoz. — La altura de esta torre es de 144 piés, y hallándose en sitio bastante elevado, descuella sobre todas las demás de la poblacion, aunque por su forma sencilla y sin ornato alguno sea por otro lado un objeto poco digno de llamar la atencion del viajero que se acerca á la capital. — En esta parroquia estan las piadosas y antiguas congregaciones de la Caridad y de la Paz, que asisten á los reos de muerte desde el momento que entran en la capilla de la cárcel, les acompañan al suplicio, y cuidan de su enterramiento, el cual se verificaba antiguamente, en esta parroquia el de los degollados, en San Miguel el de los dados garrote, y en San Ginés el de los ahorcados; celebrándose misas en la capilla de dichas congregaciones por el alma de aquellos desgraciados desde el momento en que les es notificada la sentencia, desde cuyo día se levanta en la esquina de la plazuela un altar con el crucifijo que ha de acompañarles al suplicio, fijándose á la puerta de la iglesia la *tablilla* de indulgencias concedidas á los fieles asistentes á aquellos sufragios. Tambien antes (y todavía lo hemos alcanzado á ver en este siglo) se recogian el Sábado de Ramos, por las mismas cofradías, las cabezas y miembros de dichos ajusticiados, que solian colocarse en los caminos públicos, y eran espuestas antes de dadas sepultura en el mismo cajon ó altar portátil de la plazuela: espectáculo por cierto bien repugnante, que por fortuna ha desaparecido de nuestras costumbres.

En la bajada de Santa Cruz, ó sea calle denominada de los *Esparteros*, en una rinconada que formaban las accesorias del convento de San Felipe, hubo antiguamente un recogimiento de donadas con el nombre de *San Esteban*, que le quedó luego al solár ó plazaleta que mas adelante se apellidó tambien de los *Pájaros*, y hoy forma el ingreso de la nueva calle rota hasta la de la Paz, que lleva el nombre del inolvidable corregidor marqués viudo de *Pontejos*, así como la plazaleta formada á su término, donde se ha trasladado la fuente de la Puerta del Sol y colocado en ella el busto de aquel benemérito funcionario. La calle de la Paz tomó el nombre de un hospital que fundó en ella la reina Doña Isabel de Valois, ó de la Paz, desgraciada esposa de Felipe II, en que se veneraba la imagen de Nuestra Señora bajo la misma advocacion, que hoy está colocada en la parroquia de Santa Cruz. Dicho hospital pudo estar en el terreno de la casa de Postas, que sirve hoy para el Correo general. — La contigua calle (malamente llamada plazuela) de la Leña, así como la inmediata y principal de las *Carretas*, quieren decir que tomaron estos nombres á su formacion ó regularizacion en principios del siglo XVI con motivo de las barricadas de leña y carreterías reunidas en aquellos sitios para su defensa

(1) Véanse los números anteriores.

(2) En una apreciable comunicacion con que nos ha favorecido uno de nuestros lectores, nos dice que la casa señalada con el número 52 nuevo y 51 viejo de la calle de Postas (que seguramente es antigua y debió tener un hospital como las de la plaza), fué la primera de postas ó correos que hubo en Madrid, de que le quedó nombre á la calle. Fue vinculada en principios del siglo XVII por Juan de Añas, que le compró á la corona, y en el día pertenece, segun creemos, á Don José Pardo Yuste. En los títulos de fundacion se hace mencion, segun indica el nombre comunicante, de la imagen de Nuestra Señora, que se halla colocada en un retablo en el portal de dicha casa, y á la cual conservan mucha devocion los vecinos de aquel barrio. Dicho lienzo de la Virgen parece que existió antes en la Plaza Mayor; pero adquirida por el fundador del mayorazgo, la espuso al público en el portal de su propia casa, que aun hoy es conocido todavía por el portal de la Virgen.

por los comuneros venidos de Segovia, que en union con los de Madrid ofrecieron tan porfiada resistencia á las huestes del emperador. — En la rinconada de dicha plazuela de la Leña se labró á mediados del siglo XVII, y existe todavía aunque con otro destino, la casa *Aduana*, que sirvió para este objeto, hasta que en 1769 hizo construir Carlos III el nuevo y magnífico edificio de la calle de Alcalá, recibiendo desde entonces aquel otro viejo diversos destinos, ya para los archivos públicos, ya de cuartel de voluntarios realistas, ya de Escuela de caminos y canales, hasta que en 1830 le ocupó la junta, tribunal y *Bolsa de Comercio*, construyendo al efecto el salon central.

La calle de *Carretas*, hoy una de las principales de la villa, ofrece pocos recuerdos y carece de monumentos históricos. Los edificios públicos que la decoran, tales como la casa de la estinguida *compañía de Filipinas*, la de la *Imprenta Nacional* y la de *Correos* (hoy *ministerio de la Gobernacion*), son modernos, y en los solares que ocupan existieron anteriormente multitud de mezquinos casuchos, propios de los términos de un arrabal. Baste decir que la manzana que se segregó de las 205 y 206 para formar aislada la que constituye el edificio de Correos, construido en el reinado de Carlos III, comprendia unas treinta casas particulares, que fueron compradas para derribarlas y dar lugar á la nueva construccion.

El caserío general de esta calle es igualmente moderno y muy renovado, y sus apreciadísimas tiendas estuvieron exclusivamente dedicadas hasta hace pocos años al comercio de *librería*, y antes al gremio de *broqueleros*, con cuyos nombres de comercio fué tambien sucesivamente conocida esta calle; así como las contiguas callejuelas estrecha y ancha de los *Majaderitos*, tomaron aquel ridiculo titulo del mazo que usaban los batihojas ó tiradores de oro que ocupaban dichas calles y solian apellidar el *majadero* ó *majaderito*. Posteriormente fueron habitadas por los famosos guitarreros de Madrid, y otros oficios no menos alegres y divertidos, hasta que renovado en nuestros dias su caserío, y continuada una de ellas con el derribo del convento de la Victoria, han recibido los nombres de *Cádiz*, de *Barcelona* y de *Espoz y Mina*, y mas elegantes habitantes y comercios.

Aquel inmenso convento que con su iglesia, huerta y tahona ocupaba gran parte de la manzana 207, y ha dado lugar con su derribo, en 1836, al rompimiento de dicha nueva calle, al ensanche de la de la Victoria y á la construccion de las estensas casas de los señores Mariategui y Mateu, y al *pasaje* ó *galería* cubierta, denominada de la *Villa de Madrid* y otros brillantes edificios, habia sido fundado en aquel sitio (confín entonces de la poblacion) por el P. fray Juan de Victoria, provincial de los mínimos de San Francisco de Paula, con la proteccion del rey D. Felipe II, y en el mismo año de 1561 en que trasladó á Madrid la corte. Era muy poco notable bajo el aspecto artístico, y únicamente bajo el religioso por la gran devocion de los madrileños á la venerable imagen de *Nuestra Señora de la Soledad*, obra famosa del escultor Gaspar Becerra, que tenia su capilla contigua á la iglesia, y hoy se halla colocada en San Isidro el Real, la misma que sale en la solemne procesion del Santo entierro todos los Viernes Santos. Frente á este monasterio, al lado de la *Carrera de San Gerónimo*, que entonces era un humilladero, se fundó con motivo de la gran peste en 1458 un hospital para la asistencia y cura de los contagiados, que un siglo después fué reedificado y convertido por el emperador Carlos V en *hospital real de corte* para soldados y empleados de la Real Casa, á que se añadió después la iglesia que se tituló del *Buen Suceso*, por la imagen de Nuestra Señora que se venera en su altar mayor. — Esta iglesia y hospital son solo notables por el sitio principal de Madrid que ocupan, y que tomó el nombre famoso (que hoy emblemata á la capital de España) de una imagen del sol que se pintó encima de la puerta de un castillo ó defensa construido en 1520 á consecuencia de las ya citadas revueltas de las comunidades, el cual debió estar delante del hospital del Buen Suceso, sirviendo de ingreso al arrabal, hasta que aumentada por aquella parte la poblacion, fué demolido dicho castillo, dejando solo por memoria su poético nombre de *Puerta del Sol*, *la que, habiendo su punto central en el sol*.

Entre el modesto camino que flanqueado á la derecha por el ya citado convento de la Victoria y algun pobre caserío, y por su izquierda por las tapias del hospital del Buen Suceso y algunos huertos ó posesiones rurales contiguas á los olivares y caños de Alcalá, y la espléndida calle que con el nombre de *Carrera de San Gerónimo* conduce hoy desde el sitio central y mas animado de la corte á su primero, y magnífico paseo y al sitio real del Buen Retiro, median siglos de distancia animados por muchas generaciones, sucesos y peripecias históricas, de que nos haremos cargo cuando después de haber consignado los límites del arrabal de la antigua villa (que es la tarea que por ahora nos hemos impuesto), regresemos al centro, *la consideramos ya bajo el aspecto de corte de la monarquía*.

Dijimos en otro lugar que los historiadores que nos dejaron ligeramente indicados los términos de dicho arrabal apuntando la direccion que llevaba la tapia ó cerca que suponen, aunque sin marcar con pre-



cision su marcha ó desarrollo, dicen que desde la puerta del Sol (y comprendiendo por lo visto ~~una~~ parte de la Carrera de San Gerónimo) torcia luego en escuadra á buscar la línea recta de la plazuela de Anton Martin, lo cual, caso de ser cierto (que no lo ~~creemos~~ por las razones que espesaremos á su tiempo); debió ser por detrás de la calle del Príncipe y plazuela de Matute, ó por entre las del Lobo y Baño á buscar la del Leon. Pero como tenemos motivos para sospechar que, si existió semejante cerca sin solución de continuidad entre la puerta del Sol y la de Anton Martin, sería únicamente en los primeros tiempos de la ampliación, y muy provisional y pasajera, pues no solo no se hace mención de ella en los títulos y documentos del siglo XVI, sino que consta ya la existencia de todas aquellas calles y de muchos de sus edificios, debemos suponer que dicha ampliación ó extensión del arrabal por aquel lado se fué verificando constante, aunque lentamente, y prescindiendo de cualquier obstáculo de cerca que le saliese al paso y que evidentemente no existía ya á mediados del siglo XVI cuando se estableció en Madrid la corte.—Por lo tanto, y porque así también conviene á la claridad material de nuestra narración, seguiremos en nuestro paseo mental esta línea recta, suponiendo fuera de ella las calles ya citadas del Baño y del Leon, y comprendiendo únicamente las demás á la derecha entre la Carrera de San Gerónimo y la de Atocha.

Las primeras que se ofrecen á nuestra vista son las tituladas del Lobo, del Príncipe y de la Cruz, las cuales nos traen simultáneamente á la imaginación el recuerdo de las primeras representaciones escénicas en nuestra villa de Madrid, que con tanta copia de erudición y de crítica reseñó D. Casiano Pellicer en su conocida obra titulada *Tratado histórico de la comedia y del histrionismo en España*. El origen indudable de la representación de comedias en Madrid es el que señala el mismo Pellicer; esto es, el privilegio concedido á la cofradía de la Sagrada Pasión de Nuestro Señor Jesucristo que tenía á su cargo algunos hospitales y recogimientos, y luego á la de Nuestra Señora de la Soledad que había fundado la casa de espósitos, para que pudiesen dar á su beneficio dichas representaciones en las casas ó sitios que señalasen. En su consecuencia, la primera ó de la Pasión, señaló para este objeto un corral que tenía en la calle del Sol, otro en la del Príncipe, propio de Isabel Pacheco, y otro en la misma calle perteneciente á N. Burguillos, cuyo corral se aplicó después á si la cofradía de la Soledad; y consta que el miércoles 5 de mayo de 1568 entró á representar en el de la Pacheca el comediante Alonso Velazquez, y posteriormente en ambos por convenio de dichas cofradías.—En 1574 un comediante italiano llamado Alberto Ganasa, autor ó cabeza de una compañía que representaba farsas y hacía juegos de manos y volatines, contrató con las cofradías para que se le cubriese con tejados dicho corral (excepto el patio que quedó siempre al descubierto), y aquellos alquilaron y aderezaron para las otras compañías un nuevo corral en la calle del Lobo en la casa que pertenecía á Cristóbal de la Puente, hasta que mas adelante las mismas cofradías fabricaron sus teatros propios, el uno en la calle de la Cruz en 1579, y el otro en la del Príncipe en 1582, cesando entonces y deshaciendo el de la calle del Lobo.

Según las escrituras de compra de aquellos solares, consta que el primero «alindaba con el horno de Antonio Ventero y con el solar de Antonio Gonzalez Labrador, y por delante la calle pública que dicen de la Cruz donde es la cárcel que dicen de la Corona en la parroquia de Santa Cruz,» y que fué comprado en 530 ducados; y el segundo ó del Príncipe propio del doctor Alaba de Ibarra, médico de Felipe II, eran dos casas y corrales contiguos al mencionado de la Pacheca, y «tenían por linderos casas de Catalina Villanueva, de Lope de Vergara y del contador Pedro Calderon, y por delante la dicha calle principal del Príncipe,» y fueron vendidas en 800 ducados. En este se principiaron las representaciones en 21 de setiembre de 1585, y en el de la Cruz habían empezado anteriormente en 29 de noviembre de 1578.

La afición de los madrileños á las representaciones escénicas y los productos de los corrales (que este nombre conservaron los teatros) utilizados por las cofradías para los santos objetos de su instituto, fueron tales, que lo que en los primeros años representaba un beneficio líquido de 140 á 200 reales por representación, luego de contruidos los nuevos coliseos (cuyo sitio vemos que importó á las cofradías solo 1530 ducados) llegó al punto de arrendarse su usufructo por cuatro años desde 1629 á 1635 en la enorme suma de 114,400 ducados, que distribuían entre sí los diversos hospitales y hospicios, hasta que en 1638 se encargó de los teatros la villa de Madrid, consignando á aquellos establecimientos varios censos y subvenciones.

Poco ó nada podemos añadir á las infinitas y curiosas investigaciones que sobre este asunto consignó el erudito Pellicer en su ya citada obra, y únicamente diremos que por el registro de los títulos antiguos vemos que el corral arrendado en la calle del Lobo y casa propia de Cristóbal de la Puente, estaba en la señalada con el número 23 viejo, y 9 nuevo de dicha calle y manzana 218, que tiene de sitio 4089 pies, y fué privilegiada de aposento en 1589 por el dicho la Puente, y hoy pertenece al señor D. Vicente Pereda.—La casa de Isabel Pacheco

en la calle del Príncipe donde estaba el famoso corral apellidado de la Pacheca, ya hemos dicho que era contigua á la comprada por las cofradías al doctor Alaba de Ibarra para la construcción del nuevo coliseo, y quedó incluida en este, así como también lo fué después otra propia de D. Rodrigo de Herrera, que tenía una ventana que daba al corral, cuando la villa de Madrid reedificó y agrandó el teatro en 1745 hasta darle el espacio de 11,594 pies que hoy tiene, y sobre el cual se volvió á reedificar en 1806 bajo los planes y dirección del arquitecto Villanueva, por haberse quemado el anterior.—El otro de la calle de la Cruz (llamada así por un cerrillo que hubo antiguamente en aquel sitio sobre el que estaba colocada una cruz) fué también reedificado bajo las trazas, dirección y mal gusto del arquitecto D. Pedro de Rivera en 1757, según existe en el día. Los recuerdos histórico-literarios de aquellos dos antiguos corrales ó coliseos nos llevarían muy lejos, y son por lo demás bastante conocidos: solo diremos que en ambos indistintamente brillaron en su tiempo, al paso que en los suntuosos del Buen Retiro, de Palacio y de los sitios del Pardo y la Zarzuela, las populares musas de Lope de Vega, Tirso, Moreto y Calderon; que el primero sin embargo solía dar preferencia al de la Cruz, y también el monarca Felipe IV, tan aficionado á este espectáculo, al cual solía asistir de incógnito, entrando por la plazuela del Angel y casa contigua, hoy incorporada al mismo teatro, en la cual, según nuestras noticias, vivió el célebre poeta y abogado D. Gerónimo Villaizan; en el mismo teatro representaba la famosa Maria Calderon y las no menos célebres Amarilis (Maria de Córdoba), y Antandra (Antonia Granados), las posteriores celebridades escénicas Maria Ladvenomt y Maria del Rosario Fernandez (la Tirana), representaron casi siempre en el Príncipe. D. Rodrigo Calderon, el duque de Lerma y otros magnates preferían por el contrario asistir á este, donde tenían aposento con celosía.—En cuanto al recuerdo moderno de los bandos de Chorizos y Polacos, con cuyos nombres se designó á ambos teatros del Príncipe y de la Cruz á fines del siglo pasado, es demasiado conocido para que haya necesidad de reproducirle. Las preciosas comedias de Moratin, tituladas *El Viejo y la Niña*, y *El Café*, se representaron en el Príncipe, y las de *El Barón*, y *La Mojigata*, y *El Si de las Niñas*, en el de la Cruz.—Los eminentes actores Rita Luna é Isidoro Maiquez trabajaron en un principio en ambos (aunque nunca llegaron á reunirse); pero últimamente aquella se fijó en la Cruz, y este lo hizo exclusivamente en el del Príncipe, que supo convertir desde principio del siglo en el favorito del pueblo madrileño.

No puede ser exacta la observación de que la calle del Príncipe recibiese este nombre con motivo del nacimiento en Madrid del príncipe D. Felipe (después Felipe III), ocurrido en 14 de Abril de 1578, ni aún de sus dos hermanos anteriores que murieron sin llegar á reinar, D. Fernando y D. Diego, que también habían nacido en Madrid en 1571 y 1575, porque ya vemos que anteriormente en 1568 se apellidaba ya calle del Príncipe la del Corral de la Pacheca; creemos por lo tanto que dicho nombre pudo aludir al príncipe D. Felipe II, en cuya juventud acaso se formaría dicha calle, ó tal vez, si esto se verificó antes, al príncipe D. Juan, hijo de los Reyes Católicos. Con esto queda también contestada la opinión de alguno que ha supuesto referirse el nombre de dicha calle al príncipe de Fez y de Marruecos Muley Xequé que no vino á España y recibió el bautismo hasta 1595, tomando el nombre de D. Felipe de Africa ó de Austria, y es mas conocido con el del Príncipe Negro. Este personaje vivió efectivamente en dicha calle en la casa que fué de Ruiz Lopez de Vega, y después del marqués de Ugena, que es la que da vuelta á la calle de las Huertas, y hoy reedificada pertenece á los condes de Saceda y lleva el número 40 nuevo. El sobrescrito de la carta de que habla el immortal autor del Quijote en la Adjunta al Parnaso, dice: «Al Sr. Miguel de Cervantes Saavedra, en la calle de las Huertas frontero de las casas donde solía vivir el príncipe de Marruecos;» es decir que pudo habitar aquel ingenio las señaladas ahora con los números 6 al 10 nuevo.—Algo mas abajo, y conduciendo desde la calle del Príncipe hacia la plazuela de Anton Martin, está la plazuela llamada de Matute, ó según algunos documentos del Matute, cuyo nombre hay motivo para creer que la quedó por la razón de que en ella y las huertas inmediatas á la puerta de Anton Martin se preparaban los contrabandos ó matutes.

Hasta el tiempo de la dominación francesa en los primeros años de este siglo, existió formando gran parte de la manzana 215, y prolongando las calles del Prado, de la Gorguera y de la Lechuga, el convento é iglesia de religiosas carmelitas descalzas de santa Ana, fundado por San Juan de la Cruz en 1586, en cuyo solar se formó en 1810 la plazuela de Santa Ana con árboles y una fuente en medio en que estuvo colocada algun tiempo la estatua en bronce de Carlos V, que existe en la galería de escultura del Museo.

Por este mismo tiempo creemos que se construyó bajo la dirección del arquitecto D. Silvestre Perez la bella casa palacio propia de los condes de Montijo y de Teba en el solar que hace esquina á dicha

yes  
el mismo que  
acabó de decir  
cause pavor  
en las me  
va calle de la  
pase y mira  
(1)

(1) Nota



plazuela y á la *del Angel* y fué anteriormente de los condes de Baños y de D. Pedro Velasco de Bracamonte.—En dicha *plazuela del Angel*, como al frente de esta casa, estuvo antiguamente formando una manzana aislada el oratorio y casa de PP. de *San Felipe Neri*, hasta que á la estincion de los Jesuitas en 1769 pasaron á la casa profesa de aquellos en la calle de Bordadores, y se demolió la suya, que daba lugar entre la calle del Prado y la de las Huertas á otra callejuela llamada *del Beso*.—La otra elegante casa de los condes de *Tepa* frontera á la de Montijo, con entradas tambien por las calles de San Sebastian y de Atocha, es uno de los mejores edificios particulares de principios de este siglo, y creemos fué como el palacio de Villahermosa obra del arquitecto D. Antonio Lopez Aguado.

La iglesia parroquial de *San Sebastian*, tan poco notable bajo el aspecto artistico como importante por su estendida y rica feligresía, ya dijimos que compartió esta con la de Santa Cruz cuando se construyó en 1550, tomando la advocacion de aquel santo mártir por una ermita dedicada al mismo que hubo mas abajo de la plazuela de Anton Martin. El cementerio contiguo á esta parroquia que daba á la calle de las Huertas y á la ya mencionada de *San Sebastian* (antes llamada *del Viento*) era uno de los padrones mas ignominiosos de la policía del antiguo Madrid, y así permaneció hasta la construccion de los cementerios extramuros en tiempo de los franceses. Recordamos todavia haber escuchado á nuestros padres la nauseabunda relacion de las famosas *mondas* ó estraccion de cadáveres que se verificaban periódicamente, en una de las cuales fueron estraidos de la bóveda y confundidos y arrumbados con los demás, los preciosos restos del gran *Lope de Vega Carpio*, que yacian sepultados en ella en el segundo nicho del tercer orden, *no de la orden tercera*, como dice en algun documento, donde buscándole nosotros hace pocos años con el difunto cura de aquella parroquia, señor Quijana, hallamos la lápida que dice estar enterrada en aquel sitio la señora Doña N. Ramiro y Arcaño, hermana del vicario que fué de Madrid.

Este lamentable descuido, esta criminal profanacion (que nos priva ahora de mostrar á los extranjeros el sepulcro del *Fénix de los ingenios*) se cometia ya en el siglo XIX ó á fines del anterior, á la faz de una corte ilustrada y culta, y delante cabalmente de los distinguidos literatos y famosos poetas restauradores de las letras españolas, de los Moratines é Iriarte, Ayala y Cadalsos, Cerdas, Rios, Ortigas, Llagunos, Estalas, Melendez y otros varios, y de los extranjeros Signorelli, Conti, Pizzi, Bernascone, los cuales desde el último cuarto del siglo anterior habian establecido una especie de liceo ó academia privada en una sala de la *fonda de San Sebastian* en la casa contigua á dicho cementerio (porque entonces no existia todavia la del conde de Tepa), apreciable reunion que duró en todo su esplendor hasta que desapareciendo poco á poco sus insignes fundadores, degeneró en manos de la medianía ó del pedantismo, y es evidente que el insigne Moratin, hijo, se refirió á ella y á sus principales concurrentes Comella, Cladera, Guerrero, Salanueva, Nifo y otros pseudo-poetas de la época, en la deliciosa sátira dramática titulada *La Comedia Nueva*, en que los retrató como pudiera decirse, con pelos y señales, bajo los nombres de *D. Eleuterio*, *D. Hermógenes*, *D. Serapio*, y hasta fijó la escena en el mismo *café* del éntresuelo, haciendo figurar en ella al mozo *Agapito*, y emblematizando en él la buena fé del vulgo sándico é ignorante, bajo el gráfico nombre de *Pipí*.

R. DE MESONERO ROMANOS.

### LA MADRE DEL MARINERO.

Yo me paseaba á la orilla del mar una tarde de otoño de 1840, recreándome en el grandioso espectáculo de las aguas, aun fuertemente agitadas después de una tempestad terrible que habia durado el dia y la noche anterior.

Las olas que se sucedian sin interrupcion, venian á estrellarse á los peñascos, y deshechas en una blanca espuma, trepaban la alta escabrosidad del terreno, inundando los campos vecinos.

Recogido en mí mismo, y arrullado por el intenso rumor de los mares, tal vez buscaba mi mente el misterio de la creacion, que parecia revelarme aquella voz indefinible; porque recordando el Apocalipsis, sabia que la voz de Dios era semejante al ruido de muchas aguas.

Así preocupado mi espíritu, una voz humana, la voz dolorida del sufrimiento, vino á herir la delicada fibra de mi piedad, y volviendo los ojos á todos lados, vi á una muger desolada que fija la vista en la línea postrera de los mares, horizonte imperceptible, y en el cual parecian soldados con el cielo, diríase que trataba de lanzarse al Océano por buscar un objeto perdido en su inmensidad.

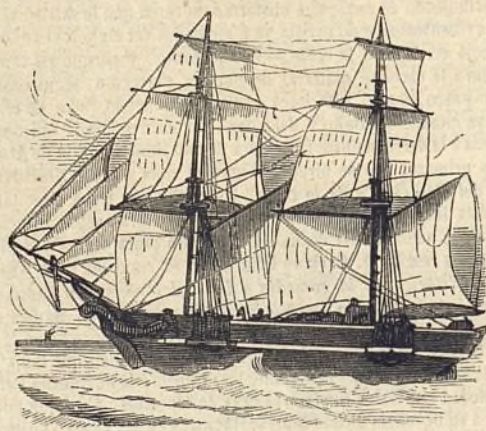
Aquella muger no lloraba: traspasada por el dolor y por la incer-

tudumbre, acaso no podia darse cuenta á sí misma de lo que sentia.

Yo me acerqué á ella con respeto, y preguntándole la causa de su angustia me dijo:

—Ayer ha salido mi hijo á acompañar algunas leguas un buque que se ha dado á la vela para América; debia haber vuelto ya; pero la tempestad que sobrevino, no sé si le habrá impedido hacerlo, ó si tal vez le ha sepultado entre las olas. Ignoro, señor, lo que me pasa; no sé si tengo esperanza de verle, ó si la desesperacion es conmigo; pero juro no abandonar este sitio antes de tener una certidumbre feliz ó desgraciada.

Una fuerza irresistible me hizo suspender mi paseo: cierto presentimiento funesto me hacia creermelo necesario al lado de aquella muger. No me engañé por desgracia.



Apenas habian transcurrido algunos momentos, cuando los restos de un barquichuelo aparecieron como otros tantos puntos sombríos en la agitada superficie del mar. Un timon flotaba á la derecha, un remo hacia el propio lado, mientras que algunos tablones figuraban á la izquierda.

Yo me cubrí los ojos con las manos.

Un grito penetrante lanzado por la desolada madre, me dejó petrificado.

Abri los ojos. ¡Oh asombro! La madre se habia lanzado á la mar, dirigiéndose á un objeto cuyos perfiles negros se describian difícilmente, á capricho de la continua oscilacion de las olas.

Entonces, descendiendo tambien por las rocas, avanzo hacia la pobre muger, que desfalleciente, iba á sucumbir después de haber aprehendido aquel objeto incierto.



Yo la arranco de la muerte, y la siento sobre un peñasco; allí la prodigo todos los recursos que tengo en mi mano para volverla en sí. Abre por fin los ojos.

Su mirada, vaga en los primeros momentos, se fijó en aquel objeto que habia conquistado al mar.

—¡Ah!... dijo con voz ahogada por los suspiros, ¡el cofrecillo de mi hijo!... Dios mío!... Dios mío!... ¿Es este el único resto que de él me queda en el mundo?... ¿Es este el correo que me anuncia su partida á la eternidad?



La pobre madre volvió á quedar desmayada.

Yo partí á la ciudad, y la trasporté á su casa, donde en vano la fuéron prodigados los consuelos de la amistad y los remedios del arte.

La madre no pudo soportar la pérdida de su hijo; y pocos días después murió la infeliz en medio del mas espantoso delirio.

Yo no tengo desde entonces momento alguno de alegría: aquel sentimiento maternal incomparable; aquel dolor que no tiene semejante, enluta mi corazón. Ay!... nunca podré olvidar á la pobre madre que exhaló su vida en mi presencia, para buscar á su hijo en la eternidad!

## LA SILLA DEL MARQUÉS.

NOVELA ORIGINAL.

### PARTE PRIMERA.

(Continuación.)

Tal vez parezca estemporánea la ligera disertación que acabamos de hacer; mas no lo será cuando digamos que la inquietud del espíritu, el vacío en el corazón, y finalmente, la pérdida de la tranquilidad de la noble joven que nos ocupa, era causada por la enfermedad llamada amor; enfermedad leve y de corta duración en lo general, pero eterna é incurable cuando se ceba en alguna de esas almas delicadas de que ya hemos hablado.

Eugenia era uno de estos seres destinados á sufrir; pues en el mundo el que no puede revestirse de la doble coraza del egoísmo y de la indiferencia, el que no se basta á sí mismo, el que cifra en otros la felicidad á que aspira, tiene que padecer, y padecer mucho, cualquiera que sea la escala de la sociedad en que le haya colocado la fortuna. Poética, novelesca, exaltada su imaginación primero en la soledad monástica, y después en la del campo, Eugenia se entregó á esas meditaciones ilusorias y ardientes, tan peligrosas en las jóvenes de talento y de corazón. Su padre, el marqués, noble anciano que adoraba á su hija, notaba en ella la falta de alegría propia de su edad: le admiraba el velo de melancolía que nublaba su semblante infantil, como le hubiera sorprendido si en un hermoso vaso de porcelana viese en vez de gayas y fragantes flores, mustias ramas de sauce ó de ciprés; pero juzgando sería efecto del aislamiento en que viviera, esperaba que el bullicio y los placeres de Madrid, donde pensaba pasar el próximo invierno, disiparían aquellas ligeras nubes de tristeza.

No obstante, Eugenia no era desdichada: habiendo pasado de repente desde el sombrío monasterio donde se educara á aquellos prados, bosques hermosos y pintorescos montañas, sintió abrirse su corazón á la alegría y á la libertad, como una flor guardada en un invernadero del rigor del frío abre su fragante seno á las primeras brisas del abril. A la vista de las praderas matizadas de flores, aspirando el aura de las montañas, gozando con delicia de los mil accidentes del sol rielando en las aguas, de las sombras estendiéndose por los bosques y de la luna argentando los oteros, los primeros días de su estancia en la quinta fueron en verdad muy felices y en los que no hizo sino ver y admirar. Posteriormente, á esta embriaguez infantil sucedió la inquietud del alma, que refiriéndonos á Mario, ya hemos en parte definido: mas si en cierto modo perdió Eugenia la tranquilidad de la niñez, halló en compensación el placer de las ilusiones no realizadas, pero que se esperan con la fe del corazón, y esa melancolía que hace sufrir dulcemente, como sufre una madre que por primera vez siente el fruto de su amor agitarse en sus entrañas: tristezas suaves y embriagadoras, mas dulces que la alegría, porque están sostenidas por la esperanza y no han pasado aun por las terribles pruebas del engaño.

Eugenia era novelesca aun antes de haber leído novelas; no obstante, las pocas que habían penetrado en su convento eran de tal género, que la hicieron bostezar no bien leyó sus primeras páginas; mas luego que en la biblioteca de la quinta pudo escoger entre las mas brillantes flores de la literatura moderna, reunidas allí por su madre, siguió la manía de nuestro siglo, y se entregó con avidez á esas lecturas atractivas que aumentaron el fuego del amor sin objeto que ya abrasaba su alma.

Pero se nos dirá: el amor sin objeto ¿existe realmente, ó es solo una ficción del entendimiento, aborto de una imaginación delirante? Respondan por nosotros esos seres que pasan como sombras y mueren en su juventud sin que nadie comprenda la verdadera causa, á pesar de que un médico dice después: esa pobre criatura ha muerto de un cáncer en el estómago, de una tisis pulmonal ó de un aneurisma en el corazón.

## VI.

Mario se instruye.

Dejamos á Mario en el momento en que Eugenia penetraba por la puerta de la verja que rodea la quinta.

Después de verla atravesar la calle de álamos que conduce hasta la puerta principal, y luego que disminuyó la lluvia, que nuestro héroe sufrió guarecido bajo un árbol, notó que el mismo criado que abrió la puerta de la verja á la hermosa niña se dirigió hácia la silla del marqués, y llegado que hubo registró aquel sitio con la mayor escrupulosidad.

Durante esta pesquisa, Mario, que conoció buscaba el libro que Eugenia había dejado olvidado, y que él tomó del asiento de piedra, tuvo intención de dárselo, comprendiendo que así debía hacerlo: mas por otra parte su curiosidad le impulsaba á lo contrario, haciéndole titubear, hasta que al fin venció esta y le retuvo en su poder, prometiéndose no obstante llevarle al castillo ó devolverle á su dueño por algun otro medio, no bien hubiera satisfecho sus deseos.

Tranquilizados sus escrúpulos con esta resolución, examinó el libro (que estaba primorosamente encuadernado) por dentro y fuera con la mayor atención, aunque infructuosamente, pues ya hemos dicho que no sabía leer: y esta fué la vez primera que comprendió el estado de abandono en que había vivido, y se avergonzó de su ignorancia, encaminándose á la montaña sumido en una profunda meditación.

No bien dejó sus provisiones al pastor, volvió á su casa, siempre preocupado y cabizbajo, y apenas llegó se presentó á Marciana y la dijo con tono resuelto estas solas palabras:

—Marciana, yo quiero aprender á leer.

La anciana le miró sorprendida, pues no sabía á qué causa achacar este repentino deseo de nuestro joven; mas luego sintió una viva alegría, viendo que este se había anticipado á los suyos.

Largo tiempo hacia que el abandono é ignorancia de Mario turbaban la tranquilidad de la honrada aldeana, conociendo cuán poco apto era para los trabajos corporales, y el aislamiento completo en que quedaría después de su muerte, y muchas veces, una entre ellas, le decía en que le aconsejó fuese á T..., quiso añadir algunas palabras respecto al porvenir de su *querido hijo*, como ella le llamaba; pero juzgando no ser tiempo todavía, ó mas bien temiendo disgustarle, lo suspendió hasta mejor ocasión.

Pasaron los días, meses y años, y Marciana no halló esta ocasión oportuna, ó mejor dicho, rehusó hallarla, puesto que á cualquier cosa á que dedicara al joven la hubiera sido preciso separarse de él; con tanta mas razón, atendiendo á que Mario por nada en el mundo consentiría en volver al pueblo, y á que en cualquiera otra parte, además de esta separación, se originarían gastos que ella no estaba en estado de soportar. Algunas veces pensó en hablar á Justo sobre este punto, mas conoció sería en vano; primero por el deplorable estado de la casa, y luego porque aquel había dicho terminantemente que no se mezclara en cosa alguna que atañese á su hijo; de modo que la anciana dejó pasar el tiempo sin resolverse á nada, tanto por debilidad, cuanto porque en cierto modo no podía hacer otra cosa; así es que cuando Mario formuló su deseo de una manera tan explícita, á par de sorpresa sintió una especie de satisfacción y desahogo como si se hallase aliviada de un enorme peso.

—Hijo mío, le contestó, el deseo que acabas de manifestarme me satisface demasiado para que yo no me apresure á colmarle. No obstante, para que así sea, tendrás que vencer tu repugnancia de volver al pueblo, puesto no somos bastante ricos para hacer venir aquí al maestro de escuela: aunque por otra parte, como este vive á la entrada del lugar, no te será costoso tan pequeño sacrificio.

Al decir estas palabras Marciana miró atentamente á nuestro joven, esperando de su parte una rotunda negativa respecto á la última proposición, y vió con el mayor asombro que Mario bajaba la cabeza, aunque visiblemente contrariado, asintiendo con su silencio á las justas razones de la anciana, que encantada de su docilidad, le prometió que al día siguiente hablaría al maestro de escuela de T... como en efecto lo verificó, comprometiéndose á costear de sus ahorros los pequeños gastos de la educación de Mario, y no dejando de pensar en la causa que obligara al joven á salir de su natural apatía: si hubiera registrado el bolsillo de la chaqueta de este, hallara en él la clave de aquel enigma.

Mario pues asistió á la clase del maestro de escuela, el cual, habiendo conocido á poco tiempo su talento, y observado con gusto su aplicación, le cobró un particular cariño prometiéndose cultivar aquella privilegiada inteligencia.

El maestro era uno de esos hombres de talento, pero sin fortuna, que arrinconados en una aldea dejan al charlatanismo pavonearse en las ciudades. Aunque enseñaba primeras letras solamente, sus conoci-



mientos no se limitaban á este ramo de educacion. Versado en las lenguas clásicas, unia á una profunda erudicion un gusto literario esquisito, y á todos estos talentos, un espíritu recto, un corazon bondadoso y un carácter verdaderamente angelical. No se limitó á enseñar á Mario la lectura y escritura, sino que tambien le instruyó en la lengua latina, hallando compensados sus afanes, cuando leyendo juntos los autores clásicos, el discípulo hacia notar al preceptor bellezas que este no habia descubierto en ellos: no obstante, debemos decir en obsequio de la verdad, que si bien Mario se dedicó al estudio con asiduidad, alentado acaso por una vaga esperanza, en nada fueron tan notables sus progresos como en la lectura, pues á los seis primeros dias leia ya correctamente con asombro y satisfaccion de su maestro: el lector habrá adivinado la causa.

En efecto, el deseo vehemente de leer lo que Eugenia habia leído, hé aquí su verdadero estímulo. No bien estuvo en estado de conocer las letras, abrió el libro que hacia algunos dias guardaba como un tesoro, y aunque solo deletreando, le admiró ya la elegancia de su estilo. Sin embargo, hasta que pudo leer con facilidad y espresion no comprendió toda su belleza y armonia.

Este libro se titulaba *El Diablo-Mundo*, y estaba escrito por Espronceda.

¿Con qué emocion leyó Mario los hermosos versos del elegante poeta! ¿Cuánta ternura, cuánta melancolía, cuánta suavidad encontró en ellos!....

Además, á todos estos atractivos agregábase otro mas poderoso: ella, decia Mario, habra pronunciado estas palabras y sentido lo mismo que yo... Aquí ha suspendido su lectura... ¿serán estos los versos que mas la agraden?... Si, no hay duda... veo una señal... Y el pobre jóven se perdía tambien en hondas meditaciones, causadas todas por un mismo objeto.

Creemos escusado decir que desde el dia en que vio á Eugenia por vez primera, exceptuando dos horas por mañana y tarde que asistía á la escuela de T..., nuestro héroe pasaba lo restante del dia en los alrededores de la quinta, esperando ver á la encantadora jóven cuando saliese á paseo; y aunque sus deseos no se verificaban con tanta frecuencia como él quisiera, vióla varias veces, bien á pié ó á caballo, subir á la montaña ó sentarse á leer en *La silla del marqués*; sitio al cual iba siempre sola, tanto por su proximidad á la quinta, cuanto porque engolfada unas veces en sus lecturas, y otras en sus deliquios juveniles, la presencia de un testigo la hubiera contrariado sobre manera.

## VII.

### Delirios de amor.

Mario en aquellos primeros dias no estaba en estado de comprender la inmensa distancia que de Eugenia le separaba. Jamás se habia detenido á meditar en los obstáculos que pudieran oponerse á su amor: bien es verdad que tampoco sabia si la nueva vida que comenzaba para él era efecto del amor ó de otra causa cualquiera. La pasion cuando nace es irreflexiva, se contenta con la vista del objeto amado... mas adelante aumentan los deseos y se suceden unos á otros, perdiendo cada vez una dulce ilusion.

Absorto en la contemplacion de su amada, olvidaba hasta su propia existencia, y fué tal su embriaguez en aquellos primeros dias, que puede asegurarse que el exceso de su dicha le hacia padecer. Gozó en efecto de inefabiles alegrías, porque ninguna idea siniestra turbaba su felicidad... pero esta felicidad le abrumaba... Si el espíritu mas escéptico, si el corazon mas gastado se estremecen á veces con las poderosas sensaciones del verdadero amor, ¿qué no sentiria aquel jóven de diez y siete años, de un temperamento de fuego, con una imaginacion primitiva y poética, que tanto tiempo habia acumulado en su corazon virgen de emociones, raudales de sentimiento próximos á desbordar y que ya no podia detener?

Sentado á veces é inmóvil mucho tiempo, abstraído en sus recuerdos, levantábase de improviso y corría al bosque como impulsado por una fuerza sobrenatural: silencioso otras y cabizbajo, prorumpía de repente en gritos de alegría: sus distracciones eran cada vez mas frecuentes, y á su indolencia natural sucedió una actividad extraordinaria. Cuando no estaba preocupado en sus meditaciones, durante las cuales á veces se sonreía, mas expansivo que nunca acariciaba á Marciana, hablaba con el pastor al tiempo de llevarle el almuerzo, jugaba con el perro del ganado, repetía los cantos de los leñadores, y en resolucion puede asegurarse que desde entonces comenzaba su vida.

Mario se levantaba como anteriormente al rayar el alba, mas no para vagar por el bosque triste y cabizbajo, mirando distraído las maravillas de la naturaleza, sino para respirar el ambiente con alegría, y atravesar la distancia que media desde su casa á la quinta, no en línea recta y por la senda mas corta, pues no esperaba ver á Euge-

nia tan temprano, sino haciendo largos rodeos, saltando las zanjas, trepando á las colinas, y en fin, correteando como un noble potrero que estuviera encerrado mucho tiempo. Durante esta travesía su alma se abría á las suaves impresiones del amor y la contemplacion... ¡Cuán bello le parecia el sol tiñendo de púrpura el hueco de los peñascos y las quebraduras del monte! Con qué delicia aspiraba las emanaciones de las plantas! Con cuánto placer infantil se acercaba al rio muy despacio para no espantar á las bandadas de gorriónes que en sus olas se abrevaban! Ah! aquellos dias fueron los únicos felices de su vida.

¡Vosotros que aun no conoceis el amor, y tambien vosotras, almas infortunadas que lamentais el rigor de los desdenes, del olvido ó de la ausencia, venid á las ciudades populosas: aquí la lucha del espíritu con la materia, las punzantes sensaciones del orgullo y el bullicio de los placeres, atenuarán vuestra pena, ó harán que la olvideis para siempre; pero vosotros, amantes dichosos, que gozáis las dulces caricias de la pasion, corred á los bosques, á las montañas y á las praderas, y allí, sentados á la margen de los rios ó en los lindes de los vallados, se aumentará vuestra ternura, y la voz de las aves del viento y de las ondas os inspirará cantos divinos con que embellecer el poema de vuestro amor.

Marciana notó con suma complacencia la mutacion del carácter de nuestro héroe, y entonces lo achacó á los efectos de la educacion que empezaba á recibir. Posteriormente se esplicó de otro modo este cambio... pero no anticipemos los sucesos. Desgraciadamente la dicha de Mario fué tan duradera como todas las dichas humanas, es decir, que acabó muy en breve. En las organizaciones poderosas, el amor al nacer produce por lo general, ó una excesiva alegría ó una tristeza profunda, segun la mayor ó menor cultura del entendimiento que le concibe, la distinta posicion ó los diversos obstáculos que se le oponen. Por lo regular á esa alegría sucede la tristeza, y á esta en su caso el consuelo que da la esperanza, ó la desesperacion que conduce al olvido. Mario, como es natural, sintió los efectos de esta ley casi universal, pero que tiene sus escepciones como todas las que afectan al corazon. Conforme el estudio y la meditacion esclarecian su inteligencia, sus percepciones se hacian mas distintas, se fijaban sus ideas, y el amor, siguiendo sus trámites regulares, acreció sus deseos que antes se limitaban á gozar de la vista del objeto amado.

Una circunstancia al parecer insignificante aumentó la inquietud vaga é indefinible que comenzaba á atormentar á nuestro adolescente. Un dia en que subió al desvan de su casa, donde yacian amontonados varios muebles viejos destinados á ser quemados en el próximo invierno, abrió por casualidad un arca de madera en la que nunca habia reparado, y encontró en ella unos cuantos volúmenes carcomidos y empolvados que se apresuró á hojear con la mayor curiosidad. Por fortuna aquellos libros, que habian pertenecido á su madre, eran casi todos obras maestras en literatura; y decimos por fortuna, porque en ciertas inteligencias las primeras lecturas influyen poderosamente y se graban en ellas con caracteres indelebiles, al modo que en una vasija nueva se conserva siempre el olor del primer licor que contuvo.

Un compendio de la historia de España por un autor anónimo, Atala, Corina, Memorias de las Cruzadas, una novela española, notable solamente por la melancolía de su estilo, y finalmente una coleccion de poesias francesas, antiguas, constituian aquella reducida biblioteca. Creémonos dispensados de nombrar los autores de las principales de estas obras, puesto gozan de una reputacion europea, y solo diremos cuatro palabras respecto de la última, por ser poco conocida, y muy raros sus ejemplares.

El que Mario halló era un libro en cuarto, lujosamente encuadernado é impreso. Los nombres de Francisco I, Inés de Sorel, Teobaldo, conde de Champaña, Clemente Marot y otros no menos poéticos y que hablan no menos á la imaginacion, leianse al pié de aquellos versos duros y poco correctos en lo general, y que apenas comprendió nuestro jóven, el cual no obstante halló mayor atractivo en considerar las hermosas láminas que adornaban aquel volúmen.

Estas por lo regular representaban dos de dichos personajes de distinto sexo, vestidos con el elegante traje de su época platicando ó cantando sus amores en frondosos terrados ó balcones góticos, desde donde se descubrian arboledas, rios plateados y paisajes pintorescos y encantadores: así es que luego que Mario hubo leído estas obras y algunas otras que le proporcionó el maestro de escuela y que le familiarizaron con las costumbres caballerescas, pasaba horas enteras admirando aquellas pinturas que halagaban los deseos de su corazon, esto es, el fausto de los salones, unido á la poesía de los campos, y trasportaban su imaginacion á las edades de los trovadores, de los torneos, de las cortes de amor; cuadro brillante que tanto contrasta con la monotonía de las épocas modernas.

Empero aunque felizmente no llegó entonces á sus manos alguna de esas producciones que envenenan al que las lee, sin embargo, hay en todas las lecturas que tratan del corazon y de las pasiones, por muy morales que sean, un contagio peligroso á las almas sensibles



que escita en ellas sensaciones que duermen y las llena de deseos inaplicables. Mario sintió este contagio con tanta mas energía, cuanto mayor y mas repentino era el desarrollo que su inteligencia recibía. Además, las páginas que leyó, tiernas casi todas, y que consagraban al amor, aumentaron el suyo hasta un grado inminente.

Vemos pues la singular analogía que reinaba entre las ideas y sentimientos de Eugenia y los de nuestro héroe: con efecto, puede decirse que ambos experimentaban iguales sensaciones, iguales deseos é idénticas necesidades, porque apasionados como eran los dos, y siendo una misma la historia de sus primeros años, salva una corta diferencia, natural era que fuese una misma la de su corazón, mediando no obstante la diversidad de sexo, educación y posición social: así es que en aquellos bosques resonaron muchos días seguidos todos esos nombres célebres en la historia ó en los romances, evocados por ambos jóvenes en sus lecturas.

Trascurrieron algunas semanas, durante las cuales en la apariencia nada cambió en la casa del bosque; mas ¡ay! el corazón de Mario sufría cada día una transformación. Asistía á la escuela de T... pero su maestro le hallaba siempre distraído y no progresaba en el estudio como anteriormente. Marciana asimismo vio perder su alegría poco á poco, sumirse de nuevo en su habitual silencio, y aun creyó algunas mañanas observar en sus mejillas rastro de las lágrimas de la noche anterior; mas sea de ello lo que fuere, lo cierto es que el joven sufría con una intensidad de dolor mil veces mayor que su pasada felicidad. Las lecturas que anteriormente le distraían, no eran ya suficientes para ocupar su imaginación: por tanto, su único placer se reducía á ver á Eugenia de lejos y seguirla á todas partes, profundizando así la terrible pasión que le devoraba; porque al mismo tiempo que se aumentaban sus deseos, comprendía también los obstáculos que se oponían á su amor; obstáculos que pretendía superar con los proyectos mas insensatos y extravagantes, y que no llegó á poner en ejecución, porque la pasión es respetuosa, y era tal la adoración ciega y sublime que sentía hacia la hermosa niña, que hubiera dado su vida por el amor de esta, y sacrificado tan inefable placer al temor de ofenderla, y solo merced á estas ideas caballerescas, bebidas en sus lecturas, pudo contener los frenéticos arrebatos de amor, y la impetuosidad de su carácter, el cual no obstante, es imposible prever hasta qué extremo le hubiera arrastrado, á no sobrevenir un suceso que influyó estraordinariamente en su destino.

(Continuará.)

F. MORENO Y GODINO.

## EL CORO DE SAN FRANCISCO.

Entre los grandes y fécondos servicios prestados por el cristianismo á la civilización, hay uno de singular importancia y elevadas consideraciones. El cultivo y adelanto de las bellas artes. Así se convirtió en alcázar del genio la casa de Dios.

Efectivamente; por espacio de varios siglos los artistas no tuvieron otra ocupación que construir basílicas y exornar los alcázares del culto cristiano. En ninguna parte se halla mejor el registro universal de las celebridades artísticas de los tiempos medios que en las catedrales y abadías. En los becerros antiquísimos de las fábricas capitulares se hallan cuentas muy curiosas, donde figuran arquitectos y escultores, y en los cuales se leen las firmas venerables de los artifices ilustres de aquella edad. Y aun sin acudir á los archivos, ni quitar el polvo secular á voluminosos pergaminos, ¿hay mas que tender la vista por los pórticos, por los panteones, por los relicarios de nuestros templos y adoratorios? Esas falanges de pedernal y jaspe que reciben al peregrino en los atrios y vestibulos del santuario; esos retablos admirables en que los pintores dejaron la imagen de su inspiración; esas bóvedas aéreas; esas flechas de trasparente filigrana que respiran las ráfagas del éter; esos tesoros de orfebrería donde el pincel apuró la riqueza del ingenio humano; ese museo inmenso que se extiende por los ámbitos de la cristiandad, constituyen la historia práctica, viva, de las artes, y su apoteosis magnífica y su gloria inmortal. Desde la escultura gótica, informe y primitiva, hasta las estatuas palpitantes del renacimiento; lo mismo el pilar lombardo que la columnata grecoromana, tanto la tabla del pintor germánico con sus aureolas doradas y sus paños desaliñados como las madonas clarísimas y radiantes de las escuelas clásicas; el arte cristiano, en fin, desde su cuna hasta su madurez, todo está en este registro inmensurable, en esa galería maravillosa del genio de la piedad y la opulencia. Los que hayan visitado á San Isidro de León y á San Gerónimo del Escorial; los que hayan visto la tumba de Recesvinto y el sepulcro de Isabel la Católica; quienes hayan recorrido en el relicario Astúrr y en el de Ochavo de la

Imperial Toledo la historia elocuente del arte argentino; quienes hayan comparado los códices y devocionarios iluminados de azul y oro por la mano del artista de otros tiempos, con las creaciones encantadas de Jordan y de Murillo, comprenderán la expresión y el atractivo poético de aquella edad entusiasta y espiritual, que entregaba á los artifices el lenguaje de su imaginación. Todo ello se explica perfectamente.

Entonces predominaba el espíritu religioso, incardinado y fundido en el amor é instinto nacional. Por eso cada día se levantaba un monasterio, cada victoria contra el infiel se simbolizaba en la erección de una catedral. Las artes pues eran los intérpretes necesarios del sentimiento común. Y los arquitectos y los pintores nacían y morían en los alcázares del Señor. Esta fundamental circunstancia y el estado social de la época son las claves de aquel misterio. Los reyes con su corte errante y helicosa sin residencia fija, sin mas morada que el campamento, para nada necesitaban de los artistas, ni de sus obras de lujo y de recreo. En los cortos intervalos de paz se ocupaban solo de preparar nuevas lides, y todos los recursos, entonces escasos y difíciles, se consagraban á la salvación del país. Además, hechos á la dureza marcial, se cuidaban poco de exornar sus austeros palacios, y para nada necesitaban ni conocían las necesidades del goce espiritual ni del lujo cortesano. La aristocracia diseminada y guarecida en sus villas y fortalezas, solamente se preocupaba en sostener á lanzadas sus fueros, en correr sangrientas justas y en hacinar cotas y partesanas. La Venus de Médicis hubiera tenido menos estima á los ojos del prócer feudal que un mandoble de largos gabilanes, ó un corcel con ferrado y poderoso paramento. El pueblo tenía bastante carga con las guerras y los señoríos para ser pobre, y no alimentar mas aspiraciones que las de matar muchos y sufrir pocos pechos y vasallajes. El genio y la inspiración temen los furros de Belona, y buscan siempre asilo en brazos de la inteligencia y de la tranquilidad.—La casa de Dios debía ser exornada magníficamente como un remedo harto débil de las maravillas de su gloria. Las ceremonias del culto exigen pompa y esplendor para hacerlas mas elocuentes y mas dignas de la grandeza eterna. Los altares, los ornamentos, los signos de la religión, todo necesitaba estar en armonía con el rito de adoración y de piedad. Así pues los reyes con las presas de sus conquistas, el magnate con los frutos de su lanza, el pechero con el óbolo de su pobreza, contribuían á la protección de las artes. Y unos levantando templos, otros labrando panteones; estos donando efigies ó reliquias, y aquellos exornando altares y capillas, cada cual, en fin, á su modo y posibilidad respondieron á la necesidad de su tiempo. Por eso los salones capitulares se llenaron de obras maestras, y han llegado hasta nosotros los breviarios envidiables de riquísima vitela con maravillosos caracteres, las pinturas, las antigüedades mas raras y preciosas. El cristianismo llenó su misión artística. No pudo menos de suceder así. Sus templos se hallan por consecuencia exornados con preciosas obras, entre las cuales suelen descollar las sillerías de coro en las catedrales é iglesias de corporaciones religiosas. Porque en esto se desplegó particularmente un gusto esquisito y una riqueza pródiga. Pudiéramos citar muchas sillerías corales de gran mérito que hemos examinado con placer y admiración. La de Toledo con su mérito inimitable, la de Oviedo con sus calados y relieves, y la de San Marcos de León con sus ta las prodigiosas bastarían para honrar el museo mas rico de una nación entusiasta por las bellas artes. Pero aparte de estas ya célebres, hay en la oscuridad de los conventos algunas reliquias preciosas de la antigua opulencia teocrática. Entre esos restos perdidos merece atención especial LA SILLERÍA DE SAN FRANCISCO DE MEDINA DE RIOSECO, que nos cumple sacar hoy á la publicidad, por ser una de las cosas mas notables de la ciudad, y que los viajeros visitan con mas diligencia y aplauso. La merece por demás; pues cosa mas bella en su decoración, mas rica en detalles, ni mas delicada en su artefacto, no es fácil presentar ni acaso concebir en la imaginación. Se ofusca la vista en copia tal de admirables adornos, donde compete el gusto de la inventiva con los primores de la mano. Donde quiera y por todas partes se presentan en bizarra difusión las molduras finísimas, los bordados religiosos, las esculturas preciosas, las grecas, las guirnalda, los adornos llenos de gracia, de mérito y de originalidad. Asombra y encanta la fecunda vena del artista, y arrebatada de admiración la habilidad y perseverancia inagotable de su labor. Bastaría para comprender esto, decir que la base de la exornación en esta obra es la variedad infinita, multiforme y poética de una fantasía oriental. Así es que parece en su riqueza y gala y lozanía un camarín de las Houries, un sueño vaporoso de las hadas. Hasta aquí la regla fundamental en las obras de este género era la uniformidad dogmática. Pero bien dijo el poeta italiano:

*Per troppo variare natura é bella.*

Este prodigio del arte consagra prácticamente en la variedad una nueva fuente de bellezas. El genio es la inmensidad. En esta circun-



tancia estriba precisamente el grande mérito de la sillería; pues aparte del trazado arquitectónico perfectamente entendido y ajustado al tipo clásico de la antigüedad, todo lo demás es variado y caprichoso como la naturaleza. De ahí la ocasión para ostentarse en todo su poder la inspiración artística. Quien así concibió una obra, debía poseer una imaginación sin límites, para la cual fuese mezquina y estrecha la amplitud del arte. Necesitaba el espacio, para moverse; quería vivir en la región de la idealidad, para dar vado á sus prodigiosas emanaciones, para soltar libremente sus deslumbrantes vuelos, y llegar, como el águila, á las esferas del éter y de la luz. Una mediana se hubiera perdido en ese camino sin término ni guía, renovando el emblemático mito de Faeton. Pero era un hijo privilegiado del arte, y cruzó el Océano desconocido, para conquistar en la remota y misteriosa ribera la corona olímpica de la posteridad.—La grave, la inmensa dificultad era combinar el arte con la fantasía, soltar el dique á esta sin profanar aquel. Este ensayo peligroso costó á mas de un artista la pérdida del gusto y el ridículo de los siglos. Mas para el verdadero número nada es imposible. Aquí tenemos el ejemplo. Aquí vemos la severidad académica del arte, en lo sistemático y esencial; y vemos al par, en los accidentes y la ornamentación de detalle, desplegar toda la fecundidad, ardor y poesía de la imaginación. No hay palabras para describir el efecto mágico que producen la amalgama feliz de dos elementos al parecer encontrados, y que el talento supo unir por uno de sus intuitivos misterios, por uno de esos supremos arranques que constituyen época, y forman una creación. Renunciamos á describir tan apacible impresión, como hemos renunciado, aunque con harto sentimiento, á dibujar el conjunto de la bellísima decoración. El lápiz se cae de las manos al contemplar la encantadora perspectiva, porque es pobre é insignificante para diseñar tanta riqueza y primor. La mano mas diestra naufraga en ese piélago de flores, cenefas, cintas y perfiles: el ojo mas analítico y perspicaz se ofusca ante el deslumbrante cuadro de tanta bizarría y exquisita profusión. Para trasladarle al papel sería preciso amenguarse, deslucirle, hacerle distinto de lo que es. Porque en la pequeña escala de una lámina ni caben tantos detalles, ni la relación de proporciones permite diseñar una multitud preciosa de bordaduras delicadas, de follajes transparentes, de innumerables y finisimos trabajos. Tendríamos que hacer una pintura infiel, desnuda y fría, sin el atavío, sin la opulencia que son su timbre admirable, su verdad, en una palabra.—Así como hay sentimientos que no puede espresar la lengua, hay primores artísticos que se escapan á los rasgos del pincel. Tan solo el lente fotográfico con esa potencia reproductiva, que copia el aire y la luz, pudiera abarcar el panorama multiforme y riquísimo de la admirable sillería coral.—En su defecto, nos limitaremos á dar en detalle un fragmento, para que por él pueda formarse idea de su valor, y figurar en la imaginación su conjunto magnífico y sorprendente.

(Concluirá.)

V. GARCIA ESCOBAR.

## LA VELADA DE SAN JUAN.

A MI AMIGO I. G. AROSTEGUI.

Las lilas lloran su duelo  
marchitas y deshojadas,  
como el alma sin consuelo  
que encuentra en la muerte el cielo  
de sus venturas soñadas.

Ya el ruiseñor con la aurora  
deja su canto sentido,  
y mientras Febo colora  
el verde que se evapora,  
fabrica su oculto nido.

Ya pasó la primavera;  
ya pasó con el rocío  
que esmaltaba la pradera;  
ya abrió la puerta el estío  
de su abrasada carrera.

Adios, con Mayo, querida  
generación de las flores;  
¡dolorosa despedida  
como la ilusión perdida  
de venturosos amores!

En el valle sosegado,  
con la tarde que declina,  
se ve brillar el dorado  
rayo de sol, olvidado  
en la mas alta colina.

¿Pero qué dulces sonidos  
el aire de la arboleda  
lleva en ecos repetidos,  
que el alma suspensa queda  
de sus acentos perdidos?

Son niñas de quince abriles  
como su inocencia hermosas,  
que con cantos infantiles,  
al son de los tamboriles  
vienen recogiendo rosas.

Pues al rayar la alborada  
la tradición asegura  
que el agua fresca y rosada  
tiene virtud señalada  
para aumentar la hermosura.

La luna pálida y triste  
dando vida á sus reflejos,  
de plata los lagos viste,  
y á cuanto en el cielo existe  
sirven las fuentes de espejos.

Al resplandor de esa luna  
del misterio encubridora,  
salen á probar fortuna  
los corazones sin una  
reina, vasalla y señora.

Que la noche de san Juan  
es el plazo encantador  
en que las doncellas dan  
su corazón á un galán  
por un pedazo de amor.

Allí encienden una hoguera  
entre ruido y algazara,  
cuando ninguno lo espera,  
y corren á la pradera  
coloradita la cara.

Allá en lazos inocentes,  
según exige la danza,  
los amantes, indulgentes,  
escuchan de sus parientes  
la aguda y picante chanza.

Mas allá tiernos pastores  
alegres giran en torno  
de tortas de mil primores,  
que aunque rústicas, mejores  
no salen de ningún horno.

Y entre el bullicio del valle  
los ancianos del concejo  
recorren juntos la calle,  
irguiendo el doblado talle;  
que nadie en tal noche es viejo.

Pues vuelve la juventud  
á renacer fácilmente  
si en el pasado hay virtud,  
joya de tal magnitud  
que siempre es joven y ardiente.

Y hay un mundo de memorias,  
salpicado de venturas,  
en sus ocultas historias,  
lleno de hazañas y glorias  
alegres, cándidas, puras.

Aquel bullicio y placer  
por sus nietos repartido  
lo vienen á recoger,  
diciendo: son nuestro ser,  
que dichosos hemos sido.

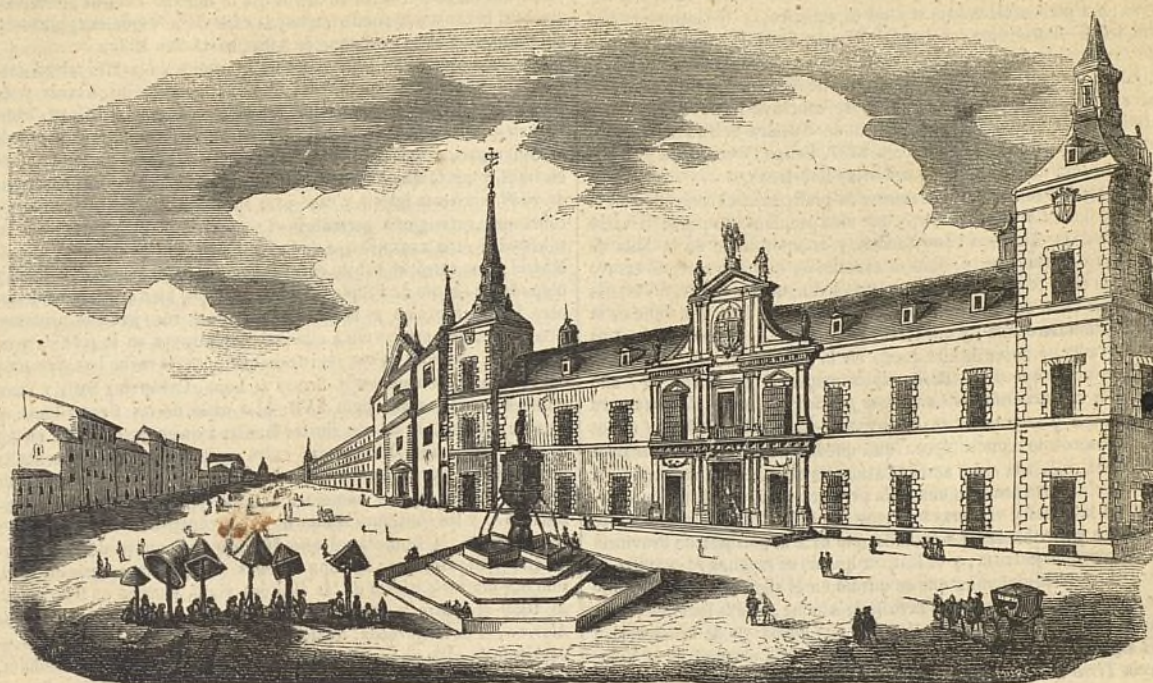
¡Ay! la noche de san Juan  
es un plazo encantador,  
en que las doncellas dan  
su corazón á un galán  
por un pedazo de amor.

EDUARDO GASSET.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO DE ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.





La calle de Atocha en el siglo XVI.)

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

## RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

## EL ARRABAL DE SANTA CRUZ.

*(Conclusion.)*  
*De este trozo de la calle de Atocha, comprendido entre Santa Cruz y Anton Martín, fué desde los principios uno de los más importantes de la nueva villa, encerrando además de su notable caserío varios edificios religiosos y civiles muy señalados de los siglos XVI y XVII.—Entre los primeros descuella el suntuoso convento é iglesia que fué de los PP. Trinitarios calzados, cuya traza dió de su propia mano el rey D. Felipe II, señalando él mismo el sitio que ocupa, y que con sus accesorios comprende nada menos que 108,646 pies: su construcción, que principió hácia los años de 1547, corrió á cargo del arquitecto Gaspar de Ordoñez.—De la iglesia, que era muy espaciosa y decorada, no puede juzgarse ya, por las notables alteraciones y cortes que se la ha dado en estos últimos años, y conforme á los nuevos destinos que recibió este edificio después de la esclaustración en 1836. Convertida primero en teatro y salones de cátedras de la sociedad llamada del Instituto Español, luego para las exposiciones de pinturas y para el Conservatorio de Artes, hoy está ocupada en gran parte por este, y otra parte sirve de ingreso al claustro y escalera principal.—Estos permanecen todavía en su estado primitivo, y por su buena forma y gusto recuerdan, especialmente la escalera, al monasterio del Escorial. El espacioso convento, que ya en tiempo de la dominación francesa y algunos años después sirvió de Biblioteca Real, fué destinado primeramente á reunir en él la gran colección de cuadros recogidos de las iglesias y conventos de la provincia y otros, bajo el título de Museo Nacional, y hoy, sin suprimirse aquel, le ocupan simultáneamente, y por cierto con extraña amalgama, las oficinas del Ministerio de Fomento, habiéndose hecho necesarias para ello costosas obras de reparación y distribución, así en su interior como también en la fachada del edificio, que por efecto de ellas ofrece hoy un carácter bastante anómalo entre su antiguo y nuevo destino. También se ha suprimido la verja que cerraba la espaciosa lonja delantera, quedando empero en posesión de sus muros el comercio de librería, que desde tiempo inmemorial lá ocupaba, así como las inolvidables gradas de San Felipe.—Sería largo enumerar los varones distinguidos en virtud y en ciencia que albergó desde su fundación esta religiosa casa; sobresaliendo entre los primeros el Beato Simón de Rojas, cuyo cuerpo se veneraba en ella y hoy se halla en la iglesia parroquial de Santa*

Cruz; y entre los segundos el célebre predicador y literato del siglo pasado Fray Hortensio Félix Palavicino. De ella salieron también en el mes de mayo de 1580 los padres redentores fray Juan Gil y fray Antonio de la Bella, que rescataron al inmortal CERVANTES, cautivo en Argel, cuya partida de rescate se conservaba en su archivo.

El otro notabilísimo edificio religioso de este trozo de calle, es la iglesia y convento de Santo Tomás, que fué de religiosos dominicos, establecido en aquel sitio á instancia de fray Diego de Chaves, confesor de Felipe II, por los años de 1585, erigiendo esta casa en priorato y desmembrándola entonces de la de Atocha. La iglesia antigua pereció en un incendio en 1632, y en 1636 se concluyó la nueva, aunque la capilla mayor y media naranja eran posteriores, obra del célebre y estravagante D. José Churriguera y sus hijos D. Gerónimo y D. Nicolás, quienes la ejecutaron con tan escaso acierto, que á poco de haber sido terminada la cúpula en 1726, se desplomó con estrépito, cabalmente en un día en que con motivo del jubileo del año santo estaba llena la iglesia de gente, por lo que quedaron sepultadas en sus ruinas mas de ochenta personas. A pesar de estos contratiempos, que fueron remedados con nuevas reparaciones, y á pesar del mal gusto de dichos arquitectos, que quedó consignado en los adornos interiores, y singularmente en la portada de este templo, por su espaciosidad y grandeza es de los mas suntuosos de Madrid, y muy notable también por las solemnes funciones religiosas que en él se celebran, entre las cuales ocupa el primer lugar la magnífica de la octava de Pascua de Resurrección, en que despliega un aparato incomparable la congregación de la Guardia y oración del Santísimo Sacramento.—El convento es también muy espacioso, y en él tenían establecidas los frailes dominicos las cátedras públicas de filosofía y teología escolástica y moral, que permanecieron abiertas hasta la extinción de los regulares. De esta famosa casa de PP. Predicadores solía salir en los pasados siglos la ostentosa comitiva de los autos de fe, con los pendones y cruces del Santo Oficio. De ella sale todavía todos los Viernes Santos la solemne procesión del Santo Entierro; y por una anomalía bien extraña, en aquellos mismos religiosos claustros resonaron en este siglo por los años 22 y 23 los furibundos ecos de la célebre sociedad demagógica titulada la Landaburiana; también fueron teñidos con la sangre inocente de sus inofensivos moradores en la trágica asonada de 17 de Julio de 1854; y convertido después dicho convento en cuartel de la Milicia Nacional, sirvió también de prisión en octubre de 1841 al desventurado general D. Diego de Leon, conde de Belascoain, y otros compañeros de infortunio, que salieron de él para perecer en el patíbulo. Hoy este convento está ocupado por el Tribunal Supremo de la Guerra, después de haberlo sido por el Ministerio del mismo ramo, que luego pasó al palacio de Buena-Vista.

El monasterio de religiosas agustinas de la Magdalena, fundado por el mismo tiempo, estaba en el mismo trozo de calle de Atocha, nú-  
 4 DE SETIEMBRE DE 1855.

(1) Véanse los números anteriores.



mero 50 nuevo y sitio que hoy ocupan las casas nuevas del señor Cerriola; era poco notable bajo el aspecto artístico, y fué demolido hacia 1836.—Por último, al extremo de este trozo de calle, á la salida de la plazuela de Anton Martin con vuelta á la de *Matute*, fundó tambien Felipe II en 1581 el colegio real de *Nuestra Señora de Loreto*, para niñas pobres, cuya iglesia no se concluyó hasta 1634, venerándose en su altar mayor la imagen de Nuestra Señora de Loreto, traída de Roma por un religioso en 1587. Felipe IV convirtió este colegio en casa de educacion de señoritas huérfanas.

Entre los edificios civiles merece la preferencia el conocido con el nombre de la *Cárcel de Corte*, y que mas propiamente puede llamarse palacio de la *Audiencia territorial*, y anteriormente de la *Sala de alcaides* de casa y corte, pues la carcelaria, que al principio estuvo sin duda en él para los nobles y sujetos distinguidos, se relegó después para toda clase de presos al edificio contiguo que daba á la calle de la Concepcion Gerónima, y que sirvió antes de oratorio y casa de padres del Salvador; á pesar de ello quedó en la portada del de la Audiencia la inscripcion que dice: *Reinando la magestad de Felipe IV, año de 1634, con acuerdo del Consejo se fabricó esta cárcel de corte para comodidad y seguridad de los presos.*—Este edificio es uno de los pocos buenos de aquella época que quedan en Madrid. La escalera principal, colocada entre ambos patios, es elegante y aun magnífica, y estos ofrecerian tambien una bella perspectiva, á no haber sido cerrados con tabiques y vidrieras los arcos que los rodean, para colocar los juzgados y escribanías. La fachada que da á la plazuela de Provincia es severa y majestuosa, y es lástima que no se reponga el chapitel de una de las torres laterales que se quemó en el siglo pasado.—Delante de este palacio, y enfrente de la calle de Atocha, está la fuente llamada tambien de *Provincia*, acaso la única que queda ya de construccion del siglo XVII, con alusion á la cual, y á la de la plazuela de la Villa, decia *Tirso de Molina* en un romance al río Manzanares:

«Fuentes teneis que imitar  
que han ganado con sus cuerpos  
como damas cortesanas  
sitios en Madrid soberbios;  
Adornadas de oro y perlas  
visitan plazas y templos,  
y ya son dos escribanas,  
que aquí hasta el agua anda en pleitos.  
No sé yo por qué se entonan,  
que no ha mucho que se vieron  
por las calles de Madrid  
á la vergüenza en jumentos.»

El caserío particular de dicha calle es generalmente moderno y destinado á habitacion de la clase media y acomodada, que ya en el siglo anterior empezó á abrirse camino y á figurar dignamente al lado de la nobleza de origen; y aunque muchas de dichas casas por su ostentiosidad y grandeza no temerian la comparacion con los antiguos casarones apellidados *palacios* de la aristocracia, y aun las aventajan notablemente en comodidad, ornato y gusto, no lucen sin embargo sobre su puerta

«Grabado en berroqueña un ancho escudo.»

ni por la condicion de sus moradores, ni por la fecha de su construccion, representan grandes recuerdos históricos. El primero entre estos suntuosos edificios, y que emblematisa, puede decirse, al Madrid de la clase media, á la nueva aristocracia mercantil, es la elegante casa construida en 1791 por la opulenta compañía de los cinco *Gremios Mayores* para sus oficinas, y hoy ocupada por el *Banco Español de San Fernando*, por compra que hizo de ella en 1843 en la respetable suma de 3.350.000 reales. Este edificio, por su solidez y buen gusto, es uno de los primeros del Madrid moderno, y honra sobre manera á su arquitecto director D. José Ballina. Siendo lástima que por hallarse incorporado á la parte occidental con las demás casas de la manzana no le forme independiente y carezca por aquel lado de fachada. De las demás casas particulares construidas desde fines del siglo anterior, haremos cita especial (como ya la merecieron del discreto D. Antonio Ponz) de la conocida por la de las *Columnas*, frente á la calle de Relatores, construida bajo la direccion de D. Ventura Rodríguez, en la que estuvo el *Ateneo Español* por los años 21 al 23; y la del señor *Balmaseda*, número 32, en que se instaló ó formalizó el *Liceo Artístico* en 1838.—Ultimamente, las fabricadas en estos últimos años para los señores viuda de *Angulo*, *Gallado*, *Buchental*, *Pérez Seoane*, *Rivero*, y *Cerriola*, que prueban bien por su suntuosidad y buen gusto los adelantos de las clases medias de la sociedad y el progreso del arte.

Ya hemos dicho que el arrabal se extendía por la banda meridional desde la calle de Atocha y plazuela de Anton Martin hasta la esquina de la Plazuela de la Cebada (donde se abrió otro portillo) y que se in-

corporaba luego en Puerta de Moros con la muralla antigua, corriendo sin duda la tapia por donde son hoy la calle de la Magdalena, plazuelas del Progreso y calle del duque de Alba, hasta San Millán.

Entre dichas calles principales de Atocha y de la Magdalena median las trasversales apellidadas de *Cañizares*, de las *Urosas* y de *Relatores*.—En la primera (que tambien se llamó del *Olivar*, como hoy su continuacion) solo hay que hacer mencion del oratorio de la congregacion del Santísimo Sacramento fundada en la Trinidad en 1608, y que tambien estuvo en la iglesia de la Magdalena, hasta que en 1647 labró esta iglesia y casa para sus juntas y ejercicios. Antes de construirse esta iglesia perteneció el solar á un N. *Cañizares*, que no sabemos si seria acaso Felipe de Cañizares, padre de D. Luis, hijo de Madrid, que tomó el hábito en el convento de la Victoria en 1588 y después fué obispo de Filipinas.—El edificio es bien pobre y modesto, pero la congregacion es notable, no solo por sus ejercicios piadosos, sino por haber pertenecido á ella insignes varones en la política y en las letras, viéndose en sus registros (que por esta razon han sido muy consultados) los nombres y firmas de Lope, Calderon, Solís y otros grandes escritores del siglo XVII.—La calle de las *Urosas* tomó su nombre del apellido de una ilustre familia á quien pertenecian en los principios del siglo XVI varias casas en ella, y señaladamente la principal que hace esquina y vuelve á la calle de Atocha por donde tiene su entrada con el número 2 antiguo y 18 moderno de la manzana 137, y las contiguas donde hoy está construido el nuevo teatro del Instituto; la frontera número 26 viejo y 3 nuevo de la manzana 136 y alguna otra. En una de ellas (no podemos decir en cual, sino que era calle y casa de las *Urosas*) vivió, y murió en 9 de agosto de 1639 el ilustre y desdichado poeta dramático D. Juan Ruiz de Alarcón, el de las *jorobas*, relator que fué del Consejo de las Indias.—Del título de calle de los *Relatores*, con que es conocida la inmediata, ignoramos el origen.—La de la *Magdalena* tomó el nombre de las accesorias del convento de monjas de aquella advocacion, y es una hermosa calle que ostenta muy buenos edificios del siglo pasado y del presente, distinguiéndose entre los primeros el señalado con el número 12 nuevo de la manzana 9 que es la elegante casa de los marqueses de *Perales* y pudo ser labrada á principios del siglo pasado con cierta grandiosidad, aunque con el gusto caprichoso en el ornato (especialmente de la portada) que distinguía al arquitecto D. Pedro Rivera y los de su escuela.—En la misma manzana 9, á la esquina de la calle de Lavapiés, hay otra gran casa probablemente de la misma época, que sirvió para la Direccion general de Pósitos y otras oficinas, y en la acera de enfrente, con vuelta á la calle de las *Urosas*, estan las sólidas y espaciosas conocidas por de las *memorias de Aytón* que son sin disputa de las mejores construcciones particulares en Madrid de un siglo acá.

La irregular manzana 142, que ocupaba por entero el convento de la *Merced* y sus dependencias en el sitio que hoy, después de la demolicion de dicho convento, es conocido con el nombre de plaza del Progreso, comprendía un espacio de mas de 63.000 piés, y formaba á sus costados las estrechas calles de los *Remedios*, de la *Merced* y de *Cosme de Médicis*, que han desaparecido tambien como aquel estenso edificio, fundado por la orden de Mercenarios calzados en 1564. Esta iglesia era notable por su espaciosidad y el mérito de los frescos de sus bóvedas, por la suntuosidad del culto, y la gran devocion de los madrileños á la imagen de *Nuestra Señora de los Remedios*, que se veneraba en una de sus capillas, y á la del mercenario S. Ramon Nonnato, que hoy estan, la primera en Santo Tomás, y la segunda en San Cayetano. En ella tambien era notable el suntuoso sepulcro del tercer marqués del Valle D. Fernando Cortés y su esposa Doña María de la Cerda, nietos de Hernan Cortés y patronos de esta iglesia, que se alzaba en el crucero al lado de la epístola con sus bustos de piedra.—El convento era famoso, mas que por su material construccion, por las personas notables en cantidad y ciencia que en él vistieron el hábito de la milicia redentora de cautivos, cuyas obras impresas y manuscritas se conservaban en su copiosa biblioteca, entre otras la *Crónica de la orden*, escrita por el R. P. maestro fray *Gabriel Tellez*, bien conocido en la república literaria bajo el nombre de *Tirso de Molina*, hijo de Madrid y religioso de esta casa. En ella visitamos en 1830 la modesta celda de aquel gran poeta dramático; y tratando de inquirir algunas noticias de su vida y escritos, supimos que habian sido anteriormente reunidas por el escelentísimo é ilustrísimo general que fué de la orden fray Manuel Martínez, que murió de obispo de Málaga, hacia 1832.—Este convento fué de los que mas tuvieron que sufrir en la sacrilega asonada de 17 de julio de 1834, pereciendo en ella algunos de los indefensos religiosos.

La calle de *Barriónuevo* ó del *Barrio nuevo*, como se le apellida en documentos antiguos de la casa del mayorazgo de *Vera Ordoñez*, que era en la calle de Atocha, que hace esquina á la de *Barriónuevo* en la isla del colegio (de Santo Tomás), comprendía tambien el trozo primero de la que hoy es conocida con el de la *Concepcion Gerónima*, hasta



su salida á la calle de Atocha.—La casa mas notable de aquel trozo por su importancia y estension que ocupa nada menos que 28,562 piés superficiales, es la señalada con el número 51 antiguo, 7 nuevo, de la manzana 158, y es conocida por la casa de *Tineo*, y tambien de *Marquina*, por haberla habitado en 1808 el célebre corregidor de Madrid D. José Marquina, que fué uno de los blancos de la ira popular en el levantamiento del pueblo contra el privado *Godoy* y sus parciales en 19 de marzo de aquel año. Hoy pertenece al marqués de Montescro.—En la calle propia de *Barrionuevo*, la única notable es la señalada con el número 24 antiguo, 12 nuevo, perteneciente á la marquesa de Lara.—El otro trozo de calle propia de la *Concepcion Gerónima* toma su nombre del antiguo monasterio de monjas gerónimas de la Concepcion de Nuestra Señora, fundado en 1504 por la célebre Doña Beatriz Galindo, llamada *la Latina*, camarera mayor y maestra de Doña Isabel la Católica, quien le colocó primero contiguo al hospital que ella y su marido Francisco Ramirez, general de artilleria de los Reyes Católicos, habian fundado esquina de la plaza de la Cebada, hasta que á consecuencia de un reñido pleito con el guardian de San Francisco se vió precisada á trasladar las monjas á las casas propias del mayorazgo de su marido, construyéndolas el nuevo convento en el sitio en que hoy está, en 1509. En la iglesia del mismo y á los lados del altar mayor se ven los sepulcros de mármol con las estátuas de ambos ilustres fundadores que yacen en esta casa.—Contigua á ella y con frente á otro lienzo de la plazuela, se alza todavia (aunque muy elegantemente reformada en estos últimos años) la casa principal de los Ramirez y Saavedras, que perteneció en el siglo XVII á la condesa del Castellar, y por sucesion á los duques de Rivas, cuyo titular, el señor D. Angel de Saavedra Ramirez de Baquedano, la posee en el día.

En la acera frontera de esta calle se alzaba hasta los años últimos, en que ha sido demolido por ruinoso, el funesto edificio que construido á principios del siglo pasado para casa y oratorio de clérigos misioneros titulados del Salvador, vino después á servir de cárcel pública, apellidada de *Corte*, como ampliacion del edificio principal contiguo de que ya tratamos y que lleva aquel título, pasando entonces los padres á ocupar la casa del noviciado de los jesuitas en la calle Ancha de San Bernardo á la estincion de dicha compañía en 1767.—Un tomo entero no bastaria á consignar los recuerdos lúgubres ú ominosos de esta funesta mansion durante la última mitad del siglo anterior y primera del presente en que ha servido de encierro á tantos célebres bandidos ó malhechores, y en que tambien vió penetrar por sus ignominiosas puertas y á consecuencia de los disturbios y reacciones políticas de 1814 y 1825, á tantos ilustres proscritos, injusta é indecorosamente confundidos con aquellos grandes criminales. Cuando estos (y por desgracia tambien algunos de aquellos) eran conducidos á espiar en el patíbulo su delito ó su desdicha, el fúnebre acompañamiento los esperaba á la mezquina puertecilla que salia á la callejuela del costado que llevaba el nombre nefando del Verdugo, hoy de Santo Tomás, formando antitesis con el de el Salvador que apellida á la otra paralela.—Hoy por fortuna ha dejado de existir aquel edificio, y dado lugar á la construccion en su solar de una nueva manzana de casas, y una calle entre ella y la de la Audiencia, trasladándose la carcelaria á la casa llamada del *Saladero*. Con este motivo es consiguiente que se trasladó tambien el sitio de las ejecuciones, que antes era la plazuela de la Cebada y la puerta de Toledo, á otro mas cercano á la misma cárcel.

La otra calle, á espaldas de esta de la Concepcion, que desemboca como ella en la de Toledo, se llamó en su principio de la *Compañía*, por el Colegio Imperial de los jesuitas cuyas accesorias dan á ella; á la estincion de estos tomó el nombre de *San Isidro* como el grandioso templo de aquellos. Posteriormente, y aunque no de oficio, ha sido conocida vulgarmente (no sabemos la razon) por la calle del Burro; cuyo título cambió bruscamente por el del héroe de Villalar *Padilla* hácia el año 40; y después, volviendo á sus primeros amores, ha sido confirmada con el nombre de la *Colegiata*.—Su paralela, la del Duque de Alba, toma igualmente su título de la casa antigua de dicho personaje, que existe todavia señalada con el número 1 antiguo y 15 moderno de la manzana 14 y que tiene la enorme estension de 52,000 piés de sitio y vuelve á la calle de los Estudios y de Juanelo. En esta casa, además de sus ilustres é históricos dueños en los siglos XVI y XVII, habitó segun la tradicion á la parte que da á la calle de Juanelo, la insigne doctora Santa Teresa de Jesus cuando vino á Madrid para entablar sus fundaciones. En nuestros tiempos tambien es memorable por haber vivido en ella el famoso ministro D. Francisco Tadeo de Calomarde, durante la década que por antonomasia lleva su nombre.

La calle de Toledo, como continuacion del centro mercantil de la Plaza Mayor, y compuesta en lo general de un caserío reducido y aprovechado para las habitaciones y tiendas de los mercaderes, ofrece poco interés histórico y menos objetos artísticos.—Comprende sin embargo dos de la mas alta importancia bajo aquel aspecto y el reli-

gioso, cuales son el Colegio imperial de la compañía de Jesus y su magnifico templo, hoy colegiata de San Isidro el Real, y el monasterio de religiosas de la Concepcion Francisca y su antiguo Hospital, fundados por la insigne matrona Doña Isabel Galindo (*la Latina*).—El primero de aquellos ocupa una buena parte de la manzana 145 con su fachada principal á la calle de Toledo y de los Estudios. Trae su origen de la fundacion hecha en el reinado de Felipe II, por cuya religiosidad y munificencia se construyó en 1567 y en el mismo sitio que ocupa el actual un templo bajo la advocacion de San Pedro y San Pablo, que fué demolido en 1603 cuando la emperatriz Doña Maria, hija del César Carlos V, aceptó el patronato de esta casa, que por esta razon llevó el título de *Imperial*, para dar principio á la ereccion del suntuoso templo actual, bajo los planes y direccion de un padre jesuita llamado Francisco Bautista, que comenzó en 1626 y quedó terminada en 1631.—Por su grandiosidad y elegancia artistica, esta hermosa iglesia es sin disputa la primera y mas digna de la capital; y así que á la estincion de los padres jesuitas, el rey Carlos III dispuso dedicarla al santo patrono de Madrid, trasladando á ella sus venerables reliquias, creando para su servicio una espléndida capilla real, y disponiendo obras de consideracion y elegante ornato en el referido templo que desde entonces ha sido considerado como colegiata á falta de la catedral de que carece la corte.

No es de este lugar ni propio de nuestros escasos conocimientos el emprender la descripcion artistica (que por otra parte está ya bien hecha en diferentes obras) de este magnifico templo y de la multitud de objetos apreciabilísimos de bellas artes que le engrandecen. Limitados nosotros al recuerdo histórico, solo consignaremos el hecho de que esta santa iglesia por su capacidad é importancia y por su dedicacion al patrono de Madrid, ha sido escogida con preferencia para las grandes solemnidades religiosas de la corte y de la villa; para las exequias de los monarcas, los aniversarios nacionales, las rogativas públicas, mereciendo una cita especial los honores fúnebres tributados anualmente en ella con grande ostentacion á las victimas del 2 de mayo de 1808, cuyos restos gloriosos se guardaron en sus bóvedas desde 1814 hasta 1841 en que fueron trasladados al monumento nacional del Prado.—En dichas religiosas bóvedas yacen tambien las cenizas de multitud de varones célebres por su santidad, dignidad ó ciencia, tales como el padre Diego Lainez, general que fué de los jesuitas, compañero de San Ignacio de Loyola y uno de los que asistieron al santo concilio de Trento, el cual renunció las mitras de Florencia y de Pisa, el capelo y hasta la misma tiara que tuvo probabilidad de obtener. El otro santo y sapientísimo padre jesuita, Juan Eusebio Nieremberg, autor de infinitas obras, y otros muchos hijos de esta insigne casa, que figuraron dignamente en la república literaria en los siglos XVII y XVIII; y no les acompañan en ellas las de los céleberrimos padres Isla, Andrés y otras lumbreras de este último siglo, por haber muerto en tierra estraña á consecuencia de la espulsion general de los padres de la Compañía. Pero brillan al lado de aquellos los monumentos fúnebres que guardan los restos de otras muchas personas de grande importancia política y literaria; los del célebre diplomático y autor D. Diego de Saavedra Fajardo, que estuvieron anteriormente en la iglesia de Recoletos; los del príncipe de Esquilache D. Francisco de Borja y Aragon, insigne poeta del siglo XVII y nieto de San Francisco de Borja; y los del príncipe Muley Xeque, hijo del rey de Marruecos, que se convirtió á la fe cristiana y fué bautizado con el nombre de D. Felipe de Africa, aunque es mas conocido por el Príncipe Egre.

En el espacioso convento contiguo se establecieron en el reinado de Felipe IV los Estudios reales con diferentes cátedras encomendadas á los PP. de la Compañía, cesando entonces los que la villa de Madrid sostenia en la calle del Estudio, de que ya hablamos anteriormente. Estas cátedras fueron ampliadas á la estincion de la Compañía por el rey D. Carlos III, y hoy forman parte de la Universidad central. Tambien merece especial mencion la rica Biblioteca pública que sigue inmediatamente en importancia á la Nacional.

El otro edificio religioso que antes citamos, el monasterio de religiosas de la Concepcion Francisca, fundado por Doña Beatriz Galindo, y destinado á estas religiosas en 1512, y su templo propio, son objetos poco dignos de atencion bajo el aspecto artistico. No así el hospital contiguo llamado de la Latina, como fundacion de la misma señora y su marido el general Francisco Ramirez, cuya fábrica, obra de Hazan, moro, merece especial atencion, notablemente en la portada y escalera, único objeto que acaso queda ya en Madrid de aquel gusto que predominó muchos años después de la espulsion de los árabes y precedió al del renacimiento.—Frente á este hospital estaba por aquellos tiempos la antigua ermita de San Millan, hasta que en 1591 y haciéndose sentir la necesidad de una nueva parroquia aneja á la de San Justo, por la considerable estension que habia tomado el caserío hácia aquella parte, lo dispuso así el cura de dicha parroquia; para lo cual, saliendo una tarde con el Santísimo para un



enfermo, se entró á su vuelta en ella, y le colocó en el sagrario. Posteriormente se labró una nueva iglesia en lugar de la ermita; pero quedó reducida á cenizas en 1720, y levantada de nuevo á los dos años, fué erigida en parroquia independiente en 1806.

Por entre esta iglesia y la de la Latina seguía la tapia ó cerca que abría frente á la calle de Toledo su último portillo; y luego por el sitio que es hoy Plazuela de la Cebada corría á incorporarse con la antigua muralla en *Puerta de Moros*, por delante de la embocadura de las Cavas Alta y Baja y de la iglesia de San Andrés.—Así terminaba la segunda ampliación de Madrid; pues el caserío exterior inmediato al antiguo convento de San Francisco no fué comprendido en ella, y quedó todavía considerado como arrabal.

R. DE MESONERO ROMANOS.

## EL CORO DE SAN FRANCISCO.

(Conclusion.)

Consta la sillería de dos órdenes, que ocupan los tres lados principales del coro, cuya planta es casi un cuadro perfecto. El inferior se alza sobre el entarimado general, con ocho sillones en la línea frontal y nueve en cada una de las trasversales. Elegantes estos asientos en la traza, sus brazos rematan en diversas cabezas, y sus extremos en variados pies de hombres y alimañas. Bajo el sitial hay un mascarón para levantarle sobre el respaldo; y este á su vez, guarnecido con una orla de estrellas, entre dos filetes lisos que forman pabellón, ostenta en su centro un medallón de bajo relieve, terminando con lindísimos cipreses, bellótitas y otros delicados remates. Las esculturas representan los siguientes Patriarcas y Reyes de la antigua ley:—Seht.—Caynan.—(1) Jarehit.—Matusalen.—Noc.—Arphatad.—Sale.—Phaleg.—Sarug.—Thare.—Yssac.—Judas.—Phares.—Nachur.—Abraham.—Jacob.—Tamar.—Bacan.—Lamech.—Enoch.—Mala-leel.—Enos.—Adam.—Sobre estos sillones se levanta una balaustrada en forma de media columnata dórica, con estrias que tienen en el friso los versículos de la Anunciación, y sirve de remate á este cuerpo y de pasamanos ó ante-pecho al superior.

Detrás de este tramo bajo se alza un plinto de tres palmos de alto por seis y medio de ancho, sobre cuya superficie descansa el segundo cuerpo de la sillería. Sus siales son de igual forma y gusto que los inferiores, pero siempre con la diversidad sistemática en los detalles; y en sus respaldos lucen en bajo relieve, de buena mano y bellas formas, Aran.—Naason.—Rahab.—Obed.—David.—Bersabe.—Roboan.—Assá.—Joran.—Joatan.—Ezequías.—Amon.—Jeconías.—Zorobabel.—Eliacin.—Sadoc.—Eliud.—Mathan.—Joseph.—Jacob.—Eliazar.—Achum.—Azor.—Abiud.—Salatiel.—Josías.—Manasés.—Achad.—Ozías.—Josaphat.—Abias.—Salomon.—Jesse.—Ruht.—Booy.—Salmon.—Aminabab.—Esron.—Encima de la serie de sillones y montando en sus respaldos y brazos, descansa un orden de arquitectura dórica, que constituye el segundo cuerpo de la obra. Es una galería de arcos semicirculos, sobre machones resaltados de una pilastrada, en cuyos fustes y pedestales, recuadrados en hueco, cuelgan preciosas guirnalda y hay escultadas conchas, medallones, hojas y escudos del gu to y finura mas esquisitos.

Una columnata sostenida por los brazos de los sillones corre paralela á la línea de pilastras, y sostiene con ellas un cuerpo de arquitectura jónica, que vuela desde el fondo de la galería, sobrepuesta del correspondiente artesonado que hace la cornisa del orden, y remata en una balaustrada con pedestales y flameros. Se unen estas dos líneas equidistantes por una arcada de dobles medios puntos, que araucando de los machones internos, cada cual á un lado de la pilastra resaltada, vienen á juntarse y terminar sobre el vuelo del capitel de la columna á su frente relativa. La parte ornamentaria de este cuerpo es maravillosamente esmerada y copiosa. Los siales son de igual forma y gusto que los inferiores. De aquí arriba empieza la primorosa decoración. Las columnas, exentas de la primera paralela, son todas de tipo jónico y caña espiral, bordada en sus convexidades con cenefas, y ceñida en los cóncavos de guirnalda y calados listones, todos diferentes y á porfía caprichosos. Aquí es una diadema de azucenas; allá una corona de laurel; ya se halla una cinta primorosa cuyas ondulaciones diáfanos y flexibles como las de una madeja de seda, cuyos calados finísimos giran sobre la columna como los tallos suaves y graciosos de la enredadera en los kioscos de Stambul. En otras pende en torno una colgadura á ondas, tan ligera y tenue como el encaje de Bruselas; mas adelante nos cautiva una esterilla ó un tejido que dis-

puta la verdad á la naturaleza; y en el fondo nos sorprenden ciertos junquillos circuidos de un listón picado y trasparente que borda los salomónicos fustes con tal gracia y molice como las áureas trenzas de las vírgenes cárias el óvalo suavísimo y nacarado de su belleza. El friso de la cornisa de la columnata está ornado de hojas, y el miembro bajo de equinos. Sobre el vuelo del cornisamento hay implantada una piramidilla recuadrada y con colgantes, que sube á recibir el cornisamento general del cuerpo delantero. Este tiene adornado su arquivado con una colgadura festonada, de la cual pende un fleco de graciosas campanillas. Los modillones tienen preciosos remates torneados, y la gola, que sobre ellos corre, se halla escultada de menudos arabescos, como lo está asimismo la corona del ornamento. Entre los arcos de la galería penden bellísimas guirnalda asidas á cabezas de ángeles y á ciertas volutas caprichosas, terminadas por elegantes bellotas. El artesonado, que vuela sobre los dos cuerpos paralelos y cubre la galería, está recortado á casetones, en los que se ven florones, grecas y otras entalladuras. Encima de este orden arrancan en los ángulos dos cuerpos de obra, que son una prolongación del cornisamento supremo, y hacen cada cual un ángulo truncado y recogido en ostentosas volutas, guarnecidas de golfinos y guirnalda, y sobre las que domina un ángel de talla natural. Entre ambas, y al centro frontal, se ostenta otro alzado que ciñe la claraboya con una orla de recuadros iguales á los del artesonado y otros adornos de gran efecto. Y sobre él se hace un rompimiento de gloria con el Espíritu-Santo en su foco de irradiación, descollando en el punto superior de la perspectiva el Eterno Padre con los atributos de su poder y majestad.

Sería en verdad prolija tarea describir mas por menor la infinita variedad de adornos y detalles que decoran en bellísimo conjunto esta preciosidad artística, esta obra incomprensible, sin rival en sus primores, sin tasa en su valor. Tanto valdría querer describir las flores de un verjel, los rayos de la luna sobre el ondulante mar. Nos daremos por afortunados, si con nuestras palabras hemos logrado dar un bosquejo de tantas y tan altas perfecciones. Bosquejo pálido y tosco siempre, porque la lengua humana no es bastante para traducir los prodigios de la inspiración. Desgracia es no conocer al autor de la obra admirable del Coro de San Francisco, merced á la pérdida de un manuscrito curioso que no hemos podido haber á las manos. ¡Digno era de honorífica mención y público aplauso el artista eminente, el hijo privilegiado de la inspiración! Porque fué tan completo en su plan, que hasta las puertas y el entarimado del coro guardan armonía y relación perfecta con el mérito de la sillería; siendo una de sus notables circunstancias la de estar formados sin un solo clavo, y á pesar de las infinitas y delicadas piezas de su forma y adorno. Consta si en un manuscrito curioso el coste de la sillería, facistol y libros de coro, que ascendió á noventa y cuatro mil cuatrocientos noventa y ocho reales, empleados por disposición del M. R. P. Fr. Diego de Espinosa, Secretario General y Comisario de Tierra Santa, hijo de este convento, según resultaba del libro de cuenta y gasto. La época de la obra es anterior á 1758. Nada mas hemos podido averiguar en nuestras diligentes investigaciones.

Formaba el complemento de esta obra el magnífico facistol de igual mérito y gusto que la sillería. Allí existe aun, pero despojado de la rica y preciosa escultura que le exornaba y le hacia una preciosidad en su clase. Los reyes hebreos, los patriarcas y héroes que se agrupaban en el primoroso templete cual una torre de filigrana y encaje, fueron botin sacrilego de una mano rapaz y criminoso, que convirtió aquel lugar consagrado por la religión y por el arte en campo de asolador merodeo, de bárbaro y avanto vandalismo. Bien que después del escandaloso episodio de los dos apóstoles de Mateo Cerezo, no debe sorprendernos tan cinica inmoralidad (1). Por estas fechorías se ha calumniado á la libertad. ¡Pero no! Los que tal hacen, tomando hipócritamente el cinico antifaz, no merecen ser, no son, jamás han sido adoradores de aquel sacrosanto númer. Ni son capaces de sentir sus mágicas inspiraciones en su corazón viado, sin fé y sin sentimiento. ¡Bastarda y dañada prole *cujus Deus venter est!* La libertad ama á las artes, es su rayo generador, el alma mater del genio y de la gloria. Ella es para el artista lo que el viento para los pájaros, el aura para las flores, la inmensidad del Océano para los peces. Y así como sin el rayo del sol se turbaría la armonía universal de los orbes, así también sin la luz de la libertad el mundo moral é inteligente desfallecería en estéril y caduca inercia, al modo de planta

(1) Este y otros nombres estan mal escritos.—Los copiamos al pie de la letra y sin rectificar cosa alguna.—(N. de A.)

(1) El convento poseía el apostolado completo. Después de la esclaustración fué depositado en una capilla de la iglesia con otras muchas pinturas. De allí fué estraido uno de los cuadros, el *San Pablo*. Divulgóse el latrocinio; mas repitiéndose después con el *San Felipe*. Para evitar mas espoliaciones, dispuse yo, siendo director de la Sociedad Económica, trasladar la colección restante á la sala de sesiones, en el edificio situado. Así se salvaron los diez lienzos, que, merced á mi amor al arte, hoy se ostentan en el Museo provincial de Valladolid. El tiempo todo lo aclara. El vulgo cuenta hoy curiosos comentarios sobre el *San Pablo* y el *San Felipe*. ¡Abominable depredación, digna no mas de las tribus agrestes de Alarico ó de la descreída raza mora!



enfermiza lejos del día y del ambiente y del rocío. No, repetimos. La hija privilegiada de la razón, de la filosofía y de la fe, la emanación mas pura del espíritu del sentimiento y del instinto, el don sublime de la humanidad, el foco de la civilización, no acepta en sus aras tan profanos ministros, ni se contenta con oblações torpísimas y antisociales. Su estatua, por el contrario, se cubre con el velo del dolor para no oír la blasfemia de su nombre, ni ver la profanación de su grandeza.

V. GARCIA ESCOBAR.

### JUAN EL GINETE.

#### CUENTO MORAL.

Un tratante en caballos había llegado de la feria, y después de haber entregado su caballo á su criado para que lo condujese á la cuadra, subió ponderando á su familia la adquisición ventajosísima que del caballo había hecho.

—¡Qué contento estoy!... decía sentándose alegremente en una silla: he comprado un potro magnífico!... Cuatro años... siete cuartas y dos dedos... ¡Qué ganga!

Juanito, al oír las ponderaciones de su padre, bajó bonitamente á la cuadra, y entrando en ella con Sebastianito, uno de sus camaradas, empezó á acariciar el potro, ensillado todavía.

El potro, cansado tal vez del camino, no daba muestras de impaciencia.

—¡Qué manso!... dijo Sebastianito, qué gusto será ir montado en él!...

—Tienes razón, contestó Juanito... Si me ayudas á montar saldría á dar dos vueltas...

—¿Y tu padre?

—Está cansado; lo que es ahora no bajará tan pronto.

—Pues manos á la obra... Con una condición, por supuesto.

—¿Cuál?

—Que en dando tú dos vueltas, yo también daré otras tantas.

—Convenido... vamos allá...

—¿Y el bocado?

—Basta con el ramal.

—Sin embargo, es tan manso... Mas vale que vayas en regla... yo pondré el bocado al caballo... tú colócate las espuelas.

En un cuarto de hora, Juanito estaba montado á caballo, y marchaba al trote, á la ventura, seguido de Sebastian.

—¡Pica espuela!... gritó este último: no corre nada...

Juanito hincó efectivamente la espuela dos ó tres veces seguidas, y el caballo, sintiendo el dolor y queriendo despojarse de la fastidiosa carga que llevaba, y cuya debilidad comprendió por instinto, echó á correr á galope, ligero como el viento.

—Bravo!... bravo!... exclamaba Sebastian lleno de alegría: ahora sí que vuela.

Pero Juanito, que no podía detener el caballo, y que se vió precisado á abandonarle á su capricho, iba lleno de miedo, temblando caerse y estrellarse contra las piedras.



—Adelante!... adelante!... exclamaba Sebastian con entusiasmo.

Pero el pobre Juan abandonó los estribos, perdió la brida, y agarrado con desesperación al cuello del caballo, se preparó á morir.

El caballo, caliente, desbocado y frenético, saltaba zancas, atravesaba senderos, y no reconocía obstáculos.

Afortunadamente se introdujo en un terreno arado á hondos surcos, en los cuales, y en la tierra removida, se embotaban algo sus piernas. El niño, que no podía mas, se dejó caer desmayado, sin hacerse mas daño que el de dislocarse un pié.

El que escucha y pone en ejecución lo que le aconseja el capricho de su inesperienza, ó de la de otros, prepárese á sufrir las malas consecuencias de su ligereza. Verdad es que Juanito no tuvo por de pronto de qué quejarse, á no ser de su pié dislocado y del susto que había recibido; pero faltábale el castigo de su padre, y tenía la convicción de que solo una casualidad le había salvado la vida.

## LA SILLA DEL MARQUÉS.

NOVELA ORIGINAL.

PORTE PRIMERA.

(Continuación.)

VIII.

Estasis.

Trascurrieron dos días seguidos sin que Mario hubiera podido ver al objeto de su amor, á causa de que Eugenia permaneció durante este tiempo al lado de su padre, que se hallaba ligeramente indis-

puesto, cuando una noche en la que nuestro héroe, cuya tri-teza rayaba en desesperación, rondaba según su costumbre en derredor de la quinta, vió el resplandor de una luz que salía por una ventana que él sabía pertenecer á la habitación de Eugenia por haberla visto asomada á ella algunas veces, y delante de la cual se elevaba un frondoso olmo que llegaba con sus ramos hasta las persianas que la cerraban; cuya circunstancia, unida á la de ser aquella fachada la única que no estaba rodeada por la verja, sugirió á Mario la idea de trepar al árbol, con la esperanza de ver desde allí á Eugenia, si esta se hallaba en su cuarto, como se lo hacía presumir la luz que en él brillaba. Después de titubear un instante por temor de ser descubierto, puso su proyecto en ejecución, fiado en la oscuridad de la noche, y en que el ruido del viento que soplaba con violencia ahogaría el ruido que pudiese hacer.

Subió pues al árbol no sin trabajo, porque hacía mucho tiempo que había renunciado á sus antiguos ejercicios campestres, y no es fácil expresar su alegría cuando vió realizada su esperanza.

En efecto, la ventana abierta de par en par le permitió registrar con los ojos todo el cuarto de Eugenia, que desde donde se situó se descubría perfectamente, y pudo ver á esta sentada al piano que acababa de abrir.

Un espejo de cuerpo entero, rodeado en vez de marco por una guirnalda de hojas naturales, una mesa de mármol blanco sobre la que se veían dos vasos etruscos de un trabajo admirable, y en ellos dos ramos de flores silvestres que Eugenia había cogido en el jardín de la quinta; el piano, de caoba negra con embutidos de marfil; un pequeño diván de lo mismo, forrado de raso blanco, rodeado de algunas banquetas iguales; y finalmente, un cuadro redondo pintado al óleo que representaba á la niña cavalcando en su yegua, completaban el mueblaje de esta sencilla y elegante habitación, que revelaba el gusto exquisito de la persona á quien pertenecía, y que pintada de azul é iluminada por una lámpara de alabastro en forma de



media-luna, se asemejaba á uno de aquellos pequeños templos situados en medio de los bosques que los mesenios consagraban á Lucina.

Eugenia, envuelta en una bata blanca que dejaba adivinar sus esbeltas formas, estaba como ya hemos dicho, sentada al piano y de frente á la ventana, á través de la cual Mario la contemplaba.

Después de algunos ligeros preludios, la jóven, acompañándose del piano, comenzó á cantar con una voz de inefable dulzura una tonada alemana triste y monótona como todas las de aquel país, pero de una melodía indecible, que resonaba en lo íntimo del corazón: mas luego, cediendo tal vez á secretos pensamientos, ahogó la letra de aquella canción en un torrente de armonía que hizo brotar de aquel instrumento, y que atenuó poco á poco, acabando en algunas notas ligeras y vibrantes. Parecía que aquellos preludios, ya brillantes y animados como una exclamación de alegría, ya lánguidos y ténues como un lamento, revelaban las emociones que sucesivamente la agitaban, expresando sus suspiros en un lenguaje mas sublime y encantador.

¿Qué pasaría entre tanto en el alma de Mario, en aquella alma ardiente que discurría de una en otra sorpresa? Nosotros renunciámos á definirlo: bastará tener presente que nunca había oído una música y un canto tan armoniosos, y que este canto y esta música adquirían doble realce por la persona que los producía. Inmóvil, apacientando sus ojos en el divino semblante de Eugenia, que á la argentada luz de la lámpara parecía mas ideal y suave, olvidó sus disgustos, los obstáculos que le separaban de ella, el sitio donde se hallaba, y tuvo que morder su pañuelo para ahogar los gritos de salvaje alegría prontos á salir de su pecho. Además, como si la casualidad se gozase en aumentar su febril agitación, quiso hacerle pasar por todas las pruebas, y presentarle todas las fases del amor contrariado.

Eugenia, perdida en sus juveniles deliquios, había cesado de tocar, y dejando caer las manos sobre la falda, prosiguió cantando en voz casi imperceptible, mirando al mismo tiempo un grupo de estrellas mas brillantes por la oscuridad de la noche, y que ella descubría por entre el ramaje del árbol donde Mario se hallaba: mas como el calor era insoportable, la niña se agitó en su asiento con un movimiento involuntario que levantó un poco el extremo de su falda, descubriendo su pié derecho y el principio de su prieta, admirablemente formada y de contornos suaves y delicados, como los que se admiran en las esculturas del Piombino. Hasta entonces Mario había sentido solamente las emociones del amor casto y platónico, como por lo regular lo es el amor verdadero cuando nace; ninguna idea carnal empañó hasta aquel momento la pureza de su pasión; pero el inocente abandono de la descubierta jóven hizo le experimentar el punzante aguijón de la sensualidad, en grado tanto mas eminente, cuanto mayor era la fuerza de su temperamento. Sus ojos turbados y secos devoraban aquel breve pié que asomaba por bajo del piano; su corazón cesó de latir como si temiese un peligro cercano... le zumbaban los oídos... sus labios temblaban con un movimiento nervioso... por último, cuando la jóven cada vez mas sofocada desprendió los ojales de su bata, que cayendo á uno y otro lado, dejó descubierta enteramente su garganta y parte de su seno virginal, oyóse un grito ahogado, y luego un ruido como de un cuerpo pesado que cae en tierra, y que Eugenia asustada confundió con el de una ráfaga de viento que hizo golpear con violencia las persianas de su habitación.

## IX.

El doctor Romero.

Tres días después de estos sucesos, Marciana, apesadumbrada y ojillorosa oía con la mayor atención al doctor Romero, médico distinguido, lleno de la ciencia que dan el talento, la experiencia y el estudio reunidos, y que habiendo ejercido su facultad en Madrid durante muchos años, habíase retirado á T..., á consecuencia, según se decía, de grandes disgustos; y al presente desempeñaba la plaza de médico titular de dicho pueblo, mas por gusto que por necesidad, pues tenía una fortuna considerable.

—Son estraños, decía el doctor dirigiéndose á Marciana y mirando atentamente á Mario, que se hallaba en su lecho durmiendo al parecer con un sueño agitado, son estraños los fenómenos que observo en la enfermedad de este jóven. Según el informe de mi compañero el cirujano, el doliente no tiene mas que una ligera herida en la parte superior del occipucio, que no ha podido penetrar ni aun el *pericráneo*; y yo que tambien poseo su facultad, á lo que se puede ver con el tacto, tampoco he hallado lesión orgánica suficiente para producir los graves síntomas que en él observo. No obstante, estos mismos síntomas me dan por resultado una afección designada por los autores con el nombre de *delirio nervioso ó traumático*, que á veces se declara á consecuencia de heridas recientes, aunque tambien pueden causarla la viveza de las pasiones ó una conmoción cerebral.

—Pero señor, observó Marciana, que había escuchado atentamente

al doctor sin comprender la mayor parte de su discurso, yo creo que *mi hijo* tiene tambien calentura, porque le abrasan la frente y las manos.

—En efecto, repuso el doctor, el enfermo tiene calentura; pero tan leve que al presente no ofrece cuidado alguno, y ese ardor que en él ha observado V. mas bien es consecuencia de su agitación. Por otra parte, además de la dolencia ya enunciada noto varios síntomas de otra no menos estraña en el jóven que nos ocupa, si se atiende á lo que me dijo V. antes; pues si bien la *monomania*, que es la afección de que hablo, proviene de muchas causas, se ha observado con razon que las mas preferentes son las emociones morales, producidas las mas veces por los adelantamientos de la civilización: y á la verdad la complicación de estas dos dolencias, muy graves de por sí, repito que me sorprende, atendidos los antecedentes del enfermo.

—¡Ay señor mio de mi alma! exclamó Marciana, ¿y son peligrosas esas enfermedades?

—Pueden serlo, respondió el doctor... Pero salgamos de aquí y dejémosle reposar un momento, pues bastante lo necesita; y allá fuera me hará V. nuevamente su explicación, en la que antes acaso habrá omitido alguna circunstancia que aclare mis dudas; porque como he dicho ya, no hay causas predisponentes ni congénitas, ni lesiones orgánicas, ni mala conformación de cabeza; por el contrario, ese jóven la tiene admirablemente desarrollada, suficientes á producir estas dos neurosis (1), que indudablemente residen en el cerebro.

Dicho esto, nuestros dos interlocutores salieron al portal de la alquería, y entonces Marciana, que cada vez entendía menos al doctor, se espresó en estos términos:

—Yo, señor, solo puedo decir que hasta hace poco tiempo *mi hijo* era tan ignorante como los troncos de los árboles, y que como ellos pasaba todo el día en el campo. Comía poco y hablaba menos; de modo que todas estas cosas reunidas y cada una de por sí daban motivo á que las pocas personas que le conocen, entre ellas el tío Pablo el pastor de casa, que á veces dice unas sentencias como un papa, y no tiene mas defecto...

—Nada nos importan los defectos del tío Pablo; por tanto puede V. suprimirlos, interrumpió bruscamente el doctor.

—Pues como iba diciendo, prosiguió Marciana, el tío Pablo, y tambien otras personas, afirman que Mario es *un tanto*; pero yo nunca he querido creerlo... Porque, señor, digo yo, ¿á quién se parece?... su padre tiene mas de pícaro que de tonto... y su madre ¡ah! su madre....

—Además, interrumpió pensativo el doctor, que como el lector habrá observado se interesaba vivamente por sus enfermos, y puede asegurarse que no tenía mas defecto que el de usar en sus explicaciones muchos términos facultativos, olvidándose de que las personas á quienes por lo regular se dirigía no podían comprenderlos; encuentro en todo esto algo de estraordinario... ¿Dice V. que ese jóven tropezó en las raíces del árbol junto al cual se le ha encontrado?

—Sí señor, así lo dijo él al pastor, que al volver de la quinta de llevar un cántaro de leche, le halló bregando para levantarse sin poder conseguirlo.

—Otro motivo de duda... el golpe le recibió en la parte posterior de la cabeza, debiendo haber sido en la frente; pues natural era que cayese hácia adelante.

—No sé cómo habrá pasado; pero *mi hijo* jamás ha mentido.

—Lo creo; y además ¿qué interés tendría en hacerlo en esta ocasión?

—Ciertamente. A no ser que como ya había perdido la cabeza cuando le halló...

—En fin, veremos; creo he acertado en el diagnóstico, difícil en las neurosis en las que no hay lesión alguna aparente; solo no comprendo bien la verdadera causa de esta dolencia. Por mi desgracia, si como facultativo conozco el corazón anatómicamente considerado, conozco tambien el corazón moral, y pluguiera al cielo, repuso el doctor suspirando, que á la experiencia de las desgracias ajenas no reuniese la de las mías propias. A no saber los antecedentes de ese jóven, afirmaría que era una víctima de las pasiones ó de una pasión cualquiera, sentida en su mayor grado. La confusión de ideas, el insomnio, las amenazas, esos gritos de furor de que V. me ha hablado, la postración que después ha sucedido, la aberración de la voluntad, la perversion del entendimiento; por último, mil otros síntomas me lo hacen creer así... pero esto no es del caso. Seguiremos la dolencia en todas sus fases, y quizá se nos presentará mas caracterizada, y por consiguiente mas fácil de combatir. Hasta tanto el tratamiento debe basar en los medios morales; pues bien puede decirse que es moral la enfermedad ó enfermedades que nos ocupan; por lo que voy á dejar escrita la explicación, de la que no se ha de apartar V. en un solo punto. El Sr. Justo la leerá si es que V. no sabe.

—Así fuera mentira... En cuanto á mi amo, no seré yo quien le pre-

(1) Enfermedad de los nervios.



gunte nada: mas afortunadamente, ahí está el tío Pablo que lee como un sacristán, aunque parece tan rústico y tan...

—Vaya, bien... además, mañana a esta misma hora vendré... Espero hallar algún cambio notable.

Dicho esto, después de escribir el plan curativo y cerciorarse de que Mario continuaba en el mismo estado, el doctor se encaminó al pueblo dejando á Marciana muy apesadumbrada é inquieta.

## X.

## Desesperacion.

No seguiremos nosotros los diversos trámites y periodos de la enfermedad de nuestro héroe, limitándonos á decir, que desaparecido el delirio nervioso de que hemos oído hablar al doctor, aparecieron mas marcados los síntomas de la *monomania*, especie de enajenación mental consistente en un delirio que gira sobre uno ó determinado número de objetos; y combatida por este por cuantos medios higiénicos y morales se hallaron á su alcance, secundados por el cariño é inteligencia de Marciana, consiguió hacerla desaparecer, y por último el completo restablecimiento de Mario, el cual no obstante, tuvo que pasar por una larga convalecencia, durante la que el buen médico le interrogó varias veces sobre la causa de su enfermedad, aunque con un tacto esquisito para no recordarle ideas que pudiesen ocasionar una recaída. El jóven supo eludir sus preguntas, concretándose á lo que habia dicho anteriormente respecto al golpe recibido junto á la quinta; de modo que el doctor, aunque conservando algunas dudas, se inclinó á creer que en efecto habia sido aquel el motivo de su dolencia, secundado poderosamente por las lecturas, ó mas bien atribuyendo á estas la parte principal, fundándose en las palabras incoherentes y frases novelescas que Mario soltaba en sus frecuentes delirios; pero jamás sospechó la verdadera causa, pues ignorando este el nombre de Eugenia, no pudo repetirle en su dolencia, lo cual hubiera servido de indicio al doctor, hombre de estremada penetración.

Vuelto el jóven á su estado normal, y apenas se halló con fuerzas suficientes, traspuso en un momento la distancia que media desde su casa á la quinta, con la esperanza de ver á la que no se apartaba de su pensamiento, olvidando cuanto habia sufrido, y recordando solamente la poética beldad de aquel ángel que se le apareciera para sacarle de entre las nieblas de la ignorancia; pues á la profunda pasión que sentia por Eugenia, agregábase tambien una especie de gratitud, porque segun se decia á sí mismo, por elevarse hácia ella, por comprender su lenguaje, habia deseado instruirse... ¡Ah! tal vez hubiera sido mas feliz permaneciendo en su ignorancia; mas aquel mártir del amor necesitaba duplicar las causas de su adoración, para hacerla mas digna del ídolo á quien la dedicaba.

¡Con cuánta agitacion y temor mezclado de esperanza se acercó Mario á la quinta! ¡Con qué ansiedad dió la vuelta en derredor de ella! ¡Y cuál fué su angustia al notar la soledad que reinaba en todas partes! Las persianas y maderas de todas las ventanas estaban cerradas; por las rejas de la caballeriza situadas al nivel del suelo y abiertas de par en par, no salia ya el ruido del relincho de los caballos ni las voces de los mozos que los cuidaban: ningun criado atravesaba el patio, y finalmente todo indicaba allí la ausencia de su dueño. Imposible seria espresar la inquietud de Mario, el cual no obstante conservó alguna esperanza, no resignándose á perder de un golpe todas sus ilusiones; permaneció algun tiempo mirando á la puerta, á las ventanas, á todas partes, aunque sin resultado, pues todo continuó lo mismo. Llevado entonces de un movimiento involuntario, y resuelto á salir de dudas á toda costa, se aproximó á la puerta de la verja, que estaba solamente entornada; pero al ir á entrar se detuvo dominado por su timidez.

Trascurrieron algunos minutos en esta incertidumbre, hasta que por fin se decidió á atravesar la plazoleta de la quinta, verificándolo precipitadamente para no tener tiempo de reflexionar. Llegado que hubo á la inmediación del edificio, miró á todos lados; y no viendo persona alguna, se decidió á llamar á la puerta, no sin haber dudado mucho tiempo. Alzó pues un pesado llamador de bronce en que estaba esculpido un escudo de armas, y dió dos ó tres golpes con mano trémula: hecho esto, escuchó atentamente, pero nadie respondió; parecia que la casualidad se gozaba en aumentar sus padecimientos. Una vez decidido, Mario sacó valor de su misma timidez, y alzando de nuevo el llamador dejó caer repetidas veces.

—¿Quién es, quién anda ahí? gritó una voz desde dentro; y luego, abriéndose una ventana situada á un lado de la puerta, se asomó á ella una muger ya de edad, que después de examiar á Mario desde la cabeza hasta los pies, prosiguió con acento entre airado y despreciativo:

—¡Vaya! pues no alborotais poco!... pensé que ibais á derribar la puerta.

—Perdone V., señora, respondió el jóven saludando, creí que no me habrían oído la vez primera, y...

—¿Y qué se ofrece? interrumpió bruscamente su interlocutora.

—Nada mas que saber si el señor marqués está en la quinta.

—¡Y tanto ruido para eso!... el señor marqués marchó á Madrid tres dias há.

—¡Gracias! repuso Mario haciendo un esfuerzo para aparentar serenidad, y alejándose apresurado sin oír á la portera que gritaba:

—¡Eh, jóven! ¡Eh! ¿Traia V. algun recado para el amo?

Luego que salió de la quinta corrió al bosque, vagando por él en todas direcciones cada vez mas aprisa, á la manera de un corzo herido, que con sus veloces carreras pretende aliviar su violento dolor; mas ¡ay! el infeliz jóven sentia el suyo cada vez mas profundo, y rendido de cansancio, tuvo que detenerse y se sentó al pié de un olmo... Allí permaneció mucho tiempo con los ojos fijos y al parecer sereno... pero... ¡ah! qué serenidad!... ¿Qué pasaria en aquel corazon despedazado?...

Hubo un momento en que llevó la mano á la cabeza, como si quisiera detener su pensamiento, pronto á exhalar en el espacio... luego prorumpió en sollozos sofocados, que después dieron curso á torrentes de lágrimas y desahogaron su pecho oprimido...

¡Oh! ¡benditas sean las lágrimas! ellas son la alegría del dolor!

... Durante los sucesos que hemos referido habian pasado cerca de tres meses, y á la sazón corrian los últimos dias de setiembre.

A mediados de noviembre, Mario recibió una carta de Madrid, y después de abrirla con una emocion inesplicable, leyó las siguientes líneas enajenado de placer:

«Mi muy querido sobrino: tus deseos y los míos estan en cierto modo colmados. El general S., ministro de Estado, que honra con su amistad á mi difunto esposo y que me dispensa la protección mas afectuosa, necesita un segundo secretario para su despacho particular: y mediante mi recomendación, ha tenido á bien elegirme para este puesto. Tus honorarios son 6,000 reales anuales.

»Respecto á los demás puntos me refiero en un todo á lo dicho en mis cartas anteriores, y solo te encargo que apresures tu viaje cuanto te sea posible, y repitas mis recuerdos á mi buena Marciana, que con sus consejos te ha decidido á que me proporciones la satisfacción de darte esta ligera prueba de mi cariño.

»Toda esta familia, de la que en breve formarás parte, me pide te renueve sus afectuosos sentimientos, á los que une los suyos etc., etc.

## PARTE SEGUNDA.

## I.

Un año después.

El lector no tomará á mal que hayamos salvado un espacio tan largo de tiempo, puesto que en el discurso de la narración hallará aclarados los sucesos en él acaecidos que atañen al conocimiento de nuestra historia. Por tanto, tomaremos la ilación de esta en un hermoso dia del mes de mayo y en la hora en que declinando el sol hácia el horizonte, dora con sus últimos rayos las cumbres de las montañas y la cúpula del campanario de la aldea.

En esta hora pues abriase la puerta de la quinta de Gnadalimar para dar paso á una hermosa jóven vestida de blanco, cavalgando en una yegua negra, y á quien por esta última particularidad nos creemos dispensados de nombrar.

Con efecto, Eugenia, pues ella era, que hacia dos dias se hallaba de vuelta en Andalucía, salia aquella tarde por vez primera, y después de detenerse un instante á pensar adonde dirigiria su paseo, por último dió la preferencia á su sitio predilecto, encaminándose en consecuencia hácia *La silla del marqués*.

Eugenia, que rayaba ya en los diez y siete años, habiase formado enteramente, y era notable el desarrollo de su incomparable hermosura. Sin embargo, los rasgos infantiles de su fisonomía no habian cambiado; solo que á su blancura láctea y trasparente habia sucedido esa palidez aplomada, sintoma terrible en las jóvenes delicadas y nerviosas, y á la melancolía de su semblante una tristeza meditabunda de expresión tanto mas grave, por cuanto estaba acompañada de la descoloración de los labios, en otro tiempo frescos, húmedos y sonrosados.

No obstante, cuando la jóven tendió nuevamente la vista por aquellos prados que estaban entonces en todo su verdor; cuando al trote de su yegua se internó en la espesura del bosque aspirando con embriaguez la frescura del ambiente, y oyendo un sin número de cantos y de gorgeos; cuando cruzó por los sitios en que tantas veces se habia detenido para admirar una flor que todavía yacia allí al parecer mas brillante y lozana, esperimentó una alegría infantil; porque cuando el corazon no ha sufrido aun las pruebas del desengaño, se



abre casi con la misma facilidad á las emociones del placer como á las del dolor.

Eugenia llegó á *La silla del marqués*, y apeándose de su montura ató la brida de esta á la rama de un árbol, y se dirigió luego hácia el asiento de piedra.

Antes de sentarse miró en torno de aquel sitio que nunca había parecido tan pintoresco y encantador. Como se acercaba la hora del crepúsculo nocturno, las aves se retiraban sobre el río, buscando un postrer rayo del sol que penetraba hasta allí, se estendían á lo largo de él formando una ancha cinta de rubíes y de amatistas, ante cuyos colores hubieran palidecido los del iris; y á lo lejos oíase el manantial que descendía del monte, y que inundado por el sol poniente, se asemejaba á una magnífica serpiente de la India, arrastrándose hácia la vega y haciendo ondular sus purpúreos anillos.

Después de admirar algunos momentos este mágico espectáculo, Eugenia se sentó en *La silla del marqués*; pero oyendo un ruido extraño, levantóse inmediatamente, y vió sobre el asiento un cuaderno de papel bastante voluminoso, que sin duda rozando con su falda había producido aquel rumor. Sorprendida la jóven tomóle en la mano, y júzguese de su asombro al notar que este cuaderno, manuscrito hasta la mitad, estaba dirigido á ella y repetido en él su nombre un sin número de veces.

(Continuará.)  
F. MORENO Y GODINO.

#### EL ESPEJO DE LA VERDAD.

##### FABULA.

En el siglo feliz, cuando los hombres  
En paz Augusta, y en profunda calma  
Gozaban con placer sus dulces dias,  
La señora verdad, sin otra zaga  
Que la de su espejito misterioso,  
De ceca en meca por la posta andaba.  
Llevábale en la mano á todas horas,



De modo que cualquiera se miraba  
En su sincera luna; y aunque en ella  
Copiado al vivo su interior hallaba,  
Nadie, al verse, llegaba á sonrojarse.  
¡Ay, qué tiempos aquellos, si duráran!  
Pero pasaron presto: y conociendo  
Que entre los hombres la maldad se incarna,  
La señora verdad, según se supo,

Tendió con gran silencio sus dos alas,  
Y sin decir: te quedan ahí las llaves,  
Fué á buscar en el cielo su morada,  
Arrojando el espejo de coraje.  
Se rompió; ya se vé, la cosa es clara;  
Y los pedazos, todos esparcidos,  
Se perdieron, que fué notable falta:  
Sin embargo, filósofos y sabios  
Han hecho diligencias tan estrañas,  
Que encontraron algunos por ventura;  
Pero tan pequeñitos por desgracia,  
Que, según las historias, ni ellos mismos  
Se ven cual son en sí. ¡Quién lo pensara!

#### AL MAR.

¡Y qué! ¿no enfrenarás, ponto soberbio,  
El furor de tus olas atronadas?  
¿No bastan á postrar tu poderío  
Los siglos que pasaron?  
Ellos con diestra fuerte derribaron  
La palma que creciera  
De Libia en las arenas dilatadas:  
Ellos secaron la abundosa fuente  
Que con aroma ardiente  
Las dulcísimas flores perfumaron.  
El castellano brio,  
Sediento de memoria,  
Voló por medio de tu campo frio  
Al clima portentoso de Occidente:  
Cortés allí: Pizarro esclarecido,  
Sandoval, Alvarado,  
Y otros mil, cuyo esfuerzo generoso  
Al indio conturbaba belicoso,  
Ceñidos en laurel la altiva frente,  
Dieron á la nación de las naciones  
Poderosas y bárbaras regiones.  
En las inmensas playas  
Ciudades mil cayeron,  
Y sus cenizas viles  
En tus hinchadas olas se perdieron.  
Tú horror inspiras, cuando el sol deslucen  
Nublados tenebrosos, y rugiente  
Va el aguilon sonando,  
Tu ronco rebramar multiplicando;  
Mas al llegar el plazo en que el Eterno  
Su mano estiende sobre el triste mundo,  
Tiemblen los polos, y en pedazos caigan  
Y en humo se disipen,  
Mirarás tu grandeza destruida,  
Cual hoja de la yerba desprendida  
Por impulso violento  
Del fragoso viento.  
Su imagen fingida,  
Las naves mas escelsas y robustas  
Que fatigaban con ardiente brio  
Tus aguas espumosas,  
Te dirán orgullosas:  
¿Qué fué de tu grandeza y poderío?  
Nuestras veloces quillas  
Entre negros escollos quebrantaste,  
Y á la sedienta arena  
Sus trozos infelices arrojaste.  
¿Qué consiguieron dignos tus furoros?  
Ya la terrible suerte  
Con la espantosa muerte  
Ha igualado á ofendidos y ofensores.  
Tú callarás, ¡oh mar! porque rodando  
De las naves envuelto en los despojos  
Caerás en el profundo!  
¡Ni aun tendrás de tu furia no domada  
Recuerdos tristes en la triste nada!

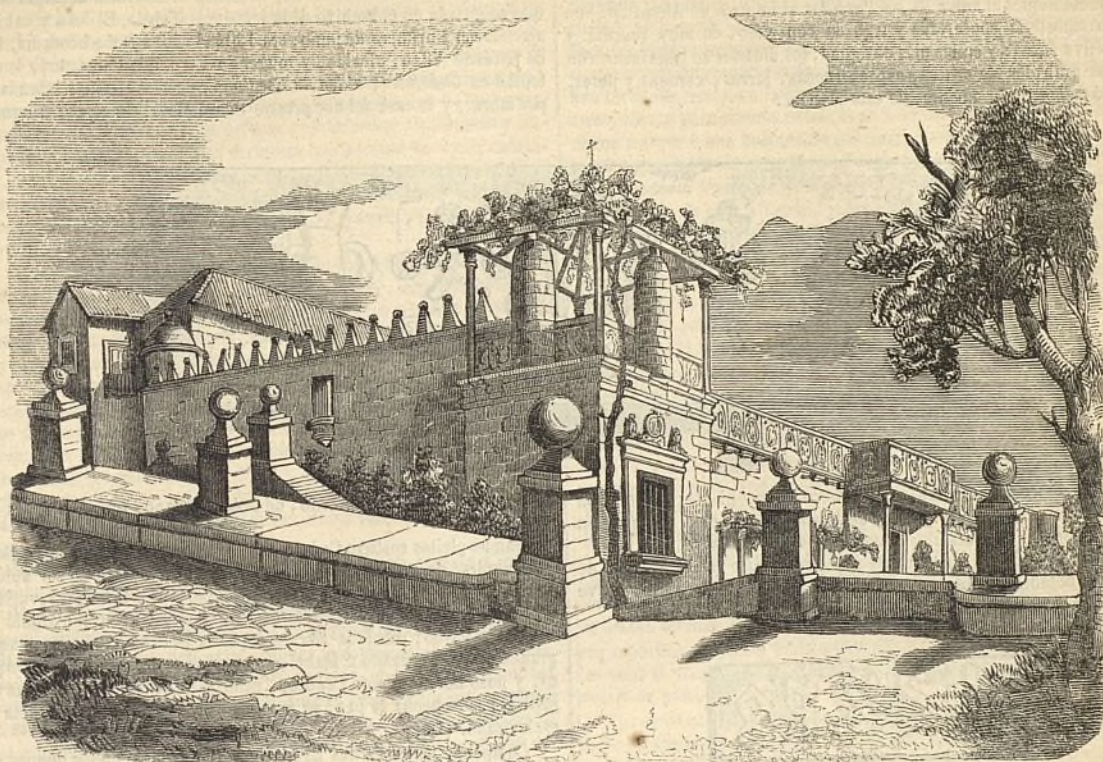
Cádiz, diciembre de 1843.

ADOLFO DE CASTRO.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra





PALACIO DE LOS SEÑORES DUQUES DE FRIAS, EN CADALSO.

## ANTIGUALLAS

DE CADALSO-DE-LOS VIDRIOS, GUISANDO Y ESCALONA.

## CARTAS A UN AMIGO.

## I.

Tiéneme V. por breves días, señor canónigo, aposentado en el pueblo donde en toda su vida no quiso entrar D. Alvaro de Luna, porque en él un astrólogo, dicen, le había pronosticado su muerte: lugar antiguo, que se conserva intacto desde el siglo XVI; pero que en la distribución de las calles, en la obra de sus edificios y en el aspecto de su anchura, pertenece á los tiempos del sabio rey D. Alfonso.

*Cadalso-de-los-vidrios* (1), situado en una elevada sierra, que es parte y antemural de la que divide ambas Castillas, dista doce leguas de Madrid al ocaso y once al norte de Toledo, cuya provincia domina en gran manera. Tiene trescientas casas, y no lejos, á Oriente y Occidente, dos escarpadissimas y altas cumbres, difíciles de superar por extremo, coronadas de sendas atalayas. La primera se apellida *La piedra muñana*, la segunda *La sierra cadalso*, tal vez porque en otra edad existiría en ella alguna fortificación ó baluarte de madera que hubo de darle nombre, y al pueblo juntamente (2). Ahora recuerdo que en los siglos caballerescos fué costumbre alzar palenques ó *cadahalsos* en guájaras y fragosidades, para que sin riesgo y á todo placer oteasen desde ellos las damas, viendo á los cazadores ya puestos en sus armadas, ya concertar y correr el monte. En la crónica del condestable D. Alvaro hallo que los hizo construir magníficos por estos contornos para la reina Doña Isabel de Portugal, sus dueñas y doncellas, cuando en diciembre de 1448 recibió el privado con una famosa montería á D. Juan el II que le otorgaba la señalada merced de visitarle en su villa de Escalona.

(1) Apellidase de esta manera por dos fabricas de vidrio donde se emplean muchos brazos.

(2) Dicen los naturales que la atalaya de *Piedra muñana* tiene una sala hermosísima abierta en la misma roca. Yo la he visto; es un zaquizami donde no podrian cuatro hombres estar tendidos.

Covarrubias vacila en derivar la voz *cadahalso* ó *catafalso*, ya del griego *kata-phainomas*, ser vistos, aparecer en alto; ya de *catafalerum*, catafalco; ya del hebreo *cadad-herer*, como si dijéramos monte inclinado, por cuanto desde aquí empiezan á declinar los montes que dividen á Castilla la Vieja de la Nueva.

La de Cadalso yace en la vertiente meridional de la sierra, cubierta por allí de olivares, viñas y huertecillos, así como de espesos pinares por el lado opuesto, donde brotan fuentes de esquisitas aguas. Pinos, encinas, robles, acebos, alisos y jarales, visten los montes inmediatos en estension de algunas leguas; mas es la tierra de sembrado poca y endeble. Hay pues en estos riscos lugares dos grandes elementos de construcción, la piedra y la madera. A medida del deseo se trazan jambas y dinteles; el ripio y el ladrillo apenas se conocen, y los edificios, todos de sillería, son eternos. En cambio el color ceniciento de la piedra berroqueña comunica triste y severo aspecto á la población; y como no lo lleven á bien estos habitantes, la convierten en un arlequin, chafarrinando con llamaradas de cal, á modo de coraza, las puertas, las maderas, los techos y ventanas.

La *calle Real* atraviesa de cierzo á Mediodía, teniendo por puño y contera dos mochas torres árabes con sus puertas de herradura, las solas que ya existen en la villa: una se llama *El arco de arriba*, y otra *El arco del horno de abajo*.

Muy cerca del primero, al Oeste, se ven las ruinas de un fortísimo castillo romano, cuyos bien trazados sillares estan unidos por argamasa, más dura que la misma piedra, cuadrado, con torreones de la propia forma en cada esquina, y la puerta al Sud. Los gruesos muros, taladrados por saetias, se conservan á la altura de una y dos varas, y como de treinta es el patio que dejan en el centro. Dan los naturales á este sitio el nombre de *La plaza de armas de los moros*.

La iglesia parroquial, dedicada á la Asuncion de Nuestra Señora, alta, espaciosa y elegante, comenzóse á edificar á últimos del siglo XV, concluyóse á mediados del siguiente; pero al culto no se abrió hasta 1578. En ella ofrecen agradable conjunto mezclados el gótico y el renacimiento. ¡Lástima que haya perdido su antigua torre á consecuencia de la última guerra civil! Pero consolémonos con que la moderna arquitectura se ha esmerado en reemplazarla con un excelente mazacote. De algunas lápidas sepulcrales de los tiempos del último Enrique, tendidas en el pórtico, se infiere que debió de haber existido allí un templo más antiguo.

Aun se conserva destechado el que fué parroquial de Cadalso en el siglo XIII, y después ermita consagrada á Santa Ana, en la calleja de este nombre, notable por la sencillez y elegancia de sus pocos adornos, de su arco de herradura y de sus ventanas bizantinas.

Pero permitame V., amigo mio, que le celebre por su ancianidad respetable las casas de este pueblo, construidas las primeras ya cuando comenzaba á eclipsarse la media luna en las Navas de Tolosa, ya al

18 DE SETIEMBRE DE 1855.



tiempo de triunfar la cruz en el Guadalquivir, ó á la sazón de agitar sus pretensiones el autor de las *Partidas* al imperio de Alemania. Son de mampostería concertada y trabada con yeso, de muy sencilla y primitiva forma; y en las más antiguas, los dinteles se engalanan con toscos grabados de cruces, aspás, ruedas, jarros, coronas y flores, más ó menos profusamente, de esta manera:



en precio de *nueve maravedis*, pagaderos en tres plazos; á condición (expresaron) «de que nos fagades de lo vuestro una casa de nuevo en nuestra heredad de Cadafalso e que acabedes el portal.»

En la *calle Real*, como es de suponer, existe mayor número de edificios notables. Sobre una puerta fuera del Arco de arriba se ve entallado el nombre de Jesucristo:



En la acera de la izquierda, cerca de la calle de la *Carnicería*, la antepenúltima casa fué levantada en 1262, según este letrado de caracteres iguales á los que acabamos de dibujar:

Ihs xps es con nos .... era m.ccc. años.

Linda con la de D. Alvaro de Luna, hecha en 1446, donde no puso mayor obra ni otro distintivo el maestro de Santiago, que el escudo de sus armas, orlado con las conchas.



Mucho más adelante en la misma acera, muestra ya la *casa del Curato* ricos adornos de ramos, lises, hojas, escudos y leones, publicando en su arquitectura el reinado de los Reyes Católicos, así como el edificio que está enfrente recuerda al punto la dominación de la casa de Austria. Su portada dórica con infulas de greco-romana, su gran escudo, los salvajes ó gigantones que le defienden á un lado y otro, las líneas rectas de sus ménsulas, cornisas y pilastras, todo forma un agradable contraste ya con la severidad ya con los ornatos caprichosos de los demás monumentos artísticos. Pero si en este pertenece la principal fachada al siglo XVI, corresponde al XV la del costado, importante sobremañera por conservar la única ventana arquitectónica de la población. Es bizantina, de bellas proporciones, con labores tomadas de las toscas y primitivas de los dinteles ya referidos: ramos y bastones cercan y enlazan la rueda de Santa Catalina, la cruz, un jarro, dos estrellas y dos lises.

No quiero dar punto á lo que me ha llamado la atención en esta clase de edificios, sin decir á V. que el dintel de algunos muy antiguos se ve sostenido por rudas cabezas de leones; que en el de otros se halla escrito de no moderna letra cursiva el nombre de Jesús; y tal vez el de su dueño, con caracteres gótico-alemanes, á este modo:

montalvo.

De alguna de tales casas hay memoria en escritura del siglo XIII, que se guarda en el archivo de la iglesia de Toledo. El dean y cabildo arrendaron á primero de junio, era 1294 (1256) á Doña Leocadia, hija de Estéban Yllan, alcalde, y muger de Fernando Perez, todo lo que tenían en *Cadafalso*, *aldea de Escalona*, de casas, viñas labradas y por labrar, y la casa del arcipreste Pedro Masa, sin *algeha* ninguna,

Las casas de ayuntamiento, de orden toscano, son de la época de Felipe II.

Grandes pleitos sostuvo Cadalso con Escalona durante muchos siglos, por eximirse de su jurisdicción, y llamarse villa y dejar de ser aldea. Hacíasele duro el vasallaje, y apellidaba libertad en todas las revueltas de Castilla. En las parcialidades de D. Pedro y D. Enrique siguió la voz del bastardo; rebelada Escalona por la Beltraneja, hallaron aquí grande apoyo Fernando é Isabel, con lo que se proclamó villa Cadalso, y puso horca, picota, cadena, cepo y azote y otras insignias de justicia; pero hecha la paz, se vió como siempre á su rival sujeta y esclavizada. (1).

Cúmpleme ya hacer una ligera reseña del palacio de los duques de Frias, monumento precioso de la segunda década del siglo XVI. Está situado fuera de la población, al ocase, dominando gran territorio, en el paraje más pintoresco y frondoso de la villa, merced al golpe de agua que encañada baja de la sierra Cadalso. Conserva unida parte del alcázar erigido por D. Juan Pacheco, favorito de Enrique IV, de que existen algunas construcciones de ladrillo, cinco góticas y muy lindas columnas de mármol de Paredes en un corredor á la entrada; y dos salones espaciosos, donde resonaron los agitados acentos de aquel monarca, de la princesa heredera Doña Isabel, del maestro D. Juan Pacheco, del Arzobispo de Sevilla, y de los condes de Plasencia, Benavente y Miranda en la noche del lunes 19 de setiembre de 1468, horas después de la famosa jura de los Toros de Guisando.

La historia moderna debe tambien un recuerdo á este edificio. Aquí vivió retirado el infante D. Luis, cuando por su casamiento desigual perdió la gracia de su padre el juicioso Carlos III, y aquí nació el cardenal Borbon, fruto de tan infortunados amores. Pero volvamos á los tiempos antiguos.

Trasformaron completamente el alcázar por los años de 1520 D. Diego Lopez Pacheco y su muger Doña Juana Enriquez, duques de Esca-

(1) No es ocioso consignar aquí algunas curiosas noticias cronológicas de Escalona y Cadalso.

Fuéron señores suyos el infante D. Manuel, hijo de San Fernando, que en su segunda muger, Doña Beatriz de Saboya, tuvo al príncipe

D. Juan Manuel. Este en segundas nupcias casó con Doña Blanca de la Cerda, de cuyo enlace fué fruto

D. Fernando Manuel, quien, muerto su padre en 1547, heredó las grandes tierras llamadas de D. Juan ó el Marquesado, por el de Villena. Casó con Doña Juana Despina, hija del infante de Aragón D. Ramon Berenguel; y falleció en 1530. Dejó solo una hija,

Doña Blanca, que moza, murió sin sucesión en 1560.

Con esto volvieron los estados al patrimonio real; y aun cuando D. Enrique II los dió en 1566 á D. Alfonso, conde de Denia, por ser parcial suyo, no salieron de la corona hasta 1424, en que Juan II enriqueció con ellos á su favorito D. Alvaro de Luna. A su muerte tornaron al rey, y en 1470 pasaron para siempre á la casa de Pacheco.

Sobre jurisdicción hay lo siguiente:

Año de 1150. A 6 de enero, el rey D. Alonso octavo dió términos á los pobladores de Escalona, y dentro de los cuatro mojonos que les señaló está comprendido Cadalso, conforme á esta cláusula: *Et dedit eis Aldefonsus Rex terminum ad populos Ascaloniae, del tremo cum tantis illa carrera, que vadit á Talavera por la sierra de Sant Vicent, así cum las aguas de Quadamora, cadant in Alveris, et de alia parte de fonte Salce, et de parte de Maqueda cum cada Pradana in Alveris.*

1252. San Fernando manda á Cadafalso «vaya á Escalona á fueros é á señales et encartamientos é á su mercado, como su aldea, é como solides en tiempo de mi abuelo et en el mio fasta agora.

1261. El rey Sabio. «Por el gran amor y sabor que avemos de mejorar é honrar á la villa de Escalona, acrecentámole é damosle por tierra é término é jurisdicción desde la boca del arroyo de la Guadamilla, el río de Alberche arriba, acatant al castillo de Alfama, monte arriba derecho á la cabeza mayor de Broncana, acatant á San Martin de Valdeiglesias, é derecho por la cuerda del pinar fasta el risco alto, acatant á Tortolas... fasta las viñas de Navarredonda, y etc.»

1532. Pleito entre Cadalso y Escalona ante el rey D. Pedro sobre términos y castañares.



lona, marqueses de Villena y condes de Santisteban. Dispúsose la obra por artifice italiano, quien fijó su esmero en acomodar al gusto de los palacios de Génova y Florencia las condiciones de una casa fuerte española, puesto que los señores feudales, contrastando los esfuerzos de los conquistadores de Granada y del gran Cisneros, aun se resistían á desmantelar sus castillos y á descender á la servidumbre de los reyes. Grandes muros y torreones de defensa, plataformas, ladroneras y matacanes disimularon su gótica fortaleza con adornos de fajas, casetones, frontoncillos y candelabros, con ménsulas y antepechos rústicamente elegantes y con pensiles aéreos sobre las azoteas y murallas. Puede compararse aquella fábrica al adalid cuyo arnés tranzado ocultan los pomposos vestidos de un torneo.

Situémonos en el jardín. Al frente miro una esbelta galería de dos altos sostenida por columnas jónico-compuestas, en cuyo centro se forma un pabellón saliente, para dar movimiento y gracia al edificio. Fuertes muros con ventanas de reja cercan el recinto. En cada ángulo hay tres pequeñas ornacinas platerescas y una puertecilla que ofrece subida á la anchisima azotea general de recreo y defensa, la cual descansa sobre grandes modillones, y á un lado y otro tiene antepechos de vez en cuando agujereados. A mi derecha avanza una torre descubierta por encima, que sirve de cenador con su mesa de piedra, entapizadas las paredes con yedras y parrizas. Alzase en medio del jardín un templete del mismo gusto arquitectónico de la galería, y en una cenefa por la parte interior de la cornisa corre este misterioso letrero:

*voco inimico-mortale a li ochi-mei e provo co-ntario a la-vita  
ogni ha-bitato luogo-oc...*

Una espaciosa huerta, donde el arquitecto labró en alto un estanque magnífico, rodea todo el jardín y le sirve de complemento. Alguna fuente genovesa con bajos relieves mitológicos y versos de Ovidio, rampas y escalinatas, calles de castaños y madroños, multitud de flores y frutales y dilatadas perspectivas amenizan aquel paraje y olvidan del tráfigo cortesano. ¿Qué extraño que los restauradores de este alcázar alabasen tanto la soledad campestre? Mas ¿por qué estremar la afición hasta el punto de ver en la humana sociedad un mortal enemigo, reputándola contraria á la vida? Tal vez lo explique la siguiente anécdota.

Favorito del último Enrique D. Diego Lopez Pacheco, hijo del maestre D. Juan, acérrimo partidario de la Beltraneja, y por ello harto abajado y pobre, habiendo sido el mayor señor que hubo en Castilla; valeroso campeón en la guerra de Granada, en cuyas escaramuzas quedó manco y donde por su arrojo, saber y prudencia cautivó la voluntad de los católicos monarcas Fernando é Isabel, creyó restaurada su casa y poderío, al emparentar con la real, uniéndose en matrimonio á la hija del Almirante D. Alonso Enriquez, prima carnal del soberano. Obtuvo sin embargo únicamente que se le pacificase en el señorío de Escalona, y el título, pero no la tierra del marquesado de Villena, porque para él ni para otro magnate, jamás quisieron aquellos príncipes enajenar de su corona ni tampoco una almena.

Muerta Isabel, y echando mano de la astucia, aguijoneó D. Diego la vanidosa impaciencia del primer Felipe, haciéndose lugar en su ánimo, y negociando la recuperación del territorio que tanto anhelaba. Un inesperado suceso desconcertó sus planes y malogró para siempre sus esperanzas.

1589. Se supone dada á 15 de setiembre sentencia declarando la libertad de Cadalso, por el franciscano Fr. Fernando de Illescas, confesor del rey, y un oidor del consejo y un alcalde de casa y corte. Este documento fué redarguido de nulo y falso.

1591. Los vecinos de Cadalso reclaman su libertad ante Enrique III.

1421. Obtuvieron provision de Juan II para que se les oyese en justicia y sin perjuicio se ejecutase la sentencia de 1589.

1455. A 25 de julio revoca D. Juan II cualquiera carta ó privilegio por el cual pretendiese Cadalso sustraerse del señorío y jurisdicción de Escalona, á fin de que aquella aldea no se yermase y des poblase. El sábado 15 de setiembre se ejecuta, dejando los alcalides las varas y entregándolas al ejecutor, que lo fué el señor Luis de la Cerdá.

1479. A 19 de mayo revocan los Reyes Católicos las cartas que habian dado á Cadalso para que fuese exenta de Escalona, cuando estaba rebelada por D. Diego Lopez Pacheco; y mandan quitar los alcalides, alguncil, pregonero, horca y cuchillo; y que se reduzca á depender esta de aquella poblacion como siempre.

1479. A 14 de junio espiden sobre carta los mismos reyes para el cumplimiento de la provision anterior á que se resistia Cadalso. D. Alonso de Aragón, hermano del Rey Católico la lleva á efecto, dándole el mismo las insignias de jurisdicción. En este documento se dice que el lugar de «Cadalso es el mas principal é la mejor tierra é mas frutifera, é de que mas se provee é bastece la dicha villa de Escalona, la cual se des poblaria si se eximiese de ella este lugar.

1526. Pone demanda Cadalso ante el Emperador, que estaba en Granada, pretendiendo ser libre y suyas y de su término las aldeas de Majadillas, Navahendilla, Navas de Alhama, los Tolecanos, Berrocalejo, Escaravajosa, las Rozas y Cenicientos, con ciertos montes y castañares.

1528. Escalona fué absuelta de la demanda.

1559. Celebran sobre sus litigios transaccion Cadalso y Escalona, y la real Audiencia libra carta ejecutoria confirmandola.

1560. Cadalso vuelve al pleito.

1567. Sentencia de revista á favor de este pueblo, de que suplicó Escalona con las mil y quinientas.

1600. Se imprime en Valladolid una *Informacion en derecho por el marqués de Villena y su villa de Escalona, contra el lugar de Cadalso*.

Vivia la marquesa Doña Juana en Toledo, haciéndole palacio diariamente muchos caballeros principales, y entre ellos un jurado de la ciudad, viejo verde y casquivano, de blanca barba, pero de rubia cabellera (que así se llamaban entonces las pelucas), de no buena disposicion, aunque de grande osadía. Llamábase Diego Terrin. Como hallase una tarde sin testigos á Doña Juana solazándose en sus jardines, tuvo atrevimiento para decirle palabras ni honestas ni decentes, que la hicieron retraer á una habitacion próxima, y en su alboroto gritar á los criados que matasen aquel loco. Púsole por obra con villana alevosia el mayordomo Vasco de Sayavedra á la mañana siguiente, sacando engañado de su casa á Terrin, y dándole muerte á palos con ayuda de otros tres mozos delante del hospital de San Pedro. Sintió el rey, se encomendó la pesquisa al doctor Cornejo, y ahorcados los asesinos, por aquello de *á fucia del conde no males al hombre*, se impuso destierro perpétuo de la ciudad á la marquesa. No hubo remision del castigo, y toda solicitud fué en vano.

Compartió D. Diego voluntariamente con su muger la pena, y perdida la esperanza de volver al antiguo poderío, después de infinitos desengaños, consagróse á pagar sus deudas, á satisfacer agravios, y á disponer como cuerdo la salvacion de su alma. Sin compromisos de empeñarse en gastos escandalosos, licenciada su gente de guerra, atento al gobierno de su estado, á la ereccion y acrecentamiento de iglesias y monasterios, y al cultivo de la tierra, esta le colmó de riquezas y creció su señorío, ayudando á ello la mina de los alumbres en Murcia de que juntamente era dueño con el marqués de los Vélez (1).

Yacen D. Diego y Doña Juana en la iglesia de la Concepcion de Escalona, obra suya, en el suelo delante del altar mayor. Los timbres de los Enriquez y Pachecos resaltan entre esquisitas labores en dos lápidas de blanco mármol que cubren la sepultura. Allí no se leen sus nombres: era supérfluo. Repitese únicamente muchas veces el mote y divisa que les valió el título de *avisados españoles*, y dice: *Viva la fama y muera la vida*.

Un convento de Franciscanos erigieron junto á su alcázar de Cadalso, y apenas hoy parecen los vestigios. Acaso tambien estaba reservada una próxima ruina al palacio mismo, si no acudiera á remediarla prontamente el actual duque de Frias, cuyo amor á las artes, instruccion y buen gusto son peregrinos en sus floridos años, bien que todo lo facilita la claridad de su ingenio. El entendido pintor Llop no anda por aquí ocioso, y pronto volverá á ser este paraje, dulce y bien acondicionado asilo en los rigores del verano. Salud etc.

AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA y ORBE.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

### RECUERDOS HISTÓRICOS (2).

## LA CORTE EN MADRID.

### TERCERA AMPLIACION

Tales como quedan descritos en los artículos anteriores eran los límites de la villa de Madrid á principios del siglo XVI, y segun el testimonio del apreciable historiador de Indias, *Gonzalo Fernandez de Oviedo*, natural de ella, y que se ocupó mucho en su descripcion, la poblacion de esta villa por entonces no pasaba de tres mil vecinos, si bien crecia ó se aumentaba tan rápidamente como lo espresa el mismo escritor en estos términos (3). «En el tiempo en que yo salí de aquella villa para venir á las Indias, que fué en el año de 1513, era la vecindad de Madrid de tres mil vecinos, et otros tantos los de su jurisdiccion et tierra; et cuando el año que pasó de 1546 volví á aquella villa por procurador de la ciudad de Santo Domingo et de esta isla española... en solo aquella villa et sus arrabales habia doblada, ó cuasi la mitad mas vecinos et serian seis mil, poco mas ó menos, á causa de las libertades et franquicias et favores que el emperador rei Don Carlos nuestro señor le ha fecho.»

Efectivamente, consta ya que algunos años después de la época en que escribía Oviedo, y antes que el monarca Felipe II determinase fijar en Madrid la corte, encerraba ya esta villa una poblacion de veinticinco á treinta mil habitantes, y un caserio de mas de dos mil

(1) Para estos pormenores me he valido de un preciosísimo códice manuscrito que poseo: titúlase *Noticia de algunas casas de los señores grandes de España, su origen, enlaces, sucesiones, adquisiciones de estados y hechos principales de sus vidas*. Ignoro el autor, aunque no que terminó su obra en el año de 1547.

(2) Véanse los números anteriores.

(3) *Las Quincuagenas de los generosos y no menos famosos reyes, príncipes, duques, marqueses, condes, nobles é caballeros é personas notables de España*. MSS. Biblioteca Nacional.



quinientos edificios, que era el comprendido en los límites que quedan descritos. Este rápido progreso que venia indicándose y desenvolviéndose durante todo el siglo XV por la especial predilección que había merecido Madrid á los monarcas anteriores, especialmente á D. Juan II y D. Enrique IV, que residieron casi constantemente en ella; á la católica reina Doña Isabel, que casi puede asegurarse que nació en la misma (4); y últimamente, al poderoso emperador D. Carlos que la había tomado notable afecto por haber recuperado en ella su perdida salud, era todavía nada comparativamente con el que hubo de recibir en el mero hecho de ser escogida por su hijo y sucesor Felipe II para Corte y capital de la monarquía.

Este acontecimiento histórico, aunque sin declaración previa y solemne que precise absolutamente su fecha, debió tener lugar, según se infiere de varios documentos que obran en el archivo de esta villa, en el año de 1560, trasladándose á Madrid el sello real, los tribunales y régia servidumbre desde Toledo donde á la sazón se hallaba la corte.

Medida tan importante y trascendental, adoptada por el hijo del César Carlos V á los pocos años de haber empuñado, por abdicación de su padre, el cetro mas importante del orbe, ha sido agriamente censurada por muchos escritores, juzgada *á posteriori* por nuestros contemporáneos, y como que parece que ha caído en gracia la calificación de *desacierto*, atribuida con este motivo á Felipe.

Se ha dicho y repetido hasta la saciedad, aunque harto ligeramente, que la villa de Madrid era un pueblo mezquino, sin importancia política y sin historia, situado en el interior, y el mas lejano de las costas de un reino peninsular; en un territorio pobre y desnudo, careciendo de un rio caudaloso y de otras condiciones naturales, así como tambien de los grandes monumentos del arte que elevan en el concepto público á las ciudades y las imprimen el sello de majestad y poderio. Y procediendo luego por comparacion, se han encarecido hasta lo sumo las ventajas que en todos estos conceptos llevan á Madrid varias capitales de provincia que pudieron obtener la preferencia para el establecimiento de la corte en ellas.

Sin negar absolutamente todas las razones que en este sentido se vienen alegando en agravio de la corte Madrileña, pero remontándonos para proceder con la debida imparcialidad á la época en que recibió aquella augusta investidura, no podremos menos de presentar otras muchas políticas y de conveniencia que las contradicen, y pudieron y debieron influir poderosamente en el ánimo de Felipe II, como venian ya influyendo en el del gran cardenal Cisneros y del emperador Carlos V, para dar á la villa de Madrid la preferencia en tan solemne eleccion.

La reunion bajo un solo cetro de los diversos reinos que compusieron la Monarquía española, no llegó, como es sabido, á verificarse hasta los fines del siglo XV y en las augustas manos de los esclarecidos Reyes Católicos Doña Isabel y D. Fernando. Hasta entonces no pudo ni debió haber naturalmente Capital del reino, y los diversos monarcas tuvieron la suya respectiva en el punto mas conveniente de sus estados; en Leon, en Burgos, en Sevilla, en Barcelona, en Zaragoza, etc.; pero operada la reunion definitiva de las coronas de Castilla y Aragon, y la toma de Granada y espulsion total de los sarracenos, los Reyes Católicos, después que hubieron terminado su alta empresa y las continuas guerras que les obligaban á la constante variación de la corte, debieron sentir la necesidad de fijarla definitivamente en un punto céntrico, importante y autorizado; pero fluctuaron al parecer indecisos entre Valladolid, Toledo y Madrid; las dos primeras tenían en su favor los recuerdos de su historia como cortes de Castilla, ventaja inapreciable á los ojos de la reina Doña Isabel; la última, además de su situacion mas central, ofrecia en su misma novedad mayor simpatía á los ojos del rey de Aragon.—La misma reina Isabel, que si no había nacido en ella como ya dijimos mas arriba, la manifestó por lo menos en todos tiempos singular predilección, solia decir hablando de sus moradores, que «el oficial y cortesano de Madrid y oficios mecánicos, vivian como hombres de bien, que se podian comparar á los escuderos honrados y virtuosos de otras ciudades y villas; y los escuderos y ciudadanos (decia) eran semejantes á honrados caballeros de los pueblos principales de España, y los caballeros y nobles de Madrid á los señores y grandes de Castilla.»—Posteriormente el gran

político y cardenal regente del reino, Jimenez de Cisneros (aunque arzobispo de Toledo) debió igualmente participar de esta opinion ventajosa hacia el pueblo madrileño, y acerca de la conveniencia de establecer en él la nueva Corte, que llevaba á las demás la ventaja de no representar el exclusivismo de ninguna de las otras anteriores, parciales y muchas veces antagonistas entre si; y Carlos V, en fin, á todas estas consideraciones políticas hubo de añadir en la balanza la especialísima del hermoso clima de Madrid que le hizo recuperar la perdida salud.

Pero ni durante su reinado ni el de sus antecesores pudieron permitir las continuas guerras el solaz suficiente para realizar aquel gran pensamiento que parecia ya dominante y oportuno; y la corte oficial de Toledo luchó todavía con las de Valladolid y Madrid.—Subió al fin al trono Felipe II, y en pacífica y omnimoda posesion del reino, fué naturalmente el llamado á realizar aquel político pensamiento, y debe suponerse en su alta penetracion que lo meditó detenidamente y bajo todos sus aspectos antes de resolverlo en pro de Madrid.

¿Cuáles fueron, ó pudieron ser estas consideraciones que hoy se afecta desconocer, y que llegaron entonces á pesar tanto en el ánimo de aquel gran rey?—A nuestro entender la primera fué la política ya indicada, de crear una Capital nueva, única y general á todo el reino, ajena á las tradiciones, simpatías ó antipatías históricas de las anteriores, y que pudiera ser igualmente aceptable á castellanos y aragoneses, andaluces y gallegos, catalanes y vascongados, extremeños y valencianos. Un pueblo que aunque con suficiente vida é historia propia (y por cierto bien honrosa y noble) pudiera absorber y fundir en su seno todos aquellos distintos provincialismos, identificarse y representar simultáneamente aquellas diversas poblaciones, y ser en fin la *patria comun*, la expresion y el compendio de las varias condiciones de los habitantes del reino.—Estos, de los cuales unos habían respetado como cabeza á los mismos pueblos que los otros habían combatido ó conquistado, necesitaban, pues, un centro mútuo y sin antecedentes de antagonismo ó parcialidad, en que venir á confundirse bajo el título comun de *Españoles*; y esta cualidad, que ni las antiguas cortes de Castilla, de Leon, de Aragon ó de Navarra podian disputarla, fué sin duda alguna la que hizo aceptable para todos á la nueva Corte de la *Monarquía Española*, Corte de un reino nuevo tambien.

En situacion central y equidistante de los diversos límites de la península, tambien Madrid llevaba á todas la preferencia, circunstancia por cierto muy ventajosa y propia para la gobernacion y dominio de tan apartadas provincias y encontradas nacionalidades. La corte de Toledo ó de Valladolid no podia nunca dominar políticamente á la de Barcelona ó Zaragoza: la de Sevilla no era posible tuviese el prestigio suficiente, ni estaba en posicion material para regir á Castilla y Aragon.—Por último, los que, muy ligeramente á nuestro entender, han censurado en Felipe II el no haber elegido á Lisboa para capital de la península, no reflexionan: primero, que cuando colocó la corte en Madrid no poseia ni poseyó todavía en muchos años á Portugal; y segundo, que cuando en 1580 hubo heredado y conquistado aquel reino, no hubiera sido la medida mas altamente impolitica la de desnaturalizar su capital y trasladarla al pueblo conquistado, al confin de la península; medida que cuando menos hubiera dado entonces por resultado la nueva separacion de la coronilla aragonesa, ó que el curso del Ebro marcara, como ahora los Pirineos, el límite del territorio español.

Ciertamente que aquella gran ciudad (Lisboa) y la de Sevilla brindaban ventajas naturales muy espléndidas y superiores á las de Madrid; pero ya quedan indicadas las políticas razones á que debieron naturalmente ceder. En cuanto á Valladolid, Burgos y Toledo, además de esta desventaja para entrar en la lucha, no podian tampoco ostentar mejores condiciones naturales de centralidad, clima y fertilidad de su término.

A la verdad que al tender la vista por la árida campiña que rodea á Madrid, se creeria con dificultad que estas mismas lomas, áridas hoy y descarnadas, fueron en otro tiempo célebres por su feracidad y hermosura. Sin embargo, los testimonios que de ello tenemos son irrecusables. Testigos de vista, los mas imparciales, nos han transmitido la descripción de sus frondosos bosques, montes poblados y abundantes pastos. El agua, este manantial de vida, abundante entonces y espontáneo en esta region, ofrecia su alimento á la inmensidad de árboles que la poblaban, y que describe el *Libro de montería* del rey Don Alonso XI; y este arbolado, esta abundancia de aguas, hacian el clima de Madrid tan templado y apacible como le pintan Marineo Siculo, Fernandez de Oviedo y otros célebres escritores (1).

(4) Esta opinion está autorizada por la carta que inserta Colmenares del rey D. Juan el II á la ciudad de Segovia, su fecha en Madrid á 25 de abril de 1454, en que la da parte del alumbramiento de la reina su esposa, en estos términos: «Fagovos saber que por la gracia de Nuestro Señor, este jueves próximo pasado, la reina Doña Isabel, mi muy cara é muy amada muger encendió de una infanta.»—Se sabe que por entonces la corte estaba en Madrid, y no hay motivo para creer que tan próximo al parto (que era el primero) estuviese la reina en Madrigal, donde Marineo Siculo primero, y Garibay, Mariana y Florez después, afirman que nació la infanta Doña Isabel; se sabe tambien que el 25 de abril fue viernes, y por consecuencia el jueves próximo pasado es el 22; y por último se infiere del silencio de dicha carta acerca del sitio del parto, que naturalmente debía entenderse haberse verificado en el mismo en donde estaba fchada aquella. Este mismo silencio guardaron los historiadores Poligar, Nebrija y Perez de Guzman, y es el que ha dado motivo justo para que Colmenares, Mendez Silva, Pincelo, Ortiz de Zúñiga, Puente, Biena y otros hayan sostenido el nacimiento de Isabel en Madrid.

(1) He aquí los términos en que el citado Gonzalo Fernandez de Oviedo habla de Madrid en los primeros años del siglo XVI:—«En muchas partes de esta villa el agua está cerca de la superficie de la tierra, é muy someros los pozos, tanto, que con el brazo, sin cuerda, puedan tomar el agua en ellos: dentro de la poblacion é de afuera, cerca de los muros hay fuentes naturales, é algunas de ellas de muy singular agua para el mantenimiento é continuo servicio de los vecinos é todo el pueblo, de más de los pilares grandes, é comunes albercas, é caños, é abrevaderos para dar



Pero el establecimiento de la corte, que debía ser para esta comarca la señal de una nueva vida, solo fué de destrucción y estrago. Sus árboles, arrasados por el hacha destructora, pasaron á formar los inmensos palacios y caserío de la corte y servir á sus necesidades. Desterrada la humedad que atraían con sus frondosas copas para filtrarla después en la tierra, dejaron ejercer su influjo á los rayos de un sol abrasador, que secando mas y mas aquellas fuentes perennes, convirtieron en desnudos arenales las que antes eran fértiles campiñas. De aquí la falta de aguas en Madrid; de aquí la miseria y triste aspecto de su comarca, y de aquí finalmente el destemple de su clima; porque no encontrando contrapeso ni temperante los rayos del sol canicular ni los mortales vientos del Norte, alteraron las estaciones y aumentaron el rigor de ellas haciendo raros entre nosotros los templados dias de primavera.—Pero esto mismo hubiera sucedido, y por iguales causas á Valladolid y Toledo, sin tener para compensar aquellos contratiempos el alegre cielo, el aire trasparente y saludable de Madrid.—Valladolid, aunque convenientemente situada en una estensa llanura y en medio de fértiles campiñas, es por demás nebulosa y enfermiza; y el satírico Quevedo la definió en estos versos:

«Vienes á pedirme raso  
en Valladolid la bella  
donde hasta el cielo no alcanza  
un vestido de esa tela.»

En cuanto á la *piramidal* Toledo, en cuyas estrechas, costaneras y laberínticas calles no hemos podido nunca comprender cómo cabía la corte de Carlos V, la aplicaremos los versos del mismo gran poeta.

«Vi una ciudad de puntillas  
y fabricada en un huso,  
que si en ella bajo, ruedo;  
y trepo en ella si subo.»

La gran falta natural de Madrid para su futuro desarrollo como ciudad populosa y corte de tan importante monarquía, era la de un río caudaloso que surtiendo á las necesidades de un crecido vecindario sirviese tambien para fertilizar y hermoear su término y campiña. Esta falta grave, representada en la exigüidad del modesto Manzanares, ha dado tambien motivo á las continuas burlas y chanzonetas de los poetas satíricos, del mismo Quevedo, de Góngora, de Tirso de Molina y otros, de quepodría formarse una abultada coleccion.—Pero es preciso tener en cuenta que la mayor parte de nuestras ciudades importantes del interior se hallan en el mismo caso; que nuestros ríos, tan celebrados de los poetas por sus arenas de oro y sus ondas transparentes, no son ningunos Tamesis, Senas ó Danubios caudalosos, navegables y conductores de salud, de civilización y bienandanza; por lo cual vemos que aun en los pueblos fundados en sus inmediaciones huyeron de albergarlos ó darles paso dentro de su recinto, como lo estan los que bañan las primeras ciudades de Francia, Inglaterra, Alemania etc., y aun así se vieron espuestos á las súbitas inundaciones invernales, ó á la maligna influencia de sus sequedades del estío.—El padre Tajo que circunda á la imperial Toledo, aunque tambien á

«agua á los caballos é mulas, é otras bestias, é ganados del servicio cotidiano del pueblo y en abundancia. Así que con razon se movieron á decir los antiguos que aquella villa está armada sobre agua, ó fundada sobre agua, porque tiene tanta que dentro del ámbito del muro se riegan muchas huertas, é con la que sobra é sale fuera de la circunferencia se riegan otras muchas huertas y heredades y alcañares en los tiempos convenientes y en grande abundancia, é fuera de lo poblado se encuentra con poca industria é trabajo...»

Y en otra parte dice lo siguiente:

«La region de Madrid es muy templada y de buenos aires, é limpios cielos, é las aguas muy buenas, el pan é el vino muy singulares de su propia cosecha, é en especial lo tinto es muy famoso é otros vinos blancos é tintos muy buenos, é muchas é muy buenas carnes de todas suertes, é mucha salvagina é caza, é montería de puercos, é ciervos, é gamos, é corzos, é muchos é muy buenos conejos, é liebres, é perdices, é diferentes aves, é toros los mas bravos de España de la ribera del río Jarama á dos leguas de Madrid, é muchos caballos é mulas, é todas las otras animalias, é bestias, que son muchas, para el servicio de casa é de la agricultura; é demás del pan que se dijo de su cosecha, se trae de la comarca muy hermoso é blanco candeal; é en grande abundancia muchas legumbres de todas suertes, mucha y muy buena hortaliza de todas maneras, diversas frutas verdes y secas, de invierno y de verano, segun los tiempos. El queso de Madrid é de su tierra es muy excelente, é del mismo pasto que el de la villa de Pinto, que es el mejor queso de España, é tal que no se puede decir mejor el Parmesano de Italia, ni el de Mallorca, ni los Cascaballos de Sicilia, é á todos hace ventaja; porque no es menos bueno si lo haces asado que de otra manera. Finalmente, todo lo que es menester para alimentar la vida humana lo tiene aquella villa, excepto pescado fresco de la mar, porque como es el mas apartado pueblo de ella en España, no alcanza pescado fresco que de ella venga, excepto besugos en invierno por la diligencia de las recuas que los traen cuando es el tiempo dellos, pocos dias antes y después de Navidad, é es uno de los mejores pescados é mas sabrosos del mundo, puesto que dura pocos dias. Tambien llegan congrios frescos é de los otros salados vienen muchos é muy buenos, así congrios, atunes, pulpos, é pescadas frescas é sardinas, é de otros; é vienen muchas truchas, é salmones é muchas anguilas, é lampreas, é barbos, é otros pescados de ríos; é de Andalucía se traen muchos de escabeches lenguados, é accedias, é hostias, é sábalos salados, etc.»

respetuosa distancia, solo empieza á ser verdaderamente río cuando corre por territorio portugués. Lo mismo el Duero y el Guadiana; el Ebro y el Guadalquivir son los que mas se acercan entre nosotros á aquellas condiciones civilizadoras; pero ya á las estremidades de su curso en los confines de la península.

No se ocultó sin embargo esta falta al ilustrado Felipe II; y sabido es de todos el proyecto que formó, y que entonces se creyó realizable, de traer el Jarama á Madrid, incorporándolo al Manzanares. Este último tambien por entonces debía ser bastante mas caudaloso, ó correr menos oculto en la arena, pues tenemos la relacion del viaje que Antonelli hizo desde Lisboa por el Tajo y el Jarama, y continuó luego por el Manzanares hasta el Pardo.—Posteriormente, y segun fué haciéndose sentir mas y mas la necesidad, se renovaron otros proyectos análogos, y á fines del siglo XVII se ideó la canalización hasta Vacía-Madrid, y luego con el auxilio del Jarama hasta Toledo; proyecto que no fué admitido por la Reina Gobernadora Doña Mariana de Austria, hasta que en el reinado de Carlos III se construyó por espacio de dos leguas el que hoy existe, aunque por cierto con bien escasos resultados.

Pero á falta del río se acudió al medio de adquirir las aguas potables por filtración en unas minas subterráneas que se estienden á cierta distancia, y recogen las que derraman las sierras inmediatas. Estos viajes, alguno de los cuales ya existía anteriormente, y otros, como los grandes y copiosos de Amaniel y Abroñigal, se descubrieron y formaron en el reinado de Felipe III, bastaron, aunque no abundantemente, para surtir las primeras necesidades de la población; hasta que creciendo ésta, y aumentándose y multiplicándose aquellas de un modo extraordinario en el presente siglo, ha sido necesario emprender la obra gigantesca del canal de Lozoya, que cambiará dentro de pocos años las condiciones materiales de Madrid.

Esta hermosa población situada bajo un cielo limpio y sereno, disfrutando una atmósfera trasparente, un dilatado y hermosísimo horizonte, rara vez turbado por las tormentas, exento de miasmas pestilentes, ajeno á las epidemias, inundaciones, terremotos y otros azotes tan frecuentes en poblaciones de su importancia; rodeada al Norte por las sierras carpetanas, los bosques del Pardo y la maravilla del Escorial, al Sur por los vergeles de Aranjuez, al Levante por las llanuras del Henares, y las pintorescas campiñas de la Alcarria, y al Poniente por los fértiles campos de Talavera; centro de todos los caminos que cruzan el reino en todas direcciones; surtida por esta razon en su abundoso mercado de todas las producciones mas ricas y preciadas de nuestro territorio, y ciudad neutral, comun y sin fisonomía especial de esta ó aquella provincia, de esta ó aquella historia, la villa de Madrid, digan lo que quieran los escritores antagonistas, justificó desde luego la preferencia que la diera el gran político Felipe II al elevarla al rango de corte de la monarquía; y cuando algunos años después, en 1601, y por un capricho imotivado del joven rey Felipe III, trasladó su corte á Valladolid, muy pronto las ventajas políticas y naturales de Madrid sobre aquella se hicieron tan sensibles y universalmente reconocidas, que á los cinco años (en 1606) volvió á ser trasladada definitivamente á esta villa (1).

En cuanto á la injusta calificación de pueblo *sin historia propia ni importancia política*, repetida contra Madrid por los modernos escritores, con no menos ligereza, aunque en sentido inverso de la que guió á los del siglo XVII para remontar su origen á los tiempos fabulosos y hacerle figurar en los anales griegos y romanos, no puede menos de rechazarse con energía, y obligar á reconocer con la historia en la mano á los que pretenden negarla, que cuando la villa de Madrid aparece en ella á principios del siglo X y en poder de los sarracenos, era ya una población importante y fortificada que suponía algunos siglos de existencia anterior.—Que su conquista en el siglo XI fué una de las grandes empresas del rey D. Alfonso VI de Castilla, y que el mismo monarca la amplió y fortificó mas y la dotó de fueros que renovaron después sus sucesores, y en cuyo contenido se echa de ver la importancia que ya tenía esta población.—Hallará tambien que el pendon del Concejo de Madrid figuró ya airosamente en la famosa batalla de las Navas de Tolosa á las órdenes del señor de Vizcaya

(1) Por este tiempo, y antes de verificarse el regreso de la corte á Madrid, escribió Lope de Vega (aunque no llegó á imprimirse) su tratado á que tituló *Razon de corte*.—El manuscrito original, todo de letra del mismo autor y con su firma al pie, que existe en la Biblioteca Nacional, es un códice de unas sesenta fojas en folio. En él pretende su autor demostrar la conveniencia de que Madrid fuese siempre la Corte de España, dividiendo para ello su asunto en seis puntos, á saber:—1.º Si conviene que haya una ciudad capital del Reino;—2.º Si conviene que la corte sea fija;—3.º Qué circunstancias se requieren para ello;—4.º Cuáles son las que tienen las diversas ciudades de España;—5.º ¿Cuáles Madrid?—y 6.º y último: De qué modo se pueden suplir las que le faltan.—Es un escrito sumamente curioso, donde á vueltas de la indigesta erudición y del estilo pesado tan frecuente en los escritores de aquellos tiempos, se leen observaciones muy importantes, y se defiende con maestría el propósito del discurso.

Este Lope de Vega, segun D. Nicolás Antonio, fué segoviano y estuvo avencinado en Hortaliza cerca de Madrid. Publicó en 1648 un libro titulado, *Gobierno político de agricultura*; y dejó manuscritos, además del *Tratado de Corte*, otros titulados *Juicio de las leyes civiles*, y *Apología del P. Mariana contra su contradictor*,



D. Lope de Haro, y algunos años después asistió en el cerco de Sevilla á las del Santo rey D. Fernando III.—Que todos los monarcas de los siglos XII y XIII residieron frecuentemente en nuestra villa, tuvieron en ella su corte, y celebraron grandes juntas y actos solemnes, hasta que á principios del XIV (en 1309) D. Fernando el IV congregó en ella por primera vez las Cortes del reino.—Que en la guerra civil entre D. Pedro y D. Enrique se señaló particularmente Madrid en defensa del legítimo rey.—Que en esta villa empezó su reinado D. Enrique III, y tuvieron principio las largas turbulencias que señalaron su minoría, hasta que declarado mayor de edad á los once años, tomó las riendas del gobierno, y habiendo cobrado afición á este pueblo, residió en él casi siempre, renovó su alcázar, y recibió á los embajadores extranjeros, enviando por su parte al gran conquistador Timur Lenk al madrileño Rui Gonzalez de Clavijo su camarero.—Que también su hijo D. Juan II hizo su residencia ordinaria en esta villa y recibió de Madrid especial apoyo en las revueltas de su reinado; así como D. Enrique IV en las promovidas contra él por su hermano D. Alfonso.—Que en esta villa nació y fué jurada en Cortes princesa de Asturias la desgraciada Doña Juana llamada *la Beltraneja*, cuya sucesión defendió á la muerte del rey D. Enrique.—Que los Reyes Católicos residieron también en muchas ocasiones en esta villa, y así como todos sus antecesores reunieron en ella las Cortes del reino; y que en las celebradas en 1309 en la iglesia de San Gerónimo después de la muerte de la reina Doña Isabel, el rey Católico juró gobernar como administrador de su hija Doña Juana y como tutor de su nieto D. Carlos.—Qué á la muerte de aquel, los gobernadores del reino, cardenal Cisneros y dean de Lobaina, trasladaron á Madrid su residencia, y que desde ella gobernaron hasta la venida del Emperador.—Que también esta villa abrazó ardientemente la causa de las comunidades, y sostuvo contra las huestes de aquel una porfiada resistencia; pero venido luego á esta villa y curándose en ella de unas pertinaces cuartanas que padecía, la cobró decidida afición, la colmó de mercedes y privilegios, residió frecuentemente en ella dándola de hecho el carácter de corte de su imperio poderoso; reedificó su alcázar convirtiéndole en magnífico palacio real, y á él hizo conducir al augusto prisionero de Pavia; y por último añadió á sus preciados timbres de *muy leal* y *muy noble* los altos y significativos de *villa imperial* y *coronada*.

Véase, pues, si un pueblo que durante cuatro siglos y medio venía figurando tan dignamente en la historia nacional, venía sirviendo de residencia y de corte á los monarcas, de lugar de reunión á las Cortes del reino, de apoyo y defensa á los grandes intereses del estado, era un pueblo sin historia ni antecedentes, insignificante ó nulo, como se ha dicho por algunos escritores.

En cuanto á la historia de esta villa en los tres siglos siguientes, puede decirse que es la historia del país; la parte tan principal que le ha cabido en ella, hace palidecer la suya propia en los siglos anteriores, y la *Corte de la monarquía española* oscurece las glorias de las antiguas cortes de Castilla, de Leon, de Aragon y Barcelona.

MADRID, capital del imperio de aquel gran monarca D. Felipe II cuya voz obedecía la Europa entera; centro de su acción y poderío; disco refulgente de aquel sol español que alumbraba constantemente con sus rayos á los países mas remotos del orbe; capital donde residía el supremo gobierno, los consejos y tribunales de tan remotos países; de donde salían los grandes capitanes, los vireyes y gobernadores para descubrir otros, conquistar ó dominar en ellos; y adonde cargados de trofeos, de merecimientos y servicios regresaban un D. Juan de Austria, un Gonzalo de Córdoba, un duque de Alba, para poner á los pies del Monarca los trofeos de Lepanto, de San Quintín, de Italia, Flandes y Portugal, que aun cuelgan pendientes de las bóvedas del templo de Nuestra Señora de Atocha ó de los techos de la Real Armería.—La corte de Felipe III, que recibió en sus muros á los enviados del Sháh de Persia y del Gran Señor y otros remotos imperios, y bajo cuyo cetro vinieron á reunirse no solo los diez y ocho reinos de las Españas, sino también el Portugal, Nápoles, Sicilia, Paros de las Españas, sino también el Portugal, Nápoles, Sicilia, Parma, Plasencia, y el Milanesado en Italia; el Rosellón, el Bearnés y la Navarra, el Artois y el Francó Condado en Francia; las dos Flandes y los Países Bajos; en Africa casi todas las costas, Angola, Congo, Mozambique, Orán, Mozambique, Mostagan, Tánger, Túnez y La Goleta; además de las Islas africanas, Azores, Madera, Cayo-Verde, Malta, Baleares y Canarias; que tenía un imperio en el Asia en las costas del Malabar, Coromandel y la China, y derecho á los santos Lugares de Palestina; que poseyó también las ricas é inmensas Islas Filipina, Bisayas, Carolinas, Marianas y de Palao, de la Sonda, Fimor, Molucas, y otras innumerables del mar Pacifico, y extendió en fin su dominación como emperador de Méjico, del Perú y del Brasil á casi todo el continente de América ó Nuevo-Mundo, y á casi todas las islas del Océano; imperio colosal, que escedió á los antiguos orientales, á los de Alejandro, Roma, Carlomagno y Napoleon, como que contaba una población calculada en 600 millones de almas, y una extensión de territorio de 800,000 leguas cuadradas, ó sea la octava

parte del mundo conocido.—La caballerescas y poética corte de Felipe IV, emblemática en el sitio del *Buen-Retiro*, que vio lucir el bullicio y esplendor de las fiestas palacianas, de las justas y torneos caballerescos; que escuchó la musa de Lope de Vega y Calderon, de Tirso y de Moreto, de Solís y de Quevedo, á quienes habia visto nacer; la corte en que florecían además un Cervantes y un Mariana; un Velazquez y un Murillo, y en que toda via entre el ruido de los festines se dictaban cartas tan arrogantes como aquella en que se decía al general de las tropas de Flandes: «Marqués de Espinola, tomad á Breda».—La que después del tristísimo paréntesis del reinado de Carlos II *el de los hechizos*, tornó á recobrar su animación y su influencia, y dió tan altas pruebas de energía y de adhesión á la nueva dinastía en la persona de Felipe V, y durante la famosa guerra de sucesión; que vio nacer en su Alcázar Real al gran monarca Carlos III, que mas adelante habia de engrandecerla y decorarla; y que en este mismo siglo alcanzó á dar el *dos de mayo* de 1808 la sangrienta señal del mas noble y generoso alzamiento que señalan los fastos de nuestra nación por su independencia y libertad; el pueblo, en fin, que en sus fastos antiguos y modernos puede ostentar páginas tan brillantes, tan altos y nobles merecimientos, tiene en ellos su defensa mejor, su mas preciada ejecutoria.

Pero nos hemos apartado demasiado de nuestro propósito, y tratando del suceso que mas influencia tuvo en la prosperidad y fortuna de esta villa, no hemos podido menos de consignarle un lugar señalado en este recuerdo histórico; dispénsenos el lector si el amor patrio nos ha hecho tal vez abusar de su paciencia, y nos obliga á remitir á otro artículo el tratar de la *tercera ampliación* material de Madrid.

R. DE MESONERO ROMANOS.

## LA SILLA DEL MARQUÉS.

NOVELA ORIGINAL.

### PARTE SEGUNDA.

(Continuacion.)

Absorta la hermosa niña en estos dolorosos pensamientos, iba ya á desembocar en la plazoleta de árboles que rodea *La silla del marqués*, cuando se detuvo asaltada por una idea súbita. Mientras leyó el manuscrito, y durante el poco tiempo que después trascurrió, en su imaginación novelesca, y excitada por el sentido amor que acababa de revelársela, se creó un héroe singular, un tipo de belleza y distinción tan poético como la pasión que le habia inspirado aquellas tiernas memorias; pero de repente el recelo de hallarse con un hombre repugnante ó vulgar hizo la sentir cierta especie de disgusto, temiendo ver desvanecidos en un instante sus ensueños.

Atormentada por este último temor, adelantóse no obstante hacia *La silla del marqués*, y experimentó un desaliento indecible al ver que este sitio estaba solitario.

Eugenia entonces miró á todas partes, y convenciéndose de la soledad en que se hallaba, se sentó en el asiento de piedra, obra de su noble ascendiente, y comenzó á hojear el cuaderno de Mario, prestando sin embargo la mayor atención á los mas pequeños rumores, y pronta á alejarse de aquel sitio, si algun acontecimiento lo hacia necesario. Volvió pues á cebarse en aquella peligrosa lectura, volvió á derramar copiosas lágrimas, y volvió á renacer en su corazón un vehemente deseo de ver á aquel desgraciado, modelo de los verdaderos amantes y de los verdaderos poetas, si acaso entre unos y otros existe alguna diferencia; pero en vano; trascurrieron dos horas, que á la impaciente jóven se la figuraron dos siglos, y *La silla del marqués* continuó en la misma soledad.

Entonces pensó en aproximarse á la casa de Mario, que ella habia visto algunas veces desde lejos; pero temiendo alejarse demasiado, desechó esta idea y determinó volver á la quinta, levantándose ya para poner en práctica esta resolución, cuando un ruido como de pasos que oyó entre la maleza, la hizo permanecer inmóvil y llena de inquietud.

El rumor se oía cada vez mas cercano, y por último, la hermosa niña, trémula y agitada, deseando huir, mas sin fuerzas para hacerlo, vió aparecer una persona, que por su aspecto conoció era la que con tanto afán habia deseado conocer. Mario, pues él fué el que se presentó, acercóse lentamente, y mirando al suelo, distraído á *La silla del marqués*, cerca de la cual se hallaba Eugenia, y sin reparar en esta, se sentó allí, tomando en la mano el cuaderno que ella habia dejado sobre el asiento de piedra, y hojeándole sin dar muestra alguna de sorpresa. Mas luego miró de repente hacia todos lados, y viendo á la angustiada niña que le contemplaba con dolorosa curiosidad, y que al notar este movimiento comenzó á alejarse, levantóse Mario, y cor-



iendo hacia ella, que sobresaltada no acertó á dar un paso, la cogió suavemente del brazo, y mirándola con tristeza exclamó:

—¿Tú también, Marciana, tú también me dejas? ¿Qué te he hecho yo para que huyas de mí? ¿No te he amado siempre? ¿No he sido dócil á tus consejos? ¿En qué he podido disgustarte? ¿Por qué me abandonas precisamente hoy, en que he de revelarte un gran secreto? Pero no, prosiguió el desdichado joven con voz cada vez mas animada, tú eres buena, me quieres mucho, y vas á alegrarte de mi felicidad, pues aunque hoy estoy triste, no sé por qué, soy feliz, mi buena Marciana, ¡oh! muy feliz, y al pronunciar estas palabras, Mario sonreía, pero con una risa tan extraña, que hizo temblar á Eugenia.

—Mira, continuó aquel acercándose cada vez mas á la trémula joven, y hablándola casi al oído, no digas á nadie lo que ahora vas á saber; aun no es tiempo de descubrirlo, y además, ella me ha mandado que se lo oculte á todo el mundo; pero yo quiero decirte lo á ti porque tú me quieres mucho, me has cuidado cuando era niño, y me cantabas para que me durmiera pronto... ¡Oh! ya lo sabe ella; yo la hablo de tí continuamente, y me ha prometido que nunca te separarás de nosotros...

Eugenia, mas tranquila ya al comprender que aquel infeliz demente la desconocía, escuchaba profundamente afectada sus palabras, observándole entre tanto con la mayor atención. Aunque puesto con algun desaliño, en el traje de Mario se notaban restos de la mas perfecta elegancia: vestía un gaban de verano, á cuadros, y un chaleco y pantalon de la misma tela. Su corbata estaba anudada con cierto descuido de buen gusto: bajo sus anchas y deslustradas botas se adivinaba la pequeñez de sus piés; tenía en la mano un sombrero blanco de anchas alas; y aunque tan descuidadamente ataviado, estaba no obstante airoso y natural.

Mario no era lo que en lenguaje vulgar se llama guapo; nunca lo habia sido; pero sus negros cabellos, su frente de extraordinaria hermosura, donde se revelaba la inteligencia, aquellos ojos que aunque hundidos bajo sus finas cejas, expresaban tanto, y finalmente, el conjunto de su trigueño rostro era tan poético y tan noble, que no se echaba de menos la hermosura en aquella cabeza llena de admirable distinción.

Eugenia, prevenida ya en favor de aquel mártir de una pasión que ella habia inspirado, sintió redoblar su interés al observar todas estas ventajas personales, y viendo en el rostro del pobre demente la huella de la enfermedad que le devoraba, sus enflaquecidas mejillas, la vaguedad de su mirada, y las sombras de la muerte, impresas de antemano en su pálido semblante, experimentaba un dolor indecible, una compasión que iba en aumento al oír las sentidas palabras de Mario, refiriéndose á ella, y en las que se revelaba tanto respeto y tan vehemente pasión.

(Concluirá.)  
F. MORENO y GODINO.

## DE LA MUGER DEL PUEBLO ANDALUZ.

El que quiera saber los puntos que calza la virtud de las hembras del pueblo de Andalucía, que se atreva á tocarle á una de estas en el pelo de la ropa, y verá lo que es bueno. Pero antes, que disponga bien su conciencia y cumpla con los deberes de buen cristiano; pues si sale ileso de sus uñas, será un milagro de Dios digno de anotarse en la historia. Y no vaya á creerse por esto que las hijas de la tierra de *María Santísima* participan de la condicion terrible de las fieras que arrulla el Africa entre sus doradas arenas; al contrario, su indole especial es la dulzura; y no hay miel mas esquisita y sabrosa que la que se desprende de la bondad de su carácter, de la franqueza de su trato, y del cariño de sus palabras; tanto que el prójimo varon, bien haya nacido bajo el helado clima de la Siberia, bien bajo el sol ardiente del Mediodía, si llega á sentir tan melosa influencia, por mas declarado enemigo que sea del matrimonio, abraza al instante con fervor la santa coyunda.

Desgraciado del que llega á mirar á una andaluza sin vocacion para casado; porque se casa como tres y dos son cinco á despecho de su voluntad, después de haberle ella cazado con el iman de sus ojos, á la manera que se cazan los gorriones en el país con liga.

La muger del pueblo es en Andalucía el tipo mas lindo y gracioso, tanto en su organizacion física como en sus facultades morales. Generalmente es de una estatura proporcionada, ancha de hombros, estrecha de cintura, pié y mano pequeña, formas bellas y de buen desarrollo, pecho pronunciado, cuello redondo, facciones delicadas, cabeza regular, pelo negro, y tez morena y luciente. Sus ojos tambien generalmente son negros como el ala del cuervo, y derraman un fluido magnético al que es imposible resistirse. Yo puedo garantir esta verdad, porque mas de una vez me he visto atraído y dominado por ese

agente invisible y sutil, cuya fuerza se siente, pero no se calcula, y cuyo impulso potente nos electriza y arrastra á pesar nuestro. El corazón de estas mugeres es bondadoso, franco, noble, leal y tierno; pero si las contrarian violentamente sus instintos, puede llegar á ser malo; porque es demasiado susceptible, y esta clase de naturalezas pasan fácilmente de un extremo al otro. Su cabeza es de fuego, y se enciende con la misma facilidad que su corazón, siendo con frecuencia este el motivo de que mueran muchas abrasadas de amor en la hermosa primavera de su vida. Son joviales; decidoras, chistosas y de gran penetracion y malicia; desinteresadas en todas sus afecciones. Como esposa es constante, porque se casa solo por inclinacion; y como madre, cariñosa, tierna y apasionada hasta donde la pluma no puede llegar. Es trabajadora, aseada, celosa, y aun altiva y orgullosa de su fama. De nada se asusta, y habla sin rebozo de todas las cosas, sin que se ofenda por picantes que sean las alusiones que la dirijan; no hay cuidado que se haga cruces, ni se enfatue por la libertad y demasia del lenguaje. En no atentando á su honra, todo lo escucha y á todo responde con una gracia y una oportunidad inconcebibles. Sus dichos, sus comparaciones y sus agudezas estan llenas de gracia y de ingenio; y los que no son hijos del país, ó no las comprenden bien, ó no las saben apreciar. Voy á referir en comprobacion de esto uno de los chistes tan comunes en esta clase de mugeres. Estaba un soldado requiebrando en la feria á una buñolera y ofreciéndole ser su cara mitad de hecho y derecho si ella lo consentia, cuando la individua, cansada de oír al pretendiente á quien no habia visto siquiera, le dirigió una mirada escudriñadora, y observando que tenía la nariz dividida de una cuchillada, exclamó: *¡Jesús!... ¿Cómo quité osté que yo lo quiera si tiene esas narises como un romance?* El soldado, que no hubo de comprender la alusion, le dijo: *—¿En qué se parecen mis narices á un romance?* —Señó, replicó ella, *en que tienen primera y segunda parte.* No se puede dar agudeza mas oportuna, ni que mejor describa el ojo penetrador y la imaginacion fácil de la muger andaluza. Si fuéramos á copiar las infinitas originalidades de este género que hemos oido, nunca acabariamos. A pesar de tener muchos la idea de que los andaluces mienten á troche y moche, debemos decir en honor á la justicia, que quizás y sin quizás no hay otros mas verdaderos; porque el distintivo de su carácter es la franqueza. La causa que sostiene tan absurda opinion, es la de sus graciosas exageraciones, en las cuales, si bien se analizáran, descubre el mas miope al través de sus galas la verdad. La muger del pueblo, por consiguiente, no dice una mentira en tratándose de algun asunto formal, así le valiera una corona.

Hemos dicho que esta es desinteresada, y ahora repetimos que lo es tanto, que de aquí nace uno de sus primeros defectos. Cuando una andaluza tiene el bolsillo provisto, no hay nadie pobre para ella; porque derrama de su corazón generoso y noble la caridad, como la sal de su cuerpo. Rara, muy rara es la andaluza miserable ó económica. Los que quieran mugeres de esta especie, que no vayan jamás á buscarlas á Andalucía, porque difícilmente se encuentran: que se dirijan á Galicia, otra de nuestras provincias de España, de la que nos ocuparemos otro dia, y allí podrán satisfacer su deseo.

En resumen, la muger del pueblo andaluz es bella, graciosa, tierna, leal, franca, sincera, cariñosa, alegre, sagaz, benéfica, viva y pródiga en demasia. En mi juicio es el tipo más perfecto de la creacion, porque no admite sobre sí mas influencias que las de la misma naturaleza. Desconoce el arte y el interés, armas innobles que las sociedades debieran destruir para moralizar sus costumbres, y no vende, como las mugeres de otros países, materializadas por conveniencia y desprecupacion, ni su voluntad ni sus sentimientos. Una andaluza del pueblo no se compra con todo el oro que hay en California; pero se conquista con una palabra, una accion noble, ó una mirada entre dulce y altiva; de las que ellas dicen que *llegan en lo mas jondo*. Con buenas razones se hace de ella lo que se quiere; porque le gusta cuanto se halla en relacion con la flexibilidad de su carácter; pero en empleando la fuerza, en intentando dominarla por medios violentos, lo repetimos, es capaz de todo lo malo, y una vez resuelta, es una leona que nadie la contiene.

En el siguiente romance verán nuestros lectores descrito un suceso, imagen de otros muchos, que tienen lugar todos los dias dentro y fuera de Madrid, y en donde se pinta con fiel exactitud lo que es la muger andaluza cuando se atreve algun usía manilargo, de los muchos que hay por desgracia en el país, á faltarle al respeto.

Con paso lento y garboso,  
sentando apenas la planta,  
sutil como el pensamiento,  
ligero como las auras,  
con resuelto desenfadado,  
frente erguida y arrogancia,  
removiendo las caderas  
y columpiando la saya,



una mano en la cintura  
y la mantilla terciada,  
cruza la Puerta del Sol  
Paquilla la resalada,  
andaluza primorosa  
de mucho rumbo y de fama,  
derramando de su cuerpo  
á mares la sal y gracia,  
y eclipsando corazones  
y arrebatando miradas.  
Lleva en los ojos la muerte,  
en la boca la esperanza,  
en su sonrisa la gloria,  
la dicha dentro del alma,  
y con su hermoso dominio  
cuanto mira lo avasalla.  
Su corta y linda basquiña  
descubre una media blanca  
como la piel del armiño,  
como el algodón en rama,  
que viste un pulido pié  
y una pierna torneada  
capaz de incendiar la nieve  
por su forma, al contemplarla.  
Su talle esbelto y airoso,  
flexible como la palma,  
ondula y dulce se mece  
sobre sus caderas blandas.  
Sus labios de un coral fino,  
entreabiertos se dilatan,  
enseñando dos hileras  
de perlas anacaradas.  
Sus ojos centelleantes  
de niñas azabachadas,  
despiden rayos de fuego  
que los sentidos abrasan.  
Su nariz de perfil griego  
armoniza delicada  
con la prolija belleza  
de su encantadora cara.  
Su tez de blanco trigueño,  
como la seda resbala  
por su finura esquisita  
cual sucede á la africana,  
y su cabello de ébano  
que brilla como la plata,  
da á su rostro el esplendor  
de las hechiceras hadas.  
Toditos los que la miran  
con entusiasmo la alaban,  
y ella en pos de su hermosura  
miles de flores arrastra.  
Va en busca de su futuro,  
artesano de crianza,  
que dió á luz la gran Sevilla  
en el barrio de Triana;  
hombre honrado cual ninguno,  
de empuje y de buena traza,  
conocido por el nombre  
de Manolillo *manasas*,  
y oficial de carpintero  
que á fino nadie le iguala.  
Siguela un noble cortejo  
de adoradores, que claman  
por rendir ante sus piés  
cuanto su poder alcanza;  
pero ella ni se estima  
en tan poco, ni repara  
en la gentil comitiva  
que la encomia entusiasmada.  
De todos los que pretenden  
ser dueños de la *salada*,  
y enajenados tras ella  
la prodigan alabanzas,  
el mas tierno y atrevido  
es el marqués de la Algaida,  
jóven, bello y elegante,  
pero tonto por desgracia;  
de aquellos que se figuran  
que á su título y sus gracias

no hay bella que no se rinda  
y los adore fanática.  
Zumbándole va á la oreja  
como un abejon, y Paca  
de cuando en cuando le dice  
parándose y con cachaza:  
*Ea, no sea osté guason,*  
*que yo no quieo fantasmas.*  
Mas el jóven importuno  
no comprende estas palabras,  
y con nuevos chicleos  
vuelve impávido á la carga.  
La andaluza conociendo  
sus necias extravagancias,  
por último le desprecia,  
sigue su camino y calla.  
El marqués, que este silencio  
interpreta, ya proclama  
la conquista por segura  
dando á su fortuna gracias,  
y apasionado cogiendo  
la mano de la *salada*,  
intenta en su desvario  
violentamente besarla.  
Pero al punto que ella siente  
que la tocan ¡¡¡Virgen Santa!!!  
no con tan dura fiereza  
ni con violencia tan rápida  
acomete el toro herido  
al picador en la plaza,  
ni la leona destroza  
entre sus sañudas garras  
al tigre, que los cachorros  
de su cueva le arrebató,  
como embiste la andaluza  
al atrevido *fantasma*  
dejándole sin faldones,  
sin pechera ni corbata,  
con el rostro ensangrentado,  
que á la verdad daba lástima;  
y después de reducirle  
á esta situación amarga,  
calmándose de repente  
le dijo: *Don mala facha,*  
*aprenda osté en adelante*  
*á no tener nunca guasa,*  
*y sepe osté que en mi tierra*  
*las mosas é mi calaña,*  
*á los hombres atrevidos*  
*y que carecen de lacha*  
*como osté, siempre contestan*  
*cual Paca la resalada.*

El marqués, atacado tan bruscamente por una muger con honores de diablo, y cuando menos lo pensaba, no tuvo tiempo de ponerse en salvo, ni buscar una situación defensiva; así es que sufrió la lluvia de arañazos, bofetones y puntapiés que por vía de gratitud á sus caricias tuvo á bien descargar *La Paca* sobre su elegante humanidad, y se retiró á su casa mohino, desgredado, con medio bigote, medio frac, media camisa, medio sombrero y un tanto y medio de vergüenza, jurando solamente para sus adentros no volver á aproximarse ni á una legua de distancia á esta clase de mugeres, y asegurando que no hay virtud mas espresiva y justificada que la que le hizo conocer su necia y atrevida conducta con tan notable deterioro físico y moral de su individuo.

En la relación que hemos hecho, la verdad ha guiado nuestra pluma. El tipo de la muger del pueblo andaluz es el mismo que queda descrito; y el último rasgo que lo caracteriza, es la *altivez* y *fiereza* con que se pinta en el romance cuando se considera ofendida en su decoro.

A. DE BELMAR.

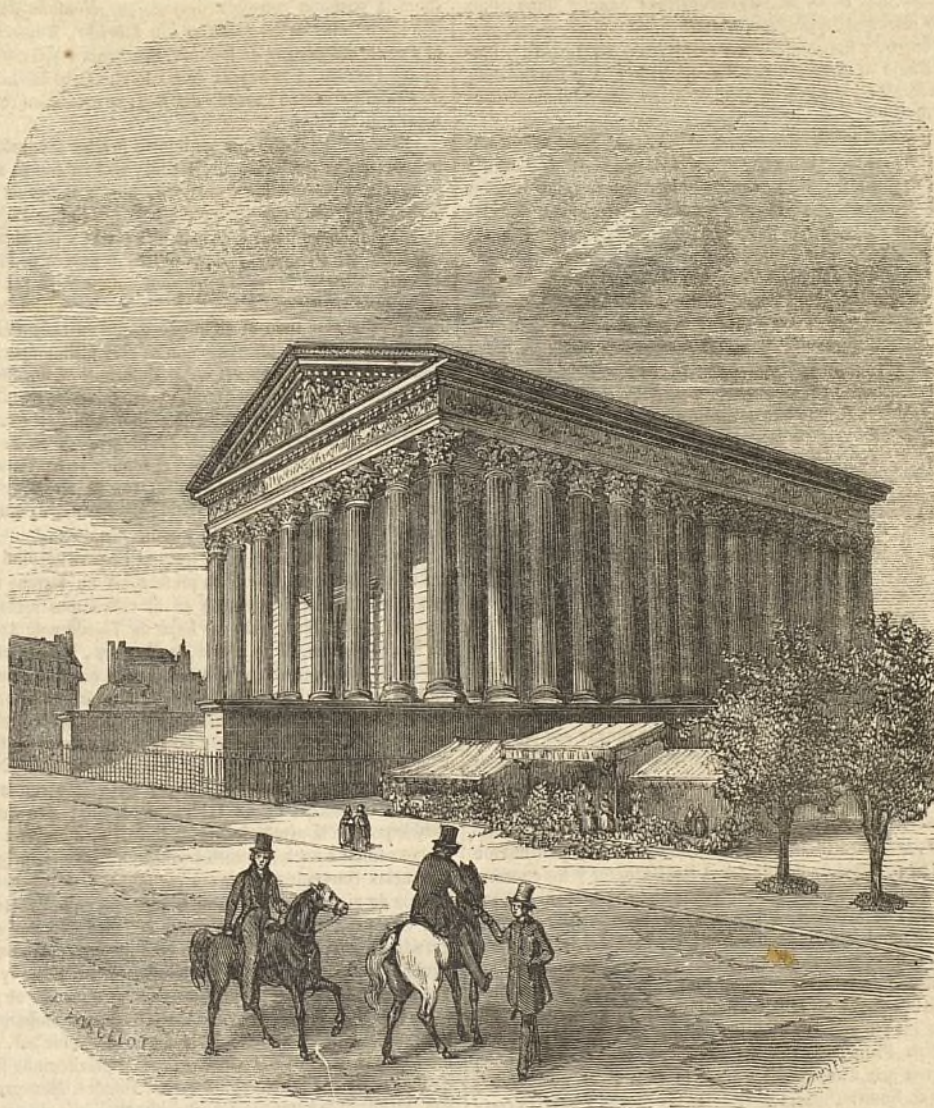
SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

*Mas vale ser cabeza de raton que cola de leon.*

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.





LA MAGDALENA

La iglesia de la Magdalena, que es un verdadero templo del gusto antiguo, es el cuarto edificio religioso construido sobre el sitio que hoy ocupa. El primero se remonta á principios del siglo XIII. En esta época existía ya en el mismo local una pequeña iglesia, que llevaba el nombre de la ciudad del Obispo, á causa de una granja que el obispo de París poseía entonces en aquel lugar. Hacia la conclusion del siglo XV la *ciudad del Obispo* era muy concurrida, y como cada día iba en aumento, fué indispensable aumentar su tamaño y construir una iglesia mas espaciosa y mas sólida: el rey Carlos VIII, atendiendo á esta necesidad, puso la primera piedra en 1487. Carlos IX estableció una hermandad de penitentes, á la que pertenecían él y su muger la reina Ana de Bretaña; mas la iglesia no llegó á ser parroquia hasta el año de 1659.

Veinte años después fué reemplazado por otro, poniendo la primera piedra Ana María Luisa de Orleans, y entonces recibió el nuevo templo el nombre de Iglesia de la Magdalena. Yendo aumentándose la poblacion, fué preciso erigir un templo mas espacioso y mas vasto aun, que es el que nos ocupa, y al que dió principio Luis XV en 1764, encargando los planos al arquitecto Constant; pero como murió en 1777 se encargó su continuacion al arquitecto Conture. Los acontecimientos de 1789 suspendieron los trabajos hasta el año de 1808, en que concibiendo Napoleon el proyecto de convertir este edificio en un *Templo de la Gloria*, le consagró al grande ejército.

Todo el edificio fué trasformado para recibir su estructura actual, que está modelado conforme á los diseños de Pedro Vignon. Por muerte de este arquitecto, sepultado bajo la puerta principal de dicha iglesia, le sucedió Mr. Fluvé, miembro del Instituto y de la Academia

de Bellas Artes. En 1815 los trabajos se paralizaron, hasta 1816 en que se volvieron á continuar por orden de Luis XVIII, destinando á la Magdalena á un monumento espiatorio en honor de Luis XVI y de María Antonieta. Los trabajos caminaron entonces con mucha lentitud, y cuando la revolucion de julio de 1850 todavía no estaban concluidos. En esta época el rey Luis Felipe quiso tener la gloria de concluir este edificio, como el palacio de Orlay y el arco triunfal de la Estrella.

Este vasto monumento, construido sobre el modelo de un templo romano, forma un paralelógramo de 100 metros de largo sobre 40 de ancho, elevándose sobre un basamento de 4 metros de altura, rodeado de 52 columnas acanaladas, de orden corintio, de 15 metros de altura, de 5 de circunferencia y de 2 metros y medio de diámetro. Estas columnas estan aisladas y son de mucha elegancia. El peristilo se forma una doble línea de columnas, presentando cada estremidad del edificio ocho columnas de frente y 18 por el costado. La fachada principal, adornada de todo lo que la escultura puede producir, es magnífica y grandiosa, y nada hay comparable con su riqueza y su elegancia.

El frontis, obra maestra del escultor Lemaire, representa el juicio final. Las figuras tienen 5 metros, 33 centímetros de proporcion: en medio del frontis se halla Jesucristo, á su izquierda la Magdalena en de una actitud suplicante é implorando el perdon de los pecadores representados por los siete pecados capitales, y á quienes rechaza un ángel con una espada y esta inscripcion latina *Vae impiis!* A la derecha del Salvador se halla un ángel que acaba de tocar la trompeta del juicio final; detrás de él estan las virtudes teologales, después un ángel ayudando á un *justo* á salir de la tumba, sobre el cual ha grabado el artista estas palabras latinas: *Ecce dies salutis*, y debajo la

25 DE SETIEMBRE DE 1855.



inscripcion siguiente: *D. O. M. Sub invocatione Sanctæ Magdalene.*

La puerta principal, que es de colosales proporciones, es una obra única en su género, y fué compuesta y ejecutada por Triquesti, y fundida en bronce bajo su direccion por MM. Richad, Eck y Durand; tiene 10 metros de altura sobre 5 de largo, y representa los mandamientos de la ley de Dios.

La galería de la derecha mira á los boulevares; tiene 14 nichos que comprenden otras tantas estatuas, y entre las que se ven las de Santa Teresa, San Eugenio, San Francisco de Sales, San Gabriel, debidas todas al cincel de los mas afamados escultores. Igual número de estatuas hay tambien en la galería de la izquierda, que son otras tantas obras maestras de célebres escultores.

El interior de la iglesia es admirable, y corresponde á la magnificencia y riqueza exterior. Arquitectos, pintores y escultores, todos han ido á dejar allí un testimonio eterno de la grandeza de su genio.

La iglesia de la Magdalena está consagrada al culto católico, y fué bendecida por el arzobispo de Paris el año de 1842, con ocasion de los funerales de M. Humann, par de Francia y ministro de Hacienda. Hoy este monumento es sin disputa uno de los mas bellos y de los mas magníficos de la capital.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

### RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

*Plano de Madrid - Siglo XVII*  
**TERCERA AMPLIACION.**

La venida de la corte á Madrid, y el considerable aumento que fué consiguiente en su poblacion, hizo estenderse de tal manera sus límites, que á vuelta de muy pocos años borró las huellas de los anteriores, destruyó sus cercas y murallas, é hizo avanzar sus puertas, quedando solo los nombres de las antiguas como recuerdos históricos á los sitios en que estuvieron.

Este rápido crecimiento, que triplicó ó cuadruplicó en poco tiempo el antiguo caserio de la villa y su arrabal, se verificó simultáneamente por todos lados, excepto á la parte occidental, donde aun continuaron como continúan, sirviéndola de límites el Real Alcázar y los enormes desniveles ó Cuestas de la Vega y las Vistillas que bajan al rio Manzanares.—La puerta de Segovia, ó Nueva de la Vega, construida por entonces, así como el famoso puente frontero, obra del insigne Juan de Herrera, y el último trozo de calle del mismo nombre, desde las casas de la Moneda, adelantaron algun tanto sin embargo por aquel lado, rebasando la antigua muralla.—Multiplicóse extraordinariamente el caserio entre los altos de las Vistillas y el ya antiguo convento extramuros de San Francisco. Convirtiéronse en calles animadas el camino ó Carrera que á este guiaba desde la vieja Puerta de Moros; el humilladero de Nuestra Señora de Gracia; las tierras y huertas contiguas al camino real de Toledo; siendo necesario colocar la salida á este (que como ya queda espresado anteriormente se hallaba entre la plazuela de la Cebada y San Millán) mucho mas abajo, y en el mismo sitio próximamente adonde está la actual puerta de Toledo.—El Rastro, la dehesa de Arganzuela y de la Villa; la de la encomienda de Moratales; la huerta del clérigo Bayo, y los rápidos desniveles y barrancos, ventas, tejares y mesones en direccion al barranco de Lavapiés, se transformaron en las célebres barriadas de estos nombres.—La puerta de Anton Martín fué substituida por otra denominada de Vallecas, situada cerca del arroyo de Atocha, estendiéndose hasta ella la hermosa calle de este nombre; y se formó la alameda en el antiguo prado de Atocha, desde el famoso santuario de aquella veneranda imagen hasta la subida á San Gerónimo. La parte de dicha alameda, que después llevó el nombre de este último monasterio, y hoy es la principal de aquel magnifico paseo, se allanó y regularizó por primera vez, segun el testimonio del maestro Juan Lopez de Hoyos, en 1582, con ocasion de la entrada solemne de Doña Ana de Austria, última esposa de Felipe II.—La Puerta del Sol avanzó por este tiempo al camino de Alcalá, como hacía adonde está hoy la entrada del Retiro, y entonces se formaron y poblaron la principal y hermosísima calle de Alcalá, y el estendido cuarto de circulo de E. á N., trazado entre ella y las de la Montera, Hortaleza y Fuencarral, á cuyos extremos se abrieron los portillos de Santa Bárbara y de los Pozos de la nieve.—Colmóse el otro inmenso distrito entre esta última calle y la ancha de San Bernardo (llamada entonces de los Convecientes), á cuyo final pasó la puerta que estaba en la plazuela de Santo Domingo; y por último las Púeblos nuevas, hechas por D. Joaquin de Peralta, y demás hacia el monte de Leganitos, terminaban al N. y N. O. con los portillos de Maravillas, de Ananías, del Conde-Duque y de San Joaquin (hoy de San Bernardino), quedando

fuera la posesion conocida después por Montaña del Principe Pio, con las huertas de las Minillas, la Florida, Buytrera y otras hasta el Puente del parque de Palacio, que venia á estar donde hoy la fuente del Abanico, á la bajada de las Reales Caballerizas. Dicho parque de Palacio y campo llamado del Rey, se estendian como hoy hasta la bajada de la Vega.

Vese por lo dicho que los nuevos límites señalados hace cerca de tres siglos á la poblacion de Madrid, no han tenido mas alteraciones sustanciales en tan largo periodo, que la inclusion dentro de ellos del real sitio del Buen Retiro fundado por Felipe IV, y alguna consiguiente extension hacia la puerta de Alcalá; y por el lado occidental la montaña del Principe Pio, y bajada ó paseos de la puerta de San Vicente. Pero aquellos límites que entonces se señalaron á Madrid incluyendo multitud de huertas, tierras de cultivo y eriales, tardaron en rellenarse todo el siglo que medió entre la mitad del XVI á la mitad del XVII; en términos que en esta última época ya presentaba Madrid la misma figura en su perimetro y el mismo trazado de sus calles que hoy día, salvo algunas escepciones de cerramientos ó variaciones posteriores.—De todo ello podemos juzgar cumplidamente por la inspeccion material del gran Plano grabado en Amberes en 1656, de que ya hicimos mencion, y en el cual se ve exactamente reproducida la topografía de esta villa, con la altura de los edificios en perspectiva caballera por la parte de Mediodía, huertos, jardines, paseos y arboledas del recinto y contornos.

En esta nueva poblacion, trazada ya para servir á mas importantes necesidades, se buscó con preferencia un terreno menos accidentado, se abrieron ó formaron en él calles mas rectas y espaciosas, algunas magníficas, como las bajas de Toledo y de Atocha, la carrera de San Gerónimo, la de Alcalá, la Montera, Fuencarral, Hortaleza y ancha de S. Bernardo; y se construyeron en ellas multitud de edificios de consideracion.—Sin embargo, es de lamentar que á la ereccion, puede decirse de nueva planta, de la villa capital del reino, no presidiese mayor gusto y esmero; no se tuviesen en cuenta ciertas condiciones indispensables para su futura prosperidad.—No pretendemos por esto que la nueva villa fuese improvisada con la regularidad y fatigosa monotonía de un tablero de damas; sino que procurándose todo lo posible la nivelacion de los terrenos, dándose á todas sus calles la conveniente anchura, cortes y comunicaciones, proporcionándose á distancias convenientes plazas regulares y desahogadas, avenidas y puntos de vista calculados, se hubiese en ellas construido el caserio con cierta regularidad y algunos edificios públicos de necesidad y grandiosa perspectiva; hubieran en fin consignado los arquitectos de aquella época en la corte del reino el buen gusto y magnificencia que ostentaban en otras ciudades y en las nuevas que por entonces se fundaban en la América española.—No fué sin embargo así, y ni los tesoros del Nuevo Mundo, ni la fuerza de voluntad, poderío y alta inteligencia de Felipe II, ni el colosal y privilegiado talento de Juan de Herrera y sus contemporáneos los Toledos, Monegros, Moras y Vegas, alcanzaron á imprimir á Madrid aquel sello de grandeza y majestad que requeria la corte de la monarquía española.—La puente segoviana, obra del primero de aquellos grandes artistas; la plaza Mayor, del reinado de Felipe III, y el sitio del Buen Retiro, obra de Felipe IV, son los tres objetos mas dignos que recibió la corte de los monarcas de la austriaca dinastía; pues por un error lamentable, aunque muy propio de aquella época, al paso que señalaron su esquisita piedad y consumieron sus tesoros en fundar dentro de sus muros sesenta ó setenta conventos con otros tantos templos, todos medianos y nada mas, descuidaron elevar una catedral digna de la capital del reino, y dotar además á esta de los otros edificios públicos necesarios para su administracion, orden y decoro.

Los particulares, á su vez, siguieron aquel mal ejemplo, y procedieron sin gusto y sin concierto en la construccion del caserio. La grandeza del reino, agrupada en derredor del trono y viniendo á formar parte de la poblacion de Madrid, se contentó con levantar enormes casarones, que solo se diferenciaban de los demás por su inmensa extension, y el vecindario en general, dividiendo y subdividiendo hasta un término infinito los terrenos ó solares, llegó á formar hasta el número próximamente de las siete mil casas que hoy cuenta Madrid; pues si por un lado la abundancia de jardines pertenecientes á ellas, y la multitud de grandes monasterios que hoy se ha utilizado para construcciones particulares, ocupaban una buena parte del perimetro, por otro los edificios construidos posteriormente son mucho mas estensos, como que en cada uno de ellos se han ocupado los solares de tres ó cuatro de las antiguas casas, cuyo número puede por lo tanto calcularse en el día como equilibrado con el anterior.—En cuanto á las doce mil y mas que suponen los entusiastas historiadores del siglo XVII, solo puede explicarse por el lente de aumento con que solian mirar á Madrid, ó por la hiperbólica dición de un par de casas con que acostumbra designar á cada edificio que tenia dos pisos ó habitaciones. Generalmente estos eran pocos por muchas razones: En primer

(1) Véanse los números anteriores.



lugar, la población era mucho menor todavía; y la vida interior del pueblo debía ser tan modesta y poco ganosa de comodidades, que quedaba satisfecha con cualquier cosa; con un hediondo portal, con una oscura y empinada escalera, y con media docena de estrechos y desnudos aposentos, coronados por un mezquino zaquizami; todo esto formado y multiplicado en el reducido espacio que toleraban los conventos, que en Madrid, como en la mayor parte de las ciudades del reino, constituían la parte principal de la población; y aun aquella tolerancia en favor del vecindario estaba las mas veces limitada en la altura de las casas, en el número de las ventanas, en sus salidas y comunicaciones, que no habian de privar de las luces, ventilación é independencia á los amplios monasterios contiguos ó fronteros; no habian de registrar sus espaciosos huertos, ni impedir que sus estendidas y solitarias cercas dominasen en calles despobladas, y sus elevadas torres levantasen hasta el cielo sus agujas y chapiteles.

Por último, otra razón muy poderosa para limitar y reducir á mezquinas condiciones el caserío general de Madrid, fué la gravosa carga que el establecimiento de la corte trajo consigo, y era conocida con el nombre de *Regalía de aposento*.—Este pesado servicio del alojamiento de la real comitiva y funcionarios de la corte, recaía naturalmente sobre las casas que tenían mas de un piso y cierta espaciosidad; y aunque posteriormente y cuando en 1606 se restituyó á Madrid la corte desde Valladolid (adonde se habia llevado en 1601), fué compensado y capitalizado aquel penoso gravamen con el servicio de 250,000 ducados que ofreció la villa por equivalente á la sexta parte de los alquileres de las casas durante diez años, continuó pesando en esta forma esclusivamente sobre todas las que tenían *mas de un piso*, razón por la cual continuaron las construcciones de *malicia* ó solo piso bajo. Así lo vemos espresado terminantemente, entre otros varios documentos de la época, en el primitivo *Registro general de aposento* concluido en 1631 (manuscrito interesante que posee uno de nuestros amigos) donde dice:—«Calle de Toledo (antes de la Mancebia). Una casa de Mari-Mendez, mujer de Blas Caballero, soldado de la Guardia Española, que era de *aposento*, y el que mandó se hiciese de *malicia*, tasada en 56 ducados.»—Aludiendo también á esta espresiva significación de aquella palabra, dijo el festivo Quevedo hablando en uno de sus romances de cierta mujer de mundo de las que él solía retratar:

«Por no estar á la *malicia*  
labrada su voluntad,  
fué su *huésped de aposento*  
Anton Martín el galán.»

Una sola ventaja, aunque indirecta, resultó á la villa de Madrid de este penoso impuesto, y fué la disposición acordada en 1749, reinando Fernando VI, de hacer una *visita* y reconocimiento general de todos los edificios de la población, numerarlos, aunque por el imperfecto método de dar la vuelta á cada manzana, señalar fijamente la cuota por la que cada una de las no exentas habia redimido aquel servicio, indicar las sucesiones en su propiedad desde cuando podia ser conocida, y trazar, en fin, en sendos planos las 557 manzanas con la figura geométrica del solar ó planta de cada casa, cuyo trabajo precioso y detallado forma doce grandes volúmenes en marca imperial: los seis primeros comprensivos de los *planos*, y los otros seis de la medición, renta y propiedad de los edificios. Magnífico estudio y trabajo en que tomaron parte como arquitectos de la Real Hacienda y de la villa D. José Arredondo, D. Ventura Padierno, D. Nicolás Churruiguer, D. Fernando Moradillo y D. Francisco Perez Cabo, y autorizado por D. Manuel Miranda y Testa, caballero del hábito de Santiago, visitador general de real aposento, y D. Miguel Fernandez, teniente director de la Real Academia de S. Fernando y teniente arquitecto principal del Palacio Nuevo, como arquitecto del juzgado y visita de aposento, no quedó concluido hasta 20 de diciembre de 1767 reinando ya Carlos III (4). Esta primorosa *Planimetría*, que probablemente será la única en las ciudades de España, y en que no escocerán, si llegan, ninguna de las que puedan haberse trazado de las principales capitales extranjeras, se hizo, sin embargo, modesta aunque concienzudamente, sin altas pretensiones estadísticas, y con un objeto muy subalterno por la Real Hacienda.—En cuanto á la villa de Madrid, á quien principalmente interesaba tan prolijo conocimiento de su topografía y riqueza urbana, no tomó, al parecer, parte alguna en ella, y ni aun se ocurrió á su cuerpo municipal el natural deseo y justísima solicitud de obtener para su archivo una *copía* de aquella importantísima obra. Sacáronse, sin embargo, tres idénticas al original, que fué destinado

y se conserva en la que fué *Contaduría de aposento*. Una de ellas se depositó en el *Archivo general de Simancas*; otra en la *Biblioteca Real*, y otra en la *Academia de Nobles Artes de S. Fernando*;—y el *Ayuntamiento de Madrid* durante el siglo transcurrido, y los arquitectos municipales, siempre que han necesitado (y necesitan todos los días) trazar una alineación, resolver una duda de propiedad, ó medir un edificio, acuden modestamente á consultar aquellos datos fuera del *Archivo de la villa*.—Por decoro é interés de esta, no podemos menos de denunciar tan vergonzoso descuido, y escitar al ayuntamiento, para que aprovechando la ocasión de haberse casi suprimido por redención general y voluntaria la renta de aposento, y no siendo ya necesario en las oficinas de Hacienda de la provincia, adonde se han refundido las antiguas de la realia, el magnífico ejemplar original de aquella obra que yace arrumbado en sus estantes entre el polvo secular, se apresure á solicitarlo del Gobierno antes de que desaparezca ó se inutilice de cualquier modo.

Con este motivo, y habiendo hecho mención de aquel esquisito trabajo, no podemos menos de consignar aquí la gratitud que le debemos y á sus modestos autores, por habernos proporcionado la mayor parte de las noticias estadísticas é históricas de las casas de Madrid que dejamos emitidas y seguiremos emitiendo en estos *recuerdos*, las cuales hubiera sido imposible precisar sin tener á la vista aquella operación preliminar de la numeración y planimetría de Madrid, no verificada, como queda dicho, hasta la mitad del siglo pasado.

La cerca general que marca hoy los límites de la villa, tardó todavía un siglo en construirse, como se puede ver por la Real cédula espedita por el señor D. Felipe IV, fecha 9 de enero de 1623, en que se manda al ayuntamiento de Madrid levantarla, aplicando para ello la sisa del vino, que antes lo estuvo á la obra de la plaza Mayor. Dicha Real cédula (que obra en el archivo de la villa) espresa claramente que la mencionada cerca se labró, mas bien para contener que para favorecer la ampliación, error que ahora lamentamos y que impidió á Madrid continuar su conveniente desarrollo. Hé aquí los términos en que está concebido el curioso preámbulo de dicha Real cédula:

«Desde muchos años á esta parte se han reconocido los daños que se causan de no estar cercada la villa de Madrid donde reside mi corte, así por lo que sin límites se van estendiendo los edificios, como por las salidas que hacen al campo las mas de las calles, y ser por ellas franca y libre la entrada de gente y mercaderías en el lugar, por no poderse poner en ellas (siendo tantas) la guarda que conviene, con lo cual falta también la noticia necesaria de los que entran y salen en esta corte, y á los delincuentes les es fácil salir de ella y librarse de no ser presos por las justicias, que tendrían mas mano en su prision si las salidas fuesen ciertas. Y siendo de tanta importancia para la conservación de mi Real Hacienda y las alcabalas y sisas que se me pagan, que de tal manera entren los bastimentos y mercaderías por puertas ciertas en que se registren, que no puedan divertirse ni entrar por otras, y que esta misma utilidad y conveniencia se halla cuanto á la administración y beneficio de las sisas que para causas públicas tengo concedidas á esta villa, y mucho mayor y de necesidad precisa para guardarla, si lo que Dios no permita, sucediese en ocasiones de peste; habiéndome diversamente consultado por los de mi consejo, y considerando en esto atentamente, he acordado que en la posada de vos, el presidente, se haga una junta para este efecto en que se hallen con vos los dichos Pedro Tapia y Gil Imon de la Mota, el corregidor de Madrid y seis diputados que estan nombrados ó se nombrasen en adelante por el ayuntamiento de esta villa .... y someto á la dicha junta para que en ella ordeneis y dispongais que con la mayor brevedad que se pueda se cercue esta dicha villa por las partes y sitios y con la forma de edificios que por vosotros en la dicha junta se acordase, dejando las puertas que conviniese y fuesen necesarias en las principales entradas y salidas de esta villa, cada una con la fábrica y adornos que os pareciese segun los sitios y parte donde hubiesen de quedar, etc.»

Dicha cerca se emprendió á consecuencia de esta Real cédula y á costa de la villa y por el real patrimonio, que tomó á su cargo la parte del nuevo sitio del Buen Retiro, de la Montaña del Principe Pio, y del Parque; pero tardó mucho tiempo en concluirse; de suerte que algunos años después pudo muy bien decir el maestro Tirso de Molina en una de sus comedias (1).

«Como está Madrid sin cerca,  
á todo gusto da entrada,  
nombre hay de Puerta Cerrada,  
mas pásala quien se acerca.»

Pero al fin se realizó, aunque sin pretensiones de muralla ó fortificación, y limitándose únicamente á la construcción de una débil

(1) *Planimetría general de la villa de Madrid*, y visita de sus casas, asientos, y razón de sus dueños, sus sitios y rentas, formada de orden de S. M. á virtud de real cédula fecha en San Lorenzo á 22 de octubre de 1749, refrendada por D. Cenón Somodevilla, marqués de la Ensenada.

(4) La huerta de Juan Fernandez.



tapia, la misma que, restaurada en algunos trozos, existe todavía, y que si no ha servido para defender á Madrid contra las acometidas de propios y extraños, ha sido bastante para impedir su desarrollo y hacerle permanecer estacionario en los límites que se le impusieron de Real orden hace tres siglos.—El aumento de la población, de la riqueza pública y las exigencias del buen gusto, han hecho que renovándose, especialmente de treinta años á esta parte, casi todo el caserío antiguo y mezquino, se haya visto sustituido por otro mas digno y propio de una ciudad principal, y que sin las trabas ya indicadas que antes embarazaban al propietario, y auxiliado además con los mayores conocimientos, buen gusto y adelantos de la época, hayan podido convertir en halagüeño y decoroso el aspecto antes sombrío y conventual de las calles de Madrid.—Pero la desdichada cerca y las puertas (algunas por desgracia modernas y monumentales), que le salen al paso, sostenidas por el interés del fisco y del presupuesto municipal, han traído la necesidad de aprovechar demasidamente el terreno disponible para la construcción dentro del perímetro de Madrid, de acrecer considerablemente el valor de los solares, y por consecuencia la explotación de ellos hasta una altura desmedida, dando cuatro, cinco ó mas pisos á las casas, que sin aumentar el número de edificios, sirven sin embargo hoy para albergar una población doble ó triplicada.

Este inconveniente, que de pocos años á esta parte se ha hecho mas sensible, pudo y debió preverse hace mucho tiempo, y en algunas ocasiones se presentó en el siglo pasado la oportunidad de su remedio; por ejemplo, cuando la construcción del nuevo real Palacio, que según la idea de los arquitectos Jubara y Saqueti debió haberse verificado en los altos de S. Bernardino, con lo cual se hubiera extendido naturalmente la población hacia aquel sitio mas llano y despejado, cuya ocasión se perdió por el empeño de Felipe V en levantar el palacio sobre las ruinas del antiguo Alcázar.—Posteriormente cuando al advenimiento al trono español del gran Carlos III, y para celebrar la memoria de su entrada en Madrid en 1760, se elevó el magnífico arco de triunfo ó puerta de Alcalá, debió adelantarse esta mucho mas que se hizo, hasta la esquina de aquella real posesión en que hoy está la montaña artificial, empalmando con su cerca la general de Madrid, proyectando luego el radio conveniente entre Levante y Norte, hasta ir á buscar la montaña del Príncipe Pio á la entrada de la cuesta de Areneros ó bajada á la Florida.—Las demás ampliaciones de Madrid que se han venido proponiendo hacia la parte de Occidente y Mediodía, ó son imposibles ó inútiles, por el enorme desnivel del terreno y las condiciones miserables de las calles y barrios que habian de prolongar. Algun tanto puede ampliarse hacia la puerta de Atocha; pero el futuro Madrid está, como ya dijimos, entre el otro ángulo del Retiro al Levante y el que forma la cerca de la montaña de Pio.—Así lo debió comprender tambien el gobierno actual, cuando en 1846 mandó levantar un plano de ampliación de Madrid por aquella parte, y aun espidió la real orden de 6 de diciembre de dicho año que disponía su ejecución.—Pero una medida de tanta magnitud no se dicta ni improvisa; un pueblo no se duplica de real orden; una ocasión no se crea, sino se aprovecha cuando viene: y lo mas que tiene que hacer el gobierno en este punto, es ir preparando indirectamente, y remover los obstáculos que se opongan á la satisfacción de una legítima necesidad. En este sentido se espuso al gobierno en aquella ocasión lo conveniente, oportuno y hacedero á nombre de la corporación municipal de Madrid, y en su consecuencia quedó aplazada aquella disposición, que sin duda alguna llegará á realizarse naturalmente cuando el aumento sucesivo de la población, el surtido de aguas, el crecimiento consiguiente de la industria y la reforma de los impuestos y régimen fiscal, hagan venir á tierra las mezquinas cercas, é impulsen al vecindario á continuar el caserío mas allá de ellas, convirtiendo en estensas barriadas y magníficas calles las tierras, huertos y paseos que median entre el camino de Alcalá y la Fuente Castellana, entre esta y la montaña del Príncipe Pio.—Todavía sin embargo, á nuestro entender, tardarán muchos años hasta hacerse apremiante esta necesidad, pues que dentro de los límites actuales de Madrid existen aun calles, barrios y distritos enteros, como los del Barquillo, Maravillas y Afligidos, apenas poblados mas que de un infeliz y miserable caserío, y que naturalmente ha de renovar el interés privado antes que ir á poblar el exterior. Lo mas que veremos los vivientes será el irse formando y regularizando como *arrabales* el de la izquierda de la puerta de Alcalá desde frente á la esquina del Retiro á la huerta de la Veterinaria; el del barrio de Chamberí, y el de la puerta de Atocha, pudiendo además formarse otro muy conveniente á la bajada de la cuesta de la Vega en el sitio llamado de la Teta, compuesto de edificios propios para almacenes, fábricas, talleres, posadas y carreterías.—Con cuyos cuatro *arrabales* ó burgos exteriores, tendrá muy suficiente Madrid para todo lo que falta de siglo.

R. DE MESONERO ROMANOS.

## ANTIGUALLAS

DE CADALSO-DE-LOS-VIDRIOS, GUIANDO Y ESCALONA.

### CARTAS A UN AMIGO.

II.

Por fin satisface, señor D. Juan, la curiosidad de conocer los toros mas célebres de España: aquellas antiguas piedras de los valientes toros de Guisando, que levantó en peso el caballero de los Espejos, por agradar á su Casildea de Vandalia, empresa (al decir de Cide Hamete Benengeli), mas para encomendarse á ganapanes que á caballeros. Pero si la admirable fábula del mayor ingenio que vieron los pasados siglos y esperan ver los porvenir, hizo famosas tan rudas moles por toda la redondez del mundo, un verdadero y felicísimo suceso de eterna memoria tenia derecho á exigir de los españoles, no solo que pusiesen á salvo de las injurias del tiempo y de la bárbara guerra de carboneros, pastores y gañanes aquellos simulacros, la venta que junto á ellos estuvo, y el monasterio frontero, sino que todo ello defendiesen bronce y mármoles indestructibles. ¿Quién olvida que por Enrique IV y sus magnates fué con juramento aclamada aquí heredera del cetro de Castilla la santa y varonil matrona que en justicia y paz habia de gobernar sus reinos, unidos en uno, de divididos que estaban, acorrallar en Africa á los alarbes, descubrir regiones desconocidas, y dejar á los monarcas de la tierra el mas perfecto dechado de todas las virtudes? En este día (19 de setiembre de 1468), y en este sitio brotó la libertad de España, y por vez primera en el espacio de treinta siglos, de esclava se proclamó señora.

Pero el ánimo padece al contemplar dominando hoy la destrucción por todas partes. Ya no existe la venta de Tablada, en donde se aposentó Isabel (1). Pronto, muy pronto, no existirá el monasterio de gerónimos de Guisando, desde cuyos muros el rey veía llegar á los llanos su hermana la princesa (2). Dos de los cinco toros de piedra berroqueña estan despedazados, y los restantes no tardarán en serlo. ¿Qué mas? Del pueblo de Navahondilla, en la falda del cerro, no queda en pie sino un pedazo de la torre de la iglesia. Mas reprimiendo las reflexiones que á la imaginación agolpan en aquella soledad tanta gloria, tanta ruina y tanto olvido, vengamos á nuestro propósito.

Encuéntrense los toros dentro ya de Castilla la Vieja, casi á igual distancia de Talavera, Segovia y Toledo, entre Cebreros y Cadalso, poco mas de media legua al norte de esta población; se apartan al Ocaso una muy corta de la de San Martín de Valdeiglesias; al pié de la asperísima sierra de Guisando (nombre de inflexión goda), junto á la cañada real, donde por ser camino cosario ó cursado (como dice el elegante cronista de los gerónimos), erigieron la memoria de aquellos bultos de piedra.

Si en lo antiguo fueron toros ó elefantes, *adhuc sub judice lis est*; á mi me parecen lo segundo: en todos hallo el agujero donde se engastaba la cola, no los respectivos á los cuernos, y me sería muy difícil afirmar si el pié es redondo ó de pezuña hendida. Pero si, como las obras de aquel desalmado pintor Orbanceja, piden un letrero que diga: *este es gallo*, démosles el nombre con que son conocidos en la historia, el mismo que les dieron Cervantes y los reyes de Castilla. Mas acertada va la opinion que los tiene por obra de romanos, y no de cartagineses, porque en ninguno de los trescientos y tantos monumentos de esta clase que hace dos siglos se contaban en la península, jamás se advirtieron caracteres púnicos, y si por el contrario inscripciones latinas (3).

Son de una pieza con el plinto sobre que descansan, y estan colocados á este modo:

1 2 3 4.  
5

Al 1 le falta la espalda. El 2 roto los piés cayó á tierra; pero el 5, ya en el siglo XV, destrozado y partido se confundía con los muchos pedruscos de aquel sitio. Por eso el cronista murciano Diego

(1) Fué su sitio muy cerca, y al mediodía de los toros. Estos se hallaban dentro de una vña del *bon vin* de San Martín, propia de los gerónimos, que ha desaparecido. Una bardilla de piedra, de que distan diez pasos, los defiende contra el camino.

(2) No debe confundirse á Guisando, villa del partido de Arenas de San Pedro, con el monasterio de gerónimos de Guisando, enclavado en el partido judicial de San Martín de Valdeiglesias.

(3) Pellicer discurre sobre ellos en su *Borjithema*, ó esplicación de la casa de Borja. Tienen todos estos simulacros figura de elefantes, becerros ó javalies, y gozan de celebridad los de Beja, Evora, Ciudad-Rodrigo, Toro, San Felices, Salamanca, Lumbrales, Contienda, Ledesma, Tordillos, Monleon, Palomares, Avila, Villatoro, San Juan de la Torre, el Berraco, Segovia, Coca, Torralba, el Molar, Guadarrama, Talavera la Vieja, Baños y Segorbe. El toro de la puente de Salamanca era nombrado por la inolvidable calabazada del Laxarillo de Tormes. En uno pequeño de Avila se leía esta memoria: á Burrieno, hijo de Maolon.

BVRR.  
MAOLONIS.  
F.



Rodriguez de Almela hácia los años de 1481 habló únicamente de cuatro toros en su *Tratado ó compilacion de las batallas campales que son contenidas en las estorias escolásticas de España*. Muchos escritores lo han repetido después: yo mismo, sin embargo, he visto los grandes fragmentos del 5 en la colocacion que dejo indicada (1).

Famosas por todo el mundo son las supuestas inscripciones de los simulacros de Guisando, relativas á la guerra de César con los hijos de Pompeyo, fingidas segun el testimonio de D. Antonio Agustin por Ciriaco Anconitano. El P. Sigüenza, voto de mayor escepcion en el caso presente, las conceptuaba no muy auténticas; y de ellas jamás en estas moles ha visto nadie el menor rastro. No hace fuerza que en sus cartas inéditas el licenciado Juan Fernandez Franco diga que «Juan Gines de Sepúlveda las vido y leyó con atencion» y le remitió un traslado, porque es indudable que lo que hubo de ver este fueron las tablas enceradas, con los caprichosos letreros, colocadas en la hospederia del convento desde mediados del siglo XVI, para cebar la curiosidad de los viajeros y hacer renombrados aquellos montes.

Hay discordancia en el paraje donde estaban esculpidas, las inscripciones. Quién dice que se hallaban en las ancas de los toros; quién que en los costados; quién que en los plintos. Todo es falso. Pero no puedo resistir á la tentacion de trasladarlas á esta carta en nuestro vulgar romance:

1.

Desbaratados aquí en los campos de Baza  
los hijos del Gran Pompeyo, Sexto y Gneo,  
feneció en gran parte la guerra de César y de la patria.

2.

Al cónsul Cecilio Metelo  
dos veces vencedor.

3.

El ejército vencedor,  
rotos los enemigos.

5.

En honra de Lucio Porcio,  
que administró escelentemente la provincia,  
pusieron este monumento  
los pueblos Batestanos.

Compadeciéndose mal tales memorias con los montes de Castilla la Vieja, forjaron algunos geógrafos por aquí una region *Batestana* con su capital *Batesta*, y soñaron ciertos historiadores, entre ellos el arcediano D. Lorenzo Padilla, que después de la jornada de Guadalete, el principe moro Abenyzaf tomó carros é ingenios, y arrancando con su ejército de los campos de Ronda, llevó estos simulacros hasta donde habia plantado sus triunfadores estandartes. Doctos varones creyeron la fábula, que es fácil de engañar el hombre verídico, y por lo menos logran siempre convertir la historia en un caos los traficantes en mentiras.



Sin embargo existe, y existirá mientras la piedra, una inscripcion legitima, entallada en el costado derecho del 4 toro con buril muy profundo, para desarrebozar las imposturas del Anconitano; em-

(1) Entre el primero y el segundo hay 6 pies de distancia; pero entre cada uno de los otros dos media la de 15. La altura del que va dibujado al frente de esta carta, es de 6 pies, sin hacer mérito del zócalo; el largo, desde mitad de la frente á la cola, 10 pies 6 pulgadas; el grueso de esta mole 11 pies 5 pulgadas.

pero valiéndose de inexacta copia, Morales y Mariana la interpretaron mal. Hé aquí su sentido:

4.

Longino puso esta memoria  
á Prisco Calecio, su padre.

No es fácil averiguar el destino que tuvieron estos monumentos en su origen. Parece lo menos aventurado suponerlos piedras terminales de regiones ó provincias, y pudiera sospecharse fueron erigidos en el sétimo consulado de Augusto (727 años de Roma, 27 antes de Cristo), cuando se reformó la division del hispano territorio. Acomodada á la civil la de los obispos, y conservando fielmente la Iglesia los estatutos antiguos, hallamos para afirmar semejante opinion datos muy apreciables en la circunstancia de concurrir en estos sitios los confines de las diócesis de Toledo, Avila y Segovia, y en remotísimos tiempos los limites de las regiones de los *carpentanos* y *vettones*, *vaceos* y *arevacos*. Durante la república tambien pasaba por aquí la linea que dividia la España ulterior y citerior y las provincias *Bética*, *Tarracense* y *Lusitana*, y de ello nos ha quedado memoria en una piedra que cita Masdeu, la cual estaba seis leguas al Norte en el puerto de la Palomera, con tales palabras:

*Hic est Tarraco et non Lusitania.*

*Hic est Lusitania et non Tarraco.*

Todo pues conspira á estimar como términos de espesadas regiones y provincias los renombrados toros de Guisando.

Puestos en una estensa llanura tienen al cierto las montañas de Avila; á cuya parte convirtiendo la vista, halamos que durante la dominacion romana se acercaban los *vaceos* hasta las viñas de Tiemblo por el N. N. O., y de allí se estendian por todo el Norte los *arevacos*. La vega y poblacion de San Martin de Valdeiglesias al Oriente, y al Mediodia las siempre verdes cumbres de Cadalso con su *Peña-Muñana*, el arroyo de Tórtolas y el puente que divide ambas Castillas, estaban enclavados en el limite setentrional de la *Carpentania*, y juntamente los toros. Miran estos al Ocaso, donde á un tiro de fusil descuella el monasterio y la Sierra de Guisando, la cual pertenecia á los pueblos *vettones* en aquellas edades primitivas.

Está vestida en todo tiempo de gran hermosura y variedad de plantas, entapizándola robles, acebos, pinos, jaras, yedras, cipreses y laureles, y otras mil diferencias de silvestres árboles. En el siglo XIV, reinando Alfonso XI el de las Aljeciras, se acogieron á unas cuevas que la naturaleza concertó y dispuso para la vida contemplativa á la mitad de aquellas asperezas casi inaccesibles, cuatro ermitaños de los que vinieron de Italia y se estendieron por todo el reino toledano, muerto el senense fray Tomás Sucho, el cual los habia encaminado á la soledad de las selvas. Cuevas y gran pedazo del monte eran propios de Doña Juana Fernandez, aya de la reina Doña Juana Manuel, que noticiosa de la santidad de los huéspedes, les dió aquella parte de sierra, en cuyos poyatos levantaron un claustro y un pequeño templo. Tal principio tuvo el tercer monasterio de Gerónimos de Castilla, erigido al fin en 1375 por fray Pedro Fernandez Pecha con autoridad apostólica. A la sazón se componia la comunidad de treinta religiosos, y fué electo primer prior fray Alonso Rodriguez de Biedma, varon de ejemplares costumbres. Merced á la proteccion de D. Juan I, quedó en poder de los Gerónimos todo el pinar y monte por la suma de 14,000 maravedis: hacienda propia de dos hermanos de Avila, y que por adquirirla habian pujado los Bernardos de S. Martin de Valdeiglesias. Entonces se tomaron y encañaron las aguas, y á la fertilidad del terreno se añadieron las ventajas del cultivo que convirtió aquel paraje en una selva encantada. Rotos y cegados hoy los arcaduces, y obstruidos por las raíces de los árboles, el agua no salta ya ni cae en hilos por los peñascos poblándolos de frutales; el hacha trunca pinos y robles; y algun fuego, desgracia cotidiana de nuestros montes, hará de aquellos sitios un páramo lastimoso.

Años adelante el obispo de Burgos D. Alonso de Fonseca ayudó con 50,000 maravedis á los Gerónimos para que levantasen mejor claustro en otro poyo mas bajo de la cuesta; pero incendiado el pinar en 1519, y devorado por las llamas el monasterio, se edificó de nuevo utilizando algo de lo que pudo salvarse. En esta ocasion le fueron insignes bienhechores los marqueses de Villena, la iglesia y el obispo de Avila, y juntamente Felipe II; pudiendo las artes ostentar todavia mucho de las galas con que se ataviaron en aquel siglo de ingenio y de saber. El P. Sigüenza encarece como de lo bueno que entonces adquirió el monasterio las pinturas del monje Juan Correa, cuyo nombre y estado no llegaron á noticia del diligentísimo Cea Bermudez; grande ocasion para lucirme yo con esta noticia cogida al vuelo, si V. señor canónigo, no levantara la consideracion á cosas y ocupaciones mas altas. Salud, etc.

27 de julio.

AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA y ORBE.



## LA SILLA DEL MARQUÉS.

NOVELA ORIGINAL.

## PARTE SEGUNDA.

## VII.

Un tesoro.

—Sabe pues, mi querida Marciana, prosiguió el joven en el mismo acento de misterio, que yo soy rico, muy rico, pero no es este el sitio á propósito para hacerte participe de mi secreto. Ven conmigo, añadió tomando de la mano á Eugenia que le siguió en silencio, y llevándola á corta distancia de aquel sitio, y junto á un álamo corpulento bajo el cual había una especie de oyo cubierto de tierra—prefiero enseñarte mi tesoro para que te admires y comprendas en toda su estension mi felicidad; y mientras decía estas palabras, Mario, arrodillado al pié del árbol, levantaba la tierra con las manos, y en pocos momentos dejó descubierto el agujero, y patentes á los ojos de Eugenia lo que aquel sin duda llamaba sus tesoros, los cuales se reducían á un montón de huesos de caballo ú otro animal cualquiera.

La hermosa niña no pudo reprimir un grito de sorpresa al ver aquel terrible espectáculo; necesitó llamar en su auxilio todo su valor, y el interés que la inspiraba aquel infeliz para no huir de allí precipitadamente. Por fortuna, Mario, después de detenerse un momento á contemplar aquellos asquerosos restos con la misma alegría del avaro contemplando verdaderas riquezas, volvió á tapar el hoyo, mirando recelosamente á todas partes, como si temiera ser sorprendido en esta operación.

Luego, notando que Eugenia llorosa y abatida se había sentado en el tronco de un árbol derribado, se acercó á ella, y con el rostro radiante de placer la dijo:

—¿Has visto, Marciana mía, has comprendido cuán poderoso soy? ¿Tienes tú noticia de algún soberano que posea iguales riquezas? Con esas perlas de tan extraordinaria hermosura, con alguno de los muchos diamantes que tengo ahí encerrados, podía comprarse una provincia entera. El día en que ella me lo mande, reservaré las mas bellas de esas pedrerías para hacerla una diadema imperial, y vendiendo luego las restantes, me transformaré en el primer potentado de Europa.

Y sin embargo, continuó Mario, ¿crees tú, querida Marciana, que yo soy un ambicioso vulgar, que aprecio ese tesoro por egoismo ú orgullo, como sucedería á la mayor parte de los hombres que se hallasen en igual caso? No, mil veces no. Yo he deseado ser rico para acercarme á ella, para rodearla de todos los goces, de todos los prestigios del mundo, para elevarla un altar donde seré al mismo tiempo el sacrificador y la víctima; pero no creas por eso que ella me ama por mis riquezas, sino porque ha comprendido el culto ardiente y sin igual que la he consagrado; porque ha querido hacerme enteramente dichoso; porque ha hallado en mi corazón otros tesoros de ternura mas ricos, mas apreciables todavía. Atiéndeme bien, Marciana, voy á contarte mi última entrevista con ella; tú juzgarás si aquella alma poética y sublime puede descender á tan mezquinos deseos.

Ayer por la noche la vi en este mismo sitio donde ahora nos hallamos. Hacía mucho tiempo que yo la esperaba, para enseñarla, como á ti, esas riquezas. Ella las miró con desden, y con su voz tan dulce y tan firme al mismo tiempo, me dijo echándome miradas altivas: ¿Y es esto todo? ¿Me has enseñado esas piedras preciosas para deslumbrarme? ¿Cifras en ellas las bases de nuestra felicidad? ¿No la comprendes sino en medio de la opulencia?...

Yo la interrumpí temeroso, porque hay en ella algo que me impone.

—¡Alma de mi alma! la dije estrechando sus bellísimas manos, ¿por qué me entristeces con esos reproches? En cualquier estado á que me reduzca la fortuna, siempre seré dichoso á tu lado; pero ya que el cielo me ha hecho rico, ¿por qué despreciar sus dones, que podemos emplear tan dignamente? Amada mía, esta noche he tenido un sueño muy agradable, que quiero contarte, pues quizá es un presentimiento de los goces que nos esperan.

Era una hermosa mañana de primavera, y al salir el sol bajábamos nosotros por la escalera de nuestra quinta. En el patio nos esperaban una porción de desgraciados que te deben su subsistencia. Uno te pide que socorras á su madre, que está postrada en cama, sin poder atender al cuidado de su numerosa familia; otro te ruega que nuestro administrador le baje el precio de su arrendamiento en atención á lo escaso de la cosecha; un padre te suplica le adelantes una pequeña cantidad para eximir á su hijo que va á entrar en quinta; y todos te rodean confiados, ninguno se dirige á mí, porque saben que yo solo soy el primero de tus vasallos.

Tú los consuelas y accedes á sus ruegos, y en medio de sus bendi-

ciones llegamos al sitio donde nos espera la alegre tropa de nuestros monteros y ojeadores. La jauría al verte correteja y se acerca á ti saltando; Lis, tu yegua favorita, piafa de alegría, al recibirte en su gallardo lomo, y todos nos ponemos en movimiento.

Pocos instantes después comienza la caza. El monte resuena con el galope de treinta caballos; el placer se ve retratado en todos los semblantes; se disponen las paradas, resuenan las alegres trompas, se sueltan los perros atados al salir de la quinta, que parten tras de la pista como una exhalación.

La caza es una fiesta real, y cuando se hace contra un lobo que ha diezmado los rebaños de las cercanías, es casi un deber; por eso tú, descendiente de reyes, amas sus variados lances, sus peligros y su animación; por eso sueltas la rienda á tu yegua, y acompañada por mí, traspones las zanja, vuelas sobre las colinas embriagada de gozo, y olvidando en medio de tu arrebatado entusiasmo que eres la mas tierna, la mas delicada de las mujeres...

—¡Querido mío! me interrumpió Eugenia mirándome con ternura, cierto que es un sueño muy hermoso, muy digno de tí: mas... ¿es preciso que poseamos quintas, jaurías y caballos para realizar los sueños de tu ardiente imaginación? ¿no has soñado alguna vez como yo con una casita blanca, muy blanca, á la orilla del mar, al pié de la montaña, oculta como un nido entre los árboles? ¿No has pensado en las delicias de una vida solitaria, consagrada al amor, en los largos paseos por el monte aspirando el perfume de la clemátida y de la belladona, viendo el sol de la tarde teñir de púrpura las puntas de los peñascos, oyendo el ruido de las esquilas lejanas, ó el canto del leñador? ¿No te has sentado otras veces en la orilla del río, á la hora de la siesta, á la sombra de los sauces que se bañan en la linfa? ¿No has surcado conmigo las serenas olas del mar, en las noches del otoño, en un ligero esquife rápido como una gaviota de blancas alas? ¿No has contemplado desde allí la inmensidad de los cielos, el brillo de los astros, elevando tu alma á la contemplación del que los creó tan hermosos? ¿No has arrancado moras de dulce sabor, de entre las zarzas de los vallados, ofreciéndomelas después? ¿No me has leído en las noches de invierno los versos de nuestros inmortales poetas, hablándome luego de tu cariño en un lenguaje aun mas tierno que el suyo?...

—¡Oh luz de mis ojos! la interrumpí yo embriagado de alegría, besando mil veces sus manos, aquellas manos que enloquecerán de amor á un artista tan luego como las contemple! ¿Qué he hecho yo para merecer tanta dicha, para oír de tus labios esas palabras que me enajenan? ¿Qué voz, qué lenguaje podría espresarte el infinito amor que llena mi alma! ¿Ah! me parece que todas las caricias de la tierra no serían suficientes á hacértelo comprender... Yo no me creo digno de gozar contigo: quisiera padecer, morir por tí...

Pero ¡Dios mío! exclamó Mario de repente, levantándose y mirando al cielo, el sol ya comienza á bañar el bosque; ya debe ser la hora en que ella me espera en el extremo del vallado. Marciana mía, adios; y cuidado con que me guardes el secreto... Adios, adios...

Y diciendo estas palabras el pobre loco se alejó precipitadamente.

## VIII.

Pasión.

Eugenia volvió á la quinta ya bien entrada la mañana, y pasó el resto del día al lado de su padre y de su tío el conde de Guadiela. La tierna joven estaba al parecer serena, pero mas pálida y silenciosa que de costumbre. Los dos ancianos notaron su tristeza, y su tío la propuso que le acompañase á Sevilla, adonde debía regresar aquella misma noche á pasar una temporada al lado de su familia, en la que había dos primas de Eugenia, que se habían educado con ella en París. El conde redobló sus instancias con tanto mas motivo, cuanto que su hermano el marqués de Guadalupe tenía también precisión de hacer un viaje á Córdoba, donde le llamaba el arreglo de un pleito muy considerable, y la joven debería marchar con su padre ó quedarse sola en la quinta durante algunos días.

Eugenia se escusó al principio; mas luego, como cediendo á secretos pensamientos, prometió á su tío acompañarle á Sevilla, y hasta hizo los preparativos del viaje con una especie de afán que llenó de satisfacción á los dos ancianos.

Hay emociones en el corazón humano que pocos comprenden, pero que nadie podría espresar. Nosotros por tanto nos hemos abstenido de definir las que sintió Eugenia después de su encuentro con Mario; y siguiendo en nuestro propósito, solo diremos que amaba por la primera vez, que aun no tenía diez y siete años, y que este amor era sin esperanza; con lo cual habremos dicho lo suficiente para que el lector pueda formarse una idea mas ó menos aproximada de lo que sentía aquella alma tan tierna y apasionada.

Eugenia llegó á Sevilla con su tío, y fué recibida por su noble familia con el mayor júbilo. Desde entonces las fiestas se sucedieron para ella sin interrupción: sus primas, que la amaban tiernamente, la



la rodearon de los mas afectuosos cuidados, y la pobre jóven procuró, aunque en vano, borrar de su imaginacion el recuerdo de Mario. Frecuentemente se perdía en hondas meditaciones; su palidez aumentaba, y muchas veces la sorprendieron contemplando un retrato de Platon, obra de un pintor célebre, que el conde de Guadiela tenía en gran estima, porque la enamorada niña había creído descubrir cierta semejanza entre aquel filósofo, que debe su nombre á la hermosura de su frente, y el sublime loco que moría por ella.

Sin embargo, Eugenia luchaba aun, y no quiso regresar á su quinta de Carmona, aun cuando hacia dias que su padre se hallaba ya en ella; pero no pudo resistir mucho tiempo; y comprendiendo que sería inútil prolongar por mas tiempo su martirio, volvió al lado del marqués, acompañada por dos criados de la confianza de su tío. El noble anciano quedóse sorprendido al ver á su hija, tan demudada le parecia, y en vano la preguntó con interés si tenía algun disgusto ó algun deseo que motivase su tristeza y desmejoramiento. Eugenia disimuló.

Una vez en la quinta, comenzaba para ella otra nueva lucha.

Durante una semana limitó sus paseos al jardín que aun hoy día rodea esta lindísima posesion: despues se aventuró á acercarse al bosque, hasta que por último cediendo á un impulso irresistible llegó hasta *La silla del marqués*.

Allí permaneció muchas horas esperando ver á Mario; pero este no se presentó. Al dia siguiente la pobre jóven aguardó tambien en vano, y cada vez mas inquieta se acercó al sitio donde aquel tenía enterrado su pretendido tesoro... Nada... la misma soledad... Eugenia volvió á la quinta, agitada por un triste presentimiento.

Desde entonces sus padecimientos llegaron al mas alto grado; pero no obstante luchó valerosamente, luchó por última vez, bien así como el que en la mitad de un río, próximo á un remolino que va á tragarle, se esfuerza por evitar el abismo.

Mas ¡ay! todo fué en vano; la apasionada niña sucumbió; y perdido el juicio, sin darse ella misma tiempo á reflexionar, determinó salir á toda costa de la horrible incertidumbre que la atormentaba.

Una tarde montó en su yegua favorita, y despues de recorrer el bosque en todas direcciones, se dirigió sin titubear hacia la casa de Mario, llena de esa energia que dan los grandes dolores; pero conforme se aproximaba, sentía vacilar su resolucion.

Combatida por mil ideas opuestas, llegó por fin á la entrada de la calle de tilos que conduce á la puerta de la alquería, y allí se detuvo á reflexionar un pretesto para penetrar en ella, cuando vió á una anciana, que con todo el apresuramiento que sus años le permitian, se acercaba á aquel sitio, y que no bien estuvo á cierta distancia, exclamó dirigiéndose á Eugenia:

—¡Ah mi buena señorita! el cielo la envía sin duda: si quiere V. hacerme un favor, él se lo premiará. Estoy sola, y un hijo mio enfermo se me muere por instantes: deseo ir al pueblo á buscar al médico; pero no me atrevo á dejarle solo... si quisiera V...

—Entiendo, buena muger, entiendo, exclamó Eugenia herida en lo mas profundo de su alma; id descuidada, yo cuidaré de él durante su ausencia.

—Dios se lo pague á V., señorita. En la primera puerta á la derecha, en un cuarto del piso bajo, está *mi hijo*... Yo no tardaré en volver.

Y Marciana, pues era ella, se encaminó apresuradamente á T... mientras que la angustiada niña traspuso casi al galope la calle de árboles que la separaba de la casa.

Llegado que hubo, se apeó de su yegua, atóla á una reja del edificio, y penetró en él en un estado imposible de decir.

A corta distancia del portal encontró la puerta designada por la anciana, y empujándola suavemente, hallóse en una habitacion oscura, en que deslumbrada por la claridad exterior no pudo distinguir objeto alguno, pero en la que oyó una especie de quejido que resonó dolorosamente en lo íntimo de su corazón.

A poco rato, acostumbrada ya á la ténue claridad que penetraba por la rendija de una ventana, pudo distinguir los objetos, que se reducian á una toseca mesa, algunas sillas, una alacena situada entre las dos ventanas del cuarto, y en el fondo de este una cama sumamente aseada, y en donde Eugenia distinguió el pálido semblante de Mario.

Tremula, poseida de angustia, se aproximó al lecho, y al ver de cerca al infeliz jóven, retrocedió asustada exhalando un grito de sorpresa y dolor.

Los ojos de Mario estaban ya velados por las sombras de la muerte; su boca se contraía convulsivamente; un estertor ahogado salía de su pecho, haciendo levantar la ropa que le tapaba, y en resolucion, se notaban en él todos los espantosos fenómenos con que comienza la agonía.

Al oír la exclamacion de Eugenia, el enfermo la miró sin dar señales de conocerla. Entonces ella, arrastrada por la pasión, volvió á acercarse, y dejándose caer sobre una silla, contempló un instante aquel rostro cadavérico derramando torrentes de lágrimas que desahogaron su corazón.

Luego, incorporándose de repente, se inclinó mas hacia aquel mártir, y recordando cuánto había sufrido por ella, con cuánta fé, con cuánta abnegacion la había amado, ¡qué vida tan rica! ¡qué inteligencia tan divinamente dotada concluía en él! sintió un exceso de ternura indecible, y olvidándolo todo, prorumpió en dulces y amorosas palabras.

¡Mario, amado mio! decia la desolada jóven con toda la vehemencia de aquella pasión tanto tiempo reprimida, ¿me oyes? Soy yo... Eugenia, Eugenia, que está á tu lado... y que te ama; Eugenia que daría la mitad de su vida por salvarte, y el resto por gozar una hora de tu amor... ¿Pero no me oyes, Mario? ¡La voz de la que tú tanto has querido, no puede llegar hasta tí?... ¡Dios mio! ¿por qué me conociste, por qué me dejas cuando ya no puedo vivir sin verte? ¿qué haré yo en el mundo sola con tu memoria y con mis remordimientos?... ¡Ay! ¿por qué has dudado? ¿por qué me ocultaste tu corazón?... ¿No comprendías que vale mas que todas las riquezas, que todas las jerarquías de la tierra?...

A medida que Eugenia hablaba, los ojos del enfermo se iban animando por grados, como si todo el resto de su vida se hubiera reconcentrado en ellos; luego se agitó con un movimiento convulsivo, y por último, haciendo un esfuerzo supremo, el esfuerzo del alma que impulsada por aquella pasión inmensa, venció un momento hasta á la muerte, incorporóse repentinamente sobre la cama con toda la agilidad de la salud; y hermoso, trasfigurado su rostro por la última chispa de inteligencia, y por el último y primer momento de aquel gozo anhelado tanto tiempo, señaló con la mano hacia la alacena de que ya hemos hecho mencion, y en la que sin duda estaba el manuscrito y los recuerdos que tenía de Eugenia, y espresando en una mirada todo un poema de amor, de gratitud y de felicidad, tomó la mano de la tierna niña, y estampando en ella un ardoroso beso, cayó inerte sobre las almohadas del lecho...

Aquel instante de felicidad suprema le compensó de todos sus padecimientos; en aquel beso se exhaló su alma...

¡Cuán triste y solitario está el bosque! ¡qué desnudos los árboles, qué calladas las aves y las fuentes! El invierno reina durante muchos dias, y en el invierno los árboles gimen batidos por el viento, las fuentes lloran, y enmudecen las aves.

Mas... oíd... la campana de la aldea turba el silencio de los campos... suena el toque del mediodía... y en el musgo del bosque se oye el ruido de pasos que le atraviesan... luego se abre la puerta del cementerio: una forma aérea, una silbide quizá aparece, se arroja junto á una humilde tumba, y llora.

Despues reina otra vez la paz de los sepulcros; mas sobre aquella tumba agita el viento una corona de siempre-vivas colgada de un sauce funeral.

Enpero el invierno apenas marchita el país de las flores y del sol, y la primavera engalana otra vez aquel suelo donde la vida es un encanto... Vedle; ya viene el abril con sus verdes hojas, con sus auras, con sus leales golondrinas, con su sávia de amor...

Oíd... oíd... la campana de la aldea se oye sobre los mil rumores de los campos, como el grito de la conciencia en medio de los placeres de la vida. El florecido césped del bosque resuena bajo el ruido de pasos que le atraviesan... Luego, la puerta del cementerio se abre...

Una forma aérea, una muger, un ángel quizá, aparece, se arroja sobre una humilde tumba, y llora.

Despues... reina otra vez la paz de los sepulcros; mas sobre aquella tumba mece el oloroso céfiro una corona de siempre-vivas, colgada de un sauce funeral...

El otoño... ¡ah! ¿por qué es tan melancólico el otoño? ¿por qué entonces el alma se recoge y medita tristemente?... ¡Ay! porque aun recordamos los esplendores del estío que acaba, y el rigor del invierno que se aproxima; bien así como en la mitad de la vida suspiramos por los pasados gozos de la juventud, y tememos los dolores de la cercana vejez.

Pero... escuchad... escuchad... La campana de la aldea anuncia la hora en que el labrador se detiene; el leñador se sienta sobre el tronco que acaba de derribar, y los pastores echan mano á su zurrón, mientras los perros los rodean saltando...

Mas el bosque permanece silencioso; ninguna huella hace chascar las hojas secas... El cementerio está solitario... La humilde tumba yace abandonada... y las ráfagas de octubre no mecen como antes una corona de siempre-viva, colgada del sauce funeral...

Un poeta. ¡Oh! ¡Habrá muerto!

Un escéptico. ¡Eh! Se habrá consolado.

F. MORENO y GODINO.



## LOS CONFITES DE CUPIDO.

## CANTILENA.

Si vas, niño hermoso,  
con ala veloz  
y al dueño adorado  
de mi corazón,  
pintando el tormento  
que en mi pecho siento  
haces que palpita,  
*te doy un confite.*

Dile que en su ausencia  
mi vida es penar,  
y que sin su cielo  
no faltan jamás  
ni á mi pecho enojos  
ni llanto á mis ojos:  
si esto le repites,  
*te doy dos confites.*

Si de la madeja,  
envidia de Ofir,  
desatas travieso  
el lazo gentil;  
y de la que adoro  
traes dos hebras de oro  
(aunque se las quites)

*te doy tres confites.*

Como de sus ojos  
(cual brilla al albor  
llanto de la aurora  
en naciente flor)  
cojas una perla  
que pueda yo verla,  
y sal facilites,  
*te doy seis confites.*

Deja el arco y flechas,  
yo te las tendré:  
corre; ve volando  
á mi dulce bien;  
y si este suspiro  
que de mi alma espiro,  
á su alma trasmites,  
*te doy diez confites.*

Como otro en retorno  
puedas conseguir  
de su labio hermoso  
de ardiente rubí;  
si tú lo que pido,  
yo te doy, Cupido,  
cuanto solicites  
*y para confites.*

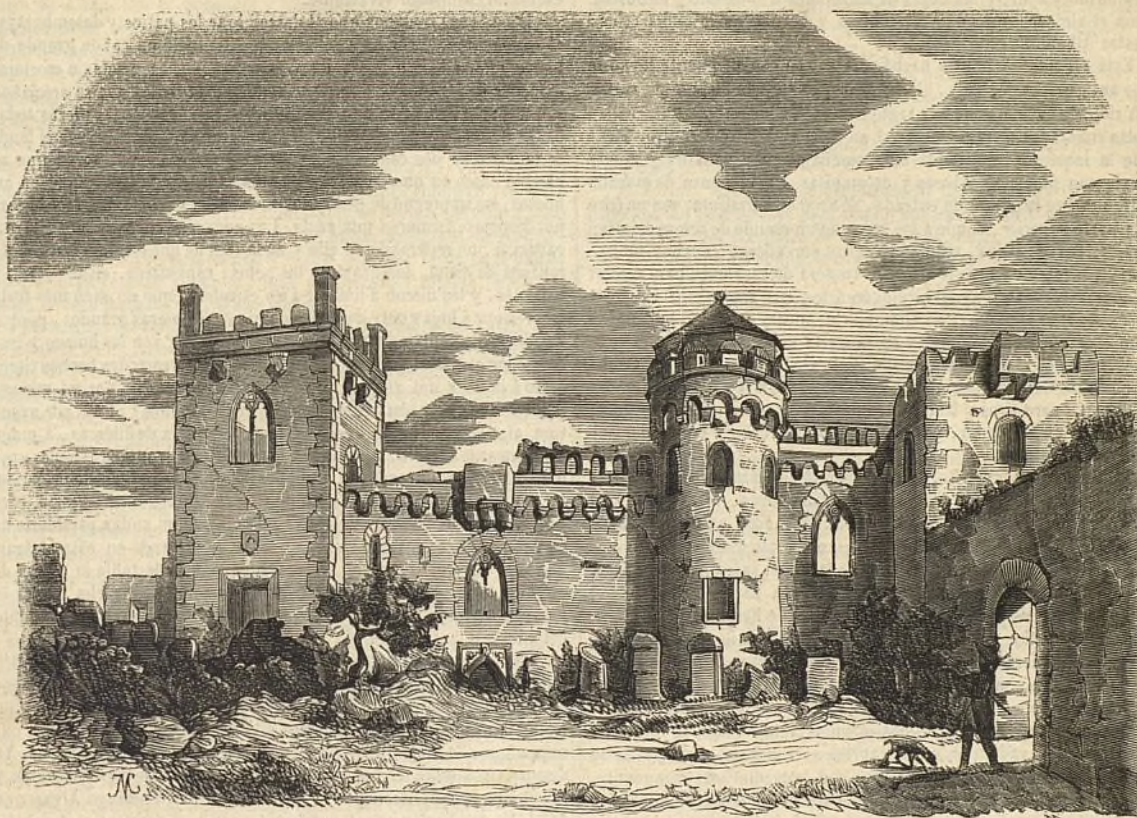
BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO.



La presente lámina pertenece al folletín del periódico LAS NOVEDADES, hácia el cual llamamos la atención de nuestros suscritores, para que vean las mejoras que acaba de introducir.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo 26.





Palacio del condestable Don Alvaro de Luna (hoy de los duques de Frias) en Escalona.

## ANTIGUALLAS

DE CADALSO-DE-LOS-VIDRIOS, GUI SANDO Y ESCALONA.

### CARTAS A UN AMIGO.

III.

(Conclusion.)

Inclinase fácilmente nuestro corazón, amigo mío, á convertir su mayor ternura hácia las personas de extraordinarias prendas, cuya salud quebrantada nos hace temer á cada hora se les acabe la vida. Un interés de igual naturaleza conmueve nuestra alma, en este siglo de destruccion en que vivimos, delante de los maravillosos monumentos de aquellas edades, que ó calificó de bárbaras el orgullo, ó los celos de inmoderadamente fastuosas. Vémoslos, ya mutilados, ya caer ciento á ciento heridos de muerte por la ignorancia, el fanatismo ó la codicia, y cubrir de ruinas el suelo español, mientras sin brújula ni tino se pierde la arquitectura en una lastimosa decadencia. Si despedazados por las gentes del Norte los pórticos y templos de la civilización romana, en chozas se emplearon sus piedras, aquellos fragmentos pudieron todavía prestar auxilios al arte para ostentar junto á las nuevas sus antiguas galas, bajo el imperio de Leon X y Carlos V. Mas hoy, moliendo y convirtiendo en ripio de construcciones monstruosas los primores arquitectónicos de nuestros siglos de oro, parece que anhelamos cortar al ingenio las alas para que no se encumbre en los tiempos venideros, y apocarle y enfermarle con objetos de pésimo gusto. Afortunadamente el grabado y la milagrosa invencion del daguerreotipo trasmitirán á las generaciones futuras la imágen de castillos, iglesias y monasterios, cuyas descripciones ya nos empiezan á parecer sueños brillantes ó galanas mentiras de poeta.

Preciosas ruinas, mi sabio mentor y dulce amigo, puede copiar el grabado y el daguerreotipo en Escalona, donde he pasado el día. Villa de nombre hebreo (*Ascalon*), y de muchos recuerdos históricos, tiene su asiento á la derecha márgen del rio Alberche, tres cortas leguas al

Sud de Cadalso en anchas y fértiles llanuras. Fué libre de señorío durante más de un siglo después de la conquista; por donacion de San Fernando la poseyeron su hijo el infante D. Manuel y sus descendientes el príncipe D. Juan Manuel, D. Fernando Manuel y Doña Blanca. En 1560 volvió al patrimonio de la corona, y al fin por buenos privilegios del rey D. Juan el II, librados en Madrid á 16 de febrero de 1424, y en Arévalo á 26 de igual mes de 1438, vino con los lugares de su tierra á poder de D. Alvaro de Luna. Puesta la villa junto á un rio de no pobre caudal, con altos muros y honda cava, sin padrastró en torno desde donde se la pudiese combatir, y muy abastecida de vituallas, la diputó desde luego el Condestable por cabeza de sus estados.

Ensanchó la fortaleza, situada al sol saliente, cercóla por el lado contrario al rio de un foso de cantería en declive, de hondura de dos picas; en la barbacana puso casamatas (que aun conservan el marco donde encajaban los mandíletes), dentro de las cuales jugaba con toda holgura la artillería; y á oriente, cierzo y occidente colocó por baluartes, delante del bien fraguado muro, ocho torres albarranas cuadradas, que á él se unen por lo alto con arcos de rosca de ladrillo, formando una plataforma general de gran defensa y hermosura. Buhederas y saetías en ellos abiertas oportunamente, y en las torres y en la muralla, servian para avizar sin riesgo y herir al que salvase los primeros reparos.

En el centro de la fortaleza resulta una ancha plaza, á cuyo frente se eleva, mirando al norte, el suntuosísimo palacio. «Aviale fecho el Condestable (dice su crónica) é era el mejor que en España se fallaba, como se puede bien creer aviendo sido obra del Condestable.» En la torre mayor de esta casa fuerte dió un rayo á 10 de agosto de 1438, y la abrasó tan furiosamente que «la llama (escribia el físico de Don Juan II) no la podieron amatar en tres días más de ochocientos peones, que más de dos mil cestos de tierra é zaques de agua la echaron encima. E achacan al obispo don Gutierre de Toledo (proseguia el satírico bachiller), que digera que un rayo que dió en la estatua de piedra de Julio César, le agoró de cedo la muerte: é el obispo juró al rei muy angustiado por su consagracion, agarrada la mano á su petoral, que jamás leyera ni oyera esta historia.»

D. Alvaro llamó á los más acreditados maestros alemanes y andaluces, quienes combinando felizmente el arte cristiano y musulman, y uniendo á la solidez grandiosa del uno los bellos trozos del otro, y

2 DE OCTUBRE DE 1855.



al follaje y rica talla de la ornamentación gótica los menudos atauriques de oro y azul, y las obras de mazonería á lo mosaico, reconstruyeron el alcázar, que en gala, riqueza y hermosura infundía celos á nuestra Alhambra granadina.

Está defendido por otra barbacana y foso con su puente levadiza en lo antiguo. La fachada, bien y armoniosamente dispuesta, carece de la ridícula simetría que hoy tanto campa. En los extremos descuellan sendas cuadradas torres, y avanza un cubo no lejos del centro. Tiene la de la izquierda, que es la del homenaje, gran ventana y ajimez ogival, con preciosos labores y columnitas. En el lienzo de muralla contiguo se ve la puerta de entrada, de arco de herradura, con un friso en la parte superior, donde á los lados de un escudo de armas resaltan salvajes, ramos, hojas, arpillas y bichas por adorno: encima un lindísimo ajimez, y en todo lo alto una tronera de casamata para arrojar esquinas y piedras y agua hirviendo á los que intentasen forzar la puerta. Cuatro ventanas, de ellas tres de medio punto más pequeñas y con oportunidad distribuidas en la parte superior, hay en el cubo inmediato; y en el lienzo de muralla siguiente un ajimez tan bello como los referidos. Coronan por último el edificio defensas y andamios con sus troneras para tiros y balistas, sostenidos por arcos y modillones de muy airosa figura, y en los andenes del cubo y torres almenas de diferentes formas.

Último aspecto ofrece el interior del alcázar. Desplomada la techumbre y con ella los pisos de las habitaciones, arrastraron tras sí las arcadas góticas del patio y las afiligranadas paredes, obstruyéndolo todo. Subsistieron únicamente en pie los muros exteriores de piedra, y por dentro los gruesísimos de ladrillo, salvo en los lados de occidente y mediodía, donde cedieron en gran parte. Hoy, merced al entusiasmo artístico y celo del joven duque de Frias, acaba de descombrarse el patio, se procura contener la ruina en lo que aun existe, y se pone á cubierto de soles y lluvias algun trozo de riquísimo artesonado de alerce y marfil con incrustaciones de púrpura y oro.

Treinta y tres pasos de travesía tiene el patio, y siete de ancho los cenadores que le circuyen. Sostienenlos veinte robustas columnas de sillares, ochavadas, en cuyos capiteles de gruesas y muy rizadas hojas, resalta el escudo de D. Alvaro con la media luna menguante. De ellas aun no han venido á tierra las once de los costados oriental y septentrional: y por aquí los muros en tal cual sitio conservan atauriques de lindo arte, árabes puros unas veces como los de la Alhambra, góticos las más, de combinaciones muy galanas y vistosas. Los arcos de entrada de las salas se atavian á estilo de los alcázares granadinos, con nichos, estalactitas, boveditas y festones; en las enjutas hay cintas, flores y hojas; y por cima á uno y otro lado, sobresalen gorriones de madera muy adornados para el encaje de las puertas. Es de mármol la de la escalera principal, no muy grande, con una franja de follajes en alto relieve, labor de mérito peregrino.

Pero lo que más arrebató las miradas son los restos de la sala rica, muy famosa en la crónica de D. Alvaro de Luna. Está situada entre el salón de la torre del homenaje y las habitaciones del sud. Conservan sus paredes los revestidos de estuco, fajas y cenefas de maravillosa obra, cuyos colores vivísimos aun de vez en cuando se descubren. En los tableros, en los dinteles y cornisas campea la media luna menguante, de gran tamaño, traza la con sin igual gallardía: en los recuadros de los arcos no faltan largas inscripciones africanas, y en los frisos, con letras monacales, versículos de los salmos.

Existe casi intacto un gabinete pequeño en el cubo de la fachada, que es tradición se hizo para archivo ó sirvió de tal en los últimos tiempos. Los caprichosos ramos de su bóveda gótica se juntan en la clave, y de allí se desprenden terminando en una muy labrada macolla. En los nichos que resultan hay grandes cruces griegas, y en sus centros y extremos conchas de oro, con diez más alrededor. Angeles de relieve entero, con revueltas y largas túnicas vuelan entre el ramaje llevando escudos y rótulos en las manos: cintas con sentencias de los salmos se enroscan á tirso y bastones; y el oro y hermosos colores perfectamente conservados, prestan un encanto indefinible á aquel techo en medio de tanta destrucción como le rodea. D. Juan Fernandez Pacheco, segundo de este nombre, quinto duque de Escalona, marqués de Villena, al colocar sobre el cubo un chapitel y campana por los años de 1598, hizo que se alterasen los timbres de los escudos, y se pintasen en las paredes cuantos blasones realizaban á la sazón la casa de Portugal y Pacheco.

Algun fragmento de ingenioso alicatado y de artesonados con elegantes ataurijas; cuatro ó cinco chimeneas de la época de Felipe II; un pequeño estanque de piedra con arriates para flores; grandes bóvedas y cuadras; una galería descubierta sobre el río, obra del siglo XIII, de severa forma, sostenida por rudas pilastras ochavadas, y su techo con zapatas árabes de rica labor, cuyas puntas figuran cabezas de dragones; en ella singulares pinturas en lugar de azulejos, y al pie de la muralla dos fuertes minas que dan al río, por las cuales bajaban á beber los caballos y cogían el agua para el alcázar y forta-

leza, son los objetos que después al observador entretienen. Pero uno excitó mi curiosidad vivamente.

Hace pocas semanas que al descombrar los patios y desembarazar el algebe que hay por bajo del estanque, se halló un cañon grande de hierro reforzado con aros, un falconete y varias pelotas ó morteros redondos de piedra, de distintos tamaños, ya de los que se arrojaban con trabucos, ya de los que se empleaban en la artillería, piezas todas de los tiempos del Condestable. Y lo más raro fué descubrir en el fondo de la cisterna dos cadáveres completamente armados, salvo que no pareció casco en uno de ellos. Oxidado el hierro y penetrando en los huesos, los impregnó de partículas metálicas; y ropas, hierro y humanos despojos, formaron una pasta. Las personas encargadas de la escavación, no reparando en ello y en la idea de que estaban los arneses rellenos de cieno, desencajaron los petos, espaldares, celada, gola y barbotas, y los dieron á limpiar á un espadero, que no sacó más fruto que reducir á hojas muy delgadas de hierro las piezas grandes, porque las chicas se habían convertido en polvo. Aun se ven los huesos y restos de los quijotes, grevas y otras partes de la armadura hechos tierra junto á la boca del algebe, y he podido examinarlos por mí mismo. ¿Quién sabe ya la historia de aquellos dos hombres? ¿Fué por aventura alguno de ellos el hijo de Gomez Gonzalez de Illescas, á quien villanamente mató D. Alvaro de Luna, teniéndole allí en rehenes, por haberse tardado su padre en aprontar 200,000 maravedís de oro? ¿Son tal vez los cadáveres de soldados de cuenta á quienes se *empozó*, castigo ejemplar de aquellos tiempos? ¿Ó quizá de un audaz partidario de D. Juan el II, que vendió cara su vida penetrando en este alcázar, anheloso de vengar en la mujer é hijo del Condestable la ofensa de disparar tiros de pólvora y lombardas y saetas con yerba contra la persona del rey que sitiaba la villa, rebelada en 1453 por mandato del infortunado favorito? (1)

Con tales imaginaciones, me senté, señor canónigo, á la fresca sombra de las ruinas, viendo á mis pies correr mansamente el río por entre espesos bosques y verdes olivares. Entonces me asaltaron en tropel antiguas memorias de estos sitios; y respondiendo á ellas mis compañeros de viaje, sostuvimos una conversación muy animada. Ya discurriamos sobre el fuero que el séptimo Alfonso dió á Escalona y revalidaron y ampliaron por su mandato Diego y Domingo Alvarez en 1154. Ya nos hacían reir (tan diferentes son hoy nuestras costumbres) las *posturas* que hicieron Alonso VIII y Fernando III, y confirmó Alonso X en febrero de 1256 para el buen gobierno de la villa y su territorio, poniendo tasa no solo á toda mercadería, sino á las viandas que se habían de servir á la mesa, fijando su número. Pero nos sonaban de perlas, en tan original y curioso documento, las palabras que el autor de las *Partidas* dirigía á los hombres buenos de Escalona: «Et esto fago yo por gran sabor que he de vos guardar de danno, é de soberanía que se vos torne en danno, é de meyoradvos en todas vuestas cosas, porque seades más ricos é más abundados é hayades más, é valades más, é podades á mí facer más servicio (2).» Ya supone V. no olvidáramos que en este alcázar nació por mayo de 1282 el esclarecido príncipe D. Juan Manuel, insigne escritor y valentísimo soldado; que alojaron aquí repetidas veces D. Juan II y las reinas Doña María de Aragón y Doña Isabel de Portugal, Enrique IV y la Beltraneja; que el señorío de Escalona vino á la casa de Pacheco por mercedes del último Enrique de 50 de abril y 25 de mayo de 1470; y que á su virtud, el maestro de Santiago, D. Juan, fundó mayorazgo con la villa, sus alcázares y lugares de su tierra, bajo el título y dignidad de duque, en 17 de diciembre de 1472, y en fin, que llegando fugitiva á este castillo en febrero de 1522 la ilustre y bizarra heroína Doña María Pacheco de Padilla, encontró cerradas sus puertas y sufrió una brusca y desapiadada repulsa de su tío el marqués de Villena D. Diego Lopez Pacheco.

Paraban sin embargo siempre todos nuestros discursos en D. Al-

(1) Apéndices á la Crónica de D. Alvaro de Luna, pág. 457.—Instrucción y regimiento de guerra que hizo y ordenó Diego Montes, dirigida al ilustrísimo y muy magnífico señor don Beltrán de la Cueva, duque de Alburquerque. Zaragoza: 1557 pág. X, vuelta.—Crónica del serenísimo rey D. Juan segundo, Año LIII.

(2) Ignoro si está impreso este documento. De él tengo esmerada copia hecha por el clarísimo Florez. Hé aquí algunos títulos de las posturas: «De cuanto vala escudo é silla de caballo é de rocín.—Que ninguno non traya sillas con orpel, nin cen argenteo.—Que ninguna mujer non traya erfres, ni cintas, ni aljófares.—De quanto valan las tocas de seda.—De quanto valen zapatos dorados.—Que ninguno non coma más de dos carnes é de dos pescados.—En razon de las bodas; que ninguno non sea osado de dar nin de tomar calzas.—Que non fagan cofradías nin yuntas malas.—De cuanto vala caballo é yegua é mula é palafren.—De cuanto valen los buyes é los novillos.—Que non sequen de mios regnos caballos, nin yeguas, nin rocines, nin mulo, nin mula.—Que non tomen los huevos á los alcores.—Que non tomen al azor, nin al falcon, nin al gavilan yaciendo.—De cuanto valan los azores.—De cuanto valan los gavilanes.—De la casa.—Que non pongan fuego á los montes.—Que non echen yervas en las aguas para matar el pescado.—De los montes.—De las defesas.—Que ninguno non corte árbol ageno.—De como andan vestidos los moros.—Que non erie cristina hijo de julio nin de moro.—Que los moros coronados, que pechen segun el tiempo del rey D. Alfonso.—Que todo home tenga caballo é armas, é este guisado segun manda su fuero.—De los que se tornan moros ó judios.—Que todas estas cosas sobredichas se prueben é averigüen de vecino á vecino.



varo de Luna. Por la grandeza y hermosura de su palacio, pretendíamos medir el espíritu de aquel hombre alargado de parientes y desamparado de favorecedores, que por sus propias fuerzas llegó á ser conde de Santisteban, duque de Trujillo, maestre de Santiago y condestable de Castilla; á tener suyas patrimoniales sesenta villas y fortalezas; á haber por suyos cinco condes y dar acostamientos á los mayores señores y de grandes casas de todas las ciudades del reino; á pagar tres mil lanzas, dueño absoluto de Castilla y Leon, y árbitro de las armas de Francia é Inglaterra. A cada paso creíamos ver entre las ruinas la sombra de aquel Condestable de cuerpo pequeño y flaco rostro, todo nervios y huesos, calvo de buena voluntad, de ojos pequeños y agudos, de boca honda y malos dientes, tardo en el habla, pero de gran corazón y osadía, muy enamorado y secreto, buen gine, famoso justador y mediano poeta.

Parecíanos contemplarle festejando, por diciembre de 1448, con la bazarra de un monarca al rey D. Juan II y á su nueva esposa Doña Isabel de Portugal en este alcázar de Escalona. «Algunos portugueses (dice la crónica) que allí venían con la reina, que non avian visto aquella casa, mucho se maravillaron quando vieron aquella entrada tan fuerte é tan magnífica é caballerosa. Despues que entraron dentro en la casa, falláronla muy guarnida de paños franceses é de otros paños de seda é de oro; é todas las cámaras é salas estaban dando de sí muy suaves olores. En los aparadores do estaban las baxillas avia muchas copas de oro con piedras preciosas, é grandes platos é confiteros, é barriles, é cántaros de oro é de p'ata cobiertos de sotiles esmaltes é labores. Despues que los reyes fueron á las mesas, entraron los maestresalas con los manjares, levando ante sí muchos menestriales é trompetas é tamborinos; é assi fué servida la mesa del rey é de los otros caballeros, é duñas é doncellas de muchos é diversos manjares. Las mesas levantadas, los mancebos danzaron con las doncellas, é los caballeros fuéron prestos al torneo, que se ordenó en el patio delantero del alcázar. E el rey con sus caballeros é la reina con sus duñas é doncellas se pusieron en aquellos logares que estaban muy ricamente aderezados donde mirasen (1). Otro día ovieron otro torneo á pié en la sala rica de noche; los asentamientos estaban fechos altos para el rey é la reina; é la claridad era tan grande de las achas que parecia que fuesse muy claro día. Cada día de los que allí estuvo el rey, ovo diversas fiestas é fué servido de diversas maneras é cirimonias.»

Lejos de cautivar tales agasajos el ánimo de Isabel, la indignó que el vasallo superase en grandeza y majestad al monarca; encendiéndose allí en su corazón la centella que habia de abrasar cinco años despues el poder de D. Alvaro, despeñarle de la cumbre de la fortuna á la infelicidad más lastimosa, y hacer rodase en afrentoso patibulo su cabeza á los piés de un verdugo. Mientras sucedia tamaña tragedia en la plaza de Valladolid, cercaba el rey D. Juan á Escalona, que á pesar de sus pertrechos y aguerridos defensores, una vez hecha justicia del Maestre, á los veinte dias al fin se dió á partido, bajo condicion que habian de hacerse tres partes los grandes tesoros que en el alcázar tenia D. Alvaro: una para su mujer la condesa, y dos para el rey. Consistían estos, sin las bajillas de plata y de oro, en millon y medio de doblas de la banda, ochenta cuentos de monedas de Aragon y de otros reinos, y siete tinajas de doblas alfonsinas y florentinas. Tanto le importó al rey mostrarse cruel é ingrato con el hombre á quien habia levantado á par de sí, y en quien vino por último á resignar el imperio y esplendor de la corona.

Ya estará V. cansado, amigo mio, y fuera impertinencia hablarle del antiguo retablo con buenos cuadros que hay en el hospital de esta villa, fundado en 1527 por los marqueses de Villena D. Diego Lopez Pacheco y Doña Juana Enriquez; ni del convento de monjas franciscanas de la Concepcion que estos señores acrecentaron, y en cuyo templo yacen.

Otro espacio en verdad pedia el exámen de este edificio colocado estramuros en los llanos del norte, cuya iglesia acaban de retejar y componer el piadoso celo y generoso amor de personas particulares, poniéndola á salvo de inminente ruina: participa del gusto gótico y del renacimiento, siendo muy elegante su portada plateresca. A los piés tiene el coro, donde no falta ni la antigua sillería ni los almohadones que dejaron las religiosas; pero una mitad de su techo ha venido á tierra, trayendo tras sí los nichos en que reposaban los restos mortales de los marqueses D. Juan Fernandez Pacheco, embajador en Roma, virey de Sicilia, y de su mujer Doña Serafina de Portugal. Sus momias perfectamente conservadas, que hoy todavía se hallan á merced de los vientos y de las lluvias, se depositarán muy pronto en lugar digno que les prepara su ilustre descendiente (2). El claustro es

(1) Eran estos las ventanas, ajimeces y andamios de la fachada principal del palacio; la misma que dibujada desde el referido patio del alcázar damos á la cabeza del presente artículo.

(2) Ya tuvo lugar solemne y decorosamente. Verificóse la traslación á 43 del mes anterior con asistencia del mismo señor duque de Frias y de su familia, del juez de

obra del siglo XV; y del anterior dos grandes salones y el refectorio, donde hay un púlpito, como aquel famoso, porque en él predicó S. Vicente Ferrer que vimos en Santiago del arrabal de Toledo.

Desierto el convento y abandonado á las inclemencias de las estaciones, se va desenlazando y cayendo todo á pedazos cada día. Techumbre y paredes aquí y allí se desploman; sin riesgo de perecer no se puede atravesar por ninguna parte; y ni las cigüeñas se atreven á posar en la torre.

Si en esta expedición de verano me ha hecho tanta falta mi sabio canónigo del Sacromonte para recibir sus ideas y rectificar y enriquecer las mías con el choque de unas y otras, estas líneas le probarán por lo menos que no le aparto ni un punto de mi memoria.

29 de julio.

AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA y ORBE.

## DON FERNANDO MATUTE Y AZEVEDO.

Poco interés ofrece por sí misma la biografía de este literato, sobre todo cuando no hay bastantes noticias para completarla; pero la singularidad de haber compuesto en verso, aunque parece estarlo en prosa, una obra en dos gruesos tomos en folio, y los datos que acerca de la dominación española en Sicilia se encuentra en sus alegaciones sobre las Gabelas de Mesina, le hacen todavía digno de alguna atención.

Fué natural de Madrid, estudió la filosofía en Alcalá y los derechos en Salamanca, allí se graduó, y fué despues catedrático de la Universidad. Ejerció veintitres años la abogacía en los tribunales de la corte, siendo propuesto para varias plazas de ellos, hasta que S. M. le concedió el cargo de Consultor Real de los Vireyes de Sicilia, y Protector del Real Patrimonio. El nombramiento tuvo lugar en 4 de agosto de 1609, segun dice el mismo interesado al fin de su alegación latina *pro gabella contra Messanenses*; pero no debió marchar hasta muy entrado el año siguiente, pues que firmó en Madrid á 20 de marzo de 1610 su tratado manuscrito de jurisdicción eclesiástica, titulándose ya Consultor de Sicilia.

En 1632 llevaba por consiguiente veintitres años (1) de este destino, y si á ellos se añaden los veintitres que ejerció como abogado, le quedan todavía cuatro para su profesorado en Salamanca, y para que sin grande impropiedad pudiera decir en el *Triunfo del desengaño*: «He vivido diez lustros entre las letras y libros, la mitad siendo abogado, la mitad siendo ministro.» En tal concepto hubo de servir á las órdenes de varios vireyes, ejercitando siempre la justicia con entereza, y dando muestras de grande instrucción y habilidad (2).

Por real cédula de 8 de febrero de 1610, y cesación del marqués de Villena, se encargó interinamente del vireinato el cardenal Juanetín Doria, arzobispo de Palermo. A principios de 1611 tomó las riendas el duque de Osuna. En abril de 1616 fué trasladado al de Nápoles; pero detenido por enfermedad ú otros motivos, parece que no entregó el mando á Doria, también interinamente, hasta 19 de julio. El conde de Castro llegó el mismo año de 1616, y le sucedió en marzo de 1622 el príncipe Filiberto (3), hijo del duque de Saboya, gran prior de Castilla, que murió de la peste en Palermo á 3 de agosto de 1624. El cardenal Doria volvió á encargarse, y en 11 de junio de 1626 posesionó á D. Antonio Lopez Pimentel, marqués de Tabara, que en 28 de marzo del año siguiente dejó por sucesor interino á su hijo el conde de

primera instancia, ayuntamiento, clerecía y personas principales de Escalona. Hubo misa cantada de cuerpo presente, grandes limosnas á los pobres, abrióse un nicho á propósito en la capilla mayor al lado del Evangelio, colocáronse allí los cadáveres, y no faltó nada á la ceremonia de cuanto pudiera hacerla tierna y sobre todo encantamiento piadosa.

D. Juan Fernandez Pacheco Cabrera y Bovadilla, marqués de Villena, quinto duque de Escalona, caballero del toison de oro en 29 de noviembre de 1595, embajador de Roma por junio de 1605, espléndido y magnífico en las funciones del día de San Pedro del año de 1604, virey y capitán general del reino de Sicilia en 23 de abril de 1606, — murió en Escalona á 6 de mayo de 1615.

Su mujer Doña Serafina de Braganza y Portugal, hija de los duques de Braganza D. Juan y Doña Catalina, falleció en Roma á 6 de enero de 1604. Fué depositado el cadáver en la iglesia de santa Cecilia de aquella capital del erbe, y trasladado despues al convento de la Concepcion de Escalona.

(1) Alvarez Baena (*hijo de Madrid*), dice 23, engañado por las palabras que arriba se copian y por no haber tenido noticia de la fecha del nombramiento.

(2) Alvarez Baena, refiriéndose á la obra *El triunfo del desengaño*, entre los vireyes de quienes D. Fernando fué consultor, cuenta al marqués de Villena, pero este dejó de serlo en febrero de 1610, y en 20 de marzo aun se hallaba aquel en Madrid: en la enumeración que despues hace, omite la segunda interinidad del cardenal Doria y llama 2.ª á la 5.ª Por último, da por sentado que ejerció su cargo hasta y durante el vireinato del duque de Alcalá; sin embargo, este empezó en noviembre de 1652, y en el mismo año aparece D. Fernando en Nápoles, sin empleo alguno, publicando su obra de *El triunfo del desengaño*.

(3) Pellicer (*Ensayo de una Biblioteca de Traductores Españoles* art. Fr. Alberto de Aguayo), se ocupa incidentalmente de D. Fernando Matute, y por equivocación da el nombre de Emmanuel de Saboya al príncipe Filiberto.



Villada, el cual permaneció hasta 26 de setiembre. A él siguieron D. Francisco Fernandez de la Cueva, duque de Albuquerque, hasta 23 de noviembre de 1632; D. Fernando Afán de Ribera y Henriquez, duque de Alcalá, hasta marzo de 1637. En 28 de noviembre de 1633, con facultad régia, había nombrado para sucederle á su yerno D. Luis de Moncada, príncipe de Paterno, que continuó hasta 3 de febrero de 1639.—Ocuparon su lugar el conde Braganza, hasta 1641, y después el almirante de Castilla D. Juan Alfonso Henriquez (1).

Está en la posibilidad que D. Fernando haya ejercido su cargo de Consultor durante todos ó la mayor parte de los vireinatos referidos; pero solo puede asegurarse que haya pasado á Sicilia durante la primera interinidad del cardenal Doria, y que allí continuaba á las órdenes de Osuna en 29 de noviembre de 1612, en que firmó su alegación latina antes citada. Nada mas se sabe de él, hasta que en 1632 aparece en Nápoles, ausente de sus empleos y retirado por la emulación, según él mismo da á entender en la repetida obra de *El triunfo del desengaño*, que publicó entonces. Cuáles fueron los motivos que ocasionaron su retraimiento, cuándo salió de él, y si volvió á Sicilia, como parece deducirse de la publicación de sus obras póstumas en Palermo, son puntos que aun estan por averiguar, y que probablemente constarán de la citada impresion póstuma, en la que los editores, parientes ó amigos del autor no dejarían de dar algunas noticias de su persona. Parece no obstante que nadie la ha tenido presente, y quizá tampoco la haya visto D. Nicolás Antonio, que no da de ella ningun detalle, ni cita siquiera el nombre del impresor. Pellicer no estaba en el caso de hablar de las *Disquisitiones Juris*, y Alvarez Baena no hace en este particular mas que referirse á D. Nicolás Antonio. Registraron si el

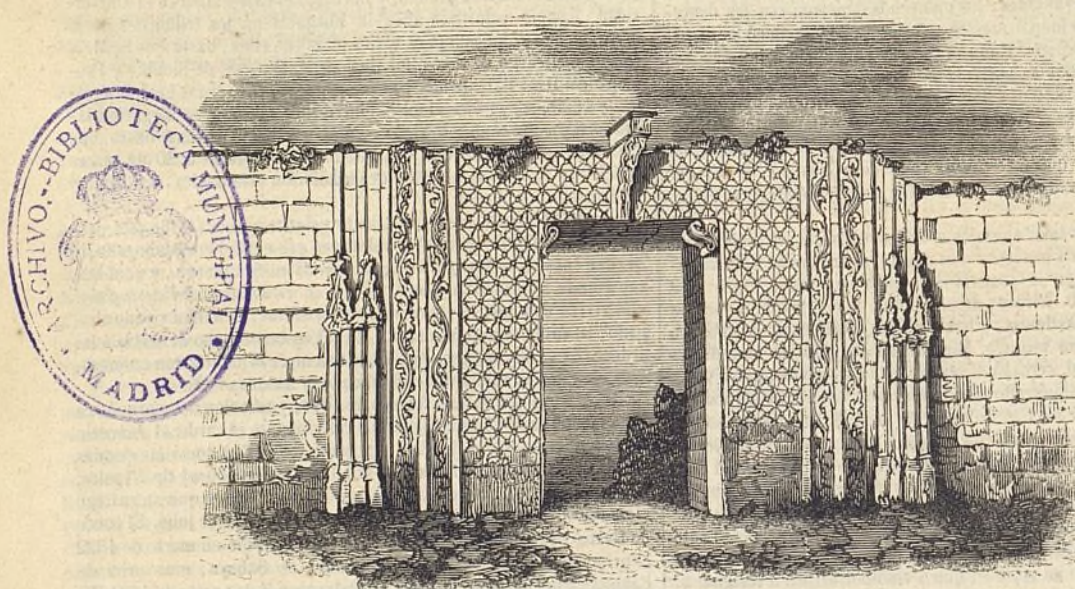
*Triunfo del desengaño*, y segun Baena, en la epístola laudatoria que puso á esta obra el padre maestro fray Gaspar de Sosa, comendador del convento de Santa Ursula de Nápoles, orden de la Merced, dice, entre otras alabanzas de D. Fernando, que no le habían embarazado sus ocupaciones para que hubiese escrito de su mano mas de dos mil libros, de que era testigo, en que había dispuestas materias de jurisdicción y discursos importantes á la autoridad de la corona de España, y entre ellas la *Resolucion de las cuestiones indecisas de la glosa de Gregorio Lopez á las leyes de Partida*, con otras muchas consultas que trabajó mientras fué abogado.

A pesar de todo no se conocen de él sino las obras siguientes:

1 *Triunfo del desengaño contra el engaño, etc.* Nápoles 1632. Lázaro Scorigio. 2 tom. fol. de mas de 900 pág. cada uno. (Nicolás Antonio pone por equivocacion 1652.)

En esta obra, dice Pellicer, se encuentra el indecible trabajo, mas digno de admiración que de alabanza, de haber escrito toda la obra, desde el principio hasta el fin, en versos de ocho sílabas, aunque parece prosa, sin perdonar ni aun el título, que dividido en piés dice así:

El triunfo del desengaño  
contra el engaño y astucia  
de las edades del mundo,  
para todas profesiones  
y para todos estados,  
compuesto en esta ocasion  
de ausencia y ociosidad,  
por Don Fernando Matute,



(Fachada de la casa del Gran Capitan.—Pág. 317.)

Consultor de los Vireyes,  
Protector del Patrimonio  
en el reino de Sicilia,  
que va dirigido á Job,  
como á ejemplar de paciencia  
y padre del desengaño, etc.

De la misma manera podria trasformarse todo el testo, y hasta las piezas preliminares del autor; véase si no la cita antes hecha, y que se convierte en los cuatro versos siguientes:

He vivido diez lustros  
entre las letras y libros,  
la mitad siendo abogado,  
la mitad siendo ministro.

Esta circunstancia ya la notó D. Nicolás Antonio, previniendo que

muchos no habrían reparado en ella, y después la repitió Baena, añadiendo que la obra es de mucha erudición y muy rara, y que tiene varios elogios de sugetos que se hallaban en Nápoles, y entre ellos uno de D. Fabricio Lanario de Aragon, merino de cédula de la reina, hijo único del príncipe de Carpiñano y nieto de D. Fernando.

2 *Disquisitionum juris Semicenturia Posthuma.*—Panormi 1635. Fol. (N. A.)

3 *Tratado de la jurisdiccion eclesiástica, por el doctor Hernando Matute y Azebedo.*

Manuscrito en folio, siglo XVII, en papel bien conservado, autógrafo, letra grande, cursiva y muy clara, hojas, 266. Una tirilla impresa pegada en la primera hoja de este libro, previene que perteneció á la Biblioteca del duque de Coislin, quien lo legó al Monasterio de San German an 1732. (Biblioteca real de Paris, Teología, número 1,504, Saint-Germain.)

Esta obra está dirigida á Felipe III por el autor, que se titula de su consejo y su consultor del reino de Sicilia. En un breve prefacio al rey, manifiesta los motivos:—«El maestro fray Luis de Aliaga, confesor de S. M., me ha encargado algunas veces que con algun estudio y discurso procurase advertir algun remedio suficiente para que los nuncios apostólicos y otros jueces eclesiásticos cumpliesen y obe-

(4) Ciacconius: *Vita et res gestae Pontificum Romanorum, et cardinalium*. tom. 4.º an. 1592. col. 365 a.º LII (52)—Rocchi Pirri: *Ecclesiae Panormitanae. Not. A. lib. 1. an. 1608*—apud J. G. Gravii. *Thesaurus Antiquit. et historiar. Siciliae*. tom. 2.—Rocchi Pirri. *Chronologiae Regum Siciliae* col. 116. apud id. id. tom. 3.



deciesen los decretos del consejo en las causas eclesiásticas... Sigue haciendo una reseña de los que ya antiguamente se habían ocupado en lo mismo desde el tiempo de Felipe II, pues según se explica había llegado el abuso á un grado escandaloso; y acaba diciendo que ha creído conveniente dividir su obra en cuatro partes para mayor claridad, y porque así lo requiere la naturaleza del argumento.—Finaliza.—«Yo he cumplido con lo que se me mandó... en Madrid á 20 de marzo de 1610 años, humilde vasallo y criado de V. M., sus reales piés besa el doctor Fernando de Matute y Azebedo.» El nombre está rubricado y en la misma letra que todo lo restante, lo que me autoriza á creer que el manuscrito es efectivamente autógrafo, como he anunciado al principio. No se ha publicado nunca.

(Ochoa: manuscritos españoles de las Bibliotecas de París, página 50, núm. 10.)

4 Potentissimo Regum domino nostro Philippo III, Hispaniarum, utriusque Siciliae, et utriusque novi orbis regi cathólico. Doctor Don Ferdinandus Matute eius in regno Siciliae consilius Proregum Regalis consultor, etc. Protector regis patrimonii responsum dirigit redditum excellentissimo suo proregi, et locum tenenti Duci Ossunae pro impositione gabellae extractionis sericae ex Portu Ciuitatis Messanae. Anno 1612. Concluye... Messanae hae fuerunt ad finem perductae die septembris 24 anno Salutis, 1612. Panormi [postea recognita et addita typis mandata et finita die nouembris 17, eiusdem anni 1612 (en folio, 124 páginas).

5 Respuesta del doctor D. Fernando de Matute del consejo de S. M. en el reino de Sicilia, consultor real de los vireyes y protector del patrimonio real del mismo reino. Dada á la consulta del Excmo. duque de Osuna, conde de Ureña, marqués de Peñafiel, de la orden del Tusón, virey, lugarteniente y capitán general del mismo reino. Sobre la gabela de 25 granos en la estracción de cada libra de seda cruda por el puerto de Micina, impuesta año de 1612, dirigida al rey nuestro señor.—Concluye... En Messina el día último de setiembre de 1612, acabado de imprimir en Palermo á 7 de noviembre de 1612 (en folio, 64 páginas).

Es en el fondo idéntica á la anterior, aunque mas compendiada.—Cita la latina con elogio Tomás del Bene de immunitate ecclesiastica, part. 1.<sup>a</sup>, cap. 3, dub. 14, sect. 9.

En ella se hace mención incidentalmente de algunos fueros de Mesina y de la conveniencia de moderarlos con motivo de las dificultades que ofrecían para el gobierno y la administración del reino de Sicilia. Cuando Osuna llegó, la isla se hallaba en un estado casi desastroso, bastando apenas las rentas reales para cubrir la mitad de los gastos (1). El nuevo virey atendió con ellas á los aprestos y defensas militares, y al afecto de pedir subsidios para ocurrir á las demás necesidades, reunió el parlamento en Palermo á 20 de mayo de 1612. Acordóse servir al rey con 300,000 ducados en cada un año de los nueve primeros siguientes, confirmando los servicios precedentes que serían otros 400,000 escudos; pero en estas concesiones no se incluyó á Mesina porque no asistía á los parlamentos á causa de la preeminencia que disputaba á Palermo, y porque tenía privilegio para no considerarse obligada á lo dispuesto en ellos cuando no asistiese. Sin

(1) En ambas alegaciones se inserta la siguiente «Relación de las rentas y gastos del Patrimonio Real del reino de Sicilia».

## RENTAS.

	ESCUDOS.
Donativos ordinarios. . . . .	212886 7 2
Secrecías y Aduanas. . . . .	171407 6 "
Cruzada, un año con otro. . . . .	60000 "
Asunaras. . . . .	21056 5 "
Islas de la Faviana, Levanzo y Marettimo. . . . .	3505 "
Sello de Maestre justiciero, un año con otro. . . . .	8500 "
Sello de Canciller, un año con otro. . . . .	1000 "
Colector de la décima y tercia, id. id. . . . .	16000 "
Colector de las fiscalías, id. id. . . . .	5000 "
Gabela de Naypes. . . . .	4375 "
Venta de oficios, un año con otro. . . . .	10000 "
Tratas de atún y queso, id. id. . . . .	15000 "
Salina en Trápana. . . . .	725 "
Censo que paga la ciudad de Mistretta. . . . .	2500 "
Diputación del muelle de Palermo. . . . .	4750 "
Gabela de ancoraje de Mesina. . . . .	487 6 "
Gabela de los hierros y aceros de id. . . . .	1035 "
Gabela del cuartucho de Melazzo. . . . .	150 "
Zecca de Mesina, un año con otro. . . . .	1000 "
Espolios y frutos de sedes vacantes, id. id. . . . .	20000 "
Creces de trigo de los cargadores. . . . .	6000 "
	364397 10 2

Y se advierte que no se incluyen las ratas de trigo en los sobredichos introitos por ser muy inciertos, por causa que de algunos años á esta parte se ha visto la poca requesta, y falta en el reino de trigo.

embargo, para que contribuyese por su parte, en julio siguiente estableció Osuna el derecho de un tarín y cinco granos sobre cada libra de seda que saliese por su puerto. La ciudad opuso la concordia que había hecho en 1591 con el duque de Alva, virey en nombre de Felipe II, dando 600,000 escudos en rescate de dos gabelas idénticas que sumaban los mismos 25 granos por cada libra de seda; y sobre la validez de este convenio y otros puntos jurisdiccionales se formó la contienda que dió lugar á las dos alegaciones citadas y algunas mas de diversos letrados (1).

EL SOLAR DE LA GRAN CASA DE CORDOBA,  
Y LA PATRIA DEL GRAN CAPITAN.

En un barrio de la ciudad de Córdoba, solitario, de calles estrechas y algunas terrizas, poblado de humildes casas, se hallan algunos huertos que fueron en otro tiempo magníficas habitaciones de podero-

## GASTOS.

	ESCUDOS.
20 compañías de infantería española. . . . .	491040 "
Castillos del reino, islas de Pantalarca y Lipar. . . . .	40015 9 8
Ventajas de los 4000 de S. M. y entretenimientos. . . . .	88596 "
Residentes y plazas de los 60. . . . .	16568 "
Veedor general y su oficial mayor. . . . .	1544 "
Oficiales que van fuera. . . . .	800 "
Oficiales mayores del tercio. . . . .	5192 "
Capitan de campaña y sus soldados. . . . .	1520 "
Tres capitanes de armas. . . . .	8350 "
Capitan de armas de las furias y sus soldados. . . . .	2100 "
6 Soldados del capitán Baraona. . . . .	340 "
Guardia alemana de S. E. . . . .	2322 "
Sargentos mayores. . . . .	1872 "
Galeras. . . . .	144564 "
Salarios. . . . .	75191 8 9
Gastos del Supremo Consejo de Italia. . . . .	2291 8 "
Subyugaciones y censos. . . . .	181000 "
Subyugaciones por lo que ha prestado la ciudad de Palermo á la corte. . . . .	89288 3 "
Fortificaciones del reino. . . . .	45666 2 17
Fábrica de palacios reales. . . . .	6666 8 "
Asignaciones y rentas por S. M. . . . .	50554 9 14
Gastos de correos. . . . .	7000 "
Jornadas de delegados y comisarios. . . . .	2000 "
Diversos gastos. . . . .	20000 "
Gastos de espolios. . . . .	20000 "
Cámara de Milan. . . . .	25555 4 "
General de las galeras de Génova. . . . .	4585 4 "
Franquezas. . . . .	5000 "
	4001197 11 5
Gastos. . . . .	4001197 11 5
Rentas. . . . .	564397 10 2
Faltarán cada año. . . . .	436600 1 5

También faltan los otros 60,000 escudos de la cruzada porque se llevan á España y así juntamente faltan 496,600.

En Palermo á 24 de marzo de 1612.

Francisco Sarmiento, Racional.

Los escudos son de 12 tarines, y el tarín de 20 granos; por lo que yo tengo entendido, nuestro real de ahora equivale á 6 granos y medio próximamente.

(1) Entre ellas he tenido ocasión de ver las siguientes:

4 De immunitate Gabellae pro nobili et fidelissima Urbe Messana contra Regium fiscum et Siciliae Regnum (fol. hoj. 151).

2 Pro nobili et fidelissima Urbe Messana, contra Reg. Fiscum et Siciliae Regnum super reductione ad pristinum gabellae contra privilegia Urbis impositae per Exc. duem Osunae Siciliae proregem, et quod interim lite super meritis pendente sit suspendenda iuxta declarationem curiae Straticotialis. (El Dr. Luis de Casanate, en fol. 15. hoj.)

3 JHS. Pro Regno Siciliae contra civitatem Messanam. (Lic. D. Francisco Valcarcel, en fol. 17. hoj.)

4 Pro Reg. Fisco contra civitatem Messanam. (Lic. D. Th. de Vargas de la Carrera, fol. 38. hoj.)

5 Jesús Maria. Responsum V. J. D. Joann. Bapt. Castello siculi Messanensis, pro nobili Urbe Messanae, contra Regium fiscum super impositione Vectigalis extractionis sericae ex eius portu indicti anno 1612 per Illmo. et Excellmo. Ossunae duem pro sua catholica Maestate in hoc Siciliae Regium proregem dignissimum. (fol. hoj. 71.)

6 Pro nobilissima urbe Messana, adversus Regium Fiscum et Siciliae Regnum, super articulo executionis declarationis iudicis straticotialis, per quos fuit dictum impositionem gabellae granor. 25. pro qualibet libra serici, extrahenda á portu ejusdem urbis ad pristinum esse reducendam. (El Lic. D. Antonio de la Cueva y Silva, fol. 8 hoj.)

7 Allegaciones V. Y. D. D. Joseph de Neapoli Fisci Patroni pro impositione Vectigalis extractionis serici ex portu civitatis Messanae anno 1612 Illmo. et Exmo. D. Pedro Giron duci Ossunae comis Urnense, etc. (fol. hoj. 50.)

En la alegación del núm. 4, que debe ser la última en fecha, se cita otro escrito de D. Petrus Corsetus, Regius consiliarius, Rationumque Siciliae Magister, en favor del fisco. Tampoco he visto impreso el convenio celebrado con el duque de Alva en 1591, pero sí copia manuscrita autorizada de la real cédula en que se aprobó, fecha 21 de octubre del mismo año de 1591; en ella se dice que el servicio fúe de 300,000 escudos, pero espresa que eran de 44 tarines, de modo que vienen á summar igual cantidad que los 600,000 de 42 tarines, con corta diferencia.



sos ricos-hombres, no lejos de la insigne iglesia colegial y capilla real de San Hipólito, hoy suprimida á pesar de descansar allí los cuerpos de Fernando IV y de Alfonso XI. En este barrio pues se ven las ruinas de la casa de los Fernandez de Córdoba, señores de Montemayor, y después condes de Alcaudete, convertida en espacioso huerto: enfrente la de los Fernandez de Córdoba, señores de la casa de Aguilar, y finalmente, después de haber sido arca de un convento, es hoy paseo público el sitio donde estuvo la casa de los Fernandez de Córdoba, señores de Chillon, Lucena y Espejo, y después marqueses de Comares.

De estas casas es la mas conocida la de los señores de Aguilar, llamada del *Aguila*, por la que sosteniendo el escudo de esta rama de la casa de Córdoba, se veía sobre la portada; escudo y águila que se conservó acaso hasta el siglo pasado, y últimamente, no quedando mas de lo exterior que la parte de la fachada que representa el dibujo que va por cabeza de este artículo, fué demolida sin consideracion alguna en 1832, á pesar de ser el solar ilustre de toda la gran casa de Córdoba, de cuyas glorias estan llenas las crónicas de nuestra nacion.

En esta casa, segun unos escritores cordobeses, ó en la de los marqueses de Comares, segun otros, nació Gonzalo Fernandez de Córdoba, el gran capitán, divergencia que hasta ahora no hemos tenido ocasion de poder dirimir.

Mas como de cualquier manera sea siempre cierto que el Gran Capitan nació en Córdoba, cosa que algunos han puesto en duda sin bastante fundamento, nos ha parecido esta ocasion oportuna para resolver esta duda, lo que no juzgamos muy difícil.

Aunque son muchos mas los testimonios que hay para estar por que el Gran Capitan nació en Córdoba, alguno que otro escritor ha asegurado, ó dado por cierto que vió la luz en Montilla, sin otro fundamento que haberlo leído en el *breve compendio que de la vida del Gran Capitan escribió Francisco de Herrera*, despreciando, ó acaso sin tener en cuenta los testimonios que hay en contra de este, mas numerosos y mas atendibles, así por esta circunstancia de tanto peso, como porque el dicho de Herrera no es terminante ni decisivo, y por lo tanto deja en duda la controversia, pues dice así: «nació en Córdoba. .... otros dicen que nació en Montilla, y es lo mas cierto.» Nosotros vamos á esponer las autoridades en que nos apoyamos para asegurar que el Gran Capitan es natural de Córdoba.

Ambrosio de Morales, que por no muy lejano de los tiempos del Gran Capitan, por cordobés y por escritor veracísimo y diligente, merece toda fe en esta materia, dice así en el libro X de las antigüedades:

«Y siendo Córdoba tan principal lugar, como encarecia bien su *ilustrísimo ciudadano el Gran Capitan*, diciendo que aunque habia visto muchos lugares donde viviera de mejor gana que en Córdoba, no habia visto ninguno donde quisiera nacer de mejor gana.»

Juan Ginés de Sepúlveda, mas próximo á los tiempos del Gran Capitan que Morales, pues tenia ya 25 años el de 1515 en que murió Gonzalo de Córdoba, y que tampoco carecia de otros motivos para saber su patria, en el libro que escribió de *appetenda gloria*, asegura que Gonzalo de Córdoba era natural de esta ciudad.

El historiador cordobés, Andrés de Morales, cuyos manuscritos tenemos á la vista, hablando de los padres del Gran Capitan, dice así: «vivian estos señores en aquellos tiempos en las principales casas que poseen en Córdoba, cerca de San Hipólito, en el barrio que llaman Trascastillo, y en ellas nació D. Gonzalo, para tan grande honra de su patria.»

Luis Nuñez (Nonius en latin) se esplica así tratando de Córdoba: Hac urbe etiam ortus Gonzalii Ferdinandus de Aguilar, qui florentissimum illud neapolitanum regnum è gallorum manibus summa virtute eripuit, et magna cum laude hispanis stabilivit: vir maximus antiquorum decibus comparandus ut non immeritò magni ductis cognomen obtineat.

D. Francisco de Trillo y Figueroa, en su poema heroico titulado *Napolisea*, que imprimió en Granada en 1631, da por sentado que el Gran Capitan nació en Córdoba, pues dice así:

Adonde el Betis abundoso, aquella  
Fecunda patria del honor, fecunda  
Sino mucha campaña, la mas bella  
Que honora Ceres, que Minerva abunda:  
Norte andaluz amaneció su estrella,  
Que esplendor mucho en vano hará segunda,  
Puesto que ardor artifice segundo  
Con nueva llama renovase el mundo:  
Amaneció en aquel aun elegante  
De Marcelo edificio, de Minerva  
Murada envidia, emulacion sonante  
Al mudo golpe de la suerte acerba:  
Córdoba al fin, á quien aun vigilante,  
Aun mal la envidia se atrevió proterva

Sin que bronce elocuente, mármor culto  
No á tanta patria ministrase indulto.

CANTO I. Octava 3 y 4.

De la misma opinion son otros escritores y biógrafos cuyos testimonios omitimos para alegar uno irrecusable. ¿Y cuál es este? El del mismo Gonzalo de Córdoba, que ciertamente no ha llegado á noticia de los que tan ligeramente han concedido á Montilla el honor de ser madre de tal hijo. Es pues una carta del mismo Gran Capitan, escrita en Nápoles en 9 de agosto de 1504 y dirigida al ayuntamiento de Córdoba para recomendarle á Próspero Colona, duque de Trayecto que venia á España á besar las manos de los Reyes Católicos, la cual se conserva en el archivo de aquella corporacion, y dice así:

«Muy magníficos señores: hallándome hijo de esa muy noble patria de donde mi origen y naturaleza proceden, y siendo muy cierto servidor de toda la nobleza de ella, etc.»

Estas palabras son concluyentes, sin que puedan trasladarse á sentido impropio ó remoto, especialmente no habiendo otro documento de mas autoridad y fé que diga lo contrario y precise á interpretar el sentido de unas espresiones tan categóricas y terminantes.

Creemos haber probado nuestra intencion con documentos fehacientes; mas si nos atuviésemos á conjeturas, todavia podriamos mantener á Córdoba en posesion de ser patria de Gonzalo de Córdoba. Estando establecida en esta ciudad su casa, del mismo modo que las de otros muchos caballeros que poseían señoríos en varios pueblos de la provincia, solia su familia pasar algunas temporadas en Montilla, que era como la capital del señorío de Aguilar; pero residiendo mas tiempo en Córdoba, mas probable es que naciese en esta, y solo una casualidad pudo hacer que naciese en Montilla, casualidad que era necesario probasen los patronos de esta opinion, lo que no podrán hacer de modo alguno.

El antiguo Gonzalo de Córdoba, primer señor del estado de Aguilar, poseyó ya las casas principales de que hemos hecho mencion, las cuales se vincularon en 29 de agosto de 1377 con Aguilar, Priego, Cañete, Montilla, etc., y en ellas vivió y vivieron sus descendientes hasta D. Pedro Fernandez de Córdoba, padre de Gonzalo y de D. Alonso de Aguilar, que hizo el palacio y fortaleza de Montilla, tal como estaba cuando fué demolida; conque venimos á parar en que desde Gonzalo el antiguo hasta el padre del Gran Capitan, no nacieron estos señores en Montilla; y por qué solo el moderno Gonzalo habia de nacer en esta poblacion? No puede darse asercion mas infundada y gratuita.

En vista pues de las razones alegadas, podemos asegurar en toda confianza que el Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba no nació en Montilla, sino en Córdoba, en 1.º de setiembre de 1452.

Luis M. RAMIREZ Y DE LAS CASAS-DEZA.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

### RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

#### EL CUARTEL BAJO

Vamos á emprender de nuevo nuestro paseo histórico por las calles de Madrid, después del alto que hubimos de hacer para tratar del gran suceso que determinó la mayor importancia de esta villa, la fijación en ella de la Corte del reino. — Recorridos ya el modesto recinto y los antiguos límites, cúmplenos hoy estender nuestra consideracion y nuestro relato á la parte nueva, ó sea la que resultó de la tercera ampliacion, verificada á consecuencia de aquel importante acontecimiento entre los siglos XVI y XVII; y si bien carecerán estos recuerdos del atractivo que por su remota antigüedad pudo hacer tolerables los anteriores, pensamos que todavia hallarán simpatia de parte de nuestros lectores, ya por la importancia ó grandeza material de los sitios que hemos de recorrer, ya tambien por su especial fisonomia y antecedentes, mas de acuerdo con nuestras costumbres y moderna historia. — Para seguir pues en esta tercera parte de nuestro paseo, el orden que nos propusimos en las anteriores, dividiremos esta en tres trozos, en que comprendamos el recinto del moderno Madrid, desde la terminacion de los antiguos límites hasta los que fijan actualmente su perimetro. — El primero de aquellos trozos (al que siguiendo la nomenclatura oficial llamaremos *Cuartel bajo*) es el comprendido entre Poniente á Mediodía desde la puerta de Segovia á la de *Alcalá*. — El segundo, ó *Cuartel del centro*, es el situado al Oriente, entre dicha puerta de *Alcalá* y la de *Alcalá*; y el tercero, ó *Cuartel alto*, entre Oriente y Norte desde la puerta de *Alcalá* á la de San Bernardino, y

(1) Véanse los números anteriores.



terminando en el Real Alcázar, donde principió y concluyó siempre la villa de Madrid.

Dijimos en el artículo último de la ~~segunda ampliación~~ que esta no había comprendido la parte exterior de *Puerta de Moros*, que aunque bastante poblada de caserío (especialmente á las inmediaciones del antiquísimo convento de San Francisco), quedó todavía estramuros, y considerada siempre como un mezquino arrabal; hasta que creciendo en importancia con la sucesión de los tiempos, el aumento de la población y de las construcciones, mereció ser ya incluida en el recinto de la nueva villa, cuando á poco tiempo de establecida en ella la corte, y reinando todavía Felipe II, se construyó la *nueva puerta de la Vega ó de Segovia*, la misma que ha sido demolida en estos últimos años, y se designó la moderna cerca hasta la puerta de Toledo, abrazando ya los altos de *las Vistillas*. En ellos, aunque elevados tan enormemente sobre la calle de Segovia, que casi les impide toda comunicación con la otra mitad de la villa, se formaron nuevas manzanas de casas, y se construyeron por algunos magnates y grandes del reino considerables edificios, formando las dos espaciosas calles de *Don Pedro y Carrera de San Francisco*, y sus traviesas.—La primera, que primitivamente formaba con la de la *Redondilla* un paseo muy concurrido en los tiempos de Enrique IV, desde el cual arrancaba la alcantarilla ó foso antiguo que corría por delante de *Puerta de Moros*, fué convertida en calle, conservando ambos nombres, de la *Alcantarilla* y también el de *Don Pedro* Lasso de Castilla, cuyas notabilísimas casas ó palacio (de que ya hicimos especial mención) están situadas á la espalda.—A la acera derecha de esta espaciosa calle se ve hoy la hermosa casa palacio de los duques de *Medina Sidonia*, marqueses de *Villafraanca*, que mide la considerable extensión de 51,715 piés; y mas allá la que ocupa esclusivamente la manzana 127, construida á fines del siglo XVII para su habitación por los señores duques del *Infantado*, y que hoy se halla ocupada por las oficinas de la casa, y la magnífica Biblioteca y Armería del ilustre poseedor de aquel título.—Como tal, es dueño también de casi todo aquel distrito, siendo de su pertenencia, además de los estensos palacios ya citados de Lasso de Castilla y del *Infantado*, el otro principal moderno, que está situado al frente de dicha calle de *Don Pedro* y del escampado de *las Vistillas*, magnífica casa, mandada construir en el siglo último por la señora duquesa viuda, princesa de *Salm Salm*, y que recuerda por su forma y gusto especial el de los palacios de la nobleza parisiense en el *Faubourg Saint Germain*, entre la *Cour d'honneur* de su entrada y su grande y preciosísimo jardín, límite de Madrid por aquella parte. Su ilustre dueño, el señor duque de *Osuna* y del *Infantado*, la habita actualmente, y es imponderable la riqueza y buen gusto con que están decorados sus bellos salones y dependencias.—Las otras casas ó mas bien manzanas de casas contiguas, casi todas propiedad del mismo título, están espléndidamente destinadas, unas á las oficinas y dependencias de los diversos estados; otras para habitación de los empleados en la casa, y otra finalmente (la señalada con el núm. 5 antiguo de la calle de los Dos Mancebos) ha sido convertida por la esplendidez del actual duque en un precioso hospital ó enfermería para los criados subalternos de la misma.—No solo los edificios, sino también los huertos, bajadas, y hasta el mismo inmenso descampado de *las Vistillas*, aumentado con la demolición de la manzana 128, que formaba la calle de *el Corral de las Naranjas*, son propiedad de la casa del *Infantado*; por cierto que en este último, y siguiendo los mismos impulsos de grandeza, ha proyectado y emprendido el señor duque actual una obra colosal de mejora, desmontando ó rebajando aquella inmensa esplanada en mas de diez piés, para reducirla á un hermoso plantío en forma de paseo, con un bello jardín ó glorieta en el centro, todo en beneficio público y para mayor decoro de las inmediaciones de su palacio.

El monasterio de *San Francisco*, causa principal de la prolongación de la villa de Madrid hacia el lado de Poniente á Mediodía, así como el de *Santo Domingo* lo había sido hacia el Norte, y los de *Atocha* y *San Gerónimo* á la banda oriental, no cede á ninguno de ellos en antigüedad, pues trae su origen nada menos que desde los principios del siglo XIII, y debe su fundación al mismo santo patriarca Francisco de Asís. Habiendo venido á Madrid en 1217, y ofreciéndole sus moradores sitio en qué fundar, fuera de los muros á la parte del río, lo hizo construyendo con sus propias manos una choza y una pequeña ermita, que luego se conservó en la huerta del convento, al lado de una fuente entre dos álamos, con cuyas aguas es tradición que amasaba la tierra el santo para su modesta construcción.—La extraordinaria devoción de los madrileños á esta piadosa casa fué creciendo con el tiempo, y adelantándose y mejorándose en consecuencia el primitivo edificio de la ermita, se convirtió en un templo y convento bastante espacioso. Contribuyó principalmente á esto la particular inclinación de *Rui Gonzalez Clavijo*, embajador que fué del rey Enrique III á *Tamerlan*, que ya dijimos vivía en sus casas propias de la Costanilla de *San Andrés*. Este labró á su costa la capilla

mayor, y cuando falleció en 1412 fué sepultado en medio de ella, bajo un suntuoso túmulo de alabastro fino con su estatua, que por cierto fué quitado de aquel sitio en 1575 para enterrar á la reina Doña Juana, esposa de Enrique IV, y últimamente desapareció de todo punto en 1617 cuando se renovó la iglesia, perdiéndose así la memoria de uno de los mas ilustres y antiguos hijos de Madrid.—La misma devoción que *Rui Clavijo*, ostentaron hacia esta santa casa los personajes y familias mas distinguidas de la antigua villa, los *Vargas*, *Ramirez*, *Lujanes*, *Cárdenas* y *Zapatas*, los cuales fundaron en ella capillas propias, memorias pías y suntuosos túmulos para sus enterramientos.—Pero todo desapareció indebidamente cuando á consecuencia de lo averiado del templo y estrechez del convento, determinó la comunidad demolerlos para labrar otros de nuevo, lo cual tuvo principio en 1761. La nueva obra del templo actual corrió á cargo de un religioso lego de la misma orden, llamado fray Francisco Cabezas, que la dejó en la cornisa en el año 68. Continuóla luego el arquitecto D. Antonio Pló, y fué por último terminada en 1784 por D. Francisco Sabatini, quien dirigió además la obra del convento.—La iglesia, de planta circular con 116 piés de diámetro, coronada por una hermosa media naranja, ofrece un aspecto majestuoso por su estension y regularidad, aunque carece de ornato. La fachada y pórtico son igualmente de gusto clásico; pero bastante pesado y á nuestros ojos profanos impropio de un templo grandioso, por aquellas ventanas, y sobre todo aquellas dos mezquinas torres laterales.—El convento contiguo, hoy convertido en cuartel, comprende una estension prodigiosa, y es también de severo estilo, regularidad y fortaleza, bastando decir que tiene diez patios, el principal de los cuales mide mas de 19,000 piés, y la huerta, que avecina á la del *Infantado*, es correspondiente á tan considerable edificio.—Pero ni el sitio escogido para él, ni el gusto que presidió á su construcción, son proporcionados á las inmensas sumas invertidas en ella, ni á la piadosa magnificencia del gran Carlos III, en cuyo reinado se levantó.—Pretendióse al parecer dotar á Madrid de un templo principal; pero por una fatalidad inconcebible, que presidió á todas ó casi todas las grandiosas obras propuestas por el célebre arquitecto Don Ventura Rodríguez, no se adoptaron los planes que á este efecto ideó, y ni aun se hizo la nueva construcción en el sitio que él indicaba, mas á la izquierda, dando frente á la espaciosa carrera de *San Francisco*.—Todas aquellas razones, y muy principalmente la situación escéntrica de esta iglesia, la impiden ocupar el primer lugar, que sin duda la corresponde entre las de Madrid; si bien por su magnitud y elegancia ha sido varias veces escogida para las grandes celebridades de la corte, en los desposorios y honras fúnebres de los monarcas. Algunas ocasiones se ha indicado la idea de erigirla en *Catedral de Madrid*; otras se la ha designado para *Panteon Nacional*; y en el efímero reinado de José Napoleon estuvo indicada para *Salon de sesiones* de las futuras Cortes que habian de convocarse con arreglo á la Constitución de Bayona.—A todos estos proyectos se opone la casi incomunicación de aquel barrio extremo con el resto de la capital; incomunicación que ya desde principios del siglo anterior se trató de remediar, con el proyecto del *Puente* entre lo alto de la Cuesta de la Vega y las *Vistillas*, presentado por el arquitecto Saqueti; pensamiento altamente beneficioso á aquel estenso distrito, y á Madrid en general, que nos hicimos un deber en exhumar del olvido y promover en la corporación municipal en 1846, y que realizado algun día, dará á aquella parte de Madrid la importancia que merece.

Todas las calles de este estenso distrito están en efecto bastante bien cortadas; son espaciosas y pobladas de buen caserío; distinguiéndose principalmente las dos ya citadas de *Don Pedro* y *Carrera de San Francisco*, y mas adelante la de las *Tabernillas*, y del *Humilladero*.—Estas arrancan también de la plazuela de *Puerta de Moros*, y continuada la primera en la del *Angel* y *San Bernabé* á la derecha, y la del *Aguila* á la izquierda, salen al *Campillo* titulado de *Gilimon*, y la del *Humilladero* desemboca en la calle baja de *Toledo*.—De las muchas traviesas que median entre estas grandes líneas, la mas importante es la calle de *Calatrava*, y aunque todas bastante regulares y espaciosas, carecen de grande interés por la monotonía y sencillez de sus casas de vecindad y la escasez ó completa ausencia de monumentos públicos, históricos ó religiosos.—El único notable, aunque moderno, de fines del siglo XVII, es el precioso *Hospital de la V. O. T.*, con una linda capilla, sito en la calle de *San Bernabé*, contigua al *portillo de Gilimon*, y fundada sobre el sitio que ocupaban las casas en que vivía el famoso fiscal y presidente del consejo de Hacienda *Gil Imon de la Mota*, cuyo nombre quedó al dicho portillo, abierto en su tiempo.—En la calle del *Aguila*, núm. 1, está la casa de la Sacramental de *San Andrés*, con una pequeña capilla dedicada á *S. Isidro*, en la que se guarda una de las arcas en que primitivamente estuvo colocado el cuerpo del santo.—Y en la calle de la *Paloma*, entre las de *Calatrava* y la *Ventosa*, se halla entre los números 21 y 23 otra pequeña, aunque preciosa capilla, construida en los últimos años del siglo pasado, por la diligencia y caridad de una piadosa muger la-

Monasterio de  
choyano



mada *Maria Isabel Tintero*, y con las limosnas de los fieles vecinos de aquel barrio, para colocar en ella una devota imagen de *N. S. de la Soledad*, muy venerada en el mismo por su milagrosa virtud. Esta es la célebre efígie conocida por la *Virgen de la Paloma*, cuyo pequeño santuario se ve constantemente asistido del concurso de los devotos, y sus paredes vestidas de multitud de *Ex-votos* ó piadosas ofrendas.

(Concluirá.)

R. DE MESONERO ROMANOS.

## FERIAS DE MADRID.

Tuvieron una junta  
allá en el alto Olimpo,  
sus huéspedes radiantes,  
los viejos dioscellos.

En ella resolvieron  
venir á ver juntos  
las ferias madrileñas,  
que jamás habían visto.

Y como allí no hay coches  
ni *ferrados* caminos,  
preparan un cometa  
con un rabo larguísimo.

Suben, cabalgan, corren,  
hinden el éter limpio,  
y á los hombres asustan  
con su esplendente brillo.

Dan en Madrid, se apean  
despiden el crinito,  
y cada cual se marcha  
por diferente sitio.

MERCURIO saca y limpia  
del polvo del olvido  
las galas destrozadas  
de los pasados siglos.

Para mostrar al público  
sus gangas y prodigios,  
espléndidos cajones  
le da San Bernardino.—

Llenándose de polvo  
las manos y el vestido,  
MINERVA agita y vuelve  
las parvas de los libros.

Ya ve medio Quijote,  
las tripas de Rengifo,  
un arte de cocina  
ó el forro del de Ovidio.

Ya bien encuadernados,  
y juntos como amigos,  
Rousseau, Quevedo y Balmes,  
Dante, Lacroix y Virgilio.—

VULCANO, el mas amable  
de todos los maridos,  
lleva de puesto en puesto  
de su muger al hijo.

¡Cuál llora y patalea  
el misero Cupido!  
y «cómprame eso» clama  
con insufribles gritos.

Que al ver tantos modelos  
de hélicos aliños,  
conoce que en sus venas  
no hay sangre de herrero.—

Y su mamá, entre tanto,  
VENUS, la flor de Gnido,  
va de Alcalá en la calle  
haciendo mil cautivos.

Le da su diestro brazo  
MARTE, guerrero invicto,  
que con secretas frases  
alhaça sus oídos.

Ya van puestos en prensa  
sin verse y sin ser vistos,  
en aquella gran masa  
de carnes y vestidos.

Ya ven cándidos platos  
y vasos cristalinos,  
y del alegre otoño  
los frutos esquisitos.

Allí CERES ostenta  
del Aragón los ricos,  
las rojas acerolas,  
las nueces y los higos.

Allí elegantes SÁTIROS,  
de frac y lenticitos,  
á mil hermosas NINFAS  
andan haciendo guiños.—

JUNO lleva á la Plaza  
á JOVE, su marido,  
y del comprado lienzo  
le carga con los lios.

Tal vez viendo doquiera  
femeniles hechizos,  
lanza el sujeto cónyuge  
tristísimos suspiros;

y JUNO al observarlo  
le muestra su cariño,  
haciéndole que exhale  
un ¡ay! tras un mordisco.—

BACO lleva chorreras  
de mosto en los hocicos,  
y entre dos salvaguardias  
hace eses con el vino.

Diz que va descontento  
porque este año no ha visto  
cierto patio con cuadros  
que estaban tan bonitos.—

APOLO, por dejarse  
la cítara en el Pindo,  
cargado con un arpa  
le va dando pellizcos;

ó rasca en el guitarro  
jota, fandango y vito,  
ó hace trepar á un mono  
al son del organillo.—

EOLO, sofocado,  
pegando resoplidos,  
anda comprando fuelles,  
silbatos y abanicos.—

Llevando en una mano  
un panzudo botijo,  
y en otra una vasera  
de áureo metal bruñido,

NEPTUNO, dios cesante  
y antiguo rey marino,  
en dar agua al sediento  
pasea divertido.—

PAN vende sus mendrugos  
en bollos á los niños,  
y da á ESCULAPIO enfermos  
para llenar el limbo.—

Las inocentes MUSAS  
hallaron otro oficio,  
y andan por ciertas calles  
después de anochecido.—

Mas ¡ay! huye setiembre  
entre fiesta y bullicio,  
y octubre le reemplaza  
triste, lluvioso y frío.

Madrid, Madrid, no llores,  
que ya acercarse miro  
las dulces Navidades  
con nuevos regocijos.

José GONZÁLEZ DE TEJADA.

GEROGLIFICO.



Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.





EL SALON DE LOS PASOS PERDIDOS DEL PALACIO DE JUSTICIA.

El salon de los Pasos Perdidos, que es una parte del palacio de justicia de Paris, cuyo grabado ha salido ya en uno de los números del SEMANARIO, es sin disputa uno de los salones mas vastos y mas magníficos de la Francia, pues tiene 74 metros de largo sobre 28 de ancho. Su interior se halla dividido por una línea de columnas y de arcos, en nueve naves iguales. Estas columnas y estos arcos contribuyen á sostener dos bóvedas de piedra que la cubren. El órden dórico empleado en este salon le da una gran solidez y una majestad que encanta, paseándose en él generalmente los litigantes y los letrados. Las ventanas abovedadas que se hallan á las estremidades de cada nave, le prestan una hermosa claridad. El salon de los Pasos Perdidos contiene un bello monumento elevado en 1822 á la memoria de Malesherbes, uno de los animosos defensores del infortunado Luis XVI.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

### RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

#### EL CUARTEL BAJO.

A la esquina de la plazuela de la Cebada está la iglesia ó humilladero de Santa Maria de Gracia, que dió nombre á la calle accesoria. Esta iglesia fué construida á fines del siglo XVII por la hermandad de

(1) Véanse los números anteriores.

la Santa Vera Cruz que existía desde el XIII en el convento de San Francisco. Mas adelante, en la misma calle del Humilladero, núm. 25, se encuentra el hospital ó iglesia de San Patricio de los Irlandeses, fundado hácia los años 1629 por los clérigos católicos emigrados de aquel reino, á consecuencia de la revolucion inglesa, y ampliado después como colegio, á semejanza de otros que existían en España para los naturales de aquellos países.

Hé aqui los únicos objetos algun tanto notables de aquel apartado distrito, de aquellas rectas calles entre las Vistillas y la de Toledo, denominadas de San Buenaventura, de San Isidro, de las Aguas, del Oriente, del Luciente, del Mediodía, de la Paloma y de Calatrava, y otras, en cuyas casas, bajas y mezquinas unas, subdivididas otras en infinidad de viviendas por demás incómodas, hallan alvergue millares de familias de artesanos, jornaleros, corredores, chalanes, vagos y hasta malhechores, que abundan como en todos en el pueblo bajo de Madrid; bastando decir que la modesta calle del Aguila encierra en sus 42 casas 1294 habitantes, y la de la Paloma muy cerca de 1000 en solo 31 edificios. Apesar de esto, la espaciosidad regular de las calles y la ventilacion y altura de los sitios, dan á este barrio cierto aspecto halagüeño y condiciones de alegría y sanidad.

La plazuela de la Cebada, formada en los principios del siglo XVI, en tierras pertenecientes á la encomienda de Moratalaz, del órden de Calatrava (segun se ve por escritura otorgada en 1536 por Rodrigo de Coalla, del Consejo de Hacienda y de Castilla, por quien aparece firmado el perdon que el emperador dió á los comuneros, y por su mujer que compraron un quíñon de tierras en dicho sitio) es un descampado irregular mas bien que una plaza pública, y desde su principio

9 DE OCTUBRE DE 1835.



estuvo dedicada al comercio de granos, de tocino y de legumbres. En el siglo pasado fué tambien muy famosa por la celebracion en ella de las famosas *ferias de Madrid* y el paseo y bullicio consiguiente, de que aun hemos podido ser testigos en algunos años del presente en que se han celebrado en ella: pero á fines del siglo adquirió esta plazuela mas funesta celebridad, por haberse trasladado á ella las ejecuciones de las sentencias de muerte en horca ó garrote, á cuyo efecto se levantaba la vispera en el centro de ella el funesto patíbulo; y las campanas de las próximas iglesias, San Millan y Nuestra Señora de Gracia, eran las encargadas de transmitir con su lúgubre clamor á toda la poblacion de Madrid el instante supremo de los reos desdichados. Muchos grandes criminales espieron en aquel sitio una série de delitos comunes; y cuando en este siglo principalmente se adoptó la nueva clasificacion de delitos políticos, muchas victimas del encono de los partidos ó de la venganza del poder regaron con su sangre aquel funesto recinto: 1822, 1824 y 1850, son fechas muy marcadas en aquella plazuela. Los nombres de *Goyfieu*, *Riego*, *Iglesias* y *Miyar*, dicen bastante en acusacion de la intolerancia y animosidad de los políticos partidos.

La *calle baja de Toledo* (llamada en un principio de la *Mancebia* por hallarse situada en una de sus casas con entrada tambien por la del *Humilladero*) es sin duda alguna la mas poblada y animada de Madrid, como que su caserio llega al número 143 por la acera izquierda y al 174 por la derecha, y su vecindario, segun los censos modernos, alcanza á la cifra de 5499 habitantes.—Formado aquel principalmente de posadas y casas de vecindad y para oficios humildes, dicha poblacion fija se aumenta estraordinariamente con la accidental de los forasteros y tragineros, que en crecido número acuden de continuo á Madrid de todas las provincias del reino, y que con sus diversos trajes, acentos y modales, marcan á esta famosa calle su fisonomia especial, y la hacen ser un compendio abreviado de la España.—De monumentos ó grandes objetos artísticos é históricos no se trate, porque ninguno se encuentra en ella, á menos que no queramos calificar de tal (y pudiera serlo fúnebre del buen gusto), la desdichada fuente construida en el reinado anterior á la entrada de la calle de la Arganzuela.—Ninguna iglesia, ningun edificio público ni principal viene á interrumpir la continuada democracia de esta calle, y desde el principio de ella hasta el fin está seguro el paseante de hallar por ambos lados después de una posada una taberna, luego una barberia, mas allá un albardero, junto á un herrador y enfrente de un bodegon ó de una esparteria.—Se nos olvidaba que á su estremidad la hallamos dignamente terminada á la izquierda por el *Matadero de la villa*, hediondo y repugnante establecimiento, ~~que de todas las condiciones necesarias á los de su clase; y á la derecha por un principio de gran casaron, empezado á construir por la misma Villa no sabemos con qué objeto, hace algunos años, y abandonado después.~~ Este edificio, conocido por la *casa Pabellones*, fué un tiempo cedido á la sociedad de Mejora de Cárceles, para establecer en ella una casa de correccion; pero no llegó á verificarse.—Antes de llegar á la casa Matadero, y á la esquina de la calle de los Cojos, estuvo tambien el famoso *Albergue de San Lorenzo*, en que se recogia por la ronda llamada de *Pan y hueso* á los pobres extraviados en las calles durante la noche, y se les daba aquella frugal colacion y un humilde lecho por la hermandad fundada en 1498 por Pedro Cuenca. Hoy no existe ya, y la casa ha sido vendida.

La nueva *puerta de Toledo*, que termina esta calle, y que da salida al camino real de Andalucía, tuvo su origen en tiempo de la dominacion francesa, en que se sentó la primera piedra, teniendo muy buen cuidado de encerrar bajo de ella, con la debida pompa, la correspondiente caja con las monedas de José Napoleon, los calendarios, guías y constituciones á la sazón vigentes; pero salieron los franceses y su intruso gobierno, y en 1815 el Ayuntamiento *constitucional* de Madrid acordó continuar la obra, dedicándola á la memoria del triunfo obtenido contra aquellos mismos; y como era consiguiente, la primera operacion fué la de extraer la *intrusa* cajita con sus intrusos guías, monedas y calendarios, y colocar en su lugar otra flamante con la novísima *Constitucion* de Cádiz y las medallas con la efigie de Fernando VII *el Deseado*.—Regresó este al año siguiente de su cautiverio, y tuvo á bien anular con una plumada y borrar de la *série del tiempo*, como si no hubiesen existido jamás, los seis años anteriores, y el Ayuntamiento *perpetuo*, que volvia á abrazar su perpetuidad, creyó de su deber desembarazar los cimientos de aquella obra triunfal de la insegura base de la *mal llamada Constitucion*, y poner en su lugar el Almanak, el Diario de Madrid, la Guia de forasteros y no sabemos si el *Sarrabal* de Milan.—Todavía sufrieron aquellos subterráneos alguna otra visita municipal con ocasion de la nueva edicion de la susodicha *Constitucion* política en 1820, y de los mencionados decretos anuladores de los *tres negros llamados años*, en 1823; pero en fin, en 1827 se vió terminada aquella pesadísima mole, y pudo leerse en su cuerpo ático la inscripcion dedicatoria que dice: *A Fernando VII el Deseado, padre de la patria, restituido á sus pueblos exterminada la dominacion francesa, el*

ayuntamiento de Madrid dedicó este monumento de fidelidad, de triunfo, de alegría.

Á la izquierda de la calle baja de Toledo, y entre esta y la de Embajadores, se encierra el famoso distrito conocido por el *Rastro*; nombre significativo segun el Diccionario de la Academia, del «lugar público donde se matan las reses para el pueblo,» en cuyo sentido lo usaron tambien Cervantes, Covarrubias y otros célebres hablistas. En los documentos oficiales de Madrid se dice tambien el *Rastro de la corte* para designar el territorio hasta donde alcanzaba la jurisdiccion de los alcaldes; pero la primera calificación es sin duda la apropiada á este distrito, en que desde tiempos remotos estuvieron situados los mataderos, las tenerias ó fábricas de curtidos, como lo indican los nombres mismos de sus calles, *Rivera de Curtidores*, del *Carnero*, de las *Velas*, etc., y la misma existencia hasta el día de aquellas fábricas y oficios á que se presta tam'ien por otro lado la misma localidad por sus condiciones materiales, mayor surtido de aguas, desnieves, ventilacion y situacion al mediodia.—Divide en dos trozos este estenso distrito la espaciosa via que, comenzando con el título de *Plazuela del Rastro*, sigue con el de *Rivera de Curtidores* hasta las tapias de las casas y huertos que avencinan á la cerca de Madrid. Aquella celebrísima plazuela es el mercado central adonde van á parar todos los utensilios, muebles, ropas y cachivaches averiados por el tiempo, castigados por la fortuna, ó sustraídos por el ingenio á sus legítimos dueños. Allí es donde acuden á proveerse de los respectivos menesteres las clases desvalidas, los jornaleros y artesanos; á las miserables covachas de aquellos mauleros, cubiertas literalmente de retales de paños, de telas de todos colores; á los tinglados de los charilleros, henchidos de herramientas, cerraduras, cazos, sartenes, velones, relojes, cadenas y otras baratijas; á los montones improvisados de libros, estampas y cuadros viejos que cubren el pequeño espacio del pavimento de aquella plazuela que dejan los puestos fijos, asisten diariamente en busca de alguna *ganga* ó chiripa los aficionados veteranos, rebuscadores de antiguallas; arqueólogos y numismáticos de deshecho, bibliógrafos y coleccionistas de viejo; á los corredores, en fin, ambulantes, que circulan ó se deslizan difícil y misteriosamente entre todos aquellos grupos de marchantes y baratillos, es donde llama tambien, con mas ó menos probable éxito, todo aquel desdichado que en cualquiera concurrencia se vió aliviado del peso de su bolsillo ó de su reló; especie de *tonja de contratación* de los *tomadores del dos*, adonde se cotizan los efectos producidos por las operaciones del día anterior. Sumisos todos á la voz del *Monipodio* respectivo, quien para investigar el paradero de una alhaja hallada antes de perderse, suele preguntar con toda formalidad: ¿Cuál de vosotros estuvo ayer de cuarenta horas ó de procesion?—«Aquí» responde el interpelado con la alhaja en cuestion.

La espaciosa calle, continuacion de aquella plazuela y denominada *Rivera de Curtidores*, seria aun mas importante para ciertos comercios incómodos, aunque indispensables de consumo, que la ocupan, y para la circulacion de las carreterias que conducen las reses y sus despojos, las pieles, curtidos etc., si á su mucha espaciosidad correspondiera su entrada por la calle de los Estudios de San Isidro, y tuviera salida directa al paseo de la Ronda ó al sitio llamado *Campillo del Mundo Nuevo*; ambas circunstancias son indispensables, y habrán necesariamente de acometerse mas ó menos pronto, si se quiere mejorar y salubrizar aquella importante aunque humilde barriada. Para ello es de absoluta necesidad que desaparezca por completo la mezquina manzana 71 que obstruye el acceso á dicha plazuela del Rastro y tambien á la calle de Embajadores, y que se abra un nuevo portillo entre el del Casino y la puerta de Toledo al sitio ya dicho del *Mundo Nuevo*, con lo cual se reformaria este en términos convenientes y se estableceria fácil acceso y comunicacion entre las calles de la *Arganzuela*, *Mira al Rio*, del *Bastero*, de los *Cojos*, del *Peñon* y otras que bajan desde la de Toledo; y las de la *Pasion*, de *Rodas*, de la *Huerta de Bayo*, de *Mira el Sol* y del *Casino*, que desembocan en la de Embajadores.

Los humildes nombres ya citados de todas estas calles, su mezquino caserio, su gran desnivel, el descuido é incuria de su pavimento y de su policia, revelan desde luego el mas infeliz y abandonado distrito de la villa; su miserable historia está consignada tambien en aquellos mismos nombres, en este propio destino, aspecto y condiciones con que viene hasta hoy atravesando los siglos; pero no por esto deja de tener su importancia, por el gran número de fábricas de curtidos, de papel, de velas, tahonas y otras; y aunque lentamente, tambien va reformándose el antiguo caserio y desapareciendo las mezquinas casas bajas y de reducidísimos espacios, para dar lugar á construcciones mas regulares (1). No tiene tampoco ningun edificio público,

(1) En la calle de *Santa Ana* (entre la de la *Ruda* y del *Bastero*) existia hasta el año anterior en que fué derribada para incorporarla con su inmediata, la casa de las cinco tejas, porque en efecto no tenia mas que este número en su frente ó fachada: era la señalada con el núm. 20 antiguo, 9 moderno de la manzana 88, y es



ni mas iglesia que la reducida casa y capilla provisional adonde se retiraron los padres del convento de la Pasión, que fué derribado en tiempo de los franceses y estaba situado entre la plazuela de San Millán y la calle de las Maldonadas.

Pero la calle de Embajadores, que continua la de los Estudios y de San Dámaso hasta el portillo de aquel nombre, cuenta ya bastante buen caserio y edificios públicos de consideración.—La iglesia y convento de San Cayetano, principal edificio religioso de aquel estenso distrito, y situado en el núm. 19 de dicha calle, con vuelta á la inmediata del Oso, es lástima ciertamente que se hallen situados en sitios tan estraviados y en una calle estrecha donde no puede lucir su grandeza. Este hermoso templo, construido en principios del siglo pasado bajo la dirección de los célebres arquitectos D. José Churriguera y D. Pedro de Rivera (aunque con diseños venidos de Roma, según D. Antonio Ponz), es suntuoso, despejado en su planta interior, y magnifico en su fachada, aunque el abuso de adornos superfluos con que siguiendo su escuela y gusto particular quisieron recargarla los arquitectos directores, haya dado origen á las severas censuras de los críticos rigoristas, entre otros del mismo Ponz, que no hallaba otro arbitrio para remediar la suntuosa fachada de piedra, que *picarla toda y dejarla lisa*; hasta este punto llegó el encono de los críticos á fines del siglo pasado! Esto no obstante (y á pesar de tan acerbos censuras y académicos anatemas) la iglesia de San Cayetano continúa siendo uno de los mas bellos templos de Madrid, y su magnífica fachada constituiría uno de sus mas ricos ornamentos, á estar situada en sitio conveniente: en el que ocupa por ejemplo el Buen suceso ó la casa de Astrearena. El convento, fundado en 1644 para casa de seglares de San Cayetano, estuvo ocupado últimamente por la comunidad de San Gil, y ha sido vendido después de su extinción, aunque el templo continúa dedicado al culto.—Mas abajo, en la misma calle de Embajadores está el *Colegio de niñas huérfanas llamado de la Paz*, y unido al piadoso establecimiento de la Inclusa, situado á la espalda en la calle del Meson de Peredes; está destinado á recibir y educar en él á las niñas espósitas en aquel desde que cumplen la edad de siete años, y uno y otro establecimiento corren á cargo de una junta de señoras de la primera nobleza. Es una filantrópica y excelente institucion fundada en 1679 por la señora Doña Ana Fernandez de Córdoba, duquesa de Feria, y dirigida con notable acierto por la espresada junta de señoras.

Al terminar dicha calle de Embajadores, en la acera izquierda, se alza el estenso edificio construido en los últimos años del siglo pasado con destino á fábrica de aguardientes y licores, estancados entonces por la Real Hacienda, barajas, papel sellado y depósito de efectos pómizos, y hoy destinado á la de tabacos desde 1809, en que comenzó en él la elaboración de cigarros y rapé, hasta el día, en que cuenta mas de tres mil operarios, principalmente mujeres, con inmensos talleres en que se labran al año sobre *millon y medio de libras de cigarros*. Este considerable edificio que ocupa una superficie de 101,406 piés, tiene su fachada principal á dicha calle con 428 piés de línea, 29 balcones y una decoración seria y apropiada al objeto.—Frente de este edificio, y terminando por su derecha la misma calle de Embajadores, está el precioso jardín llamado el *Casino de la Reina*, que mide nada menos que la considerable estension de mas de 15 fanegas de tierra, y en su centro tiene un lindísimo palacio, decorado con bellas pinturas al fresco y suntuoso adorno de muebles. Este magnifico jardín ó sitio real, una de las mas preciadas curiosidades de Madrid, fué conocido en lo antiguo por la *huerta del clérigo Bayo*, y adquirido por la villa de Madrid en 1816 para regalarlo á la reina Doña María Isabel de Braganza. El principal ingreso á esta real posesion por la parte de la Ronda, consiste en una elegante portada de granito, decorada con dos columnas dóricas á cada lado con remates y adornos correspondientes, y separadas por una verja de hierro.—Entre esta posesion y la fábrica de cigarros, dando frente á la citada calle de Embajadores, está el portillo del mismo nombre, moderno, de piedra y de regular construcción.—Sobre el origen, en fin, del título de esta calle nada cierto podemos asegurar; únicamente consignaremos la tradicion de que en la epidemia que padeció Madrid como gran parte del reino en 1597 parece que se refugiaron en aquellos sitios los embajadores ó enviados de las potencias extranjeras, y desde entonces le fué aplicado este nombre, dejando el de *calle de la Dehesa de la villa*, con que la vemos designada en los títulos antiguos de las casas.

(Concluirá.)

R. DE MESONERO ROMANOS.

Compañía de 150 piés superficiales con 5 y medio de fachada: perteneció á las memorias de María Leon en la parroquia de San Justo, y estaba arrendada en catorce reales al mes. Era sin disputa la casa mas chica de Madrid.

## LA VENGANZA DE LOS HOMBRES

POR LA JUSTICIA DE DIOS.

### EPISODIO HISTORICO.

#### I.

#### EL PLAZO.

El año de 1504 espiraba.

Era la media noche, y Palencia dormia tranquila: en sus calles desiertas y oscuras reinaba el mas profundo silencio; no se percibia otro ruido que el de la lluvia, cuyo monótono son hacia mas lúgubre la noche.

En un espacioso salon apenas alumbrado únicamente por la lámpara que pendia de su bóveda, estaba arrodillada delante de un reclinatorio una mujer hermosa, cuya esbeltez hubiese envidiado la gacela, y cuyos negros ojos en nada cedían á los de esas *houries* que adora el africano. Con sus manos cruzadas sobre el pecho, y su frente inclinada, parecia absorta en la oración: á poco levantó la cabeza, y se vieron rodar por sus mejillas dos lágrimas comparables solo á las cristalinas gotas del rocío de la primavera: su pecho dejó escapar un suspiro que perfumó la estancia, y su voz, dulce como los cantares de Salomon, y tierna como las plegarias de David, pronunció un ¡ay! lastimero, que volando fué á perderse en los dorados arabescos de la habitación. Casi al mismo tiempo, como si el Supremo Hacedor hubiese querido contestar á aquel acento del alma, el tableteo del trueno hendió los aires, y al espirar los últimos ecos que se repetían en la velocidad de su carrera, el galope de un caballo vino á herir los oídos de aquella hermosa mujer. Este ruido cesó delante de la casa, y pasados algunos instantes entraba en el salon un apuesto caballero de marcial talante y ademanes nobles.

Era D. Juan de Benavides, favorito del rey D. Fernando IV.

—Señora, el cielo os guarde.

—Bien venido, noble D. Juan.

—Estais pálida, y es dolor que se marchiten las rosas de vuestro semblante.

—El cansancio de la vigilia y los tormentos del alma no es extraño que cambien las rosas en azucenas.

—Tormentos dijisteis, señora! ¿quién pudiera causarlos?

—Lo sabreis, D. Juan, y esta noche precisamente os aguardaba para eso.

—Os escucho.

—Quisiera referiros una historia.

—Viniendo de vuestros labios, ha de ser por fuerza interesante.

—Vió la luz de Castilla una mujer que hermosa y llena de encantos vivia tranquila. Jamás se oscureció el sol de su felicidad; jamás su dulce sueño fué perturbado por las ansiedades del corazón; arrullada en su niñez por la inocencia, y mecida después por la ignorancia del mundo, se resbalaban los días de su vida sin que para ella hubiese acabado la infancia.

Un famoso torneo se preparaba en la corte, y el día en que los caballeros castellanos se disputaron el premio de su destreza, vió esta niña el mundo por primera vez. Entre los muchos donceles que mantuvieron la fiesta, habia uno cuya gallardía y gentileza eclipsaba la de todos los otros: sus ojos estaban siempre fijos en nuestra jóven, que sorprendida al principio, turbada después, y embriagada al fin, envió toda su alma al noble guerrero: favorecióle la suerte; el premio fué suyo, y al ofrecerlo á la dama, le dijo en cadencioso romance palabras de amor: aun las conserva la historia.

—Podeis callarlas, interrumpió con tono indiferente el caballero, puesto que nada robarán al interés de la narración.

—Sois poeta, D. Juan, y pueden deleitaros.

Te ví et cobdié tu amor,  
et grande el esfuerzo hobera,  
et al mi brazo, señora,  
donásteis sin par firmeza,  
et magüer cien campeones  
fecistes mia la palestra.  
Ansi justo es que á tus piés  
ponga la mi gloria entera,  
ca solo á tu fermosura  
debdo soy de aquesta prenda.

—Teneis una memoria feliz, señora.

—¡Pluguiera al cielo que no fuese así! Atended á lo que resta.

Pasaron muchos días; ella siempre amando á su caballero, él



pareciendo amar á su dama: se cambiaron promesas, se consagraron juramentos, y creciendo el amor, se extraviaron en sus caminos...

—Señora, ¿estaría arrepentida de haberme amado? dijo D. Juan, cuyo aplomo iba desapareciendo.

—Me arrepiento de haber sido criminal.

—Y bien...

—Hace poco me preguntábais la causa de mis tormentos; ¿no la adivináis aun? Tengo que ocultar al mundo mi frente porque está manchada, y esa mancha es preciso borrarla.

Doña Margarita levantó con orgullo la cabeza y miró fijamente á D. Juan.

—¿Es súplica ó exigencia? replicó este sosteniendo con trabajo la magnética mirada de aquella mujer.

—Tengo derecho á mandar, y ese derecho me lo ha dado vuestro proceder.

—Advertid, señora, que al favorito del rey ha de cuadrarle mal vuestro mandato.

—Oid, D. Juan de Benavides, lo último que tengo que deciros.

A estas palabras enderezó Doña Margarita su hermoso talle, su rostro tomó una espresion imponente, y sus ojos se fijaron con esa mirada atrevida y profunda que causa la fiebre.

—Me vendisteis amor y os amé: usasteis de vuestra seducción, y manchasteis mi nombre: todo mal exige una reparacion... vos no habéis satisfecho vuestra deuda... Pensadlo bien, D. Juan: un mes tenéis para ello, y al fin de este terrible plazo, ó venid á buscar un corazón lleno de ternura, ó huid de mi venganza.

—Por Dios, señora, que no me dejaré humillar por tanto orgullo.

—No olvideis que conservo las prendas de amor que pusisteis á mis pies el día del torneo.

—Recuerdo perfectamente que entre ellas había una preciosa daga de Fez.

—Esa daga hirió mi corazón, D. Juan.

—¿Y ahora queréis que cumpla vuestra venganza?...

—Golpe por golpe, caballero.

—Vuestras manos, señora, no saben herir; solo vuestros ojos saben matar.

Y al decir estas palabras quiso D. Juan reír irónicamente; pero en vez de risa, dejó asomar á su rostro el grito de su conciencia y el pavor de su alma.

—Sois un galán muy cumplido; pero os valdrá mucho no olvidaros esta noche. Adios, D. Juan.

—Doña Margarita de Espinosa, jugásteis en amor y perdisteis; se estravió vuestra cabeza y amenazais... ¡loco desvario!... Señora, que Dios os guarde.

Y saludando respetuosamente salió, haciendo resonar sus espuelas en el pavimento.

## II.

### DONDE LA PRENDA DE AMOR SE TORNA EN PRENDA DE VENGANZA.

Serian las once de la noche, y la servidumbre de Fernando IV estaba recogida: solo algun arquero se veía atravesar los corredores del palacio, sin oírse otra cosa que el acompasado pisar de los centinelas ó el eco de algun romance que entonaba el aterido soldado á la puerta del alcázar. Apenas se divisaba alguna que otra moribunda luz en la escalera ó en las habitaciones principales; y sin embargo, cualquier observador atento hubiera visto deslizarse por un estrecho pasillo una sombra negra, llegar hasta la escalera, bajar un trecho de ella, y ocultarse detrás de una columna; y aunque sus pasos no se percibían, era indudablemente una persona, porque lo agitado de su respiración se oía muy claramente.

Algunos minutos después sonó el choque de un pié varonil con el baldosado de mármol, y comenzó á bajar la escalera un caballero que embozado hasta la nariz, no dejaba ver mas que sus brillantes ojos. Al llegar frente á la columna en que se ocultó la sombra, se destacó esta de la pared, y arrojándose al embozado, exclamó con voz sorda y conmovida:

—¡D. Juan de Benavides, te devuelvo tu prenda de amor!

Y abriendo el negro manto, hizo brillar en el aire una daga que clavó en el corazón del favorito.

La sombra desapareció por donde había venido.

Un grito de dolor se oyó, y el cuerpo exánime del caballero rodó por la escalera.

—¡Cielos! exclamó la voz de un hombre llegando hasta el cadáver.

—¡Un asesinato! repuso otro que se acercaba.

—¡Es D. Juan de Benavides! tiene el pecho atravesado con un puñal; socorramosle, hermano, si aun es tiempo. Y esto diciendo sacó el arma de la herida en que estaba sepultada.

En este mismo instante se presentaron dos arqueros, y conociendo el cuerpo del cadáver, comenzaron á gritar:

—¡Traición, D. Pedro! D. Juan Carbajal ha asesinado á D. Juan de Benavides!

A estas voces llegaron otros cuatro guardias, y acometieron á los hermanos.

—¡Vive Dios! exclamó D. Pedro sacando su espada. ¿Quién tendrá valor para decirle asesino á un Carbajal? ¡Atrás, villanos!

D. Juan le imitó, siguiéndose una encarnizada lucha.

El ruido de las armas y las voces de ¡asesinos!... ¡en nombre del rey! atrajeron gran porcion de soldados.

Los dos caballeros se vieron acometidos por todos lados. D. Pedro hacia frente á la parte superior de la escalera, y D. Juan á la inferior. Donde quiera encontraban picas, y sus aceros no dejaban de rozar mallas y cascos. Habian muerto tres soldados, pero tenían algunas heridas, y los enemigos eran muchos.

D. Juan hizo un rápido molinete con su espada, obligando á los que tenia delante á bajar dos ó tres escalones: repuestos, emprendieron nuevamente su ascensión; pero al mismo tiempo el caballero, dando con un pié al cadáver, le hizo rodar de manera que cayó sobre sus acometedores: este golpe puso por tierra á algunos de ellos, é hizo vacilar á otros; entonces D. Juan, saltando por encima de sus cuerpos, gritó á su hermano:

—¡A mí, D. Pedro!

Este le imitó, y así pudieron salir á la calle, pero siempre perseguidos. Dando un paso por cada golpe que descargaban, llegaron á la puerta de una casa, y apoyándose en ella á la vez que se defendían, gritaron:

—¡Fernando!

La puerta se abrió, los dos hermanos se deslizaron en el interior del edificio, corrieron sin detenerse á la cuadra, ensillaron con indecible velocidad dos caballos, y montando en ellos salieron á todo correr por una puerta falsa.

## III.

EL JUEVES 7 DE SETIEMBRE DE 1312.

Después que Fernando IV encomendó al rey de Aragon el arreglo de las diferencias que tenia con el de Portugal, y reunidas Cortes en Valladolid á fin de que se le auxiliase con algun dinero para la guerra contra los moros, dispuso la partida en la primavera de aquel año, y siguió á su hermano D. Pedro, que fué nombrado general de la expedición.

El infante dirigió su marcha para venir sobre Alcaudete, y Don Fernando quedó en Martos.

Aquí nos dice la historia que noticioso el rey de que los hermanos Carbajales, á quienes se imputaba el asesinato de Benavides, se hallaban en aquella villa, mandólos prender. En vano estos infelices quisieron hacer llegar su voz hasta los oídos de Fernando; todo fué inútil, porque este, llevado de su carácter impetuoso é irreflexivo en semejantes casos, se negó á escucharlos, sentenciándoles á ser arrojados por la Peña de Martos, á pesar de no estar probado el crimen.

El bárbaro fallo se ejecutó, y el 7 de agosto rodaron al inmenso precipicio los cuerpos de Pedro y Juan de Carbajal.

Como la justicia de los hombres fué tan cruel con estos inocentes, refieren las crónicas que al marchar al suplicio invocaron la de Dios, emplazando al rey para que á los treinta días compareciese ante la Majestad Divina.

D. Fernando, ó no hizo caso, ó aparentó despreciar esto, porque á los pocos días marchó muy tranquilo y alegre para Alcaudete, con el fin de dar algunas disposiciones en el cerco que se tenia puesto á esta villa.

Poco permaneció allí, porque su salud comenzó á quebrantarse, y tuvo que marchar á Jaen. Continuó agravándose, y por último se mejoró notablemente. La noticia de la toma de Alcaudete acabó de alegrar su ánimo, comenzando á ocuparse en proyectos de nuevas conquistas que trataba de emprender con su hermano, á quien esperaba de un día á otro.

Ya que sabemos el estado de las cosas, nos acercaremos hácia el palacio, segun le llamaban al casaron en que habitaba S. A.

Este, que existe todavía, es una de esas inmensas moles de ladrillo sin gusto y sin orden. De una de sus esquinas se desprende un arco, que viene á unirse á uno de los ángulos salientes de otra casa que hay al costado. En el centro de este arco estan colocadas tres imágenes, y desde que el rey se hallaba en Jaen no faltó alguna vieja curiosa para observar á un jóven arquero que todas las tardes al toque de las oraciones venia á postrarse ante el arco, y rezaba fervientemente. El rostro de este jóven, segun algunos, no dejaba de tener cierta semejanza con el de Doña Margarita de Espinosa.

Sucedio pues que la víspera del día en que estamos, y cuando el doncel acababa sus rezos, se le acercó una tapada, abrazándole con



la mayor ternura: después, los que escucharon añaden el diálogo siguiente:

—Y bien, señora, ¿no se cumplirá la justicia de Dios?

—Descuidad: mañana es el último día del emplazamiento, y el rey de Castilla morirá al toque de Angeles.

—Es decir...

—Que yo seré la mano de Dios. La sangre borrará la sangre, y una venganza ajena hará espíar el crimen de la venganza propia.

—Cúmplase así.

—Mañana á esta hora delante del rey y a difunto nos veremos.

—Dios os preserve de mal, señora, dijo el arquero.

Y girando militarmente sobre sus talones, se introdujo en palacio.

Esto pasó, y también pasaron las veinticuatro horas.

D. Fernando había comido, retirándose á descansar.

Todo se hallaba en el mayor sosiego, cuando se dejó oír el ruido de algunos ginetes, y á poco el infante D. Pedro llegó á las puertas del alcázar: un criado le tuvo el estribo, y al poner el pié en tierra, el sonido del esquilon de una ermita vecina recorrió el espacio anunciando la oración.

—¿Está su alteza? preguntó D. Pedro á los arqueros.

—Después de comer se ha recogido á descansar, señor.

—No le hace, es preciso que yo le vea ahora mismo.

Al decir esto, subió la escalera y se encaminó á la habitación de su hermano. Después de repetir en la antecámara las palabras que dijo en la puerta, llegó hasta el régio lecho, precedido del mayordomo mayor.

—Ya veis, señor, dijo este en voz baja, S. A. duerme, y ordenó que no se le despertase.

—Es demasiado importante el asunto, replicó el infante.

Entonces se acercó al rey, y lo movió ligeramente.

D. Fernando no despertó.

Segunda vez lo movió, y aproximándose dijo:

—Señor!..

Igual silencio.

El rostro de D. Pedro se inmutó, y moviendo fuertemente á su hermano, lo llamó repetidas veces.

—¡Cielos! exclamó observando que no respiraba.

El mayordomo tocó su pulso y sus muñecas, y se precipitó en la antecámara gritando:

—¡Muerto! ¡El rey está muerto!

La servidumbre se puso en conmoción, y todos acudieron á la alcoba. El cuerpo fué reconocido, y se declaró estar cadáver el rey de Castilla.

Delante del lecho se veían arrodillados un joven arquero y una mujer. Después que quedaron solos dijo el joven con acento grave:

—¡La venganza está cumplida!

La mujer dejó asomar á su rostro una risa sarcástica é infernal, y contestó:

—¡Es la justicia de Dios!

Entre tanto no se oía en el palacio otra cosa que estas palabras: «Hoy cumple el plazo que le dieron los Carhajaes, y el Supremo lo ha llamado ante su trono.

A los pocos días tomó el hábito Doña Margarita de Espinosa, fundando un convento de religiosas en el punto mismo donde se hallaba la ermita que tocó las oraciones el jueves 7 de setiembre de 1312.

RAMON ORTEGA Y FRIAS.

### CALIGORANTE.

Caligorante es uno de esos seres fantásticos creados por la rica imaginación de Ariosto. Es un gigante antropófago colocado en otro tiempo sobre el altar de Anubis por Canope, y cubierto con una red de acero que se debe á las hábiles manos de Vulcano.—El ha elegido, no lejos de los sepulcros de Menfis, una sombría mirada al borde de un estrecho y arenoso sendero que separa al Nilo de un dilatado pantano. Allí tiende con maña sus redes, que cubre con polvo para disimularlas mejor, y escondiéndose él entre las plantas y los cañaverales, espera con ansia á los viajeros que inadvertidos van á caer en la oculta red; llegan estos, tocan para mala fortuna suya en el misterioso lazo, y se encuentran como por encanto presos en la invisible red, cuyos mágicos hilos no es dable romper por grandes y gigantesco que sean los esfuerzos que ellos hagan para lograrlo; entonces el terrible gigante que ve segura su presa, sale de su escondite, la lleva á una cueva, y gozándose antes con el dolor de su víctima, la devora luego manifestando su contento con espantosos y horribles ahullidos.—Su piel sirve luego para cubrir y adornar las murallas, y con los huesos forma un bajo relieve que decoran la fachada de su sangrienta guarida.

—Al valiente Astolfo, príncipe de Inglaterra, estaba reservada la gloria de vencer y matar á este monstruo. La hada Logistille había regalado al joven guerrero una trompa cuyo sonido era tan terrible, dice Ariosto, que el furor de los vientos, el estampido del trueno y el ruido sordo de un terremoto, no son mas que sonidos insignificantes en comparación suya. Armado de este instrumento mágico y montado soberbiamente sobre el famoso Rabican, Astolfo se adelanta con bravura y sin temor alguno hacia las orillas del Nilo; conoce el lazo, y deteniendo á Rabican para que no toque ni los hilos de la red, empuña su trompa, sopla vigorosamente, y el ruido que produce es tan espantoso, tan desconocido y tan horrible, que Caligorante lleno de terror echa á correr, y quitándole el miedo la vista, cae él mismo en el lazo que momentos antes había preparado para sus víctimas. En



vano trata de romper las redes haciendo esfuerzos gigantesco: la obra de Vulcano resiste á su desesperado empeño: más se enreda cuanto mayor es su coraje; la mala suerte se rie de su impotencia, y loco y fuera de sí, no le queda mas recurso que rendirse.

Pero Astolfo se desdena de herirle, porque el bravo, el valiente Astolfo no combate nunca con ningún ser indefenso, y así adopta el medio de encadenarlo y llevarlo tras sí de ciudad en ciudad, y de pueblo en pueblo, colocando sobre sus anchas espaldas, como si fueran las de una acémila, su pesado casco y su brillante escudo.

Ante este espectáculo todo el mundo corre á su encuentro y se admira de cómo tan joven guerrero ha podido vencer á tan gigantesco y tan terrible monstruo. Astolfo es el objeto de las miradas y de las atenciones de todos; se le da la palma de héroe, se le hacen grandes honores, y es universalmente proclamado como invicto y como grande.

### LAS FERIAS DE MADRID.

He oído decir muchas veces que la mayor parte de las cosas son lo contrario de lo que sus nombres indican: algunos han hecho extensiva esta observación al amor y la amistad; yo la he hecho solamente sobre las ferias de Madrid. Y en efecto, las ferias en todos los pueblos son sus mejores días de galas, la concurrencia brillante de sus mas ricos productos y de sus mas hermosas mujeres: las ferias en Madrid son sus días de mayor miseria, la exposición de cuanto mas raído, viejo, roto, inmundo y asqueroso encierran los vastos arsenales de los ropavejeros. La orgullosa villa arroja en estos días sus doradas vesti-



duras, abre sus calles á la inundacion de todas las miserias, al magnífico *Rastro*, á ese vasto hospital de todas las desgracias, que refugiado durante todo el año en cuatro calles lóbregas y oscuras, ofrece ahora á los ojos de todo el mundo el gangrenado corazón de la soberbia corte con sus dolores mas íntimos, su pobreza mas lastimosa, sus vicios mas repugnantes, palpitando y hablando en tanto trasto viejo y chisme, y dije, y harapo, y despojo de la vida como cubren por todas partes las plazas y los barrios, y la ciudad entera, formando ese gran poema en cuyas elocuentes páginas puede leer el menos curioso trazada á grandes rasgos la historia íntima de un pueblo feliz y poderoso. Desde que la feria empieza, ya no necesita el filósofo esperar sentado en el oscuro sótano del usurero el desenlace de tantos dramas cuyo epílogo es la venta de una última prenda. Entonces cada objeto es una frase, cada escaparate un capítulo, cada puesto una novela: las madres pueden comprar tambien sin peligro de censura las blondas de las prostitutas para cubrir con ellas la honrada pobreza de sus hijas, y los elegantes que sustentan su fausto con los continuos cambios, hallarán por todas partes fraques de larga y borrasca historia, sombreros que han recorrido todas las posiciones sociales, anteojos que han librado de todos los acreedores, y guantes que han cubierto innumerables manos.

¡Ah! pero si las gentes que se entregan al placer de comprar objetos usados y viejos hubiesen aprendido á leer en ellos la historia de sus dueños, clavarían los ojos con horror en una pulsera de diamantes que ni aun de balde se atreverían á tomar, y darían cien doblones por el tacón de una bota.

No sería tampoco la mas favorecida de las gentes la única calle que salvándose de la inundacion ropavejera presenta cubierta de puestos de frutas y tiendas de cristalería el risueño aspecto de una verbena, sino que todo el mundo andaría palpando, revolviendo y tanteando muebles, ropas, joyas y papeles, entreteniéndose en hojear el gran libro de todas las miserias, que es de cuantos conozco el mas curioso y entretenido. Muchos acudirían á rescatar la prenda que vendieran en sus días de amargura, temerosos de que otros al verla descubriesen la página mas íntima de su vida, y todos empezarian por admirar ese orden fatídico, esa ley de contrastes que en la revuelta confusion de tan inmenso cuadro presenta siempre reunidos todos los extremos; lo mas moderno con lo mas antiguo, la larga y pesada tizona ennegrecida por el orín de siete siglos cruzada sobre el último junquillo de un dandy; lo mas flamante con lo mas desusado, el último real decreto sobre la Constitucion de la monarquía, lo mas comun con lo mas peregrino, una traduccion junta con una obra original, lo de mas valia con lo mas ruin y despreciable, el collar de diamantes colgado de una tachuela, los instrumentos del arte mas grosero con los de la mas elevada ciencia, la lesna y el compás, los de la vida con los de la muerte, la lanceta dentro de la sopera, lo mas honorífico con lo mas deshonoroso, las cintas del veterano prendidas en el camisolín hecho para fingir camisa.

Pero si os asombráis, curiosísimos lectores, de que en las prendas frias é inanimadas separadas tantos años ha de sus dueños, se pueda leer toda una historia, seguidme en mi rápido paseo, y adivinareis bien presto en estos objetos sin vida los mas recónditos misterios como en los jeroglíficos y parábolas egipcias.

Cuando yo empecé mis observaciones, no sabia leer ni aun la desesperacion de un poeta que busca consonantes en las rayas que imprime con las uñas en la tapa de su mesa, y ahora podría palpar la huella que dejan las coronas en el cráneo de los reyes.

¿No os acordáis de los negros, ondulantes y sedosos rizos de la encantadora Eugenia, que tantas veces anhelamos besar, cuando valiendo con ella rozaron nuestra frente y por los cuales hubiera dado un imperio el pobre Julio? Pues son esos que veis ahí empolvados, sucios y grasientos, apreciados ahora en seis cuartos. Pero esperad, os acabaré de contar su historia. A Juanita, aquella muchacha graciosa y morenita que vendía flores en el Prado, la compró su hermosa trenza al entrar en el hospital comida de la lepra de los vicios, un buen peluquero que hizo de ella esos postizos que vendió á nuestra bella y otros que lleva todavía con mucho orgullo su amiga Paulina. Ellos solos, como veis, forman una novela completa. Aquellas blondas rotas y amarillas deslumbraron cuando flamantes los ojos de la infeliz Teresa; aquella chica de la clase media que lloraba cuando veía las galas de las señoras y que las compró á costa de su honra y de su vida, se venden para rodillas de limpiar velones. Este corsé hizo esbelta á la jorobada Antonia, cuyo talle ponderaban tanto sus amantes porque tenia treinta mil pesos de dote. Con esos refajos parecia gorda Amalia, aquel esqueleto parlante que llevaba postiza hasta la vida. Con este collar de diamantes tenia hermosa garganta Eustasia, aquel monstruo que se vestía de muger porque tenia mucho dinero. Por esta sortija tomada de orín que tanto codiciamos en las lindas de Rosalia, aquella casada tan celosa de su marido, vendió la perjurá su cariño á aquel señorón que la echaba de conde, y fué después ruidosamente

encarcelado por cómplice de un robo. Voy á comprarla, me servirá de anillo para mi cortina. Aquella imagen hacia innumerables milagros cuando con marco de oro la adoraban sobre el altar de un convento nuestros padres, y ahora vale menos que el lienzo en que está pintada y no puede salvarse del lugar en que se halla. Una beata besaba devotamente aquella devanadera por su forma de cruz, y con el rosario que de ella cuelga se adornaba una ramera. Este cuadro de frutas que nos provoca las náuseas, escitaba vivamente el apetito en el comedor de nuestros abuelos. Ese rizo se halló sobre el cadáver de un suicida y una prostituta acaba de reconocerle por suyo. El cuchillo de cocina mellado y sin mango que está sobre él sirvió muchos años de puñal en un teatro y temblaban de horror al verle los espectadores. Las arcas que estan al lado las compra para llenarlas un tío y un sobrino; las vendió luego por inútiles y vacías. Un ministro estrenó el frac que está inmediato; un elegante le arrancó despues las placas, reformó el talle, y llenó de flores los ojales; un pretendiente despues le renovó las mangas; un cesante le recortó los faldones para remendarle, y un tendero por último le tomó á cambio de un panecillo. El sombrero caído ó tirado debajo de aquella mesa, oprimió cuando nuevo las sienes de un casado que le abandonó por chico; un literato le recogió para fingir cabeza, y un arenero le trajo rodando hasta aquel sitio por no mancharse. A través de aquellos lentes no veía un pedante las personas que pasaban, y un tramposo divisaba luego sus acreedores antes de que aparecieran.

¿Pero adónde iríamos á parar con nuestro artículo, si contáramos la historia de los infinitos objetos que nos obstruyen el paso en estos benditos días de ferias? Baste lo dicho para que nuestros lectores se inicien en el lenguaje simbólico de ese gran poema, de ese juicio final de todas las desgracias con que la orgullosa corte nos revela sin saberlo en esta temporada sus mas íntimos misterios. No concluiremos, sin embargo, sin apuntar aquí algunas reflexiones que nos ocurren en este momento. Si existiese todos los años una feria moral, donde del mismo modo que se venden en esta los trastos, ropas, muebles, libros, diges y despojos mas viejos y raídos, se vendieran las reputaciones, los nombres, los corazones, las hermosuras y las virtudes que no hallasen ya salida en el mercado ordinario de la vida, ¿qué de interesantísimas escenas no veríamos á cada paso? Aquí una muger nos vendería su inmaculada honradez en dos reales: allá otra su postiza hermosura en diez cuartos: acullá un poeta daría su inmortalidad por un panecillo. Este nos daría su fidelidad política al fiado; aquel pregonaría su probidad de balde, y políticos habria que vendiesen su reputacion hecha girones para cortinas de las ventanas de las rameras.

¿Pero á qué desear esta feria, ni qué serian quince días para tan inmensa concurrencia? Vale mas estar como estamos, puesto que todo el año es ferias, todos los hombres mercaderes, y todo el mundo mercado.

M. O. DE PINEDO.

## LOS TEATROS DE MADRID EN 1801.

Creemos que nuestros lectores verán con interés la siguiente memoria y datos sobre el estado de los teatros de la corte al empezar este siglo. Los documentos que se nos han facilitado, y que ponemos á continuacion sin comentarlos, tienen cuando menos su valor para apreciar la diferencia que hay entre nuestros coliseos de hoy y los de hace 50 años.

### REFLEXIONES SOBRE LOS DEFECTOS QUE SE NOTAN EN EL PLAN DE REFORMA ADOPTADO EN LOS TEATROS DEL PRÍNCIPE Y LA CRUZ.

La esperiencia ha hecho palpables los errores del Plan de reforma adoptado en los teatros del Príncipe y la Cruz, pues no solo no se ha fomentado Poeta alguno, no se ha mejorado un solo Cómic, ni formado un buen Alumno, sino que en menos de dos años ha contrahido la Junta encargada de su execucion un empeño de seiscientos mil reales, despues de molestar continuamente á la superioridad con inútiles recursos, y de dar sus Individuos pábulo á la mofa y desprecio del Pueblo de Madrid con odiosas Personalidades.

Como el decoro de S. M., vajo cuíos auspicios acaba de establecerse la reforma, no permite avandonar una Empresa cuíto malogro atribuirían los Estrangeros á un estado vergonzoso de la Cultura Nacional; y como además los expresados Coliseos no pueden darse en arrendamiento, así por el enlace que tienen con los de las Provincias, habiendo entre ellos una Hermandad y Hospital comun á los de su Ejercicio; como por tener anexo un Monte Pío, formado á sus expensas para dotacion de Juvilaciones y Viudedades que justamente reclamarían, no solo los que ya están en posesion, sino tambien otros muchos que han servido el número de años prescripto en sus Estatutos.



tos, en los cuales han contrivido con su Quota ó Pension respectiva. Por tanto, siendo indispensable conservar estos fondos, y atender al remedio de los males ocasionados, es necesario pensar ahora solamente en los medios de satisfacer los Empeños contraidos, y evitar que en lo sucesivo ocurran semejantes desórdenes, tomando á este fin las Providencias que se espondrán en los Artículos siguientes:

Primero: deve ante todas cosas suprimirse la Junta Directoria, no solo por el descredito en que estan sus actuales Miembros, sino tambien porque con ella jamas puede verificarse la uniformidad que exigen las Providencias y operaciones del teatro; cesando tanvien en sus funciones los Maestros de Declamacion, Baile y Florete, mediante haver de quedar suspensos los efectos de la reforma hasta que se verifique el desempeño de los Teatros.

Segundo: en lugar de la Junta deve nombrarse un Superintendente de conocida instruccion, zelo y provida, que tenga á su cargo esta Empresa, aunque vajo las ordenes inmediatas de los Gobernadores del Consejo, ó Ministros que hagan sus veces, á quienes dara cuenta de quanto juzgue digno de atencion, ó que convenga elevar á noticia de S. M., siendo el mas apropiado para este Empleo F. segun constan unánimemente los Informes tomados en el particular, pues á mas de sus vastos conocimientos en estos ramos, posee la ventaja de representar y declamar con propiedad, circunstancia que podra contrivir mucho para correccion de los resavios y defectos de los Cómicos.

Tercero: uno de los errores mas clasicos que ha cometido la Junta, es tomar sobre si la Administracion de Caudales, constituyendose en una especie de Empresario contra quien ahora reclaman justamente los Cómicos el pago de sueldos y cumplimiento de contratas; por lo tanto deve devolverse su manejo á las mismas Compañías al modo que lo practicavan en tiempo de los Correjidores de Madrid, ó quando menos deben tener precisa intervencion en todas sus entradas y salidas, para que sepan la pureza con que se procede en su imbersion y destino.

Quarto: por la misma razon debe cesar el señalamiento de sueldos fixos hechos á los Cómicos en el Plan, y aunque no hay inconveniente en que se conserven las mismas asignaciones que oy tienen, es indispensable queden pendientes del producto de las entradas eventuales, con cuio medio no solo se pondrá un estimulo á su aplicacion, sino que se cortará de raiz el origen de los empeños y embarazos en que se ha visto la Junta.

Quinto: no siendo dable que en el dia se satisfagan las deudas contrahidas, deven declararse por creditos privilegiados, para satisfacerlos con preferencia á qualesquiera otros, destinando el producto de Oratorios sacros de representado y cantado, que se daran á este fin por cuenta de las mismas Compañías Cómicas en los Coliseos del Príncipe y la Cruz durante la temporada de Quaresma.

Esta providencia es tanto mas justa Quanto que ellas deven ser por todas razones mas acreedoras á la utilidad de este arvitrio que los Empresarios particulares que hasta aqui lo han disfrutado; siguiendose ademas la ventaja de desterrar para siempre de unos sitios destinados al honesto recreo del Espiritu, Bolatines y Pantomimas indecentes, que indevidamente se han permitido en ellos, y que quando mas podran tolerarse en la Plaza de Toros, segun empezo á ponerse en planta el año anterior.

Sexto: como á los Cómicos y Cantantes no deve añadirse aumento de sueldo por la execucion de estos Oratorios, respecto ceder sus productos en beneficio suio, no deve dudarse que con el ahorro que de ello resulta, y con los que pueden hacerse en las Decoraciones, Bestuario, y otros ramos pueda regularse por un computo mui moderado, que este arvitrio dejara livres cada año mas de doscientos mil reales, de modo que en el espacio de tres se vera extinguida la deuda, quedando permanente en lo sucesivo unos fondos mui suficientes para costear la enseñanza de Jóvenes Alumnos, dar fomento á Poetas Drammaticos, y á tender á los demas objetos que necesita la sólida reforma del Teatro; como tambien para construir con el tiempo otros Coliseos mas capazes y de mejor Arquitectura.

Septimo: para templar en algun modo el disgusto de los Cómicos por el trabajo extraordinario que se les agrega en la execucion de Oratorios, como para excitar su zelo y aplicacion convendra señalar cada año doce premios, seis de á cinco mil reales y otros seis de á tres mil, entregandose los primeros á aquellos que mas se huviesen distinguido, y los segundos á los que mereciesen el accessit; cuías cantidades pueden sacarse sin gravamen con el importe de sueldos á signados á los Empleos y oficios que se supriman. Si á estas providencias pudiera á gregarse el quitar las cargas de Hospitales, Hospicio y demas con que estan gravados, por efecto sin duda de una Piedad mal entendida, nada havria que desear, pues los Teatros prosperarian y se pondrian antes de mucho al nibel de los de las Naciones mas cultas. Acaso una Loteria ó algunas Pensiones sobre rentas Eclesiasticas pudieran substituir á los Teatros en este gravamen, siendo estas Fincas mas conformes á unos objetos caritativos y de la primera atencion para la Iglesia y el

Estado; pero con los cuales no tienen á la verdad Analogia los Espectaculos Escenicos.

El Coliseo de los Caños del Peral se maneja por diversas reglas como que des del principio se destino para Operas Italianas y Bailes, hasta que aviendo S. M. provisto la admision de Actores Estrangeros en nuestros Teatros, se adado ultimamente en arrendamiento por la Junta de Hospitales á quienes estan cedidos sus productos. Algunos atribuyen las buenas entradas que abido en el en la temporada de verano á la avilidad del empresario Ronci, pero este es un error, pues quando mas puede atribuirse á este Musico Italiano la buena direcion de la Orquesta, pero es seguro que dichas entradas an provenido del disgusto ó adversion con que se há mirado la Junta directoria, que tubo tambien la imprudencia de aber dejado sin contratar Antenia Prado á Querol y á Mayquez que han contrivido á llamar las jentes con ciertas pieccecitas francesas que trajo el último de Paris, pero fenecidas estas cesara la concurrencia como ya empieza á espermentarse. Por tal, el unico medio de sostener este Teatro con Opera Nacional, es incorporarle á los otros, entresacando de ellos los mejores cantantes, aunque sin desatender las Tonadillas y demas que alli ocurriese, pues en otro caso, porque el Teatro de los Caños quedase en una mediana de que por ahora no puede salir, quedarian desarreglados los del Príncipe y la Cruz.

PRODUCTO DE COMEDIAS EN EL AÑO COMICO, DESDE 24 DE ABRIL DE 1791 Á 21 DE FEBRERO DE 1792.

Martinez, en 260 dias incluso el verano. . . . .	964715
Rivera, en 260 dias idem. . . . .	882872
Total de entradas. . . . .	1847585
En el año anterior. . . . .	2095399
Diferencia de menos. . . . .	247814

Madrid 22 de febrero de 1792.—Juan de Lavi.

RAZON DE LOS SUELDOS Y DEMAS GASTOS QUE SE ORIGINARAN EN LOS DOS COLISEOS DEL PRÍNCIPE Y LA CRUZ EN ESTE AÑO COMICO DE 1801 EN 1802.

Sueldos de Actores, Actrices, Alumnos, Agentes, Guardarropas y Criados. . . . .	1018640
Jubilados, Monte pio y Limosnas. . . . .	260090
Compositores de Musica, Musicos de Compañía, Copiantes, Ayudante, individuos de la Orquesta y Jubilados. . . . .	220262
Cobradores, Alcaldes y Mozos de Aposento. . . . .	115285
Director, Censor, Contador, Tesorero, y Oficial. . . . .	70400
Maestro de Declamacion, Musica, Baile y Esgima. . . . .	53800
Un Escribiente. . . . .	3500
Alumbrado, segun la contrata de este año. . . . .	93000
Coches segun la contrata de este año. . . . .	25000
Boletines segun la contrata de este año. . . . .	14000
Impresion de Carteles. . . . .	7000
Gastos de Tramoyista segun el año pasado. . . . .	87905
De Pintor, segun el pasado. . . . .	66759
De Ingenios, segun el pasado. . . . .	50695
De Comparsas, segun el pasado. . . . .	57627
De servidumbre de la Escena, segun el pasado. . . . .	21507
De Sastre, segun el pasado. . . . .	21191
Obras hechas en ambos Coliseos, segun el pasado. . . . .	10541
Pintura del Coliseo del Príncipe y su telon. . . . .	20000
Gastos extraordinarios, segun el pasado. . . . .	56575
Copias de Comedias y Sainetes, segun el pasado. . . . .	3249
Copias de Musica, segun el pasado. . . . .	5718
Gastos de Tropa. . . . .	7780
Obras pias. . . . .	108000
Censos. . . . .	18524
Alquiler de casas lindantes y alumbrado publico. . . . .	1266

Suma total. . . . . 2357514

A estas partidas se añaden los doscientos treinta y dos mil ochocientos cinquenta y ocho del Deficit del año pasado, resulta la de. . . . . 2570572

RESUMEN DEL PRODUCTO Y GASTOS DE LOS DOS COLISEOS EN EL AÑO COMICO PASADO DE 1800 EN 1801.

PRODUCTO.

Volatines en la Quaresma de 1800. . . . .	18850
Entradas y Abonos. . . . .	2015290
	2032140



## GASTOS.

Suma total de gastos. . . . .	2264998
Déficit. . . . .	252858

NOTA. Es de advertir que así en los gastos del año pasado como en los del actual no se incluyen 15000 rs. que según el plan de reforma se debían separar para hacer un fondo destinado á las paradas ó suspensión de Teatros por rogativas públicas u otras causas; ni otros 50000 que según previene el mismo Plan, debían separarse anualmente para formar otro fondo destinado á proveer de vestuario á los Comicos pasados cinco años desde el principio de la Reforma, por no haberse hecho efectivamente la separación de estas cantidades; como ni tampoco mas de 50000 rs. que se deben á la Imprenta por la impresión de los Tomos publicados del Nuevo Teatro Español; aunque a esta se la ha entregado el corto producto de los ejemplares que se han vendido.

## UN FANTASMA.

Hay un mozo en mi lugar  
llamado Pepe José,  
tan extraño y singular,  
que por quererle casar  
hoy en camisa se vé.

Con mas talento que Lepe  
pidió la mano á Nemesia,  
y dijo la gente: «¡Ay Pepe!  
(cuando salió de la iglesia)  
no te espera mal julepe!»

Pero él quiso navegar  
del matrimonio en la charca,  
cansado de imaginar,  
que nunca pasa la mar  
el hombre que no se embarca.

Sin calcular asimismo  
de la suerte los rigores,  
y que siempre al hondo abismo  
nos arrastra el fanatismo  
de los primeros amores.

Ni se cuidó de saber  
(caro lector, no te asombres)  
que, aficionada al placer,  
la buena de su mujer  
deliraba por los hombres.

Viendo Nemesia algun payo  
tan gordo como los tordos,  
fuera marqués ó lacayo,  
decía para su sayo:  
¡cuánto me gustan los gordos!

Y si otro llegaba á ver  
que pudiera parecer  
marisco por sus espinas,  
esclamaba esta mujer:  
«¡me muero por las sardinas!»

Siempre tuvo relacion  
lo menos con seis ó siete,  
que amaba de corazon,  
al doctor por su baston,  
y al cura por su bonete.

Con esto que es cuanto sé,  
podeis juzgar sin falacia,  
si yo con razon diré,  
que fué mucha la desgracia  
del señor Pepe José.

Nemesia que amaba el ruido  
siempre encaminada á un fin,  
jugaba con su Cupido  
desventurado marido  
cual si fuera un arlequin.

Una noche, á su pesar,  
tarde Pepe á casa llega,  
y ella dice al verle entrar:  
«anda, Pepe, á la bodega  
por vino para cenar.»

Y mientras Pepe afligido  
fué á cumplir su cometido,  
Nemesia, que no era boba,  
echó de casa al querido  
que estaba oculto en la alcoba.

Después con aire animoso  
y con intencion resuelta,  
sabiendo que era medroso,  
se fué á buscar al esposo  
en una sábana envuelta.

Iba Pepe sin tanguelo  
á salir, y ¡santo cielo!  
de pronto el hombre se pasma  
y grita con desconsuelo:  
¡ten piedad de mí, fantasma!

Al punto se desmayó  
y de horribles convulsiones  
acometido se vió,  
pues de sangre no quedó  
ni una gota en sus tacones.

En tanto, cuenta la fama,  
que gozando en tal julepe,  
volvióse á casa la dama,  
y se zambulló en la cama  
sin hacer caso de Pepe.

Cuando en sí logró volver  
Pepe, apretó los talones  
y sin dejar de correr  
¡ladrones! dijo, ¡mujer!  
En la bodega hay ladrones!

Nemesia esclamó al momento:  
«¡cuéntaselo á las gallinas!»  
y Pepe añadió: «no miento,  
me han salido mas de ciento  
armados con carabinas.»

—Ciento no pueden caber...  
ajusta, Pepe, la cuenta.  
Y él no tardó en responder:  
«si no eran ciento, mujer,  
lo menos eran cincuenta.»

—Para ver tanto ladron  
tienes tu vista de lince.

—Nemesia, será ilusion,  
pero apostaré un doblon  
á que eran lo menos quince.

—Digo que no puede ser.  
—Pues á dos, esposa amada,  
á dos pude conocer...  
Mira, dijo la taimada,  
no haya sido una mujer!...

Esto acabó de decir,  
y el hombre empezó á temblar,  
y echó el zangüango á llorar,  
y ella comenzó á reir  
haciendo á Pepe rabiár.

Hoy Nemesia le encocora.  
«Yo fui ligero de cascos»  
dice Pepe, y se incomoda;  
pero al pobre á cada hora  
le acontecen nuevos chascos.

Y al conocer los azares  
que ocasionan las mujeres,  
repite en tiernos cantares  
que siempre son los placeres  
la cuna de los pesares.

J. M. VILLERGAS.

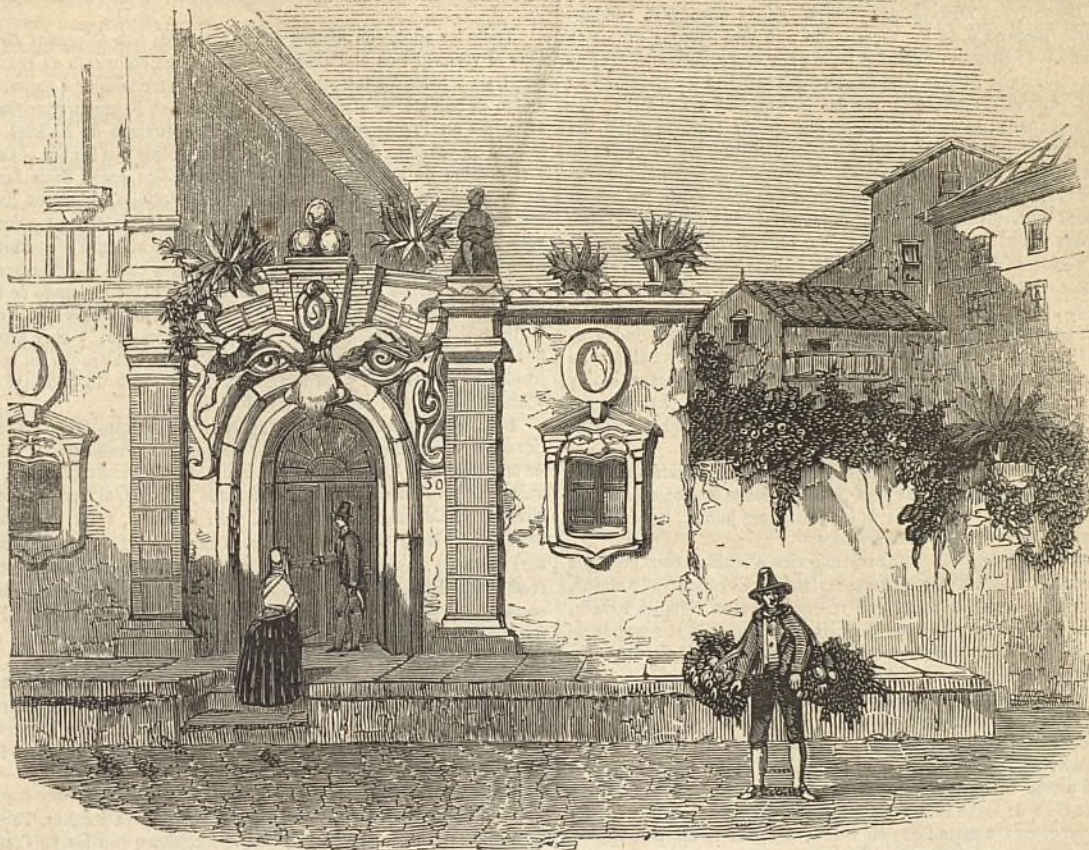
SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NUMERO ANTERIOR.

*Mas vale algo que nada.*

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO E ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.





(Casa de Salvator Rosa.)

## SALVATOR ROSA.

### I.

POETA, MÚSICO, PINTOR, SALTEADOR.

Al Oesie de Nápoles, detrás de la colina en que estan el castillo de San Ermo y la cartuja de San Martin, se encontraba á principios del siglo XVII, y existe todavía, un estrecho desfiladero que al través de las rocas del Monte Donzello y á la sombra de lentiscos, algarrobos y hermosos pinos de Italia conduce al vasto convento y al magnifico pueblo de la Arenella. Entre las humildes habitaciones que contrastaban por su sencillez con la espléndida morada de los siervos de Dios, descollaba una casa mas vasta, aunque mas pobre y desmoronada. Apellidábase la *Casaccia*: habia sido en otros dias la residencia de los señores feudales de la Arenella, y entonces no servia ya sino para albergar á las familias indigentes que no tenían cabaña propia. En una de las puertas del edificio se leía:

ANTONIO ROSA, AGRIMENSORE ED ARCHITETTO.

*Antonio Rosa, agrimensor y arquitecto.*

Esta inscripcion era la de un *biettolone* (pobre infeliz) que á duras penas lograba con su doble talento conservar su vida y la de su mujer, madonna Giulia.

Sin embargo, llegó un dia en que pareció que Dios se apiadaba de la desgraciada familia. En 1615 madonna Giulia dió á luz un hijo, y para los napolitanos un hijo es la bendicion del cielo. Y en efecto lo era el nacimiento de ese niño, pero no para los desgraciados autores de sus dias, y sí para el universo.

Como la piedad y la ambicion de sus padres lo destinaban, aquella

al sacerdocio y esta á la mitra ó al capelo, Salvator aprendió á leer en las leyendas de Santa Catalina de Sena y en devocionarios latinos; pero ya en su infancia, ora exhalaba algunos versos, ora hacia repetir á los ecos del monte Donzello y del Vomero los sonidos del laud, de la *bandurria* ó del tamboril vasco, ora por fin cubria las paredes de la *Casaccia* con pintarrajos de carbon. Por desgracia le valió al futuro prelado una doble correccion el haber querido *ilustrar* tambien las columnas del claustro de la Cartuja. Escapóse Salvator de la casa paterna y anduvo por muchos dias corriendo por la campiña de Nápoles viviendo de madroños y algarrobos y durmiendo en las tumbas antiguas de Bauli ó de la *Via Campana*.

Abreviemos: después de haber cursado por algun tiempo en las aulas de los padres Somascos, dejó la teología; y alentado por el virey español estudió con tanto ahinco y provecho la música, que al poco tiempo se popularizaron sus composiciones de tal manera que á porfia se recurría para las serenatas á su talento de poeta y de tocador de laud.

¡Triste reputacion para un futuro prelado! Empero iban á desvanecerse completamente los proyectos paternos. Hasta entonces Salvator no habia sido sino poeta y músico, mas dentro de poco será pintor.

Habiéndose su hermana casado con un artista pobre y de talento, Francesa Fracanziani, Salvator trabó tal amistad con él, que se le iba la mitad del dia en copiar en su taller fragmentos de sus cuadros. La otra mitad la pasaba en el Vesubio ó en el Pausilippo buscando modelos dignos de su independencia.

En aquel tiempo los jóvenes que se consagraban á la pintura iban á las diferentes ciudades de Italia con el objeto de estudiar las obras de las diversas escuelas; pero los mas se limitaban á hacer frias copias del modelo que habian escogido. Quiso tambien Salvator emprender su *giro* (vuelta), y así, de edad de diez y ocho años se ausentó de Nápoles por primera vez. Como abrigaba el firme preyecto de no estudiar mas que á un maestro, la naturaleza, fueron sus museos las montañas, las cascadas, las ruinas de la Basilicata de la Pulla y de la Campania.

16 DE OCTUBRE DE 1835.



labría. Allí encontró modelos de una sublimidad no conocida antes, que le proporcionaron el medio de crear una escuela original cuando se creían agotados los manantiales de la originalidad.

En las antiguas regiones que recorría, en las quebradas cumbres del monte Gargano ó de los escollos de San Vito, en las grutas de Palignano, y de Otranto, Salvator halló unos descendientes de las primitivas colonias de Atenas y de Esparta que soñaban en libertar á su país del yugo extranjero. A la voz del jefe que los acudillaba, Tomaso Campanella, barruntó Salvator que quizás pelearía algún día por una patria que su pincel debía ilustrar. Según las creencias de aquella época y á los ojos del vulgo, los salteadores enemigos del extranjero eran casi siempre mas bien héroes que criminales. En uno de sus paseos solitarios cayó Salvator en manos de una cuadrilla. ¡Triste presa para los bandidos! Empero ¡cómo reparar el yerro! ¡Salvator sabía la guardia de sus apresadores! La muerte pues le esperaba por momentos. Entre los bandidos había una mujer; el artista era joven, hermoso... fué salvado.

Mas ¿por qué amor? ¿por el de esa mujer? ¿por el de la independencia? ¿por cual? Lo ignora. Sin embargo, es cierto que Salvator se quedó con los facinerosos, y llegó muy pronto á ser su compañero, y hasta, según se dice, su cómplice. Durante este período de su vida recogió las admirables caras de bandidos que después sembró profusamente en sus obras.

El parecerle insoportable la obediencia á un jefe originó quizás el que nuestro héroe se escapase para Nápoles, donde le acogieron la miseria, el abandono, la aversión de los trocadores judíos, la vergüenza y la muerte de casi todos sus parientes.

Suscitóse sin embargo un acaso que vino á reanimar sus bríos y á sacarle de la oscuridad por algunos instantes. El caballero Lanfranc, que hacía en Roma el papel que representaba en Nápoles Rivera, en Amberes Rubens, y Lebrun en París, fué llamado á la segunda de estas ciudades para adornar con su pincel la iglesia del *Gesú nuovo*. Pasando por una de las calles de la parte vieja de la ciudad, divisó á la puerta de un trocador un bosquejo cuyo mérito reconoció á la primera ojeada. Detuvo pues su suntuoso coche, y el artista, gran señor, compró la obra del pintor hambriento. El dictámen de Lanfranc dió á conocer por Nápoles á *Salvatoriello*; pero si este obtuvo así el poner sus obras á precio mas subido, también se convirtió en blanco del odio y de la envidia de los pintores. Solo un artista supo apreciar á Rosa y trabó con él una amistad que no acabó sino con la muerte; Aniello Falcone, el primer discípulo de Ribera, espíritu turbulento, pintor entusiasta que en el género de las batallas á nadie le fué en zaga sino á Salvator. Aniello le abrió su taller y lo presentó á Ribera; pero no pudiendo Rosa contarse entre los *dipendenti* (dependientes) del orgulloso maestro español, volvió muy pronto á hallarse con su libertad, acompañada de olvido y pobreza.

Viéndose pues otra vez en apuros y angustias, resolvió trasladarse á Roma en busca de fortuna: tenía entonces veintinueve años. A pesar de lo que sentía alejarse de su ingrata patria, emprendió á pié su largo y penoso camino. Un hatillo y una cartera formaban todo su equipaje, así al salir de Nápoles como al entrar en la capital de las artes, donde mas adelante debía hacer tan gran papel.

Dos estilos enteramente opuestos se compartían en aquella época la admiración de los aficionados romanos, el Bernin, ideal, y el de los materialistas holandeses (ultramontanos), entre los cuales se ponía injustamente á Poussin y á los franceses.

Salvator llegaba con ideas tan distantes del frío convenio de los bernescos como de la trivial verdad de los ultramontanos; quería en una palabra no ser sino suyo propio. Reconoció empero á dos maestros y los estudió, Miguel Angel y el Ticiano. En las asombrosas ruinas de Roma halló inagotables fuentes de estudio; mas á influjo de la *mal'aria* y de unas calenturas debió clavarle en la triste sala de un hospital. En aquellos días indudablemente compuso la cantata ásperoterna en que pinta su desnudez espantosa y su desaliento mortal.

Al salir del hospital se fué por consejo de los facultativos á respirar el aire nativo. Mas ¡ay! aun le aguardaban la miseria y el odio si el cielo no le hubiese hecho dar con un amigo. En el colegio de los padres Somascos había tenido por compañero á un joven que siguió después la carrera eclesiástica, y estaba ahora en la servidumbre del cardenal Brancacci. Girolamo Mercuri, así se llamaba, obtuvo que Salvator entrase en Roma en casa de su amo y siguiese en su compañía al trasladarse su Eminencia á tomar el báculo pastoral de Viterbo. De órden del cardenal pintó Salvator el pórtico del palacio episcopal y el cuadro del altar mayor de la iglesia *della Morte*, la *Incredulidad de Santo Tomás*.

Estas obras y algunos cuadritos que enviaba á Roma principiaron por fin á abrirle el camino de la fama; pero al cabo de un año de residencia en Viterbo, sintiéndose cansado de todo patronato, regresó á Nápoles para encararse otra vez con sus enemigos y con su único amigo Aniello Falcone.

## II.

TRABAJOS Y LAUROS, FARSANTE, SATÍRICO, INSURGENTE, ANÉCDOTAS.

Todos los años, con motivo de las fiestas de *San Giovanni Decollato* se verificaba en el Panteon de Roma una exposición de cuadros que traía á todos los talentos y á todos los entendidos de Europa. Un amigo de Salvator se atrevió á presentar en una de esas solemnidades artísticas un *Prometeo* que aquel le había enviado de Nápoles con intento de venderlo. Inmensos fueron los aplausos que la obra obtuvo, y el nombre de Salvator, repetido por las cien bocas de la fama, reemplazó para siempre al diminutivo *Salvatoriello*. Llegaron hasta sus oídos los bravos, y creyendo que su suerte estaba ya segura, voló á Roma para recoger algunos vítores; pero no logró ser admitido en la academia de San Lucas, que era entonces como el solo emporio del triunfo y de los lauros. Sin embargo, Rosa había mejorado de fortuna, y así pudo alquilar una casa en la *Via de Babuino*. Entre tanto se iba estinguendo el recuerdo del *Prometeo*, y muy pronto hubiera también Salvator pasado al olvido, si no hubiese por fin construido con la variedad y extravagancia de su genio un pedestal que debía esponerlo para siempre á los ojos del público.

Llegó el Carnaval de 1659, y apareció en el vasto *Corso* un carro ricamente adornado, arrastrado por bueyes de cuernos dorados y lleno de una comparsa de máscaras que cantaban deliciosas cántatas, seguidas de entremeses en que, disfrazado el principal personaje á lo charlatan, Coniello la echaba de signor. Formica, actor napolitano, derramaba á borbotones los epigramas mas mordaces, las bufonadas mas chistosas, las chanzas mas punzantes, y distribuía á manos llenas recetas y remedios contra las calamidades públicas y los males de la sociedad. Al poco ya no se habló en todo Roma sino del signor Formica y de sus brillantes farsas. El mismo día el actor se quitó el disfraz y pasó á sus espectadores con la cara de Salvator.

Desde aquella hora no tuvieron límites los aplausos que arrancó en los salones; todos los *circulos* portaban entre sí por arrebatárselo unos á otros... Salvator echó en olvido sus pinceles, se entregó al placer, y organizó un teatrillo que le sirvió para atacar al mismo Bernier.

Por ventura fué corta esta embriaguez, pues de allí á poco nuestro pintor cogió de nuevo la paleta para no volverla ya á soltar. Parecía que la fortuna le sonreía: sus paisajes competían con los de Claudio y los del Guaspro, sugetos que en aquel tiempo halagaba el favor público. Trasformóse su casa en el punto de reunión de los ingenios mas hermosos y de los principales señores romanos.

Entonces fué cuando Salvator trasladó al lienzo su famosa cantata la *Bruja*, y ejecutó la *Muerte de Sócrates*, el *Hijo pródigo*, el *Purgatorio* y la *Asunción*.

Gracias á lo mucho que ganaba, á lo poco que ahorra, y á lo seguro que estaba de acallar las necesidades de cada día, había logrado vender sus obras al precio que quería y satisfacer á duras penas los muchos pedidos que le llegaban. Dibujó siempre según se le antojó, y supo librarse de todo patronato. «¡Dios, decía Balducci, ayude á los que quieren regatear con él!» La siguiente anécdota que lady Montague refiere, podrá darnos la medida de su carácter.

Un príncipe romano que era mas conocido por lo que se preciaba de entendido en las artes que por su generosidad para con los artistas, recorriendo un día la galería de Salvator se detuvo ante uno de sus paisajes, y después de haberlo contemplado por largo rato exclamó súbitamente:

—Salvator mio, grande es la tentación que tengo de comprar este cuadro; así dadme al punto el último precio.

—Doscientos escudos, repuso Salvator á lo descuidado.

—¡Doscientos escudos! ¡Ohimé! ¡dineros son! En fin, ya lo veremos.

Despidióse del artista el ilustrísimo señor; pero volvió al poco rato y pidió de nuevo el último precio.

—Trescientos escudos, se le contestó con voz enojada.

—¡Corpo di Bacco! ¿Os burlais? Vaya! otro día sereis mas dócil.

Al día siguiente el príncipe se presentó otra vez en el taller del pintor, al cual saludó alegremente diciéndole:

—Vamos, ¿qué postura tenemos hoy?

—Cuatrocientos escudos, replicó Salvator, y en seguida, soltando de repente la brida de su indignación, que había comprimido por largo tiempo, añadió con su arrebatado natural: «La verdad es que V. E. no comprará este cuadro á precio alguno, y sin embargo hé aquí el caso que hago de mi obra;» y acto continuo la hizo mil añicos.

En este rasgo descuellan así la aspeza de su independencia como la de su orgullo. Veamos ahora cómo los mismos sentimientos le inspiraron algunas veces ciertas palabras, que si bien eran menos acerbas, encerraban con toda buena dosis de mordacidad.

Hallándose un día Salvator dibujando en el cuarto donde estaba



enfermo el príncipe D. Mario Chigi, entró el médico, fátuo que blasonaba de entenderlo todo, hablaba de *omni re scibili*, y había olvidado que la sabiduría de las naciones ha dicho: *Ne suor ultra crepidam*. Creyendo pues nuestro Galeno agasajar al príncipe, gran protector de las artes, le pidió por recompensa de sus visitas un cuadro de Salvator, y volviéndose después á este:

—Cuidado, le dijo, no apliqueis el pincel al lienzo antes que yo os dicte el pensamiento y el objeto del cuadro.

Salvator al pronto saludó modestamente en ademán de asentimiento; mas detuvo la mano del doctor cuando este á punto de irse cogió la pluma para escribir su receta.

—¿Cómo se entiende! ¿Vos dictar una receta! ¿Y qué! ¿Sois acaso vos y no yo el médico del príncipe?

—Querido, yo, y no vos, soy el pintor del príncipe; y con todo seguramente mejor que vos un cuadro haría yo una receta.

En medio de su triunfante boga Salvator se acordaba continuamente de su patria. Treinta y un años tenía entonces. Peleó en las filas de Masaniello al lado de Aniello Falcone, que acudiendo la compañía formada por los artistas napolitanos y llamada de la *Muerte*, secundaba esforzadamente los instintos de la insurrección popular. La caída del pobre pescador de Amalli comprometió á todos los pintores napolitanos, que se dispersaron. Falcone se escapó á Francia, y Salvator volvió á Roma á coger los pinceles; pero le hervía de tal modo la sangre, que tardó en hacerse al sosiego de la vida privada. Habiéndose reanimado sus instintos de selvática independencia, tuvo el valor de esconder dos cuadros satíricos que zaherían á todos los poderosos y grandes que encerraba entonces Roma. Descargó pues sobre él un nublado tan tremendo, que le fué preciso rendirse. Salió de Roma como fugitivo, pero llegó á Florencia como triunfador.

En aquella época el palacio Pitti, residencia de los Médicis, se había transformado en una academia de estudio abierta á las bellas artes, y en la cual continuaban ejercitando su talento los mayores maestros de la época.

Fernando II recibió á Salvator mas bien como á un amigo que como á un protegido. El encanto de la conversacion de nuestro artista y su reputacion de pintor, poeta y músico le rodearon de mil adoradores, y convirtiendo su habitacion en el asilo de los placeres y del gusto, la hicieron el punto de reunion de todos los bellos ingenios de Florencia.

En medio de su esplendorosa posicion, acordándose el artista de los aplausos que le valió el Carnaval de 1659, se hizo fundador, autor y mejor actor de la academia teatral de los *Percossi*. Sin embargo, en esta ocasion no olvidó por el teatro la carrera mas noble que profesaba con tanta gloria; y así durante su residencia en Florencia, pintó los lienzos de *Heráclito*, una infinidad de batallas y paisajes, el *Triunfo de David* y muchas otras obras maestras.

Con todo, ni su regalada vida ni sus innumerables lauros lograron endulzarle el amargo pan del destierro; tampoco le atemperaron el dolor de verse separado de Carlo Rossi y de otros amigos.

A los tres años de estancia en Florencia, y á riesgo de perder su libertad, tomó la posta en medio de la noche, llegó á los jardines de la Vigna Navicella, sobornó al *custode*, y envió al instante una circular á diez y ocho amigos suyos. Todos le fueron puntuales á la cita, recibieron sus abrazos, se sentaron al suntuoso banquete que les dió, y lo vieron en seguida montar á caballo con direccion á Toscana, donde entró antes que husmeasen su aventura, ya sus amigos de Florencia, ya sus perseguidores de Roma.

Los aplausos justificaron siempre la confianza que Salvator confesaba tener en su genio. Hallándose cierto dia tocando un clavicordio bastante malo, entró un amigo y le preguntó por qué tenía en su casa un instrumento que ni siquiera valia un escudo.

—¿A que vale mil, dijo Salvator, antes que lo volvais á ver? Hizose la apuesta, y Rosa pintó al instante en la parte superior del instrumento un paisaje que se vendió en mil escudos y fué mirado por una de sus obras maestras.

Como á Salvator le parecían demasiado pesadas las ligeras cadenas que lo tenían atado á la corte de los Médicis, obtuvo retirarse á la villa de Monte Ruffoli, magnífica propiedad de su amigo el conde Hugo Maffei. Allí pasó muchos años estudiando la rica naturaleza de los Marmas, los ásperos montes de Pomarancio, de Querceto y de Monte Catini, y las pintorescas ciudades de Volterra, Colla y San Geminiano. Consagraba sus ocios á reunir y completar sus obras literarias. Empero con volver á Roma dió al cabo en el continuo blanco de sus deseos. Los mas de sus enemigos habían ya muerto, y los otros los tenía acallados su gloria refulgente. Al entrar en triunfo por la puerta del Pueblo se acordó sin duda de cuando cierto pobre joven entraba por la de San Juan á pié y con un misero hatillo á cuestas. Compró una casa en el monte Pincio, la adornó con un lujo casi desconocido, y continuó la vida de alto señor para la cual parecía lo había formado la naturaleza. La Pitonisa de Endor, portentoso cuadro que es uno de los mas preciosos adornos del Louvre, fué entregado entonces por el apogeo de su

talento; pero por desgracia era uno de los últimos brillos que se desprendían de su genio moribundo. Una vejez prematura logró helar la imaginacion de fuego y la fogosidad volcánica que nunca habían podido ser contenidas. Se le acortó la vista, se debilitaron sus facultades morales, cayó hidrópico, y el 15 de marzo de 1673 falleció á los 58 años de edad.

Toda Roma lloró al artista inimitable á quien había desconocido por largo tiempo.

Aguardábale un sepulcro digno de él. Si á los despojos mortales de Rafael los abrigaba en su seno el panteon de Agripa, á Salvator le debían dar último asilo los termos de Diocleciano, que Miguel Angel había convertido en la iglesia mas noble de Roma. Al gran artista del siglo XVI le había tocado preparar el sepulcro del gran pintor que acababa de terminar con su nombre la lista de las glorias de Italia.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

### RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

XII  
EN QUASTEL BAJO.

*El Carapio*

El distrito que media entre dicha calle de Embajadores y la de Lavapiés, está cortado de N. á S. por las grandes líneas tituladas calles del *Meson de Paredes*, de la *Comadre* y de *Jesús y María*, y de E. á O. por las tituladas de *Juanelo* (en que vivió el célebre ingeniero flamenco *Juanelo Turriano* en tiempo del Emperador Carlos V de la *Encomienda*, de las *Dos Hermanas*, de los *Abades*, del *Oso*, de *Cabestreros*, del *Sombrerete*, del *Tribulete* y otras; todas bastante rectas, desahogadas y con un regular caserío, pero absolutamente desnudas para nosotros de todo interés artístico é histórico.—Únicamente en la principal, ó sea la del *Meson de Paredes* (en que estaba la casa del conde del mismo título), existe como ya dijimos anteriormente á su núm. 74 el preciosísimo establecimiento de beneficencia titulado de la *Inclusa* (2), Casa de niños espósitos, cuya direccion corre á cargo de la junta de señoras, y es de tan alta importancia, que suelen ingresar en ella anualmente mas de 1500 criaturas, existiendo siempre un año con otros unos 4.000.

Esta excelente institucion, que tuvo principio en 1572 por la piadosa cofradía titulada de Nuestra Señora de la Soledad, sita en el convento de la Victoria (de que ya hicimos mencion cuando tratamos de los teatros de Madrid) tuvo primero su casa en la Puerta del Sol entre las calles de Preciados y del Carmen: después se trasladó á la del Soldado, en el edificio conocido por el nombre de *Galera vieja*, y ya entrado este siglo, vino á parar al edificio que hoy ocupa, y que aunque no todo lo espacioso y bien dispuesto que requiere tan importante establecimiento, es sin embargo muy digno de ser visitado por su buena distribucion, organizacion y gobierno.

Algo mas abajo en la misma calle, ó mas bien en una plazuela que se forma delante de él, está el *Colegio de San Fernando*, á cargo de los *Padres Escolapios*, fundado en 1729, y tomado bajo la proteccion de la villa de Madrid en 1754, en el cual reciben la instruccion primaria gratuitamente unos 1.800 niños, y además se admiten alumnos internos que pagan una pension diaria, y para los cuales hay cátedras de gramática, latinidad, historia, geografía, matemáticas, etc.—El templo propio de esta casa es uno de los mas bellos de Madrid, por su planta que consiste en una hermosa rotunda precedida de un espacio cuadrangular que hace veces de nave, y cubierta por una hermosa cúpula que sobresale notablemente entre todas las de las iglesias de Madrid. Fué construido por el hermano Miguel Escribano, y terminado en 1791; y la bella coleccion de esculturas que decoran sus altares, obras todas de los artistas modernos, llama justamente la atencion de los inteligentes.—Algo mas arriba, frente de la fuente y calle llamada de *Cabestreros*, se ha habilitado la casa núm. 59 para convento de las monjas de *Santa Catalina de Sena*, que antes estuvo donde hoy las casas nuevas frente al palacio del Congreso, y fué demolido por los franceses.

En las demás calles de este distrito muy poco ó nada merece especial mencion; únicamente diremos que la llamada de la *Comadre*, y anteriormente de la *Comadre de Granada*, que corre entre la de la *Esgrima* y el barranco de *Embajadores*, es una de las mas pobladas de Madrid, como que cuenta el crecido número de 2854 habitantes, y la numeracion de sus casas, la mayor parte bajas y humildes, alcanza

(1) Véase los números anteriores.

(2) Este nombre le ha sido dado vulgarmente por corrupcion y á causa de una imagen de Nuestra Señora que se conserva en su capilla, y que trajo un soldado de *Enkuisen*, ciudad de Holanda.



al 93.—Todas estas calles y sus travesías, especialmente á la parte baja, estan habitadas por artesanos, jornaleros y dependientes de las fábricas de tabacos y otras, y la ya indicada de la *Comadre* se ha distinguido siempre por la animacion de su vecindario, del que (si hemos de creer á un viajero inglés contemporáneo, muy inteligente en la materia), forma una buena parte la raza trashumante de los gitanos. —Otras calles mas altas de este distrito, y que desembocan en la nueva plaza del *Progreso*, como la de la *Espada*, de *Jesus y Maria* y la misma del *Meson de Paredes*, han mejorado mucho su caserio en estos últimos años, y la de *San Pedro Mártir* llegará á adquirir una gran importancia el día en que, abierto el *callejon de la Trinidad* que tiene frontero, y continuada hasta frente de él la calle de *Carretas*, rompa aquella á su extremo la irregular manzana 47, en la calle del *Calvario*, y pueda continuar casi rectamente por la de *Lavapiés* y la de *Valencia* la gran via general de Norte á Sur que tanto falta en Madrid y queda interrumpida por el ya citado convento de la *Trinidad*.

Al extremo de la calle de *Valencia*, y entre el portillo de este nombre y el de *Embajadores*, se estiende un erial inmenso, conocido por el *Barranco de Embajadores*, sitio indebidamente abandonado y que debe regularizarse por la villa, plantando en él un paseo que sirva de desahogo y salida á las calles del *Meson de Paredes*, del *Espino*, de la *Comadre* y demás de aquella populosa barriada, quedando todavía espacio por su forma irregular para construir un amplio *mercado de caballerías*, donde pueda celebrarse sin peligro el que se tiene todos los jueves en el mismo sitio. —Para ambos objetos fué solicitado este terreno en 1847 á nombre del ayuntamiento; pero el gobierno, á quien corresponde por amortizacion, no tuvo á bien acceder á ello, y así permanece sin utilidad de nadie, antes con detrimento de la salubridad, comodidad y ornato de la villa.

#### *Casario en pleno*

En el distrito de *Lavapiés* ó del *Avapiés*, como antiguamente solia escribirse, sin que acertemos á explicar la etimología de este nombre con la candidez del buen D. Nicolás Fernandez de Moratin (1), pero que con ambos titulos viene emblematizando hace tres siglos á la poblacion indigena matritense en el último término de la escala social. —No nos meteremos en eruditas y empalagosas investigaciones para buscar en tales ó cuales razas el origen de esta parte del pueblo bajo de Madrid apellidada la *Manolera*, que tiene su asiento principal en el famoso cuartel de *Lavapiés*, aunque rebosando tambien á los inmediatos de *Embajadores*, el *Rastro* y las *Vistillas*. Para nosotros es evidente que el tipo del *manolo* se fué formando espontáneamente con la poblacion propia de nuestra villa, y la agregacion de los infinitos advenedizos que de todos los puntos del reino acudieron desde el principio á la corte á buscar fortuna. Entre los que vinieron guiados de próspera estrella y cambiaron sus humildes trajes y groseros modales por los brillantes uniformes y el estudiado idioma de la corte, vinieron tambien, aunque con mas modestas pretensiones, los alegres habitantes de *Triana*, *Macarena* y el *Compás* de Sevilla; los de las *Huertas* de Murcia y de Valencia; de la *Mantería* de Valladolid; de los *Percheles* y las *islas de Riarán*, de Málaga; del *Azoguejo* de Segovia; de la *Olivera* de Valencia; de la *Rondilla* de Granada; del *Potro* de Córdoba; y las *Ventillas* de Toledo, y demás sitios célebres del *mapa picaresco de España*, trazado por la pluma del inmortal autor del *Quijote*; todos los cuales, mezclándose naturalmente con las clases mas humildes de nuestra poblacion matritense, adoctrinándola con su ingenio y travesura, despertando su natural sagacidad, su desenfado y arrogancia, fueron parte á formar en los *manolos* madrileños un carácter marcado, un tipo original y especialísimo, aunque compuesto de la gracia y de la jactancia andaluzas, de la viveza valenciana, y de la seriedad y entonamiento castellanos.

Cuando á mediados del siglo XVI se verificó casi simultáneamente con la venida de la corte la tercera ampliacion de Madrid, ya existia numeroso caserio mas allá de la cerca que segun dijimos corria desde la *Puerta de Anton Martin* hasta la calle de Toledo; y aquellos sitios costaneros y despejados, por donde ahora corren las calles de *Lavapiés*, del *Olivar*, del *Avemaria* y sus travesías, eran ya célebres por sus afamados ventorrillos, tabernas y bodegones, entre los cuales sobresalia el nombrado de *Manuela*, sito en el *Campillo* (hoy calle), que conserva su nombre; y los altillos y collanos de Buena vista, de las *Damas* y *Primavera*, eran los puntos adonde acudian á solazarse los menestrales madrileños, como ahora al nuevo arrabal de *Chamberí*. —Con el trascurso del tiempo y el aumento de la poblacion, fué agrupándose el caserio y formando dichas calles y otras muchas, tales como las de la *Cabeza* (2), del *Calvario*, del *Olmo*, de los *Ministriles*, de los

*Tres peces*, de la *Esperanza*, de *Zurita*, del *Salitre* y de la *Fé*.

Arteria principal de todas ellas, y centro de este bullicioso distrito, la calle de *Lavapiés*, que como la del *Barquillo*, tuvo el privilegio de apellidarse *Real*, arranca de la estremidad de la de la *Magdalena*, y estrecha al principio, aunque siempre desigual y costanera, va ensanchando después y adquiriendo grande importancia como rio creciente y majestuoso, con la incorporacion de la de *Jesus y Maria* al *Campillo* de *Manuela*, y luego con las del *Olivar* y del *Avemaria* en la famosa *Plazuela* de *Lavapiés*, que es la *Puerta del Sol* de aquel distrito, ingreso y corazon de todas aquellas y otras bocas calles; hasta que cambiando su nombre por el de *Valencia*, llega al portillo del mismo nombre. —Los espresivos de todas estas que quedan ya apuntados, revelan bien á las claras su humilde historia ó sus condiciones materiales. —La del *Avemaria* recibió este nombre del Beato Simon de Rojas, que parece hizo espulsar de ella á las prostitutas que la ocupaban; y por eso se llamó tambien de San Simon una de las contiguas. La del *Calvario* debió apellidarse así por el que existia en aquel sitio en direccion á Atocha y merece justamente este nombre por el horrible desnivel de su suelo; la de la *Escuadra* por su forma en esta figura; las del *Olmo*, del *Olivar*, de la *Rosa* y otras por los plantíos y huertas en que fueron trazadas; la del *Salitre* por su inmediacion á las tierras y fábrica del mismo (adonde hoy se ha trasladado la Aduana), y así las demás; sin que en ninguna de ellas exista edificio, monumento, ni recuerdo histórico de importancia que decore ó enaltezca aquella humilde memoria. —En la calle llamada de la *Torrecilla del Leal* existe únicamente la casa é iglesia de la venerable congregacion de San Pedro de *presbiteros naturales de Madrid*, muy célebre por su filantrópica piedad y por haber pertenecido á ella insignes escritores como Lope de Vega, Calderon de la Barca (á quien heredó), Solís, Gerónimo Quintana y otros. —Al extremo de la calle de la *Fé*, que viene desde la plazuela de *Lavapiés* hasta la calle del *Salitre*, se alza la *parroquia de San Lorenzo*, que fué anejo de San Sebastian desde 1662 en que se construyó, y hoy es parroquia independiente y acaso la mas poblada de Madrid, pues comprende 6624 vecinos y 24998 feligreses. Este templo sufrió un horroroso incendio el día 16 de junio de 1831, habiendo sido reparado luego con las limosnas de los feligreses.

A esta nueva barriada apartada y humilde debieron naturalmente refluir las clases mas desvalidas de la poblacion, cuando creciendo esta en número é importancia, rebasó las antiguas cercas y cubrió de edificios costosos las calles y términos de la villa. Formóse pues la natural division de *barrios altos y bajos* (1), y ocupando los primeros los empleados de la corte y las clases acomodadas, tocaron naturalmente los segundos á los jornaleros menestrales; aquellas renovándose continuamente con los favores del poder y de la fortuna, con la inmigracion constante de los forasteros, y con el trasiego de los propios en viajes y comisiones, modificaron infinitamente su carácter y tipo primitivo, perdieron el colorido local, y de la reunion de aquellos matices adoptados de tan diferentes orígenes y fundidos en el crisol de la corte, vino á formarse otro especial, y por cierto bien interesante, que es el del *habitante de Madrid*; pero los signos característicos del *madrileño* (especialmente en la parte menos culta de la poblacion) que pudieron escapar al roce continuo de los otros pueblos y á las tendencias, intrigas y favores cortesanos, han llegado hasta nosotros trasmitidos de generacion en generacion en los habitantes de los barrios *bajos*. —El trascurso del tiempo, los sucesos históricos y políticos, y la alteracion consiguiente de las costumbres, han podido ciertamente modificar las condiciones de aquel carácter primitivo; pero aplicando á su análisis un estudio concienzudo, y haciendo abstraccion de los accesorios, es fácil descubrir al través de ellos el tipo original del *madrileño* arrogante y leal, temerario é indolente, sarcástico y hasta agresivo contra el poder; desdeñoso de la fortuna y de la desgracia; mezcla del fatalismo árabe y del orgullo del valor y de la inercia castellanos.

Este pueblo *madrileño* que tanta parte tomó en las revueltas políticas de los pasados siglos; que defendió tenazmente la causa de su legítimo rey D. Pedro de Castilla contra el dichoso D. Enrique, y mas tarde la legitimidad dudosa de la desdichada Doña Juana la *Beltraneja* contra la misma princesa Doña Isabel; que negó los tributos y alzó barricadas en union con los comuneros de Castilla contra las huestes del poderoso emperador, quedó como amortiguado, y aun pudiera decirse que habia cambiado del todo, cuando halagado por la fortuna, vió fijarse en medio de él la opulenta corte castellana, y se convirtió durante siglo y medio en sumiso y obediente súbdito de los monarcas de la austriaca dinastía; pero durante la minoria del desdichado Carlos II, y el gobierno de la reina madre, aparece ya el pueblo *madrileño* tomando una parte activa en las turbulencias políticas ocasionadas entre la reina y D. Juan de Austria con motivo de la pri-

(1) «Vinieron con semblantes pudibundos las que habitan el austro donde lava los pies el agua de árboles profundos.»

(2) En la casa número 46 de esta calle estaba la cárcel eclesiástica ó de la *Corona*, y en ella fué asesinado por el populacho en la tarde del 4 de mayo de 1821 el desdichado D. Matias Vinuesa, antiguo cura de *Tamejon*, preso en ella por los planes contrarrevolucionarios que se le atribuyeron.

(4) Aunque posteriormente los de *Maravillas* y *Afligidos* y otros en la parte alta de la poblacion compartieron con los demás el albergue de estas clases y fueron comprendidos en la misma categoria, la parte del vecindario conocida por la *Manolera*, prefirió siempre los bajos del *Avapiés*, *Rastro* y *Embajadores*.



vanza del jesuita Nitard, y mas adelante del osado D. Fernando Valenzuela; persigue á ambos con su reprobacion, con su censura, con sus sátiras y con su fuerza material, hasta que les obliga á abandonar el puesto y huir del encono popular. Luego en los últimos días del reinado miserable del mismo Carlos, se presenta de nuevo terrible y osado á las puertas de su real alcázar en 1699 con pretexto de la carestía del pan, á pedir, ó mas bien ordenar al monarca, *que despierte de su prolongado letargo*; y no depone las armas hasta que recibe sus seguridades y obliga á la fuga al ministro conde de Oropesa.

En principios del siglo pasado, y durante la famosa guerra de sucesión, notoria es la parte tan activa que tomó el pueblo propio madrileño, y las pruebas tan ostentosas que dió de su simpatía hacia la persona de Felipe de Borbon y contra las huestes del archiduque, en los breves días que estas le ocuparon, en que no hubo género de asechanzas, de desmanes y alevosías que no pusiera en juego contra los desgraciados tudescos, los cuales (según el marqués de San Felipe, historiador de aquella guerra) pagaron bien caro su momentáneo paso por las calles de Madrid.—Adelantada ya la segunda mitad del siglo, todavía el fiero madrileño ostentó un día toda la arrogancia de sus antecesores defendiendo sus capas y chámbergos, afusilando las ventanas del ministro Esquilache, persiguiendo á las tropas extranjeras, y marchando osado en numerosa turba á las órdenes del zapatero Bernardo hasta el mismo palacio y real cámara de Aranjuez, á imponer condiciones de potencia á potencia al mismo monarca, el gran Carlos III.—Durante casi medio siglo durmió al parecer tranquilo el impertérrito pueblo de Madrid; pero el 19 de marzo de 1808, surgiendo de nuevo terrible y vengador contra el poder y la osadía de un nuevo y mas arrogante favorito, se presentó en los mismos sitios y con el mismo imponente aparato que en 1766 (1), y comenzó á repetir el drama que fué á terminar como aquel en las orillas del Tajo.

En aquel famoso año, clásico para toda la nación española, y especialmente para el pueblo madrileño, hay tres fechas eternas que jamás podrán borrarse de sus anales; 19 DE MARZO, 2 DE MAYO, y 2, 3 y 4 DE DICIEMBRE. En la primera consiguió derrocar la figura del poderoso valido, y obligó á bajar de su trono al monarca débil y apocado; en la segunda desafió y abatió, aunque á costa de un cruento sacrificio, el orgullo y arrogancia de las huestes del dominador de Europa; en la tercera, en fin, se atrevió á resistir á este en persona y al frente de sus ejércitos, oponiéndole sus débiles tapias y la fortaleza y temeridad de sus pechos.—El pueblo de Madrid, que subyugado y encaadenado al carro del usurpador, sufrió durante cinco años los efectos de su ira, los rigores del hambre y de la miseria, no perdió por eso un momento su carácter desdeñoso y arrogante, y jugando con las cadenas que no podía romper, se mofaba del intruso rey y de su gobierno; le silbaba y escarnecía en las calles y en las ocasiones mas solemnes (2), y moría á manos del hambre espantosa de 1812, sin querer recibir el menor auxilio de los enemigos, ni perder un momento su dignidad, su agresivo carácter y audacia.

Pero volviendo al tipo especial del *manolo de Madrid* según hoy le conocemos y según nos lo dejó pintado Goya en sus caprichos, y en sus deliciosos sainetes el picaresco D. Ramon de la Cruz, debemos suponer que ha venido sufriendo constantes y sucesivas modificaciones en sus costumbres, modales y traje: sus oficios mas favoritos continuaban siendo, como en el siglo pasado, los de zapatero, tabernero, carnicero, calesero y tratantes en hierro, trapo, papel, sebo y pieles, que constituían hasta hace pocos años los gremios de *traperos*, *chisperos* y otros; abandonada la coleta y redecilla, el calzon y chupetín, el capote de mangas y el sombrero apuntado con que nos le pintan á principios de este siglo, su traje actual, modificado con la imitación de los de Andalucía y de clases mas elevadas, consiste generalmente en chaquetita estrecha y corta con multitud de botoncitos; chaleco abierto y con igual botonadura, pero sin echar mas que el primero; camisa bordada, doblado el cuello y recogido con un pañolito de color saliente asido con una sortija al pecho; faja encarnada ó amarilla, pantalón ancho por abajo, media blanca y zapato corto y ajustado. El som-

brero redondo y alto, terso y reluciente, ha sido trocado por el sombrero calañés; pero la varita en la mano, y la terrible navaja á la cintura, son prendas de que no se ha desprendido todavía ningún *Manolo*.

Este nombre (á nuestro entender) no tiene otra antigüedad ni origen que el propio con que quiso ataviar al famoso personaje de sus burlescas tragedias para reír y sainete para llorar el ya dicho D. Ramon de la Cruz, pues en ninguna obra anterior de los escritores de costumbres y novelas, tales como Castillo, Zabaleta y otros, hallamos designados con este nombre á los habitantes de aquellos barrios de Madrid.

En cuanto á la *manola*, precioso y clásico tipo que va desapareciendo á nuestra vista, y cuyo donaire, gracia y desenfado son proverbiales en toda España, ¿quién no conoce el campanudo y guarnecido guardapiés, la nacarada media, el breve zapato, la desprendida mantilla de tira y la artificiosa trenza del peinado de Paca la Salada, Geroma la Castañera, Manola la Ribeteadora, Pepa la Naranjera y Colasa, Damiana ó Ruperta, las fruterías, rabaneras ú oficiales de la fábrica de cigarros? ¿Quién no sabe de memoria sus dichos gráficos, sus epigramas naturales, su proverbial fiereza y arrogancia? ¿Quién no ve con sentimiento confundirse este gracioso tipo en el otro repugnante de la mujer mundana, que en su deseo de parecer bien, ha querido parodiar la gracia, traje y modales peculiares de la manola?

El carácter altivo é independiente de estas clases en ambos sexos, su animosidad contra todo lo extranjero ó sus recuerdos, su indómita arrogancia, y su escasa instruccion, unido todo á los vicios y disipacion propios de las grandes poblaciones, ha hecho que hasta hace pocos años esta parte del vecindario de nuestra villa fuese como una poblacion aparte, aislada, hostil y temible para el resto de ella; pero las vicisitudes políticas por que hemos pasado en lo que va de siglo, y en que tanta y tan apasionada parte ha tomado en todas ocasiones el pueblo bajo de Madrid, le fueron adversas en general, y castigando duramente sus pasiones, sus escases, sus demasías y exageraciones de 1814, 1820, 1825, 1834 y 1845 le dieron á conocer bien á su costa que habia en la sociedad otra fuerza mayor que la fuerza material, y que habian pasado los tiempos de los *ignos* y *lairones*, de los *tragalos* y las *pilitas*.

—Desde entonces, mejorándose simultáneamente la instruccion, y aumentada la vigilancia del gobierno, creciendo en ellos el amor al trabajo y á los goces mas halagüeños de una sociedad culta, y extendiéndose tambien en aquellos barrios extremos una parte de la poblacion mas acomodada con el aumento y mejora del caserio, la entrada en ellos ha dejado de ofrecer un valladar impenetrable á las personas decentes; ya no choca el ruido de los coches, ni son perseguidas las señoras con gorro ni los hombres con *futraque* ó *tecosa*; los chicos de tierna edad no aparecen ya en cueros ó en camisa jugando al toro ó apebreándose á cada esquina; antes bien se recogen en las benéficas aulas de las escuelas pías y salas de asilo, de las calles del Espino, de Atocha ó de la fábrica de cigarros; las manolas no serpentean ya todo el día con sus trajes ondulantes y campanudos (excepto aquella parte proporcional dedicada al vicio y á la prostitucion); asisten á trabajar modesta y silenciosamente en aquella fábrica, ó en los particulares obradores de zapatería, sastrería y otros; los manolos son tambien artesanos ó mercaderes ambulantes, y han tomado el gusto á una ganancia legítima y segura, si bien no curados enteramente de la escesiva afición á los toros y á la taberna; y preciso es confesarlo (á despecho de los encomiadores de todo lo antiguo) el pueblo bajo actual de Madrid, entrando sin replicar en el sorteo para la quinta (de que antes estaba exceptuado), pagando su patente industrial y su habitacion al casero, trocando para ir á los toros el antiguo y estrepitoso *calesin* por el *ómnibus* comunista, las *seguidillas* por la *polka*, la *bandurria* y el *pandero* por la orquesta militar ó el organillo alemán, y asistiendo frecuentemente á la ópera del Circo ó al ferro-carril de Aranjuez, si ha perdido la fisonomía local, escepcional y tal vez poética que daguerreotipó D. Ramon de la Cruz en sus admirables farsas de *La casa de Tócame-roque*, *El Manolo*, *Las Castañeras picadas*, *La Venganza del Zur-dillo*, ha ganado y mucho en moralidad, en instruccion y en bienestar, y bajo todos estos aspectos el distrito de Lavapiés puede sostener actualmente el parangon con lo demás de Madrid.

La ancha y espaciosa calle de Santa Isabel, por su izquierda, y las demás traviesas entre esta y la de Atocha, aunque pertenecen al mismo distrito, estan generalmente formadas de buen caserio y habitadas por clases pudientes. En la primera de ellas hay que notar la moderna casa palacio de los condes de Cervellon, y al extremo de ella el suntuoso monasterio de religiosas de Santa Isabel, fundado en 1389 en la calle del Principe, hasta que la reina Doña Margarita, esposa de Felipe III, las trasladó á este sitio en 1610. La iglesia, terminada en 1663, es muy buena y decorada con apreciables pinturas. Unido á este convento está el colegio de niñas, fundado en 1395 por Felipe II con la denominacion de casa-recogimiento de Santa Isabel, cuyo patronato corresponde siempre á los reyes de España, y en el que se

(1) Hay que notar la coincidencia de que el ministro Esquilache vivía en la calle de las Infantas y casa de las siete chimeneas, y el principe de la Paz, en la otra esquina á la calle del Barquillo.

(2) Entre los infinitos rasgos que la tradicion nos ha conservado significativos de esta aptitud del pueblo bajo de Madrid respecto á José Napoleon y su gobierno, no queremos privar á nuestros lectores de un pasquin que apareció simultáneamente en las esquinas de Madrid con la allocucion ó proclama del nuevo monarca, si bien los términos demastado libres en que está concebido nos hicieron titubear en estamparlo. Decia pues así:

«En la plaza hay un cartel  
que nos dice en castellano  
que José, rey italiano,  
roba á España su dosel;  
y al leer este cartel  
dijo una maja á su majo:  
—Manolo, pon ahí abajo  
que me ... en esa ley;  
porque acá queremos rey  
que sepa decir ...

Fig. 1854

El 1610 de este sitio  
en donde estuvo la  
casa de campo  
del celebre don  
Luis de Guzmán  
Antonio Ponce



admiten tambien y educan colegialas señoritas pensionistas. Termina esta calle y distrito con las acesorias del nuevo edificio de la *Facultad de medicina*, y el inmenso *Hospital general*, cuyos frentes dan ya á la calle de *Atocha*, que habrá de ocuparnos en el próximo número.

R. DE MESONERO ROMANOS.

## LOS INDIANOS.

NOVELA ORIGINAL

POR D. ANTONIO DE TRUEBA.

I.

AL PIÉ DE LOS CEREZOS.

El concejo de Güeñes está en un pintoresco valle de las Encartaciones, por cuyo fondo corre impetuosamente el Cadagüa á desembocar en la ría de Bilbao. En una de las colinas que dominan la iglesia de San Isidro, y que puede decirse forman los primeros escalones de los Somos, altas montañas que resguardan el valle por el Norte, había en la época á que se refiere la dolorosa historia que comenzamos á escribir, un caserío conocido con el nombre de Echederri. Verdaderamente correspondía á aquel caserío la denominación de *Casa-hermosa*, que es la significación de su nombre vascongado. La casa se alzaba, blanca como una pella de nieve rodada de la montaña, en un bosquecillo de nogales y cerezos, y á su espalda se extendían como una veintena de fanegas de tierra cuidadosamente labradas. Hermosos parrales orlaban toda la llosa ó heredad costeano interiormente la cárcaba de que estaba cercada, y lozanas hileras de perales y manzanos ocupaban los linderos de las diferentes suertes en que el cercado estaba dividido. La situación del caserío no podía ser mas hermosa; desde sus ventanillas se descubrían á través del ramaje de los árboles ambas riberas del Cadagüa en una extensión de dos leguas, y un arroyo que bajaba de los Somos, serpenteaba entre los nogales y los cerezos, en todo tiempo limpio como la plata y fresco como la nieve.

Corrían los primeros días del mes de junio. Los moradores de Echederri estaban á la caída de la tarde cogiendo dos cestas de cerezas en el campo contiguo á la casa.

—Cuidado, Ignacio, no te caigas, decía una mujer de edad algo avanzada, á un joven como de diez y seis años, que encaramado en uno de los cerezos, bajaba de rama en rama á darla un canastillo de cerezas.

—Madre, no tenga Vd. cuidado, que ya conozco el terreno, contestó el joven.

La aldeana desocupó el canastillo en una cesta que estaba al pié del árbol.

—Mira, bájate, dijo al joven, que ya está la cesta colmada y tu padre y tu hermano han llenado tambien la suya.

El joven bajó del cerezo de un salto.

Otro joven de cuatro ó cinco años mas se descolgó al mismo tiempo de uno de los cerezos inmediatos, á cuyo pié estaba un hombre bastante entrado en años.

Estos dos últimos tomaron cada uno de su lado su cesta de cerezas, y fueron á reunirse con los primeros. Poco después se sentaron todos á descansar al pié de los cerezos.

El anciano sacó una bolsa de piel de perro, arrollada y sujeta con una correa á cuyo extremo había una especie de punzon de hueso; la desarrolló, y sacó de ella una pipa que colocó en la boca.

El joven de mas edad hizo la misma operacion.

—Bautista, dame una pipada, que se me ha acabado el tabaco, le dijo el anciano registrando inútilmente el fondo de su bolsa.

—Padre, se me ha acabado tambien á mi, contestó Bautista que había llenado ya su pipa.

—¡Embustero! exclamó Ignacio con muestras de indignacion. Si te traje yo ayer de Bilbao un cuarteron de tabaco!...

—¡Tú siempre has de ser hablador!

—¡Y tú siempre has de ser egoísta!

—Me da la gana. El que quiera tabaco que lo compre.

—¡No te da vergüenza?...

—Déjale, Ignacio, dijo el anciano guardando su pipa con triste resignacion. Déjale, que ya sabemos todos los de casa lo que debemos esperar de tu hermano.

—Martin! exclamó la anciana, ese nos ha de quitar la vida á todos, ese...

—Cállate, Mari, la interrumpió Martin. Si mucho me gusta el tabaco, me gusta la paz mucho mas.

—Pues si no tenemos paz, tendrá Vd. tabaco, dijo Ignacio. Y echó á correr hácia la casa. Dos minutos después volvió trayendo en la mano una hoja de tabaco.

—Tome Vd., padre, dijo; que aunque yo no fumo, sé lo que Vd. padece cuando no tiene tabaco; y ayer de paso que compré el que mi hermano me había encargado, tomé otro cuarteron con objeto de tenerlo de reserva para los apuros de Vd.

—Sí, replicó Bautista, ¿sías esa hoja de lo mio.

—Mira, no me tientes la paciencia!... El que las hace las imagina.

—Anda, dijo Mari dirigiéndose á Bautista, que tan ruines son tus pensamientos como tus obras.

—Vaya, vaya! se acabó, dejarse de historias, dijo el pacífico Martin saboreando el humo de su pipa con una delicia que comprenderán los que sepan hasta dónde llevan su pasion al tabaco los vascongados.

El que escribe estas páginas recuerda un ejemplo con que su madre, que Dios haya coronado de gloria, procuraba apartarle de aquel vicio, si es que el nombre de vicio merece el uso del tabaco, que proporciona hasta al mas pobre uno de los goces mas dulces de la vida, sin perjudicar su salud ni obligarle á desatender las santas obligaciones de la familia.

—Tu abuelo, le decía, era el hombre mas pacífico, mas sufrido y mas bondadoso del mundo; todos los trabajos no bastaban á irritarle ni á abatirle; pero cuando no tenia tabaco, era la casa un infierno y no había consuelo para él. Jamás se le vió enfadado ni triste teniendo para llenar su pipa.

¡Inútiles consejos! El nieto dijo para sí:

—«Cuando mi abuelo era tan apasionado al tabaco, el tabaco debe ser cosa buena.»

Y con los primeros cinco cuartos que tuvo, compró una onza de tabaco y una pipa, se fué al castañar inmediato, y allí rindió culto al idolo de su abuelo hasta quedar narcotizado como un fumador de opio.

Si su abuelo alzara hoy la frente del sepulcro,

—«Bien, nieto mio, le diria, respeta las tradiciones de tu familia!»

La paz se había restablecido entre la de Martin. El sol se había ocultado completamente, y aunque el día había sido caluroso, era deliciosa aquella hora.

—Cenaremos pronto, dijo Martin, y nos acostaremos en seguida, porque mañana hay que madrugar para que vosotros lleveis con las cerezas á Bilbao antes que caliente demasiado el sol. Ea! conque vamos á casa, que Juana tendrá ya aviada la cena.

—Mira, Martin, dijo la aldeana á su esposo, mejor sería que cenáramos aquí.

—Sí, sí, contestaron padre é hijos; que en casa hará mucho calor.

—¿Juana? gritó Mari volviéndose hácia la casa.

—¿Qué quiere Vd., señora madre? respondió una muchacha desde la ventana.

—En cuanto esté la cena, traela, que vamos á cenar aquí.

—Pues allá voy, dijo la joven, y poco después salió de la casa y se encaminó hácia los cerezos, llevando en un triguero ó criba una fuente de sardinas frescas cubierta con una servilleta y una borona tierna y amarilla como el oro.

Juana era una muchacha de diez y ocho á veinte años, risueña como una mañana de san Juan, y colorada como una rosa. Volvió boca abajo el triguero al pié del cerezo, le cubrió con la servilleta, puso encima de aquella mesa improvisada la fuente de sardinas, partió unas cuantas revanadas de borona, que colocó con simetría en torno de la fuente, y previa la bendicion de la mesa que echó Martin, se puso á cenar toda la familia conversando alegre y pacíficamente.

—Ya vamos aliviando de su peso á los cerezos, dijo el anciano, y lo siento por el señor D. José.

—D. José, repuso Bautista, no lo sentirá mucho; quienes lo sentirán serán los pájaros.

—En acabándose las cerezas, no vendrá el señor D. José todas las mañanas después de decir misa á tirar desde nuestra ventana á los tordos y los picazos... ¡Malditos de cocer! Acuden á bandadas á los cerezos por mas que uno les ponga espantajos.

—Y ya que se habla del señor D. José, dijo Mari, ¿cómo no habrá venido esta mañana?

—Porque hoy está á Castro á encontrar á su sobrino el indiano, contestó Martin.

—¿Conque viene hoy su sobrino? ¡Ay cuánto me alegro! á ver si nos da noticias de tu hermano.

—¡Dios quiera que nos las dé! Mira que es cosa que aturde no haber vuelto á saber de mi hermano desde que nos escribió de Méjico hace tanto tiempo. Mucho me temo que haya muerto, porque de vivir, lo que es él no estaba sin escribirnos.

—Así lo creo, Martin. Y no se diga que nos queria mal; porque la última carta que escribió no podía ser mas cariñosa.

—¡Qué lástima no se le haya llevado pateta! dijo Bautista.



—¡Ave María purísima! exclamó Mari. ¡Qué alma tienes, hijo!

—¿Qué nos importa á nosotros que viva ó que no viva si nunca nos manda un cuarto?

—Lo que yo quiero, replicó Martin, es que viva, aunque tenga un Potosí y no nos dé estopas para la unción.

—Pero, ¿viene de Méjico Mateo, el sobrino del señor D. José? preguntó Juana.

—Yo no sé, contestó su madre; pero ello de hácia allá ha de ser, porque viene de las Indias... y dicen que viene muy rico.

—¿Cuánto me alegro por el señor D. José que es tan bueno! exclamó Martin.

—¡Calla! dijo Bautista, ¿no son ellos aquellos que vienen por el castañar? Sí, sí, allí viene D. José; en nombrando al ruin de Roma...

—Cállate, hereje, le interrumpió Mari. ¡Pues no llama ruin al señor D. José!

## II.

## NOTICIAS DE MÉJICO.

En efecto, por una calzada que atravesaba un castañar situado á tiro de piedra del caserío, asomaban el cura y su sobrino Mateo, cabalgando en sendas mulas, seguidos de una recua que conducía el equipaje del individuo.

El señor D. José era el cura párroco de san Isidro de Güeñes; era un anciano bastante obeso, cuyo rostro y cuyas palabras respiraban bondad de corazón. El indiano era un bello jóven de veintitantos años.

Los moradores de Echederra corrieron á saludarlos, excepto Bautista que prefirió á dar aquella carrera el seguir engullendo las sardinas que quedaban en la fuente.

—¿Qué tengo yo que ver con el indiano ni con su tío? dijo. Para lo que le han de dar á uno...

El párroco detuvo su cabalgadura apenas vió á sus feligreses, y su sobrino le imitó.

—¡Hola, Martin! ¡hola, Mari! exclamaron tío y sobrino.

—Buenas tardes, señor D. José y la compañía, contestaron todos.

—¿Será posible, dijo Mari, que este caballero sea...

—Mateo, se apresuró á responder el indiano: yo soy aquel muchacho travieso que hace seis años les apedrea á Vds. los frutales cuando iba á Echederra con el tío.

—¡Bendito sea Dios, quien lo había de decir! Porque está Vd...

—¿Qué usted ni qué ocho cuartos! Pues no faltaba mas, habiendo conocido á Vds. como un renacuajo! Vaya, que Juana está hecha una arrogante moza.

La muchacha bajó los ojos, y sus mejillas que comunmente parecían dos rosas, se pusieron como dos claveles.

—¿Cuánto ha crecido Ignacio! continuó el indiano. ¿Y qué me dicen Vds. de Bautista?

—Allá arriba queda...

—Ese tan descastado como siempre, ¿no es verdad? ¡Cuánto me tiene hecho rabiar en este mundo!

—¿Y cómo le ha ido á Vd?...

—No admito el tratamiento, Martin.

—Si no puede uno acostumbrarse...

—Pues es menester que Vds. se acostumbren. Me ha ido regularmente. Tengo mucho cariño á mi país, y sobre todo á mi tío que me sirvió de padre desde que quedé huérfano, y así que me vi con un capitalito... pequeño sí, pero el suficiente para bandearse uno en este país y para vivir feliz teniendo poca ambición como yo tengo, dije: A Güeñes me vuelvo; que el tío es ya viejo y quiero vivir á su lado para mimarle y pagarle en lo posible el bien que me ha hecho... Pero ahora que me acuerdo, Vds. deben ser los mas ricos de toda Vizcaya.

—A Dios gracias, no nos falta un pedazo de borona.

—¿Qué es lo que Vd. dice, Martin? ¿Y la herencia?

—¿De qué herencia habla Vd., D. Mateo?

—¡Dale con el don y el usted! De la desu hermano de Vd. que esté en gloria.

—¡Dios mio! ¡Conque ha muerto! exclamaron Martin y su familia prorumpiendo en llanto.

—No puedo asegurarlo, contestó el indiano algo perplejo. Estaba bastante delicado...

—¡Ah! ¡Conque ha muerto! No nos lo niegue Vd...

—Sí, murió hace dos años, contestó el indiano. Pero ¿es posible que Vds. no lo supieran? ¿Y el enorme caudal de que dejó á Vds. herederos?...

—¡Que se le guarden los que le tengan! dijeron á una voz Martin, su mujer y sus hijos.

—Amigos míos, replicó el cura con tono cariñoso, los duelos con pan son menos. Tenemos que hablar mañana de este asunto, ya que ahora no estan Vds. para ello.

La noche comenzaba á cerrar. El indiano y el cura hicieron por

consolar á aquella afligida familia, y se despidieron siguiendo unos hácia el valle y tornando otros al caserío.

—¡Ha muerto!! ¡Ha muerto!! dijeron á Bautista sus padres y sus hermanos al llegar á los cerezos.

—¿Y estaba rico? ¿Y nos ha dejado herederos? preguntó aquel con ansiedad y alegría.

—¡Bautista! exclamó Martin con severidad, ¡tienes mal corazón! En el pacífico y bondadoso Martin, la severidad equivalía á indignación.

Muy pronto desaparecieron todos por la puerta del caserío. Nadie se acordó de las cerezas, que por la mañana fueron pasto de los cerdos; nadie se acordó de ir con ellas á Bilbao, porque en casa de Martin todos se ocupaban de la muerte del pariente americano, Bautista para indagar si de ella podían resultarles riquezas, los demás para llorarla.

Al salir el sol la mañana siguiente, subía á Echederra el cura. No llevaba la escopeta como otras veces, y le acompañaba su sobrino Mateo. Al llegar al caserío encontraron á Martin y su familia algo mas resignados, algo mas tranquilos que los habían dejado la víspera, algo mas dispuestos á oír hablar de intereses.

—Vaya, Martin, dijo el indiano, es preciso que sean Vds. razonables. Ya que el difunto nombró á Vd. su heredero, es preciso que reclame Vd. la herencia, aunque no sea mas que para socorrer con ella á los pobres.

—Tiene Vd. razón, D. Mateo, contestó Martin.

—Pues bien, diré á Vds. lo que hay en el particular. Su hermano de Vd. poseía un capital de quinientos mil pesos...

—¡Quinientos mil pesos! exclamó Bautista, ¡y nunca nos mandó un ochavo!!!

—Su hermano de Vd. era muy avaro... Pero respeto á los muertos, y guerra á los vivos; quiero decir á los que tan inicualemente han abusado de la confianza de un moribundo. Los albaceas de su hermano de Vd. han hecho correr la voz en Méjico de que han cumplido religiosamente la voluntad del difunto, y nadie duda de su buena fé. Es preciso que escriba Vd. allá inmediatamente reclamando la herencia, y si no se dan por entendidos, ya veremos lo que se ha de hacer.

—Bien está, D. Mateo, haremos lo que Vd. nos aconseje.

En Echederra no había recado de escribir.

—Bautista, dijo el cura, baja en dos saltos á casa y que te dé Antonia papel, tintero y obleas.

Bautista era perezoso como él solo; pero se trataba de la adquisición de grandes riquezas, y se apresuró á obedecer á D. José.

Antonia, el ama del cura, era una anciana cariñosa, buena y desprendida, cualidades muy raras en las amas de los curas.

Bautista la encontró como nunca alegre y deseosa de charlar.

—Conque vamos, ¿me da Vd. eso, Doña Antonia? la decía.

—Sí, ahora te se dará; espera un poco, hombre, que no tienes tanta prisa.

—¿No ve Vd. que se incomodarán el señor cura y Mateo?

—¡Criatura, qué se han de incomodar! si son los dos la bondad misma. Lo que es al señor cura, en los veinte años que llevo en casa ni una vez siquiera le he visto enfadado. ¡Pues no digo nada Mateo! ¡Si esa criatura es un ángel! Pero ¿has visto que hermoso ha venido?

—Y qué tal, Doña Antonia, ¿ha venido muy rico?

—¡Mucho, hijo, mucho! Si vieras las cosas que ha traído! Anda, vamos á su cuarto y verás...

Bautista y el ama del cura entraron en un cuarto donde estaba todavía empaquetado el equipaje del indiano.

Antonia fué alzando la tapa de los cofres y las maletas, enseñando á Bautista su contenido, que consistía en su mayor parte en objetos de oro y plata.

Los ojos de Bautista parecían saltar de sus órbitas en presencia de aquellas riquezas. Antonia reventaba de gozo y orgullo.

—Esta, dijo señalando con el dedo á una maleta colocada en un rincón, está cerrada. Tómala á peso, añadió con una alegre y maliciosa sonrisa.

Bautista asió la maleta y no pudo hacerla perder tierra completamente. Al soltarla se oyó un ruido metálico que hizo estremecer al jóven y reir con extremo regocijo á la anciana.

—¿Conque no te parece costal de paja esa maleta?

—Doña Antonia, ¡qué dichosos son Vds.! exclamó Bautista.

—Ya lo creo, hijo, ya lo creo! También á vosotros alcanzará nuestra dicha; que cuando Dios da, da para todos. Tanto Mateo como el señor cura tienen buen corazón y os quieren mucho... Conque ya ves tú si teniéndolo ellos os dejarán en la estacada cuando os veais en algún apuro.

Bautista no oía lo que le decía la anciana: una agitación indefinible se había apoderado de él; una lucha horrible se verificaba en su corazón.

—Conque, hijo, ¿qué te parece la maletita? continuó la anciana.

—¡Y estará llena de duros! exclamó Bautista.



—¿Duros? ¡qué tonto eres, criatura! peluconas, y muy peluconas..  
Bautista se estremeció, miró á todas partes, y dió dos pasos acercándose de costado á la anciana.

—¿Bautista, Bautista? gritaron en aquel instante en la escalera.  
Bautista dió una patada en el suelo haciendo un gesto de disgusto, y Antonia y él salieron al encuentro del que llamaba.

El que llamaba era Ignacio.

—Buenos días, Doña Antonia, dijo, y añadió dirigiéndose á su hermano: Vamos, hombre, que estan esperando una hora hace D. Mateo y el señor cura que tiene que bajar pronto á decir misa.

—Anda, déjalos que esperen, que no es tarde, repuso Antonia. No os vais sin almorzar.

—Gracias, Doña Antonia, contestaron á un tiempo los dos jóvenes.

—Si os digo que no volveis á Echederra sin almorzar unas magras con un jarro de chacolí! Quiero que celebremos los tres juntos la venida del indiano.

—Otro día será, Doña Antonia, replicó Ignacio. El domingo cuando bajemos á misa disfrutaremos el favor de Vd.

—Pues bien, hijos, no quiero molestaros, pero ya sabeis que os tengo buena voluntad. Vamos, Ignacio, al menos te enseñaré lo que ha traído el indiano...

—No, no nos detengamos mas, la interrumpió Bautista, cogiendo de encima de una mesa el recado de escribir.

Y ambos jóvenes tomaron la cuesta de Echederra.

(Continuará.)

### SONETO.

Ni flor, ni espigas, en el valle herido  
de agosto, hallaba la mirada mía,  
ni entre sus vientos cálidos venia  
voz ó lamento á conmover mi oído.

Solo cuando la luna el adormido  
cielo llenaba en esplendor, abría  
al puro rayo de su lumbre fria  
el pecho lleno de quietud y olvido.

Mas te hallé cabalmente allí á la luna,  
y como abierto estaba, de tus ojos  
amor volando se abrigó en mi pecho;

Y trocada de pronto la fortuna,  
vago sin paz de risas en enojos,  
cual leve arista en huracan deshecho.

A. CÁNOVAS DEL CASTILLO.

### EL JÓVEN Y LA PALMERA.

#### FÁBULA.

No lejos de las rocas  
Del Atlas gigantesco,  
En las vastas regiones  
Que recorren las tribus del Desierto,  
Se hallaba cierto día  
Un jóven inesperto,  
Vagando á la ventura,  
Sin penas, sin dolor, libre y contento.

De pronto á sus miradas  
Se ofrece un árbol bello,  
Una palmera altiva,  
Que ostenta con primor dátiles frescos.

¡Qué dicha! alegre esclama:  
Ya soy feliz, ya tengo  
En estas soledades,  
Sin trabajo ni afán, sabroso almuerzo.

Dice, y al tronco asido,  
Lo contempla risueño,  
Juzgando empresa fácil  
Tregar hasta la copa. ¡Vano empeño!

Por la corteza lisa  
Resbálanse sus miembros,  
Cual suelen deslizarse  
De la cucaña en el penoso juego.

Dos veces nuestro jóven  
Se acerca ya á su objeto:

Mas ¡ay! no se sostiene,  
Y dos veces rodando mide el suelo.

Sus manos desgarradas,  
Quebrantado su cuerpo,  
¿Qué hará? ¿No es gran desgracia  
El tesoro dejar que ha descubierto?

Entonces reflexiona,  
Se aleja, vuelve luego  
Con su madre y su hermano,  
Y emprenden otro asalto con empeño.



¿Cómo? Muy fácilmente:  
Uno sostiene el peso  
Del otro, que en sus hombros  
Descansa y coge dátiles á cientos.  
La madre los recibe,  
Y todos satisfechos,  
Poco después almuerzan  
Sentados á la sombra del palmero.  
La sociedad moderna  
Os retrata este ejemplo:  
El hombre necesita  
de otros hombres en todos sus proyectos.



Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.





EL CAIRO.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

*XII Zona oriental de Madrid*  
*Entre las espléndidas calles de Atocha y de Alcalá, de Mediodía á Oriente, existe el distrito más importante y ostentoso del Madrid moderno, que vino á incorporarse al antiguo á mediados del siglo XVI con la supresión de las cercas y puertas de Anton Martín y del Sol; y supuesto que ya tratamos en su artículo correspondiente de las calles situadas dentro de este presumido límite, nos ocuparemos ahora en las exteriores desde la del Leon y del Bano inclusive, Carrera de San Gerónimo y calle de Alcalá.*

La plazuela de Anton Martín, en cuyo sitio estuvo la puerta, y que vino á ser con la confluencia de las calles antiguas y nuevas un centro muy importante, una especie de *carrefour* ó encrucijada parecida á la Puerta del Sol, continuó después con el nombre de *calle baja de Atocha* por el camino que guiaba al antiquísimo santuario de aquella veneranda imagen, concurridísimo desde los tiempos primitivos de Madrid, y en cuya dirección se hallaban situadas las ermitas de San Cebrian, San Sebastian, Santa Catalina, Santa Coloma, Santa Polonia, San Juan Evangelista y del Santo Angel de la Guarda.—Dicha plazuela tomó

el nombre de *Anton Martín* del venerable hermano, compañero y discípulo de San Juan de Dios, que en el año de 1532 fundó en aquel sitio (estramuros entonces de la villa) el famoso *Hospital de Nuestra Señora* para los enfermos de mal venéreo, que aun existe, servido por los religiosos de la misma orden hospitalaria, que se han conservado aun después de la supresión de los regulares, y es considerado como una parte de los hospitales generales sostenidos por la municipalidad y á cargo de la junta de Beneficencia. Es establecimiento muy importante y bien servido, que consta de diez salas con unas 250 camas, en que son atendidos un año con otro mas de 1600 enfermos. La iglesia, construida á mediados del siglo XVII y reedificada á fines del último, es bastante regular en su forma y adornos, y notable además por las buenas esculturas modernas, entre otras los dos pasos del *Ecce homo* y los *Azotes*, que salen todos los años en la procesion del Viernes Santo.—Casi frente de esta casa religiosa está el otro *Hospital Real de Nuestra Señora de Monserrate*, para los naturales de la corona de Aragon, fundado en 1616 en una casa de campo sita en el barrio de Lavapiés (donde ahora las Escuelas pías de San Fernando), que habia cedido para ello D. Gaspar Pons; y trasladado al sitio que ahora ocupa en 1638, bajo el patronato de S. M. y del Consejo de Aragon. La iglesia, concluida en 1638, es buena y tiene dos hermosas capillas, una de *Nuestra Señora del Pilar* de Zaragoza, y otra de la *de los Desamparados* de Valencia, servidas por las cofradías de naturales de aquellos reinos. El hospital creemos que en el dia tenga escaso ó ningun uso.

En medio de dicha plazuela se construyó á mediados del siglo pasado por el célebre arquitecto *churrigueresco* D. Pedro Rivera, la es-

23 DE OCTUBRE DE 1855.

(1) Véanse los números anteriores.

(1) En esta iglesia fue sepultado el famoso Ayuntamiento de Madrid poeta y célebre autor dramático de Lope de Vega.







ellas, ó las frecuentaron, cuya preferencia se explica naturalmente por la inmediación de los antiguos corrales de la Pacheca y de Burguillos en la calle del Príncipe, y de *Cristóbal de la Fuente* en la del Lobo, de que ya tratamos en artículos anteriores. Acaso también contribuyó á ello otra circunstancia de carácter religioso de que hace mención el erudito Pellicer en su *Tratado histórico de la comedia y del histrionismo en España*.—Dice, pues, que Catalina Flores, casada con un Lázaro Ramírez, de ejercicio buhonero, habiendo quedado tullida á consecuencia de un parto, determinó hacer una novena á una devota imagen de Nuestra Señora que estaba en la calle del Leon, esquina á la de Santa María, y para obligarla mas, pasaba las noches en la calle, siendo tanta su fé, que el último de ella (que fué el 15 de julio de 1624) se sintió buena del todo y colgó las muletas al pié de dicha imagen; y de esta milagrosa curación tomaron ocasión los representantes para elegir por su patrona y abogada á esta sagrada imagen con el título de *Nuestra Señora de la Novena*, trasladándola á la parroquia de San Sebastian y fundando en ella una cofradía ó congregación, y mas adelante el Hospital propio que existe en la travesía de Fúcar y calle de la Leche.

Consta también por los escritos y memorias de aquellos tiempos que todos los célebres actores y actrices de los siglos XVII y XVIII, desde los célebres *Agustín de Rojas* y *Alonso de Olmedo* hasta *Manuel García Parra* y *Mariano Querol*, y desde *Maria Riquelme* y *Maria Calderon*, hasta la *Ladvenant* y la *Tirana* (Maria del Rosario Fernandez), todos vivieron en aquellas calles de las Huertas, del Amor de Dios, de San Juan, de Santa Maria, de Francos, de Cantarranas y del Leon; costumbre que han continuado hasta hoy los actores contemporáneos desde *Rita Luna* é *Isidoro Maiquez* (1) hasta los señores *Guzman*, *Latorre*, *Romea* y otros.—Los autores siguieron el mismo rumbo.—El insigne CERVANTES, que habitó unas veces en la calle de las Huertas hacia el núm. 16 nuevo, *frontero de las casas donde solía vivir el príncipe de Marruecos*; otra en la plazuela de *Matute*, *detrás del colegio de Loreto*; otra en la calle del Leon (ó *Mentidero*) núm. 9 antiguo, 8 moderno, en el mismo sitio en que se construye actualmente una gran casa, vino á morir finalmente en la acera fronteriza, casa núm. 20 antiguo, 2 moderno de la manzana 228, que habiendo sido demolida por ruinosa en 1855, se construyó de planta, dándole la entrada por la calle de Francos (hoy de Cervantes), y colocando sobre su puerta el busto en relieve de aquel insigne ingenio y la inscripción que espresa haber vivido y muerto en aquel sitio (2).—Poco mas abajo, en la misma calle antigua de Francos, y señalada con el núm. 11 antiguo, 15 moderno de la manzana 227, existe todavía en muy buen estado de conservación la casa de su propiedad en que vivió y murió en 1655 el *Fénix de los ingenios* LOPE DE VEGA CARPIO, en la cual se ve aun el patinillo que le servía de huerto (á que alude Montalvan en su *Fama póstuma*), y toda la demás distribución interior, si bien ha desaparecido con el revoque de la fachada la inscripción grabada sobre el dintel de la puerta que decía así: *Parva propria magna; magna aliena parva* (3).—Frente de dicha casa atraviesa á la antigua de Cantarranas (4) la pequeña titulada del Niño (hoy de Quevedo), en cuya casa núm. 4 antiguo (9 moderno) que aun existe en parte, aunque segregada de ella las accesorias que daban á la calle de Cantarranas, vivió algun tiempo, y fué de su propiedad, el mismo esclarecido ingenio D. FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS (3).

(1) La primera vivía á principios de este siglo en la calle de San Juan; el segundo en la de las Huertas, número 6, y en 1840 y 41 se tituló esta calle de *Maiquez*, aunque después se revocó por la municipalidad esta denominación. También vivió en la calle de Alcalá, esquina á la de Cedaceros, y en la de Santa Catalina, número 10 nuevo.

(2) La casa en que murió Cervantes tiene esta nota en la *Visita general* y numeración practicada á mediados del siglo pasado:—«Pertenece á D. Manuel Perez de la Herran; fué de herederos de Gabriel Muñoz, que la privilegió en 5000 maravedis, en 14 de febrero de 1615; tiene su fachada á la calle de Francos 59 pies tres octavos, y á la del Leon, á que hace esquina, 43, y su todo 2988.» Posteriormente se unió á esta casa la contigua número 21, que pertenecía al señor Perez de la Herran, á mediados del siglo pasado, y á Pedro Haedo en 1665, y tenía 26 pies de fachada, y su todo 998.—La nueva casa construida sobre aquellos solares es propiedad de D. Luis Franco.

(3) Respecto á la casa de Lope de Vega, en dicho Registro y visita general espresa lo siguiente:—«Manzana 227, número 11, á Doña Manuela del Alcazar y Zúñiga; fué de Lope de Vega y del Capitán Villegas, con 4500 maravedis, con que la privilegió dicho Lope de Vega en 14 de febrero de 1615; tiene su fachada á la calle de Francos 37 pies tres cuartos, y su todo 3557, carga 4500 maravedis, renta 5150 reales.—Hoy es propiedad de Doña Josefa Poyatos.

(4) En el número 6 nuevo de dicha calle y su cuarto bajo, vivió la célebre impostora apellidada la Beata Clara, y en el mismo se representaron las sacrilegas escenas que escandalizaron la corte en los primeros años de este siglo; después pasó á vivir en la casa del Campillo de San Francisco, hoy calle de los Santos, que hace esquina á la Carrera, en donde fué presa y llevada á la Inquisición.

En la misma calle de Cantarranas, número 43 nuevo, murió en 25 de marzo de 1844 el célebre orador parlamentario D. Agustín Argüelles.

(5) En el Registro primitivo de Aposento de 1631, dice así, aunque sin designarla fijamente por no estar efectuada todavía la numeración.—«Travesía de la calle del Niño á la de las Huertas, una casa de D. Francisco de Quevedo, que fué de «Maria de la Paz, y fué compuesta y tasada en 50 ducados.»—Y en la *Visita general*, practicada á mediados del siglo pasado, dice así:—«Manzana 229, número 4. Pertenece á D. Francisco Moradillo; se compone de tres sitios: el primero fué de Don

Últimamente, para que nada faltase á aquel distrito de su especialidad literaria, nació también en él el día 10 de marzo de 1760 y en la casa última de la calle de San Juan, con vuelta á la de Santa Maria, señalada hoy con los números 43 y 43, el restaurador de nuestra escena dramática y fundador del teatro moderno español D. Leandro Fernandez de Moratin; durante su vida adquirió otra casa en la misma calle, cuya corraliza convirtió en jardín, y en ella vivió algun tiempo. En 1751 hizo cesion á la Inclusa de esta corte de dicha casa, y de la que tenia en Pastrana.

En la calle de Cantarranas, hoy apellidada de Lope de Vega (1), está la iglesia y convento de Monjas Trinitarias Descalzas, fundado por D. Francisco Romero y Gaitan en 1609. En él se cree que fué sepultado en 1616 Miguel de Cervantes Saavedra, si bien su diligentísimo biógrafo el señor Navarrete consignó la duda, acreditada generalmente en el convento, y que nosotros mismos hemos oído de boca de las religiosas, de que en su principio permanecieron por algunos años en una casa de la calle del Humilladero, y que allí por lo tanto pudo ser sepultado el insigne autor; si bien afirmaban que cuando se trasladaron de nuevo á este sitio hicieron traer á él los huesos de las religiosas y sus parientes enterrados en aquella, en cuyo caso vendrían también los de Cervantes, cuya hija natural Doña Isabel profesó en este monasterio en 1614. De todos modos, es lo cierto que á pesar de las esquisitas diligencias practicadas en varias ocasiones, y muy especialmente en tiempo de la dominación francesa por el arquitecto D. Silvestre Perez, y los médicos Luzuriaga y Morejon, no ha sido posible hallar dichos preciosos restos. En el mismo convento profesó también otra hija natural de Lope de Vega, Doña Marcela, y el suntuosísimo entierro del mismo verificado en 28 de agosto de 1655 con una pompa y concurrencia nunca vista, pasó desde su casa de la calle de Francos á la de San Agustín que hace frente á las rejas del mismo convento, para que pudiera verle su hija Marcela, la de Cantarranas, la del Leon, plazuela de Anton Martín y calle de Atocha hasta San Sebastian, siendo tan inmenso el concurso, que ya habia empezado á entrar el entierro en la iglesia, y aun no habia salido el cadáver de su casa.

Este convento, sin embargo, no debia avanzar entonces tanto hacia frente á la calle de San Agustín, pues en el plano de 1556 vemos que esta (llamada entonces de San José) continuaba recta hasta la de San Juan, y no existia á su lado la *Costanilla* llamada de las Trinitarias, en cuyos términos habrá necesariamente de volver á restablecerse dicha calle cuando desaparezca este convento, y aun continuarla luego rompiendo por las accesorias de los Desamparados hasta la calle de Atocha, con lo cual se estableceria una comunicacion indispensable entre esta calle y la plaza del Congreso.

La última inmensa manzana de este distrito, señalada con el número 255, que comprende mas de millon y medio de piés, y que comenzando en dicha calle de San Agustín á la esquina de la del Prado se prolonga hasta este paseo, revolviendo luego por la calle de las Huertas y cerrando indebidamente las salidas á aquel paseo de las de Francos y Cantarranas, fué toda propiedad del famoso Don Francisco Gomez Sandoval, duque de Lerma, ministro y privado de Felipe III y cardenal después de la S. I. R. Ocupa su parte principal el estendido palacio de Medinaceli, con su fachada á la plaza de las Cortes, y jardín y accesorias al paseo del Prado y plazuela de Jesús. Contiguo á él por este lado, fundó el mismo duque de Lerma en 1606 el convento de Trinitarios Descalzos de Jesús Nazareno, que después de la esclaustracion de los frailes fué cedido por el actual señor duque de Medinaceli á las monjas del Caballero de Gracia, y posteriormente á las de la Magdalena con la parte de huerta que le corresponde; y la otra parte que da á la calle de las Huertas, propiedad hoy del Estado, se ha cedido por el Gobierno á las Hermanas de la Caridad para la fundacion de su casa principal. La iglesia fué destruida en tiempo de la dominación francesa; pero en una capilla habilitada para el culto se venera la célebre imagen de Jesús Nazareno que sale en la procesion del Viernes Santo, y á que tiene tanta devocion el vecindario de Madrid.—No contento el duque de Lerma con esta fundacion religiosa contigua á su casa, destinó

«Francisco de Quevedo y Doña Maria de la Paz, con 3750 maravedis y los réditos de 150 ducados, con los que la privilegió dicho Quevedo, y de los herederos de Juan Perez, que los compuso el licenciado D. Juan Perez de Espinosa, con 18 ducados, en 50 de agosto de 1752. Tiene su fachada á la calle del Niño 49 pies, y su todo 7917; renta 1900 reales; carga 11952 maravedis.»—Quiere decir que dicha accesoría de la calle de Cantarranas, en el solar que hoy se ha construido la casa del señor Arango, pudo ser segregada después de la de Quevedo, que es la de la calle del Niño, número 9 nuevo, ya citada, la misma en que hoy está el establecimiento de grabado del *Atlas de España*, por el señor Cuello.

(1) Cuando se varió el nombre de la calle de Francos, en 1855, para sustituirla el de Cervantes, fuimos de opinion (y así se lo dijimos al corregidor marqués de Pontejos), que este nombre cuadraba mejor á la del Leon, en la cual estaba la fachada principal de la antigua casa en que murió Cervantes, además de haber vivido en otras de la misma calle, como ya dijimos arriba; con esto la dicha de Francos en que vivió, murió y tuvo su propiedad Lope de Vega, podia haber recibido con mayor razon este nombre que no la de Cantarranas, que hoy le lleva sin ninguna propiedad.



otra gran parte de aquel terreno por el lado de las calles del Prado y San Agustín á casa profes de jesuitas, haciéndola construir, y una iglesia dedicada á colocar el cuerpo de su glorioso antecesor San Francisco de Borja, duque de Gandia, traído espresamente desde Roma para este efecto. Posteriormente, cuando la traslación de dichos jesuitas á San Felipe Neri, ocuparon este convento los padres Capuchinos de San Antonio de Padua, y hoy á la estincion de los regulares está alquilado al colegio de enseñanza de señoritas, y la iglesia con el título de San Antonio ha vuelto á reivindicar y ostentar en sus altares el suntuoso sepulcro del duque de Gandia.—Además de esto, el mismo cardenal duque de Lerma trajo en 1610 á la casa frontera (en que antes segun dijimos estuvo el hospital general) á las religiosas de Santa Catalina de Sena, que estaba en la calle de Leganitos, y allí las reconstruyó el convento é iglesia que fué demolido por los franceses, y ocupa hoy la bella manzana de esas nuevas de los señores Urtiaga.—Desde este convento al de San Antonio habia un arco ó pasadizo al término de la calle del Prado para comunicar á las tribunas, que en ambas iglesias tenia la casa de Medina-celi.—Tambien fué propiedad de la misma la hermosa casa palacio á la otra esquina de la calle de San Agustín conocida por la casa de Abrantes, y que hoy pertenece al señor conde de Ezpeleta (1).

Con la demolicion de dicho convento de Santa Catalina, que ocupaba 77,607 piés, y la construccion en 1818 de la nueva manzana de casas, no solo se ensanchó y regularizó la estrecha y tortuosa calle contigua del mismo nombre, sino que quedó una estensa plaza dando frente al Prado.—En medio de ella mandó colocar por disposicion

muy memorable y honrosa el monarca D. Fernando VII, la estatua en bronce del «escritor ameno, del regocijo de las musas, del inimitable CERVANTES», encargada en Roma al célebre escultor español D. Antonio Solá, y que segun nuestra opinion debe ser trasladada á la plazuela de Santa Ana ó á la del Angel, como sitios mas oportunos que el que hoy ocupa: al designar el cual el difunto monarca estaba bien lejos de pensar que la colocaba á las puertas del futuro palacio del CONGRESO DE LOS DIPUTADOS.

(Se concluirá.)

R. DE MESONERO ROMANOS.

## LA POLKA.

La polka con piés iguales  
Huele la casa pojeza  
Y los palacios reales.  
(Imitacion de Horacio.)

«La polka! ¡qué horror! ¡qué espanto, Virgen Santa!... un baile tan desarreglado, el *non plus ultra* de la inmoralidad, el despeñadero de la inocencia, como si dijéramos la Sierra Morena de la gente jóven, el nudo gordiano aplicado á las evoluciones pedestres, el simoun, la fiebre amarilla, el terror de padres y maridos...»

Hé aquí las exclamaciones que de seguro habrán hecho al leer el título de este artículo los opositoristas retrógrados, enemigos de la



polka, nacidos la mayor parte en los tiempos de los polvos, del servilismo y del minué. Nada de extraño tiene semejante aversion, consecuencia forzosa de su punible quietismo y de no marchar en la locomotora del progreso y de la civilizacion, y efecto natural de no ver en la polka mas que la corteza, dos personas intencionalmente enredadas con el objeto de dar el mayor número de brinco y saltos posible. Pero en la época actual en que todo lo miramos con el lente filosófico, y hemos descubierto que todo en este mundo tiene su poquito de filosofía, y la pobre señora anda mas traqueteada que un calesin en día de toros; época en que, para colmo de miserias, un amigo mio va á dar á luz un tomo en folio sobre la filosofía del riquísimo cocido madrileño, la cuestion varia de aspecto, y ese grupo saltarin, indiferente para los profanos, se convierte para el hombre filósofo en un poema viviente, en una de las formas típicas y características del siglo.

El baile, segun cuentan decia David, primer bailarín de su tiempo, debe estar en armonia con las costumbres y necesidades de la época, condiciones que la polka llena cumplidamente. Asi como el minué, por ejemplo, con su pausado compás, sus galantes cortesías y sus trenzados pasos simbolizaba perfectamente la lentitud con que nuestros abuelos marchaban hácia las luces, la caballerosidad para con las damas, su severa etiqueta y su poca sociabilidad, del mismo modo la polka con su agitado compás, sus rápidas vueltas y su mal in-

terpretada intimidad, retrata nuestra carrera acelerada hácia el progreso, la fraternidad y la asimilacion universal, nuestra tendencia á acortar todas las distancias, á saltar por encima de todo, y á mudar en un dos por cuatro (compás de polka) de gobierno, creencias y opiniones.

Bailar en el día alemanda, minué ó cosa parecida, equivaldria á retrogradar un siglo, á arrinconar el frac y vestir la chupa bordada con espadín y peluca, á prender fuego al edificio del Congreso y restablecer la Santa Inquisicion.

No hay que reirse, señores míos; la polka, como el gas, el vapor, el sistema representativo, los fósforos de trueno y los globulillos homeopáticos, formarán varios de los rayos de la aureola de gloria del siglo XIX, que si por algunos será apellidado en las venideras edades siglo de egoismo y falsedad, es decir, de *doublé* ó de *alpaca*, otros con mas filosofía le llamarán siglo de la polka, siglo en que cada uno se entiende y baila solo.

El pueblo, que segun varios publicistas, tiene el instinto de lo bueno y de lo recto, ha comprendido su actual mision en el terreno de los piés, y trabaja, aunque involuntariamente, con afán en la regeneracion de la ciencia pedestre, y dentro de poco habrán desaparecido del todo del templo de Terpsicore el bolero, las seguidillas y demás antiguallas bailables, dejando su puesto á la sudorífica y maliciosa hija del Norte.

¿Qué baile, decidme, descontentadizos críticos, ha logrado captarse el aura popular tan en alto grado como la danza que á la sazón nos ocupa?

(1) En los salones de esta casa se instaló el Ateneo de Madrid en la noche del 5 de diciembre de 1835, que después pasó á ocupar otra en la misma calle del Prado, señalada con el número 27 nuevo; luego á la calle de Carretas, número 27; después á la plazuela del Angel, número 1, y actualmente á la calle de la Montera.



La polka, eminentemente proudhoniana ó socialista, cuenta entre sus vasallos y sus mas ardientes apasionados al estirado lion, rinconera del Suizo, planta exótica, ingerto de calabaza y ruda, lo mismo que al dominguero hortera, prosaico espendedor de materias comestibles, á la niña *fashionable*, reina del buen tono y de la moda, lo mismo que á la desaseada Maritornes, reina culinaria, y cólera morbo de la vajilla de Talavera y de los pucheros de Alcorcon; la polka, delicia sobre todo del bello sexo, con toda su parentela de schotischs, redowas y varsovianas, está destinada á ser la retorta en que se fundan por la *via pedestre* en una sola sustancia todas las materias químico-heterogéneas que forman el cuerpo orgánico de la sociedad; la polka, imitando unos versos de Alzaybar en que se refiere al amor:

...pasea plazas y pensiles  
y no escupe los bailes de candiles.

ó como hubiera dicho Horacio puesto en lugar mio y con tirillas á la inglesa y pantalones de embudo:

La polka con piés iguales  
huella la casa pajiza  
y los palacios reales.

«Pero, señor articulista, oigo que me gritan por todas partes, V. se ha constituido en órgano de la inmoralidad, en sostenedor de mala causa, en el protector de los devotos de San Crispin.» Poco á poco, señores, yo abogo tan solo por la polka tranquila, patriarcal, por decirlo así, de dos palmos y medio de entrepecho y dos milímetros por minuto de velocidad; no estoy por los polquistas que abrazan con demasiado ardor la carrera coreográfica, ni por las sílfides que con-

vierten en cugin ó en otomana el hombro de su masculina pareja; en esta parte soy moderado conservador, y adopto por divisa lo de *in medio consistit virtus*, que alguna mamá entendida en el latin traduciría por *separaditos y con juicio*.

Si aun dudais que la polka se haya encarnado en la médula de los huesos jóvenes, contemplad en el paseo y en los salones el enjambre de angelitos que polkean (al Diccionario con la palabrita) con la misma fé y galanura con que pudieran hacerlo los de quince en adelante. En prueba de ello, ahí está Clotilde que apenas cuenta dos lustros y es ya una notabilidad, una Fuocco en la polka; y aunque tiene á la costura y al catecismo la misma afición y cariño que pueden tener el rezagado contribuyente al comisionado de apremio, el cesante al ministro que no paga, y el cosechero de aceite á las luces eléctricas y de gas, sabe en cambio hacer un solo y poner una figura de cotillon, monadas que tienen con la baba caída todo el día á sus bienaventurados papás.

Tal vez andando el tiempo se exija como conocimiento indispensable para vivir entre gentes, un curso *polquitécnico* con todas las zarandajas de exámenes, certificaciones y derechos.

Malos, dignos de filípicas y de un ejemplar castigosomos los retoños de la moderna cria; pero, voto va á Herodes (y aquí viene muy á pelo) que todos los Cicerones, Alejandros y todas las Semiramis y Lucrecias en ciernes que nos vienen pisando los talones prometen, según las trazas, dejarnos cien leguas detrás y hacernos santos ó poco menos.

Mamás que teneis la bondad de pasar la vista por estos desaliñados renglones, sed condescendientes con vuestras hijas, y no las priveis alguna que otra noche del placer de dar unas cuantas piruetas y de rasgarse su entallado traje, ó de perder entre un mar de parejas la peineta ó el brazaletes.

Y á propósito, recuerdo un caso ocurrido no há muchos años que por venir á pelo voy á tomarme la libertad de referiros.



Una señora, rica hacendada de un pueblo de corto vecindario, adonde no había penetrado esa epidemia coreográfica, viéndose de edad avanzada y no queriendo irse al otro mundo sin ver la corte, arregló sus bártulos, y en compañía de una hija suya trasladó sus penas á Madrid. Repuesta de las fatigas del viaje, y relacionada con varias familias de esta heroica villa, se decidió, tanto para distraer á su hija cuanto por ahorrarse el tener que salir á buscar á la calle la diversion, á dar bailes semanales en su casa, fijando para la hora de reunion las nueve de la noche. La sala fué alhajada convenientemente á la moderna, es decir, con cuantos muebles cupieron en ella, y todo estuvo preparado para la noche en que, usando de términos técnicos, debía abrir sus salones. Un inmenso gentío, atraído por la esperanza de un opíparo ambigü, acudió dos horas mas tarde al convite de la señora de la casa, que no sabia la clase de gente con que iba á habérselas. El pianista preludió una polka, y tuvo lugar la inauguracion del baile. Inútil creo decirlo que madre é hija estaban radiantes de lujo y hermosura, según la espresion de un gacetillero que asistió á la fiesta y que tuvo racion doble en el ambigü, y que el atavio y decorado de entrambas eran una de las obras maestras de madama Bernós ó de *Honorine de Paris*. Imposible es describir el asombro de la buena señora al ver cuando los bailarines entraron en calor, aquel tropel de locos que, poco menos que á escape y arrollando por delante de si, ya una silla, ya una pareja que poco diestra no supo escaparse por la tangente, ya á algun descuidado espectador que sintió en sus espaldas el choque de aquella masa en movimiento; parecían poseidos del baile de San Vito, ó muñecos de resorte de reloj de horchatería ó de organillo que tiene cuerda mientras dura

la música. Atontada, vagando de un lado para otro, divisó á su hija fluctuando entre un Océano de parejas; y al verla con el rodete medio deshecho y semi-identificada con su ardoroso galan, perdió los estribos y empezó á grandes voces á gritar: «alto, señores, alto!» Cesó la música, y la encolerizada mamá, dirigiéndose al caballerito en cuestion, le apostrofó de la manera siguiente:

—Caballero, ¿tiene Vd. la bondad de decirme con qué derecho y en mis barbas, como suele decirse, se abraza á mi hija como á una tabla de salvacion?

—Señora, respondió el interpelado, no hago mas que seguir la costumbre establecida.

—Yo no entiendo de costumbres tan poco edificantes, ni he convidado á Vds. para que conviertan mi sala en un circo ecuestre.

—Pero, señora, el buen tono... la elegancia...

—Ya lo creo; para Vds. es un tono y una elegancia magnificas esto de asirse á una muchacha como á una cucaña, y de traerla como á un trompo dando volteretas toda la noche.

—No crea Vd. que he faltado en lo mas mínimo á la buena educacion ni á la...

—Me hago la ilusion de creerlo así; pero solo en el caso de que Vd. se case con ella, le permitiré que la abraze tan descaradamente, y aun eso tambien con su cuenta y razon.

—¡Qué ridiculez, qué oscurantismo tan pronunciado! murmuraron varios de los concurrentes, bailarines *di primo cartel*.

—Señores, prosiguió alzando la voz, yo ignoraba que el baile moderno fuera tan fraternizador y tan parecido á un gallinero en desór-



den: por lo tanto, ó Vds. tienen la bondad de bailar cien leguas unos de otros, ó de lo contrario, yo que nunca me ha gustado complicidad de ningún género, tendré el sentimiento de suprimir las reuniones semanales.

Nadie se atrevió á pronunciarse contra la disposición de la autoridad competente, y el modesto rigodon hizo el gasto con no poca pena de los amantes y *anexionistas*.

Escusado es decir que las dichas reuniones murieron por inanición, cosa que el ama de la casa no sintió mucho, atendido el gasto de sorbetes y manjares que hicieron la noche de la inauguración. Ha desechado dos pretendientes á la mano de su hija por pertenecer á la secta de los polquistas, y se propone restablecer las noches de reunión en su casa resucitando el britano, el paso inglés y demás bailes mas templados segun dice.

No creais, bellisimas lectoras mías madrileñas, que al relatar este hecho reciente y verídico ha sido mi ánimo ridiculizar la polka; nada de eso: ¿cómo habia de soñar semejante cosa el que como yo es uno de sus súbditos mas fieles y mas apasionados? Por si acaso involuntariamente os he disgustado con este artículo, os pido con trito perdón de mis culpas, y os invito, en desagravio, para una polka cada una en el baile de máscaras del domingo de Carnaval en el Teatro Real.

Y con esto besa vuestros piés el mas rendido, humilde y polquista servidor vuestro,

RAFAEL GARCIA Y SANTISTEBAN.

## EL CAMBIO DE LAS EDADES.

### CUENTO.

Ved aquí lo que he leído en uno de esos maravillosos libros de cuentos que nuestros antepasados escribían en aquellos tiempos, para divertir á los niños y para hacer soñar á los hombres.

En un pueblecito que está en el fondo de un valle de las Asturias, vivía en otro tiempo un honrado zapatero llamado Martin. Era un buen viejo, estimado de todo el mundo, y su acreditada tienda jamás se veía desocupada de muchachos y muchachas, que le traían sus piés para que los calzase, porque Martin tenía sobre todo la reputación de calzar admirablemente bien á los chicos y chicas.

Este buen hombre estimaba con pasión tan particular los piés pequeños, pasión tan verdadera y fuerte, que una mañana se le oyó gritar: ¡infeliz Martin! desafortunado Martin! ¿qué crimen has cometido pues para que la vejez te haya hecho un pié de nueve pulgadas?

A fuerza de llorar sobre la longitud de sus piés, á fuerza de manosear los bonitos piecitos de los niños, el pobre zapatero Martin vino á echar de menos su juventud. ¡Ay! pensaba, qué dichoso tiempo aquel en que iba á la escuela, me peleaba con mis camaradas, era aturdido, alegre, sin pesar de ninguna especie! Dichoso tiempo, Dios mío, aquel en que tenía un pié á lo mas de tres pulgadas! Cómo daría gusto cuanto poseo en el mundo por volverme pequeño, con una boca chiquita, manos pequeñitas, cuerpo pequeño, piernas lo mismo, y sobre todo los piés! ¡Oh! cuán feliz sería si tuviese cinco ó seis años!

Apenas acabó Martin de decir *cinco ó seis años*, cuando un niño de esta edad entró en su tienda.

—Buenos días, maestro Martin.

—Muy buenos, mi Cristóbalito, dijo el viejo enjugándose prontamente sus lágrimas; muy felices, querido niño!

—¿Qué teneis pues, maestro Martin? Cualquiera dirá que habeis llorado.

—Ah! no me habéis de eso; tengo un gran pesar!

—Vaya! y yo también, maestro Martin, yo también estoy muy pesoso. Ah! ah! maestro Martin!

—Ay! ay! mi pobre Cristóbal!

Y después se pusieron los dos á sollozar.

Luego que se hubieron cansado bien de llorar, Cristóbal se paró de pronto, y con tono de voz bien tranquila dijo:

—¿Sabeis, maestro Martin, por qué estoy tan desazonado?

—No, respondió el zapatero.

—Pues bien, prosiguió Cristóbal, voy á deciroslo; lloro porque no soy grande; esto es lo que me hace infeliz. Si fuese grande, no iría mas á la escuela; si fuese grande, mis camaradas no me pegarían; si fuese grande, tendría una casa mía; si fuese grande, no comería mas pan seco para almorzar; si fuese grande...

—Tendría un gran pié! exclamó Martin con desesperación.

—Un gran pié! Y qué quereis que se me dé á mí de eso? Tanto mejor! Por el contrario, con un gran pié, me mantendría mas firme sobre

mis piernas; andaría mas sin cansarme; tendría lindas botas, y podría mantenerme firme á caballo.

—Ay, mi querido niño! dijo entre dientes Martin, se ve bien que no tienes alma de artista; que no sabes lo que es tener cuarenta, cincuenta, y luego setenta y dos años, como yo los tengo á la hora presente; se ve bien, mi pobre Cristóbal, que jamás has meditado en la muerte y que no eres zapatero.

—Es verdad; mas siempre es fastidioso, dijo Cristóbal, muy fastidioso, tener solo seis años, aprender á leer, comer pan seco, y ser aporreado porque no es uno el mas fuerte. Decid pues, maestro Martin, ¿no conoceis un medio de que yo crezca pronto?

Volvióse en esto hacía Martin para oír su respuesta, cuando vió que el buen hombre estaba estupefacto delante de un cajón de su cómoda, que se abría solo.

Del fondo del cajón salió una mujer pequeñita que tenía una hermosa cabeza de niño sobre un cuerpo cansado de viejo. —Salud! dijo esta.

Martin hizo una profunda reverencia, como si el rango de aquella persona le fuese conocido. Sin embargo, Cristóbal tenía miedo.

—Tranquilízate, Cristóbal, le dijo la jóven y vieja á un tiempo con amable sonrisa; no temas nada; yo soy la que dirijo los cambios de edades. Os he oído á tí y á ese zapatero, y vengo á ofreceros mis servicios. Soy el hada Biforme.

—¿Que rejuvenece? preguntó precipitadamente el viejo Martin.

—Y que pone viejos al mismo tiempo, continuó el hada; porque no podría rejuvenecer una criatura humana sin envejecer otra al mismo instante; ni poner viejo á uno sin rejuvenecer á otro. Los años que quito de encima de un viejo, es menester que los traslade á un jóven. El tiempo, amo de todos nosotros, no debe perder nada en este tráfico, que jamás puede ser mas que un cambio. Si fuese otra cosa, ¿á qué se reducirían los días, los meses y los años pasados? Todo minuto empleado en vivir debe contarse en la edad de un hombre, sea en la edad de aquel mismo que ha vivido este minuto, sea en la de otro cualquiera, lo que importa poco; mas lo repito, este minuto de vida debe contarse para alguno. Veamos pues: ¿no eres tú, Cristóbal, el que quiere envejecer; y tú, Martin, no deseas rejuvenecer? Hablad, y conforme á vuestros deseos, os trasformo á los dos; á tí Cristóbal en Martin, y á tí Martin en Cristóbal. Bastará que os toque con mi varita. Vuestra resolución aguardo.

Martin no podía hablar; tanta era su alegría. Solamente hacia señas con su mano descarnada y grande de que aprobaba el cambio.

—Y tú, Cristóbal, preguntó el hada, ¿no quieres pues convertirte ya en un hombre?

—Seguro que sí, señora, respondió el niño después de largos esfuerzos para tomar un poco de aliento; de fijo, grande hada, de cierto, gran diosa, deseo convertirme en un hombre; pero si quereis que os lo diga, no me agrada ser un viejo zapatero.

—¿Qué viene á ser eso? exclamó el maestro Martin.

La encantadora le impuso silencio. En seguida, dirigiéndose á Cristóbal, dijo: reflexiona, niño mío. Si no consientes tomar la edad de Martin, conserva la tuya; si no eres él, permaneces siendo tú, es decir, un muchacho que va á la escuela, que no quiere aprender nada, y que se le azota.

Pero, señora, preguntó Cristóbal, ¿no puedo volverme grande sin convertirme en viejo seguidamente?

—Eso se llama viejo? Setenta y dos años es todavía una edad muy bella, dijo Martin con un acento que se esforzaba en hacer parecer jóven y cariñoso. Además, piensa pues, mi Cristóbalito, que tomando mi edad, tomas también mi nombre, mi oficio, mi casa, mi haber. Tengo un jardín soberbio en donde maduran frutos exquisitos. Mis muebles son nuevos casi todos; y ellos te pertenecen. En aquel grande armario de encima que ves allí, no sé exactamente cuántas monedas de oro encontrarás; mas te aseguro que cuatro por lo menos. Tengo una reputación de buen zapatero, y te aprovecharás de ella; tendrás parroquianos de todas las montañas; haces una lucida suerte; compras un coche, caballos, unas tierras.... Mira, ahora que pienso en ello, veo que tal vez hago una tontería [dejar] dejar un establecimiento, una casa, riquezas sin número, para tener ¿que? pan seco de almuerzo! A fé mía....

La fingida irresolución del astuto viejo logró el resultado que él esperaba. Cristóbal se adelantó de pronto, la cabeza erguida como uno que se presenta á tomar una resolución. Sin embargo, con algun resto de indecisión en la voz, repitió á la encantadora esta pregunta:

—Pero, señora, ¿no puedo convertirme en grande sin volverme viejo en seguida?

—Te he dicho ya que no, y por qué causa es imposible, respondió la hada.

—Cristóbal arrojó un gran suspiro; después llevó de nuevo los ojos con curiosidad sobre Martin, que andaba por el cuarto con paso pronto, la nariz visible, rostro abierto, soplando é hinchándose los carrillos,



tarareando una cancioncilla, mirando risueño á la encantadora, dando compases y saltos, y aun danzando para disimular su vejez, á fin de estimular á Cristóbal á hacer el trueque de edades.

Todos los saltos de Martin vencieron en fin la poca repugnancia que tenía todavía el niño.

—Señora, dijo á la encantadora, consiento; pero necesito...

A la palabra necesito, la encantadora, sin aguardar el resto de la frase, tocó con la punta de su varita á Cristóbal, que en el mismo instante se encontró duramente sentado en una silla vieja de madera forrada de cuero. Cada una de sus manos, enteramente enjutas y ennegrecidas, tenía sujeto sobre su rodilla un zapatito de cordobán, y en la otra tenía un martillo pesado, que le servía para golpear la suela. Una tos súbita desvió el golpe que destinaba al zapato, y el martillo le magulló dos dedos, por lo que hizo un horrible gesto.

(Concluirá.)

## LOS INDIANOS.

NOVELA ORIGINAL

POR D. ANTONIO DE TRUEBA.

### III.

DE CÓMO EL CURA Y SU SOBRINO FUERON EN BUSCA DE AGUA Y NO SE ACORDARON DE PEDIRLA.

Era una hermosa tarde de primavera. El cura de Güeñes y su sobrino estaban en un alto inmediato al caserío de Echederra apoyados en sus escopetas, observando á dos hermosos perros que rastreaban en una ladera cercana.

—Tío, dijo Mateo, me parece que Capitan y Leon no dan ya con la liebre. Mejor será que nos vayamos acercando á casa, porque va viniendo la noche.

—Soy de tu opinion, contestó el cura. Estoy rendido, y eso que esta tarde hemos andado poco. Ya no valgo dos cuartos, Mateo! Los viejos tenemos que renunciar á la caza...

Tío y sobrino se echaron las escopetas al hombro y tomaron cuesta abajo llamando á los perros, cuyo uniforme *guau guau* se oía sin cesar, no ya en la ladera, sino en el castañar de la calzada.

Mateo, que caminaba delante, en vez de seguir en derechura el camino que bajaba al valle, tomó una senda que conducía al caserío de Echederra.

—¿Qué, vamos á Echederra? le preguntó D. José.

—Sí, tío; con eso descansaremos allí un rato y beberemos un trago de agua; que yo me estoy muriendo de sed.

El cura se sonrió maliciosamente y dijo:

—Vamos, vamos, Mateo, que para haber recorrido dos mundos eres poco diestro en disimular. No creo que en casa de Martin se pueda descansar mejor que en estas arboledas alfombradas de flores, ni beber mejor agua que la que aquí brota á cada paso. Pero aquí no hay como en Echederra una Rebeca que alargue el cántaro á Eliecer.

—¡Tío!...

—Vamos, no me niegues que vas todos los días á Echederra por ver á Juana. ¿Eso qué tiene de malo siendo ella honrada y buenas tus intenciones?

—Pues bien, tío, no se ha equivocado Vd.; quiero á la hija de Martin, y creo que ella también me quiere. Perdóne Vd. que se lo haya ocultado...

—No, no me lo has ocultado, Mateo, porque tú no puedes ocultar lo que siente tu corazón. Pero ¿por qué no declaras terminantemente tus intenciones á Martin y Mari, y sobre todo á su hija?

—Es tan delicada esa familia, que temo desechen mi proposición por lo mismo que otros la aceptarían, porque soy casi rico y ellos son pobres.

—Eso es lo de menos, hombre. ¿Es delito el ser rico habiendo adquirido honradamente las riquezas y haciendo buen uso de ellas como te sucede á tí?

—No señor, pero... Quizá no tarden en ser mas ricos que yo, y entonces...

—Entonces dirán... no ellos, porque son incapaces de un mal pensamiento, sino las malas lenguas, que has tenido miras interesadas.

—Tiene Vd. razón, tío; no había caído en eso.

El cura y su sobrino continuaron hacia el caserío de Echederra.

Martin y su familia estaban detrás de la casa *sallando* un maizar, es decir, arrancando los pies de maíz inútiles y calzando los útiles con tierra cabada someramente.

—¿Qué tenemos de nuevo, Martin? dijo el cura.

—Nada, señor D. José, contestó el labriego. Hoy ha ido á Bilbao Ignacio, y aunque ha venido ya el correo de América, no ha habido carta para nosotros. De modo que ya es escusado...

—¿Cómo que escusado? le interrumpió Mateo. Es preciso tomar una determinación.

—¿Y qué hemos de hacer? Ande Vd., buen provecho les hagan á los testamentarios los quinientos mil duros de mi hermano; que nosotros pasaremos con nuestra pobreza.

—Tiene razón padre, dijeron Ignacio y Juana.

—Y mucha, asintió Mari.

—¡Esto no se puede sufrir! exclamó Bautista arrojando la azada, que derribó tres ó cuatro pies de maíz.

—Pues qué, replicó Mari, ¿seremos como tú que no tienes mas Dios que el dinero? Si te consume la avaricia! si por ella te has de ver en un presidio!...

—Vamos, Mari, dijo el cura con acento conciliador, déjele Vd., que lo que es ahora merece alguna disculpa. Es inútil volver á escribir á Méjico, porque está visto que hay mala fé en los testamentarios del difunto, y en su vista es menester que una persona interesada pase allá. Martin no se halla en edad de atravesar los mares; Bautista no sabe escuela...

—El se tiene la culpa, dijo Mari, que por mas que batallamos con él no le pudimos hacer que aprendiera el *A E I O U*. ¿Qué poco se parece á su hermana! Está la pobre aprendiendo á leer sin mas maestro que Ignacio, y ahora que se ha empeñado en aprender á escribir, hace ya palotes que da gloria de Dios el verla.

—¡Ya! dijo Bautista. Eso es porque le da vergüenza decir á D. Mateo que no sabe escribir.

Juana se puso colorada. D. José miró á su sobrino con significativa sonrisa.

—Hace bien, replicó Mari. No, que será como tú que nunca quisiste...

—Bien, Mari, lo pasado pasado, ya no tiene remedio. Conque vamos á ver, Ignacio, ¿te hallas con ánimos para embarcarte?

—Señor D. José, iré hasta el fin del mundo si mis padres son gustosos...

—¡Ay señor D. José! exclamó Mari, meterse en el mar el hijo de mis entrañas!

Tiene razón Mari, añadió Martin. El hombre donde el buey pace...

—¡Eh! no sean Vds. cobardes, replicó Mateo. El mar ofrece peligros; pero ¿no los ofrece también la tierra? ¿Está de Dios ó no está de Dios que uno se ha de ahogar? Si lo está, se ahoga aunque sea en una escudilla de agua. ¿No han oído Vds. contar lo de aquel que sabiendo que su sino era morir ahogado, no salía nunca de casa, y por último se ahogó en la palangana?

—Tiene razón D. Mateo, asintió Ignacio. Lo que dice el cantar:

No tengo miedo á la muerte  
aunque la encuentre en la calle;  
que sin licencia de Dios  
la muerte no mata á nadie.

—Conque padre, si Vd. quiere, me planto en Méjico mas pronto que la vista, y vuelvo con los quinientos mil del pico, porque es una triste gracia que habiendo por aquí gente pobre los disfruten aquellos pícaros.

—Bueno, contestó Martin. ¿Qué dices tú, Mari?

—Yo doy por hecho lo que tú hagas; que Dios y la virgen del Carmen me le librarán de una desgracia.

—Vaya! conque es cosa decidida, dijo Mateo. Es preciso hacer los preparativos y que parta Ignacio cuanto antes.

En efecto, ocho días después se embarcó Ignacio en Bilbao, provisto de cartas de recomendación, de instrucciones y de dinero que Mateo y el cura le facilitaron.

### IV.

#### LA CARTA.

Algunos meses después de la partida de Ignacio para América, se sentaban los moradores de Echederra á almorzar una hermosa fuente de leche con harina.

Graves disgustos debía haber experimentado aquella familia, pues Juana había perdido sus rosados colores, Martin y Mari habían envejecido mucho, y todos estaban silenciosos y tristes.

—Hija mía, decía Mari á la muchacha, ¿por qué no almuerzas?

—Ya almuerzo, madre.

—¡Si apenas pruebas la comida!

—No tengo ganas.



—Pues hija, cuando no hay ganas, se hace una cuenta que la comida es una medicina, y adentro con ella. El que no come tiene pena de la vida. Pero ¿qué es lo que tienes, hija?

—Es escusado preguntarlo, dijo Martin: está malo Mateo, y ella se empeña en estarlo también.

—Y lo estará, y hasta se morirá si continúa así. Vamos, almuerza, hija, mira qué rica está la leche. Pronto se pondrá bueno Mateo, os casareis, y se acabarán tus penas.

—¡Ay madre! Si se muere, me muero yo también!

—¡Morirse! No digas disparates, hija! Si dice el cirujano que está ya fuera de peligro! Pues qué, ¿es él el primero á quien disparándosele la escopeta, le ha entrado la perdigonada en el cuerpo y á la vuelta de unos meses ha quedado como si tal cosa? Es verdad que estuvo si se va ó no se va; pero á Dios gracias y á la Virgen del Carmen, ya nada hay que temer.

—¡Qué fastidio! exclamó Bautista tirando la cuchara. Siempre estan Vds. con el indiano á vueltas! A ver cómo no se le lleva el diantre!...

—¡Bautista! dijo Martin, no tomes en boca á Mateo sino para bendecirle.

—Mire Vd., bendecirle! Para lo que nos da...

—Nos da mas que nosotros merecemos, nos da cuanto necesitamos...

—Pues yo digo que es un ruin, un miserable.

—¡Bautista! exclamaron á un mismo tiempo indignados todos los circunstantes.

—Tener mas dinero que él pesa y consentir que trabajemos como negros... ¡Qué lástima que cuando se le disparó la escopeta yendo de caza, en lugar de darle en el costado, no le hubiera levantado la tapa de los sesos!

—¡Calla, calla esa lengua infame! exclamaron todos en el colmo de la indignación.

—No quiero callar.

—¡Vas á acabar con nosotros; nos vas quitando los dias de la vida! dijo Mari. Desde que se marchó tu pobrecito hermano no nos dejas una hora de sosiego; no hay paz en esta casa. ¡Hijito de mis entrañas! Si él estuviera aquí, otra cosa sería!...

Y la pobre Mari prorumpió en llanto, imitándola su hija. Martin bajó la cabeza en silencio y se le saltaron las lágrimas.

Maldito sea el hijo que arranca una lágrima de los ojos de sus padres!

El almuerzo había terminado, aunque la fuente estaba casi llena aun. El disgusto había quitado á todos la gana de almorzar y hecho caer de sus manos la cuchara.

—¡Martin! ¡Martin! llamó un hombre desde el pie de los cerezos.

Martin se apresuró á contestarle desde la ventana:

—¿Qué traes, Miguel?

—¡Buenas noticias! Fui ayer á Bilbao con mis cestas y me dieron en el correo una carta de las Indias para vosotros. Como volví tarde no pude traérosela anoche.

Martin, su mujer y sus hijos se lanzaron al encuentro de Miguel. Este entregó una carta al anciano.

Martin exhaló un nuevo grito de alegría al reconocer el sobre. La letra era de Ignacio, de su hijo.

Mari le arrebató la carta de las manos y la leyó repetidas veces regándola con sus lágrimas, en lo que la imitó Juana arrebatándose la á su vez.

¿Y cómo no besar aquel ansiado papel en que se había posado la mano del hijo y el hermano querido, cuya ausencia lloraban hacia tanto tiempo?

Bautista era el único que se mostraba poco menos que impasible en presencia del acontecimiento que alborozaba á su familia.

—¿A qué vienen esos extremos, decía, si aun no sabemos si Ignacio ha tomado posesión de la herencia?

—Si, Bautista tenía mal corazón como su padre había dicho! No le bastaba saber que su hermano vivía! Para sentir la alegría que á sus padres y á su hermana enajenaba, le era preciso saber que su hermano era rico! Si no lo era, ¿qué importaba todo lo demás? Si, Bautista tenía mal corazón! Era uno de esos hombres para quienes toda la felicidad consiste en el dinero; que no comprenden las afecciones desinteresadas!

Martin recobró por último la carta de manos de su hija, y la abrió temblando de emoción.

Hé aquí su contenido:

«Méjico, etc.

«Queridos padres y hermanos: la desgracia me ha perseguido desde que me separé de Vds.; el buque en que me embarqué para Nueva España sufrió grandes contratiempos en alta mar, y después de una navegación penosísima entramos en el golfo de Méjico, creyendo llegar al término de nuestras desventuras; pero Dios nos destinaba á sufrir otras mayores. Se encrespan de repente las olas, desencadenanse los

huracanes, el cielo se cubre de oscuras nubes, brillan los relámpagos, y el rayo desarbala nuestro buque. Largo tiempo luchamos con la furia de los elementos, casi sin esperanza de salvación, y al fin el barco se hizo pedazos, y la mayor parte de mis compañeros de viaje perecieron entre las olas. En aquel instante invoqué el nombre de Dios y el de la Virgen del Carmen, cuyo escapulario me dió mi madre al partir, y logré asirme á una tabla. Sobre aquel fragilísimo leño conseguí acercarme á la costa; pero me iban faltando las fuerzas, y la tempestad arreciaba cada vez mas, y en la playa bramaban como el trueno las olas, y parecían altas montañas cubiertas de nieve. Daba ya el último adiós al mundo, para mi muy querido, porque en él estan mis padres y mis hermanos, cuando descubrí cerca de mí un barquichuelo, tripulado por audaces habitantes de aquella costa.

«Aquellos hombres, casi náufragos como yo, me vieron, y con esposición de su vida acudieron á salvarme. Al fin pisé el nuevo continente; pero ¡en qué estado, Dios mio! Apenas podía tenerme en pie; mis manos estaban ensangrentadas y mis brazos descoyuntados, á causa de los esfuerzos que había hecho para que las olas no me arrebatasen de la tabla salvadora. Hicieron los pobres indios una especie de camilla de ramas, y colocándome en ella me condujeron, atravesando bosques inmensos, á una aldea, donde encontré la hospitalidad mas generosa. Allí permanecí muchos dias, siendo objeto de los cuidados mas solícitos, hasta que, recobradas algun tanto mis fuerzas, me despedí de mis bienhechores, llorando de gratitud.

(Continuará.)

### EN SUS DIAS.

Vuela, vuela, cefirillo,  
y en tus juguetonas alas  
lleva el eco de mi llanto  
á la mi querida ingrata.

Enhorabuenas recibe  
mañana por la mañana,  
y serán enhorabuenas  
saber mis enhoramalas.

Con recelo y con cuidado  
asómate á su ventana;  
no se abraza tu frescura  
al resplandor de su cara.

Si á la nieve de su pecho  
tu atrevimiento llegara,  
para derretirla lleva  
el aliento que me abrasa.

Y si hallas lugar bastante,  
sobre sus manos estampa  
el primer ósculo ciego  
que de mis labios se escapa.

En su cofazon no busques  
ningun resquicio del alma,  
porque en él hallarás solo  
epitafios de otras almas.

Ni por mi nombre preguntes  
de su memoria en la plaza,  
porque en concurso tan grande  
confusa respuesta hallaras.

No le digas que me muero;  
que me mandará esperanzas,  
para volverme á la vida  
y hacer mis penas mas largas;

Que en desdeñosas mujeres  
saber que el desden maltrata,  
es como en el avariento  
saber á lo que más gana.

Dila solo que hace un año  
que estudio para olvidarla,  
y que hace un año que vivo  
hecho un manantial de lágrimas.

Dila que mire mi rostro  
si le conoce la ingrata,  
y gozará el espectáculo  
de ver una sombra humana.

Y dila... Mas nada digas;  
que antes de pocas mañanas,  
muriendo, que ya es el único  
consuelo que amor me guarda,  
estaré de enhorabuena,  
y estará de enhoramala.

E. G.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.





VENECIA.

*Dona oriental*

~~LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.~~

XIV

RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

*Ingenieros y oficiales*

*GUARTEL DEL CENTRO.*

Esta plaza de las Cortes, ó más bien prolongación de la Carrera de San Jerónimo y calle del Prado hasta el paseo del mismo nombre, estuvo desde su principio formada por grandes edificios religiosos y particulares. De los primeros sólo existe la iglesia y convento de San Antonio, contiguo al palacio de Medinaceli. El de monjas franciscanas de Santa Catalina, demolido por los franceses, fué sustituido hácia 1818 por la bella manzana de casas de los señores Urtiaga; siendo únicamente de lamentar que no se hubiese aprovechado entonces aquel preferente sitio para la construcción de un gran teatro ú otro edificio público de majestuoso aspecto, que luciría convenientemente dando vista al Prado. En la misma construcción de dichas casas particulares se siguió entonces el sistema mezquino y aporado que era de uso general entre nuestros arquitectos, y que seguramente no se hubiera adoptado por los actuales, ni por los dueños de obra, que sin duda alguna sabrían aprovechar mejor tan excelente localidad para una construcción elegante y digna. Entonces sin embargo se miró como un prodigio la obra de aquellas casas, y especialmente

(1) Véanse los números anteriores.

el famoso *café* central, que también sirvió de salón de bailes y conciertos, pareció por aquellos días el *non plus ultra* de la magnificencia á los honrados habitantes de Madrid, acostumbrados á asistir todas las tardes á desahogar sus fauces en el inmundo y vecino sótano-botillería de Canosa.

El otro edificio religioso al lado izquierdo de esta plaza, era el convento é iglesia de padres clérigos menores del *Espíritu Santo*, fundado primeramente por el ilustre caballero modenés Jacome de Gratiis ó de Gracia, en sus propias casas y calle que hoy lleva su nombre, y que después pasaron á ocupar las del marqués de Tabara, que estaban en este sitio, donde se construyó la iglesia y convento, terminándose aquella en 1684. Era edificio poco notable bajo el aspecto artístico; y además sufrió una casi destrucción á consecuencia de un violento incendio ocurrido en 1825 en ocasión de hallarse oyendo misa el duque de Angulema, generalísimo del ejército francés de ocupación, con todo su estado mayor, sobre cuyo suceso se hicieron entonces muchos comentarios.

Retirados los padres á consecuencia de esta catástrofe al convento de Portaceli, á la muerte de Fernando VII y convocación de las *Cortes generales del reino* en 24 de julio de 1834, fué designado este edificio para la reunión del *Estamento de procuradores*, y habilitado convenientemente el templo para salón de sesiones, dándole un ingreso decoroso por esta plazuela y otro por la accesoria de la calle del Sordo, se hizo en el resto del edificio la distribución oportuna, y continuó sirviendo á este objeto en las diversas y borrascosas legislaturas siguientes hasta mayo de 1841, en que habiéndose declarado

30 DE OCTUBRE DE 1855.



ruinosa una gran parte de la obra, se trasladó el Congreso de Diputados al salón del teatro de Oriente. Acordada después por ley expresa la construcción del nuevo palacio, *sobre el sitio mismo que ocupaba el antiguo* (1), se colocó por S. M. la reina Doña Isabel II la primera piedra el día 10 de octubre de 1845, y siguiendo la obra bajo la dirección y planes del arquitecto D. Narciso Pascual de Colomer, quedó terminado en 1850, habiéndose celebrado en él la sesión régia de apertura de las Cortes el día 3 de noviembre de dicho año. No es de nuestra incumbencia el entrar en la descripción ni crítica artística de este *palacio*, apreciado de diversas maneras por los inteligentes, pero que tal cual es, constituye uno de los principales monumentos artísticos del Madrid moderno, y el mas importante acaso de los construidos en nuestros días.

De los palacios ó casas de la grandeza que ostenta dicha plaza, el mas considerable en estension, y acaso tambien el mas antiguo en fecha, es el ya mencionado de los *duques de Medinaceli*, que comprende nada menos que 244,782 piés, con estensos jardines, huerta y picadero. Creemos que fué mandado construir á principios del siglo XVII por el *duque de Lerma* D. Francisco Gomez de Sandoval, entonces *marqués de Denia*; y aunque poco notable por su arquitectura, lo es por la magnífica estension de sus salones y oficinas, la suntuosa decoración de aquellos y el tesoro de curiosidades que encierra en su preciosa armería, biblioteca, galería de pinturas, capilla y demás dependencias, todo verdaderamente régio, y propio de la grandeza de sus ilustres dueños. En este palacio habitó en tiempo de su privanza el ya dicho *duque de Lerma*, después *cardenal de la S. I. R.*; y con decir esto queda indicada la grande importancia que tuvo desde su principio aquella mansión. En ella vivió después el *duque de Medinaceli* D. Antonio de La Cerda, gran protector de los célebres literatos de aquel siglo. En ella fué preso *Quevedo* en la noche del 7 de diciembre de 1639; en ella sospechamos que habitó tambien *Moreto*, *Velez de Guevara* y algun otro de la ilustre pleyade de poetas de aquel siglo; y á ella se retiró en el siguiente el monarca D. Felipe V á la muerte de su primera esposa Doña Maria Gabriela de Saboya en febrero de 1714 (2).

Frontero á este palacio se eleva el elegante y moderno de los *duques de Villahermosa*, suntuosa obra de los primeros años de este siglo, construida por orden de la duquesa viuda Doña Maria Pignatelli y Gonzaga, bajo los planes y direccion del arquitecto D. Antonio Lopez de Aguado. Este bello edificio es una de las construcciones mas dignas é importantes de Madrid. Sus elegantes fachadas decoran dignamente el ingreso por aquella parte al hermoso paseo del Prado. Su interior es correspondiente á aquellas; distinguiéndose notablemente su grandiosa escalera, la magnífica capilla ducal y el suntuoso salon de baile en que estuvo el *teatro del Liceo* (3), y las preciosas habitaciones altas y bajas ocupadas por los duques propietarios, y que en 1825 habitó el delfín de Francia, *duque de Angulema*.—Antes de la construcción de este palacio existía en aquel sitio el de los *duques de Maqueda*, y otras casas, entre las cuales una perteneció al famoso licenciado Gregorio Lopez Madera, y otras á los condes de Añates, de Monterey, de Fuentes y de Arion, en una estension de attens, que toda quedó comprendida en el nuevo palacio y su entendido y bellísimo jardín al Prado, sus cocheras y accesorias á la calle del *Turco*.—Dentro de esta escuadra que forma el mismo, está una casa antigua y baja de aquel siglo, perteneciente en él al *marqués de Chirivoya*, procedente de los mayorazgos de *Porras* y *Boz-*

mediano, que no sabemos si por corruptela se refieren á los mismos de *Valmediano* y de *Corres*, cuyos titulares poseen y habitan dicha casa. —La casa única que forma la manzana 270 entre las calles del *Turco* y del *Florin* (en que hoy está la *direccion de Minas*), perteneció en el siglo XVII á la *marquesa del Valle*, descendiente de *Hernán Cortés*; luego fué de D. Luis Spinola, conde de Siruela, y posteriormente creemos que recayó en el *duque de San Pedro* que reside en Génova, poseyéndola en su nombre la hermandad del Refugio por cierta cláusula testamentaria del antecesor.

Al otro lado del palacio del Congreso, y ya en la *Carrera de San Gerónimo*, está la casa de los *duques de Híjar*, hoy notablemente mejorada con el rompimiento de la nueva calle de *Floridablanca* entre ella y dicho palacio. Esta casa pertenecía en el siglo pasado al *marqués de los Balbases*, que creemos la hizo construir ó reformar la que entonces existía, propia del *marqués de Espinola*, y antes del caballero D. Carlos Stratta, famoso y opulento comerciante, natural de Génova, aunque avecinado en España, y tan considerado en la corte de Felipe IV, que mereció de él la merced del hábito de Santiago para si propio, y para su hijo D. José la encomienda de las casas de Toledo y el título de *marqués de Robledo de Chavela*. En su casa se vistió el mismo rey D. Felipe el domingo 15 de febrero de 1637, á efecto de salir con todo el tren para la *máscara real* que tuvo en el Buen Retiro en celebridad de la elevación al imperio de su cuñado el rey de Hungría; magnífica funcion, muy señalada en los anales de Madrid y que describe *Pinel* con su acostumbrada prolijidad, enumerando los ostentosos adornos y grandeza con que estaba enriquecida la casa del caballero Stratta; el festin y regalos que tributó al monarca este opulento magnate.—El palacio actual de los señores duques de Híjar es ostentoso y digno de tan ilustres personajes, en quien han venido á reunirse los marquesados de Orani y de San Vicente, los condados de Aranda, Salvatierra, Rivadeo y otros muchos; mereciendo especial mencion en aquella el suntuoso *salon del solio*, apellidado de *los tapices*, en que todos los años recibe S. E. con gran solemnidad el vestido que llevó S. M. el día de la Epifanía; privilegio concedido por el rey D. Juan II al conde de Rivadeo en 1441 en memoria de haberle salvado la vida en cierta ocasion. Es igualmente notable un lindo teatro en que se representaron hasta los primeros años del siglo actual por las personas mas distinguidas de la aristocracia, diversas funciones dramáticas y líricas, alguna de ellas, como la tragedia de *Las troyanas*, obra del anterior *duque de Agustin de Silva*, á que algunas veces asistieron los mismos monarcas.

Contiguo á este palacio está el *Hospital pontificio y régio de San Pedro de los italianos*, establecido en 1598 bajo la proteccion del nuncio Camilo Gaetano, y destinado á los naturales de aquel pais. Tiene su pequeña iglesia muy concurrida, y en la que se celebra el culto con notable aparato; pero que bajo el aspecto artístico ofrece poco digno de atencion.—Frente á esta iglesia y hospital estaba el convento de monjas bernardas llamadas de *Pinto* por haber sido fundado en aquella villa en 1529 y trasladadas á Madrid en 1588. Era un edificio muy poco notable, y su iglesia pobre y desnuda de adornos; pero con su jardín accesorio comprendia 66,779 piés entre la *Carrera de San Gerónimo* y la calle del Baño, y habiendo sido demolida hácia 1857, y vendido este terreno, se construyeron en él las magníficas casas de los señores D. *Vicente Juan Perez* y *duque de Sotomayor*; y posteriormente, y habiéndose hecho necesarios la regularizacion y ensanche de aquel preferente sitio, fué preciso comprar por la villa para demolerla la moderna casa de los duques de *Tamames* y la inmediata con vuelta á la calle de Santa Catalina, propia de la *marquesa de Valdegama*, en cuya esquina estaba el famoso sotanillo *botilleria de Canosa*, ya indicado.—En el solar que quedó después del ensanche de la *Carrera*, y que fué comprado (si no recordamos mal) al enorme precio de 124 reales el pié de sitio, por el opulento banquero señor D. *Francisco de Las Rivas*, se construyó por el mismo en 1847, bajo los planes y direccion del malogrado y jóven arquitecto D. *José Alejandro y Alvarez*, la preciosa casa que es uno de los edificios modernos mas señalados de Madrid.

Otras varias casas propias de la grandeza se levantaron en esta carrera en los siglos XVII y XVIII, algunas de las cuales existen aun, como la señalada con el núm. 3 antiguo y 40 moderno, propia de los *marqueses de Hurvieta* esquina á la calle del Baño; la del núm. 58, propiedad hoy del general *Liñan*, que fué del *marqués de Casa Pontejos* esquina á la del Lobo; la del *príncipe de las Torres*, en donde estuvo la famosa *fonda y café de la Fontana de Oro*, y después el hotel y librería de *Monier*; y á la acera izquierda las suntuosas del *marqués de Santiago* (donde ahora está el casino) y la del conde de *Villapardierna* D. Antonio Pando y Bringas, hoy del señor *marqués de Miraflores* (4).

(1) En el cuarto entresuelo de esta casa vivió y murió en 1840 el digno corregidor de Madrid é inolvidable patricio D. Joaquín Vincino, *marqués viudo de Pontejos*.

(4) Este acuerdo fatal privó á la capital de España de ostentar en sitio conveniente un monumento público de tan alta importancia; al arquitecto de lucir la esplendidez de sus planes; y al Congreso mismo de su futura comodidad y desahogo. Pero la intolerancia y exclusivismo de los partidos políticos pudieron mas que las razones de conveniencia que se espusieron para la construcción de este palacio en el sitio que ocupa el Tiboli, ó en la huerta de la casa en que hoy está la Dirección de Infantería, suponiendo la desaparición de esta, y dando aquel frente al magnífico salon del Prado. Ambas cosas eran mas convenientes, menos costosas y hacederas por la mayor espaciosidad y nivelación del terreno, holgura del aspecto y acceso conveniente; pero el gobierno llamado *progresista* de aquellos años se empeñó decididamente en sostener el acuerdo de construir el nuevo edificio en el mismo solar del antiguo, para anudar la memoria de ambos, así como el gobierno anterior de 1854, apellidado *moderado*, se negó abiertamente á reunir las primeras Cortes generales en el antiguo salon del convento de Doña Maria de Aragon, porque no pareciese que eran una continuacion del espíritu é ideas de 1825; y designó el mismo el templo del Espíritu Santo para el *Estamento de Procuradores*, y el Casón del Retiro para el de *Proceres*.

(2) *Histoire publique et secrète de la Cour de Madrid*. Cologne, 1719.

(3) El *Liceo artístico y literario* de Madrid, que tan magnífica existencia llegó á disfrutar como expresion de la parte mas culta y distinguida de nuestra sociedad matritense, tuvo principio en el mes de abril de 1856, en una reunion amistosa celebrada semanalmente en casa de D. José Fernandez de la Vega, en la calle de la Gorguera, número 15, cuarto tercero. Formalizada después algun tanto la sociedad, pasó á ocupar el cuarto principal de la casa número 54 de la calle del Leon. Posteriormente el de la núm. 45 de la de las Huertas; después la del señor Balmaseda, núm. 50 de la de Atocha, donde ya celebró sus exposiciones públicas de pinturas, sus sesiones de competencia y conciertos, y mereció el alto honor de recibir á S. M. la reina: trasladada por último esta brillante sociedad en 1859 al palacio de Villa-hermosa, y establecido en ella su teatro, sus cátedras y salones de esposicion y de sesiones, llegó á su apogeo entre 1840 y 46, en que empezó á decaer, por diferentes causas hasta terminar su existencia en 1850.



Las calles que ponen en comunicacion esta elegante Carrera con la aun mas espléndida calle de Alcalá, no corresponden de modo alguno á la importancia de ambas, y á la numerosa y activa circulacion que existe entre ellas. Son por el contrario de las mas estrechas, mezquinas y mal decoradas de Madrid.—Empezando por el lado mas inmediato á la Puerta del Sol, se nos presenta desde luego (y cabalmente en el punto mas importante por la confluencia de las calles del Príncipe y de la Cruz) la mezquina y sombría apellidada antiguamente de los Panaderos, después de los Peligros ¡ancha!! y en la actualidad de Sevilla, y que por su estrechez ha habido necesidad de cerrar al tránsito de carruajes enlosándola.—Flanquean á este callejon por ambos lados los dos aun mas inmundos, apellidados, el primero en lo antiguo de los Bodegones, después de Hita, y actualmente travesía de los Peligros; y frontero á él el de los Gitanos; verdaderos albañales de inmundicia, dignos en un todo de sus menguados nombres y reputacion.—La calle de los Cedaceros, tambien estrecha, aunque habilitada por la necesidad para el tránsito de carruajes, ha reformado en estos años su caserío, quedando en pie todavia del antiguo dos casas principales, una señalada con el núm. 11 nuevo, que fué del marqués de Valparaíso y después de los condes de Pársent; y otra, núm. 15, con vuelta á la calle del Sordo, del marqués de Santiago.—Dicha calle del Sordo, y su paralela la de la Greda, estan avocadas á grandes mejoras por la importancia que han adquirido con la construccion del palacio del Congreso, cuya fachada N. da frente á la primera; pero siempre será estrecha y sombría á su entrada por las accesorias de los Italianos y del duque de Híjar, y solo mejorará á su extremo si llega á efectuarse el proyecto existente de comprar su salida al Prado desde la calle del Turco por el jardin de Villahermosa.—La de la Greda, aunque no puede esperar por el pronto igual rompimiento y salida que lo seria sin embargo necesaria, en razon á interponerse el edificio del colegio de Sordo mudos, ha aprovechado para su reforma casi total, de la venta hecha en estos últimos años del inmenso jardin y corralon que pertenecieron al palacio del duque de Maceda y después á la duquesa de Medinaceli, entre dicha calle, la del Sordo y la del Turco.—En este terreno, además de haberse roto una nueva calle travesía titulada de Jovellanos, se han construido varias casas nuevas, algunas de ellas verdaderos palacios, como las de los señores Carbajal y Ogavan, que dan á la calle del Turco. Entre las construcciones nuevas del resto de la de la Greda merece especial mencion la elegante casa del señor Bayo, dirigida por el arquitecto D. Domingo Lafuente.—La calle del Turco, apellidada antes de los Siete jardines, no ofrece otro objeto de interés que el gracioso y prolongado edificio construido en los últimos años del siglo anterior bajo la direccion del arquitecto D. Manuel Martin Rodríguez, sobrino y discípulo del famoso D. Ventura, y con destino á almacén de cristales procedentes de la real fábrica de la Granja. Hoy está ocupado en gran parte por el Colegio de sordo-mudos y ciegos, excelente institucion fundada por la Sociedad Económica Matritense; por otras enseñanzas ó cátedras, y la secretaría de esta, y hasta hace pocos años estuvo tambien en él el Conservatorio de Artes, celebrándose en sus salas las exposiciones públicas, hasta que pasó al convento de la Trinidad.

Cúmplenos ya entrar en la gran calle de Alcalá, la primera, mas autorizada y digna via del Madrid moderno, desde la Puerta del Sol al paseo del Prado, ó mas bien al arco de Triunfo que sirve de entrada al camino real de Aragon y lleva el nombre de Puerta de Alcalá.—Hemos dicho en otro artículo que cuando Madrid estaba limitado á la parte oriental por la Puerta del Sol, existia entre dicho sitio y el Prado de la villa un estenso olivar que dió su nombre á la nueva calle formada á mediados del siglo XVI, con el nombre de calle de los Olivares y Caños de Alcalá.—Prolongacion de la espaciosa linea de Poniente á Oriente que venia dividiendo á Madrid desde la antigua puerta de la Vega, la calle de Alcalá, como su paralela la Carrera de San Gerónimo, no tardó en ser preferida por las clases mas elevadas para la construccion de sus aristocráticas mansiones, y para la fundacion (de moda en aquellos tiempos) de suntuosos conventos y casas religiosas. De estos, además de la iglesia y hospital Real del Buen Suceso (que ocupa el ingreso de esta calle y la carrera de San Gerónimo, y de que ya tratamos en otro artículo), se trajo ya á la de Alcalá, y cuando aun era arrabal, á mediados del siglo XVI, el de monjas Bernardas que existia en la villa de Vallecas, fundado por Alvar Garcidiez de Rivadeneyra, maestresala de Enrique IV, construyéndose las de orden del cardenal Silíceo, arzobispo de Toledo, el convento é iglesia que ocuparon hasta nuestros dias con vuelta á la callejuela, que tomó el nombre de una imagen de Nuestra Señora de poco mas de tercia de alta, que trajo el doctor Herrera de Jaen, y á quien por los trabajos de que le habia librado, puso la advocacion de Nuestra Señora de los Peligros; título que por otro lado justificaba muy bien la tal callejuela, aun mas que en el dia, hasta fines del siglo pasado, en que avanzaba tanto la cerca del convento que la reducía á una

suma estrechez; hasta que el conde de Montarco, presidente de Castilla, á despecho de las monjas, y con una dosis de energia, muy notable en aquella época, la hizo retirar hasta el sitio que ocupa en el dia. Este edificio, desdichado y viejo, que después de la traslacion de las monjas ha sido sucesivamente destinado á instruccion de quintos, á Colegio electoral, á Museo filarmónico, á Bolsa de comercio, á Teatro lirico y á Colegio de enseñanza, debe sin embargo desaparecer muy pronto para dar lugar á la construccion de otro mas importante y propio de tan privilegiada localidad, que permita tambien ensanchar y regularizar considerablemente la estrecha y pasajera calle de los Peligros. A principios del siglo XVII se trasladaron tambien á Madrid desde la villa de Almonacid de Zurita las señoras comendadoras de la orden de Calatrava, y con la proteccion y dones del monarca, pudieron construir su iglesia y convento, que no carecen de ostentacion, en el sitio que hoy ocupan en lo alto de la calle de Alcalá, á la cual favorece mucho la hermosa cúpula que cubre el crucero de su templo. Este convento y su religiosa comunidad se han salvado de la destruccion y trasiego general de esta última época, continuando sin interrupcion en él el culto divino con gran solemnidad y pompa, á que se asocian las órdenes militares de Calatrava y Montesa que asisten en él á sus solemnes funciones y ceremonias.—Todavía mas adelante, en la misma calle y en el terreno convertido hoy en jardin del marqués de Casa Riera, habia otro convento de Monjas Carmelitas recoletas denominadas las Baronesas, por su fundadora la baronesa Doña Beatriz Silveira, que fué demolido y vendido en 1856. Ultimamente, enfrente de este se construyó con puerta á la calle de los caños de Alcalá en los primeros años del siglo XVII el convento de padres Carmelitas descalzos de San Hermenegildo, aunque la iglesia actual fué concluida en 1742; hoy sirve de parroquia de San José, y es acaso la mas hermosa y capaz de las iglesias parroquiales de Madrid. Fué trasladada á ella la parroquialidad á la estincion de los regulares en 1856, habiendo estado antes en el hospital de flamencos calle de San Marcos, en las monjas de Góngora y en la capilla que fundó para este objeto en 1745 en la sala teatro de su propio palacio el duque de Frias D. Bernardino Fernandez de Velasco.—La iglesia actual de San José ó del Carmen tiene contigua la capilla de Santa Teresa, fundada primitivamente por el célebre y desdichado ministro D. Rodrigo Calderon, marqués de Siete Iglesias, y en la cual estuvo depositado su cadáver hasta ser trasladado á las monjas de Portaceli de Valladolid. El convento que ocupaba toda la inmensa manzana número 288 entre las calles de Alcalá, de las Torres, de las siete Chimeneas, hasta la del Barquillo en una estension de 202,668, tiene en el dia el destino de Intendencia general militar, y la huerta (que ya habia sido mermada en tiempo en que vivia en la casa frontera el principe de la Paz, para formar la plazuela que tomó del mismo el titulo del Almirante), ha sido vendida después, y construido en ella diversas casas del señor Murga.

Entre los edificios civiles que ostenta esta hermosa calle de Alcalá, sobresale por su belleza é importancia y ocupa el primer lugar después del Real Palacio entre todos los públicos de Madrid, el construido en el reinado del gran Carlos III con destino á Aduana y que hoy ocupa el Ministerio de Hacienda y sus dependencias. Los planos y direccion de este suntuoso palacio, terminado en 1769, corrieron á cargo del general D. Francisco Sabatini, y su elegante arquitectura, y el buen gusto de su ornato recuerdan á la memoria los primeros y mas celebrados palacios de Italia, al paso que por su estension, solidez y grandeza puede sostener la comparacion con los buenos de otras capitales. Desgraciadamente no hubo la mejor eleccion en cuanto al sitio en que está construido, costanero é intercalado entre las demás casas, que no le permiten ostentar fachadas laterales á Levante y Poniente y campear con la independencia y desahogo que reclama su importancia y mérito artístico; y lo peor fué que para adquirir aquel sitio tan inconveniente, hubo necesidad de comprar á gran costa, hasta diez y seis casas que ocupaban aquella superficie de 80,000 piés próximamente, y demolerlas, en vez de haberle situado, por ejemplo, en el sitio que ocupa la casa que hoy sirve de Direccion de Infanteria al término de la calle, y dando frente al Prado.

Lindante con este suntuoso edificio luce todavia (proporcion guardada) el otro que ocupa en su parte principal la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando, y en el piso segundo el Gabinete de Historia natural, á cuya reunion alude la elegante inscripcion que Don Juan de Iriarte compuso, y está colocada sobre la puerta principal: «Carolus III Rex, Naturam et artem sub uno tecto in publicam utilitatem consotavit.»—Efectivamente, en los salones bajos y principales, ocupados por la Academia, se encuentran sus bellas galerías de pintura y escultura y algunas de sus enseñanzas; y en la parte alta de este edificio el precioso Gabinete de Historia Natural; pero esta reunion de ambos importantísimos establecimientos, que pudo tener efecto en una misma casa cuando eran, puede decirse, nacientes, no tardó en hacerse imposible con el aumento y prosperidad sucesiva de ambos; y







acercado mucho al grado de magnificencia que reclamaba la primera calle de la capital del reino. —Bajo este carácter (que no adquirió sin embargo hasta ya entrado el siglo XVIII, venciendo á su rival y paralela la Carrera de San Gerónimo) la calle de Alcalá viene ocupando las páginas de la historia madrileña en esta última época, y figurando desde entonces en primera línea en las ocasiones solemnes á que dieron lugar las guerras, los levantamientos y tumultos populares, las entradas triunfales y las ceremonias y festejos de la corte y de la villa. En unas ocasiones, y según lo ha requerido la circunstancia, se ha visto cubierta de tropas y cañones, de fosos y parapetos; en otras (por fortuna mas frecuentes) se ha mirado engalanada con los arcos de Tito y de Trajano, con las agujas de Luk-sor, con los templete alegóricos de Atenas y Corinto; cubierto de flores su pavimento, sus fachadas y balcones de ricas colgaduras, y desterradas de ella las sombras de la noche á beneficio de innumerables combinaciones del fuego y de la luz; solo en lo que va de siglo, ó mas bien desde 1808 acá, en cuyo día 24 de marzo empezó Fernando VII sus repetidos triunfos caseros, hasta el día, se agotaron en ella todas las formas de monumentos, todos los gustos artísticos, todas las combinaciones del lienzo y del carton, emblemas en verdad harto simbólicos de aquellos triunfos *inmortales*, de aquellas *ovaciones* de circunstancia, de aquellos apoteosis de ocasión.

R. DE CARSONERO ROMANOS

## LOS INDIANOS.

NOVELA ORIGINAL

POR D. ANTONIO DE TRUEBA.

(Continuación.)

«A mi llegada á esta ciudad me he presentado á los testamentarios de mi difunto tío, y... ¡no quisiera afligir á Vds. con el relato del indigno recibimiento que les he debido! He sido tratado como un falsario, me han escarnecido, se han burlado de mí sin compasión! Sin embargo, aun fio en la justicia de los hombres, y sobre todo en la de Dios, que no nos desampará. Participen Vds. de mi fé, y sirva de consuelo el saber que aun existo para trabajar por la felicidad de todos. Me he presentado á los sujetos para quienes me dió cartas de recomendación D. Mateo, y me han prometido cooperar al feliz término de mi empresa, aunque tardaré en conseguirle, porque los testamentarios se defenderán con las armas que nos han usurpado, que aquí como en Europa son poderosas.»

Ignacio concluía suponiendo que su hermana y Mateo se habrían casado; se acordaba del señor cura, de Antonia y otros vecinos, y adicionaba su carta con la siguiente postdata: A mi madre que me encomiende todos los días á la virgen del Carmen.

—¡Pobre hijo mío! exclamó Mari al terminar Martín la lectura. Cuántos riesgos ha corrido! pero al fin la Virgen Santísima le ha salvado.

—¡Para lo que ha adelantado con salvarse!... murmuró Bautista con desden, lo que hizo aparecer la indignación en el rostro de todos los presentes.

—Bautista! dijo Martín con severidad. Esos sentimientos no son los que tus padres han procurado inspirarte. Ah! tienes muy mal corazón!

—Sí, añadió Mari, ese ha de acabar en un presidio!

V.

LOS LADRONES.

Bautista bajaba con frecuencia á casa del cura á saber cómo seguía el indiano, que continuaba en cama de resultas de la gravísima herida que le causara el disparo de su propia escopeta. Su carácter era cada vez mas discolo para con su familia, y tanto que sus padres envejecían espantosamente y enfermaban á causa de los disgustos que les daba; pero respecto á la familia de D. José, sucedía todo lo contrario: aquellas buenas gentes se admiraban de que tan complaciente se hubiera vuelto para con ellos, y Antonia se desvivía por mostrarle su agradecimiento, preparándole excelentes almuerzos, y confiándole cuanto pasaba en la casa.

Comenzaba á declinar la tarde.

En un rebollar inmediato al caserío de Echederra se alzaba una blanca humareda, lo que indicaba que allí había carboneros. En efecto, uno de estos cuidaba de la *hoya*, nombre de origen vascongado que se da en aquel país al montón de leña que se carboniza, y otros cuatro partían nuevo combustible á corta distancia. En lo mas alto del

rebollar había una cabaña, formada de palos cubiertos de una capa de helecho, á la que á su vez cubría otra de terrones anchos y delgados.

Uno de los carboneros se encaminó á la cabaña. Avivó la lumbre, que á la puerta de esta daba calor á una olla llena de habas secas y cecina, echó harina de maíz en una *desga* ó artesa, y se puso á amasarla, en tanto que una pala de fierro se ponía candente. Luego fué haciendo *talos* ó tortas delgadas como galletas, las fué cociendo en la pala, y cuando tuvo el número suficiente se puso de pie, y gritó formando una especie de bocina con la mano:

—¡Ahuuu!

Sus compañeros contestaron al *tortero* con un grito igual, y clavando las hachas en el tronco de un roble, se encaminaron á la cabaña.

Acabaron de comer, encendieron sus pipas, las desocuparon, y aun permanecían sentados á la puerta de la cabaña.

La noche comenzaba á cerrar. Los carboneros hablaban en voz baja dando muestras de impaciencia. Un instante después apareció en el rebollar un hombre que se encaminó hacia la cabaña. Los carboneros dieron muestras de satisfacción al verle.

—Vamos, dijo el recién venido, que yo necesito volver temprano á casa para que no se eche de ver mi ausencia.

—No nos detengamos, contestaron los carboneros.

—¿Qué armas teneis?

—Ninguna.

—Pues yo llevo dos pistolas y un cuchillo, dijo el desconocido.

—Nosotros, replicó uno de los carboneros, vamos á robar, pero no á matar.

—Cada uno hará lo que le dé la gana; pero no perdamos tiempo, que andando os enteraré de todo y acabaremos de arreglar nuestro plan.

Todos se tiznaron la cara con cisco mojado, y echaron á andar rebollar abajo.

—¿Qué, no viene Chomin? preguntó el desconocido señalando al que vimos cuidando la hoya.

—No, contestaron los carboneros. *Haldea* la hoya, y es preciso que se quede alguien cuidándola.

*Haldear* la hoya se dice cuando se halla en disposición de comenzarse á extraer el carbon de la parte baja.

Media hora después solo había en el rebollar un hombre que cantaba incesantemente, lo cual hizo esclamar á las pocas gentes que andaban por aquellas inmediaciones:

—¡Qué buen humor gasta ese condenado de Chomin!

La casa del cura de Güeñes estaba situada entre unos nogales, algo apartada de las otras, y era uno de esos edificios de piedra caliza medio-palacios medio-fortalezas, adornados con grandes escudos de armas sobre la puerta, y un cuadrante ó meridiano de piedra incrustado en una de sus esquinas, que con tanta frecuencia se ven en las provincias Vascongadas, y particularmente en las Encartaciones.

En aquel país donde es costumbre madrugar así pobres como ricos, reina en las aldeas el mas completo silencio durante las primeras horas de la noche, porque entonces es cuando mas profundamente dormidos están sus moradores. El primer sueño es á la vez un profundo y dulce letargo para los activos aldeanos.

D. José dormía, Antonia también, y solamente velaba en su lecho el indiano, á quien quitaba el sueño la calentura.

—Guau, guau, guau! comenzaron á ladrar los perros.

—Tío! dijo Mateo á D. José, que dormía en un cuarto inmediato al suyo.

D. José no contestó; estaba profundamente dormido.

—Guau, guau, guau! continuaron los perros.

—Tío, tío! repitió Mateo.

Al fin respondió el señor cura, y Mateo le dijo:

—Leon y Capitan ladran mucho, y me parece que he oído sonar las tejas del horno.

—Las moverá el aire que no deja de soplar, y ladrarán los perros por eso.

Tío, y sobrino guardaron silencio.

Pero Leon y Capitan seguían ladrando como si los desollasen vivos.

—Tío, dijo Mateo, me parece que mueven la ventana del comedor. Como se alcanza á ella desde el tejado del horno, no sea que...

—No seas tonto, hombre, contestó el cura medio dormido. Si es el aire!

—Lo veremos, dijo Mateo. Y á pesar de su extrema debilidad, se levantó y abrió quedo la ventana de su cuarto que estaba en el mismo plano que la del comedor; pero nada absolutamente pudo distinguir, porque la oscuridad era completa y el viento le hizo retroceder de la ventana.

Leon y Capitan seguían ladrando.

Mateo seguía oyendo chascar las tejas del horno y mover la ventana.



—Pues yo he de ver qué es eso, dijo el indiano.

Y tomando su escopeta, se dirigió al comedor; pero al acercarse á la ventana, se abrió esta con fracaso, y un hombre se lanzó dentro.

El indiano se echó á la cara la escopeta; pero antes que pudiese dispararla, saltó de sus manos hecha pedazos por un pistoletazo disparado por el ladrón. Este se lanzó dentro, y tras él otros tres, y arrojándose todos sobre Mateo, le derribaron al suelo, le taparon la boca con un pañuelo y le ataron de piés y manos.

Aquellos hombres pasaron al cuarto del cura, y luego al del ama, é hicieron la misma operación. En seguida se apoderaron de cuanto dinero y cuantas alhajas de algun valor habia en la casa, con tal conocimiento de esta, que hasta dieron sin vacilar con lo que estaba mas escondido. En seguida huyeron por la puerta principal, pues iban demasiado cargados para salir por la ventana.

Pero hé aquí que algunos vecinos de Güeñes habian oído el tiro disparado por los ladrones, y acudían por el nocal arriba.

—¡Alto! gritaron á los malhechores, que en aquel instante salían de la casa. Pero los ladrones echaron á correr por la arboleda. Hicieronles fuego sus perseguidores, y uno de ellos cayó herido de alguna gravedad, precisamente el que llevaba efectos de menos valor. Los restantes vadearon el Cadagua, protegidos por la espesa sombra de los nogales, y se salvaron en las arboledas de la Jara.

## VI.

### MISTERIOS.

Seis meses después de los sucesos narrados en el capítulo anterior, una hermosa tarde de primavera salieron de su casa el cura y su sobrino, y tomaron la cuesta de Echederra.

No llevaban la escopeta al hombro como en otro tiempo hacían, sino un grueso bastón en la mano, porque sin aquel apoyo, particularmente Mateo, apenas hubiera podido dar un paso sin caer.

El cura, antes obeso, colorado como una manzana, y siempre con la sonrisa en los labios, estaba casi desconocido: su cabello habia encanecido extraordinariamente; habia disminuido su obesidad; su rostro estaba arrugado y pálido, y la tristeza de su alma se reflejaba en su semblante y en sus palabras. Grandes debían haber sido las amarguras del bondadoso párroco durante algun tiempo, para que se verificase en él tan extraordinario cambio.

Mateo era también una sombra de lo que habia sido: la palidez de su rostro y la demacración de todo su cuerpo eran espantosas; hubiérasele creído uno de esos desventurados jóvenes, cuyas fuerzas ha ido consumiendo lentamente la calentura, y de quienes se aparta el vulgo persuadido de que la tisis es una enfermedad contagiosa.

El triste párroco, que necesitaba apoyo y consuelo, se creía obligado á sostener y consolar á su sobrino; que los que tienen una alma tan generosa y tan buena como la de aquel digno ministro de Dios, olvidan las necesidades propias en presencia de las ajenas.

—Vamos, Mateo, ánimo! decía. Está deliciosa la tarde; por todas partes brotan hojas y flores, y no hay rama en que no cante un pájaro. Es preciso que te distraigas, á ver si en quince ó veinte dias te pones enteramente bueno.

—¡Tío, contestó Mateo, la naturaleza sonríe; pero mi alma llora!

—Lo pasado, pasado. Á distraerte, á ponerte bueno, á procurar recobrar el terreno perdido, que á Dios gracias joven eres todavía, y... te casarás y viviremos todos como ángeles. ¿No tendrás ánimo para llegar á Echederra?

—Lo dudo, tío, aunque lo deseo.

—Pues es necesario que hagas de tripas corazón, porque la pobre Juana no tiene mas consuelo ni mas amparo que el nuestro, y es preciso que no la abandonemos enteramente á la crueldad y la tiranía de su hermano.

—Su hermano!... Ay tío! Si en la tierra no hay justicia que castigue á tales monstruos, ¿cómo la justicia divina no los confunde?

—Mateo! Dios es siempre justo, y nunca deja de tomar en cuenta lo malo y lo bueno que el hombre hace. Bautista ha conducido al sepulcro á sus padres, y no dudo que tarde ó temprano recibirá su merecido.

En esta triste conversacion subieron poco á poco la cuesta que separaba el valle del caserío de Echederra.

Al llegar á los cerezos que precedían á este, se asomó Juana á la ventana, y como los viese, salió á su encuentro radiante de alegría.

La joven vestía luto... ¡luto en el cuerpo y luto en el alma!

Quiso conducir á los recién llegados á la casa; pero ellos prefirieron sentarse en un poyo de piedra que habia á la puerta, porque estaban demasiado cansados para subir las escaleras, y además aquel sitio ofrecía una vista deliciosa, pues desde allí se descubría todo el valle y las montañas del otro lado del Cadagua, donde se alzaba como un negro espectro la torre de la Jara, recuerdo de los célebres bandos oñacino y gamboino.

—Y Bautista? preguntó D. José.

—Ha ido á Avellaneda, contestó la joven.

Conviénesenos advertir que en la época á que nos referimos, es decir, á fines del siglo pasado, Avellaneda, aldea del concejo de Sopuerta, casi confinante con Güeñes, era la residencia de un teniente corregidor de Vizcaya, y por consiguiente cabeza de partido judicial de las Encartaciones.

—Estamos en la época de la *layada*, dijo el cura, y vuestros rastros siguen siendo rastros... ¿Cómo abandona tu hermano de esa manera la labranza?

—Ay señor D. José! no puedo explicar á Vd. la causa de tal abandono. Dos ó tres veces hemos sido llamados Bautista y yo á Avellaneda á declarar en la causa de los carboneros presos por el robo que á Vds. se hizo, y desde entonces el teniente corregidor no se ha vuelto á acordar de nosotros; pero con todo eso mi hermano va casi todos los dias allá. Hace mucho tiempo que es un misterio impenetrable cuanto sucede en esta casa, y á mi ver ese misterio tiene relacion con la muerte de mis padres... Padres de mi alma!

Juana se echó á llorar sin consuelo.

—Vamos, Juanita, la dijo el cura, ¿á qué viene ese llanto? La resignación es una de las primeras obligaciones del cristiano. La vida de tus padres era de Dios, y Dios dispuso de ella. ¿Acaso debemos quejarnos de lo que Dios hace? Pero explícanos si puedes qué clase de misterio ves tú en la muerte de tus padres.

—Hacia tiempo que mi hermano se encerraba en su cuarto con un hombre de mala traza, y para nosotros desconocido, que venia á casa de noche. Mi padre extrañaba, como mi madre y yo, aquellas visitas. Una noche, que como nosotros, se habia ya acostado, le sentí levantarse y acercarse de puntillas á escuchar lo que pasaba en el cuarto de mi hermano que se habia encerrado con el desconocido. En seguida volvió á la cama, y poco después oí á mi madre sollozar. Al dia siguiente se levantaron mis padres como si hubiesen pasado una gran enfermedad, y su salud comenzó desde entonces á quebrantarse de tal modo que á los tres meses murió mi madre, y mi padre á los cuatro.

—¡Verdaderamente eso es asombroso! exclamaron D. José y Mateo.

—Tío, añadió este último, una sospecha terrible me asalta...

—Mateo! le interrumpió el cura, no pensemos mal de nadie; seria el colmo de la iniquidad y la ingratitud!

Juana no comprendió el sentido de estas palabras.

—Pero, ¿y cómo te trata ahora tu hermano? la preguntó Mateo.

—Nunca veo la sonrisa en sus labios; nunca me dirige una palabra cariñosa, y algunas veces me maltrata.

—¡Qué inicuo! exclamaron indignados el párroco y su sobrino.

—Yo le veré y le diré lo que viene al caso, añadió el primero.

—¡Ah! ¡no por Dios, señor D. José! exclamó Juana atemorizada. No le diga Vd. nada, que será capaz de matarme, pues me ha dicho que me ha de matar si me quejo á Vds. ó á cualquiera otra persona del mal trato que me da.

—Pues bien, dijo el cura, sufre resignada algun tiempo, que Dios dará pronto la salud á Mateo, y la victima será entonces arrancada de manos del verdugo...

—Callemos por Dios, que ya viene mi hermano, dijo Juana viendo asomar á Bautista por una cuestecita á tiro de piedra de la casa.

—Y en efecto, todos guardaron silencio esperando la llegada de Bautista.

## VII.

### LA VENTA SACRÍLEGA.

Bautista se estremeció al ver á D. José y al indiano, porque sin duda temia que le dirigiesen grandes cargos por su conducta; sin embargo, procuró reponerse de su turbación, y los saludó con bastante desembarazo.

—¿Podemos saber de dónde vienes, Bautista? le preguntó el cura.

—Si señor, contestó el joven turbándose nuevamente, vengo de los Somos de ver si Miguel el cestero ha concluido unas banastas que le encargué.

—Mucho has tardado para estar la casa de Miguel un cuarto de legua de la vuestra.

—Es que... Miguel me ha hecho quedar á comer con él.

El cura y su sobrino, que eran excesivamente crédulos como suelen serlo las personas bondadosas, creyeron que Juana se habia equivocado, no dudaron que Bautista venia de los Somos y no de Avellaneda.

—¿Pero es posible, Bautista, continuó el cura, que así abandones la labranza, que cuando todo el mundo ha *layado* ya sus tierras no hayas vuelto un terron de las tuyas? ¿Qué pensamientos son los tuyos, hombre?

—Es que no pienso sembrar.

—¿Cómo!... exclamaron el cura y su sobrino. ¿E posible tal abandono!



—Como que pienso vender la casa y la hacienda para que mi hermana y yo podamos ir á vivir á Bilbao, donde pondremos una tienda con lo que nos valgan estos miserables terrones, que aunque uno revente á trabajar, no dan para hartarse de borona y patatas.

—¡Vender la casa y la hacienda! exclamó el cura tan indignado de semejante proyecto como Mateo y Juana. Es imposible, Bautista, es imposible que reniegues de tu origen hasta el extremo de vender la casa donde nacieron y murieron tus antepasados, donde nacieron y vivieron y murieron tus padres, donde naciste tú!... Sin duda te chaceas, Bautista, ó has perdido el juicio.

—Ni me chaceo ni he perdido el juicio, replicó el joven revistiéndose de cierta insolencia. Extraño mucho que Vds. se metan en camisa de once varas. Como hermano mayor, soy el heredero de estos bienes, y puedo hacer de ellos lo que me dé la gana.

—Esos bienes pertenecen también á tus hermanos.

—En dando á mis hermanos los quinientos ducados de dote que á cada uno corresponden, haré lo que se me antoje. Mañana mismo que es domingo, voy á poner en el pórtico de la iglesia el anuncio de la venta.

—¡Qué iniquidad! ¡qué iniquidad! exclamaron el cura y el indiano, en tanto que Juana se deshacía en lágrimas sin atreverse á desplegar sus labios.

—He dicho y repito, dijo Bautista, que haré lo que me dé la gana. Métense Vds. en sus negocios, y déjenme á mi los míos.

El cura iba á replicar; pero Bautista le volvió la espalda y se entró en casa cantando:

«En mi casa hay un libro,  
dice la letra:  
en cuidados ajenos  
nadie se meta.»

—Juana, dijo el párroco, apártate de ese monstruo, vente con nosotros, y jamás vuelvas á mirarle á la cara.

—¡Ah! no me atrevo, contestó Juana, no me atrevo porque será capaz de matarme.

—Juana, Juana! gritó Bautista con voz terrible desde el interior de la casa, ya estás ahí demás.

—No le hagas caso, vente con nosotros, la dijeron á la par D. José y Mateo procurando detenerla.

—No, no, que sería capaz de matarnos á los tres antes de pasar de los cerezos si viera que yo me escapaba con Vds. Queden Vds. con Dios, que si no le obedezco inmediatamente, pobre de mí!..

Y se apresuró á subir las escaleras.

El cura y el indiano tomaron el camino de Güeñes en silencio y con los ojos arrasados de lágrimas. Al llegar á la mitad de la cuesta en una especie de esplanada donde el camino de Echederra se juntaba con el de los Somos, se sentaron á descansar y á rezar el Ave-María, que tocaban en la iglesia de San Isidro.

—Tío, dijo Mateo así que concluyeron el rezo, no dude Vd. que Bautista venderá la casa paterna. Es necesario que el caserío de Echederra no salga del poder de la familia que le ha poseído siempre. Voy á emplear en él lo poco que me dejaron los ladrones del capital que traje de América, y el día en que Ignacio vuelva de Méjico, venga pobre ó venga rico, le diré: «Ahí tienes el sagrado hogar de tus padres que tu hermano vendió sacrilegamente.» Si Dios permite que me una con Juana, viviremos en él hasta que Ignacio vuelva, y fecundaremos con el sudor de nuestra frente las tierras que hoy están abandonadas é infructíferas.

—¡Bien, Mateo, bien! exclamó el cura conmovido echando sus brazos al cuello de su sobrino. ¡Tienes el alma mas noble de este mundo!

—¿No es ese que viene ahí Miguel el cestero? dijo Mateo señalando hacia abajo.

—¡En efecto, él es! contestó D. José. No tiene traza de venir de los Somos, donde debía estar según lo que nos ha dicho Bautista.

Miguel, que venía montado en una mula, llegó á la esplanada.

—Buenas tardes, ó por mejor decir buenas noches, señor D. José y la compañía, dijo deteniendo la mula.

—Hola, Miguel! ¿de dónde se viene?

—De Bilbao, de vender un poco de obra; por cierto que no hemos hecho mucho negocio, porque he tenido que estar por allá dos días, y aun así la he vendido á menosprecio. Ya se ve, los tiempos están malos, ¿y qué hace uno con la caballería en Bilbao, donde todo cuesta un sentido? ¿Y Vds., vienen de dar un paseo, no es verdad? Bien hecho, que así irá tomando fuerzas D. Mateo.

—Sí, poquito á poco hemos llegado hasta Echederra.

—Hola! no ha sido malo el paseo. ¿Y qué me dicen Vds. de aquella gente? ¿Saben algo del indiano? Yo hace un siglo que no veo á Bautista.

—No, no se sabe nada.

—Si él estuviera en Echederra, mejor arreglado andaría aquello.

El tal Bautista es un haragán; no hace caso de la labranza. ¡Qué lástima de leva! Válgame Dios! si Martín y Mari que estén en gloria alzáran la cabeza de la sepultura y vieran cómo está su hacienda, se volverían á morir de pesadumbre.

—¿Pues no sabes, dijo el cura, que Bautista trata de venderlo todo?

—En el nombre del padre y del hijo!... ¡Qué me dice Vd., señor Don José! exclamó Miguel santiguándose.

—Lo que oyes.

—¡Vamos, si no se puede crear una atrocidad como esa! ¿Es posible que un hombre tenga valor para deshacerse como quien dice del escañó donde se sentaron sus abuelos, sus bisabuelos, y todos los nacidos? Ni por todo el oro del Perú vendía yo mi casa y mi hacienda; porque, ¿qué mayor gloria que poder decir todos los días: este árbol le plantó mi padre; este otro le plantó mi abuelo; aquí jugábamos mis hermanos y yo cuando éramos niños; aquí se sentaba mi madre; aquí... en fin otras cosas que uno no sabe explicar? Picaro de Bautista! Si lo supiera Ignacio, que era tan buen muchacho, se plantaba en Echederra de un brinco y no consentía semejante barbaridad.

—Pues para evitarle al pobre que le disguste de que la casa donde nació salga de poder de la familia, trata mi sobrino de comprarla.

(Continuará.)

## EL DIA DE LOS DIFUNTOS.

¡Qué triste Madrid reposa  
entre dolor y buñuelos,  
mientras suenan las campanas  
en memoria de los muertos!  
Reinan en calles y plazas  
la soledad y el silencio,  
y el sol embozado en nubes  
contempla su desconsuelo.

Corred, mortales, os llaman  
los graciosos cementerios  
que van cercando la villa  
y aromatizan sus céfiros.

Acudid á esos palacios  
de gusto antiguo y severo,  
con sus leyendas latinas,  
y guadañas, y mochuelos.

Vosotros que emparedados  
teneis allí vuestros deudos,  
llorad... y secad los ojos  
hasta el año venidero.

¡Qué tristeza! los jardines  
que dejó el otoño secos,  
hoy la multitud convierte  
en elegantes paseos.

¡Cuál el dolor engalana,  
porque es de moda el hacerlo,  
los solitarios sepulcros  
con tiernísimos recuerdos!

Sobre las letras doradas  
de aquellos mármoles negros,  
y en largos renglones prueban  
la modestia de sus dueños,

de amarillas siemprevivas  
mece unas roscas el viento,  
con la inscripcion elocuente  
de «Á MI TIA» ó «Á MI ABUELO.»

Y acaso al que nunca supo  
dónde están los Pirineos,  
«Á MON PÈRE CHER!» le dicen,  
para que aprendan sus huesos.

Al lado cuelgan á pares  
medalloncitos diversos,  
con sauces y cenotafios  
hechos de anónimo pelo.

Y en el nicho entre cristales  
sirven de adorno y recreo  
angelitos compungidos  
y cipreses y floreros.

Delante arden todo el día  
envueltos en humo denso,  
seis hachones vigilados  
por dos lacayos muy tiesos.

¡Cuán grave está aquel recinto!  
¡Cuán imponente es su aspecto!



con tantas cosas colgando  
parece tienda de lienzos.

Y á vuestros piés igualmente  
otro mortal como aquellos  
sin una flor ni una lágrima  
yace olvidado en el suelo.

Mas no todas las coronas  
y cintas de terciopelo,  
que del corazon publican  
en francés el sentimiento,

no todas, no todas llevan  
sobre aquellos frios restos,  
para el difunto una lágrima,  
y una oracion para el cielo.

Cualquier criado las compra,  
las cuelga un sepulturero;  
si las ve quien mandó hacerlas,  
es por contemplar su mérito.

Salgamos ya; fuera lástimas;  
corred, triscad, madrileños;  
por el suelo revolcaos  
entre retozos y almuerzos.

Si esta noche no hay teatros,  
hay castañas y jaleo;  
tú sabrás hallar placeres,  
mil veces dichoso pueblo.

Comed, comed; cese el llanto:  
¡qué importan los que murieron!  
si ellos vivieran, de fijo  
que lo mismo hicieran ellos.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

### EL NIÑO EN ALTO.

FÁBULA IMITADA DEL FRANCÉS.

Trepó sobre una silla, y arrogante  
Un chiquillo gritó: Yo soy gigante.  
Monuelo saltarin, dijo un anciano,  
Baja y serás enano.

### EL AGUILA Y EL CARACOL.

FÁBULA IMITADA DEL FRANCÉS.

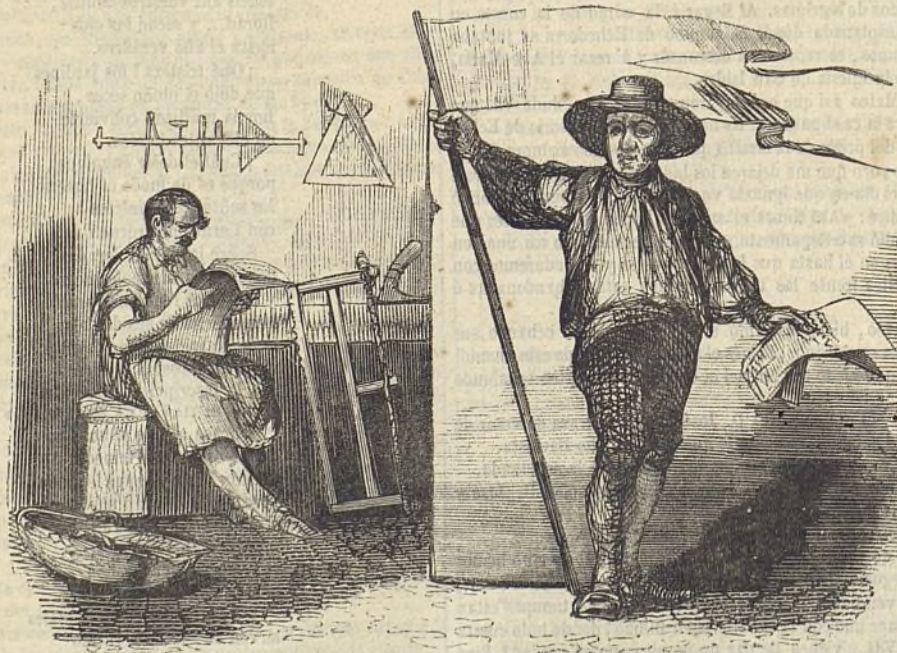
Vió en la eminente roca donde anida  
El águila real, que se le llega  
Un torpe caracol de la honda vega,  
Y esclama sorprendida:  
¿Cómo con ese andar tan perezoso  
Tan arriba subiste á visitarme?  
Subi, señora, contestó el baboso,  
A fuerza de arrastrarme.

### EL ASTROLOGO Y EL MENDIGO.

FÁBULA IMITADA DEL ALEMÁN.

Observaba un astrónomo un lucero,  
Poniendo en estudiarle tal ahinco,  
Que le pidió limosna un pordiosero  
Una vez y otra vez, tres, cuatro y cinco;  
Y él con antejo en mano,  
Haciéndole á la estrella puntería,  
Ni vió ni oyó siquiera al que pedia.  
El pobre al cabo tócale en el hombro,  
Y le dice: Señor, menos lejano  
Teneis algun objeto  
(Perdonad os suplico si os inquieto)  
Bien digno de atencion para un cristiano.  
Contemplad en buen hora con asombro  
En ese inmenso enjambre  
Que forman agrupadas las estrellas;  
Mas aunque andeis embebecido en ellas,  
No se os olvide que en Galicia hay hambre.

J. E. HARTZENBUSCH.



Con este número repartimos un prospecto de LAS NOVEDADES, periódico que ha llegado á adquirir una popularidad sin ejemplo en España; los suscritores del SEMANARIO que quieran recibir dos números por via de muestra, no tienen mas que pedirlo en carta franqueada: e el único medio de formar cabal idea del periódico.





### EL CASTILLO DE PRIEGO.

(PROVINCIA DE CÓRDOBA.)

La villa de Priego está situada al pié de dos cerros, en un llano en forma de mesa parte de la población, y lo restante sobre un escarpado cerro; la rodea por el valle un crecido número de huertas deliciosas que se extienden hasta el río que nombran *Salado*, y ocupan su orilla izquierda ofreciendo una agradable vista.

Existió durante la dominación romana; pero sus memorias más antiguas solo alcanzaron al siglo XIII en que era esta villa poseída por los mahometanos, de cuyo poder la arrancó el santo rey D. Fernando en 1222, asistiendo á la conquista el maestre de Calatrava D. Gonzalo Yañez de Novoa; mas el año en que se verificó no es tan cierto que no haya sobre él algunas opiniones. Rades de Andrida, en la crónica de las órdenes militares, escribe que fué por agosto del año que hemos indicado: otros aseguran que fué tomada en 1224, y Garibay dice que «en 1226 el rey D. Fernando, después de haber alzado el cerco de Jaen, por Alcaudete, llegó á Priego, y le tomó al tercero día con prision de mucha gente, escepto la que se encerró en el alcázar, el cual se rindió á partido, si bien otros dicen que habiéndolos pasado á cuchillo, fué asolado el pueblo: en él había muchos caballeros almohades.»

En efecto, el rey D. Fernando, habiendo entrado por tierra de Baeza en el país mahometano, puso sitio á Jaen, mas tuvo que levantarle por carecer de ingenios para combatirla; y así el rey con los maestros de las órdenes marcharon contra Priego, cuyo alcázar era muy fuerte, y lo combatieron matando muchos moros. Hallaron en esta villa gran porción de riquezas, porque en ella moraban caballeros de los almohades ricos y poderosos. Algunos de estos se acogieron al castillo, y habiendo sido tomado pidieron seguro de las vidas, obligándose á entregar al rey todas las riquezas y tesoros, intercediendo el rey de Baeza, y darle además 80,000 maravedis de plata, y para seguridad del pacto entregar 500 caballos almohades, 900 habitantes de la villa y 55 dueñas moras. El rey de Castilla repartió estos rehenes entre sus capitanes, y el de Baeza pidió en guarda las damas moras hasta que los moros evacuasen la villa. Todo se cumplió así, y el rey distribuyó las riquezas que se habían ganado entre los caballeros que

le habían servido en aquel cerco. Dejada guarnición, y dadas las providencias necesarias para la defensa de la villa, partió el rey con su ejército á poner sitio á la fortaleza de Loja. Después hizo donación de la villa á la orden de Calatrava, en cuyo poder permaneció hasta 1350 en que la volvieron á ganar los moros por traición de un escudero á quien había puesto de alcaide el comendador Pedro Ruiz de Córdoba. Permaneció en poder de los moros hasta el año de 1341 en que la restauró el rey D. Alfonso XI, y en 1370, por privilegio rodado, espedido en Sevilla, hizo merced el rey Don Enrique II de la villa de Priego con su castillo, aldeas y términos, y la jurisdicción civil y criminal, á Gonzalo Fernandez de Córdoba, señor del estado de Aguilar. Perdióse otra vez pues estando el infante D. Fernando de Antequera sobre Setenil; salió D. Gomez Suarez de Figueroa, hijo del maestre de Santiago, á correr las tierras de los moros, y se apoderó de Priego en 1407, y dos años después el infante las mandó poblar de cristianos.

Por este tiempo sacaban muchas ventajas de los moros de Granada por la parte de Murcia desde Lorca, el mariscal Garcia de Herrera, Pedro Lopez Fajardo, Alonso Yañez Fajardo, hermano del anterior, Don Ramon de Rocafull y Garcí-Lopez de Cárdenas; y los moros corridos, con ánimo de vengarse, cercaron á Priego con buen ejército en 1407, mas no consiguieron tomarlo, porque fué tal la defensa de los vecinos, que les obligaron á desistir de su empeño y volver las espaldas.

Deseando el infante D. Fernando de Antequera para seguridad de la frontera, fortificar y poblar á Priego, á fin de conseguirlo dió su tenencia en 1409 á Alonso de las Casas, un caballero poderoso de Sevilla que se hallaba en la corte; pero como á poco de llegar á esta ciudad cayese enfermo, mandó en su lugar á Juan Lopez de Orbaneja, caballero de Marchena, que asaltado improvisamente de los moros, fué muerto, y perdida la villa que sus defensores entregaron á partido; mas no se les guardó por la perfidia mahometana, y los cristianos padecieron al salir terrible estrago. Los moros se contentaron con incendiar la población y la desampararon: pero acudiendo luego Alonso de las Casas, se entró en ella y á gran costa de su hacienda la reparó y fortaleció manteniendo su tenencia importantísima á la defensa de la frontera.

La fortaleza de esta villa, que tantas veces fué espugnada, ya por los cristianos, ya por los sarracenos, fué construida por los árabes sobre las ruinas de otra romana que allí hubo. Es un cuadrilátero

6 DE NOVIEMBRE DE 1835.



rodeado de seis torres, todas cuadradas menos una que hay en la parte de Oriente, que es redonda. Dentro del cuadro hay una gran torre á la que llaman *Torre gorda*. En ella se encuentra una mina ya cegada que dicen salía al campo y llegaba á orillas del Salado, y una pieza baja cuadrada sostenida de pilares. Su altura es de noventa piés y cincuenta y cuatro su ancho.

Las torres de la fachada principal, que es la que presenta el dibujo, aunque se diferencian en su anchura, no así en su elevación, que debió ser igual en todas, aunque en el día las laterales parecen algo rebajadas. Las almenas han sido destruidas en todas menos en la central del lado de Occidente. Sobre el grueso de la muralla hay una galería descubierta que pone en comunicación las torres, menos la que está en el centro de la fachada de Occidente que está aislada.

En una de las esquinas de la Torre gorda hay una lápida de mármol blanco con una inscripción romana ya muy maltratada, que parece una dedicación á Trajano.

Otra lápida hay de mármol blanco de dos varas de largo, que sirve de umbral á una puerta pequeña para salir del recinto del castillo á un camino cubierto que había entre la fortaleza y el muro exterior de la villa, la cual tiene una inscripción muy alterada, de que se puede leer lo siguiente:

.....S FORTVNA EX. TESTAMENTO L. FLAVI. PROCVLI. RELI  
CTA PER. CVRATOREM. OPERIS. L. IVNI.....  
FACTA. EX HS VI. SECVNDVM. SENTENTIAM. G. MESSI. RVFI  
NI PATRICIENSIS APPRI.....  
RVM. PATRICIENSEM.....RBIVM. DONI.....HVIC DONO  
I.....XX.....II

A la entrada del castillo, sobre la puerta, en lo interior del muro hubo una lápida que ahora se halla en una casa de la villa, en que está la siguiente inscripción:

IN. HONOREM IMP  
NERVAE. TRAIANI. CAE  
SARIS. AVG. GERM. DACICI  
EX. BENEFICIIS. EIVS. PECVNIA  
PVBLICA. D. ORDINIS. FACTVM ET. DEDICATVM.  
L. M. RAMIREZ Y DE LAS CASAS-DEZA.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

### RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

#### EL PRADO Y EL RETIRO (2).

##### EL PRADO.

El órden de nuestro paseo nos conduce hoy naturalmente á tratar del magnífico apéndice al Madrid oriental que con el nombre de *El Prado viejo*, vino siendo desde principios del siglo XVI el sitio preferente de recreación para los habitantes de esta villa. El inmenso terreno comprendido hoy bajo la comun denominación de *paseo del Prado*, desde el convento de Atocha hasta la puerta de Recoletos, tiene de estension 8776 piés, ó muy cerca de media legua: pero está formado de varios trozos considerables, de los cuales unos eran efectivamente prados de la villa, como el *prado de Toya* ó de *Atocha* (de que ya se hace mención en el fuero de Madrid del siglo XII) y el de *San Gerónimo*, apellidado así tres siglos después. Otros eran huertas y barrancos al pié de las colinas sobre las cuales se erigió después este antiguo monasterio y el sitio del Buen Retiro; y otros finalmente tierras de cultivo, eras y casas de labor del lado de Recoletos.

Debemos suponer que la parte que primero se regularizó y redujo á camino transitable sería sin duda la carrera de Atocha, que desde lo alto de la calle de este nombre conducía á aquel antiquísimo santuario tan célebre y relacionado con la antigua historia de Madrid, que se enlaza con ella desde los tiempos fabulosos, y cuando menos desde los primeros siglos de la invasión sarracena. En ellos se supone fué reconquistado momentáneamente Madrid por el valeroso caballero *Gracian Ramirez* á intercesion milagrosa de la veneranda imagen que con el título de *Nuestra Señora de Atocha* (3) tenía su templo ó er-

mita inmemorial en aquel sitio. A él acudían en devotas romerías multitud de peregrinos de todos los puntos de España; razon por la cual se hubo de labrar, andando los tiempos, arrimado al mismo un hospital ó hospedería para albergarlos, cuyo patronato corría á cargo de la misma casa de los *Ramirez* (hoy de los condes de *Bornos*), los cuales tenían allí cerca grandes propiedades, alguna de las cuales han venido poseyendo hasta nuestros días en que fué vendida para construir en ella la estacion y arranque del camino de hierro.—Por los años de 1525 y en el reinado del emperador Carlos V se escogió aquel sitio para la fundacion de un convento de religiosos del órden de Santo Domingo, y construido este y el templo nuevo (al que se agregó después en 1588 una suntuosa capilla que Felipe II mandó labrar en el sitio mismo en que estuvo el antiquísimo santuario ó ermita de Nuestra Señora), quedó bajo el patronato real, que el mismo monarca y sus sucesores se apresuraron á aceptar, colmando de privilegios, mercedes y cuantiosos dones á esta casa y santuario, enriqueciéndole con suntuosas obras de arte, y ostentando por todos los medios imaginables su piadosa devoción hacia la santa Patrona de su corte real.—Un tomo entero no bastaría acaso para extraer siquiera lo mucho que se ha escrito en prosa y en verso sobre el origen y milagros de esta santa imagen; para reseñar la historia de su pomposo culto, los testimonios vivísimos de adoracion y de entusiasmo, de que en todos tiempos ha sido objeto por parte de los monarcas, de la corte y vecindario de Madrid; sus solemnes traslaciones, cuándo al palacio de nuestros reyes con motivo de graves peligros en su vida, cuándo á otros santuarios con ocasion de pestes, guerras y otras; sus regresos triunfales á esta santa casa, de dos de los cuales hemos sido testigos en este siglo después de la espulsion de los franceses, que convirtieron en cuartel la antigua iglesia y convento, y después de la estincion de los regulares y designacion de este edificio para *Hospital de inválidos militares* en 1838.—El templo de Atocha, restaurado en lo posible por la piedad del rey D. Fernando VII, ostenta hoy en su principal altar aquella primitiva y celebrísima imagen. De sus elevados muros penden los gloriosos estandartes de los antiguos tercios castellanos, las inmortales banderas de los modernosejércitos de la guerra de la independencia. Los dos caudillos mas memorables de ella, *CASTAÑOS* y *PALAFOX*, yacen en sus bóvedas aguardando el monumento nacional que ha de eternizar materialmente las glorias de *Bailen* y de *Zaragoza*; y los veteranos inválidos de nuestros ejércitos, la corte y el pueblo de Madrid llenan constantemente su recinto, y confunden sus plegarias con las de los monarcas, que segun la costumbre introducida desde Felipe III, vienen á este santuario *todos los sábados* á implorar la proteccion divina, y en ocasiones solemnes de su advenimiento al trono, de su entrada en Madrid, de sus casamientos, ó de la presentacion del heredero de su corona, á celebrar las mas grandiosas ceremonias de la iglesia y de su corte.

El trozo de paseo, sin embargo, que conduce á esta iglesia desde donde termina hoy la calle de Atocha adonde se alzaba la mezquina puerta del mismo nombre, llamada primitivamente de *Vallecas*, y derribada en estos últimos años, es el menos decorado y brillante del Prado, y consiste solo en algunas filas de árboles con un camino central para los coches, y estrechos paseos laterales entre el cerrillo en que estuvo la ermita de *San Blas* (mas abajo de donde hoy el *Observatorio astronómico*) y la cerca que da al camino viejo de Vallecas, hoy ya en parte derribada, y arrimada á la cual está la otra mezquina ermita denominada del *Angel*, y antes del *Santo Cristo de la Oliva*; todo esto tiene que variar muy pronto de aspecto, cuando se verifique cualquiera de los proyectos indicados del ensanche de Madrid por aquel lado, colocando la nueva entrada frente á la esquina del Hospital General. Pero aun este mezquino paseo ó alameda no existía en esta forma en el siglo XVII, presentando solo el aspecto desnudo y pelado de un camino real.—El otro trozo considerable del paseo moderno que media entre dicha calle de Atocha y la carrera de San Gerónimo consistía hasta fines del siglo último en una sencilla calle de álamos flanqueada por algunas huertas del lado de la poblacion, y por el opuesto limitada por el inundo barranco que venia descubierto desde las afueras de Recoletos, y aun esta alameda no debió plantarse y regularizarse algun tanto hasta 1582, con motivo de la entrada de la reina Doña Ana de Austria, esposa de Felipe II, si hemos de creer lo que asegura el maestro Juan Lopez de Hoyos en su relacion é historia de aquella solemne entrada.

Del otro lado de la Carrera y hasta la calle de Alcalá era donde existió de mas antiguo el paseo primitivo y favorito de los madrileños, pues que vemos que el maestro *Pedro de Medina*, que escribió en 1545 su libro de *Grandezas y cosas memorables de España*, consagraba ya á este paseo las líneas siguientes: «Hacia la parte oriental (de Madrid) luego en saliendo de las casas sobre una altura que se hace, hay un suntuosísimo monesterio de frailes Hierónimos con aposentamientos y cuartos para recibimientos y hospedería de reyes, con una hermosísima y muy grande huerta. Entre las casas y este mo-

(1) Véanse los números anteriores.  
(2) No habiendo podido concluir para este número la lámina que debía acompañar al presente artículo, la daremos en el siguiente.  
(3) Segun los historiadores y panegiristas de esta sagrada imagen, hay motivos para atribuirla á S. Lucas, y suponer fué traída á España en los primeros siglos del cristianismo. Su nombre de *Atocha* ha sido atribuido por unos á la yerba *tocha*, que se criaba en aquellos sitios, llamados por esta razon el *atochar*; otros creen que sea corrupcion de *Antioquia*, por haberla traído, dicen, de aquella ciudad de Palestina.



«nesterio, hay á la mano izquierda en saliendo del pueblo una grande y hermosísima alameda, puestos los alamos en tres órdenes que hacen dos calles muy anchas y muy largas, con cuatro ó seis fuentes hermosísimas y de lindísima agua, á trechos puesta por la una calle, y por la otra muchos rosales entretejidos á los pies de los árboles por toda la carrera. Aquí en esta alameda hay un estanque de agua, que ayuda mucho á la grande hermosura y recreacion de la alameda. A la otra mano derecha del mismo monesterio, saliendo de las casas, hay otra alameda tambien muy apacible con dos órdenes de árboles que hacen una calle muy larga hasta salir del camino que llaman de Atocha. Tiene esta alameda sus regueros de agua, y en gran parte se va arrimando por la una mano á unas huertas. Llamán á estas huertas *El Prado de San Hierónimo*, en donde de hivierno al sol, y de verano á gozar de la frescura, es cosa muy de ver y de mucha recreacion la multitud de gente que sale, de bizarrísimas damas, de bien dispuestos caballeros y de muchos señores y señoras principales en coches y carrozas. Aquí se goza con gran deleite y gusto de la frescura del viento todas las tardes y noches del estío, y de muchas buenas músicas, sin daños, perjuicios ni deshonestidades, por el buen cuidado y diligencia de los alcaldes de la corte.»

Tal es la pintura que hace del Prado de Madrid á mediados del siglo XVI un testigo fidedigno; pero ella debía ser tan encomiástica como de costumbre, cuando sabemos por la tradicion lo escabroso é inculco de aquellos sitios, y hasta los vemos representados minuciosamente un siglo después en el precioso Plano de 1656.—En él se ven efectivamente dos alamedas formadas por tres filas de árboles desde la calle de Alcalá hasta la Carrera. El barranco que corría por toda la línea del paseo (y que aun hemos reconocido sin cubrir en el trozo de Recoletos) se hallaba poco mas ó menos por donde ahora el paseo de coches, y sobre las alturas cercanas al Retiro, donde ahora el cuartel de Artillería estaba el *juego de pelota*, habiendo tenido la villa que desmontar parte de aquella formidable altura que estaba allí desde el principio del mundo (según afirma seriamente Pinelo) para facilitar el acceso al Real sitio, con ocasion de unas solemnes fiestas en 1637. Próximamente á donde está ahora la fuente de Neptuno había una torreilla y una pequeña fuente titulada el *Caño dorado*, y alguna otra igualmente miserable donde ahora las de Apolo y las cuatro fuentes, continuando la calle de árboles estrecha y flanqueada de huertas por ambos lados hasta la puerta de Valleca, y cesando allí de todo punto el arbolado por el camino de Atocha.

Este era todo el adorno propio de aquellas *deliciosas alamedas* del maestro Medina, de aquel romántico paseo y sitio de recreacion, de aventuras y galanteos de la poética y dispada corte de Felipe IV, la que por lo visto quedaba satisfecha con tan poco aparato y tan miserables condiciones de comodidad. Verdad es que en aquellos tiempos de valor y de galantería, la poesia y el amor solian embellecer los sitios mas groseros é indiferentes; pues aunque el festivo Lope de Vega en un momento de mal humor se dejó decir

«Los prados en que pasean  
son y serán celebrados;  
bien haceis en hacer prados  
pues hay bien para quien sean.»

el mismo y Calderon, Tirso y Moreto y los demás escritores de su tiempo se esmeraron en poetizarle á porfia con las descripciones mas bellas, y haciéndole teatro de las escenas mas interesantes. ¿Quién no trae á la memoria aquellas damas tapadas que á hurtadillas de sus padres y hermanos venían á este sitio al acecho de tal ó cual galán perdedizo, ó bien que se le hallaban allí sin buscarle? ¿Quién no cree ver á estos tan generosos, tan comedidos con la dama, tan altaneros con el rival? ¿Aquellas criadas malignas y revoltosas, aquellos escuderos socarrones y entrometidos, aquellos levantados razonamientos, aquellas intrigas galantes, aquella metafísica amorosa que nos revelan sus ingeniosísimas comedias (únicas historias de las costumbres de su tiempo), y que no solo estaban en la mente de los autores, pues que el público las aplaudía y ensalzaba como pintura fiel de la sociedad, espejo de su carácter y acciones? ¿Qué gratas memorias no debían acompañar á este Prado que todos los poetas se apropiaban como suyo! Y cuando su inmediación á la nueva corte del Buen Retiro le hizo acrecer aun en importancia, ¡qué de intrigas, qué de venganzas, qué de traiciones no vinieron tambien á compartir con la historia su poética celebridad!

En los tres jardines reunidos de las casas del duque de Maceda (donde hoy el de Villahermosa), del conde de Monterey (hoy San Fermín), y de D. Luis Mendez Carrión, marqués del Carpio (hoy de Alcañices), fué donde tuvo lugar la famosa fiesta dada por el conde-duque de Olivares á Felipe IV y su corte la noche de San Juan

de 1631, cuya pomposa y curiosísima descripción inserta Pellicer en su libro titulado *Origen de la comedia española*. En ella se representan dos; una de Lope de Vega titulada *La noche de San Juan*, y otra de Quevedo y de D. Antonio Mendoza con el título de *Quien mas miente medra mas* (que acaso sea la comprendida en las obras de este último con el título de *Los empeños del mentir*). Hubo además bailes, músicas, cena y enramadas, y luego una suntuosa Rua por el paseo inmediato hasta el amanecer.

Al lado de Recoletos la ya citada huerta pública del regidor Juan Fernandez (hoy de la Dirección de infantería), el suntuoso palacio y retiro del célebre almirante de Castilla D. Juan Gaspar Enriquez de Cabrera, convertido después por él mismo en convento, y la sala de su teatro en iglesia de las religiosas de San Pascual; el otro palacio y jardín contiguo del duque de Medina de las Torres, y fronteros á ellos los del marqués de Montealegre y otros, donde ahora la huerta de la Veterinaria y el Pósito, y finalmente los estendidos bosques, huertos y jardines del nuevo sitio real de Buen Retiro (de que hablaremos después), acababan por atraer hácia aquel lado la animación y el bullicio de la corte.—Como contraste de este ostentoso movimiento, de este aparato profano, alzabase, como queda dicho, al extremo meridional del Prado, el severo convento de dominicos de Atocha, y las pobres ermitas contiguas; como al centro del paseo, sobre una altura y lindando con el palacio del Buen Retiro, el otro suntuoso monasterio de San Gerónimo, trasladado á este sitio por los Reyes Católicos en los primeros años del siglo XVI, desde el camino del Pardo, donde había sido fundado por Enrique IV, en memoria del *paso honroso*, sostenido en aquel sitio por su privado D. Beltrán de la Cueva. A este celeberrimo convento, en que tenían su cuarto ó habitación real, acostumbraban á retirarse los monarcas en ocasiones solemnes de duelos, entradas, recibimientos y otras; y en su templo venerable se verificó siempre la solemne ceremonia de la *Jura de los príncipes de Asturias*, por las Cortes del reino, desde la de Felipe II, que lo fué en 1528, hasta la de S. M. Doña Isabel II, verificada en 1853. Finalmente, al extremo Norte del paseo, otros dos conventos alzaban tambien sus solitarias tapias y religiosas torres en medio de todas aquellas mansiones de animación y de placer; el ya citado de monjas de San Pascual, fundado en sus últimos años por el célebre cortesano y almirante duque de Medina de Rioseco, y el de Agustinos Recoletos, fundacion de Doña Eufrasia de Guzman, princesa de Asculi, marquesa de Terranova, y bajo la protección del famoso marqués de Mejorada, secretario de Estado de Felipe IV, que vino á yacer en él, en su suntuoso sepulcro.

Todo ha variado completamente con el trascurso del tiempo y las exigencias de la época; y donde antes el inculco aunque poético recinto en que se holgaba la corte madrileña, se estiende hoy y admira uno de los mas bellos y magníficos paseos de Europa. A la voz del gran Carlos III, de este buen rey, á quien debe su villa natal casi todo lo que la hace digna del nombre de corte de la monarquía, y por la influencia y decision del ilustrado conde de Aranda, su ministro, cedióron todas las graves dificultades; hubieron de callar las censuras producidas por la ignorancia ó por la envidia, contra el grandioso pensamiento y sus numerosos detalles, propuestos para la obra colosal de este paseo por el ingeniero D. José Hermosilla y por el arquitecto D. Ventura Rodríguez. Esplayóse grandemente el terreno, con desmontes considerables; terraplenáronse ó se cubrieron y allanaron los barrancos; plantáronse multitud de árboles, proveyéndose á su riego con costosas obras; alzáronse á las distancias convenientes las magníficas fuentes de Cibeles, de Apolo, de Neptuno, de la Alcafofa y otras, y se formaron en fin las hermosas calles y paseos laterales, y el magnífico *salon* central. No contenta con esto la ilustración de aquel inmortal monarca, levantó á las inmediaciones del Prado suntuosos edificios, con destino á importantísimos establecimientos científicos, y que al paso que sirviesen á ellos, concurrieran tambien á dar á aquel brillante paseo todo el realce y grandeza que merece.—Sobre el cerrillo vecino á Atocha fué construido á sus expensas por el arquitecto D. Juan de Villanueva el precioso *Observatorio astronómico*; en la parte baja el lindo y utilísimo *Jardín botánico*, «*Civium salutis et oblectamento*», como dice la elegante inscripción de su entrada; frente de él la *Real fábrica platería* de Martínez, y mas allá el magnífico *Museo*, con destino á Ciencias naturales, que concluido en el reinado de Fernando VII ha sido destinado á Pintura y Escultura, y forma hoy el orgullo de la corte madrileña; mejoró y decoró el sitio del Buen Retiro, cercándole con un fuerte muro, dividiéndole del Prado con una elegante verja, y dándole su entrada principal por la puerta de la Gloria, frente al *Pósito*; últimamente, al frente de la calle de Alcalá, y terminando la avenida principal á este hermosísimo paseo, un buen trecho mas allá de la antigua y mezquina puerta, se alzó el suntuoso arco de triunfo, que sirve, al paso que para dar á la capital su mas digna entrada, para perpetuar tambien la memoria de la del mismo rey D. Carlos III en 1759, y su elevación al trono español.



### XIV EL BUEN RETIRO.

Todo el mundo sabe que la fundación del hermoso sitio real del *Buen Retiro*, que tiene sobre los demás la ventaja de hallarse dentro del recinto de la capital constituyendo uno de sus principales ornamentos, fué debida á la época galante y caballeresca de Felipe IV, el cual, bajo la inspiración del valiente conde-duque de Olivares, quiso ostentar en este sitio todo el gusto y la magnificencia propios del monarca de dos mundos.

La Corte del Buen Retiro presentó pues durante todo aquel reinado el espectáculo de animación mas halagüeño: hermosos y dilatados bosques y jardines, régios palacios, magníficos salones, una población numerosa, templos, teatro, cuarteles y otras dependencias: nada faltaba para dar al Retiro la importancia de una ciudad. La inclinación natural del monarca hacía el sitio que habia creado; la destreza con que por medio de brillantes funciones sabia cautivar su ánimo el afortunado favorito; las costumbres caballerescas y poéticas de una corte que dictaba las leyes á la España, al Portugal, á Italia, Flandes y el Nuevo mundo, al paso que encerraba en su recinto poetas como Lope de Vega, Calderon, Tirso y Quevedo, y pintores como Velázquez y Murillo, todas estas circunstancias reunidas se reflejaban en este recinto mas que en ninguna otra parte de la monarquía, y nuestros libros de la época estan llenos de los certámenes y representaciones, las máscaras y otros festejos, con que los ingenios cortesanos alternaban honrosamente con el mismo monarca, que no se desdénaba en mezclar sus producciones á las de aquellos.

Siguió la boga de este Real sitio por todo el reinado de la casa de Austria, hasta que la nueva dinastía, que empezó en Felipe V, quiso tener su Versalles al pié de las sierras carpenteras, y dió en la estación de primavera la preferencia á los deliciosos jardines de Aranjuez. Sin embargo, gran parte de los que viven en Madrid han podido conocer el Retiro antes de la dominación francesa; han asistido en él á las etiqueteras cortes de Carlos III y de Carlos IV, y visto comparecer en sus salones las anchas casacas y empolvados pelucones que substituyeron á las plumas, capas y ferreruelos; aun pueden recordar las famosas óperas que Fernando el VI importó de Italia ejecutadas en aquel teatro, cuya decoración muchas veces consistía en los mismos bosques en que estaba edificado; han visitado en fin la magnífica casa-fábrica de la China, que llegó á competir con las primeras de su clase en el extranjero, y esta fué sin duda la causa de su ruina por los ingleses en 1812.

El aspecto material de este Real sitio en aquella época, según aparece minuciosamente detallado en el gran plano de 1656, tantas veces citado, era el siguiente.—A su entrada por frente á la Carrera de San Gerónimo existía ya la gran plaza cuadrada llamada de la *Pelota*, por hallarse este juego en el local que ocupa hoy la capilla ó Iglesia provisional. A su lado derecho se levanta el suntuoso salón llamado de los *Reinos*, donde se juntaron las Cortes españolas hasta las últimas de 1789 que declararon la abolición de la ley Sállica. Este magnífico local, cuya extensión, anchura, excelentes luces y riqueza de decoración es correspondiente á tan digno objeto, escita además el interés histórico por su rico artesonado recamado de oro, en que brillan las armas y blasones de los muchos y estendidos reinos que en aquellos tiempos componían la corona de España, colocados por este orden: Castilla, Leon, Aragon, Toledo, Córdoba, Granada, Vizcaya, Cataluña, Nápoles, Milan, Austria, el Perú, Brabante, Cerdeña, Méjico, Borgoña, Flandes, Sevilla, Sicilia, Valencia, Jaen, Murcia, Galicia, Portugal y Navarra.—Hoy está ocupado por el precioso *Museo de Artillería*, y á su entrada hay colocadas dos estatuas colosales de los monarcas Felipe IV, fundador del Real sitio, y Luis I que nació en él. Esta plaza fué construida en 1637 para celebrar en ella la magnífica fiesta Real de toros, cañas y mascarada con ocasión del advenimiento al imperio del rey de Hungría, cuñado de Felipe IV, cuya pomposa descripción ocupa largas páginas de los analistas matritenses.

A la derecha de esta plaza estaba el Palacio Real, que con el teatro y las casas de oficios formaba un gran cuadro con sendas torrecillas en sus cuatro ángulos, y dejando en el centro una hermosa plaza ó *parterre*; en una de las alas de este cuadrilongo estaba el *Teatro*, y unido á él por un paso el elegante edificio que aun existe llamado el *Cason*, y destinado á sala de bailes, el cual fué decorado con preciosas pinturas al fresco, de mano de Lucas Jordan, borradas bárbaramente en 1834 cuando se destinó este salón para la reunión del *Estamento de Próceres*. Hoy está ocupado por el *Gabinete topográfico de S. M.*—En medio de la gran plaza formada por el palacio, teatro y casas de oficio, se alzaba la estatua ecuestre de Felipe IV, obra del célebre escultor florentino Pedro Tacca, que hoy campea en el centro de los jardines de la plaza de Oriente; y continuaba después el caserío hasta tocar con el monasterio de San Gerónimo que comunicaba y venia á formar como una parte del sitio Real. A este se entraba tambien por una puerta

muy curiosa y que no carece de elegancia, que muy oportunamente se ha conservado y colocado en la nueva entrada que ha de tener el sitio por aquel lado.

Por detrás y á los lados del palacio y demás caserío se estendian los inmensos bosques interpolados con lindos jardines; por ejemplo, en donde ahora está el precioso *parterre* habia uno, en cuya plaza central llamada el *ochavado* venian á confluir ocho calles cubiertas de enramado. Mas arriba estaba la *Ermita de San Bruno*, que sirvió después de parroquia del Real sitio donde ahora el estanque llamado de las *campanillas*. El otro estanque grande y principal que hoy vemos, brillaba ya por su asombrosa extensión de 1006 pies de largo por 445 de ancho ó sea una superficie de 448,658 que equivale á tres veces y tercia la de la Plaza Mayor. A sus márgenes se alzaban hasta cuatro embarcaderos y varias norias, y tenia en su centro una isleta oval con árboles, en la cual en ocasiones solia alzarse un teatro por disposición del favorito conde-duque de Olivares para obsequiar con representaciones escénicas al monarca y su corte; y aun trasformada á veces con suntuoso aparato en la mitológica mansión de la hechicera Circe, servia de escena á complicadas y brillantísimas farsas navales y terrestres, diversion que cierta noche de San Juan pudo costar cara á los concurrentes á causa de un fuerte vendaval que se levantó alterando las aguas de aquel tranquilo océano y echando por tierra los artificios levantados en la misma isleta, con gran desmán de actores y espectadores.—Desde el mismo estanque arrancaba un canal llamado el *Mallo*, que siguiendo en dirección de donde hoy está la *Casa de fieras*, daba luego vuelta á los confines del Real sitio, é iba á desembocar en otro grande estanque situado donde después se alzó la casa *Fábrica de la china*, volada por los ingleses en 1812, y en cuyo centro se elevaba entonces una elegante iglesia ó ermita llamada de *San Antonio de los Portugueses*.—Los nuevos jardines, reservados hoy, á espaldas del estanque y á su costado izquierdo, eran entonces frondosas alamedas y bosques, y se llamaban el *Cazadero de las liebres*, y *Las atarazanas* donde hoy la casa de fieras. Hacia la puerta de Alcalá estaba la *Huerta del rey* con una ermita de la *Magdalena*, el *Cebadero de aves*, y otro canal llamado *Rio-chico*. No existía la entrada de la *Glorieta*, ni el enverjado de hierro (obras de Carlos III); pero si los frondosos bosques entre esta y la de San Gerónimo, y donde ahora está la casa *palacio de San Juan* habia otra ermita dedicada al mismo santo.—Lo demás del estendido recinto de este Real sitio, y que ya en el siglo XVII venia á tener los mismos limites que en el día, aunque sin la fuerte cerca que hizo construir Carlos III, y que comprende mas de la cuarta parte de la de toda la población de Madrid ó casi tres cuartos de legua, fué con el tiempo cubriéndose de bosques, plantíos, con algunas otras ermitas, de San Pablo, de San Isidro y otras, é interpolados con ellas varias quintas, templetas y descansos para la diversion de las acerías.

Pero este Real sitio sufrió una casi destrucción en los primeros años de este siglo, cuando ocupado Madrid por las tropas francesas, fué convertido por ellas en una imponente ciudadela con que tener en respeto á la arrogante población. Sus régias habitaciones, ó demolidas ó trocadas en baterías, cuarteles y establos, sus jardines en terraplenes y campos de maniobra, y los escasos árboles que aun daban testimonio de sus antiguos bosques, veíanse regados con la sangre de las víctimas madrileñas. Honor era y deber del monarca español restituido al trono de sus mayores borrar aquel testimonio de desdicha, y tornar á la capital del reino su primer adorno y solaz. No quedaron pues defraudadas las esperanzas de los habitantes de Madrid; y Fernando VII, consagrando grandes sumas á la reparación de este Real sitio, alcanzó en pocos años á ponerlo en un estado de brillantez y lozanía que iguala por lo menos si no excede al que pudo tener en los reinados anteriores. Pero el palacio, teatro y edificios contiguos destruidos por los franceses (y que si hemos de creer á los que aun los han conocido valian poco bajo el aspecto artístico) no han vuelto á levantarse: construyéronse si otros edificios en diversos puntos del Real sitio, como la casa *Palacio de San Juan*, la nueva *Casa de fieras*, la *Pajarera*, la *Faisanera*, el *Salon Oriental*, el *Mirador*, los *Embarcaderos*, la *Casa del Pescador* y otros. Plantáronse nuevos bosques, paseos, jardines y laberintos, y muy especialmente en la parte reservada á S. M. que comprende desde la casa de fieras hasta la montaña artificial; y se pusieron en planta en ellos varios primores, que si no indican el mayor gusto ni la grandeza de ideas en los encargados de ejecutarlos, prueban por lo menos la solicitud y esplendidez del monarca hacia su sitio favorito. Hoy su augusta hija y nuestra soberana Doña Isabel II, dando mayor importancia á la parte pública de estos espléndidos jardines, los ha enriquecido y decorado de un modo digno de la capital del reino, proporcionando á sus habitantes su mas preciado desahogo y comodidad.

R. DE MESONERO ROMANOS.



## EL CAMBIO DE LAS EDADES.

## CUENTO.

(Conclusion.)

Una risotada se oyó á su lado, le hizo levantar la cabeza refunfuñando, y ver un niño que se escapaba contento por la puerta. Este niño era Martin, el viejo zapatero; ó por mejor decir, no era ya Martin, sino mas bien Cristóbal mismo, con su blusilla, su pelo rubio rizado, su cara de rosa, su andar listo; era el antiguo zapatero que se escapaba bajo los vestidos con la edad y facciones del pobre Cristóbal.

Por un singular capricho de la encantadora, ambos á dos, Cristóbal y Martin, no obstante el cambio que habian hecho de sus personas, debian conservar el recuerdo de su condicion primera. Martin, convertido en Cristóbal, se recordaba haber sido Martin; Cristóbal, vuelto en Martin, se acordaba haber sido Cristóbal.

Bien se deja pensar que después del gran martillazo sobre los dedos, eran poco gustosas al nuevo zapatero en aquel momento las dulzuras de ser artista en calzados. Arrojó por el cuarto tirapié, martillo, lezna y otros instrumentos de su arte, y después, con las dos manos apoyadas en cada lado de su silla, ensayó levantar su cuerpo del asiento de cuero, donde parecia retenido por alguna fuerza sobrenatural.



Palacio de Belle-vue en Francia (Pirineos).

—¿Qué es esto? dijo, no puedo mover ni piés ni manos! Ay! ay! ¿que es lo que siento? Misericordia, socorro!

A los gritos del buen hombre acudió un vecino.—¿Qué se ofrece, maestro Martin?—Ay! ay!—Os molesta hoy la gota?—¿Cómo, qué es lo que decís? exclamó Cristóbal espantado, ¿yo estoy enfermo? ¿yo tengo gota?—Yo por mí nada sé, puesto que os lo pregunto. Quizá solo será vuestro reumatismo...—Ay Dios mio, mi reumatismo!...—No os digo eso, vecino, para contradeciros; si es simplemente vuestra perlesía que repite, sea en buen hora.—Decís parálisis? ¿qué entendéis por eso?—Vuestra perlesía. Parece que este pobre hombre se ha vuelto loco. ¿No os acordais ya del ataque que sufristeis habrá cuatro años por Pascua? Ni podiais beber, ni comer, ni hablar, ni andar; en el caso que os repitiese, vecino, sería una desgracia sin duda; pero ¿qué remedio? A vuestra edad es menester esperar la muerte todos los dias.—No quiero mor...

Una tos terrible, a misma que le habia costado el gran martillazo en los dedos, le oprimió la garganta, lo sacudió, lo sofocó tanto y con tanta fueza, que permaneció mas de una hora torciéndose y dando palmadas antes de poder hablar.

—En fin, cuando hubo cesado el acceso, gritó Cristóbal llorando de todo corazon: pero yo os digo que no quiero morirme! nunca he estado malo, ni de la gota ay! ay! ni tengo gota, oh! cómo esto me punza, ni... ni... ni estoy constipado.

—Vecino, ved ahí vuestro catarro que empieza de nuevo á hacer de las suyas: sin rodeos, vaya, ¿quereis que vaya á buscar el médico?

—No tengo necesidad de vuestro médico, exclamó el afligido viejo: quiero irme á mi casa, volver á ver á mi mamá, volver á la escuela; me llamo Cristóbal, no tengo mas de seis años, y no quiero morir.

Era menester haber oido estas palabras para comprender con qué acento de desesperacion se decian; era preciso haber visto aquel viejo



que hacia poco tenia todavía solo seis años, llevarse violentamente la mano á la cabeza, querer arrancarse los hermosos cabellos rubios, y no traerse en la punta de sus secos dedos mas que una peluca espantosa; seria necesario, digo, haber sido testigo de todas esas cosas, para formarse una idea exacta del espanto y los lamentos del desgraciado zapatero.

El vecino le dejó muy pronto, persuadido de que estaba rabioso, poseído del diablo, y loco.

El resto del día, Cristóbal lo pasó sin conocimiento, tendido entre unas pieles viejas, de cubetas de agua corrompida y puntas de clavos, que muchas se le metieron en las pantorrillas. No se sabe cuánto tiempo habria permanecido en esta posición molesta, si cerca de la noche un ruido espantoso no lo hubiese vuelto en sí. Este ruido andaba en la sala, en sus oídos, muy cerca de él.

El miedo le dió fuerzas. Se levantó precipitadamente. —Quién está ahí?

—Soy yo, Martin, dijo una voz infantil. Todo lo rompo, todo lo destrozó, todo lo quemo, si tú no me devuelves mi tienda. Márchate ó te hundo á latigazos con el tirapié.

La alegría renació en el corazón de Cristóbal. Eres tú, viejo zapatero? dijo al niño; ¿eres tú el que hace todo ese estrépito para recuperar tu martillo, tus zapatos, tu lezna, tu edad y tu figura? Oh! no creas que yo quiero ser contra tu voluntad, ni permanecer siendo Martin, cuando tú no quieres ser ya Cristóbal. Me conformo, eso es lo que deseo: vuélveme lo que me has tomado, y yo te devolveré lo que me has dado. Mas ¿es posible esto ahora? La señora encantadora será tan benéfica, que nos restablezca en el estado que teníamos esta mañana? No soy yo Martin y tú Cristóbal?

—Gracias por la fineza, respondió el ex-zapatero. Muy bien puedes recuperarlo. Por lo que hace á mí, estoy mas que cansado de ser Cristóbal, y de la escuela, y de los seis años, y del pan seco, y de la prision, y de otras cosas. Es mucha abominación dar azotes á un hombre de mi edad!

—¿Te han azotado, mi pobre niño, dijo Cristóbal, que retenia mal una enorme gana de reír; te han dado azotes á tí, Martin?

Es decir, que creían dárteles á tí, Cristóbal, pero al fin yo soy el que los ha recibido, y es muy desagradable. No he vivido setenta y dos años para que me azote un maestro de escuela. No hay en esto razón. Primeramente, figúrate que después de nuestro cambio, al salir de aquí, me encuentro en medio de una tropa de muchachos que cacheteo por broma, y que me hunden á golpes de veras. En la batalla pierdo mi gorra, uno de mis zapatos, y mas de la mitad de mi camisa. El maestro de escuela, que pasaba en este momento, me agarra por el cuello y me lleva á la clase; me manda que me ponga de rodillas y yo no quiero; trata de hacerme leer, no quiero; me dice vaya á la prision, no quiero ir. Entonces, lo entiendes, le ocurre aporrearme con unas disciplinas; me defiende; me coge la cabeza entre sus piernas; le muerdo con todas mis fuerzas; da mas fuerte con sus disciplinas y yo grito: soy el maestro Martin, zapatero de hombres y mujeres. ¿Queréis soltarme, señor... (ni aun sabia su nombre.)

—Se llama Perez.

—Sea Perez ó como quiera, me es igual. ¿Queréis dejarme, le dije, ruin? Soy un hombre establecido, tengo una tienda en la Plaza Mayor, me quejaré contra Vd. al juez: me llamo Martin, lo entendié? Martin!... Mas en vano gritaba Martin, Martin. Tu maestro Perez continuaba pegándose como si no hubiese hecho otra cosa en toda su vida. Eu fin, de cansado ó por compasión, abrió las dos piernas, me dejó libre, me dió una gran bofetada que me arroja á la puerta, y escapo. Ya estoy aquí, vuélveme mi silla forrada de cuero, mis setenta y dos años y mi tienda.

—Ay! con mucho gusto; mas la encantadora, la buena encantadora, ¿consentirá este nuevo cambio?

—Lo permite, dijo una voz que salia no se sabe de dónde. Era la voz del hada, y ya Cristóbal habia vuelto á ser Cristóbal, y Martin habia tomado de nuevo la forma de Martin.

Cristóbal, que habia vuelto á bajar á la edad de seis años, se palpaba desde los pies á la cabeza para asegurarse de que era él ciertamente, y no otro alguno. Miraba al viejo Martin, que lo inspeccionaba á su vez, ambos muy admirados y muy contentos. Luego que tributaron á la sorpresa, á la alegría, los primeros momentos de su nueva existencia, llegó el turno del reconocimiento, y se arrodillaron delante de la buena encantadora para darle las gracias.

—No os castigo, les dijo esta, por los deseos que habeis formado uno y otro. El logro de esos deseos insensatos ha sido por sí mismo un suficiente castigo. Pero si no he puesto término á vuestros dolores, que al menos la experiencia de vuestra metamorfosis os sea provechosa. Contentaos con lo que existe, sin desear lo que pasó, ó puede venir. No hay un día en la vida del hombre que no tenga sus penas; las de la infancia se soportan mas fácilmente.

—Menos, sin embargo, dijo Martin, cuando un maestro de escuela...

la... La encantadora le echó una mirada severa, y continuando dirigiéndose á Cristóbal, dijo: no desees jamás envejecer, mi pobre niño, á no ser para llegar á mayor perfección y mas conocimiento. Lejos de afligirte por los ligeros pesares de tu edad; lejos de desear crecer para escapar de lo que crees son castigos, fatigas, males, acoge todo esto como bienes; da gracias á Dios de que eres todavía pequeño, porque lo sabes, Cristóbal, y has hecho una dura experiencia recientemente de que hay en la vida dolores mas agudos que los de ser penitenciado en la escuela, comer pan seco y estudiar la lección. No te lamentos pues otra vez de que te imponen deberes; no te digas ya desgraciado porque se te castiga tu pereza: muy al contrario, felicitate de lo poco que sufres; esos padecimientos se dirigen á tu bien; y suceda lo que suceda, está seguro de que la infancia es la mas dichosa de todas las edades.

—Sin embargo, dijo Martin, no es preciso que un maestro de escuela...

De improviso, uno de los cajones de la vieja cómoda se abrió y volvió á cerrar con violencia. La encantadora no estaba ya en la sala.

—¿Sabes lo que nos ha dicho durante un cuarto de hora? preguntó Martin á Cristóbal; en cuanto á mí, quiero volver á casa del maestro de escuela si he entendido una sola palabra de cuanto nos ha relatado la buena mujer!...

—Sí, sí, murmuró en voz baja Cristóbal, como quien habla consigo; sí, es muy cierto que soy feliz, no teniendo otra molestia mas que la de aprender á leer, y la de ir á la escuela. Qué diferencia, cuando tenia catarros, perlesias, reumas! —Ay Dios mio! exclamó Martin, pues qué ¿tenias reumatismos, catarros, perlesias...

—Y la gota, dijo Cristóbal...

—Tienes razón, pues siento la mia que discurre por las piernas... ¿Quieres que volvamos á llamar la encantadora?

—Gracias, maestro Martin. Por esta vez conservo mis seis años, y me marcho muy pronto á juntarme con mis camaradas en la escuela. ¡Qué placer! dijo brincando de alegría.

Cuando se retiraba á todo correr, le gritó Martin desde el umbral de la puerta: señor Cristóbal, ten la bondad de dar mis memorias al maestro Perez, y dile cuánto siento no ser ya su discípulo.

## LOS INDIANOS.

NOVELA ORIGINAL

POR D. ANTONIO DE TRUEBA.

(Continuación.)

—Ya, ya lo entiendo, señor D. José, dijo Miguel con una alegre sonrisa. ¿Conque D. Mateo se casa con Juana? Vaya, que sea en hora buena. La muchacha vale mas oro que el Perú... Y qué mal la trata el hereje de su hermano! Si la pobre Mari que se miraba en los ojos de la chica levantara la cabeza... ¡Válgame Dios, señor D. José, que picardias se ven en este mundo!

—Como este tiene fama de rico á pesar del robo, Bautista querrá hacerle pagar la gana...

—Tiene Vd. razón, señor D. José, y mas siendo el tal Bautista tan ambicioso.

—Pues para evitarlo quisiéramos que nos hiciese Vd. un favor.

—Con el alma y la vida, señor D. José. Dígame Vd. de qué manera puedo servirlos á Vds.

—Comprando la casa de Echederra como que es para tí.

—No diga Vd. mas, señor D. José; quedarán Vds. servidos. Mañana si Dios quiere, de paso que baje á misa, iré á ver á Vds. y nos pondremos de acuerdo.

—Corriente, Miguel.

—Conque vaya, ¿tienen Vds. que mandar algo para los Somos?

—Nada; memorias á tu familia.

—De parte de Vds. Den Vds. las mias á Doña Antonia.

—Así lo haremos, y la encargaremos que te tenga preparada para mañana una buena tortilla con magras y un buen jarro de vino.

—Je, je, je! No vendrá mal, señor D. José. Vaya, que siga el alivio de D. Mateo, y hasta mañana si Dios quiere.

—Adios, Miguel.

El cesterero siguió su camino, y el cura y Mateo continuaron el suyo á la luz de la luna que alumbraba hermosa y clara como el sol á mediodía.



## VIII.

## GANANCIAS Y PÉRDIDAS.

En una de las calles mas oscuras y menos frecuentadas de Bilbao habia una tiendecilla, en la cual entraban personas cuyo aspecto revelaba la miseria. Aquellas personas iban á dar ó tomar dinero, pero rara vez á comprar.

Tras el mostrador de aquella tienda se veia constantemente á Bautista contando y recontando dinero, examinando y volviendo á examinar ropas y alhajas, hojeando y mas hojeando recibos cuya procedencia é importe conocia á pesar de no saber leer. Algunas veces daba una voz desde la puerta de la trastienda, y aparecia inmediatamente tras el mostrador Juana, la que, por mandado de su hermano, hacia apuntaciones en un cuaderno, ó sacaba por medio de guarismos una cuenta que Bautista habia sacado por los dedos pocos momentos antes.

Daba lástima ver la desnudez y la demacracion de aquella pobre jóven; para ella no habia descanso, ni caricias, ni quien enjugara las lágrimas que derramaba continuamente al acordarse de sus padres, al pensar en su hermano Ignacio cuya suerte ignoraba, y al saber que Mateo seguia enfermo. Solo habia para ella hambre, desnudez, insultos y golpes; pero ninguna queja salia de sus labios. Bautista, prevalido de su fuerza y de la debilidad de su hermana, ejercia tal predominio sobre esta, que la desgraciada jóven temblaba al escuchar su acento, enmudecia é inclinaba con humildad y dolorosa resignacion su frente ante la mirada de aquel hombre sin corazón.

Una noche entró en la tienda de Bautista un hombre de cara y manos tiznadas. Bautista se inmuto al verle, y se apresuró á cerrar la tienda, aunque faltaba un buen rato para la hora á que la cerraba todas las noches. En seguida cerró la puerta de la trastienda después de examinar esta con cuidado, y viendo que el reciénvenido habia tomado asiento casi sin saludar, se sentó á su lado.

—¿Qué tenemos, Chomin? preguntó al forastero.

—Tenemos, contestó este, que el pájaro está cansado de la jaula, y dice que puesto que no le sacais de ella como le prometisteis, va á cantar. Mientras yo le acompañé, tuvo paciencia; pero desde que cobré la libertad, gracias á haber probado que la noche de marras estuve cantando al ladito de mi oya, se aburre de lo lindo y dice que va á cantar para que atraídos por su canto vayais á hacerle compañía.

Bautista dió una patada en el suelo profiriendo una obscena interjeccion y dijo:

—¿Y por qué me habeis de echar á mí todas las cargas cuando todos tenemos la misma obligacion de sufrirlas?

—Yo por mi parte he hecho mas de lo que me correspondia; para veinte miserables onzas que me disteis, he pasado veinte semanas en la cárcel, y vosotros que sin contar las alhajas, repartisteis á mas de doscientas onzas cada uno, no habeis visitado los calabozos de Avellaneda. En cuanto á los otros, se han largado al quinto infierno; de manera que tú eres el único que corre riesgo de ir á chirona, si á uerza de argumentos amarillos no convences á los curiales de que deben abrir la jaula al pájaro.

—Te aseguro, Chomin, que no tengo un cuarto.

—A otro can con ese hueso! Si estás ganando el oro y el moro con tus préstamos al ciento por ciento al mes... Andate con tiento, Bautista, que en Güeñes empieza á correr cierto run run poco agradable á tus oídos.

—¿Y qué me importan á mí las habladurías de los de Güeñes?

—¿No has oído contar lo de Rumbana?

—No, ni me importa...

—Pues hombre, es extraño! porque hasta los niños de teta saben en las Encartaciones lo que sucedió á Rumbana. Te lo voy á contar, puesto que no lo sabes.

—Chomin! déjate de cuentos que no vienen á pelo.

—¿Cómo que no vienen á pelo? Verás si vienen ó no vienen. Rumbana era un vecino de Zalla, que *rumbó* mucho tiempo con lo que le valieron en venta los bienes heredados de sus padres; pero al fin se le acabaron las amarillas, y el pobre hombre se daba á los demonios por no poder rumbar. Deseando volver al buen tiempo pasado, se plantó una noche en Güeñes, se sopló en casa de un ricacho, y volvió á Zalla con una buena provision de doblones. Por mas diligencias que se hicieron no se pudo descubrir al ladron; pero cuando ya no se acordaba nadie del robo, héte que pobres y ricos, viejos y jóvenes, empiezan á cantar:

«Rumba, Rumbana,  
los doblones de Güeñes  
rumban en Zalla.»

El teniente corregidor de Avellaneda oyó el cantar, echó los cinco mandamientos al pobre Rumbana, y le hizo rumbar en la horca. Conque aplica el cuento, compañero, y verás si viene á pelo ó no viene; verás si el run run que empieza á correr en Güeñes puede llegar á oídos del Teniente. Tú dijiste: aunque tengo dinero no puedo hacer uso de él en Güeñes y aun en Bilbao, sin que alguien pregunte: ¿de dónde salen esas misas? y alguien responda: de casa del cura. Pues señor, vendamos la casa y echémonos á comerciar; que así nadie estrañará que uno tenga capital para ello, y comercemos algo lejos para que las gentes que me conocen bien fiscalicen poco mis operaciones. ¿No es verdad, Bautista, que así ni mas ni menos dijiste?

—¿Pero, Chomin, á qué viene todo eso?

—Viene á decir que entonces te portaste como hombre de talento, y que para portarte hoy como tal, debes darme una docenita de onzas que necesita el compañero para convidar á sus guardianes, á ver si le dejan largarse.

—¡Es imposible, Chomin, es imposible! No las tengo; y aunque las tuviera, ¿te parece que debo hacer mas desembolsos, habiendo hecho tantos?

—Bueno, haz lo que quieras. Voy á dar tu contestacion al pájaro enjaulado. Verás qué lindamente canta...

—Ah! exclamó Bautista en el colmo de la desesperacion, mal rayo de Dios me hunda, que esto no es vivir; esto es agonizar; esto es sufrir mil muertes; esto es pasar en la tierra los tormentos del infierno! Ni duermo, ni sosiego; siempre con sobresaltos, siempre con pesadillas, siempre con el infierno en el alma... Soy el hombre mas desgraciado de este mundo!...

—Tú lo quisiste, fraile mosten, tú lo quisiste, tú te lo ten, dijo Chomin con insolente rechifla. Conque vengan las doce del pico, compañero, que si no canta el pájaro.

Bautista apretó los dientes, meneó la cabeza, profirió un horrible juramento, y sacando de un cajon seis onzas de oro, las tiró sobre el mostrador.

—Vengan las otras seis, compañero, dijo Chomin.

—Bastantes habrá con esas.

—El pájaro quiere doce.

Bautista echó una onza mas.

—Suelta las otras cinco, compañero.

Bautista echó otra onza y otro juramento.

—Vamos, compañero, que ya faltan pocas.

—No tengo mas.

—Compañero, que va á cantar el pájaro...

Bautista tiró otra onza.

—Suelta las tres restantes...

—Tres centellas que nos partan, y á mí el primero!

—Compañero, que el pájaro está rabiando por cantar...

Bautista echó otra onza y otro taco.

—Vamos, compañero, que ya faltan pocas...

—Primero me dejo desollar vivo!

—Que canta el pájaro, compañero, que canta el pájaro!... Que te huele el pescuezo á...

Bautista arrojó sobre el mostrador otra onza.

—Vaya, compañero, ánimo! un esfuerceito mas!...

—No doy mas aunque me hagan tajadas...

—Que canta el pájaro...

—Que cante cuanto quiera...

—Pero hombre, ¿por una triste onza vas á consentir que te aprieten el gañote?... Sabes que estarás bonito con un palmo de lengua fuera, dando zapatetas como los volatineros?

Bautista arrojó otra onza, exclamando furioso:

—Tómala, y gástala en cordel para ahorcarme.

—Esos son gastos del verdugo, contestó Chomin con mucha calma, acabando de recoger las onzas. Vamos, añadió, ábreme la puerta, que me voy á Avellaneda á ver si antes que amanezca puedo alargar estos cañamones al pájaro por entre los alambres de la jaula. Desde Avellaneda me iré á los rebollares de la Arbosa, donde tengo una oya si haldea ó no haldea, porque como fuisteis tan ruines conmigo al hacer el reparto, he tenido que agarrarme otra vez al hacha.

Bautista abrió la puerta de la tienda, y Chomin se alejó.

(Continuará.)

## EN EL ALBUM DE MILADY C...

Dáme de tu poeta  
que cantó nuestra hermosa Andalucía (1),  
la lira, de las musas siempre amada;

(1) Hojas adelante estaba copiado en este Album el famoso canto de lord Byron á Andalucía.



quizás de la secreta  
fascinación que siente el alma mía  
al tono inmenso la hallaré templada.

De esta ribera hermosa  
dáme los cantos que repite el eco,  
plácidos cantos de Leon y Herrera;  
de esta brisa amorosa  
dáme el suspiro que de hueco en hueco  
en paraíso torna la ribera.

¿Qué sones de mi lira,  
luna entre nubes en mis tristes manos,  
podré arrancar que á tus sentidos llegue?  
En torno, hermosa, mira;  
ese sol, esos campos sevillanos,  
¿no harán que calle, di? ¿no harán que ciegue?

Lluvia de perlas rica  
el ola que surcamos blandamente,  
alba cascada á nuestros piés se estrella.  
¿Quién su murmullo esplica?  
¿y quién habrá que de su voz intente  
soltar el canto cuando canta ella?

En flores empapado,  
como el aliento de la dulce abeja  
cuando cargada en miel torna á su nido,  
ambiente regalado  
de tu cabello á la sin par madeja  
salpica perlas y á tu pié pulido.

El sol de Andalucía  
á la ilustre ciudad de San Fernando  
cobija con su manto de escarlata,  
y luego se estasia  
en ir tus ojos á su luz cerrando  
cual flor que de la noche se recata.

¡Cuán bello el canto mudo  
de este sol, de esta luz, de estas riberas!  
¿cómo ha de osar interrumpirlo el mío?  
Pobre quizás y rudo  
el canto de los ángeles creyeras  
entre los cantos del morisco río.

V. BARRANTES.

4 de mayo de 1853, á bordo del vapor *San Telmo*.



La presente lámina pertenece á la bella edicion de *Los tres Mosqueteros*, que acaba de publicarse en la BIBLIOTECA UNIVERSAL, y cuya segunda parte, ó sean *Veinte años después*, comenzará á repartirse esta semana.





CASTILLO DE ANDRADE.

Entre las fortalezas ruinosas que se conservan en Galicia del tiempo del feudalismo, ninguna escita mas la curiosidad del viajero que la que hoy esponemos á la consideracion de los lectores del SEMANARIO.

Situada sobre una elevada cadena de montañas, sumamente pintoresca por la continuidad de sus enlaces y por la elevacion de sus obeliscos cubiertos de ese ruiseño verdor anejo á las rápidas pendientes de los desfiladeros del Eume, el gigantesco torreón de Andrade domina un territorio dilatadísimo y parte del tormentoso Océano que combate los cabos de Ortegal y de Finisterre.

En el triángulo topográfico que marcan en la costa de Galicia tres de sus poblaciones mas principales, como la Coruña, el Ferrol y Bértanzos, difícilmente pudieran recorrerse sus tres lados, ya atravesando las montañas elevadas de sus poéticos valles, ya surcando las no menos elevadas montañas del Océano de la costa, sin ver dibujado aquel castillo sobre el azulado fondo del cielo.

Nada mas romanesco ni mas vistoso sobre las montañas de San Cristóbal, que aquella fortaleza de los siglos medios, enseñoreándose en el espacio con la melancólica majestad de su abatimiento doloroso.

Su presencia, como he consignado ya en una de mis obras, evoca todos los mas lisonjeros recuerdos de nuestra Iliada caballeresca. Parecen verse aun sobre las pendientes de sus montañas las cacerías de aquellos nobles poderosos de horca y cuchillo, con sus damas pintorescamente ataviadas, con sus pajes, con sus moneros y sus halcones. Parecen verse aun los peregrinos y los juglares desaparecer errantes por entre aquellas quebraduras, ó sentados al pié de uno de aquellos frondosos árboles que sombrean el declive de las montañas. Parece, en fin, que á su vista, á la presencia de aquel castillo feudal mutilado, se divisa aun en los desfiladeros contiguos una lucida hueste de guerreros persiguiendo á las sangrientas hordas revolucionarias de los *Hermanos de Galicia*; aquella terrible hermandad del siglo XV, que se oponia á toda dominacion aristocrática y teocrática.

Esta fortaleza de piedra de sillaría se halla situada sobre la confluencia del Eume y el Océano. A sus piés se encuentra la villa de Puente deume, pintoresca y deliciosa villa de la costa, donde tuvo su primitivo solar la familia de Andrade.

Construyó este castillo en 1370 el conde Fernan Perez de Andrade, llamado *O Boo*, el Bueno; y era señor de cuantas tierras di-

visaba desde sus almenas, por un privilegio que le concedió D. Enrique el de las Mercedes, en agradecimiento al singular favor que le hizo este infanzon en los campos de Montiel, cuando batiéndose cuerpo á cuerpo D. Pedro y D. Enrique, este cayó debajo de su hermano, y Fernan Perez de Andrade lo puso encima, diciendo: *yo ni quito ni pongo rey, pero ayudo á mi señor*; palabras que se atribuyen á Beltran Duguesclin por muchos historiadores.

Como todos los castillos feudales arruinados, el castillo de Andrade es teatro de mil escenas de moros y encantamientos que las gentes de pais refieren con esa sencillez agradable que las particulariza.

Pero entre las mas terribles y pavorosas, hay una que no solo pertenece á la tradicion, sino á la historia de los condes de Andrade. Es el episodio amoroso de *Rojin Rojal*, la historia de un paje tan trovador como Macias, y como Macias tan amante y tan desventurado. Es el drama mas interesante de la historia romántica y caballeresca de aquel pais; drama que algun dia publicaremos en las columnas del SEMANARIO.

VICETTO.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

## RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

~~CUARTEL ALTO. *El Cuartel Alto*~~

~~La parte de la nueva poblacion de Madrid, comprendida á la izquierda de la Puerta del Sol y calle de Alcalá hasta reunirse con la antigua en la plazuela de Santo Domingo y el Real palacio, es lo que nos queda ya que recorrer para terminar nuestro histórico paseo. Toda esta importantísima parte del cuartel alto se pobló simultáneamente con el bajo á principios del siglo XVI, cuando hubo de verificarse la tercera ampliacion en los reinados del emperador y de su hijo, y por lo tanto no carece de historia ni de edificios bastante antiguos para despertar nuestra patria curiosidad.~~

~~Como es de suponer, naturalmente la poblacion se fué extendiendo desde el centro á la circunferencia; es decir, desde donde concluia el antiguo Madrid, y sea en las puertas del Sol, de San Martin y de Santo Domingo, hasta la nueva cerca y puertas de San Vicente, de Fuencarral, de los Pozos, de Santa Bárbara y otras; pero como no podemos seguir el orden cronológico de esta poblacion por~~

(1) Véanse los números anteriores.

20 DE NOVIEMBRE DE 1855.



continúa el material de nuestro paseo, nos ocuparemos hoy en el cuarto de círculo comprendido entre las huertas de Alcalá y de Santa Bárbara hasta la calle de la Manera y Puerta del Sol.

A la izquierda de ~~la~~ puerta de Alcalá y hasta la de Recoletos, reconstruida de nueva planta, aunque con escaso gusto, en el reinado de Fernando VI sobre el sitio mismo que ocupaba la antigua. Se empezó á formar ya en el siglo XVII con destino á hornos y tahonas un caserío que se llamó *Villa-nueva*, compuesto de 42 edificios inmediatos al Pósito que tenía allí desde mas antiguo el ayuntamiento de Madrid, si bien los actuales edificios conocidos con este nombre son obra posterior, de mediados del siglo pasado. En él se construyó durante el reinado de Fernando VI la gran panera en figura de rotonda que da al paseo de Recoletos y es capaz de contener 100,000 fanegas de grano: hoy está ocupada por los telones y enseres de los teatros de la villa. Los demás edificios que continúan hasta la puerta de Alcalá y hoy sirven de cuartel de Ingenieros, son otra de las obras importantes del reinado de Carlos III. En esta inmensa manzana de edificios, destinados desde hace muchos años á usos extraños, es donde, á nuestro entender, debía haberse colocado la nueva Aduana.

Después de los edificios del pósito hasta la puerta de Recoletos estaban, donde ahora la *Galería topográfica* y el *taller de coches*, el antiguo convento de Agustinos y su huerta, que comprendía 513,459 piés, y la del conde de Oñate, marqués de Montealegre, con cerca de 200,000 ~~donde hoy se alza la bella casa~~ *palacio del señor Salamanca*; la huerta y casa que ocupa hoy el colegio de Veterinaria que perteneció á San Felipe Neri, conserva la misma forma, con un gran saliente fuera de la huerta y la enorme superficie de 525,716 piés.—Por el lado opuesto, al principio del paseo, ya queda dicho que estaba la huerta del regidor Juan Fernandez, ~~por~~ de la direccion de infanteria; la gran casa y jardín del Almirante de Castilla D. Juan Gaspar Enriquez de Cabrera, que daba vuelta por la calle llamada entonces *del Escorial*, y que después recibió el título *del Almirante* que aun conserva, hasta la *de los Reyes alta*, hoy *de las Salesas*. Cedida esta posesion en gran parte por aquel ilustre magnate para la fundacion del convento de *San Pascual*, y convertida en templo la sala-teatro del propio palacio, enriqueció este con su preciosa coleccion de pinturas de los mejores maestros, rico tesoro que desapareció en tiempo de la dominacion francesa. El resto de la huerta fué después de D. Juan Brancacho, con cuyo apellido es aun conocida, y el antiguo palacio ó *retiro* del almirante desapareció tambien á impulso del tiempo.—A la otra esquina de esta calle del Almirante, y entre ella y la llamada hoy *de la Veterinaria* (antes de San José), se alzaba ya en principios del siglo pasado la casa y famosísimo jardín del conde de Baños, conocida modernamente por *las Delicias* cuando estaba abierto al público para bailes, conciertos y otros recreos de que solo ha quedado la parte destinada á casa de baños.—Mas allá de dicha calle antigua de San José, en diversidad de sitios que todos fueron comprados para este objeto, se fundó por la reina Doña Maria Bárbara y su esposo D. Fernando el VI en 1758 el suntuoso monasterio de la Visitacion, de religiosas *Salesas*, con su estendida huerta y jardín, que en union del monasterio comprenden el inmenso espacio de 730,325 piés, y todavia se agregaron á él otras posesiones contiguas; habiendo invertido en esta grandiosa fundacion la enorme suma de 85 millones de reales, segun una nota puesta en la copia del testamento de dicha reina, que existe en la Biblioteca Nacional. En cuanto á la grandeza y mérito artistico del edificio, dirigido por los arquitectos Carlier y Moradillo, no podria negársele sin injusticia, si bien no es todo lo que hubiera sido algunos años después con los adelantos del arte y del buen gusto, y mucho menos correspondiente todavia á las inmensas sumas prodigadas en él. El templo, sin embargo, por su elegante forma, por la riqueza de su materia y la preciosidad de su ornato y accesorios, entre los que sobresale el sepulcro de los reyes fundadores, es sin duda alguna el mas ostentoso de Madrid. El convento puede llamarse un verdadero palacio régio, especialmente la parte designada con este nombre por la reina fundadora que destinaba á su habitacion la que mira á los jardines. Estos y la huerta son primorosos, y la estendida cerca que los limita por los paseos de Recoletos y de la Ronda, hasta incorporarse con la otra del estinguido convento de Santa Bárbara, es la mas alta y fuerte de la general de Madrid. (1)

Antes de la fundacion de este magnífico monasterio, y segun el plano de mediados del siglo XVII, ocupaban aquel sitio varias casas y huertas, y desde el altílo que hoy forma la *plazuela de las Salesas* corria recta la calle del mismo nombre (entonces llamada *de los Reyes alta*) á salir á la de Alcalá por donde ~~ahora es~~ *jardín conocido por el del Valenciano* y hacia donde después se alzaron los edificios de Buena Vista y la inspeccion de infanteria; comunicacion interesantísima que habrá necesariamente que reponer segun está propuesto y acordado por el ayuntamiento, dando á dicha calle de las Salesas mayor anchura por su izquierda para que desde la de Alcalá pueda go-

zarse de la vista y darse avenida conveniente á aquel grandioso monasterio.

Generalmente todo este trozo ó barriada, obstruido después con las sucesivas construcciones, estaba mejor cortado que en el dia; la calle del Barquillo continuaba recta por donde después se cerró la huerta de Santa Teresa, y el trozo á la izquierda que hoy lleva el mismo nombre del Barquillo, y forma la escuadra que va á salir á la calle de Hortaleza, era entonces calle recta y continuada con el nombre *de las Flores* hasta salir al dicho altílo ó plazuela de las Salesas: tambien está propuesto restablecer este rompimiento por el jardín que llaman de Secano. En el lugar que ocupan hoy el convento y huerta de las monjas de Santa Teresa estaba la casa del Principe de Astillano, fundador del mismo convento; las calles del propio nombre, de San Lucas, *Piamonte*, del Rincon, del Sauco, de la Emperatriz, de la Buenavista y la *plazuela del Chamberi*, todas tenían salidas á las ya citadas de los Reyes alta ó Salesas; varias de ellas quedaron suprimidas ó cortadas con la construccion de que ya hablamos del palacio de los duques de Alba que incorporaron á la dilatada manzana 277 las 286 y 287 donde entonces estaban las casas de los Valenzuelas, Yermos, Alvarados y otras.—Las demás casas entre dichas calles del Sauco y del Piamonte, donde ahora se alza el edificio construido en el reinado anterior con destino á los misioneros de San Vicente de Paul, y actualmente ocupado por una *prision correccional* y la elegante y moderna casa contigua del señor conde de Vegamar, pertenecieron al conde de Molina y después al de Torrehermosa.

Esta calle Real del Barquillo (segun dice D. Nicolás Moratin) perteneció en un principio á la jurisdiccion de Vicalvaro, sin duda por estar construida en tierras de su término, y se hizo desde luego una importante comunicacion entre la parte central y alta de Madrid, importancia que ha ido creciendo sucesivamente, y hecho necesaria la reconstruccion y alineacion completa de dicha calle y sus avenidas en los presentes años. ¡Ojalá en la dicha alineacion verificada para ello no se hubiese cometido el absurdo de estrechar, en vez de ensanchar una via tan importante!—Ya queda dicho en los términos en que estaba formada por su derecha, y las comunicaciones que la ponian en contacto con el paseo del lado de Recoletos: todas, repetimos, hay necesidad de volver á restablecerlas, aunque seria conveniente que al verificarse los rompimientos y nuevas construcciones se procurase rebajar el terreno disimulando el gran desnivel ocasionado por la colina que media entre dicha calle y paseo. Del lado de la izquierda aparecia esta aun mas solitaria y triste; ocupada por el convento y huerta de Carmelitas Descalzas de San Hermenegildo, que como hemos dicho avanzaba hasta ocupar casi todo el espacio que ahora se llama *plazuela del Rey*, y primero *del Almirante* (Godoy), en cuyos últimos años de privanza, primeros de este siglo, fué formada para dar mayor desahogo á las casas que hacen esquina y á la frontera, propias ambas de su esposa la condesa de Chinchon; dichas casas se comunicaban por medio de un pasadizo por encima de la calle á la altura de los pisos principales, que ha sido por fortuna suprimido en el año presente; si bien este no aparece en el plano del siglo XVII, y no sabemos si fué obra del mismo Principe de la Paz ó anterior. En esta casa, procedente como la frontera de D. Carlos Prevost y Alvarado, y antes de D. Juan Pablo Bonet, habitaba aquel deslumbrado valido, cuando el 19 de marzo de 1808 cayó del poder á impulsos de la insurreccion popular, arrastrando consigo al monarca, y en ella fué donde los amotinados descargaron sus iras, destruyendo y arrojando á la calle los muebles y adornos, con los demás atropellos consiguientes.—Las casas contiguas procedentes del doctor Sandi, Doña Beatriz Vargas y otros varios, estaban ya poco mas ó menos en los mismos términos que hoy á principios del siglo pasado cuando pertenecian á D. José Ignacio Goyeneche, y á ellas seguia luego la inmensa tapia de la huerta de los duques de Frias, que ocupaba nada menos que 187,200 piés con inclusion del palacio que da á la plazuela del mismo nombre, y á la calle de Góngora, antes de Santa Bárbara la Vieja. Esta inmensa posesion es la que recientemente se ha roto por dos partes y poblado de nuevas y elegantes casas, dando salida por ella á las dos calles de Santa Maria del Arco y de Válgame Dios (ahora de Gravia). Todavía la enorme manzana 307, aun convertida ya en tres trozos, debe romperse por la calle cerrada de San Marcos segun la alineacion proyectada. El resto de las casas de dicha acera eran todas bajas y mezquinas, y ningun interés ofrecian, si se exceptúa solo la señalada con los números 4 y 5 antiguo, 27 moderno de la manzana 324 que hace esquina y vuelve á la calle de Belen, y era y es muy célebre desde tiempo antiguo por su numeroso vecindario y demás condiciones, y designada con el nombre popular de la casa de Tocameoque. Este apodo (cuyo origen desconocemos) es tambien aplicado al famoso sainete que D. Ramon de la Cruz tituló *La Petra y la Juana*, sin que tampoco podamos asegurar, como quiere la tradicion, que fuese la intencion de aquel escritor colocar en esta casa el lugar de su escena; que por otro lado hallamos poco apropiado á

(1) En este momento mismo se está demoliendo esta casa para ensanchar por esta parte el paseo ó calle central de nueva planta de Madrid, un apulento edificio que se forma hacia esta parte de Madrid.



ella. Esta casa fué de D. Martin de Herce, y actualmente del señor conde de Polentinos, y está renovada en estos últimos años.

A espaldas de la calle del Barquillo y hasta la de *Hortaleza* está el estendido trozo de caserío, que llegará á ser en breve tiempo uno de los mas importantes de Madrid cuando haya acabado de recibir los cortes, rompimientos y mejoras reclamados por la necesidad y propuestos y aprobados en el plano de nueva alineacion. Consisten aquellos en el ya dicho rompimiento de la calle cerrada de *San Marcos* á la del Barquillo por la casa del señor Goyeneche, hoy de D. B. Llan-deral, y desde esta misma calle de San Marcos otra lateral á la de *Góngora* por la huerta de las monjas de San Fernando; ~~el Callejon del Soldado á la de las Infantas, por la casa núm. 17 donde existe ya dicho callejon, aunque cerrado, y la continuacion de dicha calle del Soldado por la huerta de las monjas de Góngora; la regulacion de la plazuela del duque de Frias, colocando en su centro una fuente y un mercado; la supresion del cuartel llamado del Soldado y continuacion por su terreno de la calle llamada de la Libertad (antes de San Fernando), igualmente la de los viejos edificios en que estuvieron la Galera y las prisiones militares y la continuacion de la calle de San Gregorio á la de Santa Maria del Arco, dando frente á la de San Bartolomé.~~ Todo esto que es poco costoso y muy hacedero por la clase y estado de los edificios que han de ocuparse, reportaría inmensas ventajas á aquel distrito en general, salubrizando y vitalizando uno de los trozos mas importantes del Madrid moderno. Algo ha empezado á hacerse ya con las roturas de la nueva calle de *Gravina* entre la de *Hortaleza* y San Anton, y su continuacion á la del Barquillo. Los tan inmediatos resultados ha producido la renovacion del caserío, y es de suponer que á vuelta de pocos años se vea realizado el resto, desapareciendo la soledad y dificultad de circulacion que ofrecen dichas calles por los recodos y cierres que forman las estendidas tapias de las huertas y cuarteles citados.

Poco hay en el día que mencionar para nuestro propósito en este abandonado distrito. La calle de *San Anton*, que va desde la de San Marcos á la de Santa Teresa, era y es la arteria mas vital de él y célebre en el siglo pasado por el bullicio é intrepidez de las clases que la ocupaban y sus contiguas de *Regueros*, de *Belen*, de *Jesús y Maria*, de *San Lucas*, de *San Gregorio*, de *San Francisco y Válgame Dios y del Soldado*. Todas estas calles, aunque en la parte alta de Madrid, constituian parte de los barrios apellidados bajos, y eran preferidas por los famosos *chisperos*, ramificacion de la manoltería, fabricantes y mercaderes de utensilios de hierro; y lo humilde de su caserío, casi todo de un solo piso, y lo ennegrecido y solitario de sus revueltas, las hacia muy propias para las escenas inmorales y alevosas que aspiraron á poetizar D. Ramon de la Cruz en sus sainetes, y D. Francisco Gregorio de Salas en su festiva pintura de dicha calle de San Anton.

Los edificios algun tanto notables de este distrito ya hemos dicho que contribuyen á entristecerle mas que á darle importancia. Los dos conventos de monjas, el uno de mercenarias calzadas titulado de *San Fernando*, en la calle llamada actualmente de *la Libertad*, fué fundado á fines del siglo XVII por la marquesa de Aguilafoente, y no llegó á terminarse, ni su iglesia que está reducida á una pequeña capilla: el otro de trinitarias descalzas apellidado de *Góngora* (por haber corrido la fundacion de orden de Carlos II á cargo de D. Juan Felipe de Góngora, ministro del Consejo de Castilla) fué obra de fines del siglo XVII, y es poco notable, como lo era también el palacio frontero de los duques de Frias, cuya sala teatro fué convertida en anejo de la parroquia de San Luis con el título de parroquia de San José en 1743, por el mismo duque de Frias D. Bernardino Fernandez de Velasco; después como parroquia independiente la hemos visto pasar en nuestros dias á la iglesia de dichas monjas de Góngora y á la del *hospitalito de Flamencos*, calle de San Marcos (que se hundió en 1848) y está actualmente como ya queda dicho en el *Cármén Descalzo* calle de Alcalá.—En cuanto al referido cuartel del Soldado, que fué de Guardias Walonas y que ocupa toda la manzana 319 con 64,648 pies, y casa llamada de la Galera, y el otro apellidado Prisiones Militares, ya queda dicho que han de desaparecer muy pronto por su inoportuna colocacion y mal estado de sus fábricas.

El resto de este distrito, entre la calle de San Marcos y la del Caballero de Gracia, tiene ya otra importancia por su situacion mas central, lo bien cortado de sus calles y comunicaciones, y la mayor brillantez consiguiente de su caserío, especialmente desde la formacion de la *plazuela de Bilbao* con el derribo verificado en 1837 del convento é iglesia de *Capuchinos* llamados de *la Paciencia*. Este habia sido fundado en 1639 por el rey D. Felipe IV sobre el sitio mismo que ocupaba la casa del licenciado Barquero en que unos judíos que la habitaban solian maltratar en ciertos dias y ceremonias á un Crucifijo; y denunciados á la Inquisicion fuéron quemados hasta siete en persona y cuatro estatuas, y demolidas sus casas para la fundacion de dicho convento é iglesia. Hoy con el arbolado, fuente y verja de dicha

plazuela, y las elegantes casas modernas que la rodean, es uno de los sitios preferentes de Madrid.—La calle frontera de *las Infantas*, especialmente su último trozo, abierto como queda dicho por la huerta del *Carmen* en tiempo de Godoy, ha adquirido tambien mayor importancia con las nuevas casas construidas en dicha huerta por el señor Murga, y el teatro del Circo, en donde ahora se forma la plazuela del Rey y antes era una callejuela en escuadra, que se llamaba de *las Siete chimeneas*.—La casa conocida con este título (que es la de la esquina, y propia del señor conde de Polentinos) debió ser en los principios una hermosa casa de campo rodeada de estendidos jardines y huertas, y cuya sólida y elegante construccion en su parte principal que da á dichos jardines y á la plazuela (pues la que mira á la calle de las Infantas se ve palpablemente que es añadida) revela el gusto especial de las construcciones de Juan de Herrera, en cuyo tiempo pudo ser fabricada á mediados del siglo XVI para el mayorazgo fundado por el doctor D. Francisco Sandi y Mesa, y que hoy posee el señor conde de Polentinos. Su estension comprendia los jardines, posesiones y casas contiguas, incluso el teatro del Circo, y pasa de 100,000 pies. Es tambien histórica por haber habitado en ella el ministro de Carlos III, marqués de Esquilache, cuando el día 23 de marzo de 1766 estalló el célebre motin de las capas y sombreros, atacando el populacho la morada del ministro (cuyas señales se han conservado hasta nuestros dias) y presentando el mismo terrible aspecto que medio siglo después ofreció delante de la inmediata casa del principe de la Paz. La de las Siete chimeneas ha sido después morada de los embajadores de Nápoles, de Francia, y actualmente lo es del de la corte de Austria.

Las otras calles paralelas á la de las Infantas, tituladas de *la Reina*, de *San Miguel y del Caballero de Gracia*, y sus traviesas de *las Torres*, de *San Jorge y del Clavel*, tambien nos ofrecen algun interés histórico local. En la primera de ellas (la de la Reina), y entre otras casas antiguas notables, habia una, la señalada con el núm. 3 antiguo y 6 nuevo, que fué de D. Feliciano de la Vega, y compuesta de varios sitios, uno de los cuales le privilegió de aposento en 30 de enero de 1623 su poseedor *Agustín Moreto*, que puede ser acaso el famoso poeta, ó su padre del mismo nombre, natural y vecino que fué de Madrid, cuya noticia abandonamos á los diligentes rebuscadores de la biografía de aquel célebre ingenio.—La inmediata casa núm. 8 moderno, es la que habitó en principio de este siglo el general principe Maserano, y que ocupó tambien algun tiempo mientras la dominacion francesa el general Abel Hugo, gobernador de la provincia de Guadalajara, y nombrado por el rey José marqués de Cogolludo, teniendo en su compañía á su hijo el famoso poeta *Victor Hugo*, á quien colocó de paje del rey en el seminario de nobles. En esta misma casa estuvo después la fonda de *Genyels*, y en ella pararon en 1831 el célebrísimo maestro *Joaquín Rossini*, y su compañero de viaje al marqués de las Marismas D. Alejandro Aguado.—Al fin de esta calle está el colegio de Nuestra Señora de la Presentacion, de niñas, que llaman de *Leganés*, fundado en su propia casa por el caballero D. Andres Espinola, de la de los marqueses de los Balvases y de Leganés, en 1630, con su pequeña capilla abierta al público. Otras casas notables hay en dicha calle, como la del conde de Montealegre que fué del de Villacastel, entre ella y la de las Infantas; y entre las de San Jorge y San Miguel la del marqués de la Vega de Armijo; y la del *jardin de Valero*, propia del duque de Arion. En la del Clavel, señalada con el núm. 11 nuevo, 16 antiguo, contigua á la nueva del señor Maquieira, y tambien de su propiedad, está la linda casa que habitó segun sus Memorias y Novelas la célebre escritora francesa, esposa del mariscal Junot, titulado *duque de Abrantes*, durante el tiempo que fué este gobernador de Madrid. Tambien vivió en ella por la misma época la condesa de *Jaruco*, señora célebre por su hermosura y altas relaciones en la corte de José Bonaparte, y madre de otra persona no menos célebre después en la corte parisiense con el nombre de la condesa de *Merlin*, apreciable escritora, distinguida artista, y dotada además de un excelente carácter y amenidad de trato. Esta señora, nacida en la Habana, donde su padre mandaba como capitán general, fué casada de tierna edad por el rey José, con uno de sus ayudantes, el general Merlin (1).

La calle del *Caballero de Gracia* lleva este nombre del caballero de la orden de Cristo *Jacome*, ó *Jacobo de Gratiis*, virtuoso sacerdote natural de Módena, que vino á España con el Nuncio de S. S., y se avecindó en Madrid hasta que en 1619 falleció á la edad de 102 años. El mismo fundó en sus propias casas un convento de padres clérigos menores, que después pasaron al Espíritu Santo, ocu-

(1) Su madre, la ya mencionada condesa de Jaruco, murió en esta misma casa en 1810, y hemos oído decir que, recientemente concluido el cementerio de la puerta de Fuencarral, fué de los primeros cadáveres conducidos á él; pero al día siguiente, ya sea por la repugnancia que escitara esta clase de enterramiento estramuros, nuevo á la sazón en Madrid, ó ya por otra razon, fué sustraída, no sabemos tampoco por disposicion de quien, y enterrada en el jardín de su propia casa, debajo de un árbol frondoso, que todos hemos conocido en el mismo hasta hace pocos años en que se construyó la casa nueva en el solar de dicho jardín.



pando entonces aquellas la comunidad de Recoletas de la Concepcion, conocidas tambien por el nombre del mismo *Caballero de Gracia*. Su convento é iglesia que tenian en dicha calle, esquina á la del Clavel, fueron demolidos en 1858, y sustituidas después ~~por un mercado cubierto, donde tambien estuvo la imprenta del *Heraldo*, y después se ha construido una casa particular.~~ En la iglesia de aquel convento se veneraba el cuerpo del virtuoso caballero en un sepulcro de mármol que ha sido trasladado y colocado en el Oratorio de la misma calle y advocacion. Este Oratorio que la venerable congregacion de Esclavos del Santísimo, fundada por el mismo caballero, labró á sus expensas en 1634, en la casa que fué de Doña Elvira de Paredes, en que acaeció la muerte violenta de D. Antonio Escon, enviado del parlamento de Inglaterra, fué renovado completamente á principios de este siglo bajo los planes del arquitecto Villanueva, y es una iglesia muy linda aunque pequeña.

De la dificultosa comunicacion de esta calle con la de Alcalá, por medio de la angostísima llamada justamente de los Peligros (aunque ya dijimos que recibió este nombre, no por esta razon material, sino por una imágen de Nuestra Señora que se veneraba con el titulo de *los Peligros* en el templo del inmediato convento de monjas de San Bernardo), nada mas nos ocurre que mencionar; ni tampoco de las otras dos contiguas de *San Bernardo* (hoy de la Aduana), y de *los Jardines*, que no tienen importancia mas que por la situacion tan privilegiada que ocupan entre las de Alcalá y de la Montera.

R. DE MESONERO ROMANOS.



(Kant.)

CÓMO SITIARON LOS INFIELES EN ANTIOQUIA Á LOS CRISTIANOS. CÓMO APARECIÓ EL APOSTOL SAN ANDRÉS AL CONDE DE FLANDES, ROBERTO, Y CÓMO CON SU SOCORRO ALCANZARON VICTORIA LOS CRUZADOS, POR PROMESA DIVINA.

Dueños apenas los nuestros de la ciudad, tres dias después, y con numerosos ejércitos, llegó el poderoso rey de los persas, que enfurecido al saber la toma, bloqueó la plaza de modo que nadie podía entrar ni salir. Empeoróse con esto la situacion de los nuestros; porque sin provisiones cual estaban, no tardó el hambre en ponerlos en terrible aprieto. La falta de alimento hacia devorar al pueblo cuanto hallaba, por asqueroso que fuese: ninguna diferencia habia entre los manjares del pobre y los del rico, y era espectáculo digno de lástima ver á hombres de robustos miembros, de noble alcurnia la mayor parte, recorriendo calles y plazas mendigando un pedazo de pan, aniquilados á fuerza de miseria y con semblante sepulcral. ¿Qué mas? Los camellos, mulas, caballos, asnos, perros, gatos y otros animales inmundos, servian todos de delicado plato á la mesa de los cruzados; tan grande era el hambre que acosaba á los piadosos cristianos, cuyo cuadro histórico fuera imposible trazar. Reducidos ya á la última estreñidad, y sin esperanza alguna de socorro humano, empezaron á dudar de su salvacion.

El bueno y omnipotente Dios, sin embargo, que permite de vez en cuando que se vean afligidos sus servidores para que no tengan sobrada confianza en sus propias fuerzas, y reconozcan al contrario el influjo de una gracia especial, dignóse prestarles por fin su apoyo, y apareció una noche el glorioso apóstol de Cristo, San Andrés, al muy noble é invencible principe, nuestro conde de Flandes, Roberto de Trison. Revelóle entre otras cosas el sitio en que se encontraba enterada, en la iglesia de San Pedro, la lanza con que el centurion Longinos hirió el costado de Nuestro Señor Jesucristo; y amonestóle á que después de hallada fuese con los demás principes y cruzados á atacar sin miedo á los infieles, seguros de la victoria.

Llenando esta vision de gozo y esperanza al conde Roberto, dió las gracias con ferviente plegaria á Nuestro Señor y su Santo Apóstol, y contó en seguida la aparicion á los jefes del ejército. Vertiendo lágrimas de devoto júbilo, corrieron todos á escabar el indicado sitio, y al momento encontraron la lanza revelada por San Andrés. Derramóse con esto el entusiasmo por toda la ciudad, y fijóse el dia del combate. Cada cruzado, lleno de devocion y contrita el alma, confesó sus pecados, aceptó la penitencia, y recibió en seguida el cuerpo y sangre de Jesús. Estas preparaciones aumentaron su valor.

Al apuntar el dia, revestidos los sacerdotes de sus sagradas túnicas, celebraron el oficio divino, dando la bendicion al pueblo y exhortándole á la pelea. Era tal la confianza de los cruzados, y tan poderosa gracia les inspiró el Altísimo, que se abrazaban unos á otros prometiéndose victoria, aquellos mismos que en la vispera se les veia abatidos, y apagados los ojos por el hambre de veintiseis dias.



Estátua que existió en una capilla de San Gerónimo de Madrid.

Formáronse en doce batallones invocando el auxilio divino, y avanzaron hácia el ejército enemigo. Digno de recordarlo es lo que les sucedió al salir de la ciudad, con asombro y admiracion de todos, y fué un suave rocío que bajando del cielo se derramó sobre los cruzados. Con semejante muestra les aseguraba el Señor su gracia y bendicion, porque cuantos recibieron el rocío, sintiéronse al instante dotados de fuerza tal de cuerpo y vivacidad de espíritu, que durante la expedicion no conocieron el hambre ni el cansancio. No solo los hombres sintieron este maravilloso efecto, sino tambien los caballos, después de no haber probado en muchos dias otra cosa que hojas y corteza de árbol.

Trabóse el combate, y en medio del mas horroroso encarnizamiento, echaron por fin á huir los pocos soldados del rey de los persas, que escapar pudieron de la lanza de los cruzados. Durante la batalla se vió constantemente al apóstol San Andrés, como una aureola de luz cerniéndose suavemente sobre las legiones de Cristo.



**RAJADELL.**

Este antiguo alcázar ó castillo de los condes de Rajadell, en el principado de Cataluña, da nombre á la parroquia de los santos Acisclo y Victoria, su término y río. Este último serpentea por la base norte de una colina, cuya elevación sobre el nivel de las aguas será de unos 300 metros. Es poco caudaloso, y se dirige de Occidente á Oriente, naciendo en la ladera oriental de los montes de Prats de Rey, por cuya cumbre pasan los límites de los corregimientos de Manresa y Cervera, á los 41° 41' 50" lat. N. y los 5° 13' 9" long. E. Durante el curso recibe algunos afluentes, pero de poca consideración, como el Aguilar, el Palamós, el Plegamans, el Santamans y algun otro, perdiéndose en el Cardoner á inmediaciones de la ciudad de Manresa, donde se pasa por un puente de mampostería de cuatro arcos, después de haber dado movimiento á varios molinos harineros y aserraderos de maderas, y regado los términos de Masana, Caste-

llar, Santamano, Rajadell, Monistrolet, Plegamans, Vallformosa y parte del de Manresa.

En la cima de la colina, sita á la derecha de dicho río, á tres leguas E. de dicha ciudad (á cuyo partido corresponde), y en lo mas encumbrado de ella, se eleva hácia el borde del Norte, que es escarpadísimo, una espaciosa y antiquísima casa fuerte ó castillo, habitación que fué de los señores territoriales ó condes de Rajadell. Es obra toda de piedra cincelada, con grandes ventanas, algunas con verjas de hierro, las puertas arqueadas y los salones y forma de arquitectura gótica. En el día se halla muy desmantelada, y sirve para habitación de los colonos de algunas propiedades de los condes, de cárcel, etc. Parece ser obra de ocho á nueve siglos.

Un poco mas abajo, en la parte oriental, se hallan construidas la iglesia (cuyo campanario es cuadrangular y con una galería en la cima), y la casa del cura párroco formando como una plazuela, que cierra por el Occidente el castillo con sus muros y altas paredes. En la línea del Oriente sigue una acera de unas cuantas casas, único grupo



Estátua que existió en una capilla de San Gerónimo de Madrid.

de estas que hay junto á la sufragánea de Santa-mans, en dicho término, pues las demás se hallan diseminadas la mayor parte á orillas del riachuelo, por el cual pasa el camino de Calaf, que le cruza siete á ocho veces, y le constituye de difícil tránsito algunas temporadas del año.

Los condes de Rajadell, á quienes ha sucedido la casa de los príncipes de Belmonte y Pignatelli, tenían su palacio en la calle de Urgel de la ciudad de Manresa, cuyo edificio fué demolido al levantar una casa moderna á mediados del siglo pasado, en la cual se conservaban los retratos de diferentes condes. En la iglesia de dominicos se conservan todavía algunas arcas de plomo, en que se hallan depositados los restos mortales de los últimos condes, quienes ejercían jurisdicción

sobre dicho término de Rajadell, cuya población en el día se á de 400 habitantes.

**POR NO SABER NADAR.**

HISTORIA DE UNOS AMORES.

I.

¡Cuánto se aman Fernando y Rita! ¡Qué felices deben ser! ¡Qué existencia tan dulce y tan tranquila deben pasar estos dos amantes,



para quienes no hay mas mundo que ellos, para quienes la humanidad se resume en ellos dos! Rita, que es muy poética, hace versos, y todos se los dedica á su Fernando, á quien llama su Faon, su Abe-lardo; los ojos de este son sus estrellas favoritas! Su cabello es una red de ilusiones en la que se ha quedado presa su alma; su cuerpo es elegante y airoso. ¡Cómo le ama!

Fernando tambien adora á su Rita; es su primer amor; es su bello ideal, su sueño de oro; no la encuentra un defecto: sus versos le entusiasman; sus conversaciones le hechizan y le encantan; no ve mas cielo que el poético azul de los ojos de su Rita; no concibe mayor felicidad que sus palabras: cuando estan frente uno de otro, él la coge una mano, se la estrecha entre las suyas, fija sus ojos en los de ella, y así se estan largos ratos, largas horas, que á ellos se les hacen minutos, segundos, átomos de tiempo, y ¡ay del que los interrumpa! El otro día Rita se ha enfurecido porque la fámula ha venido á decirle que estaba la sopa en la mesa, en un momento crítico, cuando ella estaba ocupada en contar las pestañas de su idolo, para hacerle una erótica con tantos versos cuantos pelitos tenia en los ojos. ¡Qué iniquidad de doméstica! ¡en qué momento tan crítico habia ido á mezclar la prosa á la mas tierna poesia! ¿y para qué? ¿para comer! Como si los héroes de las novelas comieran! ¿en qué libro lo habria leído? pero caro ha pagado su crimen.—Sal de mi casa, la dijo Rita, y mendiga tu sustento de puerta en puerta. Terrible maldicion, horrible apóstrofe; y todo por haber mirado por ella. ¡Nagra ingratitud! Pero no, Rita tenia razon: ¿no es el amor el mas puro de los alimentos? ¿no le basta al que ama ser correspondido? Pues entonces ¿á qué venir con esa embajada? Hay heroína de novela que se pasa seis años, toda su vida, sin que una sola vez sea cuestion de comer, y ella no habia de poderse pasar un solo día!...

—Ten calma, la dijo Fernando, come, vida mia; si no te debilitarás, te enflaquecerás, y toda la parte de carne que te falte, es un robo que me haces á mí, puesto que eres mia y me perteneces.

Rita besándole una mano le contestó:

—Fernando mio, si tal es tu voluntad, comeré, engordaré, aunque no sea poético, solo por complacerte; y para que veas cuánto te amo, vendrás esta tarde á merendar conmigo: te preparo una sorpresa.

Cortada ya la conversacion, volvió de nuevo Fernando á mirar á Rita, y ella volvió á su tarea: le preparaba otra sorpresa mucho mas agradable que la merienda.

## II.

Se fué Fernando á su casa lleno de ilusiones, ébrio de felicidad, porque habia dado con la mujer mas poética del mundo, y cada día la queria mas. Se desesperaba sin embargo, porque no podia contestar con versos á los que su amada le enviaba, y hubiera dado la mitad de su vida por haber escrito un soneto ó una octava real. No tenia tampoco amigos poetas que le sacáran del apuro; no tuvo mas remedio que comprar un arte poética y un Rengifo creyendo que solo hacian falta estos dos libros para ser un Cátulo ó un Petrarca.

¿Por qué será que todos los amantes creen verse en la obligacion de escribir á su amada en verso? ¿No se puede decir todo en prosa? ¿O es de mas efecto el renglon desigual y el consonante, las mas de las veces ripio, que la lisa y espresiva prosa? En algo consistirá: pero lo cierto es que todos lo hacen, y Fernando que constituia parte de esos todos, deseaba hacer lo mismo.

El queria pintar á su amada la gran pasion que la profesaba y que ella se merecia; queria agotar una tienda de joyero para á fuerza de cumplidos convertirla á su amada en un escaparate de Samper; queria hacer en su poesia un curso completo de botánica á fuerza de buscar semejanza á las flores con su Rita querida.

Toda la tarde pasó sin querer tampoco tomar alimento para que la inspiracion no se le fuera en pos de los manjares; á fuerza de aguzar su ingenio y á fuerza de invocaciones á las nueve musas y á Apolo su presidente y padre, logró crear la siguiente cuarteta:

Eres, mi perla, una rosa  
del jardin de mi ventura,  
diamante de hermosura,  
toda tú eres hermosa.

Creyó después de haber escrito esto que nadie podia igualársele: ya habia hecho cuatro versos, y muy poéticos: se entusiasmó con su obra; no quiso hacer mas; y al ver su inspiracion vió en lontananza un poema épico y un drama en cinco actos de los que él y su Rita serian los héroes.

Estas ideas convenian admirablemente á las ideas de Rita, que hubiera querido que su amante fuera un Proteo para que pudiera representar los héroes de todas las novelas que habia leído.

Parecian haber nacido uno para otro: pensaban tan acordes, que

al verlos cualquiera hubiera creído que iban á enriquecer el catálogo de los amantes célebres, y que después de Dante y Beatriz, Laura y Petrarca, Ero y Leandro, Safo y Faon, Chactas y Atala, Pablo y Virginia, se iba á añadir Rita y Fernando.

Eran todas las ilusiones de Rita llegar á ser heroína de novela ó de poema ó de drama, ó de cualquiera cosa: todos sus sueños eran la gloria: por eso desde los doce años habia abandonado la aguja, el plumero y la espumadera, y habia enristrado la pluma de poeta; en su cuarto no habia ningun objeto que indicara el sexo á que pertenecia; pero en pago habia una magnífica biblioteca de mas de mil volúmenes; allí, nuevo Don Quijote, Rita se creaba amorios y escenas increíbles, pasiones con peripecias horribles, situaciones altamente dramáticas y desenlaces trágicos, en los que siempre era ella la heroína, y que daban por resultado la inscripcion de su nombre en la página de oro del libro de la historia, y la publicidad universal en alas de la fama y sus cien trompetas.

## III.

Entusiasmado Fernando con los versos que habia hecho, y creyéndose inspirado, no quiso comer de miedo de que la inspiracion se fuera: llegó la hora de la cita para la merienda, y nuestro héroe salió doblemente contento; primero, porque iba á ver Rita; y segundo, porque iba teniendo hambre y se le iba á proporcionar ocasion de saciarla.

Rita habia preparado una merienda suntuosa, cara, pero antinutritiva; habia consultado sus novelas en vez de consultar su libro de cocina, y habia cometido un desacierto. Tal hubiera sido tu opinion, si te hubieras encontrado en la posicion de Fernando; pero este se aguantó y dió las gracias á su amada, que en aquel momento gozaba una felicidad sin límites.

Hé aquí, lector, la descripcion de la merienda que Rita habia preparado para su amante.

Siempre deseando hacer la heroína de novela, no se le ocurrió otros tipos que poner en escena mas que Chactas y Atala, y le preparó á su amante una merienda completamente americana: compo-níase de cocos, caña de azúcar, guayaba, plátano, mamey e icacos, y por toda bebida café puro. Cada una de las cosas que Fernando probaba, Rita le miraba entusiasmada y le decia: ¿te gusta, bien mio? Fernando decia que sí, á pesar de que como al autor de esta historia, le sabian todas á pomada. Después que hubieron acabado le preguntó Rita:

—Recuerdas, Fernando mio, qué amante célebre ofreció una merienda parecida á su amado?

Fernando, que no era fuerte en historia erótica, no pudo contestar á esta pregunta enigma, y se contentó con decir:

—No, no recuerdo.

—Una mujer desgraciada, que vió sufrir mucho al objeto de su amor, y que al fin murió sin haber podido lograr su union con el amor de sus amores. Fernando, ¿no recuerdas la heroína de una novela de Chateaubriand?

—Sí, hermosa, la pobre Atala, contestó este, que aunque no habia leído la popular novela del vizconde, habia visto en cuantas posadas habia estado la historia representada en lindisimas pinturas.

—Qué desgraciados fueron, verdad?

—Sí, mucho, contestó Fernando.

—Y cuánto se amaban!

—Como nosotros; quizá menos, dijo el amante de Rita.

Aquí queria haber llegado Rita.

—¿Conque me amas tanto como Chactas?

—Mucho mas, bien mio!

—Gracias, gracias; no en balde te adoro y te idolatro; razon tengo para decir siempre que nadie en el mundo se ha amado como nosotros. ¡Con qué desinterés te quiero! No tengo ni aun ese egoismo que dice Balzac hay siempre en el amor platónico; por eso me inspiras como nadie en el mundo; por eso, sí, Fernando; y no me llames orgullosa al oír mi confesion; creo que inspirada por tu amor llegaré á alcanzar la gloria que Safo alcanzó inspirada por Faon.

Y diciendo esto entregó á Fernando un papel en el que habia versos, diciéndole como el ángel á San Agustín:

—Toma y lee.

Fernando leyó la siguiente poesia:

## Á FERNANDO...

Angel bajado del cielo,  
Fernando, tierno tesoro,  
te amo, y aun mas, yo te adoro;  
quíereme tu pues á mí  
y déjame que te mire  
y que pueda contemplarte,  
mi vida, para adorarte



con ardiente frenesí;  
tú eres mi cielo, mi vida,  
sin tí no concibo nada,  
eres la prenda adorada  
de mi amante corazón;  
eres mi luz, mi existencia,  
y eres, hermoso Fernando,  
el hombre á quien voy amando  
desde que tengo razón.

RITA.

Después de esta magnífica inspiración, Fernando entusiasmado no se atrevió á entregarla su pobre y solitaria cuarteta.

Estuvieron juntos dos horas formando mil proyectos, forjándose sueños de oro como lo son siempre todos los que nos forjamos, hasta que llegó la hora de despedirse.

Tenía por costumbre besarle una mano: aquel día lo deseaba mas porque era feliz con su amor; pero ella, que estaba un poco escotada, no lo consintió, y le hizo que la besara en la espalda. Así es mas poético y mas erótico, le dijo; así fué el primer beso de amor que dió Felix á Enriqueta segun cuenta Balzac en el *lirio en el valle*, y se querian mucho; acostúbrate á separarte de lo vulgar como han hecho los grandes amantes, y la posteridad nos colocará al par de ellos.

Después de esta mezquina peroración, Fernando no contestó, y salió ébrio de felicidad.

#### IV.

Pasaron varios días en que nuestros amantes, lejos de quererse menos, aumentaban su amor y se daban mutuamente las mas grandes y platónicas pruebas. Pasaban todo el mas tiempo que podian juntos sintiendo cada vez que se separaban.

Uno de los días en que Fernando fué á ver á su adorada Rita, esta, loca de contenta, le dijo que habia resuelto ir á enterrar su felicidad lejos del mundo con los placeres de la soledad como Rousseau y Maria de Warens, y que tenia proyectado un viaje á Paracuellos, donde habia alquilado una casita á orillas del río.

Fernando tambien pareció alegrarse mucho á esta noticia; iban á vivir en el campo lejos del mundo que se interponia á sus amores.

Rita le participó que por respeto al mundo no debian vivir juntos; y que aunque esos amantes á quienes querian imitar así vivian tambien, otros no menos célebres habian vivido separados naciendo de ahí su fama y gloria: así convinieron que se haria.

Rita le anunció que ella iria primero, que le buscaria casa y le escribiría para que fuera.

El día de la despedida, Rita le envió unos versos de los cuales hacemos merced á nuestros lectores, porque en nuestro humilde juicio, una poesia y un cuadro, no siendo muy buenos, no deben verse.

Rita salió para el poético pueblo en que debian habitar, y á los cuatro días escribió á Fernando la siguiente carta:

«Ídolo mio: qué dichosos vamos á ser aquí, lejos de las gentes que no se interesan por nuestro amor, que nos miran indiferentes, sin creer que tenemos unas almas tan grandes como las de Julio César y Napoleon, lejos de esa estúpida humanidad que con el alma de carbon de piedra, como ha dicho uno de esos poetas, no enaltece mas pasiones que las mundanas!

«Ya te tengo casa, vida mia; ven, viviremos felices; toma la startana que sale de la calle de Alcalá y ven pronto; yo te espero con impaciencia; verás qué piso árido y seco como los desiertos en que vivieron Atala y Chactas, de feliz memoria para nosotros; tiene sin embargo árboles como los de las *Charmettes* de Rousseau; un río que puede para nosotros reemplazar al lago en que fueron felices Julia y Rafael, y algunos montecitos como los de la gruta en que vivieron Laura y Petrarca: verás aquí cómo te parece el cielo mas azul, el sol mas ardiente y la brisa mas poética; ven: cuando llegues te daré una leyenda en diez cantos de mas de ocho mil versos que he hecho en cuatro días, y de los que eres tú el héroe.

«Ven á vivir feliz al lado de tu

RITA.»

P. D. «Para inaugurar bien esta segunda época de nuestra vida, ven como venia Petrarca á ver á Laura todo vestido de blanco.»

#### V.

*Todo se desvanece, borra y pasa.*

Ha dicho un poeta, repitiendo lo que desde Adán se dice que no hay completa felicidad en el mundo, y ahora vas á tener otro ejemplo que añadir á los miles de miles que presenta el mundo.

Fernando fué á Paracuellos: inútil es decirte con qué alegría le recibió Rita; bástete saber que á su entrada le besó en los ojos como Safo á Faon; que le leyó la leyenda; que estuvo cuatro horas leyendo versos, hasta que estenuada de fatiga tuvo que dejarlo.

Pasáronse días muy felices; todas las noches iba Fernando á verla, para lo cual tenia que dar una gran vuelta para ir á buscar el puente; pero le importaba andar mas, si iba á ser feliz á su lado?

Una noche ella lo estaba esperando al balcon; el fué á entrar por la puerta, y Rita le llamó.

—Aquí tienes esta escala, le dijo, sube por ella, y haremos como hacian Romeo y Julieta.

Efectivamente, él subió con bastante miedo porque no tenia costumbre de tales ascensiones, y ella se consideró dichosa de no tener nada que envidiar á la heroína de Shakespeare.

Si Rita no hubiera querido imitar á otros amantes, lo hubieran pasado muy felices, puesto que él á todo se amoldaba; pero una malhadada idea vino fatídica á cruzar su mente; lo pensó, y determinó que Fernando lo pusiera en práctica, para lo cual escribió la siguiente epistola:

«Fernando mio: puesto que un río nos divide y que tienes mucho que andar para venir á verme, he hallado un medio de zanjarse esta dificultad: imita al fiel amante de Hero, al apasionado Leandro: pasaba todas las noches á nado el Helesponto con la ropa sobre la espalda; Hero encendia un farol y le esperaba en la orilla opuesta: imítale tú á él, que yo te ofrezco hacer lo que ella. Hazlo, bien mio; será una inmensa prueba de amor que te agradeceré toda la vida. Esta noche te espera tu

RITA.»

Apenas leyó esta carta Fernando, se incomodó, recordó todas las escenas que le habia hecho hacer su Rita, y como no sabia nadar, el miedo al agua le hizo ver á su amada loca. Determinó pues no pasarlo á nado y observar bien si ella estaba en su juicio.

Llegó la noche, y la apasionada Rita esperaba con el farol al balcon de su casa, cuando ¡oh dolor!!!... el hombre en quien tenia puesto todo su cariño, venia por el puente, no se habia atrevido á pasar á nado; no merecia su cariño. Se metió y cerró el balcon sin consentir en abrir la puerta á pesar de las endechas y lamentaciones de Fernando que no sabia nadar.

Fernando se retiró irritado; ella, queriendo aun imitar á alguna amante célebre, se retiró á un convento como Heloisa, escribiéndole antes los siguientes renglones:

«El hombre que no espone la vida por su amada, es indigno de ser correspondido y de que la fama conserve su nombre en su libro de oro; desde hoy te he borrado de mi libro de memorias.

#### VI.

Lector, te aconsejo que si no sabes nadar, aprendas.

A. BONAT.

#### CARACTER.

Carácter moral, es la disposicion habitual de las almas que inclina al hombre á una accion ó comportacion. Así es, que un hombre que perdona, raramente ó jamás es de un carácter vengativo: he dicho raramente ó jamás. Efectivamente, el carácter es formado, no por la disposicion rigurosamente constante, sino por la habitual, quiere decir, la mas frecuente en que se halla el alma.

M. Duclos, en sus *Consideraciones sobre las costumbres*, observa con mucha razon que la mayor parte de las faltas y disparates de los hombres en su conducta, nacen de que su espíritu está en equilibrio con su carácter. Por ejemplo, Ciceron era un hombre de gran talento, pero una alma débil; esta la razon por qué fué un grande orador, hombre de un estado mediano, y así otros.

Nada mas peligroso en sociedad que un hombre sin carácter; quiere decir, que su alma no está decidida. Confiamos en un hombre virtuoso, desconfiamos de un pícaro. El hombre sin carácter es alternativamente una cosa y otra; no puede adivinarse, no es posible considerarlo como amigo ni enemigo; es una especie de antiafibio, si es posible espresarse así, que no conviene á ningun elemento. Me recuerda aquella ley de Solon, que declaraba infames todos los que no tomaban partido en las sediciones; conocia que nada tan temible como los hombres sin carácter, y no decididos (1).

CARÁCTER DE LAS NACIONES. El carácter de una nacion consiste en cierta disposicion habitual del alma, que es mas comun en

(1) Si no existieran partidarios no hubiera partidos. La opinion del hombre bueno es su secreto: se manifiesta, agotados los recursos de reconciliacion entre sus ciudadanos.



una nación que en otra, aun cuando esta disposición no se encuentre precisamente en todos los miembros que la componen: así es, que el carácter de los franceses es la ligereza, la alegría, sociabilidad, amor á sus reyes y de la monarquía misma, etc.

Las naciones que han subsistido largo tiempo, se observa en el fondo de su carácter no haber mudado: así es, que los atenienses del tiempo de Demóstenes gustaban mucho de novedades; lo fueron igualmente en tiempo de San Pablo, y aun lo son en el día. En el libro admirable de Tácito sobre las costumbres de los alemanes, se hallan cosas que acreditan sus descendientes en el día.

Grandes son las razones que acreditan influye mucho el clima en el carácter general; pues no es posible atribuirse á la forma de gobierno, que sufre variaciones con el tiempo. Sin embargo, si la forma del gobierno subsiste por uno dilatado, no hay duda en que deba influir en el carácter de una nación. Por ejemplo, bajo un gobierno despótico, el pueblo pronto será perezoso, vano y amigo de frivolidades; debe perder el gusto á lo hermoso y lo cierto, no debe pensar en hacer grandes cosas.

**CARÁCTER DE LAS SOCIEDADES Y CUERPOS PARTICULARES.** Las sociedades ó cuerpos particulares en el centro de un pueblo, son de algun modo pequeñas naciones rodeadas de una mayor: es un ingerto de buena ó mala calidad, introducido en un tronco grande: así es que las sociedades ordinariamente tienen un carácter particular, que se llama espíritu de cuerpo. En ciertas compañías, su carácter general es el espíritu de la subordinación; en otras es el de la igualdad, y no son estas por cierto las mas mal dotadas: estas se adhieren mucho á sus costumbres; aquellas consideran ventajosas las variaciones. Aquello que se estima defectuoso en un particular, en una compañía se reputa virtuoso. Tal vez seria conveniente segun la opinion de un hombre de talento, que las compañías literarias fuesen pedantes.

Suele ser el carácter de una sociedad muy distinto al de la nación en que existe trasplantada, por decirlo así. Aquellos cuerpos, por ejemplo, que en una monarquía hiciesen voto de fidelidad á otro príncipe que no sea su legítimo soberano, deberán tener desde luego menuda adhesión á este que el resto de la nación: esta es la razón por qué los frailes fueron tan nocivos á la Francia en la época de la liga; no por esto debemos persuadirnos no se varíe, pues en otros tiempos otras costumbres. Dice el célebre Voltaire en sus admirables *Ensayos sobre el siglo de Luis XIV*, que los religiosos cuyos jefes residen en Roma, son otros tantos vasallos inmediatos del papa, derramados sobre la superficie de la tierra. La costumbre, que todo lo hace, razón por qué el mundo se halle gobernado por tantos abusos como leyes, no permite á los príncipes en todos casos remediar enteramente males y peligros, que dependen de cosas útiles y sagradas. Prestar juramento á todo otro que no sea su príncipe, es un crimen de lesa majestad en concepto á un seglar; en el claustro, es un acto religioso. La dificultad de saber y conocer hasta qué punto alcanza la obediencia á ese soberano extraño, la facilidad de la seducción, el placer de sacudir un yugo natural para someterse á aquel que uno mismo por su voluntad se impone, el espíritu de las tribulaciones, las desgracias de los tiempos, han arrastrado muchas veces religiosos á servir á Roma contra su patria.

### LETRILLA.

*Todos ¡qué risa!  
me dan consejos,  
pero ninguno  
me da dinero.*

Suele decirme  
Don Hemeterio:  
«Si usted desea  
ponerse bueno,  
vaya al teatro  
y á los paseos,  
vaya á los bailes  
y á los conciertos,  
tome jamones,  
vinos añejos,  
haga usted viajes  
al extranjero.»

*—Todos ¡qué risa!  
me dan consejos,  
pero ninguno  
me da dinero.*

Algunas veces  
dice Don Diego:

Jesús! ¡qué gusto  
tienes tan feo!  
¿Por qué te compras  
ese chaleco?  
Su tela es basta,  
bajo su precio,  
cómprate otro  
de terciopelo,  
y ese lo tiras  
al basurero.

*—Todos ¡qué risa!  
me dan consejos, etc.*

Por mi fortuna,  
siendo pequeño  
me arrebataron  
todo el dinero  
unos tutores  
medio cabestros,  
que solo robos  
hacer supieron;  
y al verme triste  
mi señor suegro  
dice el bendito:  
ponedles pleito.

*—Todos ¡qué risa!  
me dan consejos, etc.*

Dice mi primo  
con mucho celo:  
¿Quieres que Rita,  
la de ojos negros,  
te diga pronto  
«por tí me muero?»  
Hazle un regalo,  
daráte un beso,  
hazle un segundo,  
daráte un dedo,  
y sabe Cristo  
qué hará al tercero.

*—Todos ¡qué risa!  
me dan consejos, etc.*

Si en ser poeta  
tienes empeño,  
(me dice el sábio  
Don Baldomero),  
compra las obras  
del gran Quevedo,  
las de Cervantes  
y otros doscientos,  
vé sus bellezas,  
lee sus versos,  
y te aseguro  
serás un genio.

*—Todos ¡qué risa!  
me dan consejos, etc.*

El mes pasado  
murió mi abuelo,  
y hubo que hacerle  
muy pobre entierro;  
pero gritaba  
cierto muñeco:  
Los funerales  
con lujo hacedlos;  
que toquen músicas,  
que haya bureo,  
que el catafalco  
suba hasta el cielo.

*—Todos ¡qué risa!  
me dan consejos,  
pero ninguno  
me da dinero.*

VICTORIANO MARTINEZ MULLER.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO Á ILUSTRACION, á cargo de D. C. Alhambra.





ARCO DE TOLEDO EN ZARAGOZA.

Hay ciertos monumentos que merecen consignarse, trasmitiendo su memoria á la posteridad, si no por la belleza de sus formas, al menos por el interesante papel que en varias épocas han representado. Cuando el recinto de Zaragoza se hallaba circunscrito al espacio que media entre las puertas de San Ildefonso (vulgo de la Tripería) por el mercado y calle del Coso hasta la Puerta del Sol, ocupando lo restante de su radio el Ebro, que baña los muros de la ciudad S. H., existían otras tres puertas en aquel intermedio, si bien de origen mucho mas antiguo; tales eran la de *Toledo*, *Cineja* y *Valencia*. A pesar de sus trasformaciones, la ciudad de Zaragoza ha conservado la elíptica forma que la dieron los romanos, cruzándola por dos largas calles que miran á los cuatro vientos principales por cuatro puertas, que engrandeciéndose posteriormente la población por el O. y el S., permanecieron y se hicieron célebres con el nombre de *Arcos*. Todavía existe á la parte del N. sobre el río Ebro el llamado del *Angel*, y al E. el de *Valencia* delante de la iglesia parroquial de Santa María Magdalena: del de *Cineja*, que se hallaba á la parte del S. en el centro del Coso, cuya etimología pretenden algunos que provenga del pretor *Cinegio*, no ha quedado mas que el nombre, habiendo desaparecido también la cruz que hace algunos años existía frente de él, monumento dedicado á la memoria de los innumerables mártires degollados en aquel sitio en tiempo de Diocleciano, entre los que se cuentan San Lamberto y Santa Engracia, hijos de Zaragoza; pero el que hoy es objeto de nuestra atención es el llamado *Arco de Toledo*,

centro y teatro de la historia zaragozana durante muchos siglos, cuyo estado ruinoso obligó al Excmo. ayuntamiento de Zaragoza á derribarle en 1842, trasladando las cárceles que en él se hallaban al espacioso edificio de la ex-Inquisición, edificando en su lugar hermosas casas. Este monumento, de aspecto tosco y grosero, denegrido por el tiempo, se hallaba situado á la parte de O. al extremo de la comercial calle Mayor, entre el bullicioso mercado y la Plaza del Justicia, mirando hácia Castilla, de donde tomó sin duda el nombre de Puerta de Toledo, en tiempo que esta ciudad era la capital de la monarquía en el imperio de los godos. Consistía en un arco de ladrillo con sus dos grandes torreones que guarnecían dicha puerta durante la dominación de los romanos. En tiempo en que los fueros de Aragón se hallaban en su mayor grado de esplendor, servía solamente de *Cárcel de la manifestación*, amparo y depósito mas bien que terror de los acusados: en ella estuvo preso Antonio Pérez, primer ministro de Felipe II, cuando salió de la Inquisición reclamado por el justicia D. Juan de Lanuza en virtud del poder que para ello los fueros le concedían.

Fué este arco mudo é inmóvil testigo de violentas asonadas y de lúgubres suplicios; presidió á belicosos torneos, á augustas solemnidades, y dió paso á magníficas procesiones en las coronaciones y entradas de los antiguos reyes. No tan respetable por su arquitectura como por sus recuerdos, se le ha visto en nuestros días dominando parásitos tinglados de mercancías de quincalla. Este edificio fué der-

27 DE NOVIEMBRE DE 1835.



ruido como queda dicho el año 1842, quedando únicamente para los amantes de las glorias de su país la memoria de lo que fué; igual suerte cupo á la histórica iglesia de San Juan del Puente con motivo del derribo de la Puerta del Angel en 1845. Destinado nuestro periódico á admitir en sus páginas todo cuanto pintoresco ó histórico encierre nuestra patria, para lo cual lleva al frente con orgullo el honoroso epíteto de ESPAÑOL, ha creído que debía en él ocupar un lugar como hoy lo ocupa el ARCO DE TOLEDO.

J. A.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID

### RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

La Puerta del Sol, á cuyo sitio privilegiado nos conduce por segunda vez el orden de nuestros paseos, principió á adquirir su importancia topográfica desde que á mediados del siglo XVI se verificó en derredor de ella la tercera y última ampliación de Madrid, quedando como punto central de la grande estrella formada por las principales calles antiguas y modernas. Sin embargo, como la formación de estas últimas se verificó lentamente, y la mayor vitalidad de la antigua población tenía su centro en la Plaza Mayor, tardó todavía mas de un siglo la Puerta del Sol en robarla la preferencia; y tanto, que todos los escritores matritenses del XVII guardan sobre ella un completo silencio, y ni aun en los sucesos públicos figura apenas todavía. Pero á medida que fue aumentando en importancia la parte nueva oriental y setentrional de la población, y compartiendo con las otras la vitalidad del comercio y bullicio de la villa y de la corte, fué enaltecándose la Puerta del Sol hasta el punto de que su nombre ha llegado á emblematizar el Madrid moderno, y las crónicas de esta villa en los dos últimos siglos pudieran muy bien formularse en las de esta célebre plaza.

La parte material de ella, mezquina é irregular todavía, lo era aun mas, hasta que en el reinado de Carlos III recibió la notabilísima construcción de la casa de Correos, en cuyo sitio habia, como dijimos en otro artículo, mas de 50 casas comunes, que fueron derribadas al efecto. La mezquina fachada de la iglesia del hospital del Buen Suceso afeaba ya el sitio, prefrente de Madrid, y tenia por entonces delante una lonja ó atrio con verja; y mas acá se alzaba la pesada mole de la fuente, coronada por la estatua de Venus, conocida en el vulgo de Madrid por la Mariblanca, que ahora está colocada en la de la plazuela de las Descalzas; esta fuente (si hemos de creer al dibujo que acompaña Alvarez Colmenar (2), y que reproducimos aquí), difería mucho de la posterior que hemos conocido y visto demoler, y era obra no menos estravagante del arquitecto D. Pedro de Ribera, en los principios del siglo pasado. A los lados habia cajones y tinglados para la venta de comestibles, y así estan pintados en el plano antiguo, y lo confirma tambien Pellicer en la cita que hace de la venta de unas casas, sitas en la Puerta del Sol, acerca de la Victoria, enfrente de los cajones de la fruta. La parte nueva de la casa de la Inclusa, entre las calles de Preciados y del Carmen, reconstruida á fines del siglo XVII, y que avanzó demasiado á la Puerta del Sol, es el único edificio de alguna importancia material; pero la mercantil de todos ellos ha crecido hasta el extremo de que calculándose por D. Teodoro Ardians en sus Ordenanzas de Madrid de principios del siglo pasado el valor de cada pie de sitio en doce reales vellon, se aprecia hoy en las tasaciones oficiales en ciento veinte.

De la mayor parte de las calles que parten de esta plaza en todas direcciones, desde la de Alcalá á la de los Preciados inclusive, ya hemos hablado en los artículos respectivos, restándonos solamente hacer mencion de las del Carmen y de la Montera, que quedaban como dijimos fuera de la tapia ó cerca del antiguo arrabal, que venia desde la plazuela de Santo Domingo y Postigo de San Martín, por entre dichas calles del Carmen y de los Preciados, al sitio desigual y pantanoso llamado la Cava de la Puerta del Sol. Hoy, convertido este en dos importantísimos puntos mercantiles y favoritos del capricho y de la moda, son para Madrid lo que las calles Vivienne y de la Paix para París, con la notable y sensible diferencia de que en aquellas los preciosos objetos y mercancías que las decoran y embellecen son frutos de su industria indígena, cuando las de Madrid ya citadas no ostentan regularmente otra cosa que las ricas manufacturas extranjeras. Hasta la misma población de estas dos calles, especialmente la de la Montera, está generalmente compuesta de naturales de Francia y otros países, aunque avicinados en Madrid; y esto, unido al lujo y multitud

de los almacenes y tiendas de comercio, en que estan convertidos hasta los mismos portales de las casas; á la infinidad de muestras ó enseññas de las sastrerías, modistas, peluquerías, sombrereros y demás, que cubren literalmente las ventanas, los balcones, las fachadas casi todas; á la animación consiguiente á este inmenso movimiento mercantil, y hasta la misma forma de esta hermosa calle en suave pendiente desde su principio hasta la Puerta del Sol, ostentando en su centro una fuente moderna, inaugurada en 1833, aunque de forma impropia de fuente pública, todo ello reunido contribuye al conjunto y especial fisonomía de esta interesante calle madrileña.—El nombre de la Montera, que llevó desde los principios, quieren algunos que sea corrupcion de la Monteria, por ser el sitio por donde salian para las grandes monterías ó cazas; y otros le atribuyen á cierta beldad que habitaba en ella en el siglo XVI, y era esposa del montero del rey.—Contiguo á la fuente, el sitio que media hasta cerca de la parroquia de San Luis sirvió en los siglos XVII y XVIII para la venta del pan, cuyos puestos ó tinglados tenían delante una red defensiva, de que le ha quedado al sitio el nombre vulgar de la Red de San Luis. Posteriormente, y hasta hace pocos años, ha habido cajones para la venta de carnes, verdura y frutas, que se han quitado muy acertadamente de allí.—La parroquia de San Luis obispo, que se alza en el comedio de esta calle, fué erigida en 1541 como anejo de la de San Ginés; hoy es una de las principales de Madrid, y su templo, construido á fines del siglo XVII, uno de los mas espaciosos y concurridos, aunque no tiene nada notable bajo el aspecto artístico. La portada es obra del corruptor José Donoso, á quien se atribuye tambien el pesado armatoste churrigueresco del retablo dorado del altar mayor.

Entre esta calle de la Montera y la del Carmen, desde la Puerta del Sol hasta la calle de Jacometrezo en que ambas terminan, la industria mercantil va invadiendo y monopolizando todo el sitio, en términos que apenas queda ya resto alguno de las antiguas construcciones que pudieran tener algun interés histórico; únicamente acaso sirve de escepcion la iglesia del Carmen Calzado y su convento destinado hoy á las oficinas de liquidación de la deuda del Estado.—Ya dijimos en su lugar que la casa mancebía pública que estaba á principios del siglo XVI en el sitio donde ahora el palacio de los condes de Oñate, se mandó trasladar á otro punto por Real Cédula de Carlos I, fecha 28 de julio de 1541, lo cual se verificó comprándose para ello por la villa un sitio que tenia Juan de Madrid, mercader, y estaba á la cava de la Puerta del Sol donde se construyó la nueva casa de mujeres públicas. Pero mas adelante, y habiendo ingresado este sitio dentro de la población, y formándose una nueva calle, fueron espulsadas de él en el reinado de Felipe II, y designado para la fundación de un convento é iglesia de religiosos calzados de Nuestra Señora del Carmen, lo cual se verificó diciéndose la primera misa en 17 de enero de 1575.—Es un templo muy espacioso y concurrido sobremanera, aunque poco notable bajo el aspecto artístico. El convento contiguo igualmente, y es de creer que por su estado desaparecerá muy pronto dando lugar al ensanche de la contigua plazuela del Carmen y la construcción en ella de un mercado regular y cubierto, tan indispensable ya en aquel sitio.

Entre dicha calle del Carmen y la de Jacometrezo, estan las traviesas llamadas de los Negros, miserable callejón que desaparecerá casi del todo cuando el convento, ó se convertirá acaso algun día en una elegante galería de cristales; la de la Salud y del Olivo baja y alta; de San Jacinto, del Horno de la Mata, de Chinchilla y de la Abada, que recibió este nombre á causa de una abada ó rinoceronte hembra que trajeron del Brasil y enseñaban en ella unos portugueses.—La de Jacometrezo, una de las mas pasajeras, estrechas y peor alineadas de Madrid, fué llamada así á causa del célebre escultor y lapidario de Felipe II, Jacome de Trezzo, natural de Milan, y autor de la famosa obra del tabernáculo del Escorial, que habitó en dicha calle y casa de su propiedad, construida por Juan de Herrera en el sitio que ocupa la actual núm. 13 propia del señor Perez de Soto, que es moderna y fué mandada construir para el señor Gonzalo del Rio á principios de este siglo. La antigua de Juan de Herrera no tenia mas que un solo piso, y fué después que de Jacome Trezzo de Juan Bautista Bodelasco, milanés tambien; luego de Juan Escarfigo, Sine Valdivieso y Juan Bautista Justiniano; y en el siglo pasado perteneció á D. Pedro Saavedra Fajardo Barnuevo y Villarsa.—Otras casas antiguas existen en dicha calle, aunque reformadas, tal como la del mayorazgo de Horcasitas á la plazuela de Moriana y calle de Hita, hoy del marqués de Villadarias; la del mayorazgo de Rivadeneira y de Ibañez de Segovia (Mondéjar) con vuelta á la de la Verónica; la del duque de Solferino á la de Tudescos no existe, y tampoco otras que han sido substituidas por nuevas y mas económicas construcciones.

Las calles paralelas de Fuencarral y de Hortaleza, que van desde la calle de la Montera á terminar en los límites Norte de la villa, presentan á su entrada dando frente á esta, un prolongado espacio que por su posición ventajosa (después de la del Buen Suceso la mas pre-

(1) Véanse los números anteriores.

(2) Anales d'Espagne et de Portugal.

puerto central del Puente del Sol hasta el extremo de la línea setentrional que tiene por límites la Puerta de San Pablo y la de la Victoria (del Puente del Sol). También comprenden en este espacio la Puerta de San Pablo y la de la Victoria (del Puente del Sol).



ferente de Madrid) por su forma regular y considerable, merecía bien haber sido escogido para un edificio público y de grande importancia; pero desgraciadamente lo fué á mediados del siglo último por D. Pedro de Astrearena, marqués de Murillo, que reunió tambien las contiguas de Apodaca y del marqués de la Vera, formando una sola sobre aquella estendida superficie de 32,000 piés con tres enormes y poco elegantes fachadas que han dado lugar al dicho vulgar de los madrileños para caracterizar todas las cosas de mayor apariencia que fondo relativo: *la casa de Astrearena, mucha fachada y poca vivienda*. Especialmente es de sentir que continuase dicho edificio con los dos adjuntos ya citados, por cuyo sitio debía prolongarse utilísimamente la calle de San Miguel á dar frente á las del Desengaño y de la Luna, comunicacion tan necesaria entre los barrios al Oriente y Norte de Madrid.—La calle de Hortaleza, renovada como su paralela la de Fuencarral casi del todo en estos últimos años, apenas ofrece ya edificios de interés histórico. El convento de *Padres Agonizantes* de San Camilo de Lelis, que daba frente á ambas, ha sido sustituido por casas particulares. Las demás de los antiguos mayorazgos, todas estan reformadas, ó han desaparecido igualmente; y de edificios públi-

cos solo merece mencion el suntuoso *colegio Calasancio* de padres de las Escuelas pías, fundado en 1753, y su templo bajo la advocacion de *San Antonio Abad*, vasto y suntuoso edificio aquel, donde reciben esmerada educacion literaria un número considerable de niños de las primeras familias de Madrid en clase de pensionistas, y la primaria mas de 700 de las clases menesterosas, gratuitamente.—Frente de este colegio está la casa real de santa Maria Magdalena de *mujeres arrepentidas*, vulgo *recogidas*, trasladadas á este sitio desde el hospital de Peregrinos en 1625; y su modesto templo, del que á fines del siglo pasado fué capellan mayor y rector de la casa el sencillo y modesto poeta popular D. *Francisco Gregorio de Salas*, que vivió en tal concepto y murió en el cuarto bajo de dicha casa.—Al fin de la calle se alzaba hasta hace pocos años el convento de Mercedarios Descalzos de *Santa Bárbara*, fundado en 1612 sobre el sitio que ocupaba la antigua ermita de aquella santa. Contigua á él existe todavia la casilla y huerto que ocupó la *Beata Mariana de Jesús*, y en que falleció en 1624. Los restos de la iglesia y convento, después de haber sido destinados á fabrica de fundicion del señor Bonaplata, *van á desaparecer del todo para dar lugar á la construccion de casas*

*Antiguas de casa*



(Vista de la Puerta del Sol á fines del siglo XVII.)

particulares y rompimiento de nuevas calles en su estensa huerta. Frente de este convento, en unos inmensos eriales propios de la villa, en el dilatado espacio de mas de 153,000 piés, se levantó á fines del siglo pasado y con destino á la matanza y *salade o de reses*, el sólido edificio que hoy sirve para *cárcel de villa*, y sus accesorios para el ramo de limpiezas, terminando la calle por el mismo antiguo mezzuino y ridículo *portillo* que da salida á la ronda y caminos de la Fuente Castellana, muy parecido si no es el mismo que aparece ya pintado en el plano de 1636.

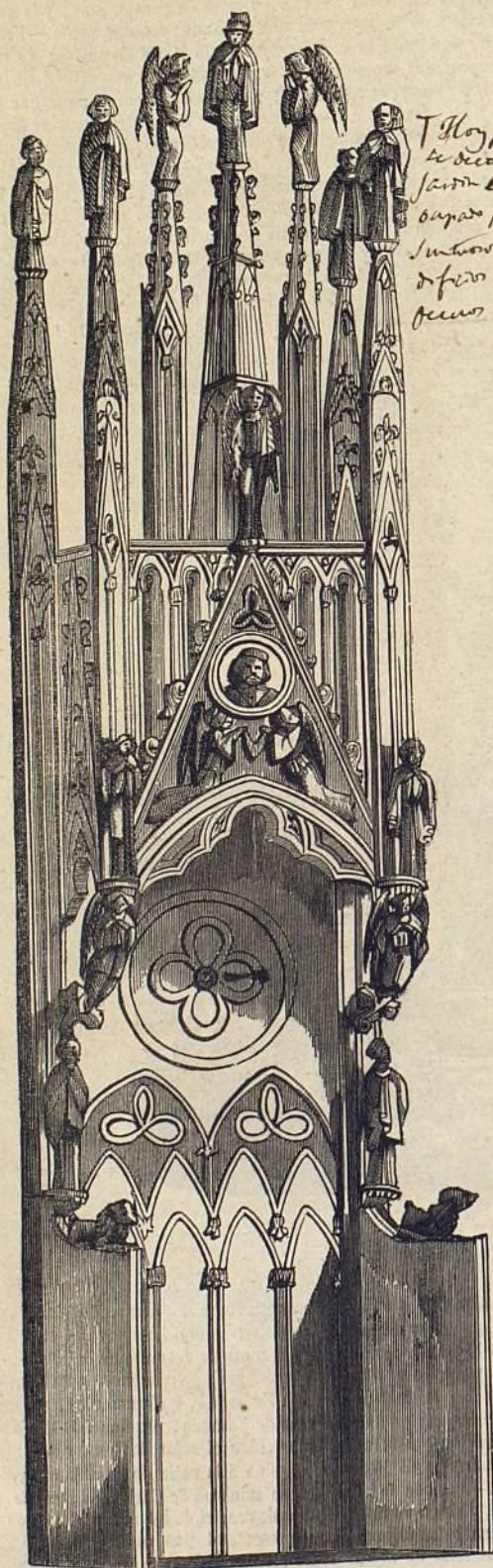
La otra calle llamada de *Fuencarral* está aun mas completamente renovada y aprovechada por las nuevas y elegantes construcciones particulares, habiendo desaparecido casi del todo el antiguo caserío, que por otro lado carecia de importancia y de monumentos públicos, religiosos ni civiles, siendo en este punto, aunque una de las calles principales de Madrid por su estension de 5,676 piés, el número de sus casas que llega al 103 por la izquierda y 92 por la derecha, y su poblacion de 3037 habitantes, la única acaso que no cuenta en su recinto una sola iglesia, ni mas edificio público que el *Hospicio de San Fernando*. Pero las casas modernas en general son elegantes y bellas, aun las

que quedan de los siglos anteriores, como la del marqués de la Torrecilla que antes fué del de Matallana (núm. 35 nuevo) frente á la calle de Santa Maria del Arco, y la contigua del marqués de Nava-hermosa, la que fué del marqués de la Mina, y vivieron en nuestros dias el de Ariza y la duquesa de San Fernando, y alguna otra, no desdican de las modernas del duque de Veragua, esquina á la de Santa Maria del Arco, las construidas sobre el solar de los Agonizantes, la del marqués de Morante, esquina á la calle de San Mateo y demás (1).—La que fué del famoso ministro de Carlos III, *conde de Aranda*, y sirvió en nuestros dias de cuartel de infanteria, ha sido demolida en estos últimos años, presentando una superficie de 33,275 piés, que sería de desear fuese aprovechada para la construccion de un *mercado*.—Frontero de este sitio se trasladó á unas casas de su pertenencia durante la minoría de Carlos II y la regencia de su madre

(1) La pequeña casa núm. 8 antiguo y 17 moderno, fué mandada construir á principios de este siglo por su propietario D. Leandro Fernandez de Moratin, y en ella vivió durante los últimos años de su residencia en Madrid hasta 1815. La dirigió su amigo el arquitecto D. Silvestre Perez, y solo tenía piso principal con dos ventanas anteporchadas. Hoy se halla renovada con dos pisos y dobles balcones.



Doña Mariana de Austria, el hospicio fundado en la calle de Santa Isabel por la congregación del nombre de María; pero el estenso edificio actual es obra del siglo XVIII, haciéndose notable, aun mas que



(Sillon del coro de la Catedral de Barcelona.)

por su solidez y espaciosidad, por la estravagante y famosísima portada con que plugo decorarla el célebre arquitecto D. Pedro Ribera, y que viene siendo desde entonces en Madrid el tipo mas señalado del extraño gusto que se apellidó Churriqueresco. En cuanto á la impor-

tancia y régimen interior de este grande establecimiento, primera casa de socorro de Madrid, seria largo é importuno el detenernos á encarecerlos, cuando son generalmente reconocidos, y en el dia puede ser citado como modelo de buena administracion.—La calle de Fuencarral termina por su derecha con la estendida posesion donde estan los Pozos de la nieve, que llega á tocar por el paseo de la Ronda con la no menos estensa del Saladero, y por la izquierda de la calle con la casa de ~~los~~ <sup>el</sup> jardín, construida á principios del siglo actual por el señor Bringas, público sitio de recreo hace pocos años, bajo el nombre de Jardín de Apolo, comprendiendo en su cerca toda la antigua manzana 478. Entre ambas posesiones se alza en el mismo sitio de la antigua puerta de los Pozos de la nieve, la moderna de fines del siglo último, apellidada actualmente de Bilbao, que es de forma muy regular, y ostenta en sus dinteles las honrosas cicatrices ocasionadas por la artillería de Napoleon en los primeros dias de diciembre de 1808.

De las calles traviesas entre ambas calles de Fuencarral y de Hortaleza, solo la espaciosa de San Mateo tiene alguna importancia, y principalmente por el antiguo cuartel que fué de Guardias españolas de infantería, que comprende 54,530 piés de sitio, y hoy sirve para los cuerpos de la guarnición. Las demás calles traviesas, llamadas antiguamente de Santa María la vieja, ahora travesía de San Mateo, de San Lorenzo, de Santa Brigida, de San Juan (ahora de la Farmacia), de San Pedro y San Pablo (hoy de Hernán Cortés), del Arco de Santa María, del Colmillo y la del Piojo (ahora continuacion de la de las Infantas), ofrecen poco ó ningun objeto de mencion especial, sino el colegio ó Facultad de Farmacia, establecido en el núm. 11 de la calle de San Juan, que ahora lleva su nombre; la copiosa y apreciable galería de cuadros, muebles y armaduras antiguas y otras curiosidades, reunidas por el señor Jimenez de Haro, en su propia casa núm. 12 de la misma calle; y en la de San Lorenzo núm. 11 la espaciosa casa que fué del opulento hacendado del término de Madrid D. Pedro del Rio y después de sus hijos D. Diego y D. Rafael, en la cual existe un lindo teatro que sirvió para representaciones de sociedad, á que asistieron hasta los mismos monarcas; y alguna otra casa que no recordamos en las demás calles citadas.

R. DE MESONERO ROMANOS.

## EL MUNDO NUEVO.

### HACER NEGOCIOS.

A poco tiempo que uno falte de la corte, ó que se encierre en l dulce concha del hogar doméstico, á vivir tranquilo en medio de la corrientes eléctricas, del incesante vórtice del gran mundo, se hall al salir expuesto á grandes sorpresas, á continuos chascos. La corte es un teatro de peripecias: arcaduz de noria, que tan pronto sub rebosando, como desciende exhausto.

No hace muchos años que despues de una larga encerrona, romp la cáscara del huevo, y me eché á volar, nada menos que por las regiones etéreas del Teatro Real, en la época brillante de su apertura. Sol pensativo entre la bulliciosa concurrencia, á cuyo anhelo por gozar faltaban sentidos corporales, dirigia en un entreacto mis curiosas miradas al escenario real de los espectadores, acaso mas divertido que el de farándula que nos habia robado el telon de boca, y acabé por fijarme en un jóven muy presumido de elegante, con traje de etiqueta, el flexible gaban arrollado con afectado desden al brazo izquierdo, y en la mano derecha unos gemelos de marfil, flechados á los palcos. La puntería nunca se remontaba de los bajos y de platea: comprendí por lo tanto que el mozo no conocia otras gentes que las de superior gerarquía. Así debia ser, porque su porte además era el de una persona opulenta. En la camisa, profusamente bordada, relucian tres gruesos botones de brillantes: un par de ellos asomaban tambien al cuello, detrás de la cuidadosamente descuidada corbata de raso: botones de rica pedrería campeaban en el chaleco blanco, y como la luz de un faro, relumbraban con estudiados eclipses en los puños de la camisa. Ni aquí se cierra el cuadro de su magnificencia: unos lentes de oro, colgados al cuello, y una gruesa cadena con mil sellos y dijes al ojal del chaleco, acreditaban que aquel hombre era un tesoro... ambulante.

Sobre curioso, soy un poco lapidario. Mi maestro de griego solia decirme que tenia cabeza de cal y canto, y no le faltaba razon. Su mano, un tantico mas dura que mi cerebro, por golpes que me dió, no logró jamás hacer mella ni incrustar en él una sola fabula de Esopo. Pero vamos al cuento. A fuer de lapidario y curioso, fuime acercando poco á poco á mi galan, que sonriéndose á la sombra de sus anteojos contemplaba á cierta condesita alta, delgada, lacia y fea, la cual le volvía las espaldas desdeñosa. A mí nada me hubiera importado que



aquella mómia titulada me hiciese tan poco caso; mas á él, por lo visto, debía importarle menos, porque seguía mirándola y sonriéndose, que daba gozo de verle. Las luces de los brillantes ibanme pareciendo á menor distancia algo sospechosas, y llevado del deseo de investigar la verdad, llegué á ponerme debajo de los gemelos del espléndido mancebo, cuando de pronto me sentí abrazado por él, preso en la ratonera. Llevé un susto mas que mediano: creí que habia tomado mi afición artistica por afición á lo ajeno. Pero el susto duró muy poco. Una voz conocida resonó en mis oídos, al propio tiempo que unos brazos demasiado robustos estrechaban mas y mas el nuevo lazo.

—¡Hombre, tú por aquí! ¡Si te he llorado difunto! ¿De dónde sales? me preguntó el jóven, mas espresivo en sus demostraciones de afecto de lo que consentia mi débil constitucion.

—Por de pronto déjame salir de tus brazos, contesté escurriéndome de ellos como una anguila. Ahora que puedo respirar te diré que salgo... que salgo... Pero tú ¿quién eres? le interrogué á mi vez, con menos descaro que aturdimiento.

—¿De veras, chico, de veras no me reconoces? ¿Ya no te acuerdas de tu amigo, de tu mejor amigo? ¿De Santos Hincaldiente?

Confieso la verdad: hasta que oí su nombre no acabé de caer en la cuenta de aquel sugeto. Esas señas de «tu amigo, tu íntimo amigo, tu mejor amigo,» en Madrid no dan á conocer á nadie. Significan tan solo que la persona que así te apellida te ha encontrado una docena de veces, te ha dado sendos apretones de manos, te ha dicho que te queria cordialmente, si ha sabido que estabas ó columbrado que podías estar luego en candelero. Eso le basta para llamarte de tú; para olvidarte si de nada le sirves; para murmurar de tí; para acusarte de ingrato; para mostrarse resentido si en tus buenos tiempos no quieres ó no puedes servirle, ó no satisfaces todas sus exigencias y caprichos. Pero por flaco que yo fuese de memoria (la tengo muy desdichada), ¿cómo era posible que se hubiese desvanecido la huella que deja un hombre llamado Santos Hincaldiente?

Le conocí, y le traté casi dos meses seguidos. Era un muchacho vivo de genio, travieso y holgazán: no carecia de talento, pero sin la menor instruccion. Gustaba sin embargo de andar entre los que cultivan las letras, gente por lo regular generosa y desprendida, y casi estoy por decir que sacaba mas jugo de sus comidas que de sus dramas. Iba no obstante al teatro cuando los autores le daban luneta, y allí, con la mejor intencion del mundo (no podia negársele buen corazón), les preparaba una silba ó les malograba un aplauso. La razon es clara: los suyos eran siempre estemporáneos. Cosa sabida: en toda situación débil en que los actores querian pasar como gato sobre ascuas; en que el espectador, sin saber por qué todavía, se remueve en el asiento, las inteligentes y sonoras palmas de Santos habian de dar á conocer al público el motivo de su inquietud. Eran la chispa que producía la inflamacion de los gases aglomerados en el recinto; el choque que desataba el rayo de la nube preñada de electricidad. Increpado por sus amigos, explicaba sin embargo filosóficamente su conducta; por lo cual, verá el lector que no era del todo negado. Decía que aplaudir lo bueno, era solo dar prueba de buen gusto, y de amistad y de agradecimiento aplaudir lo que á todos desagradaba. Además de esta gracia, tenía la de menospreciar á los amigos á quienes arruinaba de día en la fonda con su buen diente, y de noche en el teatro con sus intempestivas manos.

—Sois unos badulaques, solia decirles: en la vida tendreis un duro, si no mudais de carrera. ¡Poetas! ¿Qué viene á ser ese oficio? Estareis siendo poetas cien años, y no tendreis al cabo ni un real de cesantía, de jubilacion, ni de capital.

El, sin duda para obtener uno y otro, y viendo que los amigos cambiaban de fonda y de café sin darle previo aviso; que se olvidaban de mandarle billetes para la representacion de sus dramas, sentó plaza de escribiente en no sé qué oficina, y desde entonces le perdí de vista.

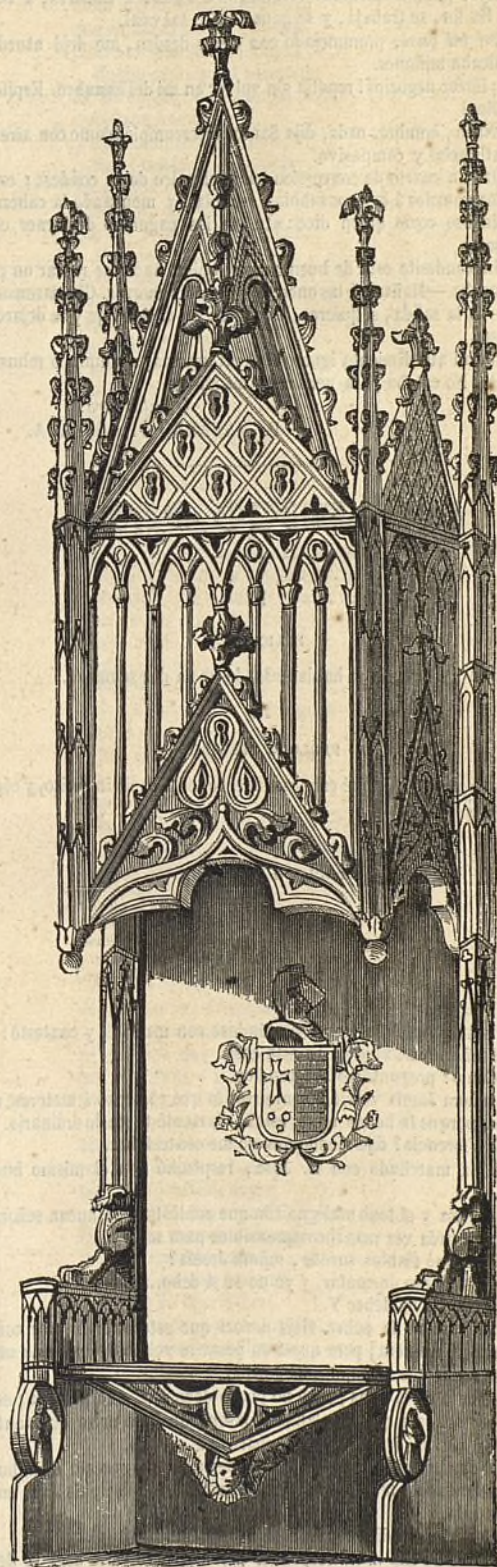
—¿Quién habia de conocerte, exclamé por fin, con esas patillazas, con ese lujo, con ese aire de importancia? ¿Qué te haces? ¿Sigues empleado? Has debido subir como la espuma. Pero no recuerdo haber visto tu nombre en la *Guía de Forasteros*. Bien que, si á ella hemos de acudir para conocer los altos funcionarios públicos, debian imprimir una cada mes.

—No, amigo; mi nombre no ha estado, ni estará en la *Guía*. Soy muy independiente, y siempre he repugnado el vivir á costa ajena.

—¡Ah! ¿Conque te repugna ya?... Vamos, cuando te digo que estás desconocido!...

—¡Yo servir al Estado! Pasar el día entre cuatro paredes, revolviendo papeles, devanándome los sesos, trabajando con celo, con afición! ¿y para qué? Para no tener hora segura; para hallarte el mejor día con el oficio de tu cesantía sobre el bufete en que vas á trabajar. Y luego mi carácter... eso de ser gravoso á la nacion, de vivir á costa de los pueblos esquilmados... No señor: á Dios gracias, no me falta que comer, y puedo conservar mi dignidad.

—Todo eso es muy santo y muy bueno, repliqué; pero ¿de dónde salen esas misas? ¿Has heredado? ¿Te ha caído la lotería? ¿Te has casado?



(Sillon del coro de la Catedral de Barcelona.)

—Nada de eso. Mi suerte es hija de mi poco ó mucho talento: me la debo á mí mismo. Esto es lo que me llena de orgullo.

—Orgullo por cierto el mas disculpable, si no es el mas legítimo. ¿Escribes, eh?



—¿Estás en bábia? ¡Escribir! ¿Has conocido á nadie que se haya hecho rico con las letras?

—Entonces ¿qué haces?

—Negocios. Los negocios me dan para pasarlo decentemente, para carruaje, para escursiones veraniegas á París, á Londres, á Bohemia. En fin, se trabaja, y se gana, así... tal cual.

Ese tal cual, pronunciado con cierto desden, me dejó aturrido: significaba millones.

—¡Hacer negocios! repetía sin volver en mí del asombro. Explicáte por Dios!

—Nada, hombre, nada, dijo Santos interrumpiéndome con aire entre satisfecho y compasivo.

Hizo un cuarto de conversión hacia el palco de la condesa; enderezó los gemelos á las consabidas espaldas, y meneando la cabeza, y sonriéndose como quien dice: «tú me las pagarás» dejó caer estas palabras:

—La condesita está de buen humor; quiere hacerme rabiar un poco esta noche.—Mañana á las once te espero á almorzar. Charlaremos un rato.—A la salida, si quieres, te cogeré en el carruaje y te dejaré en tu casa.

Con mi aturdimiento ignoro si le dí gracias; si admití ó rehusé el convite. No estaba para pensar en mí mismo.

(Continuará.)

F. NAVARRO VILLOSLADA.

## MI AMIGO PEPE.

### I.

#### FELICIDAD.

Laura y Florencio se habian casado hacia dos semanas.

### II.

#### PRÓLOGO PRIMERO.

Voy á deciros por qué este casamiento me pareció inaudito, y cómo llegó á mí noticia.

### III.

#### PRÓLOGO SEGUNDO.

Yo no sé lo que tiene,  
madre, el tío Pedro,  
que me mira y se rie  
y se chupa el dedo.  
(Cancion.)

—¿Está Pepe?

La señora Josefa me miró sonriéndose con malicia, y contestó:

—El señorito no vive ya en esta casa.

—¿Cómo? pregunté yo sorprendido.

La señora Josefa volvió á sonreirse; lo que comenzó á meterme en cuidado, porque la buena mujer estaba bastante triste de ordinario.

—¿Y Florencio? dije viendo que no me contestaba.

—Se ha marchado con D. José, respondió con el mismo buen humor.

La sonrisa y el tono maligno con que contestaba la buena señora, iban siendo cada vez mas incomprensibles para mí.

—¿Pero qué diablos sucede, señora Josefa?

—Es muy largo de contar, y yo no sé si debo....

—Pues no ha de deber V.!

En la cara de la pobre vieja conocí que esta rabiaba por contarme cuanto quisiera; pero que á su pesar se veía contenida por una fuerza superior que la impulsaba á callar.

—Lo siento en el alma; pero no puedo decir á V. una palabra; exclamó por fin, sin que sus labios dejaran aquella sonrisa que tanta curiosidad me inspiraba. Quieren guardar el secreto.

Iba á dar principio á una coleccion de súplicas, que sin duda hubieran ablandado á la pobre señora, cuando mi condiscípulo Juan entró en la sala.

—¡Tú por aquí! dijo con su atolondramiento habitual.

La señora Josefa iba á responder por mí; pero yo la cogí la delantera.

—Sí, contesté, venía á verte, y me he entretenido hablando un momento con tu amabilísima huésped.

—Vamos, vamos, vente á mi cuarto y probarás unos cigarros que me han traído de la Habana.

—Cuando quieras. A los piés de V.

—Beso á V. la mano.

### IV.

#### PRÓLOGO TERCERO.

Sentados ya en el cuarto de Juan, convirtiéndose en gloria, que es tanto como decir en humo, los mas hermosos productos de la agricultura é industria cubanas, después de informarnos mutuamente de estado de nuestra salud, etc., etc., pregunté á mi condiscípulo con marcadas muestras de interés:

—¿Por qué se han mudado Pepe y Florencio? ¿Qué es de ellos, que hace un siglo no se les ve por la universidad?

Juan me miró de un modo particular, y una estraña sonrisa se dibujó en sus labios.

—¡Voto va! exclamé yo. Cuando he preguntado por ellos á tu patrona me ha sucedido lo mismo que contigo.

¿Por qué al hablar de Pepe y de Florencio os sonreís de ese modo tú y la señora Josefa?

### V.

#### INTRODUCCION.

La vida de Juan Soldado  
es muy larga de contar »

tararé mi amigo dándose la importancia del que va á ser narrador de una historia inaudita.

—Desembucha pronto, que mi curiosidad está en el último grado de excitacion.

Juan se arrellanó en su butaca, echó una gran bocanada de humo, y después de toser y suplicarme que no le interrumpiera, dijo:

—Pues señor...

### VI.

#### DON GIL DE LAS CALZAS VERDES.

—¿Has visto el Don Gil de las Calzas Verdes? interrumpió bruscamente mi condiscípulo.

Quedéme con tanta boca abierta al oír tan estraña salida, cuando me disponia á escuchar una sabrosísima historia en que debian jugar al parecer dos personas que me interesaban sobremanera, y dije maquinalmente:

—Sí.

—Era el diablo Tirso de Molina para armar enredos.

—Ciertamente. ¿Pero á qué viene eso?

—A nada: es una pregunta suelta.

—No comprendo...

—Ya comprenderás. ¿Quieres que principie mi cuento?

—Principia.

—Pues señor...

### VII.

#### FLORENCIO Y PEPE.

—Florencio es un muchacho guapísimo por todos conceptos, y no exagero si digo que el mejor mozo que pasea las calles de Sevilla.

—Me estás diciendo cosas que sé tan bien como tú.

—Si no me dejas tomar el hilo de mi narracion, por necesidad ha de ser esta fria é incompleta.

—Haz pues lo que quieras.

—Todos los que tratamos á fondo á Florencio le queremos como hermanos; y los que le ven por vez primera simpatizan con él de un modo estraño. Era el elegante de los elegantes, el niño mimado de la universidad, la persona de quien tenian que ser amigos todos los cómicos y cantantes de uno y otro sexo que pretendian agradar en Sevilla, y el novio en fin que veian en sus sueños las mas bellas y adorables muchachas de la poblacion. Rico, querido y festejado por todas partes, con sus veinticuatro años y su alma poética y ardiente, era el estudiante de leyes mas feliz que en toda la redondez de la tierra podia hallarse.

—¿Es decir que ya no lo es?

—Ten un poco de calma. El año pasado al terminar el curso era el lion de la buena sociedad de Sevilla, y con razon pensaba volver á ocupar el mismo puesto al principio de este.

—Y así fué, exclamé yo deseando abreviar.

—Sí; pero no le duró mucho tiempo. Un jóven, un niño casi, bello como un ángel al decir de las mujeres, amable, opulento y bien nacido al parecer, porque ni sus mas íntimos amigos supieron nunca quién era ni de dónde venia, vino á la universidad á nuestra misma clase, y bien pronto tuvo Florencio en él un poderoso rival que amenazaba eclipsarlo en todos los terrenos.

—¿Me estás hablando de Pepe?

—De Pepe, continuó Juan. A pesar de que generalmente nos disgusten los hombres afeminados, y de que el recién venido con su cándida belleza, su vocecita suave y sus manos y piés de niña, lo era en



alto grado, se ganó las simpatías de todos, y no hubo uno de los condiscípulos que no solicitase su amistad; motivo por el que bien pronto fué presentado en todas partes, causando la misma sensación en los altos círculos sevillanos, y cautivando con su presencia en pocos instantes mas corazones que Florencio en toda su vida.

—Recuerdo perfectamente.

—Lo natural parecía que ambos se hubieran odiado á muerte; pero no fué así. Pepe y Florencio fueron amigos, con admiración de todos los que sabían el daño que el último hacia á la reputación del primero, y no pasó mucho tiempo sin que vivieran juntos como hermanos en esta casa de huéspedes, por entonces la mejor de Sevilla. Ambos eran igualmente ricos y desaplicados: así es que raras veces se les veía en las cátedras; el que quisiera buscarlos, no tenía mas que dirigirse á todos los sitios en que hubiera diversiones y ocasión de gastar dinero.

—Al principio, dije yo uniendo mis recuerdos á los de mi compañero, Pepe se resistía á divertirse, á correr á caballo y á pasar las noches en los vestuarios de las primas donnas; pero pronto Florencio lo convirtió, haciéndole aceptar sus costumbres, aunque no pudo nunca decidirlo á fumar, beber vino y galantear á las muchachas de Triana.

—Es verdad. Perdiendo cada cual algunos de sus hábitos, llegaron á tener los mismos; porque al par que Pepe se esforzaba por adquirir los de su amigo, este perdió todos aquellos que disgustaban á Pepe. Fueron en fin Cástor y Pólux, Pilades y Orestes. (Continuará.)

Luis EGUILAZ.

## UN AMIGO INTIMO. (1)

### IV.

Pues... como os iba diciendo...

pero ¡voto á Santa Tecla!  
que no recuerdo á qué punto  
llegaba de mi novela.

Decía... sí, ya me acuerdo,  
que en la mas trágica escena  
de la Lucia, *mi amigo*  
repitió su cantinela,  
con esa calma apacible  
de un hombre de buena cepa,  
que á muchos otros encanta,  
pero que á mí me revienta.

Viendo la función estaba  
muy cerca de mi luneta  
otro señor, ciudadano  
sin duda de poca flema,  
pues oyendo de mi amigo  
la voz, perdió la paciencia,  
y... ¡fuera! dijo; añadiendo:  
«que el Circo no es la taberna.»  
—¿Cómo, taberna?—Lo dicho.  
—¿Quiere Vd. perder la lengua?  
—Quiero, si al punto no calla,  
romperle á Vd. la cabeza.

Tales fueron las razones  
con que aumentaron la orquesta  
á mis espaldas *mi amigo*  
y su enemigo á mi izquierda.  
Y como en España vienen  
tras de las bromas las veras,  
*mi amigo*, que es hombre terne,  
se puso en pié con presteza,  
y apoyó en mi hombro su mano,  
y alzó la pierna derecha,  
y dió un brinco hácia adelante  
con singular ligereza;  
pero me sentó el maldito  
su bota flamante y nueva  
tan á plomo sobre un callo,  
que me hizo ver las estrellas.

¡Afuera! gritó la gente,  
cargada de esta pendencia,  
y *mi amigo* y su enemigo,  
hechos dos tigres, dos hienas,  
dándose sendos cachetes,

(1) Creemos que nuestros lectores verán con gusto estos versos, debidos á uno de nuestros escritores festivos mejor reputados.—Para dejar espacio á otros artículos que tenemos dispuestos, omitimos la introducción y empezamos por el cuadro en que empieza el interés y lo mas notable de esta graciosa composición, que el señor Villergas ha escrito en París.

que allí es la razón suprema,  
salieron entre alguaciles  
cercados de bayonetas,  
y arrullados por mil voces  
de la muchedumbre inmensa  
que en todas partes gritaba:  
¡fuera esos bellacos, fuera!

Mucho sentí yo el percalce  
de *mi amigo*, que aunque pelma,  
celebraba mis escritos,  
y esto siempre lisonjea.

Sentí también sobre todo  
los efectos de la suela  
de aquella maldita bota  
que por desgracia era nueva.

Pero acordándome luego  
de que una moza morena  
que del teatro vivía  
casi tres cuartos de legua  
me daba cita á las doce  
y eran ya las once y media,  
y temiendo que *mi amigo*  
á molestarme volviera,  
del Circo salí al instante  
diciendo al tomar la puerta:

«¡Ay!... quizá mi pobre amigo  
en este lance perezca!...  
Mas yo por fin estoy libre;  
no hay mal que por bien no venga.

Apreté el paso en efecto  
como alma que el diablo lleva,  
y en quince ó veinte minutos  
estuve junto á mi bella,  
la mas hechicera joya,  
la mas seductora perla  
que en muchos años ha honrado  
la calle de la Encomienda.

Era esta tal de esas mozas  
que los médicos recetan  
al que... del señor Cupido  
siente las agudas flechas.

No era gorda, y me agradaba,  
porque una gorda belleza  
se derrite fácilmente  
á poco calor que sienta.

Ni era flaca, y me alegraba,  
porque, inter nos dicho sea,  
las flacas corren peligro  
de cometer mil flaquezas.

Ni tampoco era muy alta,  
ni tampoco muy pequeña;  
que lo grande y lo menudo  
no se alcanza ó no se encuentra.

Grandes y rasgados ojos,  
chica nariz y aguiluña,  
negros y largos cabellos,  
negras y pobladas cejas;

Los labios como corales,  
los dientes como azucenas;  
las mejillas coloradas  
lo mismo que dos cerezas:

Era en fin la criatura,  
cual su descripción lo prueba,  
por quien sin duda dijeron  
este cantar de mi tierra:

«Todo el hombre que se muere  
sin amar á una morena,  
se va de este mundo al otro  
sin saber lo que es canela.»

—Hermosa luz de mis ojos,  
dije, en la ventana al verla,  
¿cuándo entre mis tiernos brazos  
veré tu cintura esbelta?

Ya hace un año, prenda mía,  
que mi esperanza alimenta  
diciendo que hoy, que mañana...  
y nunca el instante llega.

«¿Cuándo? respondió la hermosa;  
espera, mi bien, espera,  
que hoy nadie espía mis pasos



y voy á abrirte... la puerta.»

Cerró en esto la ventana,  
y yo con el alma llena  
de gozo, quedé esperando  
á mi idolatrada prenda.

Mas luego de un cuerpo humano  
noté la sombra ligera  
que por la acera venia,  
y apenas estubo cerca  
paróse y me dió un abrazo  
con tan espantosa fuerza,  
que echar temí, vive Cristo,  
los bofes por las orejas.  
Y el que tanto me abrazaba  
¿saben ustedes quién era?  
Pues señor... era *mi amigo*,  
aquel monstruo sin conciencia  
de quien juzgué verme libre  
y á quien la fortuna perra  
mandaba á estorbar mi dicha  
para rematar la fiesta.

«¡Cuánto me alegro! me dijo,  
de hallar á Vd.; la contienda  
no terminó en los cachetes;  
mi contrario es un tronera  
que quiere que nos rompamos  
esta noche la cabeza,  
y es preciso, amigo mio,  
que Vd. mi padrino sea.  
—Pero si yo...—No hay excusa.  
—¡Suerte atroz!—¡Fortuna inmensa!  
—Es el caso...—Nada, nada;  
ya es tarde y el tiempo apremia.

Y esto diciendo agarróme  
de bracero con violencia,  
sin que á sus fuerzas hercúleas  
yo contrarrestar pudiera.  
Con el nocturno silencio  
sentí á mi amada morena  
que á recibirme salia,  
y al ver la calle desierta  
debió de pensar sin duda  
que yo me burlaba de ella,  
y lanzó un hondo suspiro  
volviendo á cerrar la puerta.

Entonces, vuelto á *mi amigo*  
le dije con aspereza:  
Porque Vd. quiera batirse  
no es justo que yo perezca;  
la mujer que yo idolatro  
me esperaba placentera,  
y solo Vd. ha podido  
turbar mi dicha completa.  
A lo cual mi atroz *amigo*  
dió la siguiente respuesta:  
«Si le he servido de estorbo,  
bien sabe Dios que me pesa;  
pero esa fatal desgracia  
que Vd. con razon lamenta  
me va á sacar de un apuro:  
*No hay mal que por bien no venga.*

#### V.

Eran las doce y media de la noche,  
y sin hallar para el camino un coche  
porque todo le aflige al que trasnocha,  
hétenos en Atocha  
á *mi amigo* y á mi, y á los contrarios  
espadachines tercios, temerarios,  
de alma tan cruda y condicion tan fuerte,  
que el duelo propusieron  
nada menos que á muerte  
y ninguna razon en contra oyeron.  
De sable era la lucha, y los dos sables  
que el contrario adalid (solemne bruto)  
buscó, anheloso de pegar trompazos,  
eran tan formidables,  
que pudieran un cerro hacer pedazos,  
y rendir al minuto  
del mismo Anteo los robustos brazos.

«¡En guardial! al fin dijeron  
mi amigo y su enemigo,  
y con brutal rencor se arremetieron.  
Yo vi con ira á mi funesto amigo  
un tajo dar con ímpetu arrogante;  
y al contrario tambien, terrible y fiero,  
blandir el duro acero  
con brazo tan indómito y pujante,  
que diera honor al campo de Agramante.  
Mas ¡ay! la luna que en aquel instante,  
si no igualando, remedando al día  
clara y alegre en el cenit lucia,  
se vió tras negra nube encapotada;  
y en tinieblas dejándonos, huía  
del tremendo combate horrorizada.  
Nada la vista humana distinguia  
en tanta oscuridad; pero muy pronto,  
y aquí mi historia lastimosa empieza,  
distingui yo un porrazo en mi cabeza,  
que sin dejarme hablar me dejó tonto,  
y dando un gran gemido

caí, redondo, en tierra sin sentido.  
¿De dónde vino tan mortal fracaso?  
De un lamentable error; pues era el caso  
que el enemigo de mi ilustre *amigo*,  
no encontrando en la sombra á su enemigo,  
me descargó aquel tajo furibundo  
que á poco mas... me envia al otro mundo.  
Por desgracia caí... pero ¿qué digo?  
fortuna fué caer, porque es muy cierto  
que á no juzgarme muerto  
quien tal golpe me dió con furia insana,  
todo el cuerpo en canal me hubiera abierto,  
zurrándome de nuevo la badana.  
Caí pues como herido por un rayo;  
mas pronto de otro pobre los lamentos  
vinieronme á sacar de mi desmayo.  
El oído apliqué: golpes violentos  
descargaban allí, sin duda alguna,  
que á mí no me tocaron por fortuna.  
¡Ay! basta! compasion! uno decia,  
mientras el otro con horribles mañas  
su feroz vapuleo repetia  
gritando sin piedad: «¡Toma castañas!»  
¿Qué pudo ser? Referiré este lance.  
Era tan raro y singular percance  
(ó percance plural, yo soy testigo)  
que mi funesto *amigo*  
pescó al otro padrino en un avance,  
y en él creyendo hallar á su enemigo,  
le empezó á santiguar con tanta gana  
duros mandobles entre carne y cuero,  
que no dá mas agudo un colchonero  
cuando sacude el polvo de la lana.

Y aun hoy, con saña fiera  
mi *amigo* al desdichado sacudiera,  
si una casualidad dichosamente  
no viniera en ayuda del paciente.  
La nube disipándose oportuna  
tomó cierto color de chocolate,  
y un claro por fortuna  
dejó paso á la luna  
que dió, en su luz, reposo á este combate.  
¡Oh sorpresa! *mi amigo*  
lo mismo que su pérfido enemigo  
por de pronto empezaron á reirse,  
aunque el error sintiendo de aquel duelo;  
y luego, sin batirse,  
nos brindaron su auxilio y su consuelo.  
Poco despues me hallaba yo en mi cama  
maldiciendo al idiota  
por quien perdí el cariño de una dama  
teniendo, en cambio, la cabeza rota.

(Continuará.)

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.





LA PEÑA DE SAN ROMAN.

En un pueblo de la Alcarria llamado Salmeron existe una gigantesca peña colocada sobre las breñas mas escarpadas del país. Ocupa una eminencia considerable, dominando toda la estension de una prolongada vega titulada Vall de Medina, que tiene una altura por igual de mas de 50 varas. Esta gran mole de piedra, conocida por los naturales del país con el nombre de *La Peña de San Roman*, no ofrece otra cosa de particular desde su descenso, mas que el aspecto de una antigua muralla al Oriente, desmoronada de trecho en trecho, de alguna que otra hendidura, cuya ilusion aumenta con la interrupcion. Como á la altura de 20 á 22 varas se distingue una pequeña tronera de figura ogival que representa tener vara y media de alto por media de ancho. Fundadamente se cree que esta especie de cueva hace muchísimos años que no debe haber sido visitada por persona alguna, ya por lo inaccesible y espuesto de su arribo, ya tambien porque la tradicion que los naturales del país han ido trasmitiendo sucesivamente de que en dicho peñon existia una temible cueva llamada de la Mera, imponia á los mas decididos, difundiendo el miedo y la supersticion por los pueblos vecinos.

El simple aspecto del grabado da fácilmente á conocer que no es mas que una estancia de figura semi-cuadrilonga y de unas seis varas de estension, sostenida por un grueso poste distante vara y media de la ventana: en el pavimento se ven cinco depósitos de la figura de las tinajas del Toboso, y de 110 á 120 arrobas de cabidad. Están hechas á pico en la piedra, que es dura á pesar de parecer bastante porosa. Multitud de agujeros hechos en la pared dan á conocer que han servido en algun tiempo de criadero á las palomas, porque aun se encuentran en ellos varios nidos; pero se cree que semejantes nichos hayan sido formados en una época posterior.

Segun el detenido exámen que se ha hecho de todo el peñon, no tiene mas que una entrada. En el borde de la parte exterior de la ventana hay unas rozaduras como las formadas por las cuerdas de sacar el agua en los brocales de los pozos. La parte exterior muestra palpablemente que ha habido ventanas de dos hojas, y otras dobles, que dan á entender eran cosas de gran valia las que se cerraban dentro.

Es muy de sentir que sean tan escasas las noticias que se tienen de esta interesante cueva; pero nuestros esfuerzos han sido estériles al pretender dar á los lectores del SEMANARIO mayor abundancia de datos sobre tan curiosa cueva.

### LAS CALLES Y CASAS DE MADRID. *Comprende este párrafo el examen de todo comprendido entre la calle de San Mateo y la calle de San Pedro.* RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

El trozo de caserío encerrado entre las calles de Fuencarral, de Jacometrezo, de los Tudescos y Corredera de San Pablo hasta la plazuela de San Ildefonso, que comprende dichas calles y las del *Desengaño*, de la *Ballesta*, del *Barco*, de *Valverde*, de la *Puebla* y otras, fué formado segun nuestras noticias á mediados del siglo XVI á consecuencia de la venta hecha por D. Juan de Victoria Bracamonte en 7 de noviembre de 1542 de una tierra que tenía «en el arrabal de Madrid frontero del camino de Fuencarral,» cediéndola á censo por diez ducados perpétuos de oro al año, y reservándose un pedazo para labrar casa para él, como lo hizo en la calle que tomó su nombre de la *Puebla vieja* de Juan de Victoria. Posteriormente un hijo suyo del mismo nombre, en 17 de agosto de 1597, concedió su licencia para dividir dicha tierra en 95 solares, «con el censo anual de dos reales y una gallina, y con la condicion de que habían de edificarse en ellos casas bajo la traza que diese el alarife Francisco Lozano,» cuyo censo viene pesando todavía sobre la mayor parte de las casas de dichas calles. Entre otros sugetos que emprendieron esta puebla y construccion, fué uno el escribano *Diego de Henao*, é hizo edificar la tercera, cuarta y quinta casa de la Corredera de San Pablo, con accesorias á una callejuela que recibió por esta razon su apellido, y hoy por corrupcion se llama calle del Nao.

Poco á la verdad de interesante ofrecen todas estas calles bajo el aspecto histórico y artístico.—De los edificios públicos en ellas contenidos, el mas considerable era el convento é iglesia de monjes de *San Basilio* que se trasladaron á él desde el sitio primitivo de su fundacion, un cuarto de legua de Madrid junto al Arroyo de Abroñigal. Durante las exclaustraciones anteriores de los padres, sirvió esta iglesia de parroquia de San Martin, y después de la de 1856 fué con el convento cuartel de artilleria de la M. N.; después Bolsa de Comercio,

(1) Véanse los números anteriores.







en ella y fundó en 1579 el venerable hermano Bernardino de Obregon, es una de las primeras y mas importantes vias del Madrid moderno por su estension de 3,228 piés, por su anchura, y por la importancia de sus edificios públicos y particulares, algunos de los cuales han desaparecido en nuestros días, y otros levantándose en ellos.

Contiguo al sitio en que estuvo el ya dicho hospital de convalecientes del venerable Obregon, fundó en 1626 el Monasterio del orden de San Bernardo, Alonso de Peralta, contador de Felipe II, que yacía en su iglesia en el presbiterio bajo un suntuoso mausoleo. Ella y el convento han desaparecido del todo hace pocos años para dar lugar á la construccion de las dos casas particulares números 21 y 25.—Mas hácia el principio de dicha calle existe todavía la iglesia y convento que fué de *padres dominicos del Rosario*, que como queda dicho ya, estuvieron primero en Portaceli y se trasladaron en 1646 á esta casa, que habia fundado el marqués de Monasterio D. Octavio Centurion. En la iglesia se venera la célebre y devota efigie del *Santo Cristo del Perdón*, obra del escultor Pereira y una de las mas veneradas de Madrid. El convento estuvo dedicado á cuartel de guardias alabarderos, y hoy á Colegio de educacion.—Otro edificio religioso de mayor importancia hubo, y era el que se alzaba mas adelante en la misma calle conocido por la casa *Noviciado de padres Jesuitas*, y á la estincion de estos ocupado por los Padres del Salvador. Era una suntuosa fábrica, especialmente la iglesia, clara, espaciosa y elegantemente adornada, en la cual habia un magnífico altar de mármoles y bronce dedicado á San Francisco de Regis, que fué construido en Roma, y creemos que no exista ya; y en su bóveda el suntuoso sepulcro de la célebre duquesa de Alba Doña Maria Teresa, trasladado hoy al cementerio de San Isidro. Coronaban la fachada de esta hermosa iglesia dos torres laterales que contribuian á embellecer la espaciosa calle de San Bernardo.—Pero destinado este edificio á la *Universidad central* en que se refundió la de Alcalá, los arquitectos encargados de su reparacion ó apropiacion á aquel objeto, juzgaron mas conveniente echarle abajo y sustituirle por otro de nueva planta, que por cierto nada tiene de particular. Entre las muchas demoliciones verificadas de edificios religiosos en la última época, ninguna á nuestro entender ha sido tan sensible y menos motivada como la de la iglesia del Noviciado.

Todavía al extremo de la calle existen dos templos y casas religiosas; el primero, al número 81, es el convento é iglesia de monjes Benitos apellidados de *Montserrat*, que fugitivos del levantamiento de Cataluña en tiempo de Felipe IV, vinieron á Madrid y tuvieron primero su morada en la quinta del Condestable (la huerta de Frias en el arroyo de Abroñigal) y luego fueron trasladados al punto que hoy ocupa. La iglesia está sin concluir, y su fachada tiene una torre del caprichoso gusto apadrinado á principio del pasado siglo por el arquitecto D. Pedro Rivera. En esta iglesia está sepultado el célebre coronista de Indias D. Luis de Salazar y Castro, cuya rica biblioteca y manuscritos que allí se conservaban, pasaron á la de las Cortes. El convento después de la esclaustracion, sirvió de casa de correccion de mujeres llamada *la Galera*, y después de la traslacion de estas á San Fernando, sirve hoy de cárcel de mujeres.—Frente á este monasterio está situado el mas moderno en fundacion de los existentes en Madrid, y es el verificado por la señora Doña Manuela de Centurion, marquesa de Villena, en 1798; es de religiosas de San Francisco de Sales, conocido por las *Salesas nuevas*, para distinguirlas del otro del Barquillo fundado por la reina Doña Bárbara. Su iglesia, aunque pequeña, es de muy buen gusto, y está adornada con bellos retablos de mármol. Suprimido este en 1836, pasaron las monjas al otro convento á reunirse con aquella comunidad, estableciéndose en este provisionalmente la universidad central; pero después que esta ocupó el del Noviciado, han vuelto al suyo las monjas.—Ultimamente, la casa núm. 80 de dicha calle que da á la de Daoiz y Velarde, y que segun nuestras noticias fué del conde de Colomera y antes del duque de Abrantes, fué trasformada en convento de monjas Franciscas de Santa Clara en la última década del reinado de Fernando VII, pero ahora sirve de *Escuela normal*.

Varias son las casas particulares de la grandeza en esta estendida calle. Figura en primera linea la señalada con el núm. 18, que fué de los marqueses de Leganés y después de los condes de *Allamira*. A fines del siglo pasado, el poseedor de este ilustre título proyectó reformar aquella hermosa fábrica bajo los planes del célebre D. Ventura Rodriguez en unos términos verdaderamente tan magníficos que no hubiera tenido sin duda alguna rival en Madrid; pero desgraciadamente no llegó á verificarse mas que una parte de aquel proyecto, que es la que da á la calle de la *Flor alta*.—Contiguo á ella y señalada con el núm. 28, está, aunque reformada últimamente, la del mayorazgo que fundaron D. Gabriel Peralta y Doña Victoria Grimaldo, y comprende diversos sitios que fueron propios de los Villarroels y Peraltas, de quien desciende su poseedor hoy el señor marqués de *Palacios*, duque de la *Conquista*. Esta casa tiene el recuerdo de haber sido la que habitaba y sirvió de prision al célebre ministro de

Felipe III D. Rodrigo Calderon, *marqués de Siete Iglesias*, y de donde salió para ser degollado en el cadalso el día 21 de octubre de 1621.—El suntuoso edificio moderno núm. 67 en que hoy está el *Ministerio de Gracia y Justicia*, fué construido en el siglo pasado por la marquesa de la Sonora donde estaba la casa del marqués de la Regalia; ocupa un espacio de 22,000 piés entre las calles de los Reyes y la Manzana, y es una de las construcciones particulares mas suntuosas y regulares de Madrid. No llegó sin embargo á ser concluido, habiendo permanecido inhabitado casi un siglo, hasta que adquirido hace pocos años por el señor Bertodano y después por el gobierno para colocar en él el ya referido Ministerio, lo ha ocupado en el año anterior, y sirve dignamente á su objeto.—De otras varias casas de importancia de esta gran calle pudiéramos hacer mencion; pero por no dilatar mas este artículo nos limitaremos á llamar la atencion sobre la abandonada é inmensa del núm. 72 del marqués de Mejorada, y hoy de *Guadalcázar*, y comprende la enorme estension de 52,837 piés. En nuestros días solo la hemos visto habitada un corto espacio de tiempo por la señora duquesa viuda de San Fernando, y no estando ruinoso no hemos llegado á comprender todavía el motivo de tal abandono.

Termina, en fin, esta calle con la antigua y mezquina *puerta* que sustituyó y heredó el nombre de *Santo Domingo*, á la que estaba en aquella plazuela y limitaba el antiguo arrabal de Madrid; pero generalmente es conocida por el de *puerta de Fuencarral*, habiendo sido una de las seis principales ó de registro. Su colocacion y su fábrica material son las mismas impropias y ridiculas que contaba ya en el siglo XVII, y á pesar de lo reclamado por la opinion y la necesidad, todavía no ha venido á tierra para dejar avanzar por aquel lado la cerca de Madrid hasta la esquina de la posesion ya dicha de *Monteleón*, como no puede menos de hacerse muy en breve, dejando á la parte interior el nuevo *hospital en construccion*, titulado de la *Princesa*, y siguiendo luego dicha cerca por el paseo alto hasta emparejar con la de la *Montaña de Pío*, fuera del portillo de San Bernardino.

R. DE MESONERO ROMANOS.

## EL MUNDO NUEVO.

### HACER NEGOCIOS.

(Continuacion.)

¡Almuerzo, carruaje, París, Londres, Bohemia, independencia, condesas, menosprecio de la *Guia de forasteros*! Todas estas palabras, en boca de un muchacho á quien cuatro ó cinco años antes habia conocido hambro, pretendiente, petardista!

—Como quiera que sea, pensaba yo arrellanado en la butaca, me gusta este cambio. Se conoce que vamos prosperando. Hay carreras mas brillantes y lucrativas que la de los empleos. Tenemos ya en España gente que vive y medra haciendo negocios, es decir, dedicándose al comercio, á la industria, á empresas útiles. Hacer negocios de esta manera es labrar á la par de su fortuna, la del país. ¿Cabe mayor satisfaccion que la de prosperar con la prosperidad comun? Bien vamos. Y ¡digo! cuando este mozo que no tenia nada de lo de Salomon, ni se ha quemado las cejas estudiando, se ha hecho rico en poco tiempo, dedicándose á los negocios, ¿qué resultados no obtendrá un hombre de talento, una de esas cabezas organizadoras, un emprendedor? ¡Oh! España, España es un país virgen que nos está brindando con veneros riquísimos, no explotados todavía! Iré, iré sin falta á casa de Santos, y explicándole el origen de su engrandecimiento, me dará á conocer el de la patria.

Acudi en efecto al día siguiente. La casa correspondia á la idea que me habia hecho formar de su opulencia en el teatro. Me recibió el hombre de negocios con una bata deslumbradora, zapatillas bordadas de hilo de oro, gorro griego azul con magnífica guirnalda de rosas, todo flamante.

—Vamos, decia yo para mi sayo, mal gusto, resabios de *in illo tempore*; pero no exijamos á los hombres mas de lo que puedan dar de sí.

El almuerzo en cambio fué excelente. Buen Grave, rico Jerez, café aromático, y sólidos muy dignos de alternar con tan preciosos líquidos.

Al saborear unos y otros, no podia desear de la imaginacion la idea de las hambres que habia satisfecho mi opulento Anfitrión, cuando la casualidad le conducia á la fonda en que íbamos á comer.

Debía parecerme yo al palardo que asiste á un espectáculo de magia ó de prestidigitacion, que no puede gozar ni reírse á sus anchas, porque sospecha que hay algo de negras artes, diabólico, prohibido, detrás de tantos prodigios. Mi amigo lo conoció, y alargándose un platillo de vegueros, se levantó de la mesa. Seguí, y entramos en su



despacho; y sentándonos mano á mano en un sofá de tafete oscuro, medijo:

—Te veo como en bábia y sin acabar de comprender mi trasformacion, y voy á referirte con franqueza cómo se ha ido verificando.

—Mucho te lo estimaré; porque á la verdad, después de satisfacer una curiosidad que no te oculto, me darás armas para combatir á los extranjeros, que propalan que los españoles no sabemos vivir sino del presupuesto del Estado.

—¡A costa del Estado! ¡Cá! Yo me creeria rebajado aceptando una posicion humillante que deja tu suerte en manos de un cualquiera á quien hacen ministro, y te trae y te lleva como un zarandillo, te trasiega como el vino, y te planta al postre de patitas en la calle.

—Hombre, no participo yo de tu opinion; pero me gusta oírte hablar así. Creo que el ser empleado probo, entendido y laborioso, lejos de rebajar á nadie, hace honor al mas honrado: que así se prestan á la sociedad civil grandes servicios, y se contribuye á que el labrador se dedique tranquilamente á esprimir los jugos de la tierra, y el negociante, como tú, á la industria y al comercio, ahorrándoos el tiempo que con la buena administracion del Estado tendriais que emplear en la vigilancia y defensa de vuestros propios intereses. Pero cuando es la propension general de aspirar á los oficios públicos, á las carreras que directamente no son productivas, sírveme de consuelo el considerar que hay jóvenes en España que se lanzan por esas fecundas vias de los negocios. Hasta me place esa misma exageracion, esa injusticia con que te esplicas, ese desden con que tratas á los que reciben su sustento del erario público, porque me parece sintoma de la saludable y necesaria reaccion que se está operando en nuestro cuerpo social.

—Pues sí, querido: nada de empleos, nada con el gobierno. Los negocios me dan para vivir modestamente como ves, contestó Hincaldiente exhalando una bocanada de humo con afectada indiferencia, y vivo independiente sin temor de que entren ó salgan, de que suban ó bajen los ministros.

—Perfectamente. Algo habia que decir respecto de lo modesto de tu vida; pero vamos á lo que importa. ¿En qué clase de negocios te ejercitas? ¿Estás al frente de alguna casa de comercio? ¿Diriges algun establecimiento industrial? ¿Has hecho sutiles descubrimientos en las artes ó perfeccionado algun invento?

—¡Cá hombre! ¿dónde sales? ¿Piensas que soy un mercachifle, un operario mecánico, un industrial? Soy un hombre de negocios.

—Vamos! esclamé dándole una palmada en la frente: lo que en mi tiempo se llamaba agente de negocios. Se cambian ahora los nombres con una facilidad, que nadie sabe lo que es, ni cómo se llama.

—Amigo, tú siempre lo mismo; tan estúpido como de costumbre. Bueno es advertir que años antes Santos se deshacia en elogios de mi talento cuando me pedia cigarros ó se convidaba á comer en mi casa. Por lo tanto podia ser exacto, mas no consecuente en decir que yo era siempre lo mismo.

—Acaba de una vez, repliqué amolinado, y sepamos qué negocios son los tuyos.

—Lo que sale: la bolsa, las minas, las sociedades, préstamos, papel: en fin, negocios. ¿Qué es lo que se llama hacer negocios? Comprar y vender aunque sea la camisa con tal de ganar un maravedí.

—¿Conque es decir que anda el ágio? ¿que juegas?

—Se pica un poco de todo.

—Pero hombre, ¿te pusiste á jugar á la bolsa sin capital?

—Precisamente los que juegan sin capital, en descubierto como decimos nosotros, pueden ganar sin esponerse á perder.

—¡Ya! Comprendo el negocio. ¿Y así son todos los tuyos?

—Yo hice la tontería de comenzar á jugar de buena fé con dinero.

—Me alegro mucho: que al fin y al cabo si vosotros llamais á eso jugar en descubierto, yo lo llamaria robar bajo techado. Pero ¿el dinero? ¿ese dinero? ¿el dinero primitivo? Porque, nó te ofendas; pero en la época de nuestro conocimiento no tenias un cuarto.

Santos Hincaldiente me refirió en seguida con sencillez y naturalidad sus primeras aventuras en la moderna caballeria andante, que si no endereza ningun tuerto, suele dejar bizcos á mas de cuatro.

El novel caballero con su escudo limpio, es decir, con su bolsillo sin ellos, sin miedo ni mancilla como Bayardo, se metió de rondon por el intrincado laberinto de una oficina. Para que se vea, lo que es el ingenio aguzado por el hambre: allí en aquellos temerosos bosques de mesas, pupitres y taquillas; en aquellas encrucijadas de papeles y rimeros de expedientes, donde nadie habia visto mas que trabajo, fastidio, jaquecas y quebrantamiento de la espina dorsal, cuadro nebuloso, iluminado tan solo por el perezoso rayo de la nómina mensual, nuestro doncel halló aventuras, vió negocios. Consiguio en primer lugar con su viveza ratonil, con su facundia de café, con sus gracias de garito, ser reputado como hombre útil, indispensable, y aprovechándose de la indolencia de sus superiores ó del cúmulo de asuntos que sobre ellos pesaba, no le fué difícil jugar al tira y afloja con los

expedientes, presentarlos vestidos ó desnudos, por el lado feo ó bonito. Todos los negocios suelen tener dos caras como Jano, ó dos espresiones diversas, como las máscaras del teatro griego. Manejaba con predileccion esos que traen cola como los cometas, ó que corren turbios como torrentes de verano, y estimulado por cierto comezon de hacerse notable, estaba entre ellos como el pez en el agua, ó mas bien, como la serpiente en el charco de las ranas. Esquilmba huérfanas, haciase pagar de viudas, desamparaba á menesterosos, cegaba á los tuertos y desfacia lo mejor ordenado. Algun melandrin, algun encantador envidioso de la gloria y prez de semejantes fazañas, hubó de ir á los jefes con el soplo de ellas, y no fué menester mas para que el ingenioso caballero saliese del teatro de sus primeras aventuras por la puerta de los pavos. Por manera que Santos Hincaldiente tuvo que renunciar tan generosa y espontáneamente como Don Simplicio á la mano de su Leonor cuando le obligaron á ello. Desde entonces dió en llamarse independiente y en maldecir del gobierno y los empleados.

Estas fuéron sus primeras armas; y aunque no sacó de la victoria todo el fruto que se habia propuesto, con todo, la fama que con ella adquirió, le abrió el camino de nuevos triunfos. Un hombre listo, con algun dinero, y ningun escrúpulo de conciencia, es una alhaja para cierta clase de empresas. Buscáronle muy presto ciertos aventureros para fundar una sociedad anónima intitulada *La Moralidad*. Tenian por objeto: primero, morigerar el país; y segundo, hacer negocios. Buscaron ante todo media docena de personas respetables y conocidas por su honradez y su completa abstraccion de manejos mercantiles; les sorprendieron y les alucinaron haciéndoles creer que era un caso hasta de conciencia, prestar el apoyo de su nombre á la empresa de *morigerar el país*. Dándoles sendos pomposos títulos que aparentaban mucho y nada significaban, los colocaron con industria, de trecho en trecho, en la Junta Directiva de la Sociedad. Los huecos que mediaban entre los santos varones, se rellenaron con los susodichos *autores del pensamiento*. Entre un Senador dignísimo y un grande de España, campeaba el nombre del inculto D. Santos Hincaldiente, capitalista y secretario.

Dispuesta ya la bomba tan admirablemente, solo faltaba darle al manubrio y empezar á chupar, ó lo que es lo mismo, á morigerar el país: emitiéronse acciones nominales, al portador, de todos géneros, á gusto del consumidor. Recogiése el primer dividendo, y á los quince dias se esparció la voz de que la empresa era mas lucrativa de lo que sus directores se habian figurado. Hasta los venerables postes colocados para marcar el cuadro, y contener la ávida tierra que recibia el riego y el abono, propalaban de buena fé que *La Moralidad* hacia palpable una verdad consoladora para el género humano, á saber: que el moralizar era la mejor de las especulaciones, y el humanitarismo el empleo mas útil y el negocio mas pingüe. Repartiése entre los filántropos accionistas un cinco por ciento de ganancias, las cuales mal podian haberse obtenido cuando ni un sólo real se habia colocado, ni hacia un mes que el dinero estaba en las cajas de la sociedad, ó sea, en el bolsillo de los autores del pensamiento. Pero en nuestra época reina un furor por ganancias exageradas: se piden resultados, y no se repara en que sean absurdos. Ninguno tanto como el cinco por ciento al mes: el mas lerdo accionista debia conocer que aquello se desmembraba del capital, y lo que donde quiera hubiera hundido el crédito de una compañía, en España levantó sobre las nubes á *La Moralidad*.

Las gentes acudian en busca de acciones como al despacho de billetes el dia de una gran funcion teatral.—«¡Acciones! No las hay. Tenemos pedidos de cinco mil y tantas, y se han repartido todas las emitidas.» Así contestaban los autores del pensamiento, los cuales habiéndose reservado un gran número de ellas *gratis*, por gran favor soltaban algunas con su correspondiente prima á los mas allegados, que se las arrebatában de las manos. Siempre se ha dicho que con los amigos se come, y *La Moralidad* se encargaba tambien de probarlo. Pero estas ganancias no satisfacian á Santos y comparsa. Salieron al mercado las acciones, y los directores eran los primeros á comprarlas con un beneficio de cincuenta por ciento, lo cual acabó de alucinar á los incautos. Cuando ellos compran tan caro, decian, señal de que estan seguros de obtener ganancias mayores: esto no tiene réplica. Y en efecto no la tenia; los manipulantes estaban seguros de obtener mayores ganancias, pero de distinto modo de como los cándidos accionistas se figuraban. Con una mano compraban cien acciones con grande ostentacion, y con otra vendian mil, subrepticamente. El embrollo no podia durar mucho tiempo: los hombres de bien se retiraron de la junta; cayó la sociedad; se procedió á liquidacion; perdieron los accionistas la mitad del capital; pero los directores y nuestro secretario Hincaldiente consiguieron su objeto: *morigeraron el país* é hicieron su negocio. Ni mas ni menos que lo que se habian propuesto.

Lanzóse luego á la bolsa, á las empresas de minas, primo hermanas de las sociedades anónimas, á los caminos de hierro, á... ¿Qué habrá



libre en este siglo de empresas y negocios, de los impuros hálitos del ágio, del ponzoñoso afán de hacerse rico á toda costa, y en poco tiempo?

—No te diré, prosiguió Santos, á quien es tiempo de que dejemos hablar, no te diré que todos los negocios me hayan salido bien... En la bolsa he llevado terribles porrazos, porque no se puede jugar de buena fé, añadia con todo aplomo, por via de paréntesis; pero se vive, sin gravar al tesoro.

—Y morigerando el país.

—¡Oh! exclamó de improviso, desentendiéndose de mi amarga ironía: el negocio grande, magnífico, el negocio por excelencia, es el que me resta, el que ahora precisamente traigo entre manos. Voy á casarme.

—Vamos, lo comprendo. *Honores mutant mores*. Eres rico, y ahora

deseas adquirir la reputacion de honrado, de virtuoso. Exaltado furibundo hasta conseguir tan buena fortuna, moderado luego para conservarla. Desde los tiempos del diablo Predicador acá, hallarás algunos ejemplos de esta conducta si te propones imitarlos.

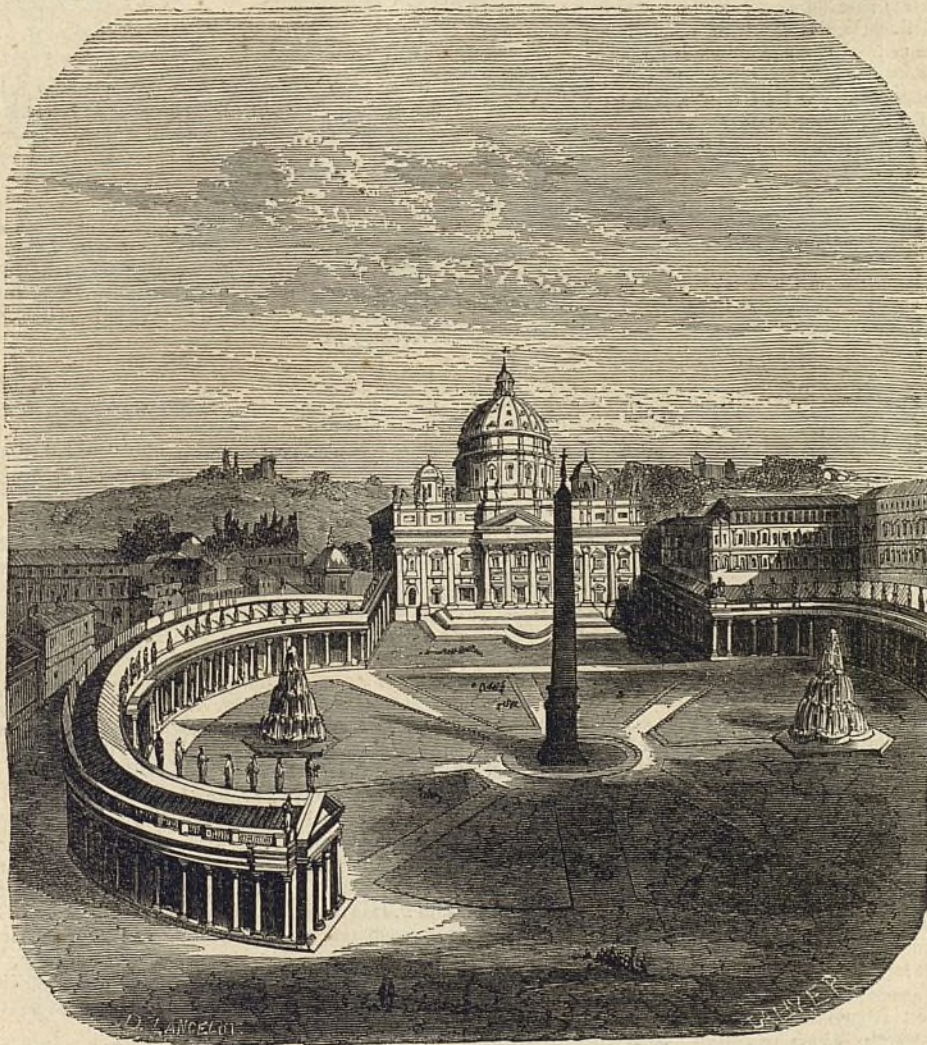
—Para un hombre como yo, repuso mi amigo, el matrimonio es un negocio mas. El mio será soberbio. Figúrate un título: nada menos que un título de Castilla: una corona en la portezuela del carruaje, en las tarjetas!...

—¡Ah! ¿la condesita? ¿Aquella fea de anoche?...

—No es una Venus; ¿pero qué le hace? No por eso dejará de ser condesa, y sobre condesa, millonaria.

—¿De veras?

—Aun no: pero está á punto de heredar á una tia decrépita, octogenaria, que vive allá en Andalucía. ¡Oh! Me aguarda un porvenir



Plaza del Vaticano.

brillante. Conde, y gran capitalista. También te aseguro una cosa: que si fracasas este último golpe me pego un tiro.

—¿Tan perdidamente te has enamorado?

—¡Cál sino que muchas veces la situación... las apariencias... el decoro... Porque al cabo, es preciso... voy á casarme con un título de Castilla... en fin...

En fin, de todas estas frases entrecortadas, deduje la consecuencia de que también en manos de los hombres de negocios no es oro todo lo que reluce. Era milagro que tuviese solidez edificio tan de prisa levantado; que no se convirtiese en ceniza riqueza tan mal adquirida.

Me retiré; y no me quedaron deseos de volver á su casa. Muchas veces sin embargo le recordaba con interés y compasión. Aquel muchacho, bien dirigido, habría podido emplear su actividad y disposición para los negocios mercantiles en útiles empresas. La mayor parte

de la culpa no era tampoco suya, sino del siglo en que vivimos, de los hombres que admiten como corriente la falsa moneda. El trabajo, la economía, los ahorros, no son hoy las fuentes de la riqueza, ó no brotan al menos todo el raudal que necesitan los hidrópicos labios de una sociedad que solo anhela por goces materiales. Raudal mas abundoso, aunque impuro, suministran el tráfico, el ágio, el juego, el robo mas ó menos disfrazado. A él acuden los sedientos, seguros de que el mundo no ha de pedirles la ejecutoria de su opulencia mientras sean ricos.

Al cabo de algun tiempo halléme en casa un par de tarjetas de parte de boda. Santos estaba casado. Había hecho su último negocio.

(Continuará.)

F. NAVARRO VILLOSLADA.



## MI AMIGO PEPE.

## VIII.

## AMORES.

El carácter atolondrado de Florencio, continuó Juan después de una corta pausa, iba variando tan visiblemente, que todos notamos aquella transformación. Por aquel tiempo conoció a Emilia, la hija del marqués de Fuen-Salada, y a los pocos días nos confesaba a sus amigos que estaba enamorado por la primera vez en su vida, y que si Emilia correspondía a su cariño se sentía dispuesto a dárle su mano.

—Recuerdo perfectamente.

—Pepe, que por entonces traía al retótero media docena de niñas, las mas encantadoras de España, se rió de él al principio; pero viendo que hablaba con toda formalidad, se formalizó también, y comenzó a ponderar las delicias de la vida de soltero, concluyendo por decir que ni Emilia ni otra mujer alguna merecía que se perdiesen por ella.

—Yo estaba presente. Florencio se mantuvo firme, y Pepe, incomodado, tomó el sombrero y se fué a la calle. A la tarde los vi en la orilla del Guadalquivir, corriendo como locos en sus magníficos potros árabes; pero silenciosos y meditabundos como si hubiesen tenido alguna grave reyerta.

## IX.

## EMILIA DE FUEN-SALADA.

—Aquí entra la parte dramática de mi cuento, dijo Juan, y voy a contarla a estilo de novela, porque así lo requiere el asunto.

Temblé al oír estas palabras, porque mi condiscipulo tenía sus puntas de literato. Sin embargo callé, y esperé con resignación el fin de la historia.

—Emilia de Fuen-Salada, con sus diez y ocho años, su belleza meridional y los millones de su padre, era en el tiempo a que me refiero el mejor partido de Andalucía. Una turba de adoradores la seguía a todas partes, y hubiera podido alimentar el fuego de la chimenea de su tocador con los perfumados billetes que a cada instante recibía. Se había hecho de moda el enamorarse de ella, y así fué que ni uno solo de los jóvenes de buen tono que por entonces albergaba en su seno la ciudad del Guadalquivir, dejó de ofrecerle su corazón y su mano. Su vida era una continua ovación; todos la adulaban, todos suspiraban al pasar a su lado.

Si hubiera habido *revisteros* en Sevilla, sin duda la hubieran preferido a la interesantísima duquesa de Z, y a la no menos amable y bella señorita X.

Diez y ocho años, talento, belleza y corazón! Sería preciso tenerlo de hielo para no enamorarse de ella y de sus dos millones de renta. Como los andaluces suelen ser aficionados a todas estas cosas, pasaban de ciento los que bebían los vientos por la niña. Había entre ellos títulos, ricos propietarios, opulentísimos comerciantes, generales, diputados, hasta poetas... porque ¿dónde no hay poetas? Había los delgados y gruesos, altos y bajos, blancos y morenos... Todas las clases de la sociedad, todos los tipos de la raza humana, estaban representados por los amantes de Emilia.

Y sin embargo, Emilia no prefería a ninguno.

¿Era coqueta?

Unos decían que sí; otros que no.

¿Era inocente?

Unos decían que no; otros que sí.

Bailaba con este, conversaba con aquel, dirigía una sonrisa al de mas allá... [Así obran las sirenas avezadas a amorosos lances, y las tiernas palomas que no saben lo que es amor.]

Es singular, es raro. ¿Qué ha de ser! Cuando el arte llega a su perfección, ¿qué ha hecho mas que copiar fielmente la naturaleza?

Pero fuese de esto lo que quisiera, lo cierto es que la marquesita no daba muestras de preferir a ninguno de sus amantes; y si por acaso los mil ojos que constantemente estaban fijos en ella, advertían alguna deferencia hacia cualquiera de los innumerables, bien pronto quedaban convertidas en humo sus observaciones, porque la niña a los cinco minutos trataba del mismo modo a otro.

Emilia era libre. Ser libre según la moderna teoría es ser feliz. ¿Quien igualaba pues en felicidad a la encantadora niña?

Mas si sobre la cumbre del Chimborazo cayera constantemente una gota de agua, al fin llegaría a agujerarse, y una gota llegaría atravesando sus entrañas de roca hasta el nivel de la falda.

La marquesita había tenido cien adoradores sin que su corazón se interesase por ninguno. Sin embargo, como el amor diz que es enfermedad contagiosa, a fuerza de verse rodeada de personas que adole-

cian de aquel mal, sintió al principio un vago deseo, luego una necesidad imperiosa de querer. Llegó el amante número ciento uno, y la que todos creyeron hierro se volvió cera.

El amante número ciento uno fué Florencio. ¡Feliz mortal!

El niño ciego procedió como si hombre fuese y ojos de lince tuviera, porque los hirió a entrambos al mismo tiempo y con la misma saeta.

Dicen que el amor es ciego. ¿Pues hay cosa que vea mas que el amor? El encuentra perfecciones en la fealdad, gracia en las sandeces... Dicen que es niño... ¿Cómo, si envejece a los pocos días de nacido? Es preciso que, ya que los antiguos pasaron por ello, los modernos lo arreglemos de otra manera.

—Te advierto, querido Juan, que divagas de un modo horrible, y que va a sucederte lo que a aquel que para cantar la guerra de Troya comenzó por la creación del mundo.

—Dices bien. Vuelvo a anudar el hilo de mi historia.

## X.

## NADA.

Debo advertirte, continuó mi amigo, que Pepe había dado en la manía de enamorarse de todas las queridas de Florencio, ó mas bien, que ellas se dedicaban todas a conquistarlo. Tres seguidas le había ya quitado sin que su amistad y buena armonía se alterasen en lo mas mínimo, pues Florencio no amaba a ninguna y quería a Pepe con todo su corazón: así es que acogía siempre con risa los triunfos de su amigo, contestando impasible a las bromas que todos le daban.

—Empieza a vivir, y es justo que se divierta. Esto no es nada.

Florencio, en verdad, no era tan generoso como a primera vista parece. Su amor a Emilia le hacía despreciar el resto de las mujeres, y no sacrificaba mucho en ceder a Pepe algunas de las flores de su antigua corona.

## XI.

## DESUNION.

Florencio, obedeciendo a un instinto de que a sí mismo no se había dado cuenta, rehusaba presentar a Pepe en casa del marqués de Fuen-Salada. Cada noche asistía a la brillante reunión que este celebraba; y su pobre amigo, que se había acostumbrado a no separarse nunca de él, se iba poniendo triste y cabizbajo. Florencio, entregado a sus amores, nada notaba; y cuando volvía a su casa y hallaba a Pepe sumido en sus meditaciones, esperándolo para darle las buenas noches, nunca se le ocurrió cual pudiera ser la causa de su melancolía. El que quiere por la vez primera no concibe que nadie pueda vivir sin amores: así es que atribuyó la tristeza de su amigo a que estaba enamorado, y su cariño se resintió de que no correspondiese a su confianza diciéndole al menos el nombre de la señora de sus pensamientos.

Así pasaron dos meses, en los que los vínculos de su estrecha amistad comenzaron a relajarse por parte de Florencio, por mas que Pepe hacía cuanto estaba en su mano por anudarlos. Ya no se les veía casi nunca juntos: Emilia robaba todo su tiempo al uno, y en cuanto al otro, pasaba el día encerrado en su cuarto, presa al parecer de grandes pesares, pues según me ha dicho la señora Josefá, mas de una vez sorprendió dos gruesas lágrimas rodando por sus mejillas.

Todo el mundo comenzó a echar de menos la presencia de nuestro gentil D. Juan: ni en los teatros, ni en los paseos, ni en las reuniones, se le encontraba; y Florencio no sabía ya qué contestar a la multitud de personas que por él le preguntaban a cada instante.

—Tiene unos amores misteriosos de que ni a mí mismo me ha dado parte; se le ocurrió responder, en fin, para que le dejasen en paz, y tal vez porque así lo creía.

Muchas hermosas niñas perdieron las rosas de sus mejillas al oír estas palabras, y aun hay quien dice que oyó salir de mas de un tierno pecho algunos tristes y ahogados suspiros.

## XII.

Una tarde me encontré a Pepe solo, en las Delicias, melancólico como un poeta que se dispone a cantar la muerte del gilguerrillo de Filis, paseando por una calle de naranjos, y tan distraído con sus pensamientos, que no contestó a mi amistoso saludo.

—¿No quiere Vd. hablar conmigo, caballero? le dije parándome delante de él.

Pepe me miró con sorpresa, y después de un momento de vacilación, me alargó la mano sonriéndose con amargura.

—¿Qué tiene Vd., amigo mío? le pregunté.

—Nada, contestó.

—Está Vd. triste.

—Tal vez. Este melancólico espectáculo que presenta la naturaleza



al morir el día, llena mi alma de una tristeza misteriosa, que yo mismo no acierto á definir.

—¡Vamos! No sea Vd. reservado con sus amigos; confíeme Vd. el secreto de sus amores.

Al oír estas palabras se puso mas pálido que la cera, y por un momento temí que se desmayara.

—¡Mis amores! exclamó por fin con voz trémula. ¿Por dónde sabe Vd. que yo amo?

—Hay ciertos síntomas exteriores que no dejan duda alguna acerca de la enfermedad que se padece.

Pepe, un tanto mas tranquilo con estas palabras, me preguntó:

—¿Y no tiene Vd. mas motivos para creer que estoy enamorado, que esos síntomas que dice Vd. ve?

—Con eso bastará; pero hay mas.

—Hable Vd. por Dios, me dijo con una angustia tal, que me senti conmovido; y en vez de responder á sus preguntas, le dije:

—Serénese Vd., amigo mio.

—No se detenga Vd. ¿Hay algunos motivos además de esos síntomas exteriores para creer que el amor se ha apoderado de mí?

—Hay que Florencio lo dice así á cuantos quieren oírlo.

—¡Florencio! exclamó dolorosamente sorprendido. ¿Conque por fin ha descubierto que amo?

Quedó tan absorto en sus meditaciones, que no me atreví á interrumpirlas, y seguimos paseando mas de una hora, uno al lado del otro, sin que ninguno de los dos rompíésemos el silencio.

—¿En qué estado estan sus relaciones con Emilia? dijo por fin aparentando indiferencia.

—¿Cómo! ¿No lo sabe Vd.?

—No. El no ha querido llevarme á su casa, ni confiarme nada de estos amores, por lo cual nunca me he atrevido á preguntarle.

—Segun me ha dicho ayer, la ama tanto, y la mira con tal respeto, que á pesar de que tiene casi certidumbre de que no es insensible á su cariño, no se ha atrevido aun á declararse.

—¿Timidez él!

—El verdadero amor ¿cuando no fué tímido?

—¡Es verdad! contestó con amargura, ¡es verdad!

—Lo dice Vd. con un tono... ¿Tiene Vd. tambien miedo de declararse?

—Tambien! dijo con acento extraño.

—¿Luego lo que dice Florencio es cierto?

—Sí.

—Y nada le ha confiado Vd.?

—¡Confiar! exclamó estremeciéndose.

Viendo que no estaria mas dispuesto á hacer conmigo lo que rehusaba á su compañero de glorias y fortunas, no insistí mas, y seguimos nuestro paseo hablando de cosas indiferentes.

—¿Conoce Vd. á Emilia? le pregunté en un momento en que la conversacion habia espirado por falta de material.

—No.

—¿Y no tiene Vd. curiosidad de ver el rostro de la que tanto quiere nuestro Florencio?

—Creo haber dicho á Vd. que él nunca me ha invitado á que lo acompañe á su casa.

—¿Eso qué importa? Ella asiste á los paseos, á las reuniones y á los teatros: además suele ir de vez en cuando á la reunion del marqués de Fuen-Salada, y tendré mucho gusto en presentar á Vd.

En los ojos de Pepe brilló al oír mis palabras un rayo de alegría, el único que en toda la tarde habia atravesado la nube de tristeza que empañaba su rostro.

—Gracias, amigo mio, exclamó estrechándome la mano con efusion.

Tú sabes lo atolondrado que soy; pero tambien que tengo buen corazon. El tono con que el pobre jóven pronunciaba aquellas palabras me conmovió, y apretando su mano, que aun conservaba en la mia, le pregunté con solicitud:

—¿Qué tiene Vd., Pepe?

Retiró su mano ruborizado á lo que me pareció, porque creia que yo penetraba el arcano de su tristeza, y se separó de mí, pretestando una ocupacion.

—Tal vez mañana iré á buscarlo á Vd., me dijo con aire melancólico al despedirse.

—Cuando Vd. quiera, le contesté.

## XIII.

—Advierlo, dije á mi amigo Juan, que cuanto mas avanza la historia, mas lejos nos hallamos del punto adonde queríamos llegar.

—Ten paciencia. ¿No te interesan las cosas que de nuestros amigos te refiero, ó tal vez las sabes lo mismo que yo?

—Todo lo que me cuentas es enteramente nuevo para mí. Sigue tu narracion, que ya te escucho.

—Lo que voy á referirte lo he sabido hace pocas horas de boca del mismo Florencio.

—¿Conque está en Sevilla?

—¿No me has prometido oírme en silencio? Dentro de media hora estarás tan al corriente como yo de cuanto sucede.

Conociendo que pretender que Juan dejase su tono de novelista, era intentar un imposible, y deseando por otra parte saber qué era de nuestros amigos, encendí de nuevo mi veguero, arrellanéme en la butaca, y aguardé con paciencia el desenlace de la historia, decidido á no interrumpirle mas.

Mi condiscipulo me imitó, y algunos instantes después anudaba de este modo el hilo de su narracion:

—Pepe volvió á su casa desesperado, á las ocho de la noche, segun he sabido después, y preguntó á la señora Josefa al entrar:

—¿Ha venido Florencio?

—Hace un rato que salió después de vestirse. Pero ¿está Vd. malo, señorito? exclamó sorprendida viendo la palidez de su rostro.

—No. Gracias.

—¿Se le ofrece á Vd. algo?

—Nada, dijo entrándose en su cuarto.

Cuando la señora Josefa fué á llevarle luz, lo encontró tendido en la cama y anegado en un mar de lágrimas; y como su carácter bondadoso le ganaba el cariño de cuantos le servian, la pobre mujer llorando tambien se acercó á él con maternal solicitud.

Tan absorto estaba en sus pesares, que nada notó. Ni la presencia de la luz ni los pasos de la patrona fueron parte á sacarlo de su abstraccion.

—¿Está Vd. malo, señor D. José? se atrevió á decir la buena vieja.

Pepe levantó la cabeza, y limpiándose las lágrimas con pretexto de separar de su frente los negros rizos de su larga melena, que cayendo en desorden sobre su rostro lo cubrian casi enteramente, contestó:

—No, no tengo nada.

—¿Quiere Vd. que se llame al médico?

—Gracias. Lo que deseo es soledad y descanso. Mande Vd. que me avisen cuando vuelva Florencio.

Nuestra pobre patrona retiróse por no parecer indiscreta; pero al salir de la estancia oyó que Pepe decia con voz ahogada por los sollozos:

—¡Dios mio! Perder en un día el fruto de tantos meses de paciencia y sufrimiento! ¡Dadme la muerte, ó arrancad esta imagen de mi corazon!

—Vamos, son cosas de amores, murmuró la señora Josefa yéndose mas tranquila. Alguna picara que se ha divertido con él. ¡Pobre niño! ¡pobre niño!

## XIV.

Florencio volvió á la una; é informado por la patrona de la situacion de su amigo, y de que deseaba verle, entró en su cuarto, cuya puerta estaba entornada, contra la costumbre que de echar el cerrojo por dentro tenia.

Pepe se hallaba en el mismo estado en que la señora Josefa le dejó; solo que, seguro de que nadie le oia, no se cuidaba de reprimir sus sollozos.

—¿Qué tienes, amigo mio? dijo Florencio conmovido, acercándose á él de puntillas.

El pobre muchacho le alargó la mano sin con estar. El sentimiento le embargaba la voz.

—Vamos, serénate. Me han dicho que deseabas hablarme. ¿Qué tienes? continuó nuestro amigo sentándose á la cabecera de la cama. Pepe permaneció sollozando en silencio.

(Continuará.)

LUIS DE EGUILAZ.

## UN AMIGO INTIMO.

## VI.

Sin mas que meterme en cama pasé la noche tal cual, y hubiera pasado el día sin agravarme, quizás;

Pero fué un médico á verme, y como era natural, sin mas que venir el médico vino la fiebre detrás; que el médico cuya ciencia no alcanza nunca á curar



tiene el poder á lo menos  
de agravar la enfermedad.  
Quiso el indino consulta  
con otros tres celebrar  
cosa que pudo impedirme  
volver á comer mas pan.

Y la razon ¡oh lectores!  
es muy fácil de explicar  
que si un doctor solo mata  
cuatro doctores ¡qué harán?  
Por mi parte, lo declaro,  
malo me pongo no mas  
de pensar algunas veces  
que un doctor me ha de curar.

Yo estaba malo en efecto,  
pero no estaba tan mal  
que no pudiera sin drogas  
mi salud recuperar.

Pero mi suerte funesta,  
pero mi suerte fatal,

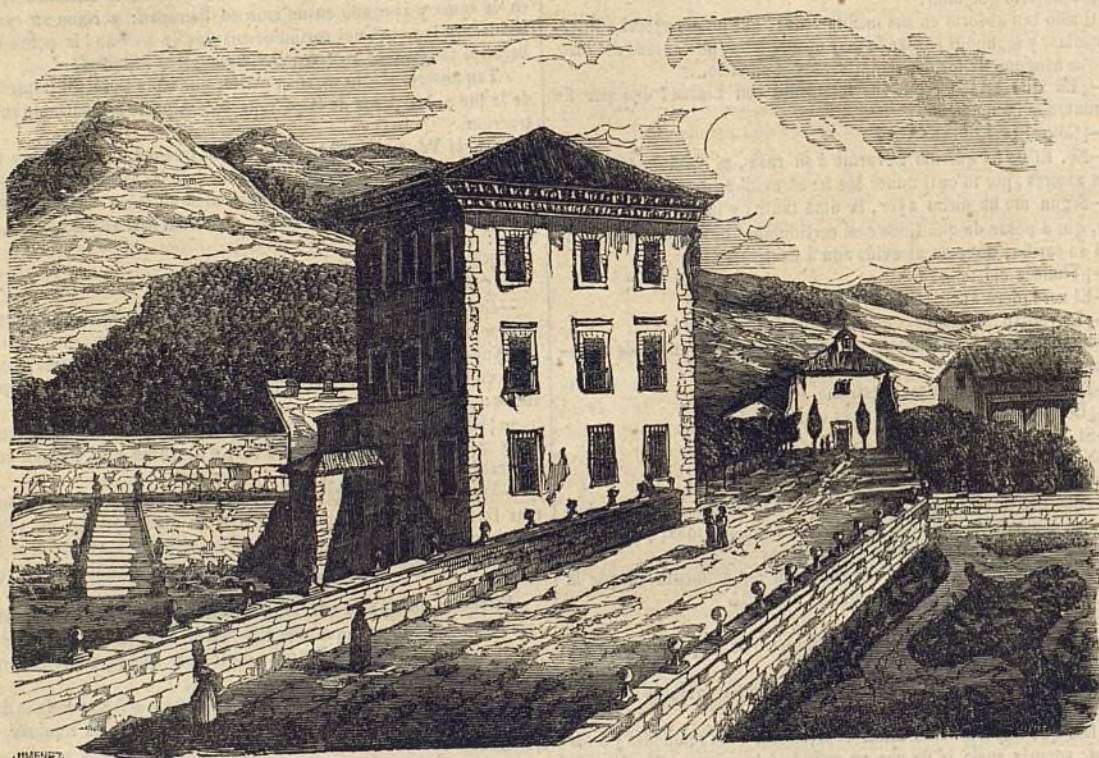
pero los cuatro doctores,  
disparatando á cual mas;  
viendo de distinto modo,  
sin ver nada cada cual,  
me trataron como suelen...  
es decir, sin caridad.

Uno decia: «El herido,  
no hay remedio, se nos va,  
sino le ponemos luego  
en la garganta un sedal.»

Otro decia: «Este pulso  
bien claro indicando está,  
que lo que tiene es tan solo...  
calentura catarral.»

Y otro decia: «Está bueno,  
pero le debemos dar  
algo que de estas visitas  
pruebe la necesidad.»

Y como torpes pilotos  
perdidos en alta mar,



(Ermita de S. Francisco cerca de Vergara.)

sin brújula comenzaron  
su maniobra infernal:  
cocimientos por aquí,  
sanguijuelas por allá,  
sinapismos por delante,  
cataplasmas por detrás;  
con todo lo cual me puse  
tan delgado, á la verdad,  
que ni Don Manuel Delgado  
fué mas delgado jamás;

Y dicen que parecía  
mi escuálida humanidad,  
la sombra del esqueleto  
de un tísico, cuando mas.

Hallábame, no es extraño,  
sin ganas de trabajar,  
y atrasado en mis tareas  
y en un estado mortal,  
y sin plata y por lo tanto  
hice á mi editor llamar,

que entró arrogante en mi casa  
pidiéndome original.

—¿Original? ¡qué capricho!

—La falta que hace es inmensa.

—Pues métase usted en prensa.

—¿Cómo qué...? Lo dicho dicho.

Cójame el diablo en su red

y zámpe me en el proiundo

si hay una cosa en el mundo

mas original que usted.—

Díjeme muchas razones

incapaces de ablandar

el corazon berroqueño

de aquel pecho montaraz.

Por lo cual en mi despacho

entré con celeridad,

y aun, cosa muy rara en mí,

con ganas de trabajar.

(Continuará.)

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.





INAUGURACION DEL MONUMENTO GUERRERO DE SCHEVERIN.

En el punto culminante del campo de ejercicios, cerca de Scheverin, se ha levantado un monumento á los valientes meklemburgeses muertos en las campañas de 1848 y 1849. El 4 de junio último tuvo lugar su inauguración y bendición, favorecidas por un tiempo delicioso y una gran afluencia de gente. El monumento está situado sobre una pequeña altura que presenta la mas hermosa perspectiva sobre Scheverin y sus alrededores, y consta de un bloque sencillo y cuadrilongo de granito con un yelmo colosal, teniendo diez piés de altura, cuyos lados largos adornan dos inscripciones. La primera dice: *A los guerreros meklemburgeses muertos en Scheverin y Baden durante las campañas de 1848 y 1849, sus compañeros.* Y la segunda: *Tuvieron una muerte gloriosa;* leyéndose á continuación los nombres de los cuarenta y siete individuos que perecieron.

## PERSECUCIONES

QUE LOS JUDIOS HAN PADECIDO EN ESPAÑA,

SEGUN LAS TRADICIONES JUDÁICAS.

Me he propuesto tratar de las persecuciones que los judíos padecieron en España, ciñéndome al testimonio que de ellas dan los mismos judíos y sus tradiciones, tal como se leen en las memorias he-

breas que me han servido para el caso. Sin traducir del francés lo que sabíamos ya sin traducirlo, se tiene aquí por cosa de precio: admita *benévolo* el lector unas cuantas noticias no traducidas, pero sí aprendidas en mamotretos y originales hebreos, que pocos se toman el trabajo de leer, por la razón poderosa que ignoran hasta el alfabeto en que se hallan escritos.

La primera persecución contra los judíos de España fué en la ciudad de Granada, donde imputaron á R. Joseph Levi cosas tan graves, que le mataron, y toda la sinagoga con él, que componía mas de 1,500 familias. En esta persecución fué ahorcado Abraham el Levita, por no querer dejar la ley, á que le obligaba el rey de España. En parte ninguna habían estado los judíos con mayor honra y prosperidad: por esta persecución, los de mas cerca y de mas lejos vistieron luto.

La segunda, llamada de los pastores, aunque no tuvo precisamente origen en España, refiérese en crónica antiquísima de los reyes de España, que ni reimprimió Sancha, ni es probable que nadie se acuerde de publicar.

Es el caso, que en la ciudad de Gujena se levantó un mozo y juntó gran cantidad de gente, diciendo que se le había aparecido, y continuaba apareciéndosele todos los días una paloma: tal vez se le ponía sobre el hombro, y tal sobre la cabeza, y que le hablaba con espíritu profético; y que si echaba la mano para cogerla, se volvía en una moza doncella y hermosa, que le decía. «¡Oh mozo! yo te levanto por pastor en la tierra, y destruirás los *ismaelitas*; y la señal de esto es, que lo verás escrito en tu brazo.» Muchos testificaban ha-

25 DE DICIEMBRE DE 1835.



berlo visto; y otros, que veían una semejanza de cruz figurada en su brazo; y otros, que estando el mozo junto á una fuente, oyeron esto mismo, pero que no habían visto mas. Oyéndolo el pueblo, buscaron el mozo, y postráronse delante de él, y llevándole consigo le hicieron su capitán; pero no le siguieron de un lugar á otro sino pastores, y en aquellas aldeas era grande la cantidad de ellos. La fama del mozo era grande: trataron de pasar á Granada, y de allí á los demás reinos de los moros. Cuando estaban en esta deliberación, dijo uno de ellos: «No apruebo vuestro consejo, que al fin siendo los moros tantos y nosotros tan pocos, ellos diestros en la guerra y nosotros no acostumbrados á ella, ellos con armas, nosotros sin ellas, será vano todo nuestro designio: si os parece, vamos primero contra los judíos, que es gente débil, y no tienen quien les defienda, y sin armas les podremos destruir, y cuando nos veamos fuertes con sus despojos y riquezas, que son grandes, tomaremos armas, y juntando muchos que nos ayuden pelearemos con los moros y estaremos ciertos del vencimiento. Hallábase allí acaso un sastre judío, y sin saber lo que trataban se burló de ellos. Saltaron luego sobre él los pastores con desatinado furor y le despedazaron; y de la burla de aquel y su castigo empezaron á querer acabar con todos los judíos del mundo. Otros escriben que la causa de esta persecución fué una disputa. Llegaron los insurreccionados á Tolosa de Francia, y el gobernador salió á rogarles, y les dijo: «que no era justo matar los judíos, pero si obligarles á que siguiesen la fé cristiana verdadera.» Respondieron los amotinados que si los judíos de Tolosa recibían la ley de Cristo, que no los matarían. Los judíos se bautizaron.

Por entonces, en Aragon mataron muchos judíos, y el amotinado pueblo hubiera acabado con todos, si el piadoso rey de Aragon no los hubiese socorrido y amparado por su parte, poniendo caballeros y guardas en todas las provincias. El príncipe D. Alonso su hijo fué á Huesca, prendió cuarenta de los sublevados, y los ahorcó por mandato de su padre. De Aragon se comunicó este deseo de persecución contra los judíos á Navarra, y en ella murieron á sangre y fuego muchos judíos.

Pero si hubiéramos de referir una á una estas persecuciones, el lector daría al diablo la idea y la erudición pedantesca de quien la imaginó. Bastan las ya indicadas; y bastará que citemos algunos hechos, que si bien muy uniformes entre sí, explicarán mejor el modo que tenían nuestros pasados de proceder contra los judíos.

En tiempo del rey D. Alonso se levantaron en la villa de Osuna tres hombres revoltosos, y echaron un cuerpo muerto en casa de un judío, y fueron á los jueces, y clamaron que hallaron un cristiano muerto en casa de un judío: era esto en víspera de Pascua; corrió la voz por la villa, y levantáronse la noche de Pascua, y mataron los judíos que hallaron. En tiempo de D. Alonso el Magno padecieron tambien los judíos despojos de sus bienes y crueles muertes.

Acusados en tiempo de D. Fernando V á la Inquisición unos ricos judíos de Zaragoza relacionados con las casas judías mas ricas de España, se les confiscó á todos sus cuantiosos bienes; á duras penas se les hizo merced de las vidas; y de este modo el erario público pudo subvenir á los gastos ocurridos entonces en la conquista de Granada.

Véase pues que no todo era celo por la religion cristiana, y castigo á los obsecados judíos por sus blasfemias y sacrilegios; sino que tambien en sus riquezas estaba su delito.

En tiempos posteriores aun despertó contra los judíos gran enemiga un libro titulado *Centinela contra judíos*, escrito de un modo maravilloso, y capaz por lo mismo de estraviar al pueblo.

En fin, perseguidos sin descanso en toda la península, huyeron los judíos á Alemania, á los Países Bajos, y muchos de ellos á Nueva-España y á la América meridional española; pudiendo muy bien decir con el Abind de la tragedia española que Dios había repudiado

«Para siempre á Israel, y á nuestros ruegos  
Sordo se muestra, y tolerar no puede  
El hedor de un incienso tantas veces  
A impuros simulacros ofrecido.

De un Dios que nuestros sábados detesta,  
Y mira con horror y con enojo  
nuestras ofrendas, y su vista aparta  
De nuestros sacrificios con desprecio.

De aquel Dios que César hizo en su templo,  
Asilo ya de buitres y dragones,  
La voz del himno, el son de las trompetas.»

Y he dicho, *pudiendo muy bien decir*, porque la bella lógica del comun de los hombres se queja así, y echa la culpa á quien no debe.

Porque el verdadero origen de las persecuciones que los judíos han sufrido en España, se debe, segun las mismas memorias judías, á sus inauditas usuras, á su lujo, á sus robos solapados, á su avaricia. Los primeros asentistas del reino, los recaudadores de tributos

arrendados, los tesoreros reales eran judíos, y judíos modelados segun el que describe Shakespeare, que cuando hablaba de uno *in saying he is a good man*, queria decir *that he is sufficient*.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

XIX  
Afligidos y Leganitos  
Del barrio de San Vicente  
(Conclusión)  
Manuel y el Barrio

Vamos á concluir hoy nuestro histórico paseo ~~matutino~~, recorriendo el cuarto de círculo comprendido entre la *Plazuela de Santo Domingo* y *calle Ancha de San Bernardo* á la puerta de San Vicente y al Alcázar Real.

Esta plazuela de Santo Domingo, donde concluía el antiguo arrabal y estaba situada la puerta, llegó á ser centro de vitalidad de la nueva población que se fué formando en su derredor; viniendo á desembocar en ella hasta una docena de calles bastante principales, de las cuales y sus respectivas barriadas hemos tratado ya en su mayor parte, á saber: *Bajadas de Santo Domingo* y de los *Ángeles*, *calles de las Veneras*, de los *Preciados*, de *Jacometrezo*, de *Tudescos*, de *Silva* y *Ancha de San Bernardo*, quedándonos únicamente que decir de las de la *Inquisición*, *Leganitos*, *Torija* y la *Bola* con sus respectivas barriadas.

La calle de la *Inquisición* (hoy de *Maria Cristina*) tomó aquel nombre á fines del siglo XVI por el supremo tribunal de corte, llamado del *Santo Oficio* que estaba situado en las casas núm. 7 y 8 antiguo, 4 moderno, aunque posteriormente, á fines del siglo pasado, se trasladó á la nueva casa de la calle de *Torija*, de que hablaremos después; pero las cárceles y algunas dependencias continuaron siempre en la antigua, hasta 1820 en que quedó definitivamente suprimido este instituto. En aquellos memorables días 7, 8 y 9 de marzo del año 20 en que el rey Fernando se vió obligado á jurar la Constitución, fueron forzadas estas prisiones por el pueblo ávido de encontrar en ellas las horribles señales de los tormentos y las víctimas desdichadas de aquel funesto tribunal; pero en honor de la verdad debemos decir que solo se hallaron en las habitaciones altas que daban al patio dos ó tres presos ó detenidos políticos, uno de ellos el padre D. Luis Ducós, cura del Hospitalito de los franceses, y en los calabozos subterráneos que corrían largo trecho en dirección de la plazuela de Santo Domingo, nada absolutamente que indicase señales de suplicios, ni aun de haber permanecido en ellos persona alguna de mucho tiempo atrás.—Vendida después esta casa como de bienes nacionales, sirvió algunos años, por una antitesis providencial, de imprenta y redacción de periódicos, y después ha sido convertida en habitaciones particulares.—Mas adelante, en esta misma calle, á su número 1 antiguo y 25 moderno, está la suntuosa casa que fué de los condes del Águila y de Trastámara, y comprende varios sitios hasta 33,210 pies, sobre uno de los cuales estuvo anteriormente la casa que el licenciado García de Barriónuevo y Peralta fundó para su hijo D. Bernardino. La del conde de Trastámara, que hoy ocupa este sitio y que después perteneció y habitó el general Narvaez, duque de Valencia, á quien la compró el gobierno para oficinas, es notable por la esplendidez de sus salones, y especialmente las magníficas estancias llamadas *las cuadras*, caprichosamente enriquecidas de adornos, de flores y figuras en relieve y con graciosos saltadores de agua en el centro; bellísimos salones, célebres por los suntuosos bailes dados en ellos por la grandeza en 1831 con asistencia de los reyes, y posteriormente por el general Narvaez cuando ocupaba esta casa de su propiedad.—En la inmediata núm. 25, que fué propiedad del conde de Revillagigedo, se fundó y colocó en 1830 por la reina Doña MARIA CRISTINA el *Conservatorio de música* que lleva su nombre. En esta casa creemos que estuvo en 1825 la suprema Asamblea (ó lo que fuese) de la célebre sociedad secreta de los *Comuneros de Castilla*.—Frontero de ella estuvo situado el convento de San Norberto, de padres canónigos *premostratenses*, fundado en 1611, y antes las monjas de Santa Catalina, trasladadas luego por el duque de Lerma á la calle del Prado. Tenían aquellos una buena iglesia, parte de la cual se arruinó en 1740 y fué reconstruida de nuevo en 1773 con una bella portada, obra del célebre D. Ventura Rodríguez; pero demolido este edificio por los franceses, ha permanecido erial aquel sitio, hasta que últimamente se ha colocado allí un mercado, mientras se construye el cubierto que se proyectó.

En las calles que median entre esta y la *Ancha de San Bernardo*

(1) Véanse los números anteriores.



solo hay que notar los extraños títulos de algunas de ellas, tales como la *Garduña*, de *Enhoramalavayas* (hoy *travesía de la Parada*), de *Aunque os pese* (ahora *travesía de las Beatas*), y de *Salsipuedes* (hoy *Pretil alto*, que da á la plazuela de los *Mostenses*); cuyos nombres parece les fueron dados por los reñidos pleitos y discordias ocasionadas entre los terratenientes para el rompimiento de dichas calles.

No son menos ridículas y mezquinas las de la izquierda de esta calle á la de *Leganitos*, tituladas del *Recodo*, de *San Ciprian*, de *la Cuadra*, de *Eguiluz*, de *San Ignacio* y *Santa Margarita*; únicamente las de la *Flor Baja* y de *los Reyes* tienen una regular anchura y proporciones. En esta última hay señalada al núm. 29 una pequeña casa que puede ser de principios del siglo pasado, con una caprichosa fachada, que no carece de agrado.

La calle de *Leganitos*, que desde la plazuela de Santo Domingo corre hasta los confines de la población, entre N. y O., es una estensa vía de regular caserio, aunque poco notable, como destinado á habitaciones particulares, excepto el edificio que sirvió de *Colegio Real* de Santa Bárbara para niños músicos al servicio de la Real Capilla, fundado por Felipe II en 1590, y que dirigió en tiempo de Fernando VI el célebre *Carlos Broschi (Farinelli)*, y produjo en todos tiempos excelentes discípulos, conocidos después en el mundo filarmónico.—El nombre de *Leganitos* ó *Leganés*, aplicado á esta calle y cuartel, era el mismo que de antiguo llevaba aquel sitio montuoso, y parece que viene de la voz árabe *algannet* *algaunit* que significa *las huertas*, sin duda por las que habria, y de que aun existe alguna hácia la montaña del *Príncipe Pio*. Entre esta y la plaza de Santo Domingo, por donde ahora van la calle de *los Reyes* y la de *San Marcial*, en el valle ú hondonada formado entre ambas colinas, corría al descubierta una esguera ó barranco procedente de la parte alta de Santa Bárbara, obstáculo formidable para la comunicación con el nuevo distrito de los *Afligidos*, que fué disimulado en parte durante siglos enteros por medio de un puente que venia á estar frente de la calle de *Leganitos*, y está señalado en el plano de 1656. Posteriormente, en el siglo pasado, siendo gobernador del Consejo el señor *Figuerola*, se cubrió la famosa alcantarilla, á cuya entrada se conserva aun un puentecillo, y que á pesar de su ancha boca para recibir las arroyadas de dicha parte alta, ocasiona en las grandes avenidas peligros y destrozos.

Pasada esta alcantarilla, y al final de la parte alta de dicha calle, formando la manzana 557 (última de las de Madrid en el orden de numeración), existe el considerable edificio palacio viejo de los *duques de Osuna* con su estendida huerta llamada en lo antiguo de *las Minas*. Esta casa, de gran suntuosidad, aunque muy deteriorada, ha tenido en nuestros tiempos varios usos, tales como fábricas y talleres, teatro y otros, además de estar ocupada en gran parte por la magnífica biblioteca del señor duque propietario, hasta que últimamente fué trasladada á las *Vistillas*. Hoy, comprada por el gobierno, ha sido destinada á convento de San Vicente de Paul.

Entre dicha calle alta de *Leganitos* y la de San Bernardo existe el distrito ó cuartel llamado de *Afligidos*, cuyos objetos mas notables son la elegante aunque pequeña iglesia parroquial de *San Marcos*, obra de mediados del siglo pasado, dirigida por el célebre arquitecto D. Ventura Rodríguez, que está sepultado en su bóveda. Dicha iglesia está situada en la calle de *San Leonardo*; y enfrente de ella la pequeña capilla y casa recogimiento de mugeres *Arrepentidas*, fundado en el siglo pasado bajo la advocación de Santa María Egipcíaca.—A la entrada de la calle de San Bernardino está en la plazuela que lleva su nombre otro pobre convento de monjas *Capuchinas*, fundado en 1617 en la calle del Meson de Paredes, y trasladadas á este sitio diez años después.—Mucho mas suntuoso y rico es el otro convento situado en la plazuela que se forma hácia el extremo de la calle de *Amaniel*, fundado en 1650 para las señoras *Comendadoras de Santiago* con un hermoso templo, notable por su espaciosidad y decoracion, y la elegante sacristía en que estan colocadas las estatuas de los reyes, grandes maestros de la órden: en esta iglesia celebran las funciones de su instituto y su profesion los caballeros de la misma.—En dicha calle de *Amaniel* al núm. 11 está el hospital de mugeres *Incurables*, precioso establecimiento de beneficencia fundado por la condesa viuda de *Larena* en 1805. Estuvo en diversos sitios, hasta que en 1824 fué trasladado á este edificio, que sirvió anteriormente de *Colegio de niñas huérfanas* fundado por Felipe V, y era conocido por el de *Monterey*, á causa de haber pertenecido la casa al conde de este título, á quien la compró S. M. Este precioso hospital sufrió considerablemente en el horroroso incendio ocurrido el día 8 de julio de 1831 en que quedaron reducidas á cenizas hasta diez y siete casas en las cuatro manzanas que dan á dicha calle y las del *Portillo*, del *Cristo*, del *Limon*, y del *Conde-duque*.—Este título y el de la puerta en que termina dicha calle, nos trae á la memoria al poderoso valido de Felipe IV Don Gaspar de Guzman, *conde-duque de Olivares*, cuyo suntuoso palacio y jardines se alzaban en aquel sitio, y estan representados en el plano antiguo hácia adonde ahora el Cuartel de Guardias y el pala-

cio de Liria.—Dicho *Cuartel de Guardias de Corps*, que ocupa por entero la manzana 530 en una estension de 244,363 piés, es el edificio mas vasto de Madrid, y fué construido en el reinado de Felipe V, bajo la direccion del arquitecto D. Pedro de Ribera. Sirvió á este destino hasta la supresion de aquel Real cuerpo; después de *Colegio General Militar*, y ahora de cuartel de caballería, y sus torres de prision Militar, en que han sido custodiados muchos célebres personajes politicamente encausados.—El magnífico palacio contiguo, propio de los duques de *Liria*, *Berwick* y *Alba*, fué construido en 1770 bajo la direccion del célebre D. Ventura Rodríguez, y es por su suntuosidad y buen gusto el primero de los edificios particulares en Madrid.—Mas allá, al confin de la poblacion, y formando con la cerca de su huerta parte de la general de la misma, se alza el suntuoso *Seminario Real de niños nobles*, fundado por el mismo rey D. Felipe V en 1723, y puesto bajo la direccion de los padres de la Compañía de Jesus, hasta que á la estincion de estos recibió nueva organizacion por disposicion de Carlos III, y bajo la direccion del célebre general de marina Don *Jorge Juan*. Posteriormente en nuestros dias volvieron á regentarlo los jesuitas, hasta que suprimidos después, sirvió de cuartel, y hoy de *Hospital militar*, importantísimo y excelente establecimiento, uno de los primeros de que puede gloriarse la época presente. La huerta de este seminario, que comprende una vasta estension de terreno, avanza un largo trecho mas allá del portillo de San Bernardino emparejando su esquina con la de la montaña del *Príncipe Pio*, en cuya confluencia debe indudablemente colocarse la nueva puerta de Madrid por aquel lado, interrumpiendo la cerca que vendrá por el paseo alto, desde la esquina de la de *Monteleon*, segun dijimos en el artículo anterior.

Esta inmensa posesion, conocida con el nombre de la *Montaña del Príncipe Pio*, é incluida dentro de la cerca general de Madrid desde los tiempos de Carlos III, tiene de sitio mas de seis millones de piés; fué de los marqueses de Castel-Rodrigo, cuya casa se unió después por enlaces con la del *Príncipe Pio*, título extranjero, en el plano antiguo está dividida en varios trozos de huertas, llamadas de *Builtera*, del *Molino quemado*, de las *Minillas*, de la *Florida* etc., y estaba entonces fuera del portillo de *San Joaquín* (hoy de San Bernardino), y de la tapia que bajaba recta desde *Afligidos* al puente del parque de *Palacio*, donde hoy la fuente del *Abanico* á la bajada de San Vicente. Hoy esta inmensa posesion, perteneciente al Real Patrimonio, y cedida por S. M. en usufructo al Sermo. Señor Infante D. Francisco, de sitio áspero é inculto que antes era, ha venido á trasformarse en un precioso parque, huertas y jardines que la generosidad de su ilustre poseedor franquea al público, proporcionándole uno de sus mas preciados desahogos. Hácia la parte de esta posesion que da á la plazuela de *Afligidos* está la casa y la capilla que la marquesa de Castel-Rodrigo, Doña Leonor de Moura, fundó en el siglo XVII, y en la que se venera una copia de la cara de Dios estampada en el lienzo de la Verónica, preciosa alhaja vinculada en el mayorazgo, que se espone al público en la Semana Santa.

Frente á esta casa y capilla estuvo el convento de San Joaquín, de padres Premostratenses, vulgo de *Afligidos*, cuyo título (ampliado después á todo el distrito), le tomaron de una imagen de Maria Santísima que se veneraba en el altar mayor de su iglesia. Hoy ha vuelto al dominio de sus patronos los señores condes del Montijo, y está destinado á habitaciones particulares.

Cruzando aquella grandísima posesion de la *Montaña*, se rompió en el inmortal reinado de Carlos III la bajada llamada *Cuesta de Areneros*; se formó á la parte baja el paseo de la *Florida*, la magnífica bajada y puerta de San Vicente, se levantó frontero de ella el inmenso edificio de las *Caballerizas Reales*, otra de las colosales obras de aquella época, en cuya asombrosa estension (que por la bajada de San Vicente presenta una línea de 700 piés) hay, además de suntuosos patios, verdaderas plazuelas, interminables galerías ó cuadras capaces de contener con toda comodidad quinientos caballos, el magnífico guarnés, espléndidas cocheras y otras mil dependencias, además de las habitaciones correspondientes para la multitud de empleados hasta el número de 486; y al otro lado en fin, y con destino á convento de padres de San Gil, aunque no llegaron á ocuparle, y hoy es cuartel de caballería, el otro espacioso edificio que mira á la calle de San Marcial fué concluido bajo la direccion del arquitecto D. Manuel Martín Rodríguez, sobrino y discípulo de D. Ventura, el cual conservó en él el órden severo y el buen gusto propio, revelándose á primera vista su intencion de reflejar en su estensa fachada la del clásico Monasterio de San Lorenzo del Escorial.

Subiendo por la calle Nueva (hoy de *Bailen*), en que tienen su entrada principal las Reales Caballerizas, se alzó al opuesto lado, tambien en el reinado de Carlos III y con destino á casa habitacion de los secretarios de Estado, el elegante palacio que tiene su entrada contigua al convento de Doña María de Aragon. En él habitó el famoso conde de Florida Blanca, y tambien en tiempo de su mayor prepotencia el



célebre ministro y valido de Carlos IV, D. Manuel Godoy, *príncipe de la Paz*; después sirvió al *Consejo del Almirantazgo*, luego de *Biblioteca Real*, posteriormente encerró los ministerios de *Hacienda*, *Gracia y Justicia*, *Guerra y Marina*, hasta que ha venido á quedar en él solo este último y el *Museo naval* inaugurado en estos mismos días.—La construcción de todas estas colosales obras corrió á cargo del general de ingenieros D. Francisco Sabatini, que levantó al mismo tiempo para su habitación la casa contigua á la de ministerios frente á las Caballerizas Reales.

El convento de religiosos Agustinos calzados, fundado por Doña María de Córdoba y Aragón en 1590 en el sitio que entonces se llamaba las *Vistillas del Río*, estuvo ocupado por estos, que tenían en él su colegio y cátedras de Cánones y Disciplina eclesiástica, hasta su extinción en estos últimos años. Su hermosa iglesia, de figura oval, cuya traza y pinturas corrieron á cargo del célebre Dominico Teutocópoli (*el Greco*), fué convertida en breves días, y en los primeros del año de 1814, en *salon de Sesiones* para las *Cortes generales del Reino*, en que trabajó con entusiasmo una gran parte de la población de Madrid, si bien á pocos días de estrenado por ellas (el 11 de mayo del mismo año), con motivo de la abolición de la Constitución, fué destruido por el populacho, y arrastradas las estatuas y emblemas alegóricos y la lápida que se alzaba sobre su portada con el artículo 13 de la Constitución que decía *La potestad de hacer las leyes reside en las Cortes con el Rey*. Vuelto al culto divino, y los padres al convento, hubieron de abandonarle de nuevo en 1820 en que tornó á su destino de *salon de Cortes*, y luego á los padres en 1824, hasta que á la extinción de estos en 1856, ha sido definitivamente dispuesto y convertido en *Palacio del Senado*.

La calle del *Reloj* que corre á su costado, avanzaba en los siglos anteriores hasta la de *Torija* (que en el plano antiguo se apellida de *Cortio*), y en esta se alzó á fines del siglo pasado la casa principal donde estaba el *Consejo Supremo de la Inquisición*, y sobre cuyo portal hemos alcanzado á leer el terrible lema: *Exurge domine et iudica causam tuam*. Después ha servido en nuestros días de ministerio de *Fomento*, llamado luego de *lo Interior* y de la *Gobernación*.—Todas estas calles, desde la de *Torija* hasta la de la *Estrella* y *Silva*, fueron formadas en su mayor parte á consecuencia de la *puebla* verificada por D. Joaquín de Peralta en el siglo XVII, y una de las principales de ellas recibió el nombre de la calle de la *Puebla nueva* (1), hoy del *Fomento*, y también la pequeña callejuela, hoy *Travesía de Allamira*, se llamó de la *puebla de Peralta*.

El Real Monasterio de la *Encarnación*, de religiosas agustinas, es fundación de la reina Doña Margarita, esposa de Felipe III, y fué construido á su costa, bajo las trazas y dirección del arquitecto Juan Gómez de Mora.—La iglesia, que es preciosa por su forma y por sus riquísimos adornos, fué reformada en el siglo pasado por D. Ventura Rodríguez; pero parte del monasterio fué demolido, á la verdad innecesariamente, en estos últimos años, cuando salieron de él las madres para otros conventos. Hoy se halla en reconstrucción, aunque mas reducido, y han vuelto aquellas á ocuparle. La iglesia, que es de las mas ricas y ostentosas de Madrid, sirve de parroquia ministerial de Palacio.—La casa de la calle de las *Rejas*, cuyas accesorias daban frente á este monasterio, y hoy se ha ampliado también con fachada principal á la plazuela de Doña María de Aragón, fué de los marqueses de Santa Cruz, y antes de D. José Portocarrero y Pallares; en el sitio de ellas estuvieron las caballerizas del príncipe D. Carlos. *Después de la guerra* se han convertido en el regio palacio de S. M. Doña María Cristina de Borbon.—Al duque de Alburquerque, marqués de Cadraita, correspondió el otro edificio contiguo, que hoy sirve de *Biblioteca Nacional*.

Desde aquí empiezan las nuevas calles formadas á la regularización de la magnífica Plaza de Oriente del Real Palacio, con los espléndidos nombres de *San Quintín*, de *Pavia*, de *Felipe V*, de *Carlos III*, de *Lepanto*, etc., y por consecuencia volvemos á los términos del Real Alcázar, donde tuvo principio, y debemos poner fin á nuestro paseo matritense.

R. DE MESONERO ROMANOS.

## DE LA NECESIDAD DE UNA BIBLIOTECA GENERAL ESPAÑOLA, Y DEL MODO DE FORMARLA.

Sin duda que no debe ser una curiosidad pueril la que en todos tiempos ha prestado un interés tan sostenido á las biografías de los hombres que su saber ó su génio ha elevado á grande altura, buscando

en la apreciación de sus hechos ó de su carácter los datos mas seguros para la historia política, militar ó literaria de una época ó de una nación. Es pues por demás insistir en la conveniencia de esta clase de escritos en general, si bien en la parte literaria tienen además ciertas ventajas materiales, por decirlo así, que los hacen esencialmente necesarios. Aun siendo muy poco aficionado á libros, es difícil no haber tropezado alguna vez con dificultades quizá insuperables para su clasificación, ó deseado ardientemente conocer la vida del autor, con objeto de explicar por ella opiniones dudosas é ininteligibles de otra manera, ó para no haber necesitado de un guía que pudiese asegurar si estaba ó no completa la obra, si habia ó no tenido continuadores, si la edición era legítima ó furtiva, fidedigna ó truncada, con otras varias cuestiones del mismo género.

Es verdad que á muchas de estas dudas pueden dar solución las obras publicadas ya sobre estas materias; pero todas ellas adolecen del defecto de completarse unas por otras, de estar en su mayor parte reducidas á un solo ramo, y mas que todo, de ser por lo general muy difíciles de hallar. La única general que á mi entender existe, es la Biblioteca de D. Nicolás Antonio, que solo llega hasta 1680; y la simple anunciación de esta fecha basta para dar á conocer que no puede ser completa aun en la época que comprende; pues desde entonces acá se han publicado trabajos muy considerables que es preciso tener en cuenta; se han reimpresso mil veces obras allí citadas, y en fin, libros entonces vulgares, y en los que apenas se detiene, se han hecho hoy rarísimos y muy estimados. Por otra parte, las condiciones bajo las que emprendió su trabajo, especialmente en la *Bibliotheca Vetus*, le impedían detenerse en detalles bibliográficos, entonces quizá poco apreciados, pero que en el día forman el complemento indispensable, por no decir la parte principal de una obra de esta clase.

Siguiendo el ejemplo de D. Nicolás Antonio, se publicaron varias bibliotecas particulares literarias, mas ó menos estensas, como la de Aragón, de Latassa; la de Cataluña, de Amat; las de Valencia, de Rodríguez, Gimeno y Forster; la de traductores españoles, de Pellicer; la de escritores del reinado de Carlos III, de Sempere; la Biblioteca indiana, de Leon Prieto; la Genealógica, de Franckenau, y la *Themis Hispana* del mismo; la de Navarrete en la parte de viajes y marina, y otras. A estas hay que añadir las propias y estrañas de órdenes religiosas, Jesuitas, Dominicanos, Carmelitas, Benedictinos, Cistercienses, etc. Una de escritores de los colegios mayores; y mas, que sin ser precisamente literarias, comprenden diferentes artículos de este género, tales como los hijos de Madrid, de Alvarez Baena; los hombres célebres de Alava, de Laudazuri; la Historia del Colegio viejo de San Bartolomé de Salamanca; los varones ilustres del de San Diego de Alcalá de Madrid; el Diccionario de Profesores de Bellas Artes de Ceán Bermúdez, etc., etc. En la parte puramente bibliográfica tenemos la *Bibliotheca Majansiana*; *Asso de libris Hispanor. rarioribus*; Mendez, tipografía española; el catálogo de Salvá, y muchos otros muy raros y casi desconocidos.

Cuando Rodríguez de Castro proyectó la Biblioteca Española, pensaría sin duda en que llenase cumplidamente su título; pero es lo cierto que solo se publicaron dos tomos, que por su disposición particular forman dos Bibliotecas especiales, que estan en el mismo caso que las que llevamos referidas.

Por entonces ó poco antes se trabajó en otro plan tan vasto como el de Rodríguez, cual era el de reunir en una las dos Bibliotecas *Vetus et nova* de D. Nicolás Antonio completándolas. Así lo dice el erudito Faustino Arévalo, editor de los Poetas Cristianos, publicados en Roma á espensas del Emmo. Lorenzana, en una nota á la vida de Prudencio; pero como al parecer nada mas que esta noticia ha quedado de tan gigantesca empresa, si el pensamiento de llevarla á cabo es una prueba de su utilidad y conveniencia, las indicaciones de Arévalo nada han adelantado para su realización.

La enumeración de obras que queda hecha, y que podría ampliarse muchísimo mas, basta para dar á conocer que serán muy pocas las ocasiones en que una sola ofrezca todas las noticias de un autor ó de sus escritos; que para cada uno será preciso, por lo general, reunir dos ó mas; y que en último resultado se necesitan todas para llenar el vacío de una Biblioteca General; y todavía no lo harían cumplidamente, porque no son aquellas obras las únicas que deberían contribuir á formarla. Aunque no muchas ni muy repetidas, se han hecho sin embargo algunas buenas ediciones de autores patrios, precedidas en gran parte de biografías muy completas, que si no convendría insertarlas íntegras en una Colección General, por lo menos hay que tenerlas á la vista y extraer de ellas los hechos principales y todos los que se refieren á la parte bibliográfica, que á pesar de la importancia que hoy tiene, no todas las veces ha llamado la atención de los editores mas celosos. Como muestra de estas biografías, pueden citarse la de Luis Vives que precede á la edición de sus obras, hecha en Valencia; la del Brocense, en la de Ginebra; la de Prudencio, en los Poetas Cristianos ya citados; la de Ramos del Manzano y otros Jurisconsultos

(1) En el número 20 antiguo, 29 moderno, de esta calle nació D. Nicolás Fernández de Moratín, padre del inmortal D. Leandro, y apreciable poeta al mismo.



tos, en el *Thesaurus Juris* de Menian, etc., etc., y otras sueltas, como la de Cervantes, de Navarrete, y las de Garcilaso y Lopez de Ayala, en la coleccion de documentos inéditos para la Historia de España.

Pero antes de buscar los medios de fundir tan diversos datos en un solo cuerpo, conviene fijar lo que este debe contener. En toda historia literaria encontramos dos partes principales, la historia propiamente dicha, y la crítica, los hechos y las teorías. Para atender á la primera parte, á la reunion y coordinacion de datos, basta la aplicacion y una mediana inteligencia; para la segunda se necesitan mayor copia de conocimientos, una série de estudios hechos bajo el mismo punto de vista, y un sistema fijo de antemano: por consecuencia, en este punto la variedad de opiniones es inevitable y de inmensa trascendencia; en el otro apenas cabe esa diversidad, y solo puede tener lugar en cosas de poco interés.—De modo que si la Biblioteca General ha de ser aceptable para los hombres de todas las escuelas, debe contener solo la parte relativa á los hechos, fijando estos en lo posible de una manera definitiva, y dejando después que sirva de base á todas las teorías literarias que sobre ellos quieran ó puedan fundarse.—De esta manera la historia literaria podrá escribirse con mas desahogo y elevarse á mayor altura, sin tener que interrumpir continuamente la narracion para descender á detalles biográficos y bibliográficos de una importancia secundaria; y por otra parte, las personas que quieran enterarse

de todos los pormenores, los encontrarán mas cómodamente, mas reunidos y con mayor estension en la Biblioteca General, que en ninguna otra obra que no forme de ellos su principal objeto.

Ningun ejemplo mas á propósito para demostrar esta especie de inconvenientes que la Historia Literaria de Ticknor que se está publicando en castellano. A pesar de que segun el juicio de personas muy competentes, contiene en el testo mayor número de pormenores de los que corresponden á una obra de su clase, todavia la vemos interrumpida á cada paso con notas y apéndices que sobrecargan su trabajo sin alcanzar á satisfacer á los que desean la minuciosidad de Pellicer, de Mendez ó de Salvá, y que de hecho no son suficientes para nadie, porque se refieren á un corto número de obras, si bien las mas interesantes.

Por consiguiente, cada artículo de la Biblioteca General debiera contener dos partes, una relativa á la biografia del escritor, mas ó menos lata, segun el interés del personaje, que siempre habia de entenderse á apreciar su importancia personal con respecto á su época, pero sin elevarse á la altura de los principios filosóficos, y otra referente á la biografia de sus obras, comprensiva de sus diversas ediciones, traducciones etc., y de los detalles accesorios que á cada una de estas correspondan.

Casi todos los escritores que dejamos enunciados, siguieron este



(El mensaje de amor.)

método, aunque de diferente manera; unos, como Barbosa, Machado y Rodriguez, cansan con la fastidiosa monotonía de citar en cada personaje cuantos elogios ha merecido de propios y extraños, en prosa ó verso, y cuántos y cuáles han sido los escritores que le mencionaron, siquiera no hicieran mas que nombrarle con los tan comunes epítetos de docto, sabio, ilustre, etc. etc.; todo lo cual forma una cola á continuacion de la biografia de las personas de algun mérito, que ocupa mucho mas que la misma narracion, sin dar ninguna noticia que no esté comprendida en ella.—Otros siguen el sistema opuesto, y á trueque de elevar su estilo, de hermosearle etc., envuelven en la narracion principal, ó forman una separada de la parte bibliográfica, suprimiendo una infinidad de pormenores, incompatibles con toda relacion seguida, pero que son precisos para evitar la confusion de las ediciones y rectificar los errores que se hayan padecido.—Siempre sigue otro camino diferente del de todos los demás, que consiste en poner el nombre del autor con sus títulos y empleos, y hacer luego el análisis de sus obras; pero este método es impracticable, porque seria infinitamente largo, tal como él lo estudió, y porque le faltan todas las noticias biográficas y bibliográficas que deben formar el fondo de la Biblioteca. La de Sempere es mas conforme á una revista literaria de nuestros dias, que al título que lleva. Sin embargo, como en esta clase de obras es mas fácil pecar por conciso que por difuso, el medio

mas conveniente entre ambos extremos seria para las biografías la latitud del ensayo de una Biblioteca de traductores por Pellicer, ó lo que es lo mismo, cuanto se refiere á la vida particular y literaria del escritor, dejando á un lado cuanto tenga relacion con la vida pública ó política, y para la Bibliografía, la minuciosidad y llaneza de Mendez en su *Tipografía Española*, la clasificacion de ediciones y traducciones de Brunet en su *Manuel du Libraire*, y notas como la de este mismo, y las de Salvá en su Catálogo.

Solo nos falta determinar el modo de fundir en un solo cuerpo, y con las condiciones espresadas, la inmensidad de artículos resultante de la reunion de las colecciones y escritos que, dejamos dicho, debieran contribuir á la formacion de la Biblioteca General.—Para clasificarlos hay tres órdenes generales: el mas sencillo, y el que mas fácil se presenta, es el alfabético, seguido en la mayor parte de las Bibliotecas generales ó particulares.—El segundo es el cronológico, que siguieron D. Nicolás Antonio en la *Bibliotheca Vetus*, y Franckinau en su *Themis Hispana*; y por último, puede emplearse la clasificacion razonada de materias, bien llevándola hasta sus menores subdivisiones, tal como se presenta en el catálogo que forma el tomo 3.º del *Manual* de Brunet, bien guardando solo las secciones mas principales, que formarian bibliotecas separadas, como la sagrada de Lelong, la misma *Themis Hispana*, etc., etc., ya se empleen en estas bibliotecas



especiales el orden alfabético ó el cronológico.—Cada una de estas clasificaciones generales tiene sus inconvenientes.—La serie alfabética corta toda division de materias, y mezcla y confunde los escritores de clases y categorías mas diversas y las épocas mas encontradas; pero en cambio cada escritor tiene un lugar fijo que no puede ofrecer duda, las citas se evacuan con la mayor facilidad, y con la misma se hacen las remisiones.—El método cronológico, aunque presenta los escritores en el mismo orden que han aparecido, y aunque es aplicable y útil para una época escasa en publicaciones, y mas todavía para un solo ramo de conocimientos, considerado en su generalidad, ofrece igual desorden y confusion que el alfabético, sin ninguna de sus ventajas.—Por último, la clasificación de materias, llevada al extremo, da origen á una infinidad de dificultades y de cuestiones sobre la respectiva colocacion de cada escritor; hace innumerables las remisiones, y muy difícil la verificación de las citas. Considerada en tres ó cuatro divisiones generales, se halla en el mismo caso que una biblioteca particular alfabética ó cronológica, mas el inconveniente de las remisiones de una á otra respecto de todos aquellos autores, y son muchos, que escribieron sobre asuntos enteramente diversos.

Pero el inconveniente capital que yo encuentro en todos ellos está en la necesidad de tener reunidos todos los datos, y completado el trabajo antes de que pueda publicarse la parte mas insignificante; y de ahí la necesidad de que la obra esté comprendida, estudiada y dirigida por una sola cabeza, que en la parte material nada mas podrá valerse del trabajo de otro. Esta dificultad es crecidísima, porque es difícil que haya quien se atreva á tomar sobre sus hombros tan grave carga, que lleva consigo el temer de trabajar en balde, es decir, de ocupar muchos años en preparar materiales sin que llegue el caso de verlos todos reunidos; y aun concediendo que se reunan y se dispongan para la impresion, todavía se corre el riesgo de no hallar modo de realizar esta, atendida la magnitud de la obra y el cuidado que necesita.

Un medio habria sin embargo de eludir esa necesidad de completar los trabajos antes de empezar su publicacion. Al consultar la *Bibliotheca Vetus* de D. Nicolás Antonio, cualquiera examina ante todo el índice alfabético, buscando en él la página y el número en donde se trata del autor cuyas noticias se desean. De esta sencillísima observacion resulta, que considerada aquella obra, respecto al método, no como historia seguida, sino como verdadera Biblioteca, su parte mas interesante es el índice que precede á cada uno de los tomos, y como relativamente á este índice para nada hace al caso el orden cronológico que en ella se sigue, resulta tambien que cualquiera que fuese el sistema bajo el cual estuviese redactada, y aun cuando no siguiera ninguno, con solo un buen índice alfabético, seria igualmente fácil manejarla, y se encontrarían con la misma precision que hoy los artículos que se buscasen.

Prueba concluyente de este hecho se encuentra en el catálogo que formó el señor Ochoa de los manuscritos españoles existentes en las bibliotecas de París, dividido en cuatro ó cinco secciones por orden de materias, fraccionado al mismo tiempo con sujecion á los diversos locales en que se encuentran los libros, y que sin embargo aparece en cierto sentido compacto, merced al índice alfabético con que finaliza.

De todo esto viene á deducirse como consecuencia precisa, que la Biblioteca General puede formarse, publicando sucesivamente artículos sueltos, aislados y sin relacion alguna entre sí, escritos por una ó por diversas plumas, siempre que haya al frente de la empresa un jefe ó director encargado de examinarlos y darles en lo posible el mismo carácter, y que bastaria seguir el orden alfabético en los índices de cada tomo, que podrían asimismo redactarse por el método cronológico ó de materias ó por todos tres á la vez.

Sirvan si no de ejemplo los artículos biográfico-literarios publicados en el SEMANARIO.

Supongámoslos reunidos en un volumen y en el mismo orden con que fueron dados á luz; es decir, sin orden alguno, á medio de un buen índice alfabético se encontrarán tan fácilmente como si se hubiesen colocado con toda exactitud. Aumentando el número de artículos, seria preciso añadir un segundo tomo, y luego un tercero, un cuarto, y así sucesivamente; y á pesar de todo, para conservar siempre la unidad de la obra, seria suficiente incorporar en los últimos tomos los índices de los primeros; de modo que el índice del primer tomo se habria de refundir en el del segundo, sirviendo este para ambos volúmenes. Los índices del 1.º y 2.º se refundirían á su vez en el 3.º, cuya tabla inutilizaria las dos precedentes. El índice del 4.º comprenderia el contenido de los cuatro volúmenes, y así de los demás, hasta que la tabla de autores del último, habiendo absorbido en sí las de los anteriores, viniese á ser la general de la Biblioteca, y bastase hojearla para encontrar todos y cada uno de los artículos publicados: el inconveniente quedaria así reducido á incluir en cada tomo que fuese saliendo la tabla del anterior ó anteriores; y aunque en cierto sentido

resultarian inútiles los índices parciales, nunca seria grande el trabajo perdido, ni el mayor costo de la impresion.

Desde luego que por este medio no se podría nunca formar un todo tan exacto y tan bien proporcionado como si se pusiesen de una vez en planta todos los trabajos; pero en cambio es mas realizable, y puede llegar á ser mas completo. Ya hemos manifestado la dificultad de que haya quien tome á su cargo la formacion metódica de una Biblioteca General, y la no menor de que ya trabajada se encontrase modo de publicarla; pero á ellas hay que añadir todavía la de que la persona que emprenda semejante obra, tenga á mano todos los libros, papeles y noticias que se necesitan, y la suficiente calma y sangre fría para que no le arredre la duracion y la aridez de su trabajo, y que con el objeto de abreviar la una ó amenizar la otra, se esplaye mas que debiera en ciertos párrafos, ó recorte la nomenclatura y los detalles de otros.—Por último, sea cualquiera la instruccion y laboriosidad que adornen al principal redactor de esa Biblioteca, es seguro que la actividad que han despertado esos trabajos, y que dan lugar cada día á nuevos descubrimientos, no le permitirán completarla sin suplementos ó apéndices, que harian necesaria en los mas de los casos una doble ó tripe consulta con las correspondientes reuniones de la obra principal ó los apéndices, y vice-versa, y que destruyendo su exactitud y armonia, vienen á ponerla casi en el mismo estado que ofreceria la amalgama de artículos que se quiere poner en su lugar, con la diferencia de que cuantas adiciones ó correcciones de algun interés se fuesen ofreciendo en el curso de la publicacion, podrían estamparse en ella á medida que apareciesen, y con dos cifras comprensivas del tomo y de la página puestas en el índice al pie del nombre respectivo, quedarían perfectamente clasificadas.

Entendida de este modo la formacion de la Biblioteca General, no parece que ofreceria dificultades de consideracion. La empresa que publica la coleccion de Autores Españoles, la del SEMANARIO y la ILUSTRACION, poco podrían arriesgar en añadir la primera un cuaderno á cada uno de los tomos que salen de sus prensas, la otra un pliego á cada uno, dos ó mas números de cualquiera de sus periódicos, bien aumentando el precio de la suscripcion, bien dando menor cantidad de lectura en los tomos ó en los números, ya fuese voluntaria ó forzosa la adquisicion para los actuales suscritores, ya se uniese precisamente á dichas publicaciones, ó ya se diese por separado. Una y otra empresa, especialmente la del SEMANARIO, tienen ya acopiados materiales con que dar principio á estos trabajos, añadiendo y completando una las noticias que acompañan á las obras ya publicadas, otra completando tambien y recopilando los muchos artículos biográfico-literarios que ha ido insertando en sus distintos periódicos. Estoy persuadido de que no faltarian personas que contribuyesen gratuitamente á la empresa, facilitando noticias ó artículos concluidos; de manera que, fuera del gasto material de impresion, tan solo habria que atender á la remuneracion de quien tuviese el encargo de reconocer y custodiar estos trabajos aislados.

Podrá ser que esté yo equivocado en mis cálculos; pero hoy que tanto se imprime, desgracia seria que faltasen colaboradores y compradores para un trabajo tan útil y concienzudo: en todo caso poco se habrá perdido en indicar esta idea, en la persuasion de que no soy yo solo el que deplora la falta de una Biblioteca General de la literatura española.

## LOS CAFÉS.

(Conclusion.)

—Ya viene, ya viene! gritan nuestros pequeños adalides al divisar en lontananza al mozo portador del anhelado refresco.

Bien pronto las cucharillas se ponen en movimiento, y á manera de arietes, y reforzadas con varios pelotones de bizcochos y barquillos, van desmoronando aquellas gigantescas moles y abriendo brecha en sus amengados muros: el ardor de los sitiadores no desmaya un solo momento, y solo después de haber arrasado completamente el interior de la plaza y dejado solo el casco y de haber lametado la cuchara, como si dijéramos dado lustre á las armas empañadas y lamidose los labios, se dan los mas de ellos por complacidos y satisfechos.

—Mozo, mozo! grita el pollo Angelito que está en la mesa próxima con otros cuatro amigos.

—Señorito, ¿qué manda Vd.? responde uno de los interpelados.

—Pedid vosotros, dice Angelito dirigiéndose á sus camaradas.

Por supuesto que á la inglesa, cada uno paga lo suyo.

—Yo no quiero nada; acabo de comer ahora mismo, contesta uno de ellos.

—Ni yo, prosigue otro, tengo el estómago malo.

—Ni yo; he refrescado hace muy poco.



—Señores, yo pienso ir á un baile donde habrá ambigü, y quiero reservarme para entonces.

—Supuesto que ninguno tomáis nada, no quiero singularizarme, y por lo tanto me contentaré con un rato de parleta con vosotros. Mozo, prosigue Angelito, ya le volveremos á llamar á Vd. cuando le necesitemos.

¿Cuánto va á que entre los cinco compadres no reúnen el valor de una peseta?

—Señores, participo á Vds. que he tronado con Luisa: es muy tonta, muy coquetuela. La he abandonado, dice uno de los del quinteto.

—Hombre! ¿de verás? Pues según malas lenguas, ella es la que te ha dado unas soberanías calabazas.

—Mienten; pues en gracia de Dios me ha dado la niña pocas pruebas de su cariño! si yo fuera á contar...

Probablemente lo mas que le habrá dado, si la muchacha tiene bien puesto su pabellon y el pollo se ha desmandado, habrá sido algun sonoro y oportuno bofetón.

—¿Quién se viene al teatro? pregunta otro de los de la camada.

—¿Qué funcion echan?

—Carlos V, drama en cinco actos y en verso.

—Valiente paparrucha! Siempre saldrán á relucir chapelgorris y cristinos: además Carlos V no ha estado nunca que yo sepa en Túnez.

—Si señor que estuvo en el siglo XVI, cuando á los niños ignorantes y necios como Vd. se les daba una buena tunda de azotes el día que no se sabían la lección, dijo al paso un caballero que probablemente sería el autor del drama.

—Señores, al que quiera lo presento en casa de la duquesa del Fresno, dijo el que se reservaba para el ambigü.

—¿Que chicas van?

—La Luisa, la Emilia, la Julia: de esta sí que no podéis decir nada.

—¿Cómo que nada? Friolera!

—Cuenta, cuenta: ¿conque tambien tiene historia?

—¡Huy! Este ¡huy! es de gran efecto: verdad es que por querer decir mucho no dice nada; pero en cambio es muy elástico, y da materia para forjar cuantas calumnias se quieran.

Cuando en días de alza toma café algun pollo, siempre lo hace pausadamente, como diciendo: «yo estoy acostumbrado á esto y á mucho mas.»

¿De qué hablarán aquellos tres caballeros ya entrados en edad que poco á poco van desocupando los respectivos pocillos de hirviendo chocolate?

—Desengáñese Vd., todo lo del día es farsa, música celestial, dice uno de ellos engulléndose un soberbio remojón.

—Tiene Vd. razon, amigo mio: ¡qué tiempos aquellos los nuestros cuando no habia cesantes ni...

—Huyamos, huyamos: esos son solterones, jubilados ó cesantes ó politicones del antiguo régimen.

—El pueblo... la conciencia... los principios... oigo gritar por un lado.

—Buen filón... al 5 por 100... acciones cotizables... oigo que dicen por otro.

—Periodistas... escritores... literatura...

—Mozo, un arlequin de todas frutas... dulce de calabaza... dos raciones de jamon en dulce.

¡Qué algarabía! ¡qué despropósitos! Y el pianista ejecuta entre tanto unas variaciones sobre el duo «infelice, veneno has bebido» de la Lucrecia.

Entremos en el juego del billar. Los aficionados á los palos y á las carambolas tienen un respetable número de espectadores, alguno de los cuales, gracias á lo abrigado del sitio y á lo cómodo del asiento, suele acompañar con sus ronquidos á las voces de los que juegan y del mozo que cuenta.

—Hola, hola! en ese cuarto de la derecha se tira de la oreja á Jorge: ¡ah! cuántos al salir á la calle se tirarán de las suyas de cólera y de rabia al sentir que ha disminuido el peso específico al bolsillo de su chaleco.

—Calla! esa niña y ese jóven que van agarrados del brazo, se han desorientado por fuerza, y en vez de entrar en el café se han subido al piso principal.

—Eh, caballero, señora! el café está abajo, y los guiaré á Vds. si gustan: van Vds. mal por ahí.

—Bien van, bien van, señorito.

—Pues señor, cuando el mozo lo dice, sus razones tendrá. Punto y aparte.

Ya el bullicio va disminuyendo; los parroquianos van unos tras otros saliendo del café; los mozos van apagando las lámparas, y pronto, al menos esteriormente, quedará todo en silencio y en reposo.

—Eh, mozo! no cierre Vd., que aun estoy yo aquí.

Detrás de mí salen varios jóvenes hablando en voz alta.

—Mañana á las diez de la mañana.

—Sitio.

—Hacia la Fuente Castellana.

¡Ah! ya comprendo: van á almorzar á la fonda campestre.

«Las doce y media y sereno!»

¡Qué horror! para un hijo de familias es un escándalo el encontrarse á estas horas fuera del hogar paterno.

Buenas noches, señores, hasta mañana si Dios quiere.

RAFAEL GARCIA Y SANTISTEBAN.

## DOS SANTOS Y UN REY.

### BALADA.

¡Hurra! allí estan.—Mil turbantes,

Un millon de cimitarras,

Semejan mares sangrientos

Con sus espumas de rabia.

—Rey Alfonso, Rey Alfonso,

¡Y les vuelves las espaldas!

¡La media luna

Ya te acobarda!

¡Ay de mi España! ¡ay de mi España!

Si te venceu los moros en las Navas.

El rey grita:—«Caballeros,

»Ó traspasad la montaña

»Para cogerlos de susto,

»Ó es la lucha temeraria.

»Y en la montaña no hay via,

»Que ni pájaros la pasan!

»Maldita Sierra

»Morena ingrata!

»¡Ay de mi España! ¡ay de mi España!

»Si me vencen los moros en las Navas.»

Con un rio se han topado...

¡Hurra! adelante, y al agua;

Mas los caballos vacilan,

Que es la corriente muy brava;

Á pasar probó un ginete,

Y tumba halló entre las algas.

¡Día terrible!

¡Cuánta desgracia!

¡Ay de mi España! ¡ay de mi España!

Si nos vencen los moros en las Navas.

El rey.

«Pastorcica, pastorcica,

»La que tus panales lavas,

»La del angélico rostro,

»La de la sonrisa casta,

»Yo soy el rey de Castilla,

»Que quiero entrar en batalla,

»Como este rio

»No me estorbára.

»¡Ay de mi España! ¡ay de mi España!

»Si me vencen los moros en las Navas.»

La pastora.

«Señor rey, yo á mi marido

»Que allá arriba en la montaña

»Apacenta sus ganados,

»Voy con la bendita gracia

»Á llevar el alimento

»Todos los dias sin falta.»

El rey.

«¿Pasas el rio?

»¿Cómo lo pasas?

»¡Ay de mi España! ¡ay de mi España!

»Si me vencen los moros en las Navas.»

Ligera la pastorcica,

Como los soplos del aura,

El cendal de su cabeza

Estiende sobre las aguas.

Atónito el rey la mira

Cómo boga, cómo nada;

Y grita lleno

De confianza:



¡Viva mi España! ¡viva mi España!  
Que venceré los moros en las Navas.

Los caballos de las bridas  
Suelos, en tropel se lanzan;  
Los ginetes uno á uno  
Sobre el pañizuelo pasan.  
Y oraron en la otra orilla,  
Y el rey vertió dulces lágrimas,  
Viendo la mano  
De Dios tan clara.

*El rey.*

¡Viva mi España! ¡viva mi España!  
Que venceré á los moros en las Navas.  
¡Sus! ¡arriba!

Los trotones  
En los peñascos resbalan,  
Que van cargados de acero  
Y es pedernal la montaña.  
En vano los acicates  
Se ensangrientan, se desgarran...  
Todo es despecho;  
Todos desmayan.  
¡Ay de mi España! ¡ay de mi España!  
Que nos vencen los moros en las Navas.

Como el lucero del día  
Entre el celaje del alba,  
Un labrador aparece  
Sobre la cumbre mas alta.  
Mansas ovejas besándole  
Las manos, en torno balan,  
Y el rey al cielo  
Mira mirándolas.  
¡Ay de mi España! ¡ay de mi España!  
Que nos vencen los moros en las Navas.

*El rey.*

«¡Ah, guardador del rebaño!  
»¡Ah, pastorcillo del alma!  
»Yo te ruego que me digas  
»Cómo cruzas la montaña.  
»¡Cuenta, pastorcillo! cuenta,  
»Que espera el moro á la falda,  
»Y busca al moro  
»Gente cristiana.  
¡Ay de mi España! ¡ay de mi España!  
Si nos vencen los moros en las Navas.

«Fía de Dios, rey Alfonso,»  
(Los ecos del monte claman)  
Y de ser reconocido  
El rey Alfonso se pasma.  
Mira al pastor á su lado  
Que ancha senda le señala,  
Y á Dios invoca  
Y á ella se lanza.

¡Viva mi España! ¡viva mi España!  
Que venceré á los moros en las Navas.

*El rey.*

Guía, pastor.

*El pastor.*

Dios le guía.

*El rey.*

Que es áspera la montaña.

*El pastor.*

Así es la senda del cielo.

*El rey.*

Sepa yo cómo te llamas.

*El pastor.*

Isidro.

*El rey.*

Dios te lo pague,

Isidro.

*El pastor.*

Dios siempre paga.

*El rey.*

¡Sus, caballeros!

¡A la batalla!

¡Viva mi España! ¡viva mi España!

A vencer á los moros en las Navas.

VICENTE BARRANTES.

## LO QUE YO QUIERO.

SONETO.

Baste de amor: si un tiempo te queria,  
Ya se acabó mi juvenil locura;  
Porque es, Celia, tu cándida hermosura  
Como la nieve deslumbrante y fria.  
No encuentro en tí la extrema simpatía  
Que mi alma ardiente contemplar procura,  
Ni entre las sombras de la noche oscura  
Ni á la espléndida faz del claro día.  
Amor no quiero como tú me amas,  
Sorda á los ayes, insensible al ruego;  
Quiero de mirtos adornar con ramas  
Un corazón que me idolatre ciego;  
Quiero besar una deidad de llamas,  
Quiero abrazar á una mujer de fuego.

GABRIEL DE LA CONCEPCION VALDÉS.

## LA DUDA.

SONETO.

Huid lejos, huid, dudas sombrías;  
No mas el cielo me ocultéis hermoso;  
Dejad que le dirija el lastimoso  
Eterno canto de las penas mías.  
Ilumine su luz mis alegrías;  
Déle á mi alma su quietud reposo;  
Su azul, emblema del amor glorioso,  
Dulce esperanza de mejores días.  
Si no, mi alma bajo el pardo velo  
¡Oh duda! de tu sombra sepultada,  
Perderá la esperanza de ese cielo  
Por quien sufre sus males resignada,  
Y no podrá vivir si el triste suelo  
Tiene ¡oh dolor! por última morada.

FERNANDO GARRIDO.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

El general Castaños alcanzó la mas señalada victoria en la memorable batalla de Bailen, sobre las numerosas huestes vencedoras de Marengo y Gena. Su grande renombre pasará á la historia, al par que su eterno recuerdo quedará grabado para siempre en el corazón de todos los buenos españoles.

Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.

FIN DEL TOMO DEL AÑO 18

ID. 1200008160

Ayuntamiento de Madrid